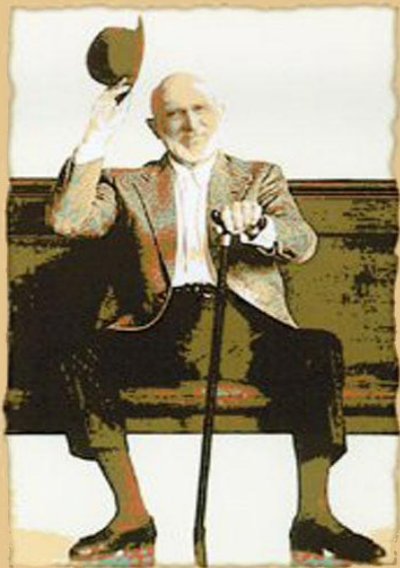


HUÉSPED PARA UNA NOCHE



S. Y. Agnon



En *Huésped para una noche*, un narrador anónimo procedente de Israel, visita su ciudad natal en Galitzia (Polonia), la encuentra entristecida por la guerra, los pogroms, y la enfermedad.

La novela refleja la desesperación del mundo judío y sus costumbres después de la Primera Guerra Mundial. En este ambiente de desaparición de valores tradicionales, él se enfrenta a la pérdida de fe y a la confianza de una generación más joven.



Shmuel Yosef Agnon

Huésped para una noche

ePub r1.0

JeSsE 07.12.14

Título original: *Ore'ah Noteh Lalul*

Shmuel Yosef Agnon, 1938

Traducción: Ana María de la Fuente

Rodríguez

Retoque de cubierta: JeSsE

Editor digital: JeSsE

ePub base r1.2



CAPÍTULO PRIMERO

Llegada a mi ciudad natal

La víspera de la fiesta de *Yom Kippur*^{[1][*]} poco después de mediodía, me apeé del expreso y subí al rápido que debía llevarme a mi ciudad natal. Otros judíos que habían hecho el viaje conmigo se apearon también y desaparecieron, y hombres y mujeres de la ciudad ocuparon su lugar. Cansinas rodaban las ruedas del tren sobre montes y colinas, llanuras y valles; el ferrocarril se detenía en todas las

estaciones, soltaba gente y paquetes y volvía a ponerse en marcha. Al cabo de dos horas, a ambos lados de la vía, empezaron a surgir las primeras casas de Szybuszcz. Me llevé una mano al corazón y así como el corazón me tembló bajo la mano, la mano me tembló sobre el corazón. Los hombres de la ciudad apagaron la pipa, la guardaron en el bolsillo de atrás, se levantaron, reunieron sus bártulos y volvieron a sentarse. Las mujeres se asomaron a la ventanilla, riendo y gritando:

—¡Hombre de goma!

El tren silbó y resopló, volvió a silbar y se detuvo.

Allí estaba el empleado al que

llamaban «hombre de goma», porque había perdido la mano izquierda en la guerra y luego le pusieron una mano de goma. Se mantenía muy erguido, agitando un paño, y gritaba:

—¡Szybuscz!

Hacía años que no oía pronunciar el nombre de «Szybuscz» a alguien de mi ciudad. Sólo quien ha nacido y se ha criado allí sabe pronunciarlo como es debido, con todas sus consonantes. Después de gritar: «Szybuscz», el «hombre de goma» se relamió el bigote, como el que acaba de comer un caramelo, miró a los que se apeaban del tren, los examinó atentamente, se acarició su mano de goma y se dispuso a

dar la salida.

Cogí mis dos bultos y retrocedí en dirección a la plaza, en busca de un coche que me llevara a la ciudad. Hacía sol y olía a brea, a humedad, a hierbas y a verduras, que es el olor de las estaciones pequeñas. Estuve andando de acá para allá, pero no pude encontrar ningún coche. «Es la víspera de la fiesta de la Expiación —me dije—. Y es ya la hora de la *minjá*^[*]. Por eso no hay coches. Conque, si quieres ir a la ciudad, tendrás que caminar».

Para un buen andarín, hay media hora de camino hasta el centro de la ciudad y, con equipaje, un cuarto de hora más. A mi paso, necesité una hora y

media, pues cada casa, cada ruina, cada montón de escombros, me miraba y me obligaba a detenerme.

De muchas casas de dos, tres y cuatro pisos no quedaba más que la planta baja y aun la mayoría de ellas estaban en ruinas; de otras casas no quedaba sino el solar. En la Fuente del Rey —la misma en la que bebiera el rey Sobiesky al volver, victorioso, de la guerra—, los peldaños estaban rotos, la lápida conmemorativa, derribada, y las doradas letras, borradas por el tiempo. Alrededor crecían hierbas rojizas, como si el ángel de la muerte hubiera limpiado en ellas su cuchillo. No se veía un solo niño ni se oían cantos ni risas. El agua

manaba de la fuente y corría por la calle como la que se vierte en el patio de una casa donde ha habido un muerto. Todo había cambiado, hasta el espacio entre casa y casa había cambiado; no estaba como yo lo viera siendo muy niño, ni estaba como lo soñara antes de mi vuelta. Pero el olor de Szybuszcz no había cambiado, olor a mijo cocido con miel. Es un olor que no abandona la ciudad desde la fiesta de *Pésaj*^[*] hasta bien entrado el otoño, en que es cubierto por la nieve.

Desiertas estaban las calles y la plaza del Mercado. La ciudad descansaba ya de sus quehaceres cotidianos, las tiendas estaban cerradas

y, seguramente, a esta hora, los hombres rezaban y a la *minjá*, mientras las mujeres preparaban la última comida antes de que empezara el ayuno. No se oía más ruido que el repiqueteo de mis pasos en el suelo.

Pero yo no prestaba atención a mis pisadas, sino que iba pensando dónde podría dejar mi equipaje y si encontraría un lugar para pasar la noche. Al levantar la mirada, vi no lejos de mí un grupo de personas. Me acerqué y pregunté:

—¿Pueden decirme dónde hay un hotel, por favor?

Miraron mis dos maletas y mi traje, pero no contestaron. Yo insistí:

—¿En qué hotel se puede dormir?

Uno de ellos tiró la colilla que había estado chupando, se rascó el cuello y dijo:

—¡Como si hubiese muchos hoteles donde elegir! De todos los que había en esta ciudad no quedan más que dos.

—En casa de la divorciada... no es sitio para él —dijo otro.

—¿Por qué no?

—¿Habéis oído? —dijo, volviéndose hacia sus interlocutores—. Pregunta por qué no. Si quiere ir, nadie se lo impedirá. —Se llevó la mano al corazón y miró para otro lado, como diciendo: «¡Allá tú!».

Otro recogió mi pregunta y me dijo:

—Yo se lo explicaré. Cuando esa

desgraciada volvió a la ciudad, al terminar la guerra, no encontró más que la casa que le había dejado su padre. Se instaló en ella con sus cuatro hijas y abrió un hotel. Como cada vez era más difícil ganarse la vida con ese negocio, fue perdiendo los escrúpulos al seleccionar a los clientes, de manera que su casa se ha convertido en punto de reunión de gentes poco recomendables. La esposa de Rabbí Jayim, aquel dechado de sabiduría y temor de Dios... ¡Hay que ver en lo que se ha convertido!

—¿Y dónde está Rabbí Jayim?

—¿Que dónde está Rabbí Jayim?

Prisionero de los rusos. Lo deportaron y nadie sabía si estaba vivo o muerto

hasta que mandó la carta de divorcio a su esposa, para que ella pudiera volver a casarse.

—¿Y dónde está el otro hotel? — pregunté, cogiendo mis maletas.

—¿Que dónde está el otro hotel? Daniel Bach se lo dirá. Vive muy cerca de allí y precisamente ahora va para su casa.

Mientras hablaba, apareció Daniel Bach.

—¿Estáis hablando de mí? Aquí estoy. Venga conmigo; le enseñaré su hotel.

Daniel Bach era alto y delgado. Tenía la cabeza pequeña, el pelo castaño y una barbita ni puntiaguda ni redonda.

Había en sus labios y en sus mejillas de altos pómulos una leve sonrisa; su pierna izquierda era de madera. Eché a andar a su lado con paso cauteloso, para no obligarle a ir muy aprisa. Daniel Bach, que lo notó, dijo:

—No se preocupe por mí. Puedo andar como cualquiera. Al contrario, el pie hecho por la mano del hombre es mejor que el que me dio el Cielo. Ése no le teme al reuma y le lleva la delantera al otro.

—¿Le hirieron en la guerra? —le pregunté.

—¡Qué va! El reuma del otro pie, eso sí es de la guerra —dijo.

—Entonces, si me permite la

pregunta, ¿fue en algún pogrom?

—De los pogroms salí ileso —dijo, echándose a reír—. Y los héroes de los pogroms pueden dar gracias al Cielo si escaparon de mí con vida. ¿Que cómo perdí la pierna? Como suelen ocurrir las desgracias. En la lucha por la subsistencia. Por lo visto, el ángel de la suerte, el encargado de concedernos el pan de cada día, no le gustaba con mis dos piernas y me cortó una. ¿Que cómo pasó? Ya está usted llegando a su hotel y yo a mi casa y hay que prepararse para la cena que precede al ayuno. ¡Buena entrada en el Cielo!

—Igualmente —dijo, estrechándole la mano.

—Si se refiere a mí, su deseo está de más —sonrió Bach—. Yo no creo que el Día de la Expiación se puedan encaminar las cosas hacia el bien o hacia el mal.

—Si no ayuda a los que no hacen la meditación, sí ayuda a los que se arrepienten.

—Yo me cuento entre los que no lo toman al pie de la letra. No creo en el arrepentimiento —dijo Bach.

—El arrepentimiento y el Día de la Expiación redimen la mitad de las culpas, y las penalidades que se sufren a lo largo del año, la otra mitad.

—Yo soy un impío —dijo Daniel Bach—, ya se lo he dicho antes. No creo

que el Cielo se preocupe por el bien de sus criaturas. ¡Pero qué atrocidades le estoy diciendo! ¡Y en la víspera del *Yom Kippur*...! Una vez más, buena entrada allá arriba.

CAPÍTULO II

La Noche de la Expiación

Los del hotel me recibieron con cierto desagrado. Se habían levantado ya de la mesa, se disponían a salir y sin duda temieron que yo les entretuviera.

—No se apuren —les dije—. No voy a molestarles mucho. Sólo quiero una cama para esta noche.

El propietario miró a la calle, me miró, miró los restos de la cena y volvió a mirarme. Comprendí que estaría preguntándose si aún era tiempo de

comer.

Yo también me lo pregunté, pues hay que restar tiempo del día laborable y consagrarlo a la fiesta, por lo que debe empezarse el ayuno antes del anochecer.

—Ya no es tiempo de sentarse a la mesa —le dije.

Abrí mis maletas, saqué el *tal.lit*^[*] y el libro de oraciones y me dirigí a la Gran Sinagoga.

La Gran Sinagoga, que en mi niñez me parecía el edificio más grande del mundo, había mermado de tamaño; sí, para unos ojos que entretanto habían visto muchos edificios suntuosos resultaba más pequeña de lo que era en realidad.

No vi en la sinagoga a ningún conocido. La mayoría de los fieles llevaban poco tiempo en la ciudad. Ocupaban los lugares preferentes, junto al armario de la Torá, en la pared oriental, dejando libre el resto. Algunos se habían levantado y andaban de un lado a otro, tal vez para lucir su imponente aspecto o porque el sitio era demasiado bueno para ellos. La luz que acostumbraba a brillar sobre las cabezas de la comunidad la víspera de la fiesta de la Expiación no brillaba ahora y sus mantos no despedían el menor reflejo. Antes, cuando cada cual traía su propia luz —además de las que ardían ya en los candelabros—, toda la sinagoga era un

ascua; ahora faltaban los candelabros, que se habían perdido durante la guerra, y como no todos los fieles venían a rezar, las luces eran escasas. Antes, cuando los mantos llevaban orlas de plata, las cabezas de los fieles resplandecían. Ahora, como no había plata, todo el brillo había desaparecido.

El recitador no se extendió demasiado en su oración. O tal vez sí, y por ser mi primera oración en mi ciudad natal y por ser la Noche de la Expiación en la que todo el mundo ora largo rato, yo sentía el deseo de extenderme más; lo cierto es que la oración me pareció corta. Cuando el recitador terminó, todos los fieles rodearon el púlpito y

recitaron la oración del *Qaddish*^[*]. No había nadie que no quisiera orar por los muertos.

Después de la oración, no se rezaron salmos ni hubo cantos de alabanza ni de gloria, sino que la sinagoga se cerró y cada cual se fue a su casa.

Yo me acerqué al río y me quedé un rato en el puente, en el mismo lugar en que acostumbraba a pararse mi buen padre la Noche de la Expiación. El agua, con su aroma, apaga la sed y dispone a los hombres al arrepentimiento; pues el agua que ahora se ofrece a tu mirada no estaba aquí antes ni estará después, y así el día que se nos regala para arrepentimos de

nuestros pecados nunca lo tuvo nadie antes y nunca volverá, y si ese día no te arrepientes lo habrás perdido para siempre.

Agua viene y agua va y como viene se va y desde su cauce sube el olor a limpio. Desde los tiempos en que venía con mi buen padre, nada parece haber cambiado y ojalá no cambie nada hasta el fin de todas las generaciones.

Se aproximó un grupo de chicos y chicas, con el cigarrillo en los labios; seguramente venían de la fiesta que habían celebrado aquella noche, como hacían todos los años en estas fechas, para demostrar que el Día de la Expiación no les inspira ningún temor.

La luz de las estrellas se reflejaba en el río, y entre aquéllos y éste se movía la brasa de los cigarrillos. Al mismo tiempo, mi sombra, alargada, se proyectó en el piso del puente. Unas veces se mezclaba con la de ellos y otras veces quedaba sola, tremolaba o se desvanecía, como si hubiera sentido las pisadas de la gente. Levanté los ojos al cielo y me puse a buscar esa mano que, según creen los niños, se aparece en él, formada por pequeñas nubes, la Noche de la Expiación, en que el Todopoderoso extiende su mano para recibir a los penitentes.

Pasó una muchacha y encendió un cigarrillo. Un chico que se cruzó con

ella le dijo:

—Ten cuidado, no te quemes el bigote.

Ella se sobresaltó y se le cayó el cigarrillo. Él se agachó y lo cogió; pero antes de que pudiera devolvérselo a los labios, llegó otro que le cogió el cigarrillo, agarró a la chica por un brazo y desapareció con ella.

Cada vez eran menos los que cruzaban el puente. Algunos iban camino de la ciudad y otros hacia el bosquecillo situado detrás del matadero que, a su vez, se levanta junto a la encina que crece a orillas del Strypa. Volví de nuevo la mirada al río. Olía bien. Respiré con fruición.

Se oía el rumor de la fuente del Mercado Viejo, en el corazón de la ciudad. Más apagado, llegaba también el murmullo de la Fuente del Rey. Y el agua del Strypa susurraba a su vez, pero no era ya el agua de antes —aquella ya había pasado—, era agua nueva. Asomó la luna y las estrellas empezaron a palidecer. «Es hora de ir a dormir», pensé.

Al volver al hotel, encontré la puerta cerrada. Me pesó no haber cogido la llave. Había prometido a los dueños no serles gravoso y ahora tenía que despertarles. De haber sabido que aún existía la capilla de los *jasidím*^[*], hubiera ido allí. Esta capilla no se

cerraba en toda la noche y los fieles entonaban cantos e himnos o estudiaban los tratados del Talmud «Día de expiaciones» y «Crimen mortal». Acerqué la mano al picaporte, seguro de que la puerta no se abriría. Pero no hice más que tocarla y cedió. El hostelero, que sabía que su huésped no había vuelto a casa, no cerró la puerta.

Entré andando de puntillas, para no despertar a los que dormían. Si no me hubiera calzado las botas para el viaje, no hubiesen oído mis pasos. Pero las calles de la ciudad estaban sucias y yo soy meticuloso. Me oyeron entrar y se movieron en sueños.

Encima de la mesa del comedor

ardía una lamparilla por los muertos. A su lado, había un manto y un libro de oraciones. El olor a la mermelada caliente de ciruelas que había en el fogón endulzaba el ambiente. Hacía muchos años que no la comía ni la olía. El aroma a ciruela madura, mezclado con el tufillo del fogón, me trajo recuerdos de días pasados, de cuando mi madre, que en paz descansa, me untaba el pan con mermelada de ciruelas. Pero no es el momento de pensar en estas cosas, si bien la Ley no prohíbe gozar de un buen aroma el Día de la Expiación.

El hostelero salió de su habitación y me mostró mi cama. Dejó la puerta

abierta, para que yo tuviese luz para desnudarme. Cerré la puerta tras él y me acosté.

En mi habitación penetraba el resplandor de la lamparilla, o así me lo parecía. Me dije: «Esta noche no dormiré. Se me aparecerá la mano del “hombre de goma” o la pata de palo de Bach y me llevaré un susto». Pero apenas me tendí en la cama el sueño me venció. Y seguramente dormí toda la noche sin soñar.

CAPÍTULO III

Entre oraciones

Hacía hora y media que había amanecido. El fresquito de la mañana estaba aún en el aire y un hálito de limpieza flotaba todavía sobre los destrozados barrios de la ciudad, ese soplo inefable que acostumbra a envolver las casas de los judíos en los días santos. Mientras caminaba lentamente, pensaba: «No hace falta correr, la gente no habrá madrugado tanto, para no dormirse después durante

el rezo». Cuando entré en la casa de oración, estaban sacando los rollos de la Torá^[*], para la lectura de la Sagrada Escritura.

Ni en el rollo que sostenía en sus brazos el recitador, ni en el segundo rollo, en el que se lee la oración final, se veían coronas ni adornos, ya que todos los objetos del culto, fabricados en plata fina por manos de artistas, habían sido requisados durante la guerra y canjeados por armas mortíferas, por lo que los sagrados rollos se habían quedado sin sus adornos. Era triste y sobrecogedor ver asomar el descolorido armazón de madera: «Mirad la humildad del Rey, del que es Rey de Reyes, del

Santísimo. ¡Alabado sea! Aquél, de quien se ha dicho: “Mía es la plata y mío es el oro”. Ni una sola onza de plata se reservó para ornato de su Santa Ley».

Que el Señor no me lo tenga en cuenta si digo que la mayoría de los llamados a la lectura^[*] de las Escrituras no eran dignos del llamamiento. ¿Qué motivó tal honor? Primero hubiera habido que rendir tributo al Cielo y llamar a gente más piadosa o más sabia. Tal vez éstos habían adquirido el derecho a officiar a cambio de grandes tributos. En absoluto. Sus ofrendas eran pequeñas y a mis ojos ellos no parecían conceder el menor valor al acto en sí.

Yo no soy de los que siempre

comparan estos tiempos con los pasados; pero cuando en el lugar de la gente grande veo a gente pequeña, gente de poca monta en lugar de personas de calidad, siento pena por esta especie que nunca conoció el esplendor de Israel y que cree que Israel nunca tuvo esplendor.

Un anciano, un superviviente de los ancianos de la Gran Sinagoga, leyó la Escritura con voz solemne. Parecía lamentarse no sólo de la muerte de los hijos de Aarón, sino de la de todos los hijos de su generación. Como yo no había rezado aún las oraciones de la mañana, me dirigí a la vieja casa de enseñanza, con intención de orar allí.

Su aspecto había cambiado. Los armarios que en otro tiempo estaban llenos de libros habían desaparecido. No quedaban más que seis o siete estanterías. Los largos y pesados bancos en los que se sentaban los más ancianos de los doctores de la Ley estaban vacíos o los ocupaban gentes para cuya sabiduría daba igual un lugar que otro. En el sitio del honorable rabino mayor se sentaba un tal Elimélek Kaiser, que la víspera figuraba en el grupo que yo encontrara en la calle, cuando iba en busca de un hotel. Puede ser que de ellos surja de nuevo la grandeza de la doctrina y su luz vuelva a brillar en la ciudad; pero nunca podrán reponer los

libros perdidos. Había en la vieja casa de enseñanza cinco mil volúmenes; quizá fueran sólo cuatro mil o tres mil; en ninguna otra de la ciudad o de la región hubo nunca tantos. También las paredes y el techo habían cambiado. El techo, antes ennegrecido por el humo, había sido blanqueado con cal, y las desconchadas paredes, revocadas. No quiero decir que el negro sea mejor que el blanco, o el desconchado mejor que el revocado. Pero el negro del techo había sido formado por el humo de las velas con que nuestros padres se alumbraban mientras estudiaban la Ley; y cuando las paredes estaban desconchadas se podía recordar a los

que se habían sentado junto a ellas. Y aunque a nuestros propios ojos fuéramos muy poco comparados con aquellos que habían desgastado las paredes, al mismo tiempo nos sentíamos orgullosos de pertenecer a su misma generación. Pero ahora, al mirar las lisas paredes, parecía que nadie se había sentado jamás junto a ellas.

La casa estaba casi vacía, apenas dos veces las diez personas necesarias para la oración, y la mayoría rezaba sin el *tal.lit*, a pesar de ser el *Yom Kippur* en el que se reza cubierto todo el día. Recordé la historia que decía que la Noche de la Expiación, cuando la sinagoga estaba más concurrida, se

aparecieron en ella unos muertos; entonces, la comunidad se quitó el manto y los muertos desaparecieron. De este modo, se explicaba el que la víspera de la Expiación se rezara sin manto. Lo mismo sucedió después en otra ciudad y también allí se implantó la costumbre de orar sin manto por la noche. ¿Por qué, entonces, oran éstos sin manto a esta hora?

Ante el pupitre estaba un anciano cantando las oraciones. Su actitud denotaba humildad; si poseía una casa, sería seguramente una mísera casa. Cada sonido que emitía hacía pensar en un corazón destrozado. Si al Rey de Reyes, al Altísimo, alabado sea, le complacía

servirse de instrumentos rotos, éste era el más indicado para Su servicio.

Después de la oración por el alma de los difuntos, una parte de la congregación se sentó e hizo una pausa. Me acerqué a ellos y les pregunté por qué rezaban sin manto. Uno de ellos suspiró:

—Aún no hemos podido comprarnos mantos nuevos.

—¿Y dónde están los viejos? — pregunté.

—¡Quién sabe! Si no han subido al cielo convertidos en humo habrán servido para hacer sábanas para las rameras.

—Unos fueron robados y los otros

quemados —explicó otro.

—¿Cuándo fueron robados?

¿Cuándo fueron quemados? —inquirí.

Entonces suspiraron todos y uno dijo:

—En la última persecución, cuando rodearon la ciudad y nos atacaron.

—Cuando terminó la guerra y volvimos a casa, empezaron los pogroms —explicó otro—. El que consiguió salvar el cuerpo y el alma, perdió el vestido y el calzado. Esos bárbaros no nos dejaron ni una camisa.

Yo suspiré, al pensar que las gentes de mi ciudad habían sido tan duramente castigadas y miré al vacío como el que, habiendo escapado de una calamidad,

pretende sentir en su propio cuerpo los sufrimientos de sus hermanos. Elimélek Kaiser interpretó mal mi actitud y creyó que me irritaba que orasen sin cubrirse. Poniendo un pie delante del otro y mirándome de soslayo, dijo:

—¿Quiere decir que el Altísimo no aceptará nuestras oraciones? Que le pida entonces oraciones a Esaú^[*]. Si le ha dado nuestros mantos a Esaú, no falta más que éste se envuelva en ellos y rece.

Sus ojos verdeamarillos, que brillaban como el caparazón de una tortuga cuando le da el sol, despedían chispas de ira y de odio. Creí que sus compañeros reprenderían al grosero, pero no sólo no protestaron sino que

parecieron aplaudir sus palabras. Yo me aparté del grupo y me acerqué a la ventana.

Era una de las dos ventanas de nuestra vieja casa de enseñanza orientadas hacia la montaña. De niño, solía estudiar y escribir poesías de pie, junto a una de ellas. A menudo, miraba al exterior como preguntando al Altísimo, alabado sea, lo que me tenía reservado para el futuro. Lástima que no dejase en manos de mi Creador, alabado sea, hacer conmigo lo que Él se proponía; pues mis inquietudes no me habían beneficiado.

Una luz maravillosa brotaba de la casa de enseñanza y se proyectaba sobre

la montaña y, también, de la montaña sobre la casa: en vuestra vida habéis visto una luz parecida, una luz única y, al mismo tiempo, con muchas luces dentro de ella. No encontrarás en todo el mundo un lugar semejante. Mientras permanecía de pie ante la ventana, pensé: «No me moveré de aquí hasta que Él quiera llevarse mi alma». Y, a pesar de que me asaltaba el pensamiento de la muerte, no me sentía apesadumbrado. Tal vez no pusiera la cara alegre, pero interiormente estaba contento. Hacía muchos años que no experimentaba nada igual, una alegría interna que no se refleja en el rostro.

El jefe de la sinagoga golpeó la

mesa y anunció:

—¡La oración principal!

Los rollos se guardaron en el armario y el recitador se acercó al pupitre, se inclinó, apoyó la cabeza en el libro de oraciones y empezó:

—Heme aquí, mísero de mí... — recitó la media oración del *Qaddish*, pero mezclando en ella algo del aire propio de la oración del *Qaddish* de los sabios.

Volví nuevamente los ojos hacia la montaña de nuestra sinagoga y me dije: «Por este lado, estás a cubierto del ataque de los que quieren matarte. Por eso nuestros antepasados construyeron su sinagoga junto a la montaña. Cuando

venían los asesinos, ellos podían refugiarse en la sinagoga, donde los protegía la montaña con su majestuosa fuerza». Jamás podré hallar un lugar más seguro.

CAPÍTULO IV

La llave

Entre *shajarit*^[*] y *ma'arib*^[*], se hizo una nueva pausa. Me acerqué a los demás y me senté con ellos.

—Rabbí Shelomó tardó hoy más que otros años en decir las oraciones —dijo uno, apartándose para que yo me sentara.

—Si para el *Qaddish* necesita tanto rato —comentó otro—, no podremos ir a cenar antes de medianoche.

—Seguro que en tu casa te espera un

cuarto de ternera y medio barril de vino —replicó su interlocutor—; por eso tienes tanta prisa. A ver si te atragantas.

Les interrumpí con una observación acerca de la vieja casa de enseñanza.

—¡Hermoso lugar el que tenéis aquí!

Uno de ellos suspiró y dijo:

—Hermoso o no, después de las fiestas dejaremos la ciudad.

—¿Qué quieres decir con eso de dejar la ciudad? —pregunté.

—Dejar la ciudad quiere decir: marcharse de la ciudad —repuso él—.

Unos emigran a América, otros, a los países en los que el hombre no ha puesto jamás el pie.

—Y en los que quizá no le dejen

entrar —apuntó otro.

—¿Cómo abandonan, entonces, su seguridad para lanzarse a la aventura? —pregunté.

—Una cosa es segura: que los que hemos tenido que sufrir las penalidades del pogrom no podemos seguir viviendo aquí.

—Hace tres o cuatro años hubo persecuciones —repuse—. Lo leí en el periódico.

—Sí, mi caro amigo —dijo el otro—; hubo persecuciones hace cuatro años, hace tres años, hace un año y hace tres meses; pero los periódicos sólo hablaron de las primeras, las que ofrecían cierta novedad. Yo y mi vecino

éramos como hermanos en la necesidad, hicimos la guerra juntos, como un solo hombre, los dos volvimos con vida y cuando regresamos al lugar del que habíamos salido, él encontró campos y jardines y yo no encontré absolutamente nada, y él entonces apretó el puño y quiso golpearme. Y cuando las persecuciones se repitieron una vez y otra dejaron de ser novedad y los periódicos dejaron de hablar de ellas. Y es mejor que los periódicos no hablen ya de ellas. ¿Para qué? ¿Para suscitar inquietud por los judíos o para que los pueblos extranjeros se interesen por sus hermanos? ¿Para eso van a hablar de ello los periódicos? Pues oye lo que voy

a decirte. Desde que los sucesos de Kischinev salieron a la luz, no han dejado de repetirse los pogroms. No quiero decir que el infame Esaú tenga miedo de la sangre; al contrario, tiene hormigueo en las manos y cuando la ira le acomete coge el hacha y arremete contra todos; pero que es un asesino lo sabe por los periódicos y desde que lo sabe el crimen se ha convertido para él en hábito. Y en cuanto a la ayuda con ropas y dinero... antes que una ciudad pueda mandar algo a otra, se producen en ella disturbios y entonces es esa misma ciudad la que necesita ayuda. Conque ahora ya sabe por qué dejamos nuestra ciudad; la dejamos porque antes

nos dejó ella a nosotros y porque no nos brinda el menor sosiego.

—¿Y por eso abandonáis la ciudad de vuestros padres? —pregunté.

—No creas que es fácil para nosotros —dijo él—: pero el hombre ansia vivir, no morir.

Levanté la mano y la apoyé en la pared de la sinagoga.

—¿Abandonaréis el lugar en el que oraron vuestros antepasados? —dije.

—Tal vez desee usted establecerse aquí y orar en el lugar en el que oraron sus padres —dijo Elimélek Kaiser—. Estos turistas que viven en hermosas ciudades y se pasean por todo el mundo a nosotros nos dicen que tenemos que

quedarnos en casa, allí donde oraron nuestros padres, para que caigamos como mártires y podamos ser elogiados por todos los pueblos de la Tierra cuando se sepa lo complaciente que es el pueblo de Israel, que soporta las mayores penalidades y hasta se deja matar. Esaú asesina a los nuestros porque es costumbre que el fuerte haga sentir al débil la fuerza de sus puños. Entonces vienen los que dicen: «Alabado sea el Santo; quiere purificar a Israel». ¿No es verdad, señor? Y aún nos piden más: debemos observar constantemente el Día de la Expiación o el día de luto del *Tis'á be-Ab*^[*] y el Sábado. Para que se pueda decir que

éste es el pueblo que escucha la Palabra de Dios y llora a Jerusalén. Pero las compras del sábado o el minúsculo bocado que hace falta para terminar el ayuno, eso no le importa a nadie. Ya ha oído lo que dice la gente, están aquí rezando desde ayer. Hay alguno que no se pregunte: «¿Con qué voy a romper hoy el ayuno?».

No se deben tomar en cuenta las palabras que dicta al hombre el dolor. Seguramente, él era uno de los que no sabían con qué romperían el ayuno. Me cogió una mano y continuó:

—Si quiere saber lo que la gente hubo de pasar, puedo contarle la historia del viejo púlpito. En la tierra de Israel

hay lugares llamados *qibbus*^[*] donde chicos y chicas trabajan como obreros. En uno de ellos, en Ramat-Raquel, vivía su hijo Yerujam. Éste escribió a su padre: «Ven a vivir con nosotros, como han hecho los padres de algunos de mis compañeros». Pero antes de que pudiera emprender el viaje, su hijo fue herido de muerte por un árabe. Ahora se ha quedado sin hijo y sin un lugar donde vivir.

Uno se levantó y dijo:

—Eso es una calumnia, Elimélek, una calumnia. ¿Acaso los compañeros de Yerujam no escribieron a Rabbí Shelomó para decirle que se fuese a vivir con ellos? Se ofrecieron a darle

casa y comida igual que si su hijo viviera.

—A pesar de todo, él no quiere partir —dijo Elimélek—; no quiere ser una carga para nadie, y menos para ellos, que tienen que ocuparse de los huérfanos que dejó Yerujam y apenas cuentan con lo necesario para vivir. El Señor, alabado sea, sabe bien lo que hace; pero en este caso tal vez nos esté permitido preguntarnos si realmente fue muy justo. ¿En qué podía molestarle la existencia de Yerujam? ¿No es verdad, Rabbí Shelomó?

Rabbí Shelomó levantó la mirada del libro de oraciones, se secó los ojos con el borde del manto y dijo:

—No dejaba pasar ninguna de las tres peregrinaciones sin enviar dinero y también lo enviaba durante el año. — Mientras hablaba, buscaba en su libro de oraciones—. Quiero enseñarles algo nuevo. —Sacó una carta y alisó el sobre. Yo lo miré como si nada en él me llamase la atención. Cuando el viejo lo advirtió, dijo, señalando los sellos—: Usted viene de Israel y debe saber que estos signos son hebreos. Cuando recibí la primera carta, la guardé en el libro en la página de la bendición «a los fundadores de Jerusalén»; hoy la puse entre las páginas de los rezos del día, allí donde dice «a causa de nuestros pecados», para recordar al Señor los

méritos de nuestra tierra por la que mi hijo perdió su vida.

—¿Y dónde has puesto la carta de sus camaradas? —preguntó uno a Rabbí Shelomó.

—Una buena pregunta —dijo éste—. En la oración «Da honor a tu pueblo, oh Dios», para señalar que es importante para Israel ser considerado por Dios, alabado sea, digno de honor. Y está escrito: «Honrarás a tus mayores»: los hijos que honran a los padres merecen que el Señor, alabado sea, los honre a ellos.

Contemplé al anciano en cuyo rostro se reflejaban el amor a Dios y a sus semejantes, la modestia y la humildad, y

le dije:

—Cuando venga nuestro verdadero Mesías y vea a Rabbí Shelomó, se complacerá en él.

—No hay más que verle para darse cuenta de que nada le importa más que lo que puede complacer al Mesías —dijo Elimélek Kaiser—. Quizá quiera quedarse en la ciudad hasta que venga el Mesías, para compartir su gozo.

Yo moví afirmativamente la cabeza y callé.

—Mueve la cabeza y se calla —dijo él, señalándome con el dedo—; su cabeza habla y sus labios callan.

Me llevé la mano al corazón y dije:

—Mi cabeza y mi corazón están de

acuerdo, pero todavía no hallé las palabras adecuadas.

Elimélek Kaiser dijo entonces en tono de burla:

—Tal vez espere nuestro permiso. Pues lo tiene, por supuesto. Y, si quiere, hasta le daremos la llave de la casa de enseñanza y puede ser dueño absoluto de ella.

—Como nosotros nos vamos, no nos hace falta la llave —dijo otro—. Se la damos a él en lugar de tirarla a la basura. Jefe, dele la llave, que se quede con ella.

El jefe vio mi mano extendida para recibir la llave, subió al estrado, abrió un cajón y sacó una gran llave de cobre

con el paletón de hierro, volvió a bajar, se quedó en el último peldaño y me tendió la llave. Era la misma llave con la que yo cerraba nuestra vieja casa de la enseñanza cuando era niño y me quedaba a estudiar hasta hora avanzada.

Durante muchos años ni siquiera en sueños la había visto y ahora, de pronto, públicamente, en la misma casa y en el Día de la Expiación me era entregada. La cogí y la guardé en el bolsillo.

Se acercaron a mí varios miembros de la comunidad que no habían intervenido en nuestra conversación. Quise decir algo, pero no encontré palabras.

Miré a todos los presentes, por si

cambiaban de parecer y decidían reclamarme la llave. Metí la mano en el bolsillo, para devolvérsela antes de que me la pidieran, pero nadie alargó la mano para cogerla, pues al día siguiente todos dejarían sus casas y se marcharían de la ciudad. ¿Qué les importaba que la llave estuviera en el cajón o en el bolsillo de un forastero? Se apoderó de mí una profunda aflicción y me dolía sentirme tan triste; pero cuanto más me dolía mi tristeza, más triste me sentía.

En aquel momento, fue abierto el armario y se sacaron los rollos de la Torá, para la lectura de la Escritura que precedía a las oraciones de la tarde. Con una mano cogí el rollo para besarlo,

mientras con la otra sostenía fuertemente la llave de la vieja casa en la que yo había estudiado y pasado mi niñez. En aquellos momentos, no imaginaba que en el futuro me establecería allí. Pero no nos anticipemos.

CAPÍTULO V

La oración final

El sol, próximo ya a su ocaso, se hundió tras las copas de los árboles. Los muros de la sinagoga se oscurecieron y las escasas luces que brillaban en su interior apenas alcanzaban a disipar la penumbra. Llegó gente que no había estado en la casa de oración durante todo el día. Permanecían de pie, con el semblante triste y los ojos cansados, mirando al recitador que en aquel momento alzaba la voz para entonar el

salmo de entrada «Salve a aquéllos». Se habían quedado todo el día en casa, como niños castigados; pero ahora que el sol iba a ponerse y se acercaba la hora del juicio definitivo, todos acudían a la sinagoga. Quizá no tenían intención de orar, ya que no creían en la fuerza de la oración ni esperaban premio, pero la hora era más fuerte que su razón. El recitador se inclinó profundamente, como el pecador que reconoce su vileza, y pronunció el *Qaddish*, mas sin cambiar ni una sola nota del cántico tradicional, contrariamente a lo que había hecho en el *Qaddish* de la oración solemne de la mañana, en la que asumió el tono en el que oran los que guardan

luto. El recitador pasaba por alto la muerte de su hijo ante la grandeza de su Padre Celestial y al final su voz fue ahogada por el «Amén» de la comunidad. Por fin, la comunidad había dejado oír su voz. Luego, el templo quedó en silencio. Pero el silencio no duró mucho tiempo. Se elevó un coro de lamentaciones que no tenían nada en común con ningún idioma conocido. Sólo el que sabe de la soledad entiende este lenguaje.

Al terminar mi oración, vi a Daniel Bach con un libro en la mano, inclinado sobre la mesa colocada en el lado Sur, cerca de la puerta. Su actitud recordaba la del recitador, sólo que éste se

apoyaba en sus dos pies y Daniel Bach en una pata de palo. Rechacé el recuerdo de las duras palabras que le oyerá pronunciar el día antes, víspera del *Yom Kippur*, al anochecer, para que no le fueran tenidos en cuenta sus pecados a la hora de sellar el juicio.

La comunidad se extendió en esta oración más que en todas las restantes del día. Incluso los que llegaron tarde se arrimaban al vecino para leer en el libro y de sus gargantas se escapaban temblorosos sonidos. Al llegar a la oración de la confesión, algunos se golpeaban el pecho: «Culpables somos, hemos cometido traición». El templo estaba oscuro, únicamente ardían las

luces conmemorativas por los difuntos. Cuando la comunidad hubo terminado su oración, el recitador subió las gradas, abrió el armario de la Torá, bajó nuevamente a su pupitre, hizo una pausa y, en voz alta, empezó: «Alabado seas Tú...», etcétera. Las velas estaban a punto de consumirse y el recitador entonó apresuradamente: «Ten compasión de tus criaturas», etcétera; luego, alzando la voz, «Ábrenos la puerta», etcétera, y «Muchas son las necesidades de tu pueblo».

Las paredes del templo estaban sumidas en la penumbra y la montaña de enfrente las oscurecía más aún. Los fieles se acercaron con sus libros al

pupitre del recitador, para aprovechar la luz de la vela que ardía allí. La llama tremoló. El recitador dio una palmada de alegría y entonó: «La Salvación será Israel, la Salvación para siempre», dio otra palmada y prosiguió: «¡Prepárales hoy también, Soberano, la Salvación!». En la oscuridad, se oían voces sollozantes, como si una multitud de acólitos apoyaran las oraciones del recitador. Las puertas del tabernáculo estaban abiertas, como un oído de las alturas vuelto hacia la plegaria de Israel. De la mesa de la puerta llegaba un ruido sordo, como un roce de madera con madera. Daniel Bach cambiaba de lugar. Volvió a oírse el roce de la madera. Por

lo visto, su pie no encontraba la postura. El recitador sacó un reloj, lo miró y empezó a abreviar su cántico por los viejos que, a causa del prolongado ayuno, casi no podían tenerse en pie. Cuando llegó al verso: «Todas las ciudades se levantan en lo alto del monte, pero la Ciudad de Dios está hundida en el abismo más profundo» sollozó largo rato; y todo lo que había sollozado al recitar este verso exultó al decir: «Nosotros somos tu pueblo». Después de hacer sonar el *shofar*^[*] para señalar el final del ayuno, todos los que habían asistido a las últimas oraciones se fueron a sus casas y sólo quedó en la sinagoga Daniel Bach.

El recitador dejó caer el manto sobre sus hombros y se quedó en su pupitre, recitando la oración de la noche correspondiente al día de la semana, puesto que todavía no había transcurrido el año de luto por su hijo. Y aunque los que están de luto no rezan públicamente en las fiestas, el Día de la Expiación se distingue de las otras festividades y, por otra parte, el recitador es como el sumo sacerdote, que oficia aun guardando luto.

Después de la oración fúnebre por los huérfanos, las gentes se desearon mutuamente un bendito y buen año nuevo.

El pendenciero Elimélek Kaiser se

acercó a mí y dijo, tendiéndome la mano:

—Me parece que no le he deseado un buen año.

Yo correspondí a sus deseos y mencioné la llave que por mediación suya había llegado a mis manos. Él dijo, titubeando:

—Le ruego que no me lo tome a mal si me he reído.

—Al contrario —respondí—. Gracias a usted he recibido un gran regalo.

—Ahora es usted el que se ríe —dijo—. Conque estamos en paz.

Daniel Bach se acercó al recitador y le dijo:

—Buen año nuevo, padre. Ven a cenar con nosotros, padre.

—Espera —respondió Rabbí Shelomó. Y por su tono era imposible adivinar si accedía o no. Daniel Bach lo miró y le dijo:

—Por favor, padre, ven. Sara Perle te preparará una taza de leche caliente. Es bueno para la garganta, después del ayuno. ¿No estás afónico, padre?

—¿Cómo ha podido ocurrírsete que esté ronco? —dijo Rabbí Shelomó—. Si la fiesta de la Expiación durase dos días, volvería a recitar todas las oraciones.

—Una taza de leche caliente con un poco de miel es buena después del

ayuno —insistió Daniel—. Ven, padre, el pequeño quiere oír la bendición para separar la fiesta del día laborable.

—Primero hay que recitar la bendición de la Luna Llena —dijo Rabbí Shelomó.

—Entonces, esperaremos a que tú llegues —respondió Daniel.

—¡Qué bien sabes pedir! Si rogaras de ese modo a nuestro Padre Celestial, seguro que recibirías ayuda. Llegaste a la última oración. He oído el roce de tu pie de madera. En verdad, me ha dado mucha pena, hijo mío. Ya es tiempo de que se te ayude.

Rabbí Shelomó salió al patio del templo, para pronunciar la bendición de

la Luna Llena; y su hijo Daniel le siguió. En el cielo brillaba una hermosa luna, repartiendo su luz por igual entre ricos y pobres. Esperé a que terminara la bendición y todos se fueran a casa, por si alguno había olvidado algo en la sinagoga, ya que yo tenía la llave. Cuando Rabbí Shelomó se sacudió el borde del *tal.lit*, Daniel le susurró:

—Vamos, padre.

—Ya voy, ya voy —respondió el rabino, moviendo afirmativamente la cabeza.

Daniel se inclinó y dijo:

—Está bien, padre.

Le cogió por el brazo y echaron a andar.

—Yo no puedo caminar tan aprisa como tú —advirtió Rabbí Shelomó.

—No, no puedes —dijo Daniel—. Daré pasos cortos.

—Llevamos el mismo camino —me dijo, al pasar por delante de mí—. Venga con nosotros.

Aunque conocía el camino, les acompañé.

CAPÍTULO VI

Dentro y fuera

Antes de que terminara el mes de *Tishrí*, las gentes de la casa de enseñanza habían emprendido la marcha, a excepción del recitador, Rabbí Shelomó, que retrasaba la partida. Szybuscz no advirtió el movimiento de los que emigraban. En aquella época, las ciudades de Polonia acostumbraban a deshacerse de sus ciudadanos con disimulo. Hoy unos cuantos, mañana unos cuantos más..., nadie lloraba a

nadie, ni nadie envidiaba a nadie. Hubo un tiempo en el que para Israel tan malo era quedarse como partir. Antes se decía: cambia de lugar y cambiará tu suerte; hoy a los judíos les persigue una mala estrella adondequiera que vayan. Sin embargo, viajar te procura un pequeño consuelo ya que de este modo cambias lo seguro por lo probable. En la elección entre «seguro» y «quizás», la mayoría se inclina en todas partes por lo seguro; sólo aquí la mayoría elige «quizás». Es seguro que el lugar en que te hallas es duro; quizás en otro lugar tengas más suerte. ¿Y por qué se va la gente precisamente en invierno? ¿Acaso se viaja mejor con frío? Sin embargo,

los días de verano son hermosos para viajar. Sí; el verano es hermoso para viajar y por eso los ricos viajan en verano y los pobres en invierno. Y es que en invierno la mayoría de los barcos van vacíos y los pasajes son más baratos. Si yo regresara ahora a Palestina, el viaje me costaría menos. Sin embargo, no pienso en el regreso, sólo que ya que hablábamos de barcos me vino el mío a la memoria.

Un día, mi hostelero me dijo:

—Tengo entendido que piensa quedarse algún tiempo en la ciudad. En tal caso, le consideraríamos como huésped fijo, con una tarifa reducida. ¿O quiere tal vez alquilar una casa? Hay

muchas vacías, desde luego, pero no creo que encuentre ninguna que reúna condiciones. ¿No le gusta su habitación? Si quiere, puede mudarse a otra. Tenemos una habitación que está siempre muy solicitada cuando vienen forasteros. Si lo desea, puede usted ocuparla.

—No deseo alquilar una casa ni cambiar de habitación —le dije—; pero temo que si me muestro satisfecho con todo va a formar mala opinión de mí.

—¿Formar mala opinión de quien está satisfecho de mi casa? —preguntó el hostelero.

—Que la señora de la casa diga si no le causo demasiado trastorno. No soy

difícil de contentar por lo que se refiere a la comida, pero ya saben ustedes que no como carne. Tal vez sea molesto para ella tener que prepararme platos especiales.

—¿Y quién es el que come carne aquí? —preguntó la dueña—. Durante seis días a la semana, nadie la ve. Y para el sábado puedo prepararle algún plato especial. Durante la guerra nos acostumbramos a prescindir de la carne. Por otra parte, entonces no se guisaba ni con carne ni sin ella y la comida no era sabrosa ni alimenticia; pero después de la guerra aprendí a hacer apetitosa la comida sin emplear carne. Vino una vez un médico que no comía carnes ni

pescados y él me enseñó a preparar varios platos de verduras. Son enseñanzas que no he olvidado.

Las personas no acostumbran a cantar sus propias alabanzas; pero, generalmente, yo me doy por satisfecho con facilidad. En mi habitación del hotel hay una cama, una mesa, una silla, una lámpara y un armario. Y por lo que atañe a la comida, la dueña de la casa me prepara todos los días unos platos succulentos. Y como no soy desagradecido, no le regateo elogios y, al oírlos, ella mejora sus guisos cada vez más.

He aquí lo que me prepara: para el desayuno, una taza de café bien cubierta

de nata, un plato de una sémola de legumbres, o patatas con queso, *choucroute*, o col rellena de arroz o cebada, muchas veces, con algunas pasas o con setas y bien condimentado con mantequilla. Y la víspera del sábado, buñuelos rellenos de sémola o de queso, con pasas y canela, recién hechos y calientes. La comida de mediodía es todavía más nutritiva, con sopa y compota. La cena, aunque más frugal, es siempre variada. El sábado me prepara pescado, guisado o relleno, empanado o en vinagre, para no hablar de otros exquisitos platos. Ni que decir tiene que no hay sábado sin pasteles. Krolka la ayuda en la cocina; ésta era

descendiente de los suabos que el emperador José envió a Galitzia y habla una muy especial mezcla de alemán y *yiddish*^[*].

Cuando estoy en el hotel, me quedo en mi habitación o me siento en el comedor. Como no hay muchos clientes ni mucho que hacer, el hostelero anda bastante desocupado. Tiene una cara agradable, la frente estrecha, el pelo negro, vetado de blanco, los ojos entornados, sea porque no espera nuevas impresiones, sea porque prefiere conservar las viejas, con la pipa en la boca, unas veces, apretando el tabaco con el pulgar, y otras veces chupando la pipa aunque esté vacía. De improvviso,

suelta un frase y luego calla, para dar al huésped la ocasión de contestar, ya sea para demostrarle deferencia, ya para sondearle.

Y yo soy ahora ese huésped. Contesto a todas sus preguntas y aún añado algo por mi cuenta, sin callar siquiera esas cosas que por lo general se silencian. Como la gente de mi ciudad no puede concebir que alguien diga las cosas como en realidad son, me toman por un chiflado que emplea muchas palabras para eludir el tema principal. Al principio, traté de sacarles de su error, pero al ver que la verdad auténtica no hacía sino desorientarles, opté por dejarles con su verdad

imaginaria.

Realmente, no necesito hablar mucho. El hostelero conoce ya a sus clientes y no quiere saber más. Se sienta en su actitud acostumbrada, con la pipa en la boca y los ojos entornados. Su mujer se pasa el día encerrada. Él no quiere ver nada nuevo y ella tiene trabajo en la cocina; no es que tenga muchos huéspedes, pero debe guisar para los pocos que tiene y, naturalmente, también para su marido y sus hijos.

De sus hijos hablaré otro día, o quizá no lo haga nunca, pues no tengo nada en común con ellos. Ni ellos conmigo. Desde que los dos varones, Dolik y Lolik, han averiguado que no he

venido por negocios, no me prestan la menor atención ni se preocupan por mí. Y tampoco su hermana Babtsche, que trabaja medio día en el despacho de un abogado y pasa el otro medio ocupada de sí misma. Y tampoco Raquel, la más pequeña, casi una niña todavía, a pesar de que quizás haya cumplido ya los dieciocho años. Tras ella puede ir un muchacho de veinte años, pero no un hombre. De manera que estoy completamente libre y puedo hacer lo que más me apetezca. Y esto es lo que hago. Inmediatamente después de desayunar, cojo la llave de la vieja casa de enseñanza y me voy allí hasta el mediodía.

Permanezco sentado, entre aquellas cuatro paredes, completamente solo. Los estudiosos que antes acudían allí a estudiar la Ley se han marchado y los libros han desaparecido. Muchos libros teníamos en la vieja sinagoga. En algunos estudié yo y puse notas marginales. Entonces estaba rebosante de ardor juvenil y creía poder agregar nuevas enseñanzas; también lloré sobre ellos, como los niños que creen que las lágrimas van a ayudarles a conseguir algo que su entendimiento no alcanza. De todos aquellos libros, sólo quedaba alguno que otro. ¿Dónde estaban los demás? En el «Libro de los Justos» se dice que las almas de los muertos

poseen libros. Y después de muertos siguen estudiando, como estudiaron en vida. De ello se deduce que los ancianos muertos se llevaron sus libros, para aprender en ellos después de la muerte. Hicieron bien, ya que en la sinagoga no ha quedado nadie y no hay en la ciudad nadie que necesite un libro.

Antes de que los pocos libros que restan desaparezcan también, quisiera hojearlos. Cojo un libro y lo leo hasta el final. Antes, tomaba un libro al azar y volvía a dejarlo, como si no me bastara la sabiduría que encerraba. De pronto, descubrí que un libro puede dar materia a diez sabios sin que por ello agote su contenido. Hasta los libros que antes

sabía de memoria se me antojaban ahora nuevos. La sabiduría tiene cien rostros, y el rostro con el que tú la miras es el que ella vuelve hacia ti.

Me sentaba, mudo, ante el libro, y el libro abría la boca y me descubría cosas ignoradas. Cuando me cansaba de estudiar, mi mente se ponía a divagar y acudían a ella toda clase de pensamientos. Por ejemplo: un sabio había escrito un libro hacía generaciones, sin saber nada del que ahora lo leía y, sin embargo, todas sus palabras se referían a él.

Descubrí también que el tiempo era más largo de lo que yo creía, que se divide en muchas pequeñas partículas y

que cada una de ellas es todo un período por sí misma, en cuyo período pueden realizarse muchas cosas. De todos modos, esto únicamente es válido cuando uno está completamente solo, sin nadie que lo distraiga del trabajo. Me permití el chiste de que el mundo pudo ser hecho en seis días porque por aquel entonces el Creador todavía estaba solo.

Cuando descubrí esta propiedad del tiempo, repartí mi día entre diversas actividades. Hasta el mediodía, permanezco en la casa de enseñanza; por la tarde, voy a pasear por el bosque. En este momento, los árboles no han perdido todavía sus hojas y son un verdadero regalo para la vista. Unos

presentan manchas multicolores, otros resplandecen como el cobre con reflejos indescriptibles.

Me paseo por entre los árboles, extendiendo la mirada hacia ellos y pienso: ¡Qué hermosura! El Cielo me es propicio. Por lo visto, se ha dado cuenta de que aquí hay alguien que aprecia esta belleza y le complace ofrecérsela en todo su esplendor. Verdaderamente, me revela encantos hasta ahora ignorados. ¿No existían antes, o acaso la mirada los capta ahora con mayor claridad? No lo sé.

Estoy solo en el bosque, como solo estoy en la sinagoga. Nadie va al bosque, que forma parte de los dominios

del príncipe, y, a pesar de que los guardas ya no están, el temor a ser descubierto por ellos aún perdura.

Tal vez hayáis oído la historia de la viejecita que va al bosque a buscar leña para preparar la papilla de sus nietos. ¿Cómo no la veo ahora? Quizá sus nietos se hicieron hombres y cayeron en la guerra y quizás ella muriese también, o quizá siga viviendo con sus nietos y cuando necesiten comida asalten a judíos, roben, saqueen y golpeen y le den también su parte a la viejecita, por lo que ella no tiene ya que ir al bosque a buscar leña. ¿Y dónde están las parejas que iban al bosque a cambiar promesas de amor? Claro que lo que antes se

hacía discretamente, a solas, se hace ahora en público, a la vista de todos, y ya no es necesario molestarse en ir al bosque. Y, por otra parte, entre chicos y chicas existe ahora tan poco amor como entre los hombres en general. Hoy, un hombre encuentra a una mujer en la calle y, si ambos están de acuerdo, él la lleva a su casa y antes de que puedan llegar a enamorarse ya están cansados el uno del otro.

El Señor, alabado sea, me ha puesto una venda en los ojos para preservarme de ver la miseria de sus criaturas; y cuando me quita la venda mis ojos ven cosas que escapan a los ojos de los demás. Veo, por ejemplo, a Ignaz, que

perdió la nariz en la guerra y ahora sólo tiene un agujero en lugar de nariz. Ignaz, de pie en la plaza del Mercado, apoyado en su bastón y con la gorra en la mano, grita a los transeúntes: «¡Una limosnita, por favor!». Y como nadie le presta atención yo le miro con redoblado interés, en primer lugar, por la compasión que está impresa en el corazón de Israel, y en segundo lugar, porque soy dueño de mi tiempo y nada me impide echar mano al bolsillo y sacar una moneda; pues he aprendido que las escalas del tiempo están generosamente medidas y en cada una de ellas puede hacerse mucho. La segunda vez que vi a Ignaz, me pidió limosna en

hebreo. En el espacio de dos o tres días, había aprendido a decir «dinero» en la lengua sagrada. Cuando le di la limosna, se iluminaron los tres agujeros de su rostro, los ojos y el agujero donde antes tuvo la nariz.

El tiempo es largo, pero tiene límites. Cuando estás solo, te parece que el tiempo se ha detenido; en cinco minutos puedes imaginar todo un sistema de universo; si te encuentras con alguien, el tiempo da un salto y se escapa. Por ejemplo, si, al salir del hotel para ir a la sinagoga, me encuentro con Daniel Bach, cuando quiero recordar ya ha transcurrido medio día. ¿Que cómo es posible? Primero le pregunto cómo está,

luego, cómo está su padre, él me pregunta cómo estoy yo y, entretanto, ha pasado medio día, es hora de comer y tengo que volver al hotel, como si la llave de la vieja sinagoga no me sirviera absolutamente para nada.

CAPÍTULO VII

Un ejemplo y su aplicación

En un principio, creí que todas las desgracias habían sido causadas por la guerra. Daniel Bach me enseñó que muchas eran debidas a la lucha por la subsistencia, como había ocurrido en su caso. Mientras luchó en la guerra, su cuerpo se conservó sano; pero apenas se sometió al yugo del trabajo, perdió una pierna.

¿Que cómo fue? Al terminar la guerra, volvió a su ciudad y encontró su

casa en ruinas y su aserradero convertido en un montón de cenizas; su esposa y sus hijas se habían sentado sobre el montón de cenizas y se lamentaban de haber regresado. Pues cuando terminó la guerra el pueblo creyó, equivocadamente, que había llegado la era del Mesías, y la esposa de Daniel Bach cogió a su hija de la mano y se dispuso a volver a su ciudad. No sabían aún que el Mesías estaba muy ocupado vendando sus heridas y que el mundo no había curado de su enfermedad, y que la única diferencia entre una y otra ciudad consistía en el tipo de penalidades que ofrecían. Hoy a Daniel Bach no le queda más que una

hija y un niño enfermo que nació después de la guerra. Pero entonces, cuando volvió de la guerra, tenía tres hijas; una murió poco después de su regreso, y la otra, víctima de la epidemia de gripe, sin contar el niño que la madre había enterrado mientras huían de los saques de los rusos. Allí estaban la mujer y las hijas de Daniel, medio desnudas, descalzas y hambrientas, sentadas ante el montón de ceniza, en una ciudad en ruinas. No había comercio ni tráfico. El padre de Daniel había ido a parar al otro extremo del país, nadie sabía dónde, hasta que, por fin, también él, sin ropas, sin zapatos y hambriento como los demás, volvió a casa. Daniel

Bach padeció más hambre que los demás. Mientras estuvo en el Ejército, el Kaiser se ocupó de su sustento y aunque entonces no hubiese comido, el miedo le hubiese impedido sentir apetito. Ahora, por el contrario, el hombre no tenía nada más que su hambre. Hambre al levantarse y al acostarse, hambre de día y hambre de noche, hambre despierto y hambre dormido.

Llegaron al lugar expediciones de ayuda que llevaban pan para los hambrientos y ayudaban a los que estaban dispuestos a dedicarse al comercio. Daniel consiguió abrir una tienda, no una tienda grande como antes de la guerra, sino una tienda pequeña,

para la venta de jabón. Después de la guerra, hubo una gran demanda de jabón, pues todo el mundo se sentía sucio y deseaba lavarse. Hasta los campesinos que no habían visto el jabón en toda su vida iban ahora a comprarlo. Daniel Bach sacaba buenos beneficios de su negocio. Un día se dijo: «Esaú quiere lavarse las manos de la sangre que ha vertido durante la guerra; está bien, yo me beneficiaré de ello». Y empezó a rebajar sus precios. La rebaja se llevó sus beneficios y cuando hubo colocado la mercancía y se encontró sin dinero para reponer existencias llegaron días malos. Él y su familia volvieron a pasar hambre y esta vez fue peor, pues se

habían acostumbrado a comer y no tenían comida.

Por aquel entonces nos afligieron los primeros pogroms. Llegaron nuevas expediciones de socorro que distribuyeron dinero entre los afectados. Daniel Bach invirtió el dinero en sacarina. Éste era entonces un gran negocio, ya que había muchos diabéticos a consecuencia de la guerra que endulzaban con sacarina bebidas y pasteles; pero los traficantes debían cuidar de no ser sorprendidos con la mercancía en la mano, pues el Gobierno detentaba un monopolio y no estaba dispuesto a dejarse arrebatarse los beneficios. Todo aquel que tenía la

cabeza clara se andaba con cuidado, pero la cabeza está lejos de las piernas, especialmente en un hombre de la estatura de Daniel Bach, y antes de que su pierna captase los pensamientos de su cabeza había ocurrido ya la desgracia.

Un día, al saltar del tren, su pierna derecha se enganchó en una rueda, el tren arrancó llevándose la pierna y no la soltó hasta mucho más allá de la estación. Por derecho, le hubiera correspondido una indemnización por gastos de médico, seguro de accidentes, incapacidad y mutilación; pero no cobró absolutamente nada; al contrario, le pusieron una multa de seiscientos guldens porque en el interior del

calcetín le fueron halladas tabletas de sacarina. ¿Y de qué vive ahora? Tiene en su casa un almacén de leña y madera para la construcción y su mujer es comadrona. Actualmente, nadie edifica ni enciende la estufa, pero cuando los niños que su mujer ayuda a venir al mundo sean mayores construirán nuevas casas y encenderán estufas, de manera que las ganancias le lloverán de todas partes. Lo malo es que desde que terminó la guerra han aumentado en Israel el número de los que viven solos, sin tomar mujer y sin criar hijos; de no ser por las hijas de los incircuncisos^[*], hace tiempo que la descendencia de Adán se hubiera extinguido. Y las hijas

de los incircuncisos sólo necesitan a la comadrona cuando amenaza el peligro.

Mires adonde mires no verás más que desmoralización o pobreza. Pero hay en la ciudad un lugar libre de mal: la vieja casa de enseñanza cuya llave poseo. Después que me he dado cuenta de ello, paso allí el doble de tiempo que antes. Si antes permanecía en ella toda la mañana, ahora me quedo también por la tarde. Dos veces al día me siento a leer y dos veces al día me asomo a la ventana y miro la montaña que se levanta frente a la vieja sinagoga.

Hubo un tiempo en el que toda aquella montaña estaba habitada. Vivían allí obreros y artesanos y había una

hermosa sinagoga construida por los habitantes de la montaña con su trabajo nocturno, ya que durante el día todos tenían ocupación en la ciudad. Habían contratado a un maestro que los instruía en la distribución de la semana y en los «Proverbios de los Patriarcas». Cuando estalló la guerra, los jóvenes murieron en el campo de batalla, los viejos perecieron de hambre, las viudas y los huérfanos fueron exterminados en los pogroms y el pueblo quedó abandonado. De la casa de oración no quedó piedra sobre piedra, toda la montaña fue asolada y no ofrecía ya nada atractivo para el espíritu. Con los libros sucede algo distinto: cuanto más los

contemplas, más crece tu espíritu y más se alegra tu corazón.

No leo para ampliar mis conocimientos, ni para hacerme sabio, ni para entender la Obra de Dios, sino como el caminante que siente que el sol le abrasa la cabeza, las piedras se le clavan en los pies, el polvo le ciega los ojos y todo su cuerpo es presa del cansancio, cuando de pronto ve una choza, entra en ella y el sol deja de abrasarle, las piedras dejan de triturarle los pies y el polvo ya no le ciega. Está cansado, desea dormir y no le importa nada. Una vez se ha repuesto, examina la choza y su contenido. Y como no es desagradecido, dedica un canto de

alabanza a Aquel que le ha brindado un techo y ha cubierto sus necesidades.

Yo soy ese caminante y el refugio es nuestra vieja casa de enseñanza. He viajado entre el polvo, el calor y las piedras y, de pronto, me encuentro sentado en la Casa de Dios. Y como no soy desagradecido, entono un canto de alabanza al Padre Eterno y contemplo sus instrumentos, los Libros de la sinagoga.

¿Y qué dicen los Libros? Dicen cómo el Altísimo, alabado sea, creó el mundo y, entre todos los pueblos, nos escogió a nosotros y nos dio su Doctrina para que supiéramos servirle. Si aprendemos sus Leyes y cumplimos sus

Mandamientos, ningún pueblo ni ninguna lengua podrá hacernos mal; pero si no observamos sus Leyes, hasta el más débil puede sojuzgarnos. Dentro de su sentido más noble y justo, la Doctrina protege a los que la abrazan, haciéndolos gratos al mundo que los rodea. Si la rechazamos, nos abandona a su vez y caemos más bajo que cualquier pueblo. ¿Con qué objeto nos eligió el Señor y nos confió su Doctrina y sus Mandamientos, si tanto trabajo nos cuesta observar la Ley? A esta pregunta, unos responden una cosa y otros otra. Voy a tratar de explicarla con un ejemplo, comparándola con una corona real, una corona de oro, cuajada de

perlas y piedras preciosas. Mientras uno la lleva puesta, todos lo reconocen como a su rey, pero si se la quita, nadie verá en él al rey. ¿Dejará, entonces, de ponérsela porque le pese? Al contrario, tendrá a gala llevarla. ¿Cuál es la recompensa del rey por llevar corona? Que todos le respetan y le rinden honores. Ahora bien, ¿de qué le sirven al rey estas demostraciones? No lo sé. ¿Y por qué no? Porque yo no soy rey. Pero, aunque no sea rey, sí soy hijo de un Rey, y debería tenerlo presente. Pero lo olvido, como el pueblo de Israel olvida también que es hijo de un Rey. Está escrito en los Libros que este olvido es el peor de los males.

Raquel, la hija menor del hostelero, ha olvidado también que es hija de un Rey y cuando yo se lo recuerdo se ríe de mí. Esta criatura, apenas salida de la niñez, me mira a mí, un hombre ya maduro, llevándose un dedo a la frente y frunciendo la nariz.

—¿Qué está predicando? —me dice —. ¡Como si yo no supiera que todo eso no son más que tonterías!

He olvidado los detalles, pero recuerdo perfectamente la conversación en sí.

Una noche en que estaba sentado en compañía de su padre, le vi taciturno. Iba a marcharme, pero él me detuvo.

—No se vaya. Me gustaría conocer

su opinión.

La muchacha alzó los ojos y me miró. O tal vez sólo alzó los ojos. Dije lo que tenía que decir. Ella hizo una mueca y exclamó:

—¿Y por qué tengo yo que uncirme al yugo del pasado? Los tiempos pasados vivieron para sí y también mi tiempo se pertenece a sí mismo. De igual forma que los tiempos pasados existieron a su modo, también mi tiempo tiene un propio modo de existir. Y en cuanto a eso de que todas las muchachas del pueblo de Israel deberían considerarse a sí mismas como hijas de un Rey; nunca oí mayor tontería. Hoy, cuando las coronas reales están en los

museos y nadie se digna ni siquiera mirarlas, viene usted y dice que toda muchacha judía debería considerarse como hija de un Rey.

Hubiese podido responderle, pero no lo hice. Prefería dejar que creyera que me había vencido. No entiendo nada de mujeres, pero una cosa sí sé, y es que si una mujer te ha vencido una vez, en lo sucesivo tendrá en cuenta tus palabras.

Estoy hablando de Raquel, la hija menor de mi hostelero, a pesar de que nada tiene que ver conmigo, ni siquiera me aborrece. ¿Por qué iba a hacerlo? Para ella no soy más que un huésped que va de paso, hoy aquí y mañana allí.

Raquel había dejado atrás la niñez,

pero no podía considerársela una persona adulta. Tenía el cuello fino, la frente alta, los ojos melancólicos y la boca risueña. A primera vista, parecía poseer un toque de arrogancia, pero el gesto de humildad de su cabeza delataba su predisposición a dejarse llevar por un ser superior, lo cual no dejaba de ser sorprendente, dada la pobre opinión que le merecían reyes y príncipes. No temía a sus padres y, por descontado, tampoco al Padre Celestial; ¿ante quién inclinaría, pues, la cabeza? Solía encogerse de hombros, como si alguien la sacudiese bruscamente, y mantenía los ojos entornados, no como hacía su padre, para preservar impresiones

pasadas, sino como el que parpadea ante la perspectiva de los acontecimientos que están por llegar.

¿Qué es lo que espera? ¿Qué cabe esperar ya de este mundo? Por lo general, las personas no están precisamente predisuestas a hacernos el bien. Puse el freno a mi lengua y pensé en mí mismo, no porque yo sea mejor que otros, pero, en todo caso, no era mi intención causarle daño a la muchacha. Me alegré de no haberle respondido y provocado con mis palabras una desilusión.

Miré el reloj y dije:

—¡Vaya! Las doce ya.

Entré en mi habitación y me acosté.

CAPÍTULO VIII

Entre padre e hijo

Una noche, encontré al viejo Rabbí Shelomó Bach sentado en la sala, apoyado en su bastón. Al entrar yo, se puso en pie, me tendió la mano y me saludó. Yo correspondí a su saludo y le dije:

—¿Todavía por aquí? Creí que se había marchado a la tierra de Israel^[*].

—Estoy un poco aquí y un poco allá —me respondió—. Los compañeros de Yerujam, que en paz descansa, me han

enviado un giro para el viaje y he venido a verle, porque dicen que usted ha estado allá. Pensé que tal vez podría darme alguna indicación para el viaje.

—Nada más fácil —dije—. Va usted a la estación, da el dinero al empleado y él le entrega el billete. Entonces, sube usted al tren y va hasta Trieste. Una vez allí, embarca y, después de navegar durante cinco días, llega a Jaffa. Esto ya es Tierra Santa.

Mientras le hablaba del viaje por países extranjeros, parecía no prestar atención, pero cuando mencioné Jaffa, clavó en mí su mirada y fue repitiendo todas mis palabras. Entonces entró su hijo Daniel.

—Siento mucho, hijo mío —le dijo su padre—, que te hayas perdido lo que acaba de decir este señor.

Daniel Bach me miró como preguntándose qué cosas podía yo contar que él tuviera que lamentar no haber oído.

—Estaba explicándole a su padre cómo se va a Palestina.

—¡Ah, ya...! —dijo Daniel.

Por su actitud, se adivinaba que estaba pensando: «¡Vaya una revelación!».

—Por favor, coja papel y lápiz y escriba los pormenores del viaje, para que su padre sepa con exactitud lo que debe hacer.

Después de anotar el itinerario hasta Palestina, me pidió que le explicara detalladamente el trayecto de Jaffa a Ramat-Raquel, donde debía ir su padre.

—Primero, se deja el barco grande y se embarca en otro más pequeño, que lo llevará a tierra. Lo mejor sería que allí le esperase alguien del poblado; de no ser así, que suba al coche que va a Jerusalén. Una vez allí, que coja un autobús que lo llevará a Talpiot. En Talpiot se apean chicos y chicas que van a Ramat-Raquel. Que vaya con ellos hasta allí.

Al mencionar el nombre de Talpiot, me invadió una profunda melancolía. Recordé mi casa, que había sido

destruida por los árabes. Ahora que Rabbí Shelomó estaba contento, el triste era yo. Y todo lo afligido que yo estaba al recordar mi partida, él se mostraba alegre al pensar en su llegada.

Pedí té y pastas para obsequiar a mis visitantes. Rabbí Shelomó rezó la bendición de los alimentos, partió una de las pastas, recitó la oración «Por el que todo fue...» y bebió. Sacó una carta que había recibido de Ramat-Raquel, me la mostró y la leyó de nuevo conmigo. Aunque la sabía de memoria, volvió a leerla. Luego se la guardó —encima del corazón— y dijo:

—Esto significa que voy a la tierra de Israel.

Daniel movió afirmativamente la cabeza y dijo:

—Sí, padre, te vas a la tierra de Israel.

—Hijo —murmuró Rabbí Shelomó—, ¡qué fácil se me haría el viaje si tú me prometieras ir por el camino recto!

Daniel se levantó de un salto, se puso la mano derecha sobre el corazón y, señalando al cielo con la izquierda, exclamó:

—¿Acaso me he salido yo del buen camino? Fue Él quien me apartó.

—¡Calla, hijo, calla! —le dijo su padre—. El Señor, alabado sea, quiere probarnos. Si soportamos la primera prueba, bien está, pero si no la

soportamos, nos envía otra más pesada que la anterior.

—Acaso el Señor, alabado sea, no ve que el hombre no puede soportar su primera prueba. ¿Por qué, pues, se molesta en probarle de nuevo?

—Los pensamientos impíos son un gran obstáculo —dijo Rabbí Shelomó—; pero no son tus pensamientos lo que me preocupa; lo que yo te pido, hijo, es que observes sus Leyes y cumplas sus Mandamientos. Entonces Él desterrará de tu corazón hasta tus peores pensamientos. Pero ya hemos molestado bastante a este caballero. Recemos ahora la oración por lo que hemos comido, y vayámonos.

Rabbí Shelomó se sacudió las migas de la barba, se enjugó los labios, recitó la bendición de «Nuestros alimentos» y «El que forja el alma de los hombres» y se levantó para marcharse.

—No se debe alabar a un hombre en su presencia —dijo—; pero a veces es lícito hacer una excepción. Antes, mi hijo Daniel era un buen judío que cumplía los preceptos fáciles lo mismo que los difíciles, ¿no es verdad, hijo?

—Como tantos otros buenos judíos del pueblo de Israel —puntualizó Daniel—. Cumplen los Mandamientos sin detenerse a pensar en lo que hacen.

—Entonces, ¿a ti se te pide pensar y no sólo amar y temer a Dios? —dijo

Rabbí Shelomó.

—¡Y por ese amor se me persigue!
—exclamó Daniel con indignación.

Y en sus facciones se pintó una inusitada tristeza.

—¿Estás pensando en la historia de las filacterias? —preguntó Rabbí Shelomó.

A Daniel se le enturbiaron los ojos; arrugando la frente, miró a su padre y dijo:

—La historia de las filacterias es sólo una de tantas.

—No fue más que una prueba —dijo Rabbí Shelomó.

—De todas las desgracias se nos dice que son pruebas —replicó Daniel.

—¿Y cómo quieres cumplir lo de «Con toda tu alma...» sino con la entrega de tu alma? —preguntó Rabbí Shelomó.

—Un hombre puede sacrificarse y ofrendar su alma para la Santificación del Nombre y resistir invocando al Único Dios hasta haber rendido el alma; pero dejarse inmolar constantemente, cada día y cada hora, sobre siete altares a la vez, hoy este miembro y mañana aquél..., ¿puede el hombre soportar esto? Yo nací de mujer, soy carne y sangre, y cuando mi carne se pudre y mi sangre hiede, mis labios no pueden seguir alabando al Todopoderoso. Y, si le alabara, ¿ensalzaría al Altísimo que

un montón de carroña y un pellejo de sangre hedionda clamara: «Tú eres justo en todo lo que me envías, he obrado mal, sigue lanzándome tus flechas»?

—«Junto con los corderos del Misericordioso, tú quieres...» —citó Rabbí Shelomó.

—Con los proverbios de nuestros profetas se mitigan de vez en cuando las penalidades que afligen al hombre —dijo Daniel.

Rabbí Shelomó se alisó la barba y murmuró:

—Sin embargo, hijo mío, hemos de dar gracias a los profetas por habernos explicado las cosas y señalado los acontecimientos. De otro modo,

tendríamos que preocuparnos de hacerlo nosotros mismos. Pero como sea que para todo hemos encontrado consejo, podemos dedicarnos por entero a cumplir la Ley y los Mandamientos, y así el hombre no necesita invertir su tiempo en indagaciones, sino que sirve a su Creador y observa sus Mandamientos. Y cuando más debe el hombre esforzarse en cumplir sus Mandamientos es cuando los ha infringido una vez, como tú infringiste el de las filacterias, hijo.

—Padre, del mismo modo que es de ley exigir el cumplimiento de lo preceptuado, es también de ley no pedir que se haga más que lo que está

ordenado.

—¿A qué viene eso?

—A propósito de lo que tú has dicho.

—¿Y era?

—Las filacterias. Te aseguro que nunca volveré a ceñírmelas.

—¿Cómo puede un hombre asegurar con tanto aplomo que faltará a un precepto al que le obliga para siempre la promesa hecha nada menos que en el monte Sinaí? —preguntó Rabbí Shelomó.

—¿De qué están hablando? —inquirí.

—¡Bah! Tonterías... —dijo Rabbí Shelomó—. Se trata de algo que le

ocurrió durante la guerra.

—¿Llamas a eso tonterías? — exclamó Daniel Bach, levantándose, muy excitado, de su asiento.

—¿Qué ocurrió exactamente? — pregunté.

—¿Estuvo usted en la guerra? — me preguntó.

—Estaba enfermo y fui declarado indigno de pelear por el Kaiser — expliqué.

—Yo entré en filas cuando estalló la guerra y fui soldado hasta que se consumó la derrota —dijo Daniel—. Era un gran patriota, como todos los judíos de este país. Pero a medida que la lucha se alargaba, el patriotismo iba

menguando, pero el que se había involucrado ya no podía mantenerse al margen. Mientras estuve en la guerra, no comí cosas prohibidas, observé todos los preceptos y no dejé de ceñirme las filacterias ni un solo día.

Rabbí Shelomó miró a su hijo con cariño, se mesó la barba, apoyándose en su bastón, y los ojos le brillaron de satisfacción.

—Tomaba el precepto de las filacterias tan al pie de la letra — prosiguió Daniel—, que si un día no encontraba la ocasión de cumplirlo, ese día no probaba bocado. Una noche, en la trinchera, rebozado en lodo hasta el cuello, mientras la artillería disparaba

sin cesar y por todas partes se olía a carne chamuscada, tuve la impresión de que también yo me estaba quemando y moriría en aquel agujero, abrasado o ahogado en ceniza. Salió el sol y se acercó la hora del rezo. «Espérame hasta que haya rezado mis oraciones», dije al ángel de la muerte, y alargué la mano para coger mis filacterias, y mis dedos tropezaron con ellas. «Alguna bala habrá alcanzado mi macuto y todo lo que había dentro estará esparcido por ahí», pensé. Tiré del cordón de las filacterias, buscando la bolsita que contenía las oraciones. Percibí un olor nauseabundo y observé que las filacterias estaban atadas al brazo de un

cadáver, un soldado judío que había sido destrozado por una explosión mientras oraba, con las filacterias atadas al brazo.

Rabbí Shelomó se frotó los ojos con ambas manos y su bastón cayó al suelo. Ahogando los sollozos que le subían a la garganta, miró a su hijo. Seguramente había oído aquel relato muchas veces y, sin embargo, no podía contener las lágrimas. Daniel se agachó, recogió el bastón y el anciano volvió a apoyarse en él. Daniel juntó las piernas, frotó una rodilla con la otra y sonrió levemente, como un chiquillo pillado en falta.

Los del hotel se fueron a descansar y Rabbí Shelomó, Daniel y yo

permanecimos allí sentados, en silencio. De los labios de Daniel se borró la sonrisa, y una expresión de profunda melancolía se extendió por su enjuto rostro. Estrechándole una mano, le dije, entonces:

—Quiero contarle una cosa. En el libro *El látigo de Judá* leí la historia de un grupo de gentes que se embarcaban cuando los judíos fueron expulsados de España. Durante el viaje, se acabaron los víveres y el capitán los desembarcó en un lugar desierto. La mayoría perecieron de hambre y los supervivientes, haciendo acopio de fuerzas, decidieron ir en busca de un lugar habitado. Una mujer se desmayó y

murió. Su esposo cogió a sus dos hijos de la mano y siguió andando. Al poco rato, los tres cayeron desmayados. Cuando el hombre volvió en sí, vio que sus hijos habían muerto. Poniéndose en pie, dijo así: «Señor, Dios del Cielo, Tú quieres hacerme perder la fe. Pero has de saber que soy judío y seguiré siéndolo aunque les pese a todos los santos del Cielo, y de nada servirán los sufrimientos que me has enviado o puedas enviarme». Reunió tierra y matas, cubrió con ellas a sus hijos y siguió caminando, en busca de un lugar habitado, a pesar de que los demás no le habían esperado, para no morir de hambre a su vez, pues cada uno se

preocupaba de sí mismo y de sus propias necesidades, sin pensar en sus compañeros. ¿Cuál sería el fin de este hombre? No lo sé. Quizás el Padre Eterno lo condujo a un lugar habitado por judíos donde volvió a casarse y tuvo más hijos. Quizá. Pero aun así, no veo en ello ninguna recompensa. Job, que nunca existió realmente y es sólo un símbolo, se consoló de la pérdida de su esposa e hijos cuando el Señor bendijo sus años postreros con más largueza que los anteriores; pero es muy dudoso que ello fuera un consuelo para un hombre de carne y hueso.

Rabbí Shelomó se mesó la barba y dijo:

—Hubo una vez un hombre cuyo hijo perdió la fe. Se presentó al Maestro del Santo Nombre y el Maestro le ordenó que redoblara su amor hacia su hijo.

Daniel Bach sonrió:

—Ya puede imaginar adónde quiere ir a parar mi padre con su historia. A su amor por mí. Lástima que el Todopoderoso, alabado sea, no siga el consejo del Señor del Buen Nombre^[*].

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Rabbí Shelomó.

—Padre, ¿hablas así después de todas las calamidades que te han afligido? —preguntó Daniel.

—¿Quién, si no, podría hablar así? ¿El hombre al que todo le ha ido bien en

la vida y que, en su vivir, no puede ver la mano del Señor, alabado sea? Yo, por el contrario, puedo decir que me ha sido dado vislumbrar sus bondades. Y ojalá no me tenga en cuenta el que divida sus actos en buenos y malos. Pero confío que me otorgará la gracia de vivir en la tierra de Israel, y el Padre Eterno, alabado sea, me hará comprender que todos sus actos son justos. Y ahora que hemos llegado a una buena conclusión, demos las buenas noches al caballero y vámonos.

CAPÍTULO IX

Con agua y con fuego

Cuando se fueron, subí a mi habitación, encendí la vela, me eché en la cama y cogí un libro para mejor conciliar el sueño. Antes de abrirlo, empecé a pensar. ¿En qué pensaría y en qué no pensaría yo?

Ahí está otra vez el viejo, sentado con la barbilla apoyada en el puño del bastón. Los pliegues de su rostro brillan, iluminándole la barba. A su lado, su hijo, acariciándose las piernas, ora una

ora la otra, ora la que traía al nacer, ora la que le pusieron después, de modo que no sabe uno cuál prefiere, la que le dio el Cielo o la que fue hecha por la mano del hombre.

—Ha empezado la guerra entre Gog^[*] y Magog —dice el lisiado a su padre—. Pero el Mesías no ha llegado aún.

—Hijo —responde el padre—, la guerra entre Gog y Magog se libra en todos los tiempos, entre todas las razas, a todas horas, en cada hombre, en su casa y en su corazón; en su corazón y en el de sus hijos. Calla, hijo, calla, Jeremías dijo ya: «Mucho te invocan, mas en la aflicción se apartan de ti», y

aún resuena este grito en el corazón de Israel.

Y yo me digo: «Mañana marcha este anciano a Israel; por lo que respecta a las cosas externas, bien está. El aire de la tierra de Israel es sano y los compañeros de su hijo Yerujam le darán casa y comida y le tratarán con respeto. Pero ¿será posible que el anciano, al verse honrado y respetado, pase por alto el homenaje que se debe al Padre Celestial, que observe lo poco escrupulosos que son en cumplir los Mandamientos, por ejemplo el de la santificación del Sábado, y se calle? Uno puede cerrar los ojos ante las faltas de un hijo, pero no ante las de los

amigos del hijo. ¿O es que el amor a los demás es en él tan fuerte como el amor a su hijo, como suele ocurrir a los ancianos que han pasado muchas penalidades y, llevados de su amor, se sienten inclinados a tomarlo todo sobre sí, contrariamente a la mayoría de los jóvenes que sólo escuchan la voz de su propio corazón y cuando se trata de cumplir un Mandamiento hacen de ello un caso de conciencia y buscan el modo de eludirlo? ¿Cuántos compromisos no acepta el hombre sin pensarlo demasiado? Pero ¡ah!, cuando se trata de cumplir un precepto de su religión, hace de ello una cuestión de conciencia. ¿Y por qué tengo yo que inmiscuirme en una

cosa que no está en mi mano resolver? Cerraré los ojos y me dormiré».

Antes de dormirme, sabía ya que aquella noche no dejaría de soñar. Efectivamente, yo mismo había abierto de par en par las puertas al Señor de los Sueños para que pudiera entrar a competir conmigo. Pero yo le tomé la delantera y atrás quedó el Señor de los Sueños. Me levanté y subí a un barco de Israel, lleno de ancianos y de jóvenes. Nunca has visto criaturas tan agradables. Podría compararlas con el Sol y la Luna, mas el Sol y la Luna están cubiertos algunas veces y no siempre podemos gozar de toda su luz, y aquellas gentes resplandecían sin cesar. Tiempo atrás,

poco antes de la oración de la mañana del Día de la Expiación, desde la ventana de nuestra vieja casa de enseñanza, divisé una luz maravillosa y pensé que ninguna otra podía superarla. Ahora, de pronto, descubría una luz más maravillosa aún. Y es que la de la vieja casa era una luz muerta, y ésta... vivía y, si tú quieres, hasta hablaba. Cada uno de sus destellos era melodioso. Entonces, ¿tiene sonido la luz? ¿Habla o canta? No puede explicarse, y aunque pudiera explicarse yo no lo intentaría y me limitaría a gozar de ella.

¿Y qué hacía la gente a bordo de aquel barco? Los viejos permanecían sentados, con las manos sobre las

rodillas y la mirada fija en el mar, y los jóvenes cantaban y bailaban. Yo también bailaba. Y cuando me detenía, mis piernas me obligaban a continuar el baile. Un anciano me sujetó por un brazo y me dijo:

—Nos falta uno para el rezo. Sólo somos nueve.

Me puse el *tal.lit* y le seguí hasta la capilla. Toda la congregación me miró con extrañeza, pues era la hora del rezo vespertino en el que no se usa el manto. El anciano se acercó al armario y encendió una vela. Yo fui tras él, para coger un libro. Mi manto rozó la llama de una vela y se incendió. Me entró pánico y salté al agua. Lo más fácil

hubiera sido quitarme el manto, para librarme de las quemaduras, pero no lo hice; en vez de eso, salté al mar, con lo cual no sólo me salvé del fuego, sino que corría el peligro de ahogarme. Grité para que la gente acudiera en mi auxilio. Pero nadie se movió. No se oía ninguna voz, aparte de la mía, que gritaba:

—¡Consolad a la ciudad afligida y calcinada!

«¿Dónde está el anciano?», me pregunté. Levanté los ojos y lo vi apoyado en la borda, inmóvil. Se le unió un hombre que se parecía a Daniel Bach, sólo que a éste le falta una pierna y a aquél le faltaban las dos manos. Desesperado, me dejé llevar por las

olas. Las aguas me condujeron, suavemente, hacia un lugar en el que vi brillar unas luces. «Voy hacia un lugar habitado —pensé—, desde el que los judíos me verán y me llevarán a tierra». Volví la mirada hacia las luces; pero empezó a soplar el viento y las apagó. Entonces me di cuenta de que sólo era la luz de la vela que ardía junto a mi cama. Di media vuelta y cerré los ojos. Volví a dormirme.

Después del desayuno, cogí mi llave, me fui a la vieja casa de enseñanza, abrí la puerta, entré, cogí un libro y me puse a estudiar. El texto captó mi atención y el estudio me proporcionó alegría.

CAPÍTULO X

Tengo que hacerme un abrigo

La estación de los fríos está ya en puertas y a todos les espanta. El sol anda entre nubes y sólo se deja ver a ratos, y cuando lo hace, no presenta ya su antigua fisonomía. Lo mismo que la gente se dirige al mercado con paso rápido y expresión sombría. Se habla de ropas más que nunca; todos necesitan algo, pero no todos pueden comprárselo. Una tarde, después de comer, cuando me levanté de la mesa, se acercó a mí el

hostelero, palpó la tela de mi traje y me preguntó si no tenía otro. Su mujer, que le había oído, dijo:

—En nuestra ciudad suele hacer mucho frío y si no se procura un buen abrigo no estará preparado.

Encogió los hombros con gesto friolero. Su marido la miró irritado, como si le hubiera quitado las palabras de la boca. Luego, volvió a examinar mi traje y dijo:

—Tendrá que hacerse alguna prenda de abrigo.

Tenían razón los dueños del hotel: necesitaba ropa de abrigo, pues sólo tenía prendas de verano, como las que se llevan en Palestina, que cubren el

cuerpo sin abrigarlo, y el frío ya se dejaba sentir. Duraría seis meses o tal vez más, sin interrupción, día y noche. Si los que están acostumbrados a él necesitan ropa de abrigo, ¿cómo no iba a necesitarla yo, que no lo sentía desde hacía años?

Pero ¿cómo voy a hacerme un abrigo nuevo y presentarme con él ante esta gente, si ya me da vergüenza que me vean con ropas que no están remendadas? ¿Por qué me da vergüenza llevar ropa nueva? ¿Por no poner en evidencia a los que no la tienen? ¿O acaso por mí mismo, pues comparando un traje nuevo con las otras ropas de un hombre se obtiene un reflejo bastante

fiel de su carácter? Como en el cuento del hombre que fue a pedir en matrimonio a una muchacha y se puso un traje nuevo para ir a visitar a su padre.

—Si ha estrenado un traje para esta ocasión —dijo el padre de la muchacha—, ello es señal de que ninguno de sus otros trajes era digno de lucirse. Un hombre así no se merece a mi hija.

Pero el ejemplo no se ajusta a mi caso y, por otra parte, no puedo demorar la compra del abrigo. De todos modos, no estará de más recordar la historia. El joven estrenó un traje para causar buena impresión. ¿Y cuál fue el resultado? Que sufrió una desilusión porque los demás sólo se fijaron en el traje y no en él.

Lo que veo mientras voy camino de la vieja sinagoga no me produce ninguna alegría. Mis ojos no se apartan de las gentes que van y vienen, ni de sus ropas. Yo, que, fuera de mis cuatro paredes, nunca tuve ojos para nada, me he convertido en un mirón. Y lo triste es que me distraigo de mis propios pensamientos.

Al ver a la gente, llama la atención una cosa: aquí todo el mundo tiene cosas viejas y lleva cosas viejas. ¿Cómo son de viejas? Pues tan viejas que es imposible imaginar que hayan sido nuevas alguna vez, tan viejas que cuando sus actuales propietarios las recibieron, ya eran viejas. Y los que se las dieron

las habían recibido ya como desechos. Donde más se nota es en los niños, pues ninguno lleva una prenda que no tenga más años que la criatura.

Si bien el esperado frío ha tomado otra dirección y se ha dirigido en primer lugar a los bosques, ríos y colinas, sus emisarios y los emisarios de sus emisarios se advierten ya en la ciudad.

La fruta que llega al mercado es agria y de mala calidad, frutos de otoño, sin jugo y sin sabor. Ya hay arenques, enteros y a pedazos, con su hedor salobre. En todas las casas huele a *choucroute*, a calabaza en conserva y al ajo con que se la sazona. Se ha evaporado el aroma dulzón a mijo y a

miel que perfuma nuestra ciudad desde *Pésaj* hasta la llegada del otoño.

El sol sale sólo a ratos y, cuando aparece, lo hace entre nubes, como el enfermo que sale de su casa un cuarto de hora para tomar el aire y que no se encuentra a gusto en ningún sitio, se ciñe la ropa al cuerpo, se cubre la cara con algo y dice: «Aquí hay corriente, hace frío, está lloviznando», y cuando lo llevan otra vez a casa se enfada.

Pero peor que el sol está el suelo. O se arremolina el polvo o se llena de charcos y se pone enlodado y resbaladizo. Los poetas acostumbran a comparar al invierno con la muerte y a la nieve con un sudario. Tal vez sea justa

la comparación o tal vez no; de todos modos, el suelo parece estar pudriéndose cuando no lo cubre la nieve.

Toda la ciudad está ajetreada y malhumorada. El que tiene casa, quisiera poder reparar el tejado o las ventanas. El que tiene hijos, quisiera poder comprarles zapatos o hacer provisión de patatas y leña.

El cielo, del que no se sabe si es cielo o nubes, está bajo. Caen unas gotas finas, como agujas oxidadas. Los dos cocheros de la ciudad permanecen en la plaza del Mercado, golpeándose los hombros con los brazos para entrar un poco en calor. Todavía no ha llegado el

invierno y ya se hiela uno. Los caballos bajan la cabeza y miran fijamente al suelo, la víspera todavía tan alegre y hoy ya tan triste; miran fijamente su sombra, que se proyecta desolada bajo sus patas. Las gentes que vi en la Gran Sinagoga el Día de la Expiación, los que paseaban de acá para allá, dándose importancia, están ahora a la puerta de sus tiendas, ociosos y compungidos. De los noventa pueblos de la provincia, nadie viene a la ciudad a hacer sus compras. No porque el suelo esté enlodado y los campesinos se hayan vuelto demasiado finos, sino porque han abierto sus propias tiendas en los pueblos. Hasta el grano de los campos

lo vende el mismo campesino, prescindiendo de intermediarios. También los judíos que vivían en los pueblos y que negociaban con los de la ciudad han emigrado y ahora comparten todos la misma pobreza.

Aún hay en la ciudad algún viejo que recuerda tiempos pasados, en los que en todo el mundo reinaba la paz, todos estaban contentos porque había comida y bebida en abundancia y el vientre llevaba bien el peso de las piernas. Y es que se comía bien y las piernas estaban fuertes. Todos estaban bien calzados y vestidos y tenían la palabra fácil. ¿Qué significa esto? Significa que inmediatamente después de las fiestas,

los terratenientes se trasladaban a la ciudad, con su esposa, sus hijos y sus criados; significa que todos los señores de los pueblos venían en sus coches tirados por troncos de dos o de cuatro caballos que trotaban alegremente, bien nutridos. Los comerciantes les compraban las cosechas de invierno, los madereros arrendaban sus bosques, los comerciantes en vinos y licores hacían sus pedidos a las destilerías, los artesanos de la ciudad les preguntaban: «¿Qué reparaciones desean hacer en esta casa?». E iban a las tiendas a comprar cobre, estaño y plomo para arreglar calderas, ollas y bañeras. Cuando terminaban sus tratos de negocio,

encargaban la ropa de invierno, de cuero o de lana, corta o larga, para la casa o para la calle, para ellos y para sus familias, para su querida y para la familia de su querida. Y es que también estas cosas eran diferentes entonces. Hoy, cuando un hombre se prenda de una mujer, la lleva a cualquier sitio, a casa de la divorciada, por ejemplo, y asunto terminado. Entonces, los hombres mandaban construir para ella un palacete, lo amueblaban con todo lujo y tomaban a su servicio a criados y doncellas. De cada prenda de vestir que se compraban, sacaban beneficios cinco personas: el comerciante en tejidos, el peletero, el sastre, el curtidor y el

intermediario. Y hasta seis también, pues no hay intermediario que no arrastre consigo a otro intermediario.

Ahora nadie usa chaqueta de piel. Y el que no puede permitirse una chaqueta de piel se compra un traje; pero el que, a pesar de todo, podría comprarse una chaqueta de piel, no se compra más que un traje. ¿Ves esa calle? Todo son ruinas, y las tiendas, montones de escombros. Antes estaba llena de tiendas a uno y otro lado. Y todas las tiendas estaban bien surtidas de telas, fieltro, terciopelo, raso y seda. Uno entraba en ellas y compraba todo lo que necesitaba y hasta lo que no necesitaba. A veces, los clientes no cabían en la

tienda. ¿Qué hacía uno entonces? Se iba a otra calle y se compraba zapatos. Si las tiendas de esta otra calle estaban llenas, uno entraba en una tienda de comestibles. Y, si también estaba llena, se iba al restaurante. El cuerpo tiene también su parte interna, además de la externa. Del mismo modo que necesita vestido y calzado, necesita también alimento. Uno come y bebe y se alegra y alegra también a los camareros y camareras con la propina. Y, a su vez, los camareros y camareras se compran vestidos y zapatos, gorros y sombreros, pues también ellos tienen un cuerpo que alimentar y vestir... en la tienda de confecciones.

Los maestros de los pueblos, que eran los preceptores de los hijos de los terratenientes, venían a la ciudad en sus días libres. Pues todo terrateniente tenía un maestro para sus hijos, al que sentaba a su mesa y pagaba un sueldo. De este sueldo, el maestro mantenía a sus pobres padres y ahorraba para ir a la Universidad. Todo maestro que venía a la ciudad entraba en una librería y compraba dos o tres libros. Debéis saber que antes de la guerra la ciudad tenía su librería en la que se vendían libro, de texto y novelas sentimentales. Hoy siguen publicándose libros a los que se llaman «novelas», del mismo modo que se llama «ciudad» a nuestra

ciudad. El maestro cogía sus libros bajo el brazo y se iba a visitar a algún colega. El colega tiene una hermana, bonita o fea, lo mismo da. El que es feliz no necesita ser guapo o listo. Entra la madre en la habitación y ve a un joven hablando con su hija. Con expresión de sorpresa, le dice: «¡Ah! ¿Pero estaba usted aquí? ¿Nos hará el honor de comer con nosotros?». Mientras la madre está hablando, entra la hija, vestida de punta en blanco. La madre se va a la cocina y la hija se sienta con el maestro. Le habla de la novela que está leyendo, y él a ella de la que está leyendo él, y empieza una tercera novela. A la hora de comer, hace su entrada el padre de la muchacha,

saluda al invitado y se sienta a la mesa, tocado con el gorro cuadrado de los rabinos. Entretanto, la madre ha preparado varios platillos y la comida se prolonga. Si la comida se prolonga, la conversación se prolonga también. Los comerciantes hablan siempre de negocios y a todo el mundo cuentan una y otra vez los negocios en los que ganaron buen dinero. Pero no el padre de la muchacha, que habla de pérdidas, pero lo hace sin lamentarse, como si, en vez de haber perdido una fuerte suma, se hubiera desprendido de unos céntimos.

El maestro se dice: «Con ese dinero podría terminar mis estudios y doctorarme». Es grande el poder del

dinero y aunque el maestro es socialista y condena el capitalismo, que explota a los pobres, no deja traslucir sus sentimientos ante el padre de su colega. Por otra parte, le halaga que éste le hable de sus negocios. Los demás días, el maestro se sienta a la mesa de su amo, que es más rico que este comerciante, pero, a diferencia de éste, que le trata con deferencia y le habla de sus negocios, el otro hace caso omiso de él. Por lo tanto, repite la visita. Todos le acogen complacidos y llegan a sugerir que el padre de la muchacha podría ayudarle para que terminara sus estudios y así no tendría que desperdiciar su tiempo en el pueblo. Él atiende estas

insinuaciones, deja a su discípulo, se va a la Universidad y el padre de la muchacha se hace cargo de sus gastos para que pueda llegar a hacerse médico o abogado. Su antiguo patrón contrata a otro preceptor para sus hijos, mientras que los padres que tienen hijas procuran buscarles un partido como hizo el padre de su colega. Y cuando el padre no puede cumplir lo prometido, trata de adelantar la boda para que el muchacho no se aflija. Una vez se ha casado y tenido hijos, es fácil convencerle para que abandone sus estudios y busque la forma de ganarse la vida.

Esto fue lo que le ocurrió al señor Nissan Sommer, mi hostelero. A los dos años de salir de la escuela secundaria, fue invitado a casa de un amigo que vivía en la ciudad, hijo de un sombrerero. La madre era una excelente cocinera y la hermana una linda muchacha morena. Ahora jamás lee un libro ni habla como en las novelas, pero en aquel tiempo, en que era maestro en el pueblo, era un apasionado de la lectura y hablaba como un libro. Lo mismo puede decirse de su mujer, que está siempre junto al fogón y al verla nadie diría que un día pudiera trastornar

el corazón de un joven. La preocupación por la subsistencia, el paso de los años y las penalidades de la guerra pueden — cada uno por su lado— agriar el carácter de una persona, tanto más cuanto esta persona ha tenido que soportar todas esas pruebas juntas y se ha sentido herida por ellas. Puede que las heridas ya hayan cicatrizado y que, si cierra los ojos, no sea de dolor. Puede que cierre los ojos del cuerpo para mirar atrás con los del espíritu.

Desde niño, tuvo que cuidar de sí mismo. Su padre era a medias comerciante en forrajes y a medias intermediario. Proporcionaba a los pueblos maestros y ayudantes de

maestro, mas no ganaba lo suficiente para mantener a su familia y Nissan tenía que dar clases a sus camaradas siendo todavía estudiante. Cuando terminó sus estudios secundarios y fue el momento de ir a la Universidad, su padre le encontró colocación en casa de un señor del pueblo. De pronto, se enamoró y empezó a pensar en la forma de ganarse la vida. Si bien el padre de la muchacha, que era un iluso, imaginó que podría mantenerlo hasta que terminase sus estudios universitarios, al no poder cumplir sus propósitos lo acogió en su familia y le dio una parte en su negocio. Realmente, la profesión de vendedor de sombreros no es difícil

ni pesada; al contrario, incluso puede considerársela fácil y grata. No tienes más que coger un sombrero, darle un par de vueltas entre las manos, colocárselo al cliente en la cabeza, dejarle ante el espejo y mirarle con complacencia. En cuanto él se da cuenta de que el sombrero le sienta bien, se queda con él, paga y se va. Y así tratas a todos los demás. Y, mientras vendes sombreros, tienes ocasión de ver las cabezas de tus conciudadanos y adivinar lo que cada uno tiene dentro.

Fueron pasando los años y Nissan engendró hijos e hijas, olvidó que había aprendido griego y latín y vivía como todo buen judío: iba a orar a la

sinagoga, mandaba a sus hijos a la «Talmud-Torá^[*]» y no se avergonzaba de sus padres, a diferencia de los señores doctores de nuestra ciudad, que se avergüenzan de los suyos. De no haber sido por la guerra, habría seguido siendo un vendedor de sombreros durante toda su vida. Pero la guerra no es fácil, ni limpia, ni agradable. A esa cabeza, reina de todos tus miembros, que tú lavas con agua caliente y enjuagas con agua fría, que fricciones y peinas, que cubres con un sombrero nuevo cada año, a esa cabeza le dispara una bala un botarate y adiós cabeza. Quizá nos equivoquemos al suponer que el hostelero cierra los ojos para conservar

las imágenes del pasado; quizá los cierre para no volver a ver lo que vio. Es fácil equivocarse con la gente. A veces cree uno que son así o asá y luego resulta que no es verdad.

Babtsche le trae el periódico algunas veces. Si el periódico queda encima de la mesa con la primera página hacia arriba, él lee hasta la última línea, pero nunca vuelve la página, ni siquiera para terminar un artículo. Si queda encima la última página, se la lee también de arriba abajo, pero sin buscar el comienzo del artículo. ¿Pereza? ¡En absoluto! Porque, si se le apaga la pipa, se levanta y se va a la cocina a buscar una brasa, aunque tenga las cerillas a su

lado. Pero dejemos al hostelero y volvamos al tema inicial.

CAPÍTULO XI

En la sastrería y en la tienda

El viento sopla en todas las direcciones, revolviendo la ciudad entera. Por todas partes se oye batir puertas, retumbar cristales y caer tejas. El Strypa ruge tumultuoso y el puente cruje y rechina. El sol se ha oscurecido y de la tierra se levantan torbellinos de polvo. Las gentes de la ciudad tiritan, y con motivo, pues sus ropas están rotas y no conservan el calor.

Yo me digo: «Esta gente está

acostumbrada al frío. Pero yo, que vengo de la tierra de Israel en donde un rayo de sol calienta más que todo el que puede haber en este país, no podré resistir el invierno. Tengo que hacerme un abrigo».

Pedí hora y fui al sastre. Aunque él sabía que yo tenía que ir a verle, no levantó la cabeza de su trabajo, como si no pudiera dejar lo que estaba haciendo ni un solo instante.

Saqué un cigarrillo y lo encendí, como si el único objeto de mi visita fuera encender un cigarrillo.

Por fin, el sastre soltó la aguja y me dijo afablemente:

—El jefe del distrito me aprecia

mucho y me tomará a mal que demore un poco la entrega de su encargo. Le he hecho ya varios trajes. De manera que usted desea un abrigo, un buen abrigo. —Mientras hablaba, se puso en pie y luego repitió—: Un buen abrigo.

El sastre sacó un figurín y empezó a discutir cada modelo haciendo un derroche de elocuencia. Éste era bonito, pero este otro era realmente magnífico y explicaba por qué los calificaba así. Finalmente, cruzó las piernas, se rodeó la cabeza con el brazo izquierdo y me miró amistosamente a través del hueco de la mano. Sus ojos color canela tenían un brillo húmedo.

Hacía años que no cortaba un abrigo

nuevo. Sin embargo, el figurín que tenía en la mano era reciente y estaba lleno de líneas trazadas con la uña. Los sastres suelen tener opiniones distintas y lo que a uno le parece bonito al otro no se lo parece tanto y cada uno rectifica los modelos según su propio criterio.

Examiné la revista, pero no conseguí imaginarme cómo me sentaría el abrigo que hubiese querido elegir. El sastre, por el contrario, se los imaginaba todos, salvo el que yo le señalaba. Se puso en pie, me miró con simpatía, luego con especial simpatía y se frotó las manos, dio un pequeño saltito y se quedó erguido como un cirio.

—Siéntese —le dije—, tengo algo

que decirle.

Él se sentó y me escuchó atentamente.

—Cuando voy a un peluquero que no me conoce, si es inteligente se da cuenta en seguida de cuál es el corte de pelo que me va. Si no lo sabe, me pregunta y yo le contesto que no entiendo nada de ese trabajo y que haga lo que mejor le parezca. Si no es tonto, procura esmerarse y me hace un corte excelente. Si es un necio, se dice entonces: «Le daré unos cuantos tijeretazos y ¡a cobrar!». Cuando me miro al espejo y me doy cuenta del desastre, me digo, a mi vez: «El pelo vuelve a crecer, pero éste no volverá a ver ni un céntimo

mío». Lo mismo ocurre ahora con el abrigo. No sé cuál elegir; pero usted, como especialista, puede estudiar el modelo más apropiado. Pensará que un abrigo no puede compararse con un corte de pelo, pues uno se corta el pelo varias veces al año, mientras que un abrigo dura muchos años... Pero, además del abrigo, necesito varias cosas más.

—Hacía tiempo que no oía nada igual —dijo el sastre, con la cara radiante. Cerró los ojos, los cubrió con la mano izquierda y susurró—: Voy a hacerle un buen abrigo.

Después de tomarme las medidas, dijo:

—Quiero enseñarle unas telas realmente extraordinarias. No encontraría usted nada igual ni aunque revolviere todas las tiendas. Puede usted creerme.

—Me gusta comprar la tela en la tienda y encargarse al sastre las hechuras, para que todos obtengan su beneficio, el comerciante con la venta y el artesano con la confección.

El sastre no prestó atención a mis palabras, dio su saltito, y sacó una pieza de paño, lo frotó con la mano, luego lo estrujó con fuerza y dijo:

—Fíjese, ha quedado tan liso como antes, sin asomo de arruga.

—Pero ¿no le he dicho que quiero

comprar la tela en la tienda?

—No se la enseño para que se quede con ella —respondió—. Sólo quiero que la vea.

—Ya la he visto.

—No es eso lo que le pido, sino que la toque.

Pasé la mano por el paño y dije:

—Verdaderamente, muy bonito.

El sastre, muy complacido, exclamó:

—¿No se lo decía yo? No quiero obligarle a que me la compre, pero me gustaría que supiera cómo la conseguí.

¿Cómo había conseguido el sastre aquella pieza de tela? El comandante de su regimiento solía requisar todo lo bueno que encontraba en territorio

enemigo y lo mandaba a su esposa. Para ello, utilizaba a alguno de sus hombres, al que por unos días dispensaba de sus obligaciones militares.

—Un día me confió toda clase de comestibles y bebidas, telas y objetos de plata y me dio permiso para que me quedara unos días en mi casa. Dije a mis camaradas: «Hace más de un año que no veo a mi mujer ni a mis hijos y ahora que voy a verlos no tengo nada que llevarles». Había allí un soldado, un cristiano hijo de campesinos al que yo escribía cartas que mandaba a sus padres, que aquel mismo día había recibido de su madre un tarro de mantequilla. Me la dio y dijo: «Toma,

hermano, para tu mujer, que se la unte a los chicos en el pan». Cuando fui a entregarle el botín a la esposa del comandante, ella vio el tarro de la mantequilla y me preguntó: «¿Qué tienes ahí?». «Un poco de mantequilla para que mi mujer se la dé a los niños». «Esta noche doy una cena a la gente más importante de la ciudad y me gustaría mucho disponer de un poco más de mantequilla. Toma esta pieza de tela y dame a cambio la mantequilla». Me costó mucho trabajo acceder, pues deseaba dar una sorpresa a los míos. Pero ella cogió el tarro y me dio la pieza. Yo me dije entonces: «Sea, ya que no hay más remedio».

Antes de despedirme del sastre, le pedí que me señalara un plazo y le advertí que procurase cumplirlo. A mí no me importa el tiempo, pero me importa mucho que la gente cumpla su palabra, ya que el que no la cumple se desacredita y no me gusta que un artesano adquiera malos hábitos.

Las telas que tenían en la tienda eran peores y más caras que la que me había mostrado el sastre. Pero no quise ir a otra tienda, pues la búsqueda no hubiera terminado nunca, ya que de cada mercancía se encuentra siempre algo mejor.

Después de pagar, la esposa del dueño de la tienda, preguntó:

—¿A qué sastre piensa encargarle la confección del abrigo?

—He ido a ver a Schuster —le dije.

—¡Vaya sastre que ha escogido usted! —dijo ella en tono despectivo—. Que Dios no me tenga en cuenta mis palabras, pero ése no es más que un muerto de hambre presumido. Y toda la fama de Schuster se debe a que ha vivido en Alemania. ¡Santo Dios! ¿Y quién no ha vivido allí? Conozco a personas que han vivido hasta en París. Y si ha vivido en Berlín, ¿qué importa? Tal vez Hindenburg le encargase una bufanda, ja, ja, ja. Voy a darle la dirección de nuestro sastre y verá usted qué gran diferencia.

—No quisiera molestarle inútilmente —dije.

—¿Cómo que no? Para eso está —dijo la dueña de la tienda—. Feiwel, Feiwel —dijo a su marido—, ¿por qué no hablas? Oiga lo que dice mi marido.

Muchas veces, un hombre dice algo distinto de lo que puedan decir mil mujeres.

—El señor ha estado en casa de Schuster y le ha parecido bien.

—¿Qué quiere decir eso de que le ha parecido bien? ¿Qué saben los hombres de esas cosas? Se les dice: éste es un sastre, y se lo creen. Si el mundo hubiera sido poblado únicamente por hombres, la estirpe de Adán habría

desaparecido ya. Lo que más me sorprende es que en el hotel no le dijeran nada. Al fin y al cabo, debió de ser Dolik (el hijo del dueño) quien lo envió a nuestra tienda.

—Pues no —respondí—. Es Schuster quien me envía.

—¿Schuster? ¡Pero si él ofrece siempre sus propias telas a todo el que va a su casa!

—¿Es que vende telas?

—Por lo menos, las vendía.

—¿Y ahora?

—Ahora no debe quedarle nada. Y si le queda algo, lo necesitará para sí.

—¿Por qué?

—Porque tiene a la mujer enferma.

Padece asma y él debe ponerle las piezas de tela debajo de la cabeza, pues las almohadas ya no le bastan. Ya puede dar gracias al Hacedor de que le haya dejado sus telas. No iba usted a quitarle la almohada a una pobre enferma. He oído decir que viene usted de Israel. Allí hace mucho calor, ¿no? Un calor de espanto. Un muchacho conocido nuestro volvió de Israel hace poco. Seguramente le habrá visto ya. Es un muchacho moreno, de pelo rizado. Trabaja en la pavimentación de las calles. «Allí es lo mismo que aquí y aquí lo mismo que allí —dice él—. Es cierto que allí hace más calor, pero durante la mayor parte del día sopla un viento que mitiga el calor.

Aquí, cuando hace calor, no hay quien lo soporte». Claro que cualquiera se fía de sus palabras... Es comunista, medio bolchevique o quizás algo más que medio. Por eso lo echaron de allí. La tierra de Israel ha sido dada únicamente a los sionistas. Pero no crea que a los sionistas les sirve de mucho; también los matan. Un muchacho de la ciudad, bueno, algo más que un muchacho, pues ya estaba casado, el hermano de Daniel Bach, el cojo, ese que anda por ahí con una pata de palo... Pues, como le iba diciendo, a ese chico lo mataron porque sí. Una noche, estando él de guardia, pasó por allí un árabe y, sin más ni más, le disparó un tiro y lo mató. Y los

ingleses se quedaron tan tranquilos. Pero no se crea que los ingleses odian a los judíos. Entonces, ¿por qué no hacen nada? ¿Cree usted que la tierra de Israel puede ir bien? Mi santo padre solía decir: «Si la cosa nos conviniera, hace ya tiempo que nuestro emperador le hubiera dicho al turco: Oye, tú..., y el turco le hubiera dado inmediatamente toda la tierra de Israel». Pero usted debe tener prisa y no quisiera entretenerle. Y si quiere hacerse algún traje, no olvide que en nuestra tienda encontrará usted las mejores telas para toda clase de prendas.

Su marido tomó entonces la palabra.

Dijo:

—Yo conocía a su abuelo, que en paz descanse. Era mi padrino. Un santo varón.

Inmediatamente, su mujer le interrumpió:

—¿No tienes más elogios para el abuelo del señor? ¡Después de todo lo que hizo por ti! ¡Como si el día de tu boda no te hubiese regalado un especiero de plata pura! Lo tuvimos en casa hasta que entraron los rusos y se lo llevaron.

—Ahora que lo has dicho tú ya no puedo decirlo yo —rezongó su marido.

—Mi marido es muy modesto —dijo la dueña de la tienda—. Siempre deja que los demás hablen por él. Pero es lo

que yo le digo: si tú no te alabas, los demás no lo harán, pierde cuidado.

—Su abuelo, que en Gloria esté —dijo el hombre—, solía hacer un regalo de boda a todos sus ahijados.

—¿A todos? —dijo la mujer, juntando las manos—. De todos modos, tu regalo era más valioso que el de los demás. Era plata de ley. Espere usted, señor, mi marido llevará el paquete a casa del sastre.

—No es necesario —dije.

—Si lo hace por no molestar a mi marido, Ignaz puede llevarlo.

—Quiero acostumbrarme al peso.

—¿Qué significa eso de que quiere acostumbrarse? ¿Piensa dedicarse a

acarrear pesos en el mercado?

—Me he comprado un trozo de tela para hacerme un abrigo. ¿Qué diferencia hay entre llevarlo puesto o en un paquete?

CAPÍTULO XII

Por la calle y en el hotel

Cuando salí de la tienda aún era de día. Aunque era ya hora de que se pusiera el sol, la noche estaba todavía lejos.

El sol seguía en el cielo, como clavado allí, como si hubiera echado raíces, y su calor entibiaba un poco el aire. El aire suave y el brillo del sol ponían en el rostro de los transeúntes una expresión distinta, más amistosa. Personas a las que no conocía, movían

la cabeza y me saludaban. Ignaz se me acercó y se ofreció para llevarme el paquete. Los dueños de las tiendas me miraban a mí y a mi paquete. Las tiendas son muchas, y los clientes, pocos; por eso, el que compra en una tienda se atrae la antipatía de los demás tenderos.

Por el camino, encontré al muchacho del que hablara la dueña de la tienda. Le había visto ya otras veces y ahora me complació encontrarle de nuevo. No era tan moreno como había dicho la mujer y de su persona se destacaba algo más que su mata de pelo rizado. Las personas que no tienen en la cabeza más adorno que sus rizos me gustan menos que el pavo real que esconde sus feas patas

bajo su plumaje. Pero no era éste el caso de Yerujam Freier, que así se llamaba el muchacho. Al mirarle, se daba uno cuenta de que había sufrido mucho, pero él había sabido apartar las cosas malas de un manotazo, del mismo modo que se aparta un mechón de la frente. Su rostro era flaco, como el de los restantes vecinos de Szybuszcz, y tenía un hoyuelo en la mejilla que le daba una expresión graciosa que contrastaba con su lúgubre mirada.

Yerujam estaba en las inmediaciones de la Fuente del Rey, cavando un canalillo que absorbiera el agua de la fuente, para impedir que ésta inundara la calle. En la tierra de Israel puedes ver a

estos hombres en todas las ciudades y pueblos y no les prestas la menor atención. Aquí, en Szybuszcz, nunca se había visto nada igual: un muchacho del pueblo de Israel que trabajaba en la reparación de la calle parecía estar arreglando el mundo. Entre nosotros puedo decir que su trabajo era totalmente superfluo. Vosotros, que no conocéis a Szybuszcz, tal vez diréis: «¿Cómo superfluo? Si la calle está en malas condiciones debe ser reparada». Yo, que conozco bien la ciudad, os digo: ¿De qué sirve reparar una cosa si todas las demás están en pésimo estado y no tiene arreglo? Digo esto sólo por lo que respecta al trabajo de Yerujam. Del

propio Yerujam puede decirse que estaba sacando tierra, hundido en el barro. Cuando advirtió mi presencia, me miró con hostilidad y volvió a su trabajo, como si yo no existiera. Reprimiendo mis sentimientos, le saludé y hasta fui a tenderle la mano. Él no me hizo el menor caso y no correspondió a mi saludo, o, si lo hizo, fue imperceptiblemente.

Me volví hacia Ignaz y le vi hablando con Yerujam. Me molestó. Por una parte, porque me había dejado sin despedirse de mí y, por otra, porque empezaba a cansárseme el brazo. Cogiendo el paquete con la izquierda, me dije: «Ignaz ha obrado sin duda con

la mejor intención. Seguramente, estará diciéndole al otro que soy un buen hombre, generoso, nada tacaño. Sin embargo, me gustaría saber si ése no lamenta ahora haberme tratado con tanta descortesía». Lo sentí y decidí darle la oportunidad de reparar su falta.

El día tocaba a su fin. El sol, que había estado como clavado en el firmamento, se despidió y se fue. Yerujam se levantó, se sacudió el polvo de la ropa, cogió sus herramientas de trabajo y se fue. Yo me fui a casa del sastre, dejé el paquete y volví a mi hotel.

En aquellos momentos, el hotel estaba vacío. Además de mí, sólo se

hospedaba allí un viejo que debía prestar declaración en la Audiencia. Cuando tenía hambre, sacaba de su cesta un pedazo de pan y se ponía a comer. Si le servían un vaso de té, se lo bebía sin saborearlo, pues un vaso de té cuesta dinero y él no lo tenía. Antes de la guerra, era dueño de campos y huertas y de una casa en la ciudad. En ella tenía también su domicilio el Banco, uno de cuyos propietarios era él. Tenía también una esposa bonita y comprensiva y unos hijos muy buenos. Estalló la guerra, sus hijos murieron, su mujer perdió la razón, su casa fue destruida y gentes extrañas se apoderaron de sus fincas. De su antigua riqueza no le quedaban más que

deudas. Dios da a los hombres riquezas y Dios se las quita.

La desgracia de este hombre empezó así: el día en que él partió para la guerra, su mujer se trasladó al campo, para inspeccionar sus posesiones. Vio que las espigas estaban llenas de grano y secándose a causa del calor, y que no había nadie que pudiera empuñar hoz o guadaña para segarlas. Mientras estaba allí, le llevaron la noticia de que sus dos hijos habían caído. Traspasada de dolor, se arrancó el pañuelo de la cabeza y lo arrojó lejos de sí. Y el sol abrasador la atacó entonces a ella.

No hay en esta historia nada nuevo ni nada fuera de lo corriente. ¿Por qué

se escribe, entonces? Para demostrar lo grata que había de ser para los dueños del hotel mi estancia allí, habida cuenta de la pobreza de sus otros clientes.

Krolka puso la mesa y trajo la cena. En honor de la dueña del hotel, debo decir que la comida era tan buena como siempre; pero, para vergüenza mía, yo no estaba a la altura de la comida. La mujer, al darse cuenta, se sintió preocupada. Al verla preocupada, le dije:

—Hay algo que me gustaría comer: aceitunas.

—¿Aceitunas? —exclamó ella con asombro—. ¡Si son ácidas y saladas!

—¡Ácidas y saladas! —dije,

moviendo afirmativamente la cabeza.

—Lo dice como si estuviera saboreando una golosina —dijo Raquel.

La señora de la casa comentó:

—Cuando estuve en Hungría, me sirvieron aceitunas. Yo las tomé por ciruelas, cogí una cucharada y me la metí en la boca. ¿Para qué voy a contaros? Se me quedó la boca abierta y hubiera escupido hasta la lengua, de amarga que la sentía.

—A vosotros os saben amargas, pero a mí me saben dulces —dije—. En Israel, jamás me sentaba a una mesa en la que no hubiera aceitunas. Una comida sin aceitunas no me hubiera parecido una comida.

—Sobre gustos no hay nada escrito —dijo Babtsche—. Yo comería higos de buena gana, si los hubiera.

—Nuestras peras y nuestras manzanas me gustan más que todos los higos, dátiles, grosellas y toda esa fruta de la que los sionistas se muestran tan orgullosos —dijo Dolik.

—Los higos tienen buen sabor y olor —dije a Babtsche—; pero no pueden compararse con las aceitunas. Pero oigamos la opinión de la señorita Raquel.

—Nunca probé las aceitunas —dijo Raquel, poniéndose colorada—, pero supongo que hay personas a las que les gustan mucho.

—¡Qué sabes tú! —le dijo Babtsche.

Todos miraron a Raquel y pudieron darse cuenta de que había enrojecido.

—¡Palidezcan mis enemigos! —dijo su madre, después de carraspear—. ¿Por qué la hostigas tú ahora?

—¿Qué he dicho yo? —preguntó Babtsche—. Sólo que se ha puesto colorada. Para mí, no es peor el colorado que el negro.

—Si me he puesto colorada, no me he dado cuenta —dijo Raquel—. ¿Y por qué había de enrojecer? —Y, mientras hablaba, enrojeció más aún.

Babtsche se echó a reír y exclamó:

—¿Has oído, Dolik? No se ha dado cuenta ni sabe por qué se ha sonrojado.

Tal vez ustedes puedan hallar el motivo, señoras y caballeros.

Raquel se puso en pie y dijo:

—¿Estoy roja? Voy a mirarme en el espejo.

Dolik le sacó la lengua a Babtsche y soltó una carcajada.

El padre miró a sus hijos, apretó la pipa con irritación y preguntó:

—¿Dónde está Lolik?

—¿Lolik? Fue a ver a su ama.

«Hiciste bien dejándote vencer por Raquel la otra noche —me dije—. Ahora no sólo hará caso de tus palabras sino que incluso te dará la razón en cosas de las que nada sabe».

CAPÍTULO XIII

El abrigo

Schuster vive en la Königstrasse, detrás de la fuente, en una de las pocas casas que quedaron en pie al terminar la guerra. La casa está algo por debajo del nivel de la calle, de modo que huele a moho; es decir, por la noche huele a moho y durante el día, además, huele a polvo. Toda la vivienda consiste en una única habitación cuadrada, no más alta que un hombre de mediana estatura, ya que procede de los tiempos en los que la

gente se veía baja a sus propios ojos y se daba por satisfecha con casas pequeñas. En la parte superior de la pared, a la derecha de la puerta, hay una ventana larga y estrecha por la que se alcanza a ver parte de la cabeza de los que transitan por la calle, aunque no la cara, se oyen sus voces y se ve el polvo que levantan con los pies. Por el exterior, cuelga de la ventana un postigo roto que el viento hace batir a veces sobre la ventana, quitando la luz. Además de los utensilios del sastre, máquina de coser, una mesa alargada, dos planchas, un espejo y un maniquí de mujer, sin cabeza ni pies, sobre el que hay colgados varios trozos de tela, no

hay en la habitación mucho mobiliario. Ello hace que destaque más aún el sillón de peluche colocado junto a la estufa, que el señor de la casa se trajo de Berlín. Pues allí vivió el matrimonio antes de regresar a Szybuszcz.

Este sillón ha corrido toda clase de aventuras. Durante la guerra, una pequeña parte de la población se enriqueció, construyó magníficas casas y las amuebló con piezas antiguas, como hacían los grandes señores de la nobleza que iban a los pueblos más escondidos para comprar a buen precio a los viejos campesinos los muebles de su casa. ¿Y qué hacían los campesinos? A fin de tener algo que vender, encargaban a los

artesanos de la ciudad muebles como los que pedían los señores. Y cuando aparecía algún rico comprador, se lo quedaban mirando, como embobados, y exclamaban:

—¡Madre de Dios! Los señores de la ciudad quieren comprar una cosa que nuestro tatarabuelo había desechado.

Lógicamente, hubieran debido venderlo barato; pero no era así. En primer lugar, porque ciertos profesores se interesaban ya por la pieza, para mandarla a un museo. Y, en segundo lugar, ¿cómo va uno a desprenderse de un mueble que le ha servido fielmente durante cuatrocientos años y al que no hay que alimentar? El comprador

escuchaba todas estas razones y pagaba lo que se le pedía, o bien daba un piano nuevo a cambio de una silla. Cuando se produjo la inflación y los ricos se arruinaron, vendieron sus casas a los extranjeros. Pero los extranjeros no poseen la sensibilidad del alemán, por lo que tiraron los muebles o los malvendieron. Fue así como el sastre se hizo con el sillón. Y los periódicos de Alemania armaron gran alboroto. ¡Un sillón en el que se había sentado un príncipe alemán, en poder de un judío polaco! Por extraño que pueda parecer, Schuster, que no leía el periódico, no se enteró de que había contribuido a fomentar el antisemitismo.

Cada vez que entro en casa de Schuster, encuentro a su mujer sentada en ese sillón, con un taburete bajo los pies y dos bastones, uno, en el suelo, a su lado, y el otro encima de las rodillas. Ella no es enjuta de rostro, como su marido; al contrario, está muy gruesa, ya que se pasa el día en la cama, detrás de la cortina que divide la habitación, o sentada en el sillón, con una larga pipa en la boca. La pipa está llena de hierbas aromáticas y la mujer fuma para facilitar la respiración, ya que padece asma. Fue esta enfermedad lo que les obligó a marcharse de Berlín y volver a Szybuscz, a pesar de que en Berlín vivían bastante bien y aquí carecen

incluso de lo necesario para comer. ¿Por qué se marcharon, entonces, de Berlín? Porque en Berlín los muros de las casas se alzan hasta el cielo, quitándole a uno la respiración.

Al principio, Schuster se jactaba de contar con una principesca clientela que apreciaba debidamente su técnica magistral. Pero cuando empezó la confección de mi abrigo, olvidó su clientela y ésta le olvidó a él; nadie iba a su casa, ni siquiera para encargarle un zurcido. Es asombroso que la gente pudiera dejar sin ocupación a semejante maestro de la sastrería.

Schuster, sentado en la mesa, arregla la tela, aprieta los labios, luego los

entreabre ligeramente, como si fuera a silbar, examina nuevamente el tejido y da unas puntadas. El trabajo del sastre es algo de maravilla. Ayer la tela no tenía forma alguna; él, con su tijera, se la ha dado. Todavía no está más que hilvanada; pero ya se adivina que aquello es un abrigo. Este sastre es un artista. Sólo en una cosa le aventajas: en que tienes dinero. Pero, entre nosotros, ¿alguna vez hizo algo el dinero? Aunque emplearas todos tus billetes, uno al lado del otro, ¿saldría algún abrigo? En una cosa le aventajas: él va muy raído y tú te cubres con un estupendo abrigo. Pero la satisfacción del sastre que ha logrado tan magnífica prenda excede incluso a la

del Sueño del abrigo.

Detengámonos un momento ante el sastre, mientras está confeccionando el abrigo. Yo estoy sentado, frente a su esposa, charlando. La mujer está enferma, no sale de casa y, aparte de su marido, no tiene con quién hablar. Tenían un hijo, pero quedó enterrado en Berlín. Ahora sólo tiene a su marido y con él no puede hablar, pues en cuanto abre la boca empieza a lamentarse de haber salido de Berlín, donde vivía como un hombre, ganándose la vida dignamente. Por eso, ella prefiere hablar conmigo. Al principio, yo le hacía grandes elogios de Alemania pero al ver que esto la mortificaba, empecé a

elogiar a Szybuszcz. ¡Qué bonita era nuestra ciudad antes de la guerra! ¡Qué simpáticos eran sus habitantes! Aunque no te llamaban «hijito» a cada paso, te sabías querido de todos.

Los recuerdos del viejo Szybuszcz le hacían revivir su juventud: recuerdos de cuando ella era una linda muchacha que vivía con sus padres en la montaña situada detrás de la vieja sinagoga y todos los mozos iban tras ella. Hasta que llegó Schuster y la conquistó. Fue el sonido de su voz lo que la engañó. Ella creía que él miraba por ella y, en realidad, sólo miraba por sí mismo; quería tener una mujer hermosa. Cuando ella lo aceptó y se casaron, su voz

volvió a engañarla y ella le siguió a Alemania, donde las casas llegan hasta el cielo, tapando la luz del sol, y donde nadie come la fruta recién cogida.

—Y cuando uno quiere divertirse, se va a un café. Los cafés alemanes están abarrotados de gente que lee el periódico, juega al billar y fuma unos cigarros que huelen de modo insoportable. Cuando quieren divertirse un poco más, cogen un tren y salen de la ciudad. Pero no vaya usted a creer que en su país hay algún sitio en el que crezca la hierba. ¡Qué va! Por todas partes casas hasta el cielo. Y si ve algún árbol o algún jardín, no son naturales, no tienen vida, son imitaciones, como la

mayoría de las cosas que hay en Alemania, que están hechas en las fábricas. Un día, vi un cerezo, alargué la mano y arranqué una cereza. Cuando me la metí en la boca, me di cuenta de que era de cera. A mi marido le dije: «Schuster, ¿no hay aquí algún sitio donde uno pueda divertirse?». «Espera, cariño, voy a llevarte a un sitio en el que te morirás de risa». «Yo no quiero morirme de risa —le contesté—; sólo quiero distraerme un poco». Y me llevó a uno de sus teatros. Había allí alemanes de todas las clases. Te parecen seres de carne y hueso, pero en realidad son muñecos de goma y cartón. Muy propio de los alemanes; ellos son también

muñecos. Y lo que más indigna, señor mío, es que todo el que está en el teatro ríe o llora, según lo que hagan los muñecos. ¡Esto es lo que me revuelve la bilis! ¡Cielos! ¿Hay que reír porque un individuo cuente un chiste o se ponga a brincar? Por sus diversiones, puede usted juzgar todo lo demás. Pero en su propia tierra puede uno hacer lo que le venga en gana y los alemanes tienen pleno derecho a aburrirse unos con otros. Sin embargo, ¿qué tengo yo que ver con ellos? Por eso, le dije a Schuster: «Schuster, esto no es para mí». Y él me contestó: «¿Qué quieres decir con eso? ¿Voy a tirar por la borda mi trabajo aquí porque a ti no te guste

Alemania, niña?». «Deja a Alemania para los alemanes —le contesté—. Ni tú ni los tuyos les haréis cambiar. Pero yo te digo: esto no es para mí, y no me llames niña». «¿Cómo quieres que te llame? —me contestó él—. ¿Vaca colorada?». Pues debe saber que por aquel entonces yo conservaba todo mi cabello y era rojo, como el de la vaca de que habla la Biblia. A las alemanas se les salían los ojos al verme. Y es que su pelo tiene el color del polvo y el mío era rojo y brillante.

»En fin, yo le dije esto y él me contestó lo otro y de repente: haa, haa, haa; de repente, señor, me quedé sin respiración y sin poder articular

palabra. Solo: haa, haa, haa. Schuster se llevó un susto y quiso llamar a un médico. “Déjate de médicos”, le dije. “¿Qué puedo hacer entonces?”, dijo él. “¿Qué puedes hacer? Llevarme otra vez a Szybuscz”. Schuster se asustó todavía más y exclamó: “¿Cómo voy a llevarte otra vez a Szybuscz, si...?”. “Haa, haa, haa, haa”, dije yo entonces, no tres veces, sino cuatro. Sin embargo, en lugar de hacerme caso, fue a buscar un médico. “La señora tiene asma”, dijo el médico. “Ahora ya sabes otra palabra alemana”, dije a Schuster. “¿Qué quieres que haga yo? ¿No te he dicho ya...?”. “Haa, haa, haa —respondí—, ¿no te digo yo que quiero volver a Szybuscz?”.

“¿Y no te digo yo que eso es imposible? —insistió él—. Szybuszcz está destruido y la mayoría de sus habitantes han muerto, los unos en la guerra, los otros de la peste y otros de otras enfermedades”. “Pero el aire de Szybuszcz sigue allí. Llévame a Szybuszcz, donde podré respirar, o me ahogaré”.

»Vinieron días malos y fue duramente castigado por no haberme hecho caso. Nuestros dos hijos enfermaron de tifus y murieron. Y no tenían por qué morir, pues eran puros e inocentes como dos ángeles. ¿Por qué habían de morir? Porque estábamos en un país extraño. Si hubiéramos estado en

mi ciudad, yo me habría arrojado sobre la tumba de mis padres y hubiera conmovido a cielo y tierra con mi voz y mis hijos no habrían muerto. Cuando ellos murieron, Schuster empezó a hacerme caso. También él deseaba irse de allí. Había también otro motivo para marchar, y era la inflación. Pero esto no era lo principal; lo principal fue lo que le he dicho antes, aunque el otro motivo, la inflación, hubiera bastado por sí solo para mandar a cualquiera al otro mundo. Imagínese, amigo mío, que se convierte usted en millonario, algo así como un Rothschild, y que con todo su dinero no puede comprar ni media libra de cerezas. En una ocasión, Schuster

trabajó toda una semana en casa de “Peek und Cloppenburg”, una tienda de confección que en el año no había contratado ni a un solo judío, a pesar de que la mayoría de los clientes lo eran; pero en aquellos tiempos tomaban también a trabajadores judíos. Schuster estuvo empleado allí toda una semana y le pagaron el sueldo con un saco lleno de millones. “Si alguien se entera de que tenemos tanto dinero en casa —le dije—, vendrán ladrones y nos matarán, Schuster. ¡Dios no lo permita!”. ¿Y sabe lo que me contestó él? No dijo nada. Se puso las manos en los costados y se echó a reír. “Haa, haa, haa, ¿qué te hace reír de ese modo?”, le pregunté: “Voy a

tirar todo este dinero por la ventana, para que los ladrones no tengan que molestarse en entrar”. “Dios nos libre —le dije—. No te lo tomes así”. “Antes de que los ladrones pudieran recogerlo del suelo, vendría un policía y me multaría por arrojar basura por la ventana”. ¿Oyó usted cosa parecida, señor mío? Y, sin embargo, Schuster tenía razón. Todo aquel dinero no valía nada.

»Por otra parte, Schuster empezó a interesarse por la política. “¿Qué tienes tú que ver con la política? —le decía yo—. Si los alemanes quieren pelear unos contra otros, ¿por qué va un judío como tú a meter la nariz en sus disputas? Deja

que se descalabren entre sí”. Pero la sangre empezó a correr por las calles y yo sentí que me invadía el terror. Tenía a los alemanes por muñecos de madera, pero cuando se trata de verter sangre son como los demás pueblos cristianos, que se matan unos a otros porque Hans no piensa como Fritz, ni Müller como Schmidt. En pocas palabras, señor mío, aquello no resultaba nada agradable. Y si se matan unos a otros siendo todos cristianos, ¿qué no le harían a un judío como Schuster? Además, el ahogo era cada vez más fuerte: haa, haa, haa, y yo no podía explicarle las cosas como hubiera querido. Pero sin pensar en mí, ni en mi enfermedad, le dije todo lo que

presentía en mi corazón. Y él fue y me dijo: “Puta necia...”, así, tal como lo oye, y no crea que lo dijera cariñosamente, sino así, por las buenas: “Puta necia”, y había ira en sus palabras. No se lo tomé a mal; pero él añadió varias palabrotas más y también me llamó lechuza. Fui a contestarle, para que viera que yo también sabía alguna palabra gruesa que le iría bien, pero de mi boca no salió más que haa, haa, haa. Y no sólo aquella vez; siempre que quería decirle algo me lo impedía el haa, haa, haa. Unas veces pasaba pronto y otras tardaba en pasar. Por aquel entonces, la enfermedad se apoderó de todo mi cuerpo y Schuster tuvo que

traerme aquí. Tal vez piense que lo que le estoy diciendo no se ajusta a la verdad. Ahí está Schuster; pregúntele si exagero».

Schuster estaba de pie junto a la mesa, trabajando, con la cabeza inclinada y un hombro encogido. Cada vez que me volvía a mirarle, la mujer rompía a hablar de nuevo, interponiendo sus palabras entre Schuster y yo.

—Esta enfermedad no ataca como otras que dañan los vasos sanguíneos, sino que es como un mal espíritu que anda suelto por el mundo apoderándose de aquellos que han abandonado su patria. La enfermedad se asienta en los conductos del corazón y el único alivio

es fumar. Y una se manda traer las hierbas de su ciudad natal, esas hierbas que crecen junto a la casa en que nació, y llena la pipa. Es indiferente la procedencia de la pipa, una fuma y el humo enturbia el cerebro del mal espíritu y el ahogo se alivia. —Su ahogo se alivió mucho, pero no lo suficiente; hasta que descubrió el secreto de que el olor de las hierbas ahuyentaba los malos espíritus—. Y si se conoce la enfermedad, señor mío, la curación está casi al alcance de la mano. — Verdaderamente, su curación parecía estar próxima, pues al principio jadeaba tres o cuatro veces: haa, haa, haa, haa; luego, tres, y últimamente ya sólo

jadeaba dos veces: haa, haa—. De manera que viene usted de Israel —dijo, cambiando bruscamente de tema—. ¿Porqué ha vuelto? Sin duda porque su corazón sentía nostalgia de los frutos que dan los árboles de su tierra. Espere a que llegue el verano, señor mío, a que los árboles se llenen de fruta y con sólo alargar la mano uno pueda coger hoy un puñado de cerezas, mañana una pera o una manzana. Esto, señor mío, sólo se consigue en la propia tierra. Y, entretanto, oyes cantar al pájaro que ha nacido también en tu ciudad, en ese mismo árbol cuya fruta estás comiendo. Y al canto del pájaro contesta la voz de la muchacha que trabaja en el campo.

Ahora, señor mío, se acercan días fríos y todo se cubre de hielo. Pero no se apure, ojalá el destierro del pueblo de Israel no durase más que un invierno, no se apure, le dijo, pues el verano volverá y, con él, el gozo y la alegría.

El buen Dios envía sus fríos de acuerdo con la ropa de la gente. Cuando me envolví en mi abrigo, el frío cubrió todas las cosas. El abrigo es cómodo y caliente y está estupendamente hecho. Me sorprende que no se me llame por ahí «el hombre del abrigo»; es un mote que me iría bien, pues soy el único de la ciudad que posee un abrigo tan hermoso. Camino con la cabeza alta, sin temor al frío. En todo caso, yo diría que es el frío

el que tiene miedo de mí. Si vierais cómo se afana, cómo le gustaría calentarse con mi abrigo... Y yo, como si tal cosa, sin darme por aludido. Entonces él se hace pequeño y hasta parece que se va.

El abrigo ha influido en el carácter del que lo lleva. Ya no me echo como antes la mano al bolsillo para sacar una moneda cuando veo a un pobre. Pues me da pereza levantar las tapas de los bolsillos del abrigo para sacar el portamonedas. Y como me da pereza buscar dinero, aparto los ojos de los pobres y me siento lleno de indignación hacia los pobres que andan por ahí importunando a la gente. Antes, cuando

veía a Ignaz, acostumbraba a darle con generosidad, ahora cierro los ojos y al buen Dios no le quedan allí más que los dos ojos del inválido y, en el lugar de la nariz, el agujero que le hizo la granada.

Pero, dejando por un momento el abrigo, quisiera decir, para mi descargo, que tenía mis motivos para haber cambiado de actitud para con Ignaz. Ahora es un inocente cordero, pero durante la guerra era un lobo salvaje. Personas dignas de todo crédito me han contado que iba de pueblo en pueblo, en compañía de otros incontrolados, derribando las puertas de las casas, saqueándolas, rompiendo todo y dejando a la gente en la miseria.

Vuelvo a lo del abrigo. Mi nuevo abrigo tiene algo más, y es que me da la sensación de ir envuelto en un espejo que cuando cruzo por la plaza del Mercado deslumbra a todos.

He comprado el abrigo con un espejo y esto es, en realidad, un espejo en el que veo reflejada a la gente de la ciudad. Todos van harapientos y, por entre los harapos, veo al individuo. Mientras uno conserva la ropa intacta, no se le ve bien: en cuanto se le rompe la ropa, se le ve tal como es. El vestido engaña, pues cubre el cuerpo; pero al romperse lo descubre. Y no sólo descubre el cuerpo, descubre también el alma. La carne que asoma entre los

harapos se asemeja a menudo a la mano que tienden los pobres al pedir una limosna y, muchas veces, es la mano de un pobre que desespera de la misericordia. Y no veo sólo a los harapientos, me veo también a mí mismo, veo si mi corazón es bueno y si se compadece de los pobres.

Muchos agujeros no dejan al descubierto la carne, sino otra prenda tan raída como la de encima. Por un lado está entera, y por otro llena de agujeros. La pobreza no hiere como un disparo de pistola que perfora las ropas por el mismo sitio, sino que abraza como un zarzal, aferrándose aquí y allá.

¿Y por qué no se remiendan las

ropas? Mientras tratan de tapar los agujeros con la mano, podrían coger aguja, hilo y un trozo de tela y echarse un remiendo. Pero como tienen las manos ocupadas en tapar los agujeros, no pueden arreglar sus vestidos.

CAPÍTULO XIV

Raquel

Al hostelero no hay quien le entienda. Observa plácidamente cómo Dolik, Lolik y Babtsche hacen lo que les parece; pero ve a su hija pequeña, y aunque la chica no haga nada malo él se enfurece. En cuanto ella entra en la habitación, el padre resopla en su pipa como si le agujonease la ira. ¿Es Raquel peor que sus hermanos? Si digo que en ninguno de ellos puede hallarse ni el menor rastro de judaísmo no

quebranto ningún secreto ni incurro en falso testimonio.

Babtsche, la mayor, lleva el pelo corto, una chaqueta de cuero y un cigarrillo siempre entre los labios; se conduce como un muchacho, y no precisamente como un buen muchacho, sino todo lo contrario. Era Babtsche la muchacha que vi fumar la víspera del Día de la Expiación. Lolik es recio y grueso. Las mejillas, que tiene muy coloradas, le cuelgan hasta el mentón. Tiene los hombros estrechos y redondos, el tórax alto y prominente y un flequillo a lo Napoleón que le cubre los ojos, unos ojos en los que se refleja la picara sonrisa de una campesina. Al ver juntos

a Babtsche y a Lolik, se pregunta uno: «¿Es ella el hermano y él la hermana?». Quizás exagero un poco, pero no en lo esencial. Su hermano Dolik no es mucho mejor que ellos. Es un individuo burlón y grosero. Si se burlara de personas a las que todo les fuera bien, yo diría: él se divierte y a los demás no les importa. Pero siempre la emprende con los más desgraciados, con aquéllos cuya vida es ya bastante triste, como Janok, su mujer y su caballo. Janok y su mujer hacen caso omiso de sus burlas; pero cuando el caballo ve a Dolik ladea la cabeza y baja la cola. Hay en la ciudad un mendigo, un residuo del Ejército austríaco, Ignaz, el hombre al que una

granada dejó sin nariz en justo castigo por sus fechorías, que entró un día en el hotel a pedir limosna a los clientes. Dolik le sirvió un vaso de licor. El hombre alargó la mano para cogerlo, pero Dolik le dijo:

—Así no. Tienes que beberlo por la nariz.

Y el pobre no tiene nariz, la perdió en la guerra, se la destrozó una granada, dejándole un agujero donde antes tenía la nariz.

—¿Es posible? —dije a Dolik—. ¿Es posible que un hijo de madre judía pueda ser tan cruel con un hermano suyo? También él fue hecho a imagen de Dios. ¿Tiene que ser objeto de burla

porque, como resultado de nuestras muchas faltas, esa imagen se haya desfigurado?

—Si le parece —dijo Dolik con sarcasmo—, envíelo a las colonias; allí podrá servir de ejemplo a las muchachas que deseen tener niños guapos, tan guapos como él.

En aquel momento, de buena gana hubiera hecho con Dolik lo que la guerra había hecho con Ignaz, pero me dije: «Ya es bastante con un delito». Después de todo lo dicho sobre estos tres hermanos, ¿no es asombroso que el padre les deje hacer lo que ellos quieran y, en cambio, se muestre tan severo con Raquel?

No tengo tratos con los hermanos de Raquel. Al principio, ellos buscaban mi compañía, pero cuando se dieron cuenta de que no me merecían buen concepto, se apartaron de mí. Sin embargo, me tratan con deferencia, porque visto bien, como y bebo y, no obstante, no hago nada para ganarme la vida, y, además, he vivido siempre en grandes ciudades. También ellos vivieron una temporada en una gran ciudad: Viena. Pero la Viena en la que se refugiaron durante la guerra no era muy distinta de Szybuscz. Yo, por mi parte, he vivido en Berlín, en Leipzig, en Munich, en Wiesbaden y en otras grandes ciudades. Tal vez vosotros os preguntéis: «¿Por qué emigró

entonces a Israel?»). ¿Y por qué he vuelto a Szybuscz? En todo caso, en Israel no trabajaba como obrero, no era uno de esos llamados pioneros que abandonan su casa para ir a tragar polvo.

No tengo tratos con Dolik ni con Lolik ni con Babtsche, pero con Raquel, la más pequeña de los cuatro hermanos, sostengo alguna que otra conversación. ¿Qué le induce a charlar conmigo? ¿Que la trato amistosamente? Todos los clientes del hotel la tratan con cordialidad. ¿Que sus padres me aprecian? ¿Han de gustar a la hija las mismas personas que a sus padres? ¿O será quizá que no hablamos tanto como

yo creo y cada palabra que pronuncia Raquel se me antoja toda una conversación? Dejadme ver si puedo recordar sus palabras.

El que uno se esfuerce por recordar es ya bastante curioso. Hasta que apareció esa niña tú eras dueño de todo tu cuerpo. Pero ella, con una palabra, o con media, se ha hecho un lugar en tu corazón. Una parte de ti mismo ha entrado bajo su influjo.

¿Qué dice o qué deja de decir Raquel? Muchas de sus palabras las he referido ya y otras no tenían más que una momentánea importancia. Entonces, ¿por qué piensas en ella? Porque el lugar en el que Raquel ha depositado sus

palabras es ahora dominio suyo y en sus dominios hace lo que le parece. Pero en descargo de Raquel hay que señalar que no se ha apoderado de todo mi territorio y yo puedo pensar en cosas que no le pertenecen; por ejemplo, en lo que su madre me contó:

Raquel tenía tres años cuando la guerra llegó a nosotros. Unas semanas antes, la niña empezó a sufrir dolores en la cabeza y en todo el cuerpo. No sonreía, no jugaba con los otros niños y tenía mucha fiebre. Era difícil determinar cuál era su mal, pues era todavía tan pequeña que sus palabras no servían de ayuda para averiguar qué le ocurría. La fiebre la consumía y tenía

síntomas de indigestión. Su madre no hizo caso de éstos, ya que pensó que la indigestión era debida a que la niña no comía. Como consecuencia de la fiebre y del ayuno, empezó a perder peso. La carita de la niña, que antes era como una manzana sonrosada, se puso arrugada como un higo seco. La piel le hacía pliegues en brazos y piernas. Su cuerpo parecía un manojito de espigas de avena. La grasa, que da vigor y lustre a los niños, desapareció de su cuerpo y sobre sus huesos no quedaba más que una piel fina, reseca y caliente. A la segunda semana, la fiebre empezó a bajar por las mañanas, pero Raquel permanecía muda, quieta y ausente. Al cabo de unos días,

la fiebre bajaba también por las noches, pero Raquel seguía apática, insensible a todo, sin pedir comida ni bebida. Al cabo de un mes, la fiebre desapareció por completo, el intestino volvió a funcionar y la niña empezó a tomar sopas de pan. Parecía ir reponiéndose poco a poco. Pero, de pronto, volvió la fiebre y se puso otra vez como antes.

—Llegó a pesar apenas nueve kilos; pero nosotros no desesperamos. Al contrario, estábamos llenos de confianza en que se curaría, pues entonces sabíamos ya que aquella enfermedad, que se llama paratífus, no es mortal. Pero lo que no sabíamos aún es que era una enfermedad de la infancia. Y,

gracias a Dios, la enfermedad pasó, los niños se curaron y recuperaron todo lo que habían perdido durante la enfermedad, y Raquel se curó también y se puso otra vez tan linda y tan graciosa como antes.

Resumiendo, Raquel tenía tres años cuando estalló la guerra. Empezaron a correr rumores de que el enemigo se encontraba cerca de la ciudad. Todos sus habitantes huyeron, unos en coche y otros a pie, pues la mayoría de los caballos habían sido requisados y los que había no alcanzaban para todos. ¿Qué hizo la madre de Raquel? Cogió un mantón, se lo ató a los hombros y a las caderas y puso la niña dentro, bien

envuelta en mantas y almohadones. Aunque el sol abrasaba, la madre temía que Raquel pudiera resfriarse. La madre de Raquel salió, pues, de la ciudad, con los demás habitantes, llevando a la niña colgada a la espalda y a los otros tres de la mano, Lolik y Dolik a un lado y Babtsche al otro, o al revés, Lolik y Babtsche a un lado y Dolik al otro. Y Raquel, entre mantas y almohadas, asoma la cabeza por encima del hombro de su madre, sin moverse, y nadie sospecha que viaje allí. La madre vuelve la cabeza, ve que se ha dormido, mira a los otros tres que caminan a su lado, cambiando de lugar, Babtsche y Lolik a un lado y Dolik al otro.

Y así fueron durante muchas horas, en medio de una columna de refugiados, viejos, mujeres embarazadas, enfermos y niños. Y los caminos estaban abarrotados. Y como Dolik, Babtsche y Lolik eran pequeños y se le colgaban de las faldas y como llevaba a Raquel a la espalda, la madre tenía que andar despacio, para que no se cansaran. También por ella misma andaba despacio, pues hacía mucho calor y no estaba acostumbrada a él. Y fueron quedándose atrás y una nube de polvo los separaba de la caravana. Ella cerró los ojos y siguió andando, medio dormida. Hace cada vez más calor, el polvo todo lo atraviesa y todo lo

envuelve, las mantas y los almohadones pesan. La mujer rompe a sudar, pero ya no siente nada, ni siquiera percibe la respiración de la pequeña. Cree que Raquel se ha dormido y da gracias a Dios por ahorrarle a la pequeña las fatigas del camino. Aun dentro de aquel sopor, se vuelve hacia sus otros hijos, para infundirles ánimo con palabras cariñosas. Piensa: «Mi marido está en la guerra y no sabe nada de la huida ni de las penalidades que está padeciendo su familia». Tampoco el Señor, alabado sea, debe saber nada de ellos, pues, si supiera lo que ocurre, ¿cerraría sus ojos ante tanto sufrimiento? Entonces la abandona el valor y, sin pensar en sus

hijos, se desea la muerte.

Siguieron caminando, subieron una colina y luego bajaron por la otra vertiente. Entonces, Raquel se escurrió del mantón y la madre ni lo notó, pues las mantas y los almohadones pesaban más que la niña, que apenas llegaba a los nueve kilos. De pronto, los niños se detuvieron y se sentaron en el suelo.

—¿Queréis comer algo? —les preguntó—. ¿Tenéis sed?

Volvió la cabeza para sacar agua y comida de la mochila, vio las mantas y los almohadones, pero no a Raquel. Y es que al bajar de la colina, se había aflojado el nudo que sujetaba el mantón a las caderas de su madre y la niña se

había escurrido entre las mantas. La madre empezó a gritar con todas sus fuerzas y su voz llegó a oídos de los últimos de la caravana, que volvieron sobre sus pasos. No querían dejarla volver, pues ya se oían los disparos del enemigo. Pero ella no hizo caso de lo que le decían, confió sus tres hijos a quien quiso hacerse cargo de ellos y se fue. Los niños lloraban y gritaban:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡No queremos irnos sin ti!

Corría todo lo que le permitían sus fuerzas y por fin encontró a la niña, entre unas matas de cardos, rodeada de avispas que iban a picarla. Cogió a la niña en brazos y echó a correr, a través

de campos y bosques, valles y barrancos (pues se hallaba tan trastornada que perdió el sentido de la orientación y se equivocó de camino), sin encontrar a la gente de su ciudad, a sus compañeros de huida, sin encontrar a Dolik, a Lolik ni a Babtsche que habían tomado otra dirección. Se paró y gritó:

—¡Niños! ¡Niños!

Pasó otro grupo de fugitivos judíos. Se unió a ellos, llevando en brazos a Raquel, pues no ocurren milagros todos los días. Después de varios días, llegaron a la frontera húngara. Una viuda, una mujer que no era judía, se apiadó de ella y de la niña y las acogió en su casa.

—Todo lo que tengo es tan tuyo como mío —le dijo—. Quizá mi hijo está ahora con una hermana tuya y por el bien que yo te hago él reciba también un bien.

Se quedó en casa de la viuda, se curó las heridas de los pies, repuso fuerzas y cuidó a Raquel hasta que la niña se recuperó. Pero como no está bien abusar de los favores, no estuvo allí mucho tiempo. Además, tuvo una discusión con la dueña de la casa, motivada por la bondad de ésta, pues a la caritativa señora le dolía que su favorecida no tomara ningún alimento cocido y privara también a su hija de carne y caldo. Con que la madre de

Raquel dejó a su bienhechora, se trasladó a la ciudad y se colocó de criada en un hotel, a cambio de comida y vivienda. Permaneció allí hasta que se enteró de que sus hijos se encontraban en Viena. Cogió a Raquel, se fue a Viena y buscó a sus hijos que estaban el uno aquí y el otro allá, cubiertos de harapos, descalzos, hambrientos y con el cuerpo lleno de granos. Los llevó consigo, alquiló una habitación, y les curó las heridas. Gentes de buen corazón le daban trabajo y así pudo seguir adelante.

La ayudó de modo especial el gran rabino Zví Perez Jayés —de santa memoria—, que se sacrificó realmente por el pueblo de Israel y estuvo a su

lado como un ángel salvador. La mujer se ganaba la vida haciendo mochilas para los soldados. Cuando este trabajo se acabó, encontró otro que le permitió alimentar a sus hijos y hasta mandar tabaco a su marido. Pues él podía prescindir de todo menos del tabaco. Antes de ir a la guerra, no fumaba; pero desde que estaba en el frente no podía pasar sin fumar, y es que el tabaco nubla el entendimiento y distrae los pensamientos de lo que uno está haciendo. Por fin, la guerra terminó y unos pocos empezaron a pensar en volver a la patria. La mujer cogió a sus hijos y volvió con ellos a Szybuszcz. El viaje de regreso no duró un día ni dos,

sino varias semanas, pues todos los trenes iban llenos de soldados que volvían del frente y muchos de los que no encontraban sitio en el interior de los vagones se encaramaban al techo y se tendían en él. Esta forma de viajar ocasionó muchos heridos y hasta algunos muertos. Que el buen Dios se apiade de sus huesos que están esparcidos junto a la vía y dé resignación a los que lloran.

Resumiendo, llegaron a Szybuszcz hambrientos, sedientos y cansados. Szybuszcz estaba entonces en ruinas y sus gentes, acosadas y desmoralizadas, sin saber dónde cobijarse ni de qué alimentarse. Al cabo de un tiempo, volvió a su casa su marido, deprimido y

desanimado y, naturalmente, sin un céntimo. No traía más que una medalla de hierro otorgada por el Reich por su heroico comportamiento en la guerra. ¿Qué hacer? ¿Vender sombreros otra vez? ¿Quedaba alguien que conservara la cabeza sobre los hombros? *Frau Sommer* tuvo una idea: «Viene gente a visitar la ciudad y a ver las ruinas. Esa gente necesita comer y dormir; abriremos un hotel para forasteros y con las sobras de la comida alimento a mi marido y a mis hijos». Hizo acopio de valor y abrió un pequeño hotel para viajeros. Poco a poco, fueron volviendo a Szybuszcz sus antiguos habitantes y la ciudad cobró un poco más de vida;

venían también los enviados para fines de socorro y salvamento, comerciantes y demás. Y con la ayuda de Dios uno sigue viviendo y aguantando, unas veces triste y otras alegre, lo que la Providencia le depara, que siempre es mejor que lo que nuestras obras merecen.

Estoy en el hotel, unas veces triste y otras alegre, según dispone la Providencia. También en el hotel, en el que no soy más que un visitante, hay cosas que alegran el espíritu del que las contempla. Raquel, la hija menor del dueño, está cosiendo. Cuando enhebra la aguja o sujeta entre sus labios el extremo del hilo la miro como si ella trabajara únicamente para recreo de mis

ojos. Y, como no soy desagradecido, le hablo de todo un poco para hacer más grata su labor.

¡La de cosas que le contaría! Un día le hablé de la joven princesa, una muchacha de diecisiete o dieciocho años, erguida como una pionera de Israel. La primera vez que la vi, me dio un vuelco el corazón y de buena gana me hubiera echado a llorar, porque el Santísimo, alabado sea, ha derramado sus gracias sobre las hijas de los pueblos de la Tierra. ¿O eran las suyas una parte de las gracias que poseían los reyes de la casa de David de los que ella descendía? Pues cuando la reina de Saba acudió a ver a Salomón, él hizo

cuanto ella le pedía y ella alumbró a los emperadores de Abisinia. Me quité el sombrero en su honor y la saludé. Ella movió la cabeza, como dándome las gracias, y el blanco de sus ojos relució como una maravillosa concha, como la que encontré en una playa de Jaffa un atardecer de otoño. Entonces estaba todavía la pequeña Rujamá. Habéis oído ya el nombre de Yael Jayés, pero no el de Rujamá. Pues bien, os aseguro que Rujamá valía más que Yael Jayés. Entonces, ¿por qué dejé a Rujamá para seguir a Yael Jayés? Porque yo era aún muy joven y hacía lo que los chiquillos, que dejan lo que les conviene para ir en pos de lo que ha de hacerles daño. Y

esto no lo hacen sólo los chiquillos, sino todo el mundo y hasta la misma Naturaleza. Vosotros me preguntaréis: ¿cómo puede moverse la Naturaleza, si tiene raíces hundidas en la tierra? Pues yo os digo que lo he visto con mis propios ojos. Cuando, siendo niño, iba a la *yeshivá*^[*], fue la escuela la que se alejó de mí, y cuando partí hacia Israel, la que se iba era la tierra.

Ahora voy a deciros algo del cabello de la princesa: era negro y brillante. También el de Raquel es negro y brillante, pero aquél era más hermoso, pues no había sido cortado, era largo y estaba recogido en una trenza. Y seguramente no tenía las puntas ásperas,

como el que ha sido cortado.

Raquel se pasó la mano por el pelo, me miró y dijo:

—Mi pelo no tiene las puntas ásperas.

—Tal vez no o tal vez sí. Tal vez no sea áspero al tacto, y lo sea en espíritu. Y esto, Raquel, es malo. Además, falta una parte de tu cabello, y quizá la que fue cortada era la principal. Respecto a la hija del rey de mi historia tengo que añadir que lucía hermosos vestidos, vestidos de mujer, no vestidos de corte hombruno, ni zapatos anchos y ordinarios. Ahora dejemos a la princesa, Raquel, a la que sólo vi dos veces en mi vida. La acompañaban dos doncellas y

el gran chambelán de su padre, el emperador. No hace falta que te diga que la saludé dos veces. Yo soy un hombre consecuente y cuando hago algo bien no rectifico. Conque repetí mi saludo. ¡Qué asombrado quedó el chambelán! Si hubiera sido más inteligente no se hubiera asombrado. Al fin y al cabo, ella era la hija de un emperador. Aunque a su padre le hubiera sido arrebatado su imperio, seguía siendo emperador. Y ya te dije un día, Raquel, que ¡ay del que olvida que es hijo de un Rey! Y como ella no olvidaba que era hija de un emperador, tampoco lo olvidé yo.

Raquel es una muchacha moderna; no siente afición por los cuentos de

príncipes y princesas. ¿Qué le gusta a Raquel? Le gustan las historias de muchachas como ella, la historia de Yael Jayés o la historia de la pequeña Rujamá.

Pero no está bien que un hombre de mi edad cuente historias de muchachas. De manera que le hablé de Tirsá y Akabyá. Dije a Raquel:

—He aquí algo que vale la pena que escuches. Erase una vez un tal Akabyá Masal que contaba tantos años como el padre de Tirsá Minz y ni en sueños hubiera pensado en ella Akabyá Masal. Pero Tirsá fue y se colgó del cuello de Akabyá Masal. ¿No es una historia curiosa?

En su opinión, son cosas corrientes, cosas que ocurren a diario. Si no ocurre hoy, ocurrirá mañana. Bendigo la hora en que lo dijiste.

Me alegran las cosas buenas y quise saber la hora exacta en que Raquel había dicho aquellas palabras. Saqué mi reloj.

—¿Por qué mira la hora? —preguntó Raquel.

—Ya es medianoche —dije—. ¿En qué piensas, Raquel? —pregunté.

Ella me miró y respondió:

—No pienso en nada.

—Si quieres, te diré lo que estás pensando.

—En nada, ya se lo dije.

—Piensas en la pequeña Rujamá.

—¿Quién es Rujamá?

—¿No te he hablado nunca de ella?

—¿No se llamaba Yael Jayés? —

preguntó Raquel.

—No tenían nada que ver entre sí.

La pequeña Rujamá era recatada como un rayo de sol tras una nube.

¡Santo Dios, qué pronto olvidan las muchachas!

Subí a mi cuarto y encendí una vela. Me miré al espejo, para ver si estaba triste. Pero no lo estaba; al contrario, me sentía alegre. Y si no me creéis, preguntadle al espejo si no me vio reír.

Oí repicar una madera. «Nuestro vecino, Daniel Bach, vuelve a casa — me dije—. Abriré la ventana para

preguntarle qué noticias le ha mandado su padre de Israel». Pero la pereza me impidió abrir la ventana y preguntar por Rabbí Shelomó. De manera que me tendí en la cama y apagué la luz. El sueño me venció y puso su venda sobre mis ojos.

CAPÍTULO XV

La llave perdida

Ayer estaba contento, me sentía dueño del mundo y hoy estoy triste como el que ha perdido su mundo. ¿Qué ha pasado? Cuando quise entrar en la casa de enseñanza, no pude encontrar la llave. «Quizá la dejé en el hotel al ponerme el abrigo», pensé. Volví al hotel, pero no la encontré. «Quizá la perdí por el camino», pensé. Hice de nuevo todo el recorrido, pero no la vi.

Me quedé ante la puerta de la vieja

casa de oración. En un momento, cruzaron por mi cerebro mil pensamientos y uno era éste: la capilla existe y yo estoy fuera y no puedo entrar porque he perdido la llave. ¿Qué hace uno para entrar? Uno derriba la puerta.

Pero aquella puerta era más fuerte que yo. A pesar de todos mis esfuerzos, no conseguí abrirla. Cuando nuestros padres construían escuelas y capillas, las dotaban de gruesos muros, recias puertas y fuertes cerraduras. Y cuando la puerta se cerraba sólo podía abrirla el que tuviera la llave.

Los del hotel advertían mi disgusto, mas no decían nada. La ayuda del prójimo consiste, por lo general, en

suspiros y cada cual necesita los suspiros para sí.

Por lo que puedo observar, mis hosteleros no tienen motivos para quejarse. Tienen la casa llena desde hace días y, en lugar del viejo que vino para el proceso y que no les producía ningún beneficio, se aloja ahora en la casa un viajante de comercio, un hombre joven que come y bebe mucho, que vive y deja vivir.

El viajante, sentado ante una jarra de cerveza, bromea con Babtsche, a la que él llama Babette.

—¿Y cuál va a ser el final? —le preguntó el viajante—. ¿Cuál va a ser el final de esta historia?

—¿De qué historia? —preguntó Babtsche, con extrañeza.

—De la historia que no ha sucedido todavía.

Babtsche soltó tal carcajada que le temblaron las caderas.

—¿Y quién va a pagar por la música?

—Esa historia no necesita música.

Babtsche le dio un manotazo en los dedos, profirió un «ja, ja, ja» y le echó el humo del cigarrillo a la cara.

—No le hubiera costado mucho más darme un beso en los labios, señorita — dijo el viajante.

—Querrá decir en el bigote.

—Es una lástima que no tenga

bigote.

—Pues ya puede esperar a que le llegue hasta los pies —dijo Babtsche.

El viajante hizo «ja, ja, ja».

—Lo único que el señor sabe decir es: «ja, ja, ja». —Babtsche puso los brazos en jarras y le hizo burla—: «Ja, ja, ja».

—¡Babtsche! ¡Babtsche! —gritó la madre desde la cocina—. ¿Puedes traerme la sal?

—¿No prefieres que te lleve el azúcar? —replicó la hija.

—¿Quiere que juguemos una partida de cartas? —dijo Dolik al viajante.

—¿Qué te ha dado de repente? —preguntó Babtsche.

—¿Qué otra cosa podemos hacer más que jugar a las cartas? —dijo Dolik—. Nosotros tenemos las cartas, y vosotras, los chicos.

—Si te refieres al señor —dijo Babtsche—, debes saber que tiene esposa e hijos.

Lolik entró en la habitación y vio a Raquel sentada con expresión melancólica.

—¿Te has enterado del rumor que corre por toda la ciudad? Yerujam...

Antes de que él pudiera acabar la frase, Raquel, muy pálida, le apremió:

—Di, ¿qué ha pasado?

—¿No te has enterado? Voy a decírtelo: Yerujam se ha peinado el

mechón de la frente hacia la derecha.

Volvamos a lo nuestro. La llave había desaparecido y yo no podía entrar en la escuela. Dolik dijo:

—Si una puerta no se abre, uno coge un hacha y la derriba.

—¡Santo Dios! —exclamó Krolka—. ¿Puede hacerse eso en una casa de oración?

—En las vuestras no —dijo Dolik con desdén—; pero en las nuestras sí se puede.

Krolka, tapándose la cara con el delantal, dijo:

—No le escuche, señor, no le escuche.

Desde que la vieja sinagoga se ha

cerrado para mí, no sé qué hacer durante todo el día. Antes de perder la llave, acostumbraba a ir a la plaza del Mercado, para hablar con la gente, o me iba a pasear por el bosque o los campos. Desde que he perdido la llave, me encuentro a disgusto en todas partes: si salgo, no encuentro fuera ninguna distracción, y si vuelvo a casa no encuentro en ella nada que me distraiga. Pero no me dejé vencer por el mal humor: continuamente buscaba nuevos caminos, tanto para el paseo como para la búsqueda de la llave. Mis piernas acabaron por acostumbrarse a andar. Pero a mi mente le costaba trabajo acostumbrarse. La mente me pesaba y

mis piernas tenían que esforzarse por llevarla.

Todos los días realizaba una minuciosa búsqueda en mi habitación. No quedaba lugar en que no hubiese mirado. Sabía que todos mis esfuerzos eran en vano y, sin embargo, buscaba y buscaba. Fui a la sinagoga un sinnúmero de veces. ¿Esperaba que el Señor, alabado sea, hiciera un milagro y me abriese la puerta? Hasta miraba en el montón de libros inservibles que había en el patio delantero, pues cuando, de niño, iba a la escuela por la mañana temprano y a última hora de la tarde, solía esconder allí la llave para que si llegaba alguien antes que yo pudiera

encontrarla.

Un día vi a Daniel Bach. Apoyándose en su pata de palo, me dijo:

—¿Por qué no hace lo que yo? Cuando pierda una llave, mándese hacer otra.

¡Pensar que a nadie se le había ocurrido una cosa tan sencilla!

—Le mandaré a un cerrajero que podrá hacerle otra llave.

¡Qué largos se me hacían los días mientras esperaba al cerrajero! Cada vez que entraba en la casa alguien a quien no conocía, me precipitaba a su encuentro. Si resultaba que no era el cerrajero, me parecía que el desconocido había querido burlarse de

mí.

Pero si no sabía dónde vivía el cerrajero, sí sabía dónde encontrar a Daniel Bach: en la casa de al lado. Nada me hubiese costado ir a preguntarle dónde vivía el cerrajero. ¿Por qué no lo hice? Porque todavía estaba tratando de hallar la forma de entrar en la sinagoga, todavía me preguntaba si no habría algún hueco por el que pudiera colarme. Pero el viejo caserón era inexpugnable. Cuando nuestros antepasados construían una casa para la enseñanza, ponían especial cuidado en que no tuviera ningún punto vulnerable.

Volví a pensar en los libros que quedaban en nuestra vieja escuela: eran

sólo unos pocos de los muchos que hubo en otro tiempo. Mientras la llave estuvo en mis manos, pude entrar y aprender en ellos. Ahora, habiendo perdido la llave y el acceso al estudio, ¿a quién servirían los libros?

CAPÍTULO XVI

Las tumbas de mis antepasados

Un día, mientras me desayunaba, apareció una vieja, encorvada y envuelta en un manto, igual que mi santa abuela, sólo que mi abuela llevaba un hermoso manto y el de esta pobre mujer estaba muy deshilachado. Se me acercó y, después de besarme en el hombro y la rodilla, se echó a llorar.

Le pregunté quién era y por qué lloraba.

—¿Cómo no voy a llorar —me dijo — si la niña murió sin ver a su hijo convertido en hombre?

—¿Quién era la niña? —le pregunté.

—Su madre, señor. Yo era su ama. ¡No hay en el mundo corazón tan bueno como el suyo!

—Así pues, ¿es usted la *Kaiserin*^[2]?

Ella movió la cabeza afirmativamente y sonrió.

Le pedí perdón por haberla llamado por el mote. (Había en nuestra ciudad una familia pobre cuyos miembros eran tan altaneros que todo el mundo les llamaba los *Kaiser*).

—¿Por qué me iba a molestar? Todos me llaman la *Kaiserin* y no me

avergüenzo del nombre. Pero, dígame usted, ¿tengo yo algo de emperatriz? ¡Ay, Dios mío! Ojalá el destino de todos los enemigos de Israel fuese como el mío. Ahora, cuando el Kaiser ya no es Kaiser, ¿qué importancia tiene esto?

—¿No es usted la madre de Elimélek? —pregunté.

—Sí; soy la madre de Elimélek Kaiser. Pero mi hijo se ha marchado, dejándome sola. ¿No hubiera sido preferible que hubiera cogido un cuchillo y me hubiera matado? Dígame usted, señor, dónde está la justicia y la conciencia. Preocupándome por él cuarenta años y ahora va y me deja. Pero me consuela pensar que el Creador me

ha conservado la vida para permitirme ver al hijo de vuestra madre. Aún recuerdo los momentos en que sus manitas, pequeñas y como de terciopelo, me acariciaban las mejillas. De manera que me será dado recibir grandes favores, como me fue dado sentir sus manos en mis mejillas. Y, después, cuando se hizo mayor, no se avergonzaba de mí. La víspera de las fiestas, solía llevarme a la habitación grande de la casa, me abría el armario y decía: «Freide, escoge un vestido. Toma unos zapatos». Y cuando yo me ponía el vestido, siempre caía una moneda de plata.

—Freide, si tuviera un vestido se lo

daría —dije—; pero ya que no lo tengo, ¿puedo darle al menos una moneda de plata?

—¿Quién quiere plata? ¿No eran ricos los habitantes de esta ciudad? ¿Y de qué les sirvió? Su dinero se fue y ellos se quedaron pobres. ¿Para qué quiero yo el dinero? ¿Para comprar pasteles que no podría masticar, pues no tengo dientes? Me basta haber visto al hijo de vuestra madre. ¿Qué más quiero?

Volvió a besarme en el hombro y en la rodilla y se echó a llorar otra vez.

—No llore, Freide —le dije—. Muchos pájaros quisieron probar sus alas, levantaron el vuelo y, al final, volvieron al nido.

—¿Qué dice? Cuando mi hijo vuelva yo estaré ya bajo tierra y mis ojos, cubiertos de escombros, no volverán a verle.

—Todos hemos de morir —dije—. Y contra la muerte no existe ninguna hierba milagrosa.

—Si mi hijo estuviese aquí para cerrarme los ojos, estaría contenta. Pero manos extrañas me cerrarán los ojos y cuando son manos extrañas las que le cierran a uno los ojos, al muerto le duelen los ojos. Y si mi hijo vuelve y va a visitar mi tumba yo no podré verle porque me dolerán los ojos. Ya no veo bien estando en vida, ¿cómo voy a ver después de muerta, si me cierran los

ojos sin amor?

—Pero usted tiene otros hijos, además de Elimélek —le dije.

—Cuatro hijos tenía además de Elimélek —contestó Freide—. Pero todos han muerto, tres en la guerra y uno durante los pogroms. ¿Para qué voy a contarle, hijo? Soy como un neumático desinflado a cuchilladas. ¿Quiere saber también cómo acabaron mis hijas? ¡Ay, mis pobres hijas, ellas tan limpias y puras! Eran hermosas como las hijas de un rey, pero su muerte fue peor que la de sus hermanos, pues sus hermanos murieron a espada y ellas murieron de hambre y de dolor. El Todopoderoso, alabado sea, ha sido conmigo más duro

que con las demás mujeres de la ciudad. Me quitó a todos mis hijos y la gente aún me dice: «No llores, Freide». ¿Es que yo quiero llorar? Pero mis ojos lloran solos, se llenan de lágrimas y más lágrimas. Hasta cuando tendría que alegrarme, como ahora que le he encontrado, hijo, se me saltan las lágrimas. Aún le veo en brazos de su madre, que en paz descansa, jugando junto a su pecho como un pajarillo en un huerto de bayas. Yo le decía a su madre: «Ese niño va a ser algo grande», mi profecía se ha cumplido y debería alegrarme; pero ¿qué hacen mis ojos?, se llenan de lágrimas, como siempre. Y es que los ojos no son independientes,

los ojos van ligados al corazón y el corazón, hijo, está lleno de amargura.

Freide bajó los ojos, los enjugó con una punta de su manto y volvió a llorar y a llorar sin descanso.

La hostelera trajo a Freide un vaso de té, para que se repusiera, y me dijo:

—El mismo día en que Freide se levantó del luto por sus dos hijos que habían muerto al mismo tiempo, nos enteramos de que su tercer hijo había caído también. Así es que Freide y sus dos hijas volvieron a sentarse para otros siete días de luto. ¿Y dónde estaban los otros hijos? Uno quedó sepultado y pudo salvarse y más tarde murió durante un pogrom. Y Elimélek estaba herido, en el

hospital. Durante los siete días del luto, la hija mayor dijo a la más joven: «Nuestros hermanos han muerto en el frente; nosotras moriremos de hambre. Vamos al pueblo, quizás encontremos algo de comer antes que el hambre nos haga perder el conocimiento». Cogieron unos pañuelos y se fueron. Por el camino encontraron a un hombre en edad militar que les preguntó: «¿A dónde vais, chicas?». «En busca de pan», le respondieron ellas. «Pan no tengo —les dijo el hombre—. Pero si queréis pasas puedo daros un montón». Las llevó al cementerio, abrió una fosa y sacó un saco de pasas. «Tomadlas todas y rogad por el alma de un pecador», les dijo.

Ellas cogieron el saco, agradecidas, y se dispusieron a volver a la ciudad. Pero apenas habían andado unos pasos, él las alcanzó y les dijo: «¿Es que no vais a darme ni siquiera un beso, desagradecidas?». Cuando ellas comprendieron lo que quería, tiraron el saco y trataron de escapar. Pero en aquel momento apareció un pelotón de soldados y, al verlos, el individuo, que era un desertor, tuvo miedo y huyó. Cuando los soldados vieron el saco de pasas, empezaron a jurar y a echar pestes: «Todo el mundo pasando hambre y los judíos comiendo almendras y pasas». Pero no tardaron en dejar las pasas y entonces se acercaron a las

muchachas. Antes de que terminara aquel mes, la madre había enterrado a sus dos hijas, primero a una y luego a la otra.

Cuando *Frau* Sommer terminó su relato, Freide me miró y dijo:

—¿Qué dice usted de esa historia?
¿No es una hermosa historia?

Levantó la mano derecha y fue nombrando a sus hijos muertos. A cada nombre, doblaba un dedo, pero el pulgar lo dejó rígido. Luego levantó la mano izquierda hasta la altura de los ojos, agitó los dedos medio y anular, se levantó y quedó en silencio. Yo callé también. El Altísimo, alabado sea, me dejó en la estacada sin poner en mis

labios ninguna palabra de consuelo para Freide.

Cuando la mujer se hubo marchado, se me ocurrió la idea de acercarme al cementerio. No es que pensara encontrar allí los libros de la escuela extraviados; fui como el que llega a la ciudad donde están enterrados sus padres y va a postrarse ante su tumba.

Nuestro cementerio se desborda en todas direcciones, cuesta arriba y cuesta abajo, y las tumbas se aprietan unas contra otras. «Aquí se ve todo lo que nos quitan y todo lo que nos dan». Lo que nos quitan nos lo dan, aquí, en el cementerio. Nos quitan a los vivos y nos dan a los muertos. Las tumbas se tocan

unas con otras; no ocurre lo que en la ciudad, donde tantos huecos hay entre casa y casa. Por mucho que me pese, debo dar la razón a los de la vieja casa de oración que abandonaron la ciudad, pues el cementerio está lleno y no hay lugar para más tumbas.

Voy vagando entre las sepulturas, sin pensar en nada en concreto. Pero mis ojos, emisarios de mi corazón, miran y ven. En ellos manda el corazón y en el corazón manda Aquel que da la vida y la muerte. Unas veces manda observar a los vivos, y otras veces a los muertos.

Juntos yacen los que murieron antes de la guerra, los que murieron durante la guerra y los que murieron después de la

guerra, como si nada separase a unos de otros. Cuando todavía vivían, unos pensaban con nostalgia en los tiempos pasados que no volverían y otros esperaban los que habían de llegar. Ahora que están muertos se ha desvanecido por igual la nostalgia de unos y la esperanza de otros.

El alcance de los ojos es limitado y nadie puede ver más allá de donde llega su mirada. Y aunque bajaras tus propios ojos más y más, aún tendrías delante a los muertos y los verías perfectamente.

En el viejo cementerio se recorta a lo lejos el mausoleo de *Saddiq*^[*], sin tejado, las paredes torcidas y a punto de derrumbarse. Dentro de un par de

generaciones esa ruina en nada se asemejará a un monumento funerario y nuestros descendientes nunca imaginarán que allí está enterrado un gran rabino y él mismo habrá olvidado ya que ostentó tal dignidad en esta ciudad. Antes de morir prometió a sus conciudadanos protegerlos de la catástrofe que les amenazaba. ¿En qué quedó su promesa? Cuando los justos se van y suben al Cielo su pensamiento se aparta de nosotros, pues a los ojos de los santos los hombres deben de parecer muy pequeños y sin duda creerán que no merece la pena interceder por seres tan insignificantes. Ved, si no, cuántas veces nos prometieron los justos no descansar

hasta enviarnos al Redentor; pero una vez se fueron olvidaron sus promesas. Seguramente, algunos las olvidaron porque les resultaría difícil perderse aunque sólo fuese una hora del estudio de la Torá tal como se realiza en el Paraíso; a otros debe encomendárseles la explicación de la Torá a los justos, para impedir que, ante sus insistentes súplicas, nos sea enviado el Mesías. Sea como fuere, lo cierto es que los vivos lo pasan bastante mal.

No entré en el mausoleo del rabino; tenía mis motivos para ello; había oído decir que al cabo de un número de años después de su muerte, los grandes santos no volvían ya a su tumba. Me encaminé

hacia donde se hallaban mis difuntos, visitando primero a los familiares más lejanos y después a los más próximos, a fin de que aquéllos pusieran sobre aviso a mis padres para que mi visita no les produjera una impresión demasiado viva.

A mucha gente no le gusta visitar la tumba del padre y de la madre el mismo día y tienen razón, pues cuando me acerqué a la tumba de mi madre mis ojos estaban secos, y mi vista, clara, y luego al pasar a la tumba de mi padre, lo veía todo borroso.

No estaba presente cuando enterraron a mi padre ni cuando pusieron la lápida en su tumba.

Grabados en la piedra estaban unos versos míos, mas no se veían las lágrimas que derramé al componerlos; ahora, las lágrimas no me dejaban ver los versos.

Han pasado catorce años desde la muerte de mi padre y, no obstante, la lápida está como nueva. Y muy cerca, sobre la misma tumba, hay otra lápida que pertenece a un viejo profesor de la Torá, compañero de mi padre. ¿Qué podían hacer los de la ciudad? Cada muerto exige una tumba y una lápida y este viejo había pedido que se le enterrase al lado de su amigo, y como no había sitio para la lápida, la colocaron encima de la tumba de mi padre. Mi

hermana me contó que a menudo se le aparece en sueños nuestro padre, con la mano sobre el corazón, como si algo le oprimiera.

A la vuelta del cementerio, encontré a Yerujam Freier, sentado en el suelo, arreglando el camino.

—¿Qué estás arreglando? —le pregunté—. ¿Arreglas el camino que lleva del cementerio a la ciudad o el que lleva de la ciudad al cementerio?

Yerujam levantó la cabeza pero no contestó.

CAPÍTULO XVII

Yerujam Freier

Me parece que nadie me tiene tanta antipatía como Yerujam Freier. ¿Por qué me aborrecerá así, si yo nada le hice? Cuando lo encuentro en mi camino, le saludo como se saluda a una persona a la que se quiere bien, a pesar de que él corresponde con una voz que casi no se oye. Este muchacho me inspira un gran afecto. Todo en él me conmueve, su cuerpo enjuto, sin un gramo de grasa, sus ojos brillantes, casi febriles, y hasta sus

gastadas ropas de trabajo color de polvo. Un día sí y otro también trabaja de sol a sol en las calles de la ciudad, dando martillazos, levantando terraplenes o cavando zanjas para reparar los daños causados por la guerra. Su rostro no delata la menor alegría, pero hace su trabajo a conciencia porque sabe que no iba a encontrar otro. He oído decir que los ediles de la ciudad están satisfechos con su trabajo y que no indagaron muy a fondo en los motivos que le obligaron a salir de Israel.

No calumnio a nadie ni traiciono ningún secreto, pues esto lo sabe mucha gente, al decir que el muchacho se vio

envuelto en asuntos feos y que antes de ser expulsado de Israel por repartir propaganda a árabes y judíos, estuvo en la cárcel. De todos modos, desde que volvió aquí, no se ha mezclado en nada reprobable; tampoco frecuenta a los demás comunistas de la ciudad ni se interesa vivamente por nadie, ni siquiera por sí mismo. ¿Quién no se interesa por sí mismo? Por ejemplo, el que canturrea entre dientes o el que habla sólo demuestra interés; el que no hace nada de eso, no lo demuestra. Desde el alba hasta el anochecer, él trabaja y calla. Cuando se pone el sol, se echa las herramientas al hombro, baja al río, se lava y se va a su casa. No sé lo que hace

allí, si se sienta a leer o se acuesta. Desde que estoy aquí, nunca le he visto pasear por la noche, ni sólo ni en compañía de una muchacha.

El que se estima un poco no pregunta: ¿Por qué me aborreces? ¡Si él te odia, ódialo tú también! Si lo necesitas, arrástrate a sus pies hasta que deje de odiarte. Yerujam es un pobre trabajador y yo, gracias a Dios, poseo una casa en Israel y no dependo de él. Ni aun hoy, cuando mi casa está en ruinas, puede compararse mi posición con la de Yerujam. Me siento ante una mesa bien provista, dispongo de buena cama, llevo ropa limpia y mi familia puede comer hasta saciarse sin que yo

tenga que cavar la tierra o arreglar la calle.

Al hombre le gusta que todos lo aprecien. Pero yo he renunciado ya a tal privilegio. El rabino de la ciudad se ha expresado sobre mí en términos poco gratos porque no he ido a visitarle y, a pesar de todo, no pienso ir. No quiero decir con ello que, de haberle visitado, hubiera hablado de mí con elogio; pero, por lo menos, se hubiera mostrado amistoso. Algo parecido ocurre con Zakaryá Rosen. Zakaryá Rosen es tratante en piensos, pertenece a los elegantes de la ciudad y se ha confeccionado un árbol genealógico que se remonta hasta el rey David. Un día en

que pasé por delante de su tienda, me llamó y me invitó a entrar para enseñarme el árbol. Yo lo examino y observo que entre sus antepasados por línea directa figura Rav Hay Gaón[*].

—Rav Hay no tuvo descendientes — le digo.

Desde aquel día este noble ciudadano es enemigo mío. Si yo fuera y le dijese: «Me equivoqué; he encontrado en la Guenizá[*] que Rav Hay tuvo un hijo, a edad muy avanzada», estoy seguro de que Zakaryá se convertiría de inmediato en amigo mío. Pues bien; no pienso hacerlo. Así es uno: renuncia sin esfuerzo a lo que podría conseguir fácilmente y, en cambio, corre

incansablemente tras lo que no es fácil alcanzar.

Aunque me hubiera gustado estar en mejores relaciones con Yerujam, no hice ningún intento de aproximación, aparte del saludo. Un día pasé junto a él sin saludarle, pues iba absorto en mis pensamientos a causa de la pérdida de mi llave y no le vi.

Cuando me había alejado unos pasos, volví casualmente la cabeza y le vi alargar el cuello por entre las piernas para mirarme.

Entonces retrocedí y le dije:

—Oiga usted: hace como si me despreciara, pero, en realidad, estoy seguro de que le gustaría acercarse a mí.

¿No cree que lo mejor sería que me aclarase su actitud?

—Usted es el causante de todas mis desgracias. Usted tiene la culpa de todo lo malo que me ha sucedido — respondió Yerujam.

—¿Cómo se entiende? —le pregunté —. Antes de que yo viniese aquí, nunca nos habíamos visto y cuando yo marché a la tierra de Israel usted debía ser un niño de pecho, si es que había nacido ya. Y ahora va y me dice que yo tengo la culpa de sus desgracias.

—Es cierto que cuando usted se fue de aquí yo aún no había nacido —dijo Yerujam.

Yo me eché a reír en su cara y le

dije:

—Comprenderá, entonces, que no hay razón para acusarme de ser el causante de sus desdichas.

—Dice que no hay razón —repitió Yerujam.

—Eso digo, y sus palabras confirman las mías. ¿No acaba de reconocer que cuando yo me fui a la tierra de Israel usted no había nacido aún? ¿Cuál es, entonces, la solución del misterio?

—Fue su emigración a Israel lo que tuvo fatales consecuencias para mí.

—¿Cómo es eso posible, amigo? La cuerda que el verdugo ha puesto al reo está floja; por lo visto, no da mucha

importancia al honor que le conceden.

—En seguida se lo explico —dijo Yerujam.

—Explíquemelo, amigo. No soy curioso por naturaleza, pero en un caso así la curiosidad está sobradamente justificada. ¿Qué le pasa, Yerujam? Me mira como si me le hubiese aparecido en sueños.

—Cuando era niño, oía hablar de usted.

—Nunca habría imaginado que la gente de mi ciudad hablase de mí. No crea que es humildad, es que al sacudirme el polvo de esta ciudad procuré alejarla de mi pensamiento. ¿Y qué oía decir de mí?

—Pues que era un muchacho distinto a los demás; no es que fuera mejor, al contrario, en muchos aspectos era peor. Un día desapareció de la ciudad. Al principio, se creyó que había ido al bosque, como otras veces. Al cabo de unos días, preguntaron al padre: «¿Dónde está tu hijo?». «Se ha marchado a Israel», respondió el padre.

—¿Hay alguien que crea que hice algo malo marchándome a Israel, o tal vez le parece mal a usted? Le juro que no cometí ningún robo sacrílego. Mi única ilusión fue siempre irme a Israel. Mi padre, de santa memoria, me dio el dinero para el viaje y yo me fui. Le juro que el dinero que me dio mi padre había

sido ganado honradamente. ¿Qué ley quebranté, pues, al marcharme?

—Ninguna —respondió Yerujam—. Al contrario, se portó magníficamente. Tuvo mucho éxito y se hizo famoso. Pero ¿qué quiere?, a mí me trajo la desgracia. Me trajo la desgracia...

—¿En qué forma?

—Antes de que usted se fuera, la tierra de Israel no era una realidad para los de esta ciudad. Ya conoce a los sionistas, jóvenes y viejos todos son lo mismo. En el fondo, para ellos la tierra de Israel sólo es un pretexto para organizar reuniones, festejos y colectas. Pero cuando usted marchó, Israel se convirtió para nosotros en algo tangible:

uno de los nuestros había ido allá. Cuando, con el tiempo, fui adquiriendo uso de razón, Israel, la suya, no la de nuestros sionistas, se hizo más y más importante hasta que a mis ojos el resto del mundo no valía ni un átomo de polvo.

—Entonces tendría que estarme agradecido —le dije.

—Al principio, también yo lo creí así —repuso Yerujam—. Por eso quise seguir sus pasos. Usted e Israel eran una misma cosa para mí. Pensaba que si iba a Israel, me presentaba a usted y le decía: «Vengo de su ciudad; usted me ha animado a hacer el viaje», usted me daría la mano, me miraría

amistosamente y yo comprendería que tenía allí a un hermano. Usted sacaría una naranja, la partiría por la mitad y me diría: «Toma, come». He comido muchas naranjas en Israel; a veces, eran mi único alimento. Pero todavía no he recibido el pedazo que debía darme usted.

—¿Por qué no fue usted a verme? — pregunté a Yerujam.

—¿Me pregunta por qué no fui a verle? ¿Estaba usted allí? Cuando, presumiendo ante mis compañeros, dije que pensaba ir a verle, me anunciaron que se había ido al extranjero.

—Es verdad —suspiré—. Por aquel entonces yo vivía en Berlín.

—Estaba en Berlín, disfrutando de todos los placeres de la gran ciudad, mientras a nosotros nos había envenenado con el opio de Israel.

—¿Llama usted opio al amor a esa tierra? —exclamé mirándole fijamente—. No quiero discutir con usted, pero, dígame, ¿qué cree que debería haber hecho?

Yerujam me miró y dijo tranquilamente:

—Morirse, señor, morirse.

—¿Le estorba a usted mi vida?

—Si no le gustaba vivir allá, debió usted quitarse la vida...

—¿Quitarme la vida?

—... o desaparecer, o cambiar de

nombre, para que nadie volviera a oír hablar de usted o...

—¿O qué?

—Tomar el hábito del exilio, ir de pueblo en pueblo, besando el polvo de países extraños, golpeándose el pecho y diciendo: «Yo atraje a mis hermanos hacia la tierra de Israel; estaba equivocado, no os dejéis seducir por mí».

—¿Dije yo a alguien que debía seguirme a Israel? —pregunté a Yerujam.

—¿Le cito algunas palabras tuyas, por ejemplo unos versos que publicó poco antes de su marcha?

—¿Unos versos que yo publiqué...?

Yerujam se puso en pie, se irguió, se llevó ambas manos al corazón y empezó a declamar:

Amor sincero hasta la muerte.

*Te juro por el santo Cielo
que cuanto por el mundo
hallare
diera por Jerusalén, bendito
suelo.*

—¡Cállese, oh, cállese! —dije a Yerujam.

Yerujam no se calló, sino que siguió recitando:

*A ti ofrezco santas fiestas,
mi espíritu, alma y vida.
Mis alegrías, mis Sábados,
despierto y en sueños te
consagro.*

—¡Cállese ya, hombre, cállese ya!
—dije a Yerujam.

Yerujam, en vez de callarse,
continuó:

*Murallas altas, eternas,
vuestro Rey ha
desaparecido;
mas mientras el tiempo
exista*

*sueños de púrpura os
envolverán.*

—Si no se calla, me voy
inmediatamente.

Lejos de hacerme caso, él siguió
recitando:

*Cuando, un día, yo baje a la
tumba,*

*aunque todo el Reino de los
Muertos se oponga,*

en ti seguiré esperando,

*¡oh, poderosa soberana de
todas las ciudades!*

—Me imagino que estos versos ya no le gustan —dijo Yerujam—. Su gusto se ha refinado y estas imágenes ya no le gustan. Pero yo le aseguro que si estos versos no son bonitos es por otra cosa: porque van directos al corazón y engañan al alma.

—Cuando usted llegó allí y no me encontró, ¿estaba por ello vacío el país? Yo no estaba, pero había otras gentes. ¿Acaso soy yo la tierra de Israel? Mucha gente de esta misma ciudad se encontraba ya allí y sin duda lo acogieron con afecto.

—Cierto —dijo Yerujam—; mucha gente de la ciudad había emigrado ya.

—¿Lo está usted viendo? Si yo no

estaba, había otros mil tan buenos como yo.

—¿Otros mil como usted? —sonrió Yerujam—. Y quizá dos mil. De ellos, unos hicieron lo que usted: marcharse a otro sitio, otros se hicieron funcionarios, comerciantes o corredores de fincas.

—¿Y los que emigraron con usted? ¿Siguen siendo peones?

—Unos enfermaron de malaria o de otras cosas y murieron y sus restos están esparcidos por todos los cementerios del país, y los que no están muertos es como si lo estuvieran: hacen reverencias ante cualquier pequeño funcionario y mendigan su ayuda: «Por favor, ayúdeme a conseguir algún empleo, para poder

comer».

—¿Y dónde están los que no murieron ni enfermaron?

—¿Dónde? En todas partes. En cualquiera de las cinco partes del mundo encontraría usted más que en Israel.

—Entonces, ¿su estancia en el país no le reportó ningún beneficio?

—Eso sí —respondió Yerujam—. Allí se aprende a valorar el trabajo.

Levanté la mano y exclamé:

—¿Y le parece poco?

—Pero el trabajo es duro —respondió Yerujam.

—¿Hay en el mundo algo que no lo sea? Pero volvamos al punto de partida. Usted me ataca a causa de mis himnos

de alabanza al país de Israel. ¿Soy acaso el primero que los entona? ¿Acaso no han cantado a Israel todas las generaciones? Y no sé que a nadie se le haya ocurrido censurarlo. Pero las generaciones pasadas encontraron en Israel lo que decían los Libros y por eso amaban a la tierra y amaban los Libros que la cantaban; pero vosotros no pedís al país lo que pedían nuestros padres, ni lo que exaltan los Libros, ni siquiera lo que es el país; vosotros le pedís que sea como vosotros queréis y por eso os rechaza. Es un país que durante siglos y siglos se ha regido conforme a los deseos de Dios Nuestro Señor, no conforme a los deseos tuyos y de tus

camaradas. Ahora me voy, Yerujam, no quiero hacerte perder tu jornal. El tema que hemos tocado no puede discutirse en un momento. Mañana seguiremos hablando de lo que hoy tenemos que dejar.

CAPÍTULO XVIII

Lo que Jerusalén tiene ante sí

Desde que llegué, no había oído pronunciar el nombre de Yerujam Freier más que a la dueña de la tienda donde compré tela y a Lolik Sommer, el hijo de mi hostelero, cuando gastó una broma a Raquel. Pregunté por él a Daniel Bach, pero éste me contestó brevemente:

—Yerujam tiene a su cargo el arreglo de la calle.

No dijo más. Me gustaría saber si hay en la ciudad alguien de quien se

hable tan poco como de Yerujam Freier. Del mismo modo que él habla poco, también de él se habla poco. Por eso me sorprendió que Raquel lo nombrara.

¿Y cómo fue que Raquel nombró a Yerujam Freier? Será explicado más adelante, pero no por mí. De momento, prefiero decir cuándo y con qué motivo lo nombró.

Estuve dos días sin salir. Tenía pereza de levantarme y dolor de cabeza. Cuando, al tercer día, salí de mi habitación, Raquel se levantó precipitadamente y me dijo:

—Yerujam Freier preguntó por usted.

Como no soy curioso por naturaleza,

no se me ocurrió preguntar cómo se había enterado ella del interés que demostraba por mí Yerujam; pero como la cortesía sí es natural en mí, le pregunté cómo estaba él. De todos modos, debo hacer constar que el misterio era doble: por un lado, por qué preguntaba Yerujam por mí, a quien aborrece y, por otro, cómo llegaron sus palabras hasta ella. Pero este misterio no es nada comparado con el otro: que cuando pregunté a Raquel cómo estaba Yerujam, ella me respondió como si conociera hasta los más íntimos secretos de la vida del muchacho.

La gente suele equivocarse y yo más que nadie. Creí que Yerujam vivía

apartado de todo el mundo, y ahora resultaba que estaba en un error, que sucedía todo lo contrario.

Hay en la ciudad una persona, de nombre Raquel, que todos los días, a la hora en que su padre reza la oración de la tarde, desaparece de su casa, va a la de Yerujam y allí le espera hasta que él vuelve de su trabajo. Por eso él se lava en el río y vuelve a su casa limpio. Como se desprende de lo anterior, nadie menciona jamás el nombre de Yerujam; entonces, ¿cómo es que de pronto se habla de él? Sólo porque Raquel, la hija menor del hostelero, frecuenta la casa de Yerujam, y, al hablar de ella, se habla también de él.

Yo no la he visto ir a casa de Yerujam. Mis ojos no ven por sí solos. Cuando era niño, veía todo lo que quería ver. Después, cuando fui creciendo, mi vista fue debilitándose y sólo veía lo que me mostraba la gente. Ahora no veo lo que quisiera ver ni lo que me muestran. Entonces, ¿cómo me entero de las cosas? De la multitud se eleva una voz, una voz que a veces llega hasta mí. Pero a veces las cosas no concuerdan. ¿Qué relación puede haber entre Raquel, la hija menor del hostelero, y Yerujam, el peón que arregla las calles? En primer lugar..., en segundo lugar...

¿Por qué divido tan ordenadamente mis pensamientos: «en primer lugar...,

en segundo lugar»? ¿Porque así habla siempre la gente de Szybuscz? ¿O porque yo pertenezco a dos sitios distintos: vivo en el extranjero y sueño con Israel?

La tierra de Israel que se me presenta en sueños no tiene el aspecto de hoy, sino el que tenía cuando yo vivía en Nevé-Sédek. Actualmente, Nevé-Sédek es un pequeño barrio residencial perteneciente a Tel-Aviv; pero entonces era un pueblo independiente, el más delicado lugar para vivir. Allí habitaba, con su madre, la pequeña Rujamá. No sé si vive allí todavía o ha muerto ya, ni si llegó a ser violinista. Lo que sí sé es que su violín ha muerto; ella lo quemó, para

freír un pequeño pescado para un muchacho.

Pero dejemos ahora al muchacho, igual que él dejó a Rujamá, y volvamos a Rujamá. Siempre que se me aparece en sueños, tiene el violín en la mano. A veces, se tapa la cara con el violín y me llama, y el violín deja oír unas notas, como si tocara mi nombre, y otras veces ella toca mi nombre en el violín y luego lo pronuncia. Mientras no hizo más, yo nada dije; pero cuando empezó a tocar *Amor sincero hasta la muerte*, rechacé su imagen; en primer lugar, porque me desagrada la frase. Y, en segundo lugar, porque no quiero dedicarme a escribir canciones.

Israel no es sólo Nevé-Sédek. Hay lugares en el país que incluso en la realidad parecen un sueño, y más que ninguno Jerusalén, a la que el Padre Eterno adornó con todas las gracias. No es, pues, de extrañar que, desde su cama de Szybuscz, sueñe uno con Jerusalén.

Tiene el hombre doscientos cuarenta y ocho miembros y trescientas sesenta y cinco venas; frente a él: los doscientos cuarenta y ocho Mandamientos y las trescientas sesenta y cinco prohibiciones de la Ley. Pero Jerusalén va por delante, ya que se menciona en seiscientos cuarenta lugares de las Escrituras, con lo cual, en total, Jerusalén lleva al hombre una ventaja de uno.

Si el hombre ha cumplido con lo mandado y ha hecho el bien, por la noche se le deja descansar en paz en su lecho, a fin de que reponga fuerzas y pueda hacer de nuevo el bien. Si no ha cumplido y no ha hecho buenas obras, se le niega el descanso. En cualquier caso, siempre le falta una cosa, y es ahí donde Jerusalén le aventaja. Si es listo y piensa en ello durante el día, Jerusalén se le muestra por la noche.

Desde el día en que salí de allí, no he dejado de pensar en Jerusalén; no porque yo sea listo, sino porque mi casa está allí y al hombre le gusta pensar en su casa.

La otra noche, mientras dormía, me

vi andando por las calles de Jerusalén, con la misma sensación de realidad como si estuviera allí. Entré en una librería. Al salir, un anciano me susurró al oído:

—¿Busca usted libros? Venga conmigo.

Le pregunté a dónde.

—A mi casa —me respondió.

—¿Dónde está su casa?

—Cuatro pasos más allá. Dé usted otros cuatro pasos por la tierra de Israel.

Fui con él, hasta que me cansé de andar. Él, haciéndome una seña con la mano, me susurró:

—Es aquí.

Miré alrededor. No se veía ninguna

casa. El viejo me cogió de la mano y me llevó a un lugar que parecía un nicho. Estaba tan cansado que no sentía las piernas y mi mismo cuerpo parecía estar separado de mí. No sentía nada, sólo un ligero dolor de cabeza que, no obstante, tenía también cierta dulzura, como si una mano cariñosa me acariciara. Finalmente, perdí conciencia de todo menos de aquella dulzura que no cesaba. Aparentemente, esto es muy difícil, pues si el hombre pierde el sentido pierde también la sensibilidad y era aquélla una perfecta sensación de bienestar. Más difícil aún, pues la misma molestia aumentaba el bienestar. Y había algo nuevo, ya que, generalmente, cuanto más

indaga uno, más dolor siente y en aquel momento —¡oh, maravilla!— hasta la misma molestia resultaba grata.

El viejo se agachó y cogió un libro. Lo miró y vi en él el sello de nuestra vieja sinagoga.

—¿Es usted de Szybuszcz? —le pregunté.

Él asintió con la cabeza y aunque no se dirigía a mí con palabras, me pareció que sus labios pronunciaban el nombre de «Szybuszcz», aunque no había en ese nombre ni asomo de dulzura. Entonces empecé a pensar que quizás ese nombre no fuera tan hermoso como yo creía; y quizá tampoco creía que fuera hermoso, de lo contrario no hubiera abandonado

mi ciudad. Pero también: el nombre es eternamente hermoso, y mi ciudad es hermosa, por eso he vuelto a ella. Entonces, ¿por qué la abandoné para irme a Israel? Empezó a dolerme la cabeza otra vez, pero no como antes, cuando en el dolor había una cierta dulzura. Me sobrepuse al dolor de cabeza, miré el libro y el sello y me pregunté cómo había podido ir a parar a manos del viejo si existía desde muy antiguo una regla que prohibía sacar libros de la sinagoga.

—Yo no me lo llevé —dijo el viejo —, sino que él vino hasta mí. Cuando la gente deja de ir a la sinagoga para estudiar la Ley, los libros vagan por ahí

y vienen a nuestras manos.

Miré al anciano con extrañeza. ¿Qué quería decir con aquello de «nuestras manos»? «Nuestras manos» era un plural y allí sólo estábamos él y yo. Además, no hacía más que un rato que yo le seguía, por lo que aquel «nuestras manos» no podía referirse a mí. Disimulando mi asombro, pregunté:

—¿Cuánto vale el libro?

—Si no estudias, hijo mío, todos tus bienes no alcanzan para comprarlo; pero si deseas estudiar, el libro es tuyo.

—El que aborrece los regalos vivirá
—le dije.

—No existe la vida fuera del estudio
—sonrió el viejo.

Y al pronunciar la palabra «vida» se encogió, su rostro se convirtió en polvo y su voz sonó como una llave oxidada. Yo, en cambio, queridos hermanos, empecé a crecer y a crecer hasta adquirir la altura de una montaña. El nicho se partió y yo salté afuera. Inmediatamente, me dirigí a la sinagoga a toda prisa.

CAPÍTULO XIX

El cerrajero

Me detuve ante la puerta cerrada cuya llave había perdido. De todos mis sueños de aquella noche sólo conservaba el dolor de cabeza. No podía abrir los ojos, parecían estar llenos de granos de sal y tenía rígidos los párpados. Observé a los transeúntes. Del matadero salió una niña llevando en el capazo un pollo recién muerto. Tras ella, pasó un aguador con un cántaro en cada hombro. Del pollo goteaba sangre

y de los cántaros goteaba agua.

El aire era frío, pero no me refrescaba la cabeza. Empecé a sentir hambre, pues había salido sin desayunarme.

El hambre era cada vez más acuciante, fue apoderándose de mí poco a poco hasta dominarme por entero. Todo mi cuerpo estaba sometido a aquella sensación y, además, el dolor de cabeza me agobiaba. Era como si me hubiesen atado un pañuelo en la cabeza y metido el dolor dentro para que no pudiera salir.

Cerré los ojos de dolor.

De pronto, a mis ojos se reveló el libro; y Aquél que ilumina los ojos de

los que esperan Sus Palabras, iluminó los míos y en el libro encontré la explicación de las palabras del Talmud: «Desde ahora habla el Santísimo y Moisés escribe con lágrimas».

Eché a andar por la calle y allí vi a un hombre con una vieja cerradura en la mano, y en la cerradura una llave, y llaves y cerraduras colgando de un cinturón que le ceñía las caderas. Hasta que hubo pasado no me di cuenta de que aquel hombre era el cerrajero, y cuando quise ir tras él había desaparecido.

Mientras estaba allí parado, lleno de asombro, pasó Daniel Bach.

—¿A dónde quieren llevar las piernas?

—A buscar al cerrajero.

Daniel dio una palmada a su pata de palo y dijo:

—Haz el favor de moverte un poquito y ayúdanos a caminar.

No sé por qué estará tan contento Daniel. ¿Por sus buenos negocios? Nadie compra su madera y nadie necesita de la habilidad de su mujer. Por el momento, Daniel Bach depende de su hija Erela, que es profesora de hebreo.

—¿Ha tenido noticias de su padre?
—pregunté a Daniel.

—Las he tenido.

—¿Y qué escribe su padre desde la tierra de Israel?

—¿Qué escribe? Que los sacerdotes

acuden diariamente a la bendición y en los días en que se reza la gran oración festiva lo hacen dos veces.

—¿Y qué más dice?

—Dice que le fue concedido orar ante el «Muro de las Lamentaciones^[*]» y postrarse ante la tumba de Raquel. Dice también que la tumba es como una especie de sinagoga, con hermosos cortinajes y muchas lámparas colgadas del techo o clavadas en la pared. Son lámparas de aceite. Encima de la tumba hay una gran piedra que las mujeres piadosas miden con unos hilos determinados y estos hilos tienen entonces el poder de hacer hermosas a las que los llevan, etcétera, etcétera.

Nos ha mandado uno para mi hija.
¿Quiere saber más?

—¿Está contento de encontrarse allí? —pregunté—. ¿Está contento de la gente con la que vive?

—Por lo que se refiere a los jóvenes, todo son elogios; se consagran a Israel por entero, hacen el bien y trabajan en la colonización del país, hablan la lengua sagrada y mantienen dignamente a sus padres, dándoles comida, casa y vestido. Por lo que se refiere a los mayores, esto es, a los padres de los jóvenes..., la Tierra sigue girando sobre el mismo eje; pero rezan sus oraciones según versiones diferentes y discuten entre sí a causa de los usos

que cada uno ha llevado consigo de su país como si bajara directamente del Sinaí. Se pelean por si debe decirse: «Él debe mandarles al Mesías y dejar que los ungidos se acerquen», o: «Dejar que el fin de los ungidos se acerque». ¡Santo Dios, envíanos ya al Mesías, para que nos veamos libres de estas cosas!

—¿Y su señor padre?

—Mi padre tampoco cede de muy buen grado. Una víspera de sábado en que él recitaba las oraciones dijo: «Y los hijos de Israel observaron el Sábado». La mayoría de los presentes empezaron a golpear las mesas en señal de reprobación, obligándole a callar; pues dos sábados antes los adversarios

del *jasidismo*^[*] habían vencido a los *jasidím* y habían ordenado que en lo sucesivo no se rezara esta oración. Mi padre estuvo enfadado durante todo el sábado. Ya hemos llegado al taller del cerrajero.

La puerta estaba abierta, pero el cerrajero no se hallaba en el taller. ¿Adónde había ido? Al edificio de la «Unión Gordonia», a arreglar una cerradura. Examiné las llaves colgadas junto a la puerta, por si alguna de ellas era la que había perdido. Pero, después de revolverlas todas, no la encontré.

—Perdone que le haya entretenido —dije a Bach—. Debe de resultarle pesado permanecer en pie tanto rato.

—Si se refiere a mi pata de palo — dijo Bach—. Debe saber que nada le gusta tanto como permanecer clavada mucho rato en un mismo sitio. Se cree un árbol en medio de un bosque; y quizá sueña que la conviertan en la pata de la cama de una princesa.

Fuimos a la «Gordonia» y allí encontramos al cerrajero. Al verme, me sonrió como si ya me conociera. Es curioso, todos los ancianos sonríen: el que encontré la víspera y ahora el cerrajero. Los jóvenes, por el contrario, se mostraban furiosos. Y era la causa de su furor que los comunistas hubieran irrumpido en el castillo y ensuciado los cuadros, y ahora ellos tenían que mandar

levantar otro castillo.

Pero a pesar de cuanto pudieran tener en común, ambos ancianos eran diferentes. El que se me apareciera la víspera era alto y caminaba erguido. El cerrajero, por el contrario, era bajito como un colegial, andaba encorvado y con la cabeza colgando sobre el pecho. Aquel otro anciano se inclinaba también un poco hacia delante, pero era precisamente porque su figura era tan erguida que cuando quería acercar sus palabras al oído de su interlocutor tenía que bajar la cabeza. Su risa también era diferente. La del viejo de Jerusalén no es risa, sino una sonrisa que aparece entre los pliegues que rodean sus labios

y en seguida se borra; ni siquiera es una sonrisa, sino la sombra de una sonrisa. La risa del cerrajero, por el contrario, es una franca carcajada en varios tonos y cada tono es en sí toda una carcajada; cuando se ríe, todo su cuerpo se agita, haciendo tintinear las llaves y cerraduras que cuelgan de su cinturón. Incluso cuando no se ríe, los pliegues de su rostro conservan la sonrisa y le mira a uno con expresión radiante. Y es que es uno de los supervivientes de los *jasidím* de Kossow que predicaban que el mundo entero merece la alegría, pues mientras el hombre está en este mundo puede ganar méritos haciendo buenas obras y cumpliendo los Mandamientos y

gozar de sus frutos en vida, con lo cual el fondo acumulado para el Más Allá queda intacto; y cuando uno lo medita bien, se alegra de la vida y del mundo que le rodea y se alegra de sus obras, y de vivir muchos años. He aquí por qué los *jasidím* de Kossow viven muchos años y siempre están alegres. Y aunque los años le agosten a uno el cuerpo, hay en la sonrisa tanta luz que aviva la inteligencia y alegra la vista.

Bach dijo al cerrajero:

—Éste es el señor que quería que le hiciese una llave.

El cerrajero me saludó y me estrechó la mano alegremente. Yo también le saludé con alegría, en primer

lugar porque él iba a hacerme la llave y, en segundo lugar, porque siendo niño solía pararme a la puerta de su taller para mirar las llaves y cerraduras. Por aquel entonces yo deseaba ardientemente poseer un cofrecillo con llave y cerradura y cuando, más adelante, renuncié al cofrecillo, seguía soñando con ser dueño de la llave, una llave grande y pesada que uno saca del bolsillo para abrir la puerta de su casa. Mentalmente, daba a la llave todas las formas imaginables, pero la forma era cosa secundaria. Lo principal era su facultad de abrir. Imaginad que en la ciudad hay una casa que, como todas las casas, tiene una puerta y la puerta un

cerrojo. Un niño se detiene ante la puerta, se echa la mano al bolsillo y saca una llave, introduce la llave en la cerradura, le da una vuelta y luego otra y, al momento, la casa se abre para él. ¿Qué hay en la casa? Una mesa, una cama, una lámpara..., en fin, lo que en todas las casas; pero ese momento en que se abre la puerta con la llave que el niño tiene en la mano, ese momento no puede compararse a ningún otro momento. Imaginad, pues, la importancia que para el niño tiene el hombre que posee más de un centenar de llaves. Hay tesoros escondidos a los que se llega pronunciando una fórmula mágica, por ejemplo: «¡Sésamo, ábrete!». A mí no

me interesaban esas cosas que se ocultan a la mirada, sino las que se ofrecen a la luz del día y pensaba que me gustaría tener la llave que me diera acceso a ellas.

Había en la ciudad otra persona que cuando yo era niño ejercía sobre mí la misma atracción. Era el hombre que iba a casa a recaudar los donativos para Tierra Santa. Aunque no viene al caso, lo menciono aquí con motivo de la llave. Me latía con fuerza el corazón cuando oía los pasos de aquel hombre y cuando él entraba y con la llave que sacaba del bolsillo abría el cepillo para Rabbí Meir, el que obraba milagros, yo me quedaba boquiabierto. Llega el hombre,

abre el cepillo en el que todos han depositado su donativo y se lo lleva sin que nadie le diga nada; al contrario, todos le miran complacidos; él se sienta, escribe en una hoja de papel, como el médico cuando receta una medicina, entrega el papel a mi madre y le desea que viva para ver el advenimiento del Mesías. Yo no sabía quién era ese Mesías cuya llegada se esperaba con tanto anhelo; pero comprendía perfectamente que aquel buen deseo significaba más que cualquier otro.

El viejo estaba en la puerta de «Gordonia», inspeccionando la cerradura rota, y en sus ojos y en las arrugas de su cara bailaba una sonrisa,

como si se alegrase de que las manos de la gente no se duerman y se golpeen entre sí, para impedir que la sangre se estanque en sus venas. De buena gana, lo hubiera cogido por la cintura para levantarlo del suelo; pero en seguida comprendí que sería mejor no hacerlo: ¿cómo explicárselo después? En fin, el cerrajero estaba trabajando en lo suyo, hurgaba en la cerradura con un clavo, luego lo sacó y metió otro.

Pero volvamos a coger el hilo de la narración. Ahí tenemos al viajero: ya es un hombre hecho y derecho, no un niño, y, sin embargo, sigue deseando una llave. Todos habréis comprendido que el hombre era yo. Yo deseo una llave para

abrir la vieja casa de oración, ya que la llave que me dieron se extravió y necesito otra.

Cuando hubo terminado su trabajo, le dije:

—Ahora véngase usted conmigo y hágame ya esa llave.

—¿Es la fabricación de llaves como el Salmo de David que se reza tres veces al día? Hay que alabar a Dios día a día, pero desde que tengo uso de razón nunca hice dos trabajos el mismo día.

—Entonces, ¿cuándo me hará la llave?

—Mañana, si Dios quiere.

—¿Mañana? —exclamé horrorizado.

—Hijo mío —sonrió él—. Te parece

que mañana está muy lejos pero no es así. Mañana está muy cerca. Eso deberían tenerlo muy presente todos aquellos que hoy no pudieron realizar su obra: tal vez mañana lo consigan.

CAPÍTULO XX

Nuestros compañeros de la Diáspora^[]*

Puesto que nos encontramos en la casa de la Asociación quisiera decir unas palabras sobre ella. La casa de la «Asociación Gordonía» es la denominación que se da a una sola habitación. Se sube por una simple escalera de madera. La ascensión no es difícil, sólo hay cinco peldaños y, además, son muy bajos; pero el último baila y hay que procurar no asustarse,

pues con el susto empieza la caída. Por lo visto, la escalera no fue hecha para esta casa, sino que procede de alguna otra y hubo que añadirle un peldaño, que es el que baila.

La habitación es más larga que ancha y tiene ventanas orientadas hacia los cuatro puntos cardinales; pero no entra luz, ya que la ruina de lo que fue la casa del propietario la tapa. El local en el que nuestros camaradas se instalaron no es una casa propiamente dicha, sino una edificación que en principio estuvo destinada a almacén. Antes de la guerra, nuestra ciudad era el centro comercial de la comarca y los comerciantes edificaban almacenes para sus

mercancías. Cuando el enemigo destruyó la ciudad y saqueó los almacenes, la mayoría de estos locales se convirtieron en viviendas y uno de ellos pasó a ser la sede de la «Asociación». Y a pesar de todas sus ventanas era como un ciego que nunca hubiera visto la luz.

Y puesto que hemos empezado ya a hablar con imágenes, sigamos haciéndolo: la casa de la «Asociación» era como un ciego, pero en los ojos de nuestros camaradas se reflejaba la luz de la tierra de Israel que todos ansiaban ver algún día.

Gentes piadosas de este país que han levantado sinagogas y están orgullosas de ello dicen que cuando se nos

manifieste el Mesías primero irá a sus sinagogas. Estos muchachos de aquí, por su parte, no piensan que el Mesías venga primero a verles a ellos; ni siquiera lo mencionan. Pero todos sus pensamientos giran en torno a su partida hacia Israel y al trabajo que harán allí. No sé qué actitud merece elogio: si la de las piadosas gentes de la Diáspora que quieren atraerse al Mesías al extranjero o la de estos jóvenes que desean ir a la patria para preparar su venida.

Estos jóvenes están bien enterados de lo que ocurre en el país, pero no nos entendemos. Incluso a veces con una misma palabra nos referimos a cosas diferentes. Por ejemplo, cuando hablo

de Gordon me refiero a nuestro gran poeta Yehudá Leib Gordon[*] y ellos se refieren a Aarón David Gordon[*]. Yo pertenezco a una generación de filósofos de manos débiles y grandes pensamientos y ellos son hombres de acción para quienes hacer es antes que pensar. Mi Gordon —me refiero a Yehudá Leib Gordon— fue un filósofo, y el Gordon de ellos —Aarón David Gordon— tradujo los pensamientos de aquél en obras; es decir, hizo realidad lo que el otro había escrito. Aparentemente, yo tendría que alegrarme de ello, pero no es así. No porque el pensamiento sea más importante que la obra, sino porque...

pero será mejor que lo explique con un ejemplo, aunque no es un ejemplo que se ajuste perfectamente al caso. Es como el arquitecto que pide piedra y le traen ladrillos; él quería levantar un palacio y los otros se conforman con construir una sencilla vivienda.

Olvidando mi apetito, me senté en la «Asociación». En primer lugar, porque había prometido a sus miembros hacerles una visita y, en segundo lugar, porque había periódicos de Israel.

Los leí sin saltarme ni una línea. Personas de las que me mantuve alejado mientras estuve allí y cuyos nombres aparecían en los periódicos, cobraban de pronto gran importancia para mí. Leía

con gran interés la noticia del viaje de tal o cual funcionario a Haifa o a Tal Yizreel. Leí discursos enteros de personas cuyo sólo saludo me aburría.

No cabe duda: en Israel pasan cosas importantes; pero cuando abro un periódico sólo encuentro cosas pequeñas, como el viaje de ese individuo a Haifa, a Tal Yizreel o a cualquier otro sitio. Dejo un periódico y cojo otro. ¿Qué dice el otro? Que el personaje en cuestión regresó de su viaje a Haifa o a Tal. Indudablemente, era necesario dar esta noticia, después de haber informado que había emprendido el viaje; pero si nunca se hubiese hablado de tal viaje, no habría

hecho falta mencionar el regreso.

De todos modos, también hay noticias más importantes; pero los periódicos acostumbran a silenciar lo importante y sólo hablan de lo que no lo es. Si uno no lee nunca el periódico, también puede enterarse oportunamente de cosas que preferiría ignorar.

Para hacer los honores a la nueva cerradura, se congregaron en el local la mayoría de los socios de la «Asociación». Se alegraron de verme allí sentado. En varias ocasiones me habían invitado a visitarles y a pronunciar una conferencia, cosa que yo había eludido hasta el momento, pues ¿qué va a decir a los demás un hombre

que no sabe ni qué decirse a sí mismo?

Antes de trasladarme a la tierra de Israel, había pronunciado conferencias, pero desde entonces procuraba evitar hablar en público. Me comparaba con el viejo rabino que durante toda su vida deseó haber rezado una oración con absoluta perfección; cuando llegó a la tierra de Israel vio las cosas con más claridad y desde entonces deseó poder decir bien aunque no fuese más que una sola palabra.

—¿Cómo puede ser que una persona que viene de la tierra de Israel no nos dé una conferencia? —se preguntaban.

—Precisamente por eso: porque todos los que de allí vienen dan

conferencias —les respondí—. Desde cierta ocasión..., si queréis oír la historia os la contaré. El mismo año en que llegué a Israel fue fundada una nueva colonia obrera. En la ceremonia de la colocación de la primera piedra se pronunciaron discursos. Había treinta y seis oradores. Quizás alguno tuviera algo nuevo que decir y cuando le llegaba el turno no lo recordaba y por eso repetía lo que acababa de decir su predecesor. Al final, me era imposible recordar algo de lo dicho; con su aparición, cada uno borraba las palabras del que le había precedido.

Cuando los de la «Asociación» comprendieron que no iba a darles

ninguna conferencia, me pidieron que les contara algo de la tierra de Israel.

—¡Vamos, hombre! ¿Habéis visto que un joven que quiere a una chica cuente cosas de ella a los demás? Si queréis, os hablaré de la primera «Asociación Sionista», que fue fundada en un tiempo en el que vuestros padres y yo éramos jóvenes.

El ideal sionista era muy elevado y estaba muy alejado de la acción. La conquista de las comunidades predicada por Nordau^[*] en los congresos no era viable en Szybuscz, cuyos ciudadanos no eran hostiles al sionismo. Al contrario, algunos venían a la «Asociación», a leer el periódico o a jugar al ajedrez. Una

vez al año, invitábamos a un conferenciante. Cuando no intervenían los socialistas para molestar, todo iba bien; pero cuando intervenían y molestaban, ya no iba tan bien. Organizamos también una fiesta macabra en Janukká, con discursos y declaraciones, y una niña recitó «Aún no se ha perdido la esperanza» y los periódicos hebreos hablaron de ello. Sé que lo que estoy diciendo no interesa más que a uno, al que habla y que lo cuenta más para sí que para los demás.

CAPÍTULO XXI

¿Qué está contando ése?

«¿Qué está contando ése?». Sí, en la «Asociación Sionista» no se producen cambios. Se juega al ajedrez, se habla de política y se debaten todos los temas; pero los temas en sí son intrascendentes, sobre todo para el que, como yo, sólo piensa en Israel y no concede ningún valor a lo que no guarda relación con la tierra de Israel.

Además de los jugadores de ajedrez y de los que hablan de política, están los

chistosos. La primera vez que oyes un chiste, te ríes, la segunda vez, sonrías, la tercera, te encoges de hombros y a la cuarta te aburres. Es un hecho que conocemos todos, menos los chistosos. Y así repiten el chiste una vez y otra y otra.

Entonces, ¿quién te manda ir a la «Asociación»? Nada te impide volver a la sinagoga. Mientras estudiabas para ti o con el propósito de labrarte una reputación, frecuentabas con gusto la sinagoga; pero desde que no estudias con un propósito concreto, los libros no parecen ya los mismos ni hallas en ellos ninguna satisfacción. Tal vez sigan siendo los mismos; pero guardas sus

palabras para tiempos venideros.

Hay en la sinagoga, además de los libros, unos cuantos habituales que, sentados ante un libro abierto, hablan entre sí. «De la discusión nace la luz»; pero éstos discuten sobre el alza en el precio de la carne o sobre la pugna entre carniceros y matarifes, y como yo soy medio vegetariano, no consigo interesarme por sus problemas. ¿Qué podría ocurrir si no se comiera carne ni se sacrificara una sola res? El que yo fuera vegetariano constituía una gran preocupación para mis padres; pero, entre nosotros sea dicho, tampoco en este mundo encuentra su Creador muchas satisfacciones.

En resumen, mires donde mires encuentras insipidez y aburrimiento. Sin querer, vuelves a casa de tus padres. La madre está guisando patatas para la comida. Te parece que el mes *Tishrí* está a punto de terminar y ha llegado ya el otoño; cae una lluvia fina y borrosas figuras de mujer arrancan patatas de la tierra blanda y mojada. El corazón se te queda aterido de frío y te sientes abandonado. Entrás en otra habitación y encuentras en ella a tu hermana, con sus compañeras de colegio, haciendo los deberes. Siete veces metieron ya la pluma en el tintero, pero su cuaderno aún está en blanco. Y es que para escribir se necesita hacer algo más que

mojar la pluma. Para llevar algo al papel hay que esforzarse un poco más. Muerden el portaplumas, o lo agitan para espantar las moscas. Y como la pluma está bien empapada en tinta, llenan de salpicaduras los vestidos y cuadernos. Las manchas del vestido pueden lavarse, pero una mancha en el cuaderno es una gran desgracia, pues la maestra llama *jidek*, pequeño judío, a un borrón, y esto las abochorna. En seguida se echan a llorar y sus gritos llenan la casa y tú no puedes concentrar tus pensamientos ni en las cosas más simples, por ejemplo, por qué se te ha parado en la nariz esa mosca. A la misma hora, el hermanito pequeño está

sentado a la puerta de la casa, golpeando con un martillo. La madre le ha dejado partir nueces para hacer un pastel y ahora que ha terminado con las nueces está dando martillazos a todo lo que ve. Y como resulta aburrido golpear las cosas sin ton ni son, amenaza a la hermana pequeña con darle un martillazo en la nariz, y ella, que todo lo cree, se echa a llorar.

De pronto, entra una vecina a pedir o devolver un puchero. A las vecinas les cuesta trabajo quedarse en casa, de manera que aprovechan cualquier pretexto para hacer una visita.

Nuestra madre no tiene costumbre de ir a otras casas, pero si llama una vecina

la recibe amablemente y le da a probar el guiso o el pastel que esté preparando. Yo aprecio a nuestras vecinas; pero no soporto sus exageraciones. Ponen por las nubes todo lo que se les da a probar, como si procediera de la mesa del mismo emperador.

Mientras la vecina está en casa, aparece su marido. Siete años pasó sin ella; pero si está en nuestra casa de visita, él coge una silla, se sienta y se pone a contarnos cosas que ya sabemos hace tiempo o que no nos importan en absoluto. Me subleva mi madre, que escucha amablemente cosas que ha oído referir más de cien veces. De pronto, sin venir a cuento, el hombre pregunta:

—¿A qué hora vuelve el padre?

Así, casualmente; pero en realidad quiere hablar con él a propósito de un préstamo o para que le avale una letra de cambio. ¿Por qué no ha ido a verle al despacho? Tiene buenas razones para no hacerlo, pues en el despacho rigen las normas del negocio y mi padre se hubiera negado. Pero en su casa no puede negarle un favor a un hombre que va a verle en plan de amigo.

Muchos vienen a pedir cartas de recomendación para nuestro pariente de Viena. Nuestro pariente de Viena es profesor de la Universidad y tiene el título de consejero áulico. Los de la ciudad lo toman por una especie de

consejero del emperador, quien no toma ninguna decisión sin consultar antes con él. Por ello, en Szybuscz lo creen poco menos que un ministro imperial y todos recurren a él para que los saque de apuros. Cuando sus amigos perdían el tiempo en toda clase de ocupaciones inútiles, él leía y estudiaba; ahora que ha conquistado renombre mundial todos aquellos cabezas huecas van a pedirle favores. Los tontos odian el estudio y a los estudiosos, pero en cuanto alguien se hace famoso por su saber, todos van a robarle el tiempo con sus tonterías.

El padre vuelve a casa con gesto de cansancio y preocupación. No ha perdido barcos en alta mar ni ciudades

en tierra firme; pero los esfuerzos por mantener a la familia y educar a los hijos van minando sus energías. Muchas eran las esperanzas que mi padre había cifrado en mí y ninguna llegó a realizarse. Yo me dispongo a partir hacia la tierra de Israel. ¿Qué significa eso de «partir hacia Israel»? Desde la fundación de Szybuscz, ningún joven ha marchado a Israel. Y, cuando esté en Israel, ¿qué hará? Mil veces han hablado padre e hijo, pero no ha servido de nada. Ahora el padre calla y su silencio es más difícil de resistir que sus discursos. Sus ojos, en los que brilla la luz de la sabiduría, están llenos de dolor. Y este dolor se transmite a la

madre y de la madre a mí mismo y con fuerza redoblada. A nadie le gusta hablar de sus penas, y menos aún el que se dispone a partir hacia Israel.

Con su sabiduría, su prudencia y sus excelentes cualidades, el padre hubiera podido encontrar un medio de vida como rabino en cualquier gran ciudad. Pero los grandes comerciantes que cuando era un muchacho veía acudir al rabino, su maestro, para exponerles sus pleitos, le deslumbraron con las fantásticas sumas que percibían de los ricos y sintió el deseo de ser como ellos. Lo que entonces abandonó se perdió para siempre y nunca llegó a alcanzar lo que había soñado. Ahora era

un comerciante que dependía de los clientes; si los clientes compraban, bien; si no compraban, mal.

Por eso, el padre, que hubiera debido ser rabino y renunció a ello, esperaba que lo fuera su hijo. El Altísimo, alabado sea, ha dado a sus criaturas la oportunidad de que los hijos reparen los errores de sus padres.

Pero no todos los hijos pueden repararlos. Para hallar un ejemplo, no tengo que buscar mucho; me basta con citar mi propio caso.

No sé de qué puede servir a nadie todo esto; pero me presionabais y he tenido que contároslo.

Cuando me marchaba, uno de

aquellos muchachos se acercó a mí y me reprochó mi trato con Yerujam Freier, al que tachó de comunista y de enemigo del sionismo. Tengo que reconocer que Yerujam me es más simpático que este sujeto, a pesar de que Yerujam no es sionista y éste sí. También otros me habían señalado ya que no estaba bien visto que me parase a hablar con Yerujam en la plaza del Mercado, ya que él era considerado comunista y yo, como forastero, estaba expuesto a que se me expulsara de la ciudad.

Medité sobre el aviso y me pregunté si sería posible que yo, que había nacido y pasado gran parte de mi juventud en aquella ciudad, tuviera que oír a un

funcionario, que no había nacido en ella ni hecho nada y que, además, vivía en ella, decirme:

—¡Largo de aquí! Tú eres hijo de otra tierra y no tienes ningún derecho a vivir entre nosotros.

Pensé en mis antepasados, cuyos restos descansaban en el cementerio de esta ciudad, pensé en mi abuelo, que en Gloria esté, quien durante treinta y nueve años se contó entre los ediles de la ciudad a la que sirvió sin percibir pago alguno; pensé en mi tío, que en paz descansa, que regalaba leña a los pobres; pensé en mi padre, de santa memoria, de quien la ciudad podía sentirse orgullosa, y en mis restantes

parientes, de los que la ciudad había recibido toda clase de favores. ¡Y ahora las autoridades que habían heredado todos estos beneficios me amenazaban con echarme! ¿Y qué pasaría con la llave que el cerrajero había prometido hacer para mí? ¿Debería dársela a Yerujam Freier y decirle: «Freier, hermano, hasta ahora yo guardé la vieja casa de enseñanza; desde este momento, guárdela usted»?

CAPÍTULO XXII

La otra llave

El cerrajero cumplió su palabra y me hizo la llave. Yo la cogí y le hablé así:

—Ayer sólo era un pedazo de hierro; pero el maestro ha fijado su mirada en ti y ahora eres un objeto útil. —Del mismo modo hablé conmigo mismo—: Ayer no eras más que un pedazo de carne; hoy se te abre la casa de enseñanza y vuelves a ser un hombre.

Me eché la llave al bolsillo y pensé:

«Desde ahora te guardaré bien para que tú me guardes». En la casa de enseñanza nada había cambiado; los mismos libros que había estado leyendo antes de perder la llave seguían encima de la mesa, como si esperasen mi vuelta. No quise defraudar su espera, de manera que en cuanto entré en ella me senté y me puse a estudiar.

¿Qué diferencia había entre el nuevo estudio y el anterior? Queridos hermanos, en ningún momento de la vida está el hombre en una situación mejor que cuando se encuentra en el seno de su madre, donde recibe la más completa enseñanza; pero cuando sale a la luz del mundo viene un ángel que, dándole un

golpe en la boca, le hace olvidar todo lo que aprendió. Muchas fueron las enseñanzas que recibió en aquel tiempo, pero el saber sólo proporciona satisfacción cuando uno se esfuerza por lograrlo. Como en el caso del hombre que había perdido una llave y luego la recupera.

Mientras estoy estudiando, todo va bien; si interrumpo el estudio, no tanto. Si me apuras, también mientras estudio siento molestias, en la mano, en la pierna y en todo el cuerpo. Y es que entre una y otra llave el Santísimo, alabado sea, ha enfriado a su mundo, enviándonos el invierno.

Una vez leí esta frase: «El aire del

exterior no puedes cambiarlo; el de la casa, sí». Se refiere a cosas del espíritu; pero yo interpreté ahora la frase en su sentido más simple: no puedo calentar el aire del exterior, pero sí el de la casa de enseñanza.

Me acerqué a la estufa y la abrí. Por la chimenea se coló una ráfaga de aire helado. «Echaré dos o tres leños que al arder pondrán en fuga al viento».

Fui a la leñera y no encontré ni una astilla. Hacía muchos años que no entraba leña en la sinagoga. Recordé el día en que queríamos encender el fuego y no teníamos madera; entonces cogimos el pupitre de un miembro de la comunidad que había retirado su

contribución para leña, lo partimos y lo echamos a la estufa. Los escasos pupitres que quedaban en la casa no advirtieron mis pensamientos. De todos modos, les prometí: «No temáis, no os haré nada. Al contrario, me alegra que estéis ahí. Sentado ante vosotros estudié y debajo de vosotros escondí los libracos que me distraían del estudio. Si pudiera quemar el espacio vacío y preservaros a vosotros, lo haría. Y aunque no sea posible quemar el vacío y preservaros a vosotros, no pienso tocaros».

Hablé de mi necesidad con el hostelero. Su mujer dijo:

—¡Ojalá todos los males tuvieran

tan fácil remedio! No tiene más que ir a casa de Daniel Bach y encargarle la leña.

En casa de Daniel Bach encontré precisamente a Janok, con su caballo y su carro.

—¡Lleva una carga de leña a la sinagoga vieja! —le dijo Daniel Bach.

Janok cogió un haz de leña, lo cargó en el carro, convenció a su caballo con buenas palabras para que arrancara y le ayudó a hacerlo. Y los tres, Janok, el caballo y el carro, se dirigieron a la vieja sinagoga.

El carro de Janok es pequeño, y el caballo, débil. En realidad, sólo sirven para transportar cosas ligeras a los

pueblos de los alrededores y traerse de allí un pollo o algún que otro huevo; pero, por consideración a Janok, llamamos «carro» a su carro y «caballo» a su caballo.

Janok descargó la leña y la entró en la casa. Quería encender el fuego él mismo, pero yo le dije:

—Janok, antes de que se caliente la estufa se habrá enfriado tu caballo. Vuelve a tu trabajo y deja que yo encienda el fuego.

Le pagué el viaje y me despedí de él.

En cuanto encendí la estufa, la casa se llenó de humo. En primer lugar, porque yo no estaba acostumbrado a

aquel trabajo, y, en segundo lugar, porque hacía años que la estufa no se calentaba. Me dolían los brazos y me sentía ya al borde de la desesperación cuando la estufa se apiadó de este pobre hombre y, por fin, empezó a calentarse y, con ella, se calentó toda la sinagoga. Ahora fue grande la alegría y sin temor a exagerar puedo decir que hasta las paredes se pusieron a sudar de gozo.

Aquel día me quedé hasta muy tarde, pues fuera hacía frío y dentro reinaba un calorcillo muy agradable, de modo que preferí permanecer en la sinagoga, en lugar de andar paseando por ahí.

Cuando se terminó la leña, pedí más. A partir de entonces, cada tres o cuatro

días Janok me llevaba una carga de leña. Es un hombre de pequeña estatura, su caballo es pequeño y pequeño es su carro, y los tres, a pesar de ser pequeños, tienen que sostener una casa. Recorren todos los pueblos de los alrededores vendiendo pequeñas mercancías a los cristianos. Y éste es uno de los prodigios del Señor, alabado sea, que hace que sus criaturas puedan ganarse el sustento aun con medios insignificantes.

Janok, por su parte, vive feliz y hace que su caballo viva feliz por la suya: antes de comer él, alimenta a su caballo. El caballo no pide leche de gallina y Janok le da lo que más le gusta. Así que

los dos se quieren y se ayudan. Cuando Janok está cansado, el caballo tira del carro; cuando está cansado el caballo, tira del carro Janok, y cuando está cansado el carro, tiran de él los dos juntos.

—¿Tienes lo suficiente para vivir?
—pregunté un día a Janok.

—¡Alabado sea Dios! —me respondió—. Más de lo que nos corresponde. Si más nos tocara, más nos daría el Señor, alabado sea.

—¿Y no crees que quizá te toque un poco más de lo que ahora tienes?

—Puesto que el Señor no me lo da...

—Si tuvieras un carro más grande

podrías ganar más.

—Aunque Él me lo concediera, sus enviados se quedarían con la dádiva.

—¿No confías en los hombres?

—Nunca se me ha ocurrido pensar en ello —dijo Janok.

—Eso significa que dices las cosas sin pensarlas antes.

—Yo no pienso las cosas. Mis labios dicen sólo lo que el Señor pone en ellos.

«Quizá deba dar a Janok lo suficiente para que pueda cambiar su carro y su caballo por otro mejor y obtener con ello mayores ganancias», pensé. Metí rápidamente la mano en el bolsillo, saqué el portamonedas y le

dije:

—Janok, aquí tienes, por tus servicios.

Al principio, quería darle todo lo que llevaba en el portamonedas; pero cuando lo hube sacado, lo pensé mejor y le di lo justo. El Altísimo, alabado sea, quería dar a Janok todo el contenido del portamonedas, pero su enviado se quedó con la dádiva.

Janok es hombre de cortos alcances. Sin embargo, hablo con él de cosas elevadas y trato de explicárselas. Y lo que no comprende se lo explico con ejemplos. Ni siquiera entonces llega hasta el fondo de mis pensamientos, pues para eso se necesita imaginación.

—¿Sabes lo que es imaginación, Janok?

—No, señor.

—Siéntate. Voy a explicártelo. La imaginación es lo que hace existir todo lo que hay en el mundo: tú, yo, tu caballo, tu carro... ¿que cómo es posible? Tú viajas de un lado a otro porque imaginas que allí encontrarás tu sustento. Lo mismo hace tu caballo y también tu carro. Si no tuvierais imaginación, no saldríais. Por eso te digo que si la gente no tuviera imaginación el mundo no existiría. Bienaventurados aquéllos a los que la imaginación les sirve para sostener su casa, y desgraciado el que se siente

impulsado por ella a cometer desatinos. Por ejemplo, la gente que hace teatro. Una vez fui a un teatro en el que se representaba no sé qué comedia. «A juzgar por los comienzos, me imagino cuál va a ser el desenlace», le dije a mi vecino. Y así fue, tal como yo había previsto, mediante una simple deducción. De haber estado dotado de una fuerza imaginativa superior, tal vez me hubiese equivocado, ya que la mayoría de las obras de teatro son fruto de una imaginación muy simple.

»Ya veo, Janok, que tú no sabes qué es un teatro. Voy a decírtelo: un teatro es una casa a la que van los que viven en la ciudad. ¿Por qué van a esa casa,

teniendo la suya propia? A veces, uno se cansa de su casa y entonces se va a otra. En la otra casa, el teatro, ocurre lo siguiente: aparecen unos hombres y unas mujeres que nunca supieron lo que es una casa particular, pero que hacen como si lo supieran y muestran a los ciudadanos lo que ocurre en ella. Y los ciudadanos, al verlo, se divierten, aplauden y dicen: “¡Formidable! ¡Formidable!”, a pesar de que deberían saber que no es formidable porque no es verdad. Pero existen dos bandos y cada uno cree que lo que los actores representan se refiere al otro. Sólo piensa de modo distinto aquel que conoce una y otra casa.

Pero dejemos el teatro y las comedias y hablemos de otra cosa. Un día le dije a Janok en qué año había nacido; él no sabía que puede determinar uno el año de su nacimiento por el nombre de un religioso judío.

—Tú te llamas Janok en memoria de Rabbí Janok Aleshek^[*]. Si hubieras nacido un año antes o un año después de su muerte, se te hubiese puesto el nombre de otro piadoso judío muerto en el mismo año de tu nacimiento.

Del mismo modo, descubrí cómo debía llamarse su caballo. El animal, al que Janok llama «Mi derecha» y los niños «Yegua del Faraón», no se llama así; se llama *Enok*, pues Enok es un

derivado de Janok, menos digno, como para uso diario, y como no se puede dar a una bestia un nombre hebreo santificado, por eso le llamo *Enok*.

Se impone ahora averiguar el nombre del carro.

—No puede llamársele coche; en primer lugar, porque los coches suelen ser tirados por muchos caballos. En segundo lugar, dice el Aggeo: «Y volcaré sus coches y caballos^[3]». Eres un hombre diestro, Janok; merecerías ser pastor. El pastor conduce su rebaño o se sienta junto a él y entona salmos, como hacía el rey David, que en paz descansa, y toda la tierra se ofrece ante él, Este y Oeste, Norte y Sur. Si quieres, te sientas

junto al arroyo y dices: «Me brinda verdes praderas y me lleva a aguas tranquilas», o te subes a una montaña y dices: «La montaña hace crecer la hierba y da alimento a los animales». Quizá tengas miedo de las bandas de ladrones. No temas. Oye esta historia. Un niño subió a apacentar su cordero a la cima del monte Efraim. Vino un árabe, robó el cordero y lo mató. El niño se echó a llorar. Vino un pastor e instruyó al árabe en los «Proverbios de la Ley». El árabe se fue y volvió con cuatro corderos, que entregó al padre del niño a cambio del que había robado. El padre del muchacho preguntó entonces al árabe: «¿Y esto por qué?». El árabe le

respondió: «Yo robé y maté al cordero de tu hijo, y uno de vuestros pastores, uno de los hijos de Moisés, me mandó que en penitencia restituyera cuatro veces lo robado». Cuando se enteraron en el pueblo todos acudieron al pastor de la montaña y le dijeron: «Señor, hijo de Moisés, nuestro maestro, día tras día se nos roba y se nos mata. Ven a proteger a tu rebaño». Él les respondió: «Esperad un poco a que se disipe la ira». Hay que esperar un tiempo, hasta que se haya disipado la ira del Señor, bendito sea, y nos permita volver a la tierra de Israel y podamos esperar de su misericordia que nos proteja como el pastor a su rebaño.

Desde que conozco a Janok, nunca le había visto tan contento como cuando le conté la historia del pastor. Y, para aumentar su alegría, sigo hablándole de las montañas de la tierra de Israel, que se llenan de oro al atardecer, del azul celeste de sus valles, y sus llanos, del sol, que envuelve a los hombres como un manto, y de la lluvia que el Señor envía al pueblo de Israel cuando éste obra de acuerdo con sus Divinos Mandamientos, y de la que cada uno de sus hijos recibe la medida de un baño completo. Y si cae algo de nieve, en seguida el Señor, bendito sea, envía el sol y la funde. Y es que la tierra de Israel no es como la de otros pueblos, en

la que la nieve cae sin cesar y el sol esconde su faz y no sale nunca y uno queda sepultado por la nieve y no contesta a las llamadas de su mujer y de sus hijos. ¿Y dónde está el sol? ¿No tendrá compasión de un pobre judío? A estas horas estará muy ocupado haciendo madurar las naranjas en la tierra de Israel; por eso, no puede hacer visitas a la Diáspora.

Da gusto hablar con Janok. Pero mucho cuidado: a poco que te descuides, te tomará por un profeta.

Se lo he reprochado ya varias veces y le he explicado que un profeta nada sabe por sí mismo y que únicamente es el enviado del Padre Eterno, que no

quita ni añade nada a su mensaje y que pierde su facultad de profetizar el mismo día en que termina lo que tenía que anunciar. Fue así cómo retrocedí hasta el principio y le expliqué la diferencia entre imaginación y realidad. Realidad: penalidades sin boda. Imaginación: boda sin penalidades.

Después de darle todas estas explicaciones le dejé marchar. En primer lugar, para no cansarle excesivamente con palabras y, en segundo lugar, porque su caballo necesitaba ejercicio. Cuando salía, le dije que trajera más leña. Y es que son tan grandes nuestros pecados que hemos sido expulsados de nuestra tierra y no

podemos soportar el frío.

CAPÍTULO XXIII

Todos los que vienen a la casa de enseñanza

Janok, que hace su trabajo como buenamente puede, es formal y cumplidor. Cada tres o cuatro días, trae una carga de leña a la casa de enseñanza. Yo la coloco cuidadosamente detrás de la estufa. La leña es todo el adorno de una estufa. Y yo me agacho ante la estufa y enciendo el fuego.

Las llamas crecen, la leña cruje, gotas de resina chorrean de los troncos y

el fuego las convierte en burbujas. A veces, aparece un gusano en un leño y arde con él. Yo digo al gusano:

—A lo mejor te gustaría más arder en la estufa del fraile.

Él se retuerce y no me contesta. Y puesto que no contesta, no le hablo más. No es que me considere demasiado alto para él; pero un gusano que se retuerce por ser quemado en la sinagoga no merece que se hable con él.

¿Quién reveló a la gente el secreto de que en la vieja casa de enseñanza se enciende el fuego? Fueron los plumíferos habitantes de las alturas. Durante mucho tiempo, nadie se acordó de la vieja casa. Un buen día, un pajarito

bajó del cielo y se posó en el tejado, notó que la chimenea estaba caliente y llamó a su esposa y a sus hijos. Todos acudieron y se posaron alrededor de la chimenea. Los vecinos, al verlos allí, fueron a hacerles una visita. En un momento, la chimenea quedó rodeada de pájaros.

Una mujer levantó la mirada y dijo a otra:

—Beste, ¿por qué se habrán reunido aquí todos esos pájaros? Fíjate, está saliendo humo por la chimenea de la casa de enseñanza.

—Me han dicho que el hombre de Jerusalén enciende la estufa — respondió la otra.

—Voy a decírselo a mi marido —
dijo la primera.

—Díselo, sí. Yo no tengo a quien
decírselo, ya que mi marido murió en la
guerra.

La mujer se lo dijo a su marido. Él
fue a la casa de enseñanza y la encontró
caliente, pues la estufa estaba
encendida. Extendió las manos y dijo:

—Hace revivir.

Cuando se hubo calentado las
manos, los pies y, finalmente, todo el
cuerpo, cogió un libro, se sentó y estuvo
leyendo hasta que se le cerraron los ojos
y empezó a dar cabezadas. Al despertar,
murmuró:

—Un paraíso, un paraíso.

Probablemente, en sueños había visto el Paraíso, donde los justos leen la Torá, y el Paraíso se parecía a nuestra casa de enseñanza.

«¿Qué le faltaba a este hombre? — pensé—. Un poco de calor, una lectura, un sueñecito de color rosa». No soy de los que discuten con su Creador; no obstante, pensé: «Señor de los Cielos, a Ti, que creaste el mundo y lo sostienes en tus manos, ¿tanto ha de costarte otorgar un pequeño placer a los hijos de tus sumisos adoradores?».

Al día siguiente, volvió el hombre. Pero al entrar no fue directamente a la estufa, sino que primero cogió un libro. Los hijos de Israel no son

desagradecidos. Si el Altísimo, alabado sea, les da aunque no sea más que un poco de lo que ellos necesitan, ellos, por su parte, le dan inmediatamente lo que Él quiere. Sí, incluso se adelantan a Sus deseos.

Al poco rato entró otro hombre, e hizo lo mismo que había hecho el primero.

Me levanté, eché leña a la estufa y dije así a los leños: «No seáis vagos y haced lo que se os pide. La gente se alegra cuando trabajáis bien».

Se sientan los dos hombres, uno al lado del otro, cada uno con un libro. Para poder juzgar la alegría que ello les causa, leen las Leyes. Desde la

destrucción del Templo, el Altísimo, alabado sea, cuenta tan sólo con cuatro varas de preceptos de la Ley en este mundo. Bienaventurados los que lo estudiáis según Leyes, ya que con vuestro estudio ensancháis el mundo del Santísimo.

El fuego ruge en la estufa y los lectores bisbisean. La gran montaña que se levanta detrás de la sinagoga proyecta una sombra cada vez más alargada hasta que, finalmente, cubre la luz del día. Sobre las ventanas de la casa se extiende como un velo. Mis dos invitados se levantaron, se acercaron a la pila, se lavaron las manos y rezaron la oración de la tarde. Yo me levanté y

encendí una lámpara.

—¡Luz! —dijo uno de ellos, con gesto de aprobación.

—¡Luz para los judíos! —dijo el otro.

La mecha iba consumiendo el petróleo, y el fuego, la mecha. Mis invitados cerraron sus libros y se pusieron en pie. Acariciaron la estufa, besaron la *mezuzá*^[*] de la entrada y, lentamente, salieron de la casa de enseñanza. Yo cerré la puerta y regresé al hotel.

Por el camino, me decía: «Si hay calor para el cuerpo, ¿por qué no ha de haber luz para los ojos?». Al día siguiente, cuando Janok trajo la leña, le

dije:

—Toma este dinero y trae petróleo y velas, para que podamos llenar las lámparas y encender dos o tres velas. ¿No se ha dicho: «En el saber está la luz»?

Janok volvió con una lata de petróleo y una libra de velas.

—¿En qué estabas pensando al comprar esas velas tan delgadas, Janok? Para los no judíos que no tienen que estudiar la Ley bastan las velas pequeñas; pero los judíos estudian la Torá y necesitan velas gruesas. Si hubiera estado presente en la Creación, hubiese rogado al Altísimo, alabado sea, que colgara el sol, la luna y las estrellas

en la sinagoga.

Llené las lámparas de petróleo y puse dos velas en los candelabros del pupitre del recitador, y acudieron a mi mente multitud de pensamientos sobre el sol de los cielos, la estufa de nuestra vieja sinagoga, las velas y las estrellas.

—Todo lo que el Altísimo, alabado sea, hizo en su mundo lo hizo bien — dije a Janok—. Cuando terminó su obra fijó su atención en el hombre y le proveyó de cosas según el modelo de las de arriba. Si había creado un sol para que calentara durante el verano, concedió a los hombres la estufa para que los protegiera del frío; si colgó del cielo luna y estrellas para que

iluminaran la noche, otorgó a los hombres velas y lámparas para que se alumbraran dentro de la casa.

Janok tendió el oído para seguir escuchando, y también yo deseaba seguir alabando al Padre Eterno, pero alguien entró en aquel momento y me interrumpió.

Interrumpamos, pues, las alabanzas dedicadas al Padre Eterno y observemos los actos de sus criaturas. El recién llegado, llamado Leví, no cogió libro alguno, como hicieran Rubén y Simón, ni contribuyó a engrandecer el mundo del Santísimo, alabado sea, sino que se acercó a la estufa, aspirando grandes bocanadas de aire. «Esta casa está

caliente y bien iluminada —pensó seguramente—, y la mía, con la mujer y los niños enfermos, está fría y oscura».

Al día siguiente, vinieron Judá, Issacar y Zabulón. Judá e Issacar cogieron sendos libros y se pusieron a leer. Zabulón se acercó a la estufa y no cogió ningún libro ni alargó lo más mínimo las cuatro varas del Santísimo, alabado sea; pero, por lo visto, le complacía ver estudiar a sus hermanos.

Veamos ahora lo que hizo Dan: no sólo entró en la sinagoga como un rústico, cargado con toda clase de cacharros, sino que utilizó para sus fines particulares lo que debía servir para la sinagoga. Después de calentarse, llenó

los cacharros de brasas, para llevárselas a su mujer, que tenía los dedos helados de estar en el mercado.

No tardaron en llegar todos los hijos de Jacob: José, Benjamín, Neftalí, Gad y Asher, judíos de nuestra ciudad a los que, por su buena conducta, he puesto estos hermosos nombres, aunque los que poseen en realidad son bastante feos, a saber: Schimke, Joschke, Weftsche, Godjik y otros por el estilo.

Queridos hermanos, si ello ha de ser para vosotros una buena noticia, os diré que aquí rezamos en comunidad todos los días. Si encuentras un lugar en el que hay unos cuantos judíos contentos, puedes estar seguro de que no tardarán

en unírseles más judíos. Y cuando se reúnen diez, rezan en comunidad y con un recitador. Yo no acostumbro a asumir este papel, en primer lugar porque en parte me he habituado al modo de orar que rige en Israel, que aquí no se usa, y a mí no me gusta cambiar continuamente mi versión y, en segundo lugar, porque la mayoría de los orantes están de luto. ¡Dios Misericordioso nos libre de él!

Detengámonos un momento en el elogio de los rezos de Israel. Permanecen horas y horas sentados uno junto a otro, estudiando la Ley. Cuando llega la hora de la oración de la tarde, dejan los libros, se lavan las manos, dicen el fragmento de los sahumeros,

encienden una vela sobre el pupitre y rezan: «Salve», «*Qaddish*», «Oración decimoctava», etcétera. Antes, el Señor, alabado sea, les ha hablado a través de su doctrina; ahora ellos le hablan a Él con la oración.

A veces, viene del mercado un judío, se calienta las manos, se inclina y reza «Salve». Su voz es débil. A una boca que durante todo el día ha estado hablando la lengua de los extranjeros no le resulta fácil pronunciar las palabras judías; por eso a veces se atasca en la oración. Además, le remuerde la conciencia, pues ha estado todo el día en el mercado y no ha ganado ni para cubrir sus gastos y ahora ha abandonado su

puesto para rezar la oración de la tarde, y si en estos momentos pasara un grupo que pudiera darle a ganar unos céntimos él no estaría allí, pues ha abandonado su mercancía para ir a rezar.

Después de la oración, no sale nadie de la sinagoga sin antes leer un pasaje de la Mishná^[*], «La fuente de Jacob» o «La mesa preparada». Y el que no lee las Leyes o la Haggadá^[*], lee un capítulo de la Torá de Moisés o entona salmos. A veces, se levanta uno y hace una exposición de la doctrina o saca una deducción de un verso de la Torá. Entre nosotros, lo que allí se dice no hace precisamente temblar las piedras. De todos modos, ello hace que se advierta

en el lugar un efluvio de la Torá, aunque haya dejado ya de presidirlo. A veces, se habla también de las cosas del mundo. Es cierto que se ha dicho que en las casas de oración y enseñanza no deben decirse palabras ociosas; pero la mayoría no toman eso al pie de la letra y menos que nunca en estos tiempos, en los que el corazón del hombre está acongojado y pide distracción.

Antes, yo creí que por la forma de hablar de una persona podía adivinarse su historia. Desde que me he dado cuenta de que los hombres que fueron heridos en la guerra hablan de los sufrimientos pasados durante los pogroms, y los que padecieron los

pogroms hablan de las penalidades de la guerra, he comprendido que aquello que un hombre ha sufrido y aquello de lo que habla son dos cosas distintas. Una vez, a uno que había resultado herido en la guerra y había sido víctima de un pogrom le pregunté por qué no hablaba nunca de ninguna de las dos cosas.

—Uno habla de sus penas cuando ya pasaron —me respondió—, y yo todavía las estoy sufriendo. Y si ello le interesa, le diré que la preocupación por la subsistencia causa heridas más profundas que la guerra y los pogroms juntos. Cuando puedo llevar a mi mujer dos medidas de cebada, ello supone una victoria más grande que todas las que

haya podido conseguir el emperador en sus batallas.

Cuando no se menciona la guerra ni los pogroms, se habla, eso sí, de hazañas de aquella época; por ejemplo, del hombre que logró descabezar un sueñecito en lo más reñido de una batalla, o del que consiguió llevar un jarro de leche al bebé cuya madre había sido alcanzada por una bala mientras lo amamantaba.

Un día, mientras así charlábamos, entró en la sinagoga un hombre que se acercó a la estufa y llenó de brasas un cubo que llevaba. Antes de que éste se fuera, entró otro e hizo lo mismo. Los que estaban en la sinagoga se indignaron

y dijeron:

—En la oración de la «Mesa preparada» se dice bien claro que nadie debe cubrir sus necesidades materiales con las cosas del Señor.

Me aconsejaron que pusiera un candado en la estufa, o muy pronto no quedaría lumbre en la sinagoga; pues todos los haraganes del mercado estaban medio muertos de frío, y si yo no mandaba poner un candado era como si les invitara a entrar y servirse carbón.

—No cuesta mucho hacer un candado —respondí—; pero me da miedo perder la llave como perdí la llave de la sinagoga y entonces yo también pasaría frío. Y mientras

mandaba hacer otra llave pasarían los días fríos y nadie necesitaría mis brasas, de modo que habría hecho de villano para nada.

Como los clientes eran cada día más numerosos, mandé a Janok que trajera una carga de leña todos los días. Si en la estufa falta fuego, echo más leña. Ahora no tengo tiempo en fijarme en los gusanos, pues la tarea de calentar a los habitantes de Szybuszcz me tiene muy ocupado.

Desde que tengo uso de razón, aborrezco las formas compuestas por elementos diversos y que no encajan entre sí; no me gusta el cuadro cuyas partes, por separado, se ajustan a la

realidad, pero cuya composición es irreal y fruto de la fantasía del pintor; y menos aún las definiciones que, de cosas concretas, pasan a algo abstracto, es decir, como cuando se comparan los estados del alma con los del cuerpo, por ejemplo, como los que pretenden encontrar un simbolismo en el verso: «No degeneréis ni os creéis un ídolo». Por eso me sorprendí a mí mismo cuando empecé a pensar en estos términos: Aquí tenemos un buen símbolo, un hombre que partió de Israel para llevar calor a los hijos de la Diáspora.

Además de Rubén, Simón, Leví y Judá, que pasan en la sinagoga la mayor

parte de su tiempo, encontrarás también allí a Ignaz, que no va a calentarse y mucho menos a orar o a estudiar. Dudo mucho que conozca siquiera la oración «Escucha, Israel». Cuando niño, era chico de recados y no asistía a la escuela judía; cuando se hizo mayor, pasaba el tiempo callejeando, hasta que llegó la guerra y lo convirtieron en soldado. Cuando volvió, se hizo mendigo. Y ahora va a la sinagoga a pedirme una limosna, pues desde que encendemos el fuego paso poco tiempo en la calle y él entra a cobrar.

En honor mío, Ignaz ha corregido su lenguaje y, además, pide la limosna en la lengua de la Biblia: «*Maos*», esto es:

dinero, dice con su voz nasal. Y cuando me tiende la mano ya no me mira. Ignaz sabe que no tiene que enseñarme su mutilación para que yo le dé limosna. Desde el día en que Dolik le ofreció un vaso de licor, para que lo bebiera «por la nariz» y yo reprendí a Dolik diciendo: «¿Cómo puede el hijo de madre judía ser tan cruel?», desde aquel día Ignaz me lleva en su corazón y le he oído decir que no tomaría mi dinero si no le hiciera tanta falta. Otra vez dijo que aunque él no quisiera tomarlo yo se lo daría a pesar suyo, porque yo era un hombre compasivo, de buen corazón, un hombre que no podía ver la desgracia de sus semejantes y daba sin que se le

pidiera.

Ignaz es flaco y derecho, su cara es lisa, sin más protuberancia que el bigote, muy tieso bajo el agujero donde antes estuvo la nariz. Tiene el pecho lleno de cruces, unas conseguidas por méritos propios y otras arrancadas a los camaradas muertos. Antes de la guerra hacía de mozo de cuadra, acompañaba a los viajeros de un coche a otro o hacía de intermediario en negocios inmorales, aunque para esto último nadie hubiera echado de menos sus servicios, pues nunca faltan recaderos a las puertas de las casas de pensión, dispuestos a prestar ayuda en asuntos sucios, gentes para las que es más importante el

bienestar material que la salud del alma.

Los habitantes de Szybuszcz no están de acuerdo con el origen de Ignaz. Unos dicen que su madre era judía y su padre no. Hace más de cuarenta años, en un pueblo de las afueras de la ciudad ocurrió que, faltando gente para el rezo en comunidad, en las grandes solemnidades sus habitantes iban a orar a la ciudad. La víspera del Día de la Expiación, el posadero y su esposa se trasladaron a la ciudad, dejando en casa a una muchacha de la familia, que estaba enferma. Por la noche, la posada fue saqueada e incendiada por unos ladrones. Uno de ellos encontró a la muchacha escondida en el jardín y la

violó, y de ambos nació Ignaz. Otros afirman que padre y madre eran judíos, pero que el padre era un vago que se marchó con otra mujer, dejando a la suya encinta. Cuando nació Ignaz, su madre, para no tener que mantenerlo, huyó del pueblo, dejándolo abandonado junto a la pila de libros inservibles que había en el patio de la gran sinagoga. Allí lo encontró un cochero que no tenía hijos, en cuya casa vivió Ignaz hasta que estalló la guerra y se marchó al frente. Un trozo de metralla le destrozó la nariz y cuando, al terminarse la guerra volvió a Szybuscz, su mutilación lo colocó de inmediato en la primera fila de los mendigos. Es cierto que hay en nuestra

ciudad numerosos mendigos que tienen mutilaciones, pero ninguno de ellos se gana la vida tan bien como Ignaz. Y es que la humillación de Ignaz tiene algo especial que les falta a los demás: por ejemplo, si a un mendigo le faltan las manos, antes de que puedas decidir dónde le dejas la limosna ya se te ha olvidado que tenías intención de darle algo. O, por ejemplo, un mendigo cojo: antes de que puedas meter la mano en el bolsillo, ya has pasado, y como él no tiene piernas para seguirte, te distraes y no le das. Pero con Ignaz es distinto; él extiende la mano, corre detrás de ti y te mira con los tres agujeros de su cara, mientras te grita: «*Peniendze!*». Y tú le

das en seguida unos céntimos, con tal de que deje de mirarte. Pero es que, además, pide también en hebreo, y cuando te dice: «*Maos!*»), suena como si un pobre ratón se hubiera escondido en el hueco que le dejó la nariz.

Fue un gran gesto por mi parte defender al mendigo frente a Dolik. Pero mis palabras: —«¿Cómo puede un hijo de judía ser tan cruel?»— se volvieron contra mí y en mi caso comprendí que yo era tan cruel como el otro. La primera vez que Ignaz fue a pedir limosna a la casa de enseñanza, le invité a entrar, para que se calentara. Él me obedeció y entró. Después, cuando quise salir, no encontré mi abrigo. Al día siguiente, vi a

Ignaz envuelto en él. Yo le obligué a quitárselo. Entonces, volvió hacia mí su mirada y el agujero que tenía en lugar de la nariz, y me dijo:

—¿Cómo puede un hijo de madre judía ser tan cruel para con su hermano y obligarle a quitarse el abrigo en un día tan frío?

Y me recriminó con las mismas palabras que yo empleara para recriminar a Dolik.

CAPÍTULO XXIV

Tres interpretaciones

Volvamos a lo nuestro. En los días laborables se rezan en nuestra vieja casa de enseñanza tres oraciones, y el sábado, cuatro. ¿De cuál hablar primero? En opinión del hombre sencillo habría que hablar en primer lugar sobre los días laborables, pues son los que mantienen el cuerpo, pero según un modo de pensar más elevado hay que empezar por el sábado, pues es el que mantiene el alma. Sin embargo, como en

la Creación se empezó por los seis días de trabajo, nosotros empezaremos también por éstos.

En resumen: a diario rezamos tres oraciones en comunidad y el lunes y el jueves se saca un rollo de la Torá y se lee un pasaje. El recitador se levanta de su sitio, se acerca al arca, saca un rollo, se dirige al estrado, deja el rollo sobre la mesa, lo abre y dice: «Revélanos y muéstranos Su Reino en tiempo próximo, que nos otorgue a nosotros, los redimidos, el resto de Su Pueblo, la casa de Israel, por la Misericordia, la Benevolencia...», y a continuación lee un pasaje de la Torá. Y, antes de depositar el rollo en el armario, recita:

«Dígnate erigir la casa de nuestra vida...», «Que se levanten entre los sabios de Israel...», «Que oigamos buenas y consoladoras nuevas; y que Él reúna aquí a nuestros hermanos disgregados por todos los confines de la Tierra...», y a continuación reza: «Por nuestros hermanos, los hijos de Israel que padecen penalidades y cautiverio, ya sea en el mar o en tierra firme, que el Padre Eterno se apiade de ellos, los lleve de lo estrecho a lo ancho, de las tinieblas a la luz, de la esclavitud a la redención...».

Llegaban cartas de los hermanos nuestros que habían marchado de Szybuscz en las que cada palabra estaba

empapada en lágrimas y cada sílaba era un gemido de dolor. Al salir de Szybuszcz, pasaron días y días andando por los caminos, hasta que se les acabó el dinero y tuvieron que pedir limosna; pero en ésta la dádiva es pequeña, y la vergüenza, grande. Finalmente, subieron a un barco y el barco se hizo a la mar y el mar quiso tragárselo. Y es que el barco estaba podrido y no podía navegar. Se dice que el dueño del barco quería hundirlo adrede, para cobrar la prima del seguro y poder construir otro barco nuevo. Creo que se escribió algo sobre ese barco, aunque sin mencionar que el pasaje estaba compuesto por judíos. Por fin consiguieron escapar de

los peligros del mar y llegar a tierra firme... y en tierra firme naufragaron. De todas partes los echaban. Y cuando alguien importante se preocupaba por ellos y hablaba en su favor con algún ministro o jefe de Gobierno, los permitían quedarse un par de días, pero al fin los llevaban a otra ciudad y luego a otra y en todas ocurría igual. Todos los países eran un infierno para ellos, si bien en el infierno se castiga a los condenados durante la semana y el sábado se les deja en paz, pero allí no se les dejaba descansar nunca. Los condenados pueden salir del infierno si los judíos piadosos entregan limosnas en su nombre el Día de las Ánimas; pero

allí los martirizaban constantemente y cada día aumentaban sus sufrimientos. Durante la guerra, habían pasado muchas penalidades, pero en la guerra hay enemigos y amigos, y ahora todo el mundo era enemigo de ellos. Durante la guerra el emperador les daba de comer y ahora los reyes les dejaban morir de hambre.

Freide, la «emperatriz», vino a verme. Traía una carta de su hijo. Todos los que se la habían leído eran duros de corazón que no le habían ahorrado ningún reproche, hostigándole con hierros candentes. Pero, según Freide, yo tenía buen corazón y voz dulce y todavía se acordaba de cuando la

llamaba «Freide». Yo no sería duro con ella, yo le leería la carta de su hijo con cariño, no como los otros, que la enojaban con su lectura.

De la carta recuerdo sólo unas cuantas líneas: «Ni aunque me mataras podría decirte nada bueno, pues ni Dios ni los hombres me dan el menor reposo y todos me hacen olvidar que soy un ser humano. Y, ¡ay de mí!, aunque soy un hombre no hay nadie que me compadezca. Un perro tiene mejor suerte que yo, pues a los perros se les tiene compasión y a mí me echan de todas partes, infeliz de mí. Llegué a una ciudad en la que pensaba poder establecerme y, bien o mal, ganarme la

vida con mi trabajo y también mandarte algo a ti, madre sin hijos y sin consuelo. Pero también me echaron, diciéndome: “¡Fuera de aquí!”. Me fui a otra ciudad; pero tampoco allí encontré el descanso. Pues, nada más poner el pie en ella, empezaron a gritar contra mí, pisotearon mi honor y me dijeron: “¡Fuera de aquí!”. Esto es lo que le ocurre a un hombre que quiere comer un pedazo de pan, pues estando aún en el seno de su madre su Creador le reservó una vida de escarnio y humillación y, sin embargo, él no había pecado todavía contra su Dios. ¿Con qué debo compararme, madre? Soy como el polvo del camino, que el caminante se sacude de los pies. ¿No

sale el sol también para mí? ¿No brillan para mí las estrellas? Pero ¡ay, madre! ¿Por qué me diste la vida si había de ser la víctima de esa fiera de rapiña que es el hombre?».

Dejemos ahora a nuestros pobres hermanos y esperemos que el Padre Eterno se apiade de ellos, los conduzca del camino estrecho al camino ancho, de la oscuridad a la luz y se anuncie la buena nueva, pues donde grande es el mal, grande es la esperanza. Y ahora cantemos la alabanza del Sábado que el Señor nos regala.

No soy de aquéllos para quienes todos los días son sábado, sino que digo: desde la Creación hasta nuestros

días no hemos tenido un solo día de descanso. Después de la esclavitud a que nos redujeron los egipcios, adoramos el becerro de oro y fuimos sometidos por todos los reyes, tanto del Este como del Oeste. Estamos cansados de nuestra servidumbre. ¿Qué hay, pues, de malo en que deseemos un día de descanso?

Aquel primer sábado celebrado en comunidad en nuestra vieja casa de enseñanza se desarrolló así: la dueña del hotel regaló dos manteles y yo adquirí otro para la mesa en la que yo estudio. Cubrí las tres mesas con los manteles, encendí los dos candelabros y todas las velas y los que habían

empezado a frecuentar la sinagoga vinieron a rezar. Dicho sea entre nosotros, vinieron con sus ropas de diario, pues no poseen traje para el Sábado^[*]. Sin embargo, se advertía en ellos algo diferente, y el cambio se había producido la víspera del Sábado, al anochecer, ya que el hombre fue hecho la víspera del Sábado para que pueda entrar en el Sábado completamente limpio. Y, de no haber pecado, toda la vida habría sido Sábado para él. Por eso, cuando el Sábado se acerca, el alma se acuerda de aquel primer Sábado del Paraíso y se transforma para el Bien.

Uno de nuestros compañeros,

llamado Shelomó Shamir, recibió el Sábado con el modo de cantar habitual entre nosotros. Cuando entonó la bendición: «El que ha levantado sobre nosotros la cabaña de la paz...», pareció que era el Altísimo, con toda su Gloria, quien había levantado sobre nosotros la cabaña de su Paz. Pero la paz estaba todavía en una cabaña, una morada temporal; luego, cuando dijo: «Si los hijos de Israel observan el Sábado», fue como si con ello hicieran su entrada en una eterna morada, donde la paz fuese imperecedera. No exagero, pues, al decir que el Altísimo, alabado sea, ha concertado con Israel un eterno tratado de paz.

Shelomó Shamir, el recitador, era de oficio colchonero. Sabía leer la Torá y recitar las oraciones. Como recitador había obtenido una medalla al valor. Fue un día en que los soldados judíos se habían reunido para rezar las oraciones de una fiesta. El jefe del batallón que pasaba por allí oyó cantar a Shelomó.

—El cabo Shamir es un hombre muy inteligente —dijo el comandante a su ayudante de campo. Y concedió a Shelomó la medalla al valor.

Después de la oración, los asistentes se desearon mutuamente «un Sábado lleno de paz y bendiciones» y se fueron a sus casas. Yo también me fui a casa, es decir, a mi hotel. Pues mi casa es Israel

y mi hogar se halla a cientos de kilómetros de distancia de aquí. Yo estoy aquí tan sólo como huésped para una noche.

Al principio del libro hablé ya de la mesa de diario. Se impone, pues, hablar ahora de la mesa del Sábado.

El sábado por la noche nos sentamos a la mesa los tres: el hostelero, su mujer y yo, pues sus hijos van a comer cuando les parece. Y casi nunca se presentan cuando su padre bendice el vino y canta los cánticos del Sábado. Si hay en el hotel algún cliente que observa el Sábado, come con nosotros y decimos la oración de la mesa de tres; si no lo observa, Krolka le pone una mesa

aparte. Durante la semana, en que el hombre recibe su alimento con escasez, lucha por el pan de cada día y se somete a los que se lo dan; pero el Sábado, en que el Altísimo, alabado sea, salda las cuentas del Sábado, el hombre queda libre de la esclavitud de ganarse el pan, libre del yugo de los demás.

El hostelero no acostumbraba a ir a la sinagoga el sábado por la noche, pues la gota se lo impedía; su sinagoga quedaba lejos de la casa y él no quería ir a otra, no quería cambiar su lugar. De manera que celebra el Sábado en casa y me sirve la comida.

Cuando llego, abre su pequeño libro de rezos y recita la bendición del vino,

con la copa en la mano y el libro abierto ante él. El hombre tiene más de cincuenta años y sin duda hace más de treinta que reza la bendición del vino el sábado por la noche; el año tiene cincuenta sábados —puedes, pues, calcular las veces que habrá dicho las palabras de la bendición— y, sin embargo, reza con el libro delante. En primer lugar, porque tiene mala memoria y teme equivocarse; y, en segundo lugar, porque el libro le salvó milagrosamente de la muerte, pues durante la guerra, llevándolo sobre el corazón, recibió un disparo; la bala dio en el libro y perforó sus páginas hasta la de la bendición del vino del Sábado por la noche.

Después de la distribución del pan, dice: «Todo aquel que santifica». De vez en cuando, le falla la voz o suena deprimida; más que una voz, es como el suave crujido de una pila de leña húmeda. El genio que dormita en su interior compone un cántico que se quiebra antes de acabar de salir de su garganta. Su rostro está triste, sus hombros tiemblan y de vez en cuando agita las manos bajo la mesa como buscando asidero. Su mujer, sentada frente a él, con las manos en el regazo, le mira unas veces cariñosa y otras preocupada. Y cuando él dice: «Vuestra Justicia brilla como la luz de los siete días de la Creación», ella se levanta y le

trae la sopa. Krolka va con ella y trae la sopa de su madre. Luego, vuelve a la cocina y me sirve la sopa, sopa de verduras. La dueña de la casa me dijo un día:

—Cuando el sábado por la noche me siento a la mesa con mi marido, ante un mantel blanco, con las velas encendidas, pienso con asombro: después de todo lo que hemos tenido que pasar, cuando mi marido estaba en la guerra, expuesto a morir en cualquier momento (que Dios nos libre) y los niños y yo en casa extraña, nunca, verdaderamente, hubiera creído que podría resistirlo. Y no sólo lo resistí, sino que, además, me ha sido dado volver a celebrar el Sábado con

tranquilidad.

Por lo que se refiere a sus hijos, *Frau* Sommer dice: cuando su marido, que pasó toda la guerra lejos de sus hijos, sin bregar con ellos, los ve hacer algo reprobable, en seguida se indigna. Ella, en cambio, que tanto tuvo que sufrir para sacarlos adelante durante los años difíciles, es más tolerante y da gracias a Dios por haberle permitido llegar con ellos hasta aquí. Durante mucho tiempo vagaron por las calles de Viena como criaturas desamparadas y se volvieron rebeldes. Y cuando empezaban a obedecerla, ella no podía cuidar de ellos, pues pasaba todo el día ocupada en su trabajo, que no dejaba

más que para ir a entregarlo a su patrón, cobrar y comprar alimentos. Y muchas veces había tenido que pasar la noche a la puerta de una tienda para recibir su ración. Si tenía suerte y podía comprar algo, preparaba una comida para ella y para los niños y todos comían juntos, estaban contentos y ellos se quedaban en casa con su madre. Si no tenía suerte y no había comida, los chicos se rebelaban y se iban por los cafés en busca de algo que comer. Y ella no tenía valor para obligarles a quedarse en casa con el estómago vacío.

¿Cómo era posible que algún día volviera a casa sin comida, teniendo dinero y la tarjeta de racionamiento? Es

que hay gente que sabe usar los codos y éstos se ponen delante y cuando le tocaba el turno a ella, el vendedor se disponía ya a cerrar la tienda y le decía:

—Se acabaron las existencias.

En aquellos tiempos los hombres habían perdido toda consideración hacia sus semejantes y se quitaban las cosas de la mano unos a otros, y el más fuerte pisoteaba al más débil y comía su comida. Una vez, sucedió que una mujer, después de haber pasado la noche a la puerta de una tienda, volvía a su casa con las manos vacías. Subió al tranvía y se echó a llorar, pues en su casa no quedaba comida y ella se preguntaba qué podría darles a sus hijos. Un viejo

que hablaba con acento extranjero le dijo:

—¿Por qué lloras, hija?

Ella le explicó que su marido estaba en el frente y que se encontraba sola con sus cuatro hijos a los que tenía que alimentar. Se dedicaba a hacer mochilas y macutos para los soldados. La víspera, había interrumpido su trabajo para ir a comprar provisiones. Pasó toda la noche a la puerta de la tienda y cuando iba a tocarle el turno llegó uno que le arrebató la tarjeta del pan de la mano y se llevó su ración.

El viejo suspiró ante la maldad de los hombres y le dijo amistosamente:

—No se apure; si le han quitado la

tarjeta del pan, por lo menos aún conserva su dinero.

—¿Y para qué me sirve el dinero si no puedo comprar comida?

Él llenó la pipa y suspiró:

—Tiene razón, el dinero no sirve para nada. Cuando los niños tienen hambre no podemos decirles: masticad estas monedas.

Cuando ella iba a apearse, él le susurró:

—Venga a mi casa, señora. Tal vez pueda venderle un saco de patatas.

La mujer siguió el viaje hasta que llegaron a las afueras de la ciudad. Allí tomaron otro tranvía hasta el final del trayecto. Se apearon y recorrieron

varias calles. El viejo que hablaba con acento extranjero se mostraba muy afectuoso y le hablaba con una amabilidad que ella en nadie de Viena había encontrado. Además, se hacía lenguas de sus patatas: que si eran sanas y fuertes, que si no podían compararse con las del mercado, que eran ligeras como plumas. Cuando llegaron a la casa, le preguntó cuánto dinero tenía. Ella se lo dijo. Él llenó la pipa, dio unas chupadas, y dijo:

—Temo que no tenga fuerza suficiente para llevar todo lo que puedo darle por ese dinero.

—No tema señor —respondió ella —, Dios me dará fuerzas, para que los

niños no mueran de hambre.

—Bendita sea, señora, que no se olvida de nuestro Padre Celestial. En recompensa, voy a regalarle un queso.

Ella le dio el dinero y fue a coger el saco. Entonces, el extranjero dijo a su hijo o su criado:

—Coge el saco, llévalo hasta el tranvía y no lo dejes hasta haberlo subido.

El joven cogió el saco y se fue con la mujer. El viejo y su esposa, que los miraban cariñosamente, gritaron:

—¡Vaya usted con Dios, señora, y ruegue a Él por nosotros!

La mujer sentía ahora haber dado todo el dinero por las patatas, pues no le

quedaba ni para el tranvía. También le hubiera gustado dar algo al muchacho que tanta molestia se tomaba por ella.

—No importa, no importa —le dijo él, se despidió y le deseó un buen provecho.

Después de una hora de andar, llegó la mujer a su casa, muerta de cansancio, pues había pasado la noche de pie en la calle y el saco pesaba mucho. Pero la alegría le daba fuerzas. Al llegar a casa, llamó a los niños y les dijo:

—Esperad un momento. Voy a cocer unas patatas. Mientras las preparo, comed un pedazo de queso.

Los chiquillos, dando gritos de alegría, se abalanzaron sobre el saco y

lo abrieron. Pero dentro del saco no encontraron más que un bloque de yeso y, debajo, terrones de tierra.

El dueño de la casa guarda silencio. Desde que le conozco, no le he oído decir una palabra innecesaria. Nunca habla de la guerra, a pesar de que estuvo en ella desde el principio hasta el final. Tampoco los otros hombres de la ciudad pronuncian la palabra «guerra». Sus mujeres, en cambio, no pierden ocasión de hablar de ella.

Como se ha dicho, los hijos de los dueños de la casa no toman parte en la cena. Ello no quiere decir que rehuyan sentarse a la mesa con sus padres el sábado por la noche. Sencillamente,

unas veces están presentes y otras veces no. De todos modos, nunca aparecen todos juntos y nunca se presentan a la bendición del vino. Acostumbran a llegar a mediada la cena, se sientan y comen como en los días laborables.

Babtsche viene de donde sea, tira la gorra y el bolso, se quita la chaqueta y la deja en cualquier parte, se pasa la mano por el cabello, coge una silla, se sienta y se pone a comer. A veces, su padre la mira arqueando las cejas, pero, más que a ella, mira las cosas que ha tirado, luego entorna los ojos, coge su libro de rezos y guarda silencio o sigue rezando.

Cuando llega Raquel, el padre echa

la silla hacia atrás y le pregunta:

—¿Dónde has asistido a la bendición del vino? ¿La has oído o no? ¿Por qué no me contestas?

Si no le contesta, mal, y si le contesta, peor. Tanto en un caso como en otro, la regaña, coge su agujereado libro de rezos, hace una pausa y sigue cantando.

Cuando aparecen Dolik o Lolik, el padre arquea las cejas y mira si traen la cabeza cubierta. Si en días laborables ellos se sientan a la mesa sin cubrirse, él nada les dice; pero en la cena del Sábado se muestra inflexible. Un día en que Dolik olvidó ponerse el sombrero, como su padre le reprendiera, replicó:

—¿Es que aún vendes sombreros, que tanto te importa que yo lo use?

El padre se levantó, cogió el sombrero de Dolik con las dos manos y se lo puso a su hijo con tal violencia que éste dio un grito de dolor.

Fue un sábado en el que no hubo incidentes. Los hijos de la casa no estaban, ni había en el hotel más huésped que yo. Cenamos los tres solos, bebimos y formulamos los deseos de bendiciones. Después de orar, salí a dar un paseo y me acerqué a la vieja casa de enseñanza. La encontré iluminada. Sentí deseos de entrar. Saqué la llave, abrí la puerta y entré. No tardaron en presentarse numerosos compañeros, lo

cual nada tiene de extraño, pues nuestra casa está iluminada y caldeada y en sus casas reina el frío y la oscuridad. También ellos habían encendido velas para celebrar el Sábado, sí, pero eran unas velas muy pequeñas que daban poca luz y dejaban la casa a oscuras.

Nada más entrar, empezaron a glorificar el Sábado, la sinagoga y hasta al que había encendido la estufa y las velas. Aquél a quien ellos se referían tuvo miedo de envanecerse, pues por un momento creyó merecer todas aquellas alabanzas. Así que bajó la cabeza, recordando que no era más que polvo, luego levantó la mirada, para grabar en su mente que si vivía era por la voluntad

del Señor y que todo sucede por la voluntad del Señor, y que el Señor podía eliminarle de este mundo como el pintor elimina el hollín del techo antes de blanquearlo. Entonces sintió miedo y horror. Y empezó a sentirse orgulloso de su temor de Dios, como un niño del adorno que le pone su padre. Vio que no podía eludir los malos pensamientos. ¿Qué hizo entonces? Abrió la Biblia y se puso a leer. Apenas había leído dos o tres frases, encontró la paz y volvió en sí.

Cuando los de la sinagoga advirtieron mi buena disposición, dijeron:

—¿Por qué no nos habla un poco

acerca de las Escrituras?

—Las Escrituras fueron dadas a todo el pueblo de Israel —respondí—, y hasta el que no sabe ni abrir la boca, en cuanto habla sobre las Escrituras, éstas le dictan lo que debe decir.

—Pues, entonces, empiece —me dijeron.

Abrí la Biblia y comenté la *parashá*^[*]: «Y Jacob despertó de su sueño».

—... entonces, sintió miedo y dijo: «¡Qué alto está este lugar! Sólo puede ser la Casa de Dios»; no como Abraham, que dijo: «Sobre la montaña aparecerá Dios»; ni como Isaac, de quien se dice: «E Isaac salió a caminar

por el campo», sino como Jacob, que habló de una casa.

Estudié las tres versiones de la adoración de Dios: la de la montaña, que es aquella en la que el hombre busca cosas elevadas y pasa su vida en pensamientos elevados. La segunda versión es la del campo, pues en los campos se siembra y se cosecha y huelen bien, y de los campos se ha dicho: «Mira, el olor de mi Hijo es como el olor del campo». La tercera versión, la más grata al Altísimo, alabado sea, es la versión de la casa, pues de nuestro padre Jacob está escrito: «El elegido entre los patriarcas». Y el mismo Dios ha dicho:

«Una casa de oración es mi casa». En el *Zóhar*^[*] se lee: «Una casa para Israel, para que vivan unidos como marido y mujer, que viven juntos con alegría». Pues la montaña y el campo son lugares de libertad; la casa, por el contrario, es un lugar bien guardado y más suntuoso.

Estos temas se prestan también para predicar sobre tres épocas de Israel. Los primeros tiempos, en los que una parte de los sabios asumió que no necesitábamos casas ni campos, pues el campo somete a sus amos y de él se ha dicho: «El campo es un rey al que hay que servir». Y acerca de la casa está escrito: «¿Y quién tiene fuerzas para construirse una casa?». Y una vez está

construida, al fin se derrumba, pues en el Texto encontramos: «Y la casa cayó sobre los jefes», y, del mismo modo, muchas partes del Texto señalan la insignificancia de la casa. Por ejemplo: «Construirás una casa y no vivirás en ella», «Ellos se levantaron y él destruyó la casa», y el hombre no encuentra tampoco seguridad en la casa, ya que se lee: «Entró él en la casa y apoyó la mano en la pared, y le mordió una serpiente». En cambio, Israel debe levantar sus ojos hacia las montañas, según la frase de David: «Levanto mis ojos hacia la montaña». Porque la montaña es un lugar más elevado y más libre, y en la libertad reside el mayor

bien, como vemos en Saúl, pues la recompensa más importante prometida por él consistía en la libertad, según se lee: «Y liberó la casa de su padre en Israel».

La segunda época, en la que los sabios contradecían en parte a sus antecesores, al afirmar que la ventaja de la libertad era superada con creces por la pérdida acarreada por ella misma, consistente en destrucción y derrota, se sitúa bajo el signo de: «Entre los muertos, libres como apaleados», o también: «Y se sentó en el refugio para leprosos». Y Rabbí Yoná ben Ganaj comenta: «Así llamado porque los que allí había estaban separados de los

demás hombres». Por el contrario: «Vamos, amado, salgamos al campo, labrémoslo y guardémoslo y comamos sus frutos». Y también: «Y ella le dijo que exigiera de su padre el campo».

La tercera época, la última, el fin de todas las épocas, es ésta en la que vivimos. Ya estamos cansados de las épocas anteriores en las que nos reventábamos andando por las montañas, trepando como cabras, y decimos: «Dejaré tu carne tirada en la montaña», y también: «Y riega tus tierras con tu sangre y que te corra hasta las montañas». Lo mismo cabe decir de los campos: «Y el granizo se abatió sobre todas las hierbas del campo y

derribó el árbol que en el campo crecía», y también: «Y lo demás, que se lo coma el ganado del campo», «Y todo su favor vale lo que la hierba del campo», y también: «Como boñigas en el campo». Por otra parte. ¿Qué debemos desear?: «El hombre tendrá a gala permanecer en casa». Y termina diciendo: «Que cada casa tenga una entrada», «Construyámonos una casa, para vivir en ella unidos como marido y mujer, que juntos viven con alegría», y de ella dice David: «Que me deja vivir con alegría a mí, y a la mujer de la casa, la madre de los hijos. ¡Aleluya!».

Dicen los Libros que los méritos de los tres patriarcas han ayudado a Israel

en sus destierros. Los méritos de Abraham nos ayudaron cuando el destierro de Egipto, pues está escrito: «Entonces pensó... en Abraham, su siervo, y sacó a su Pueblo con júbilo...». Los méritos de Isaac, cuando el destierro de Babilonia y los de Jacob, en éste, nuestro último destierro. Así, pues, debemos regirnos por la versión de Jacob, que dice: «Casa de Jacob, id, y nosotros caminaremos a la luz del Señor». Y Jacob ha dicho: «Vuelvo en paz a casa de mi padre», y de esto trata todo el verso de: «Y el Señor fue mi Dios».

Desde aquel sábado, después de la cena, empezamos a acudir todas las

semanas a la sinagoga vieja, y yo predicaba sobre la *parashá* de la semana, leía el *Midrash*^[*] y lo comentaba.

Otra cosa importante renació en nuestra vieja sinagoga. Al estallar la guerra, se apagó la lamparilla perpetua y yo me propuse volver a encenderla, delante del muro donde están grabados los nombres de los miembros de la santa comunidad que fueron sacrificados durante los fatídicos sucesos en 1648. ¿Acaso los mártires necesitan esta luz terrenal? El alma de cada uno de los justos sacrificados por los pueblos de este mundo brilla ante el trono celestial con tal fulgor que ni siquiera los

serafines pueden mirar su luz. Pero los hombres deben tener siempre presente hasta dónde llega el amor de Israel hacia su Padre Celestial, del que no reniegan ni aun a costa de la vida. Y he oído también que está en las Escrituras que todo justo que es muerto en el extranjero por los pueblos de la Tierra entra en Tierra Santa, sin necesidad de esperar a que los muertos del extranjero se dirijan a Israel; el que da la vida por amor entra con todo su cuerpo sano y salvo, mientras que del que muere de miedo sólo tiene entrada la parte del cuerpo que le produjo la muerte, en tanto que las otras partes buscan pretextos para salir y contemplan desde lejos la parte

que alcanzó el reposo en Tierra Santa; cuando se les enciende una luz se les ayuda a distinguir la salvación que alcanzó aquella parte de su cuerpo y también la salvación que les reserva el futuro.

El día que encendí la lamparilla, miré a mi alrededor y vi la estufa encendida, la lamparilla ardiendo, la pila llena de agua, las lámparas bien provistas de petróleo y el suelo barrido y limpio; pues cada dos o tres días Janok trae la leña, una lata de petróleo y velas y llena la pila, y la víspera del sábado barre el suelo y yo le pago, generosamente unas veces y amistosamente otras. Aquí debo decir

algo públicamente, sin recato: muchas veces he sacado del bolsillo dos piezas de oro, pero al ver la sumisión con que las tomaba, volvía a guardar una de las monedas. Si Janok hubiera sido listo, me habría pedido un salario fijo, no un día más, y otro, menos. Pero a causa de los negocios que hace con los cristianos con toda clase de pequeñas mercancías, es tan humilde que nada pide. Y cada vez que mi corazón me dice: «Dale un salario fijo, hazle vigilante de la sinagoga, para que no tenga que exponer la vida por los caminos», doy largas a mi corazón, de hoy a mañana y de mañana a pasado.

CAPÍTULO XXV

En casa de Daniel Bach

Pasado el Sábado, después de la ceremonia que separa el Sábado de los restantes días de la semana, fui a casa de Daniel Bach, a pagarle la leña. Hacía mucho tiempo que no me alegraba tanto saldar una deuda. En primer lugar, porque Daniel Bach iba a recibir un dinero que le hacía mucha falta y, en segundo lugar, porque la leña me había procurado una gran satisfacción y deseaba dar las gracias al que me la

había vendido. A pesar de que Daniel Bach y yo vivimos pared por medio, antes de aquella noche sólo le había visitado en una ocasión.

La casa consiste en una única habitación y una cocina. Del almacén se pasa a la cocina, y de la cocina, a la vivienda. Aquí viven Bach y su esposa, su hija Erela y su hijo Rafael, que está en la cama y se cubre la cabeza con una vieja gorra de soldado. A primera vista, parece un niño; si se le mira más detenidamente, parece un muchacho mayor, y si se le sigue mirando, no parece ni un niño ni un muchacho, sino un montón de piel y huesos en el que el Creador hubiera puesto unos ojos de

viejo. O tal vez fuera al revés, es decir, que, a primera vista, Rafael me pareciera un montón de piel y huesos, etcétera; no puedo recordarlo con exactitud, a causa de los incidentes de la noche. Rafael tenía ya la edad de recibir la Confirmación, pero sus miembros no se habían estirado todavía y sus huesos eran débiles; por eso estaba casi siempre en la cama y todos lo mimaban. La misma Erela, que se precia de interesarse únicamente por cosas racionales, dedica a su hermano más afecto del que podría justificar. Cuando entré en la casa, Erela estaba sentada junto al muchacho, mientras él hojeaba un libro de grabados que ella le había

llevado. Señalando con una mano un dibujo que representaba un jinete y con la otra a sí mismo, dijo:

—Yo soy Jacob, y tú, Esaú —y no se preocupó del visitante que acababa de entrar.

Pero su padre, su madre y su hermana demostraron una gran alegría y me recibieron con vivas muestras de amistad.

A Daniel Bach ya lo conocéis; hemos hablado de él varias veces. No sé si os he dicho ya cuál es su aspecto y qué es lo que le distingue de sus semejantes, aparte de su acompañante, esto es, la pata de palo que va con él a todas partes. Pero, por si no lo he hecho

todavía, voy a hablaros de él ahora.

Daniel Bach es alto, su cara es más bien alargada, o tal vez redondeada, y está enmarcada por una barba más bien ovalada, o tal vez puntiaguda, y me parece que él pone un especial cuidado en que su barba no exceda de la medida justa. Tiene una pata de palo y siempre está de buen humor. Unas veces se burla de sí mismo, y otras veces de los sucesos de la época, pero nunca de sus semejantes. Lo ocurrido con su pie asombraría a cualquiera; por naturaleza, Daniel Bach no es el tipo de hombre que se esconde sacarina en la media, como hacen algunas mujeres. Pero Daniel Bach no se asombra.

—En primer lugar —dice—, no hay hombre que sepa a ciencia cierta lo que le va y lo que no le va. Sólo los moralistas saben lo que está permitido y lo que no lo está. —Y aún cabe preguntar si, en su lugar, ellos no habrían hecho igual—. En segundo lugar —siguió diciendo Daniel Bach—, la guerra enseñó a los hombres a obrar mal. Y una vez soltado el freno, el hombre no podía ya distinguir lo que hacía por el emperador y lo que hacía por su propio sustento.

Además, Daniel Bach es delgado y tiene el pelo castaño con hebras grises que dan brillo a su semblante. Por el contrario, Sara Perle, su mujer, tiene el

cabello completamente negro y el rostro ovalado y, sin ser gruesa, lo parece. Erela, por su parte, no es morena ni castaña, sino descolorida y, por lo que respecta a sus restantes cualidades, es tan distinta de sus padres como en el color del cabello.

De su padre he hablado ya y de su madre no hay nada que hablar. Es amable en el trato con sus semejantes, activa en el trabajo, compasiva y bondadosa. De ella he oído decir que durante la guerra demostró poseer gran valor y fuerza de voluntad, que alimentó a su familia y ayudó a su suegro y a su cuñado hasta que éste marchó a Israel. Crió también a un huérfano y lo mandó

instruir en la Doctrina, y cuando el muchacho manifestó el deseo de irse hacia Israel le dio dinero para el viaje.

Cuando la madre de ese Yerujam Freier quedó encinta, el padre desapareció y al poco tiempo de nacer el niño murió la madre. La señora Bach se hizo cargo del niño y le dio de mamar, pues Yerujam vino al mundo el mismo mes que su hija Erela.

—Cuando su madre quedó encinta de él, el padre desapareció.

Para contar debidamente su historia tenemos que retroceder algunos años. La cosa empezó así: Cierta día, llegó a nuestra ciudad un joven talmudista lituano. Era verano. En el mercado no

había mucho ajetreo y los vendedores abandonaban sus puestos para charlar entre sí. Hablando hablando, el lituano dijo que acababa de llegar a la ciudad y que quería predicar en la sinagoga vieja.

El rumor no impresionó demasiado. Los doctores de la Ley no se desvivían por escuchar a los predicadores que aletargan el cerebro con sus leyendas y parábolas. Tampoco los *jasidím* se desvivían por los predicadores, pues la mayoría de éstos eran lituanos y todo lituano, mientras no se demuestre lo contrario, es enemigo suyo. Los sionistas, por su parte, tampoco se mostraban entusiasmados por los predicadores, pues la mayoría de los de

aquella generación atacaban el sionismo porque los sionistas querían alcanzar sus objetivos por medio de la violencia, en lugar de esperar al Mesías. Los socialistas no se entusiasmaban por los predicadores, pues los socialistas opinaban que la Doctrina y los Mandamientos sólo servían para entontecer al hombre, para distraerle de sus necesidades y de los sufrimientos que les infligían los capitalistas, mostrándoles la consistencia de la Ley y de los Mandamientos; de manera que el pueblo nada quería saber de los predicadores.

Así pues, los únicos que acudieron a oírle fueron unos cuantos viejos y varios

artesanos; pero durante la predicación se durmieron y no se despertaron hasta que el predicador terminó su predicación y el *dayán*^[*] de la sinagoga empezó a agitar el cepillo; entonces se fueron, tras dejar unos céntimos para la Ley y los que la enseñan. De modo que no había en la ciudad nadie que hubiera prestado la menor atención al lituano. Pero mientras estaban charlando llegó uno que traía en la mano un libro cuyo autor no era otro que el forastero y que estaba acompañado de gran número de elogiosos comentarios de los «grandes» de la Ley polacos y lituanos, que señalaban al autor como hombre extraordinariamente versado en la

doctrina del Sinaí, un hombre cuya obra hacía época y que, incluso, de haber vivido en pasadas generaciones, hubiera sido considerado excepcional. Y todos se mostraban unánimes en afirmar que todo elogio era poco para él.

Por aquella época, en nuestra ciudad había disminuido ya de modo considerable el crédito hacia la enseñanza de la Ley, y el de los sabios de la Torá iba perdiendo terreno frente al de los doctores. Cuando los sabios de la Torá vieron el libro, con todas las aprobaciones que lo acompañaban, inmediatamente levantaron la cabeza como esos reyes cuyos enemigos han conquistado su reino y cuyos amigos

perdieron el valor; pero, de pronto, corre la voz de que el rey vuelve a su reino con un puñado de héroes; entonces, los amigos que quedaron en el país recobran el valor y vuelven a elevar al trono a su monarca.

¿Qué empujó a venir al lituano? ¿Acaso los más ricos judíos de Polonia y Lituania no hacían todo lo posible para conseguirlo para sus hijas, sin reparar en gastos? Pero había que tener en cuenta los decretos del Gobierno según los cuales él hubiera tenido que hacerse militar; no estaba mutilado ni podía alegar incapacidad alguna, por la cual, mediante la entrega de mil escudos de plata, las autoridades hubieran podido

hacer la vista gorda. Y puesto que no tenía más remedio que servir en las fuerzas armadas, hizo las maletas y se exilió. Algunos de nuestros más prominentes contemporáneos le aconsejaron que se fuera a Galitzia, donde la mayoría de la gente del pueblo todavía se regía por la Ley.

Al anochecer, toda la ciudad acudió a la sinagoga vieja para escuchar la predicación del genial talmudista. Como no había sitio para tanta gente, se decidió trasladar la sesión a la sinagoga grande. Él se situó ante el armario de la Torá y empezó a predicar de acuerdo con las Leyes, demostrando gran erudición y un profundo dominio de la

Torá y de la *Tosseftá*^[*], del Talmud babilónico y del jerosolimitano, tanto de los comentaristas antiguos como de los modernos. De cada tema, planteaba cinco, seis o siete problemas y los resolvía todos con una sola respuesta. Una vez resueltos los problemas, planteaba nuevos problemas basándose en la solución de los anteriores, y aunque parecían imposibles de resolver, él los resolvía con facilidad.

Los doctores de la Ley renunciaron a seguirle; comprendían que no estaba al alcance de cualquiera abarcar aquella desbordante y aguda dialéctica; aquel hombre era como una fuente de inagotable caudal.

De pronto, resonó en la sinagoga la voz de mi padre y maestro, bendita sea su memoria, que había ahondado en la verdadera personalidad del joven talmudista y advertido cómo confundía los pasajes del Talmud y echaba tierra a los ojos de sus oyentes. Mi padre leyó en voz alta el texto y demostró que no encerraba ningún problema ni necesitaba soluciones. El talmudista se refirió entonces al texto de Al-Fasí^[*], con lo cual puso de manifiesto su ignorancia, ya que no existe Al-Fasí para aquel pasaje del Talmud.

Otro de los doctores de la Ley, Rabbí Jayim (el mismo que se menciona al principio de este libro en relación con

el hotel de la divorciada), pilló al predicador en la trampa de sus propias palabras, demostrando que aun en el caso de que el texto fuera como decía el predicador, su solución no era tal solución. En un momento, Rabbí Jayim la había rebatido y demostrado que el problema subsistía. Entonces mi padre tomó de nuevo la palabra para decir que aun en el caso de que el texto fuera el que pretendía el predicador, los problemas no eran tales problemas, ya que trataba de materializar algo inmaterial. El talmudista planteó entonces otros problemas y les dio otra solución. Rabbí Jayim volvió a refutarla. El talmudista señaló otros

puntos y planteó nuevos problemas y dijo:

—Adelante los sabios, denme la solución.

Mi padre demostró entonces al predicador que había interpretado erróneamente el significado de las palabras y que, por lo tanto, tales problemas no requerían solución. Y Rabbí Jayim añadió:

—Aun en ese caso, podrían resolverse de tal y cual forma.

El predicador replicó entonces a las palabras de Rabbí Jayim y resolvió su problema de otra forma. Pero al hacerlo se le escapó un error que hasta un colegial hubiese advertido. A una parte

de los doctores de la Ley se les abrieron entonces los ojos y advirtieron que el talmudista tergiversaba las cosas para demostrar su agudeza y erudición, sin importarle la verdad de la Doctrina. No obstante, parecían estar embriagados por su elocuencia y les dolía que mi padre hubiese desenmascarado al genio, demostrando que no era más que un farsante. También a Rabbí Jayim le tomaron a mal sus palabras. Pero el talmudista no se callaba y seguía exhibiendo su dialéctica. Finalmente, empezó a predicar sobre la *Haggadá*. ¿Y qué dijo en su predicación? «Pues aquel que anuncia el desquite, labora por él». Del mismo modo que el que

engendra influye en la hembra, así el predicador que habla al pueblo para despertar en él el amor a la Ley, puede compararse al que procrea, que derrama amor, para dar hijos a la Ley; pero un predicador que predica por dinero convierte al público en procreador, es decir, el influjo parte del público que paga para oír la predicación. Al llegar aquí, el joven quedó extático y prosiguió:

—No es por dinero por lo que vine a predicaros, sino por amor a nuestra sagrada Doctrina, pues ella es nuestra vida, ella alarga nuestros días; y aunque me dieran todo el dinero del mundo, no lo tomaría.

El acento lituano, que cautiva el oído y despierta un eco en el corazón, encandiló al auditorio, que se mostró entusiasmado. El mero hecho de que un muchacho tan joven pudiera predicar ante la comunidad constituía ya una novedad, y más aún el que pudiera recitar de memoria tantos textos como si se tratara de las más sencillas oraciones.

Cuando terminó su predicación, recibió grandes muestras de admiración y fue paseado en hombros. Uno de los ricos de la ciudad envió a sus criados al hotel para que recogieran el equipaje del forastero y lo llevaran a su casa. Todos los grandes de la ciudad acudieron a visitarle y se sentaron ante

su sillón y él discutía con ellos. Y los que más honores le atribuían eran los que al principio dudaron de él. Pues se decían: «Si en algún momento ha desfigurado la Ley del Talmud, la desfiguración se habrá debido a su excepcional agudeza de espíritu. En todo caso, su profundo conocimiento de la Ley le hace acreedor al mayor respeto». Las gentes sencillas del pueblo rodeaban la casa pidiendo la destitución del antiguo maestro y el nombramiento del joven talmudista. Y, teniendo en cuenta que se trataba de un soltero, para sí hubieran querido las barras de oro que su novia aportaría al matrimonio. Y no eran sólo los del pueblo los que

solicitaban para él una buena posición en la ciudad, sino también los doctores de la Ley. Algunos de ellos pedían, por ejemplo, que se le concediera un puesto de maestro talmudista, pues acudirían en tropel gentes de todo el mundo para oír de sus labios las sagradas enseñanzas. La ciudad se hallaba dividida por las riñas partidistas en torno a Rabbí Jayim, que aspiraba al rabinato de Szybuscz. (La historia del Rabbí Jayim es cosa aparte y aquí no hay lugar para ella). Al día siguiente, los doctores de la Ley empezaron a vender el libro del joven talmudista, y todo aquel que disponía de medios lo adquiriría, unos por medio gulden, otros por un gulden o más. El

joven, con la filacteria ceñida al brazo, escribía nuevas glosas para su libro y se ejercitaba en la dialéctica ante su auditorio, como si poseyera un doble cerebro que le permitiera hacer dos cosas a la vez.

El rico que hospedaba en su casa al talmudista, tenía una hija, sumisa y dócil, pura e inocente, a la que pretendía casar con su huésped. Concibió el plan de levantar para él una gran escuela talmudista, con capacidad para doscientos alumnos. Para que nadie se le adelantara, preparó la boda a toda prisa. Toda la ciudad lo envidiaba, pero la envidia de la ciudad no duró mucho, y tampoco la alegría del rico. Al día

siguiente de la boda, se presentó una mujer del pueblo gritando que el novio era suyo. Y aún resonaban sus gritos cuando apareció otra diciendo lo mismo. Y, según se cuenta, durante los siete días que duraron las fiestas de la boda, fueron acudiendo a la casa mujeres que afirmaban ser esposas del novio. El hombre tuvo miedo de que siguieran apareciendo mujeres y huyó. El padre de la novia abandonó sus negocios y se fue en pos del fugitivo, para exigirle una carta de divorcio, a fin de que su hija pudiera contraer nuevo matrimonio, ya que no tenía más de diecisiete o dieciocho años. Antes de que pudieran dar con él, la mujer dio a luz un niño y

murió. También el padre de ella murió y al niño se le puso el nombre de Yerujam, en memoria de su abuelo. Y así el pequeño Yerujam quedó huérfano y sin un hogar que lo cobijara, ya que toda la fortuna de su abuelo se perdió. Ni siquiera quedó dinero suficiente para contratar a un ama. La señora Bach se compadeció del pequeño, lo llevó a su casa y le dio de mamar; pues Yerujam nació el mismo mes que Anyella (es decir, Erela). La señora Bach daba menos leche a Erela (es decir, Anyella) para dársela al niño. Y él, que ya de pequeño era muy robusto y fuerte, mamaba el doble que la niña y se hacía grande y hermoso. Y es que las mujeres

de antes de la guerra no eran como las de hoy, que no tienen ni un gramo de sangre en las mejillas ni una gota de leche en los pechos. Las mujeres de antes de la guerra... ¡Padre del Cielo! Cuando los oficiales del emperador venían a Szybuszcz de maniobras y venían a las hijas de Israel, les hacían una profunda reverencia y decían:

—¡A vuestros pies, princesa!

Y cuando vino la guerra, los hombres se fueron al frente a dejarse matar, y las mujeres, que habían sido como princesas, tuvieron que dedicarse a buscar un bocado de pan.

CAPÍTULO XXVI

La mujer y sus hijos

En la época de la guerra, la señora Bach tuvo que huir a Viena, con sus tres hijos, su suegro, Yerujam, el hijo de su suegro, y Yerujam, el hijo del lituano. ¿Y su hijo mayor? Se le murió por el camino, entre dos ciudades, y ella no sabía en cuál de las dos había sido enterrado. Una vez mandó dinero a ambas para que pusieran una lápida en su tumba, dondequiera que estuviera, y el dinero no le fue devuelto. Más tarde

se enteró de que las dos ciudades había sido arrasadas y las tumbas destruidas por los fusileros rusos. ¿Y de qué vivió la señora Bach durante los años de su estancia en Viena? Por un lado, el Estado pagaba veinticinco coronas al mes a las esposas de los soldados que estaban en el frente. Además, la madre y las dos hijas mayores tejían guantes de punto de todas clases para los soldados, mantones y bufandas, o cosían sacos que las tropas llenaban de arena y colocaban ante sí, para que detuvieran las balas enemigas.

Por aquel entonces, las dos hijas que ella llamaba «mayores» eran todavía pequeñas, pero, en comparación con

Erela, la madre las consideraba «mayores». Una de ellas abandonó este mundo cuando acababan de regresar a Szybuszcz y la otra murió de la gripe poco después de la vuelta de su padre.

Mientras trabajaba, la señora Bach tenía ocasión de pensar en muchas cosas. Pensaba que aquella guerra no terminaría pronto. Cierto que el emperador la llevaba con mano firme y que el Kaiser de Alemania le ayudaba; pero el zar de Rusia no era débil y, además, contaba con la alianza de otros reyes. Y a pesar de que los periódicos hablaban a diario de las victorias conseguidas por Austria y Alemania, eran muchas las víctimas causadas por

el enemigo y muchas las ciudades conquistadas. Las niñas crecían y también los chicos, Yerujam, el hijo de su suegro, y el otro Yerujam, hijo del lituano. Los precios subían y la pensión del Gobierno, sumada a lo que ganaban ella y sus hijas, no alcanzaba para mantener a siete personas, esto es, ella, sus tres hijas, su suegro, Yerujam primero y Yerujam segundo. Otras mujeres buscaban en otra parte el modo de ganarse la vida; recorrían las tiendas, compraban artículos alimenticios y los revendían con beneficio y acudían al «Joint» que, semanalmente, repartía conservas de pescado y uvas americanas. Pero ella no sabía

comerciar ni tampoco aprovecharse de las fuentes de la beneficencia. Cierta día, se dejó convencer por una vecina y se fue con ella a solicitar ayuda. El empleado tomó nota de su nombre y dirección y le dijo que le mandarían las cosas a su casa. Ella, confiando en sus palabras, preparó para aquel día un verdadero festín y compró media oca, pues hacía varios días que la familia no probaba la carne. Pero aquel mismo día se presentó el emisario de Beneficencia que, al oler el asado, lanzó un juramento y dijo:

—No hay por qué compadecer a una mujer que asa patos cuando todo el mundo pasa hambre.

La señora Bach empezó a leer los anuncios de los periódicos, en busca de un trabajo adecuado a sus fuerzas y a su posición; pero cuando ella se presentaba, la plaza ya había sido ocupada.

En la misma casa vivía una muchacha que estaba aprendiendo el oficio de comadrona. No le parecía una muchacha muy lista, por lo que la señora Bach se dijo: «Lo que haga ésta puedo hacerlo yo». En realidad, habían pensado ya en ello durante la huida, pues por el camino una mujer que había tenido que dar a luz corrió un grave peligro, pues no se encontró a ningún médico.

Sin embargo, si trabajando no le alcanzaba el dinero, ¿cómo podría sacar a su familia adelante si abandonaba el trabajo por el estudio? Pero antes de partir para el frente su marido le había confiado dos mil coronas para el pago de una deuda. Antes de que pudiera enviar el dinero, la ciudad en que vivía el acreedor fue destruida y le fue imposible dar con él. De manera que concibió la idea de tomar un préstamo de aquel dinero y aprender un oficio con el que pudiera mantener a su familia. Por otra parte, había llevado consigo sus joyas, que también podían convertirse en dinero. Al principio, las empeñaba en la casa de empeños. La señora Bach me

contó también aquel día que ella era nieta de Shifrá Puah, la comadrona, tras de cuyo féretro iban, el día en que fue enterrada, novecientos noventa y nueve hombres y una mujer. A todos les había ayudado a venir al mundo y cuando murió la acompañaron al cementerio, dándole escolta de honor.

Uno de ellos, de los que la abuela Shifrá Puah había asistido, un pariente lejano de la familia, llamado Schulkind, era un hombre muy rico, propietario de una fábrica de cartonajes. Por ser proveedor del Ejército, el Gobierno le suministraba cantidades ilimitadas de carbón. Cuando este hombre se enteró de que una nieta de Shifrá Puah estaba

en Viena, inmediatamente le mandó carbón. Cuando ella fue a visitarle para darle las gracias, el hombre le preguntó cómo le iban las cosas. Ella le dijo que su marido estaba en el frente, que ella vivía con sus hijas, su suegro, el hijo de éste y un niño huérfano que había adoptado, y que estaba estudiando para comadrona. Entonces él le dio cuanto le hacía falta para mantener a su familia y aprender el oficio. Además, invitó al suegro a su casa y lo sentó a su mesa, a fin de que éste le instruyera en la Mishná. Y es que su único hijo se despeñó al intentar escalar una montaña, y su esposa, es decir, la madre de su hijo, se quedó ciega de tanto llorar, y él,

es decir, el padre, volvió sus pensamientos hacia el estudio de la Torá. Este hombre bondadoso consiguió, además, que Erela, Yerujam, el hijo del suegro de la señora Bach, y el otro Yerujam, el hijo del lituano, fueran admitidos en una escuela. Personas tan buenas no se encuentran fácilmente en este mundo. De no haber muerto, hubiera seguido ayudándoles hasta que hubieran podido valerse por sí mismos, y nunca habrían llegado a la situación a que llegaron.

La muerte del susodicho Schulkind tiene su historia. Ciertas personas querían obligarle a pagar una fuerte suma de dinero, y o bien se trataba de

una deuda ya saldada o bien no existía tal deuda. El juez le obligó a prestar juramento y, poniendo la mano sobre la Biblia, Schulkind dijo:

—Que muera ahora mismo si debo algo a estas personas.

Antes de que pudiera moverse de allí, cayó muerto al suelo.

¿Y por qué se mostró tan bondadoso con la señora Bach? Por lo que ella me dijo: Schulkind le contó que había visto en sueños el entierro de Shifrá Puah. En su sueño, todos los que acompañaban el cadáver iban desnudos y descalzos, todos menos él, que iba bien vestido. Como era hombre rico le correspondía un lugar preferente en el cortejo, por lo

que a él y a todos los demás les pareció natural que ocupara un lugar a la cabeza de la comitiva. «¿Qué se han creído estos pordioseros? —pensó enojado—. ¿Acaso imaginan que me hacen algún favor demostrándome esta deferencia? Mi portero no les dejaría franquear los umbrales de mi casa». La indignación hizo que Schulkind soltara el asa de las angarillas y el féretro se tambaleó y resbaló. Otro hombre tomó entonces el lugar de Schulkind y le dijo: «No se apure, señor; no ha pasado nada». Y Schulkind tuvo la impresión de que el otro le sonreía como se sonríe a un igual, como queriendo decir: «Eso está feo; pero, de todos modos, te aprecio».

La ira de Schulkind subió de punto. ¡Era inaudito el descaro de aquel individuo que se atrevía a tratarle como a un igual! Lo miró y vio que estaba desnudo y descalzo. Entonces se despertó su compasión y pensó: «Con lo rico que soy, nada perdería dándole cinco o diez coronas a ese pobre, aunque mi gesto atrajera a los otros». Y es que todos los que iban al entierro de Shifrá Puah extenderían la mano para pedirle una limosna. Pero primero hay que averiguar si todos tienen derecho a recibir una limosna, ya que muchos fingen ser pobres para sacar dinero a los ricos. Tal vez fuera mejor no darles nada a ellos y hacer un donativo de mil coronas a una

Sociedad de Beneficencia en las que, antes de dar un céntimo a un pobre, se le examina siete veces. Sin embargo, socorriendo al pobre directamente, éste se beneficiaba de toda la limosna, a diferencia de lo que ocurría con las Sociedades Benéficas, que gastan el dinero en sueldos para los empleados y necesitan despachos y correspondencia, y no digamos las que malversan los fondos, de manera que, en todo caso, es bien poco lo que queda para los pobres. Y se despertó en él la compasión al pensar que incluso del dinero que los ricos dan para los pobres no todo llega a manos de éstos. Y a pesar de que no fue más que un sueño, Schulkind formuló el

propósito de ocuparse más de los pobres en lo sucesivo, en especial de los refugiados procedentes de su ciudad que, según había oído decir, pasaban mucha hambre.

Pero sus muchos negocios no le dejaban tiempo para pensar. Y si pensaba en los pobres de la ciudad era sólo para buscar la forma de ahuyentar el pensamiento. Porque, ¿puede un hombre sólo mantener a toda una ciudad? Y entonces se juraba que cuando su fortuna llegara a tal o cual cifra, destinaría tanto o cuanto para la comunidad. Pero cuando su fortuna llegaba a la cifra que se había fijado, él necesitaba el dinero para conseguir un

nuevo contrato. Conque depositó su confianza en el Señor, alabado sea, y en las sociedades benéficas, a pesar de que éstas no le gustaban. Pedía al Todopoderoso que diera larga vida a los pobres y que las sociedades se ocuparan de ellos hasta que él hubiera conseguido amasar una gran fortuna y pudiera atenderlos personalmente.

Cierto día, fue a ver al ministro para hacerse cargo de un contrato. Mientras esperaba ser recibido pensaba en sus negocios, que cada día crecían más y más, y en los años de su vida, que cada día pasaban más aprisa..., y en su único hijo, que vivía como quería, siempre en busca de diversiones y aventuras. Ayer

se doctoró y hoy se fue con sus compañeros a hacer una excursión por las montañas. Si dejara sus diversiones y se dedicara a los negocios, su padre podría doblar su fortuna y conquistar renombre mundial. Pero antes de criticar a nuestros hijos, recapacitemos sobre nuestra propia conducta. Él mismo, es decir, Schulkind, abandonó también a su padre para irse a Viena. De haber hecho caso a su padre, ahora sería un pequeño tendero y seguramente se contaría entre los refugiados que habían acudido a Viena o, peor aún, entre los que se encontraban en el campo de refugiados de Nicholsburg.

Mientras así piensa, sentado en la

antesala del ministro, su mirada se posa en la puerta del despacho que todavía no se abre para darle paso. Hace una hora que espera, mientras que otras veces, nada más llegar, el ministro le abría la puerta y le hacía pasar. Saca el reloj del bolsillo y mira la hora, aunque no hacía falta sacar el reloj, pues hay uno en la pared.

Cuando mira el reloj, se le ocurre que tal vez no sea de oro, a pesar de que lo compró en una buena relojería, pagó con oro y, generalmente, los relojeros no engañan. Para ahuyentar este pensamiento, pensó en multitud de cosas. De pronto, se dio cuenta de que las mangas de su chaqueta, como ocurría

con todos los tejidos fabricados durante la guerra, estaban desgastadas por el roce. Se dijo que cuando lo viera el ministro le tomaría por un pobre, y quizá ya se había dado cuenta de ello y por eso no le recibía.

Sacó nuevamente el reloj y lo miró. No habían pasado más que unos minutos desde la vez anterior, mas ¡cuántas cosas habían cruzado, entretanto, por su imaginación! Al volver a guardar el reloj, se quedó dormido. Aunque tal vez no llegó a dormirse del todo y soñó despierto. Vio ante sí el féretro de Shifrá Puah, acompañado por novecientos noventa y nueve hombres y una mujer. Y la mujer era su mujer, la madre de su

único hijo. Esto le pareció extraño, pues ella era de otra ciudad, no de la ciudad de Shifrá Puah. ¿Qué hacía allí, en el entierro de la comadrona? Mientras esto pensaba se dio cuenta de que todos los que iban al entierro estaban muy bien vestidos, todos llevaban reloj de oro, de oro puro, y que únicamente él, Schulkind, iba descalzo y sólo se cubría con una deshilachada chaqueta.

En aquel momento, oyó vocear los periódicos. Sacudiéndose el sueño, se levantó y compró un periódico. Mientras lo hojeaba, pensó: «Ninguna novedad. Las victorias de Austria y Alemania de que habla el periódico son una pura fantasía, para animar al pueblo, para que

la gente no desespere». Dobló el periódico y lo dio a otro; pero cuando éste empezó a leer, Schulkind sintió no haber mirado en las últimas páginas, ya que seguramente allí vendría alguna noticia sobre escaladas. Nada se perdía con mirar, ya que, de todos modos, no tenía otra cosa que hacer. Cuando extendía la mano para pedir al hombre que le devolviera el periódico, apareció en la puerta el ordenanza y le hizo pasar a presencia del ministro. Schulkind entró en el despacho y recibió el pedido que esperaba y, además, un encargo extra: la confección de trajes de papel.

Cuando salía del despacho del ministro, iba pensando que aquel nuevo

negocio era mucho más importante que todos los que había realizado hasta entonces. Y pensó con irritación en su hijo que se iba en viajes de placer, en lugar de dedicarse a los negocios. Por el camino, se detuvo en un quiosco y compró un periódico. Antes de que pudiera empezar a leerlo, se puso a llover, por lo que tuvo que guardar el periódico y dirigirse a casa a toda prisa.

Al llegar, oyó unos gritos, entró y encontró a su mujer que, con un periódico entre las manos, lloraba y gemía:

—¡Mi hijo, pobre hijo mío! ¿Por qué te has despeñado, rompiéndote todos los huesos?

Él comprendió inmediatamente que su hijo había perdido la vida en las montañas. Tal vez lo supo antes, cuando leyó lo que el periódico decía de él. O tal vez era ahora cuando lo leía y le parecía que ya lo había leído antes.

En resumen, gracias a aquel anciano, la señora Bach aprendió el oficio de comadrona, su hija pudo estudiar la lengua hebrea y Yerujam primero y Yerujam segundo entraron en el Instituto. Y pudo ver a su hija convertida en maestra de hebreo; y Yerujam primero, es decir, Yerujam, el hijo del suegro, y Yerujam segundo, es decir, Yerujam, el hijo del lituano, consiguieron emigrar a Israel. Y fue convenido entre ellos, es

decir, entre Yerujam, el hijo del lituano, y Anyella (es decir, Erela), que él la llamaría. ¿Y qué hizo él después? Volver y correr tras otra. Del mismo modo que fue infiel a la tierra, lo fue también a su prometida. Pero Erela no había abandonado sus ideales. Era maestra de la Escuela Hebraica y había enseñado el hebreo a niños y niñas. Si, andando por la calle, oyes chapurrear el hebreo a un chiquillo debes saber que Anyella se lo ha enseñado. Anyella, es decir, Erela; pues Anyella quiere decir ángel en polaco, y como en hebreo no existe una palabra femenina para ángel, ella ha elegido el nombre de Erela.

Sin contar que Erela enseña el

hebreo a los niños, posee otras muchas cualidades. A pesar de todo, no me es simpática. En primer lugar, por su tajante modo de hablar. Parece cortar las frases con una espada. Y en segundo lugar, porque usa gafas, unas gafas horribles. Comparada con aquellas gafas, la pata de palo de su padre no es nada. Raquel me preguntó una vez:

—¿Por qué rehuye el trato con Erela?

—Es por sus gafas —respondí.

—¿Y qué puede hacer uno cuando tiene la vista floja? —inquirió Raquel en tono burlón—. Desde luego, la Biblia nada dice acerca de las gafas.

Desde que estoy aquí, he hablado

con Erela sólo en contadas ocasiones y debo decir que hablar con ella no resulta nada grato. En primer lugar, porque siempre tiene razón y nunca concede a nadie ni una parte de ella. Y, en segundo lugar, porque caza cada una de tus palabras y, siguiendo la tónica general de tus palabras, te atribuye cosas que nunca has dicho y te las discute. Si tú dices, por ejemplo: «Rubén es realmente una buena persona», ella replica al instante: «¿Por qué cree que Simón no lo es?». O si le dices: «Todo niño judío debe aprender la Biblia», ella te espeta sin más: «¿Qué tiene usted contra los relatos bíblicos? En mi opinión, no hay que fatigar a un niño con cosas que no se

adaptan a su capacidad, sino que hay que explicarles la Biblia con narraciones».

Entre nosotros, los que coleccionaron los relatos bíblicos por sí solos, nada bueno hicieron, pues los despojaron de su contenido de santidad e hicieron de ellos lecturas profanas. Pero ésta es una opinión personal que nunca he expuesto en público. ¿Qué sería de mí si publicara mis ideas sobre todas las cosas que no me agradan?

Como estaba de buen humor, dije:

—¿Quiere que le cuente una bonita historia?

»Dos personas que habían pasado la mayor parte de su vida en un pueblo,

entre cristianos, se trasladaron a una ciudad en la que imperaban las costumbres judías; preceptos y oraciones. El viejo fue a la sinagoga, vio a los judíos que discutían y no entendió nada de lo que decían, pues eran grandes doctores de la Ley que hablaban sobre un tema muy complicado. Se acercó a otra mesa, en la que se estudiaba el Talmud. Aguzó el oído, pero no entendió nada. Siguió adelante y se sentó a otra mesa en la que se explicaba la Mishná. Escuchó un rato y se quedó en ayunas. Se acercó, por último, a una mesa en la que un maestro enseñaba a los niños. En aquel momento, les explicaba, del Libro de

Samuel, la historia de David y Goliat y la historia de Abigail, la mujer de Nabal de Carmelo. El viejo aguzó el oído y escuchó. Al volver a casa, dijo a su mujer:

»—Mujer, tú conoces a David, el de los Salmos, ¿imaginas que ese David pudiera liarse con una casada y matar a uno que no era judío?».

Después de contar la historia, me quedé melancólico, como suele ocurrirme cuando cuento una historia semejante. ¿Hasta qué punto han obrado mal los que han recopilado las narraciones bíblicas despojándolas de su contenido de santidad y convirtiéndolas en lecturas profanas?

¿Qué es la santidad?

La explicación más simple es: Las más sublimes cumbres del espíritu que ninguna lengua puede describir. En un principio, la palabra sirvió para designar la santidad del Santo de los Santos, del que se ha dicho: «Yo soy el Santo».

De esta sublime virtud espiritual participan varios elementos a los que hizo partícipes de su santidad. Por ejemplo: Israel, del que se dice: «Israel es santo; pues Él lo hizo Su Pueblo, el Pueblo Santo y sólo a él le dio posesión de Su Santidad y dijo: Sed santos, pues yo soy santo». Igualmente, el tabernáculo y el templo. El tabernáculo,

porque de él se ha dicho: «un lugar santo», y el templo porque su nombre indica santidad. Igualmente Jerusalén, la ciudad santa, y la Tierra Santa, santificadas por el Santísimo, alabado sea, y por las obras de Israel, el pueblo elegido. Así, algunos días celebrados por el Pueblo, como el Sábado, llamado el Santo Sábado, y el Día de la Expiación, llamado el Día de los Santos, y todas las demás festividades divinas. Y todo esto está en la Torá y en los Profetas y en los otros Libros de la Biblia, los *Ketubim*^[*] (párrafo 16 de «Sábado»): «Todos los Libros Santos serán salvados de las llamas». Todos estos objetos deben considerarse santos,

en contraposición con los profanos. Y todo el que profana uno de estos objetos mancilla la más alta esfera espiritual, en la que todo lo creado busca santificación y sublimación.

CAPÍTULO XXVII

El niño enfermo

Todo el tiempo que permanecí en casa de los Bach, el niño estuvo mirando su libro de grabados, sin preocuparse de mí. De pronto, me preguntó:

—¿Tú vienes de la tierra de Israel?

—Sí, guapo, de allí vengo.

—¿Has estado en Jerusalén? —
siguió preguntando.

—Sí, he estado en Jerusalén —
respondí.

—¿Conociste a mi tío Yerujam?

—No; no lo conocí.

—¿Por qué no?

—Porque nunca nos encontramos.

—¿Por qué?

—Porque tu tío vivía en un sitio y yo en otro.

El niño me miró extrañado y dijo:

—Pero en la tierra de Israel todos los judíos viven juntos.

—Sí, cariño; todo el pueblo de Israel vive junto, pero aun así no se conocen todos entre sí, pues los pueblos están lejos unos de otros y el que vive en uno no puede ver a los que viven en otro.

—¿No se ven?

—No; porque la distancia se lo impide.

—Entonces, ¿por qué lo veo yo?

—¿A quién ves tú, mi cielo? —pregunta la madre del niño.

—A mi tío Yerujam —responde él sonriendo.

—¿Que tú lo ves? —pregunta la madre, asustada.

—Sí, madre; lo veo.

—¿Cómo lo ves? —pregunta entonces el padre—. ¿En sueños?

—Sí, en sueños, y también cuando estoy despierto. Siempre lo veo. Antes de que llegase este señor, vi al tío Yerujam limpiándose las botas con betún marrón.

—¿Con betún marrón? —preguntó Erela, sorprendida.

—Sí, Erela, se limpiaba las botas con betún marrón.

Ella se quitó las gafas, las limpió y volvió a preguntar:

—¿Y por qué precisamente con betún marrón?

—Para limpiar la sangre que le goteaba del corazón —respondió su hermano. Y, dirigiéndose a mí, añadió —: ¿Sabías que a mi tío lo mataron? Un árabe lo mató. ¿Por qué? Era muy bueno. Una vez me regaló un soldado de azúcar, montado en un caballo de azúcar y con una lanza de azúcar en la mano. ¡Estaba más dulce el soldado! Pero no creas que

me lo comiera. No me lo comí a pesar de lo dulce que estaba. Sólo lamí un poco las herraduras del caballo y también la lanza. ¿Conoces a mi abuelo?

—Sí; a tu abuelo sí lo conozco.

—Se ha ido a Jerusalén —dijo el niño.

Daniel le acarició las mejillas y dijo:

—Sí, cariño, se ha ido a Jerusalén.

—¿Y allí ve al tío Yerujam? —preguntó el niño a su padre.

—¿Cómo va a verlo, si el tío Yerujam ha muerto? —dijo el padre.

—¿Cuando uno se muere nadie lo ve? —preguntó el niño.

—No, mi vida; entonces nadie lo ve.

El niño guardó silencio un momento.

Luego, dijo:

—¿Por qué no se murió el árabe? Si mató al tío, es un mal hombre. ¿Qué quiere decir «muerto»? ¿Todos los que no podemos ver están muertos?

—Unos están vivos y otros están muertos —le dijo su madre.

—¿Y cómo sabemos quién está vivo y quién está muerto? —preguntó el niño.

—No hables de los muertos, tesoro.

—¿Por qué no?

—Podrían aparecérsese en sueños.

—¿Cuando los vemos están vivos?

¿Se ha muerto también Yerujam Freier, madre?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque no lo veo.

—Claro que no lo ves. Como no viene a nuestra casa... —dijo la madre.

—¿Por qué no viene ya a nuestra casa?

—Porque se encuentra mejor en otro sitio —suspiró la madre.

—¿Qué quiere decir «otro sitio»?

—Quiere decir fuera de aquí.

—¿Y yo tampoco estoy aquí? —preguntó el niño.

—Tú sí, mi vida, tú sí, tesoro. Tú estás aquí, tú estás aquí.

—¿Y por qué estoy aquí y no en otro sitio? —preguntó el niño.

—Porque estás un poco malito y no puedes andar —respondió la madre.

—¡Ahora lo sé! —dijo el niño.

—¿Qué sabes, mi rey?

—Por qué vienen a mi todos los lugares.

—¿Qué quieres decir con eso de que todos los lugares vienen a ti? —preguntó Erela a su hermano.

—Empiezan a moverse y vienen hacia mí y yo voy hacia ellos; no voy sobre mis pies, sino con todo el cuerpo. A veces, me caigo de una montaña muy alta, muy alta y voy rebotando y rebotando cada vez más abajo y de pronto estoy en un río en el que nadan muchos, muchos peces, peces que no tienen cabeza, sino una gorra de soldado. Madre, cuando sea mayor,

hazme un macuto y me iré a la guerra. Padre, ¿todos los soldados tienen una pata de palo?

La madre suspiró y dijo:

—Cierra los ojos, hijo, ya es hora de dormir.

—Tengo miedo de dormirme, madre —dijo el niño.

—No tengas miedo, tesoro. Reza el «Escucha, Israel». Tienes las manos limpias, con que di: «Escucha, Israel, Yahvé nuestro Dios es el único Dios». Y ahora, buenas noches.

—Buenas noches a los buenos.

Su madre le dio un beso y le dijo:

—Buenas noches, tesoro.

CAPÍTULO XXVIII

Una cara nueva

En la casa de enseñanza apareció una cara nueva. Todos los días veía a un anciano vestido con un harapiento traje y envuelto en harapos. Entraba conmigo y salía conmigo. Pasa el día allí sentado, sin hablar con nadie. No va con mi carácter preguntar: «¿Quién eres tú?». Si es necesario que lo sepa, ya me lo dirán.

Aparte del día de mi llegada y de aquella otra vez en que salimos a hablar de las últimas generaciones, no había

oído nombrar a la divorciada ni a su casa. Las personas con las que yo me trato no tienen nada que ver con semejante lugar y no lo mencionan ni siquiera en tono despectivo. Pero ahora todos hablan de la divorciada y de su casa. Se habla también de una muchacha a la que un anciano se acercó en la plaza del Mercado y preguntó:

—¿Podrías decirme si aún vive aquí fulanita, que era hija de fulano de tal y tal...?

—Es mi madre —respondió ella.

—Pues si ella es tu madre yo soy tu padre.

Inmediatamente corrió por la ciudad la noticia de que el divorciado había

vuelto.

El divorciado, de nombre Jayim, descendía de una noble familia, poseía grandes conocimientos de la Ley y ostentaba la dignidad de rabino. Cuando vino a vivir a la ciudad, recuerdo que todos hablaban de él y de su suegro; de él, por sus grandes conocimientos de la Ley, y de su suegro, por envidia.

Su suegro era rico en dinero, pobre en entendimiento y poseía un gran almacén de tejidos en el centro de la ciudad y un sitio fijo en la vieja sinagoga. Cuando su hija llegó a la edad de contraer matrimonio, el viejo oyó decir que en una pequeña ciudad de los alrededores de Szybuszcz vivía un rabino

que tenía un hijo muy versado en la Ley. De modo que cogió todo el dinero que tenía en la caja, lo metió en una cartera de piel, se fue a ver al rabino y, poniéndole el dinero delante, le dijo:

—Rabino, todo esto es para el esposo de mi única hija, sin contar bienes muebles e inmuebles. Si os parece bien, dadme a vuestro hijo para mi hija.

El rabino miró todo aquel dinero y concertó la boda. El rico cumplió todo lo que había prometido; más aún, adquirió una casa, la amuebló espléndidamente y compró muchos libros y lo regaló todo a su yerno; contrató a un criado y alquiló un sitio en

el lado oriental de la vieja casa de oración. Además, le asignó una cantidad para que pudiera mantener a su familia y obsequió igualmente a su padre, el rabino.

Rabbí Jayim estudia la Ley, como cumple a un hombre rico, discute con los sabios del lugar y se toma su tiempo para escribir su exégesis, que envía a su padre, el rabino, y a otros rabinos del país que le responden debidamente. Nuestra ciudad, que en otros tiempos fue renombrada por sus rabinos, a los que afluían las preguntas de todos los puntos del país y que por aquel entonces no contaba con ningún rabino y sólo disponía de un maestro que apenas

podía responder a preguntas elementales, restableció, gracias a Rabbí Jayim, el contacto con otras ciudades del pueblo de Israel en las cosas relacionadas con la Doctrina.

Y mientras Rabbí Jayim estudia la Ley, su mujer le da cuatro hijas, cuyo cuidado depende enteramente de ella, y la mujer no se da cuenta de la grandeza de Rabbí Jayim. Si se quiere, el honor que se tributaba a su marido no estaba hecho a la medida de la mujer.

Los padres de ella, que se enorgullecen de su yerno, se irritan con su hija, pues les parece que ella no hace nada para ser digna de él. Y, sin embargo, ella no sabe qué más puede

hacer. ¿No le basta con que use una peluca que le aprieta las sienes y le pesa como una rueda de carro? ¿No le basta con que disponga banquetes para la multitud de intermediarios que acuden a la casa para ofrecerle una plaza de rabino y para los que ella supone poco más que una criada? Su marido no habla con ella como no sea para mandarle que haga callar a las niñas.

Como pasara el tiempo y Rabbí Jayim no encontrara ningún rabinato, le echó el ojo al de Szybuscz. Y solía decir:

—El que ostenta el rabinato no es un rabino; es, todo lo más, un maestro, pero no un rabino. De modo que el puesto de

rabino está vacante, y ¿quién más calificado que yo para ocuparlo?

Desde su llegada, Rabbí Jayim había sido acogido con desdén por el maestro. Si el primero autorizaba una cosa, éste la prohibía, y si el otro prohibía algo, éste lo autorizaba. Finalmente, se declaró entre los dos una lucha que conmovió a toda la ciudad. En vista de que las desavenencias eran cada vez más acusadas, el partido de Rabbí Jayim tomó la decisión de nombrarle rabino. Su suegro se hizo cargo de su manutención vitalicia, liberando a la ciudad de la obligación de satisfacer un sueldo al rabino, y se comprometió a repartir donativos entre los pobres. De

los que tomaban parte en la lucha no queda ya ni uno en la ciudad; unos murieron en la guerra y otros están diseminados por todo el país. Pero entonces uno de cada tres habitantes de nuestra ciudad participaba en la lucha. Cuando la ciudad se cansó de pelear, se buscó una fórmula de compromiso: el maestro sería nombrado rabino y Rabbí Jayim ocuparía el puesto del maestro. Pero Rabbí Jayim no lo aceptó.

—No es propio del grande estar sometido al pequeño —dijo.

De modo que la pelea continuó.

La pugna no había terminado aún cuando yo marché a Israel, y una vez allí sólo me llegaban, en forma de rumores,

fragmentos de los sucesos. Por mi parte, no les prestaba demasiada atención, pues durante mi estancia en el país di la espalda a todas las cosas por las cuales andan a la greña las gentes de la Diáspora y las ahuyenté de mi mente. De todos modos, la guerra se había extendido por toda la ciudad cuando estalló la otra guerra, y toda la ciudad emprendió la huida, con excepción de algunas familias ricas que compraron el derecho a quedarse sobornando al enemigo. El enemigo tomó el dinero y luego los deportó, y Rabbí Jayim, que era el más distinguido de todos ellos, fue encarcelado. A partir de entonces, se perdió el rastro de Rabbí Jayim hasta

que un día un judío que venía de Rusia trajo una carta de divorcio para la esposa de Rabbí Jayim.

El judío dijo que Rabbí Jayim estaba enfermo y que se temía por su vida, pero que, si moría, la noticia no se comunicaría a su esposa, para que no quedara sujeta para el resto de su vida a la prohibición de contraer nuevo matrimonio. Rabbí Jayim pidió a un alto funcionario que le enviase a un escriba, redactó la carta de divorcio y pidió al escriba que la hiciera llegar a manos de su esposa. Más adelante, cuando terminó la guerra y el mundo volvió a encarrilarse poco a poco, Rabbí Jayim fue puesto en libertad. Anduvo de

pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad y de país en país. Al cabo de varios años, llegó a la patria y fue a ver a su mujer. Cuando llamó a su puerta, su mujer no se alegró de verle, como tampoco se había alegrado de casarse con él. Era hija de un hombre inculto que oraba en la vieja sinagoga y al observar el respeto con que allí se trataba a los doctores de la Ley, sentía profunda admiración por los rabinos. Su hija, por el contrario, pasaba el día en la tienda y, al observar el respeto de que gozaban las personas que trabajaban con ahínco, no sentía la menor admiración por los rabinos. De no haberse divorciado de ella, o ella de él, y haber vuelto junto a ella años antes,

la mujer quizá se hubiera dejado convencer. Pero puesto que se había divorciado y había tardado tantos años en volver, ella no se avino a un nuevo matrimonio. Además, se había acostumbrado a vivir sola. Existen ahora opiniones dispares. Unos dicen: «¡Qué mujer más perversa! ¡Lo ve necesitado y no se preocupa por él!». Otros piensan: «¡Qué hombre más ruin! ¡Vivir con semejantes transgresores de la Ley!». En realidad, la mujer velaba celosamente por su reputación y la de sus hijas; mas no por la de su casa.

La vuelta de Rabbí Jayim no impresionó a nadie. La mayoría de la gente era nueva en la ciudad, hacía poco

tiempo que se habían establecido allí. ¿Cómo iban a conocer a Rabbí Jayim? Y los que le habían conocido antes, tenían otras cosas en qué pensar y se limitaron a suspirar. Pero al verle sentado en la casa de enseñanza les remordió la conciencia y exclamaron:

—¡Ay, Señor! ¡Un hombre, del que la ciudad estuvo tan orgullosa en otro tiempo, que no tenga ahora un techo que lo cobije!

Todos empezaron a invitarle, pero él no iba a sus casas. Le llevaban comida a la sinagoga, pero él no la tocaba. Todos se sentían indignados con la divorciada porque no quería acoger en su casa a su exmarido.

—Dejadla en paz —decía Rabbí Jayim—. No me debe nada.

Al principio, todos se asombraron de que un sabio como Rabbí Jayim, en cada una de cuyas palabras resplandecía su gran erudición, permaneciera ahora sentado, en silencio, sin abrir un libro. Unos decían que los sufrimientos pasados le habían hecho olvidar todo su saber; otros, que le había sido dada una nueva visión de la Doctrina en la que los libros eran innecesarios; otros, en fin, que la causa de su reserva era la controversia que se había originado con su vuelta. Pero ¿cómo podía un hombre cuya única ocupación era el estudio permanecer ahora ocioso? ¿Era el suyo

el único caso? Estaba, sí, el de aquel otro hombre que estuvo en la ciudad antes de la guerra y que conocía de memoria las dos redacciones del Talmud, hacia delante y hacia atrás. Pues bien, aquel hombre jamás fue visto con un libro en la mano. Su única lectura consistía en la revista *Apoyos de la fe*, que utilizaba como almohada. Otro se presentó un día en la sinagoga afirmando que podía contestar cualquier pregunta que se le hiciera. Y tampoco éste consultaba nunca un libro. Lo mismo sucedía con Rabbí David, el hijo del ilustre Jakam Zví, que pasó su vida ocupado en cosas del rabinato y que, por último, llegó a un lugar en el que nadie

le conocía y se empleó como servidor de la sinagoga, manteniendo en secreto sus anteriores actividades, hasta el momento de su muerte. Y cuando murió se grabó en su lápida una inscripción en la que se decía que era una lástima que el mundo hubiera perdido tan buen servidor.

Rabbí Jayim se sienta en nuestra vieja casa de enseñanza con las manos entrelazadas y la cabeza inclinada sobre el pecho, como el que se dispone a dormir. Pero en sus ojos se ve que el sueño no acudirá a él. De vez en cuando, se mesa la barba, se endereza el sombrero y vuelve a juntar las manos, con un gesto como de dolor. Ante mis

ojos apareció la imagen del Rabbí Jayim que puso en conmoción a toda la ciudad como si le perteneciera sólo a él, antes de ser deportado, encarcelado y expulsado de una ciudad tras otra. Ante mis ojos se confundían las dos figuras. Bajé los ojos, pensando: «Y ahora vedle ahí sentado. Dios encamina los pasos del hombre. ¿Y qué sabe el hombre de sus designios?». ».

Desde que Rabbí Jayim acude a la sinagoga, las obligaciones de Janok son menores, pues el rabino llena la pila de agua, coloca las velas, llena las lámparas de petróleo y barre el suelo la víspera del sábado. Yo sigo ocupándome de encender la estufa. No

tan sólo por lo simbólico; ya he dicho que no me gustan los símbolos. La enciendo porque estoy acostumbrado a este trabajo y porque el estudio y el ejercicio se complementan muy bien.

Me dije que debía recompensar de algún modo a Rabbí Jayim por sus servicios, del mismo modo que hacía con Janok. Cuando quise darle cierta cantidad, echó las manos atrás y movió negativamente la cabeza, como diciendo: «No quiero, no quiero». Quise ayudarle de algún otro modo, pero ¿cómo hablar con él si él rehuye toda conversación? Cuando se le pregunta algo, se limita a mover la cabeza de uno a otro lado o de arriba abajo, según

quiera decir «sí» o «no».

Un día, le abordé de improviso.

—¿Necesita algo, Rabbí Jayim? —
le pregunté—. ¿Por qué está siempre tan
callado?

Él, mirándome fijamente a los ojos,
dijo, tras una breve pausa:

—El que ha sufrido mucho debe
callar, no hablar, para que no asomen a
sus labios palabras indebidas.

—¿Por qué no lee un poco? Eso le
distraería.

—He olvidado todo mi saber —me
respondió.

—¿Es posible que tan gran sabio
haya olvidado toda su sabiduría? —
pregunté.

—Desde el día en que salí de aquí no llegó a mis manos ni un solo libro ni a mis oídos una sola palabra de la Ley —me dijo.

—Aquí tiene un libro, trate de leer.

—Ya traté.

—¿Y no se sintió mejor?

Él movió la cabeza negativamente.

—¿Y cómo es eso?

—Los ojos no captan las letras ni el cerebro la idea.

Desde entonces, no volví a importunarle con una sola palabra, ni él a mí, por supuesto. Cada día entrábamos y salíamos de la casa de enseñanza juntos, él traía agua de la fuente y llenaba la pila, ponía las velas y echaba

petróleo en las lámparas. Terminado su trabajo, se sentaba en el rincón Noroeste de la sinagoga, junto al calendario de la pared, con la cabeza inclinada y las manos juntas. A juzgar por la forma en que hace las cosas, parece que está acostumbrado al trabajo. Evidentemente, aprendió mucho durante el cautiverio. Me hubiera gustado saber lo que le había ocurrido y le contaba cosas sobre la tierra de Israel, con la esperanza de despertar su interés y desatar su lengua. Pero su silencio me hacía enmudecer. Y pasábamos las horas sentados en nuestra vieja sinagoga, el uno al lado del otro, como dos vigas que soportan el peso de toda la obra sin cruzar jamás una

palabra.

Cuando el cerrajero me entregó la llave, me prometí a mí mismo no separarme nunca de ella. Pero al ver que Rabbí Jayim me aguardaba todas las mañanas a la puerta de la sinagoga y se quedaba allí hasta que yo me iba, quise darle la llave, para que no tuviera que depender de mí. Pero no la quiso. ¿Por qué? A los pocos días comprendí sus motivos. Tenía miedo de quedarse dormido en la capilla. ¿Y dónde dormía? En el cuarto de la leña. ¿Y por qué no en el departamento de las mujeres? Porque en nuestra vieja sinagoga no existe un departamento para las mujeres, y aquellas cuyos maridos

suelen ir a rezar a la vieja sinagoga
rezan en el departamento de mujeres de
la sinagoga grande.

CAPÍTULO XXIX

El frío

El frío intenso que es proverbial en nuestra ciudad se abatió furiosamente sobre nosotros. Un día, al levantarnos, advertimos que el cielo se había ensombrecido, la tierra estaba helada y dura y el frío nos atacaba desde arriba y desde abajo, desde valles y cañadas y desde montes y colinas, desde las piedras de la calle y desde las nubes del cielo. Tú no sabes lo que es un frío así, amigo, y te deseo que no llegues a

saberlo nunca. Un frío tan terrible sólo puede darse en tierra de extranjeros que el Altísimo, alabado sea, y dicho sea con perdón, mire torvamente.

Después, a la hora del crepúsculo, empezó a caer la nieve, primero en copos aislados, como plumitas blancas, después más densa, como gruesa lana. Antes de que volviéramos de la oración vespertina, toda la ciudad se había cubierto de nieve, y seguía nevando. A la mañana siguiente, todo estaba blanco, y seguía nevando. Y, mientras caían, los copos se multiplicaban sin cesar.

La nieve es hermosa para los ojos, pero dura para el cuerpo. Quieres acercarte al mercado y te hundes en la

nieve; decides volver a casa y te es imposible encontrar tus pies. Y, mientras, se te hiela la sangre y se te astillan los huesos.

El que vino de otras tierras no siente el frío; tiene un buen abrigo y pasa las mañanas y las tardes en la sinagoga y, cuando vuelve a la hostería, encuentra la estufa encendida, el samovar hirviendo y comida caliente. Pero las casas de la mayoría de los habitantes de la ciudad están llenas de nieve, hasta los pies de la cama.

El frío es ahora mayor. En el cielo no se ve ni un pájaro, y en tierra ni un perro ni un gato. Todos los pájaros han emigrado a regiones más cálidas. Tal

vez se haya posado alguno sobre el tejado de mi casa en ruinas y trine con sus hermanos, como solían trinar sobre el tejado de nuestra vieja sinagoga.

Todas las calles de la ciudad están cubiertas de nieve y las casas están hundidas en la nieve hasta las ventanas. Unas veces te parece que las ventanas han bajado, y otras que la tierra ha subido. Bajo la nieve, la escarcha y el hielo, han desaparecido los trapos que cubrían los huecos de las ventanas, pero también las ventanas que conservaban enteros los cristales están ahora tapadas por el hielo. Hace tiempo, cuando éramos niños, la escarcha dibujaba flores en algunas ventanas de la ciudad;

ahora, pone informes bloques de hielo. Antes, cuando la mayoría de las casas estaban calientes y eran pocas las que carecían de lumbre, tenía tiempo para hacer filigranas. Ahora, que casi todas las casas están frías, no hay tiempo para esas cosas.

También nuestra vieja sinagoga había de sentir el frío. No notas ya calor alguno al entrar en ella. Ya no te resulta grato permanecer allí sentado; la leña se acaba y Janok no ha venido a traer más. Hace tres días que no se le ve. Él, que aparecía con su carga cada dos o tres días, ha dejado de venir. Y antes de echar un leño en la estufa lo pienso dos veces y me pregunto qué estará haciendo

Janok.

En la estufa arde una pequeña llamita, da un poco de ilusión a los ojos pero no calienta el cuerpo. Es como si un bromista hubiera puesto una vela dentro de la estufa para engañar a la gente.

¿Cómo es que Janok no ha vuelto a poner los pies en la vieja sinagoga? ¿Habrá encontrado un tesoro en la nieve y no le hará falta seguir acarreando leña? Pregunté por él a los que estaban en la sinagoga.

—Hoy lo he visto —dijo Rubén.

—Hoy, no; debió de ser ayer —dijo Simón.

—¿Ayer, dices? ¿No sería anteayer?

—dijo Leví.

—¿Lo viste con el carro o sin el carro? —preguntó Judá.

—¿Qué más da que lo haya visto con el carro o sin el carro? —preguntó Issacar.

—Pues da mucho —dijo Zabulón—, ya que si lo vio con el carro se contradice él mismo, porque anteayer era sábado.

—¿Qué te parece, Benjamín? —preguntó José.

—Pienso lo mismo que tú —respondió Benjamín—. Vale la pena averiguar si el caballo estaba enganchado al carro.

—Y si lo estaba, ¿qué? —preguntó

Dan.

—Si el caballo estaba enganchado al carro, quiere decir que Janok salió —dijo Neftalí.

—Pero ¿hay quien pueda salir con este frío? —preguntó Gad.

—¿No tenemos bastante con el frío que hace en la sinagoga, para que tú tengas que recordarnos el frío del camino? —dijo Asher.

«Hice mal en no nombrar a Janok servidor de la sinagoga. Un servidor fijo no nos hubiese dejado sin leña». Cuando le viera le diría:

»—¿Qué ha pasado, Janok? ¿Por qué no has traído leña? ¿No ves que la estufa se ha enfriado? ¿No ves que hay judíos

tiritando de frío? ¿Qué ha sido de tu caridad? ¿Cómo vas a comparecer ante el Supremo Tribunal, dentro de ciento veinte años, si haces sufrir de este modo a los israelitas?

»Él guarda silencio y mi amargura va en aumento:

»—Eres un infame, Janok —le digo—, y tu *Enok* es un caballo infame y tu carro no es mucho mejor que vosotros dos. Los judíos se mueren de frío y vosotros salís a pasear por la nieve. ¿Habéis ido a patinar, como los señoritos que no piensan más que en diversiones y más diversiones?

»Todo esto le dije a Janok, pero no en su cara, pues Janok no se presentó a

oír mi rapapolvo. ¿Dónde está Janok? La cosa debe ser aclarada.

—¿Qué le habrá pasado a Janok? — volví a preguntar a los de la sinagoga.

—Seguramente se fue al pueblo y la nieve le obligó a quedarse allí. Conforme están los caminos no se puede viajar. Janok volverá cuando deje de nevar.

—No me preocupo por Janok; lo que me preocupa es que mañana no habrá más leña para la estufa.

—Si no es más que eso, no tiene que preocuparse. Si hay dinero, hay madera, y si hay madera, no faltará quien la traiga.

Pensé que Schimke, Joschke o

Weftsche traerían la leña, pero Weftsche, Joschke y Schimke prefirieron permanecer sentados al lado de la estufa a ir en busca de leña. Rabbí Jayim, por el contrario, trajo sobre sus hombros un saco de leña. Desde aquel día, Rabbí Jayim traía diariamente un saco de leña a la sinagoga, y cuando el frío era especialmente intenso hacía dos viajes.

Ahora nunca se apaga el fuego en la estufa y una docena de pares de ojos vigilan que nadie se lleve las brasas. A mí no me importa que alguien entre a buscar un poco de lumbre para su mujer. Pero mis compañeros no piensan así:

—Es preferible que las mujeres pasen frío a que ese bendito anciano

tenga que cargar leña dos veces al día.

Daniel Bach y yo queríamos alquilar a alguien para que Rabbí Jayim no tuviera que cansarse, pero él nos pidió que le permitiéramos seguir haciendo esa buena obra hasta que volviese Janok.

Los ojos de los avariciosos son más eficaces que un candado, pues si entra alguno a buscar unas brasas, al tropezar con aquellos veinticuatro ojos se retira, asustado.

Sigue nevando. La ciudad está cada vez más yerta. Pero en nuestra vieja sinagoga hace calorcillo y da gusto sentarse junto a la estufa a leer o a charlar. Un par de veces me dije:

«Habría que averiguar lo que ha sido de Janok; pero ¿quién es el valiente que está dispuesto a salir en busca de Janok con este frío?».

El fuego nunca se apaga y son cada día más los que vienen a calentarse; algunos madrugan mucho para asegurarse un lugar junto a la estufa. He dicho ya que todos los días nos reuníamos más de diez para el rezo; pero ahora son tres veces diez los que vienen a la oración. La víspera del sábado, algunos traen a sus hijos, para que se calienten un poco, y los niños dicen «Amén», pues aparte de «Escucha, Israel» y «Amén» no saben otros rezos. No hay en nuestra ciudad ningún maestro

para los pequeños y los padres están demasiado preocupados por el pan de cada día para poder enseñarles.

Con la compra de un cuartillo de vino completé la restauración de una vieja costumbre de nuestros mayores: la bendición del vino en la sinagoga el sábado por la noche. Y dejé que los niños lo probaran. Otro sábado compré un cucurucho de bombones que repartí entre los pequeños después de la oración. No para acostumbrarles a visitar la sinagoga (y el buen motivo que para ello tengo es lo que dice el Talmud: «¿Por qué no se traen las frutas de Ginossar a Jerusalén?»), sino para que probaran algo dulce, lo cual no podían

hacer en casa.

CAPÍTULO XXX

Janok ya no está

Un día en que, como de costumbre, estábamos sentados alrededor de la estufa, se abrió bruscamente la puerta y aparecieron en la sinagoga unas mujeres que gritaban y lloraban. Al principio, creí que venían a quejarse de que no permitiéramos que los hombres les llevasen unas brasas; pero no era así. Venían a lamentarse ante Aquel mediante cuya Palabra se hizo el mundo, de que Janok no hubiera vuelto a su casa.

Janok no había vuelto y su mujer y sus hijos traían su pesar ante el Altísimo. Abrieron las puertas del armario de la Torá y gritaron:

—¡Janok! ¡Padre! ¡Padre!

Se me olvidaba decir que algunos judíos, sin temor al frío, habían salido en busca de Janok, pero no habían conseguido dar con él. Unos cristianos que les acompañaban dijeron que seguramente se lo habrían comido los lobos y que sus huesos debían de estar sepultados bajo la nieve. Pero el corazón de una esposa confía en la Divina Misericordia y se presenta ante el Altísimo con lágrimas, súplicas y lamentos y le ruega que le devuelva a

Janok. Y sus hijos están a su lado, ante el armario de la Torá, y lloran con ella.

Los rollos permanecen mudos en el armario. Ellos encierran todo el amor, la misericordia y la caridad. La lógica exigía que la puerta se abriera y entrase por ella Janok, sano y salvo. ¡No permita Dios que los cristianos tengan razón y haya sido devorado por los lobos!

El hombre no debe dudar de la Misericordia de Dios, aunque sienta el filo de la espada en la garganta. Si conseguimos moverle a la compasión, el Altísimo puede siempre enviarnos la salvación.

El rabino de la ciudad llamó a diez

hombres justos y les ordenó recitar versos de los salmos cuyas iniciales formaron el nombre de «Janok». Primero, versos que empezaran con «J», luego, versos que empezaran con «N» y, por último, versos que empezaran con «K». Después les mandó recitar salmos cuyas iniciales formaran el nombre de su padre y de su madre. El que entienda de libros y sepa que en nuestros países no se encuentran libros de rezos así ordenados comprenderá los quebraderos de cabeza que tuvo que pasar el rabino.

Envueltos en sus harapos, los diez hombres, sentados en la sinagoga grande, recitaban, entre sollozos y lamentos: «¡Oh, Señor! Manda

querubines para consolarme, pues estoy afligido; cúrame, pues mis miembros se tambalean», y terminaban con el verso: «Coros anuncian la Gracia del Señor; es misericordioso, lleno de indulgencia y bondad». Se levantaban, rezaban una oración para casos especiales, volvían a sentarse y decían: «Vamos a romper vuestras ligaduras...» y terminaban con el verso: «Él alimenta su rebaño...». Se levantaban, rezaban una oración para casos especiales volvían a sentarse y decían: «Comparable al árbol que está plantado junto al arroyo; da fruto a su tiempo, su hoja no se marchita y todo lo hace bien», y terminaban con el verso: «Si levanta la trompeta por su pueblo,

un cántico de alabanza para sus santos, los hijos de Israel, el pueblo escogido, ¡Aleluya!». Se ponían en pie, rezaban una oración para casos especiales, volvían a sentarse y terminaban con el verso: «¡Protégeme, oh Dios; en Ti confío!». Se ponían en pie, rezaban una oración para casos especiales, se sentaban y seguían recitando versos que empezaban con las iniciales de su padre y las de su madre, se ponían en pie y rezaban: «Para complacencia de Dios» y, luego, el *Qaddish*.

También yo, por mi parte, quise hacer algo, y en mi sinagoga dispuse que en la plegaria de la mañana y de la tarde se rezara «Nuestro Padre, nuestro Rey»,

verso por verso. Cuando el rabino se enteró, se opuso diciendo:

—¿Quién introduce aquí nuevas modas? Hoy hace rezar «Nuestro Padre, nuestro Rey» y mañana dispondrá que se juegue al fútbol el sábado.

Sentí no haber hablado antes con el rabino; de haberlo hecho, él no hubiese hablado como habló. Pensé: «Dejaré pasar un día y habré olvidado mi disgusto». Pero pasó el día y no olvidé mi pesar, de modo que fui a apaciguar al rabino.

El rabino tiene cerca de setenta años, pero no los aparenta. Su cara es más bien alargada y su barba parece de oro y las hebras de plata que hay en ella

le dan la amistosa expresión de un hombre sociable. Sus movimientos son mesurados, su modo de hablar, natural, nunca levanta demasiado la voz, pero acompaña sus palabras con unos ademanes que les dan mayor énfasis. Parece corpulento, mas, en realidad, aunque alto, es delgado; sólo que, sentado en su sillón, con los brazos cruzados sobre el pecho, da la impresión de ser más grueso. Aunque es pobre y su sueldo es pequeño, se viste de fina seda y cuida sus ropas con gran esmero. En el capítulo dedicado a Rabbí Jayim mencioné ya que, en un principio, ocupaba el puesto de maestro, no el de rabino. Cuando terminó la guerra, como

quiera que sus adversarios habían muerto y la ciudad se había reducido, los que quedaban le nombraron rabino. No había sufrido grandes desgracias, aparte su controversia con Rabbí Jayim y las penalidades provocadas por la guerra y los pogroms, que eran las penas de todos. Conserva a sus hijos. Uno de ellos es una gran personalidad dentro de la piadosa asociación «Agudá Yisrael» y una especie de colaborador en los periódicos *yiddish*; otro tiene una fábrica de salchichas o algo así, otro de sus hijos se casó con una muchacha rica y es de esperar que no tardará en ocupar un rabinato, pues su suegro es pariente de un célebre *Saddiq* y, por otra parte,

está en buenas relaciones con el Gobierno.

Una de las reglas del Talmud dice así: «Del mismo modo que constituye un mérito ordenar lo que todos acatan, es también un mérito no mandar lo que no se acataría». El rabino observa esta regla rigurosamente y ello le evita muchos disgustos. Pero cuando alguien le formula una pregunta responde de modo radical; no porque sea de justicia, sino porque la severidad está muy bien vista. El rabino solía decir: «Las Leyes fueron dadas para causar una alegría a los que las estudian; haz lo que ellas te ordenan de modo que causes alegría a tu Creador y sé severo contigo mismo». Si

el consultante le contradice o le pregunta: «¿Eso dice la Ley?». «Si la conoces, ¿por qué me preguntas? — replica él—. Pero si no puedes fiarte de tus conocimientos, fíate de mí». A pesar de toda la mesura que pone en sus palabras y en sus obras, se permite también charlas ociosas y algunas veces adorna sus sermones con algún chiste; pero se guarda bien de contar dos chistes seguidos y de intercalar historias que no guardan relación con el tema.

Me recibió amistosamente, aunque se notaba que me tomaba a mal que no hubiera ido a verle antes. Pues me dijo:

—Si yo soy un rey, ¿por qué no viniste antes a verme?

Se refería a un conocido refrán que dice: «¿Quiénes son los reyes? Los rabinos».

Inmediatamente, me invitó a sentarme a su derecha y, sin más preámbulos, me explicó por qué se había opuesto a que rezara el «Nuestro Padre, nuestro Rey».

—No se debe rezar por las desgracias individuales.

Por el silencio con que acogí sus palabras, debió sacar la conclusión de que si hoy yo mandaba rezar «Nuestro Padre, nuestro Rey», mañana podía muy bien permitir que se jugara al fútbol en sábado. De manera que a renglón seguido dijo que no se debía jugar al

fútbol en sábado. Al oírle, cualquiera hubiera dicho que en Israel no se hace nada más que jugar al fútbol todos los días. Dedicó algunas censuras más a la gente de Israel, a las que no presté atención ni contesté, pues estaba pensando en otra cosa. Al verme callado, me miró más amablemente, habló un poco más alto, no mucho, y acompañó sus palabras con ademanes, para darles mayor énfasis.

—Hágame ahora el honor de pronunciar una bendición en mi casa — dijo. A continuación, gritó, dirigiéndose a su esposa—: Trae algo con que obsequiar a un visitante que viene de Israel.

Transcurrió un rato. En la cocina se oía trajinar a alguien. Aunque la esposa del rabino no había respondido, era fácil adivinar que había oído a su marido y estaba preparando algo. El rabino miró afectuosamente y se atusó la barba con complacencia; pero, de pronto, apartó los ojos de mí y miró hacia la puerta, mientras tamborileaba con los dedos sobre la mesa como apremiando a su esposa. Yo iba a rogarle que no molestara a la señora por mi causa, pues no me apetecía tomar nada, cuando ella apareció con una bandeja en la que traía dos vasos de té, unos platillos con frutas escarchadas, varias rodajas de limón y azúcar. La mujer me saludó con una

inclinación de cabeza y dijo:

—Bienvenido.

Por su aspecto, parecía más vieja que su marido. En honor del visitante, se había puesto una especie de toca. Su marido la miró cariñosamente, con aire de satisfacción. Durante la guerra, se habían relacionado con rabinos del movimiento sionista y habían aprendido los usos y costumbres del gran mundo.

En la casa había un mueble biblioteca. Cuando el rabino se dio cuenta de que yo lo miraba, me dijo:

—Éstos son, gracias a la Bondad del Señor, mis libros. Una parte fueron heredados por mí y otros comprados con mi dinero. Gracias a Dios, no hay

ninguno que me haya sido dado en pago de una deuda o dejado en prenda. Hay también libros de autores modernos que me trae mi hijo. Los autores se los envían para que él escriba sobre ellos favorablemente en los periódicos. Según me han dicho, usted también escribe. Yo no he leído ninguno de éstos. A mí me bastan los de nuestros santos maestros. Pero ya que hablamos de libros, voy a enseñarle uno que he escrito yo. Tal vez le gustaría verlo. Estoy seguro de que encontrará en él las más hermosas palabras sobre el verdadero significado de la Doctrina.

Se inclinó, abrió un cajón y sacó un objeto que parecía un libro de

contabilidad; me lo dio, me miró con satisfacción y se quedó esperando mi: «¡Qué primorosamente realizado!».

Mientras hojeo el libro, se abre la puerta y entran tres hombres. Yo me levanto para despedirme. El rabino posa su mano derecha sobre la mía y dice:

—Por favor, quédese sentado y escuche lo que estos judíos tienen que decirme. —Y, volviéndose hacia los recién llegados, dice—: Tomen asiento, señores. ¿De qué se trata? Pueden hablar con entera libertad; aquí, el señor, también es judío y puede oírlo todo.

Entonces se pusieron a hablar los tres a la vez.

—Si hablan todos al mismo tiempo

no me entero de nada —dijo el rabino.

Al oír esto los tres hombres gritaron desordenadamente:

—¡Dejad hablar a Miguel!

—¡Dejad hablar a Gabriel!

—¡Dejad hablar a Rafael!

El rabino se mesó la barba y dijo:

—Ahora, mi querido Rafael, díganos con calma por qué han venido a verme.

—¿Por qué hemos venido a verle?

—dijo Rafael—. El señor rabino debería preguntar por qué no hemos venido a verle hasta ahora.

—Si no han venido será porque no tenían nada que preguntarme. Vamos señores, díganme cuál es el objeto de su visita.

—El objeto de la visita es pedirle un día de fiesta —dijo Rafael—. La mujer de Janok no nos deja en paz. Continuamente nos está recriminando: «¡Acción! ¡Acción! ¡Han tenido que ser los cristianos los que salieran en su busca, mientras que vosotros, los judíos, no habéis hecho nada!». Rabino, me parece que habría que hacer algo.

—¿Acaso no he hecho nada? ¿No hay diez hombres que por orden mía están orando? ¡Santo Dios! No me limité a señalarles los versos, sino que se los escribí de mi puño y letra, punteando las vocales y dando la pauta para la declamación.

—Pero el señor rabino nada ha

conseguido con eso —dijo Gabriel.

—¿Quieres callarte, Gabriel?
¿Quieres callarte? ¿Porqué te empeñas
en ser pájaro de mal agüero?

—¿He dicho algo malo? —preguntó
Gabriel.

—Has dicho lo que no debe decirse.
Con oraciones se puede andar, cuando
menos, la mitad del camino. Lo que
ahora hemos venido a pedir al rabino es
que estudie la posibilidad de ordenar un
día de ayuno. Tal vez de este modo el
Santísimo se dé cuenta de nuestra
aflicción y nos permita encontrar a
Janok.

El rabino suspiró y dijo:

—El ayuno exige contrición.

—El que tenga que hacer contrición que la haga —dijo Miguel.

El rabino volvió a suspirar y dijo:

—Hay uno entre nosotros al que es imposible mover a la contrición. Ha llegado a mis oídos que ese Jayim entra y sale de la hostería a su antojo y me parece que se queda a solas con su exmujer. ¡Bajo un mismo techo!

—Seguramente confunden la hostería de la divorciada con la mía —dije al rabino.

—La lucha entre el rabino y ese hombre acabó; pero no la animosidad que el rabino siente contra él —dijo Gabriel.

El rabino dijo entonces, alisándose

la barba:

—Para que no digáis que vuestro rabino es negligente, os fijaré una fecha. Si Janok no ha vuelto el primer día de luna nueva, estoy dispuesto a ordenar un día de ayuno colectivo.

En vista de que les fijaba un plazo hasta el día de luna nueva, los tres hombres se despidieron y se fueron. Yo me despedí también.

—Ya sabe donde me tiene —me dijo él—. Espero que vuelva a visitarme.

Sentí el deseo de volver a visitarle inmediatamente, como el hombre que, habiendo ido a ver a un gran personaje y pasado varias horas en su compañía, se marchó y volvió a entrar

inmediatamente. «¿Por qué volviste? — le preguntaron—. Acababas de pasar varias horas con él». Y el hombre respondió: «¿No se dice que uno vuelve siempre a los lugares que visitó una vez? Bueno, pues yo volví en seguida para no tener que volver más».

CAPÍTULO XXXI

Janok

Se acercaba el día señalado y no se había descubierto de Janok la menor huella. La nieve envolvía todas las cosas y había impuesto silencio a la tierra. La Janokina y sus hijos iban de puerta en puerta y sus lamentos se elevaban hasta el Cielo; pero el Cielo no quería compadecerse de los hombres.

Los hombres volvieron a salir en busca del desaparecido. No dejaron pueblo sin visitar. Se unieron a la

expedición numerosos cristianos que apreciaban a Janok; pero la nieve siguió ocultando su secreto. Y el rabino no se mostraba dispuesto a ordenar un ayuno a una generación que come y bebe en el Día de la Expiación; en un principio, se dejó convencer para permitir ayunos individuales de un día y, naturalmente, él ayunaría también. Finalmente, eran tantos los que abogaban por la adopción de una medida eficaz, que el rabino, a pesar suyo, tuvo que ordenar un día de ayuno para toda la ciudad. Los que estaban presentes dijeron después que cuando el rabino accedió estaba blanco como el papel.

El sábado anterior a la luna nueva,

el servidor de la Gran Sinagoga recorrió todas las casas de oración de la ciudad para anunciar, por orden del rabino, que si Janok no había aparecido la víspera de la luna nueva, ese día desde la mañana hasta la noche, toda la comunidad debería ayunar y el que no pudiera acatar el ayuno debería redimirse de la obligación mediante el pago de una limosna. El servidor de la sinagoga anunció también que todos los fieles deberían reunirse aquel mismo día, una hora antes de la oración de la tarde, en la Gran Sinagoga, donde el rabino predicaría en público.

La gente lo comentaba jocosamente, diciendo:

—Cualquiera diría que los demás días comemos y bebemos. ¿Y qué harán los del «Club Juvenil»? ¿Se harán preparar una comida especial, como hacen el Día de la Expiación, o ayunarán como los demás, puesto que no se trata de un ayuno ordenado por la Ley?

Pero cuando llegó el día de la luna nueva cesaron las bromas y todo el mundo se abstuvo de comer y beber. Y hasta los que se encontraban de paso en la ciudad se adhirieron al ayuno.

Por la tarde, media ciudad se reunió en la Gran Sinagoga. Según me dijeron, desde que estalló la guerra la Gran Sinagoga no se había visto tan concurrida. Se hallaban presentes

incluso muchos de los que no iban a orar ni siquiera en el Día de la Expiación. El rabino subió al púlpito, se puso el manto y pronunció un sermón para despertar la conciencia del pueblo y moverlo al arrepentimiento, para que pudiera presentarse ante el Padre Eterno y Él escuchara su oración. Al empezar la oración de la tarde, el recitador entonó el salmo: «Súplica del pobre afligido que desahoga su corazón ante Dios», rezando como en un Día de Expiación menor, sacó luego los rollos de la Torá y leyó varios pasajes. Cuando el recitador se hubo sentado, el rabino mandó decir «Nuestro Padre, nuestro Rey» verso por verso. Entre los reunidos, descubrí a

varias personas que no había vuelto a ver desde el día de mi llegada a la ciudad. Los que se encontraban cerca de mí me saludaron y los que estaban lejos movieron la cabeza. No te extrañe, pues los amargados habían abandonado la ciudad. No sé lo que habrá sido de aquel que el Día de la Expiación me habló con tanto descaro en la vieja sinagoga y me dijo que seguramente yo era de los que querían que todos los días fuesen días de Expiación. A juzgar por las cartas que me dio a leer su madre, se encuentra en un lugar en el que todos los días parecen días de luto por la destrucción del Templo y ni siquiera allí se soporta su presencia.

Nada más entrar, se me acercó Zakaryá Rosen y me habló sin asomo de enojo. Entre otras cosas, me habló de lo que hacían las generaciones anteriores con motivo de las diversas desgracias que habían afligido a la ciudad y de los salmos que se entonaban en tales ocasiones. Cuando los disturbios estudiantiles, se rezaron tal y cual salmos; cuando las persecuciones, tales otros; cuando hubo otras desgracias, estos otros. Ciertas desgracias se las había referido su padre, quien, a su vez, las había oído contar a su padre, y éste, al suyo, en cuya época acontecieron. Y otras las habían contado los más ancianos de la ciudad, que las habían

leído en los viejos registros. El registro fue destruido por el fuego, aunque no lo quemó el personaje de la ciudad, al que se atribuía el hecho por haber descubierto en el registro cosas deshonrosas para su familia, sino su hijo, un talmudista, persona bastante atolondrada, y no lo quemó deliberadamente, sino por equivocación. La víspera de la fiesta de *Pésaj*, junto con otros papeles viejos e inservibles, echó al fuego el viejo registro de la comunidad. Fue una lástima, pues en él se referían hechos acaecidos hacía más de trescientos años. Sin embargo, no hay que enojarse por una equivocación.

Una vez se despertaron en Zakaryá

Rosen los recuerdos del pasado, no se movió de mi lado hasta haberme contado todas las viejas historias de nuestra ciudad que él conocía. Por ejemplo, la de nuestra vieja sinagoga. Al principio, la parte de la escuela estaba arriba y tenía una abertura que comunicaba con el baño, y la capilla de los sastres estaba abajo, en el patio de la sinagoga grande, y los muchachos más avispados veían a las mujeres entrar en el baño y se les ocurrían toda clase de pensamientos; entonces los jefes de la comunidad decidieron cambiar el emplazamiento de ambas instalaciones.

—Me extraña que no me haya preguntado usted por qué existía una

capilla de sastres y no existía una capilla de zapateros o de cualquier otro grupo de artesanos —repuso Zakaryá Rosen—. Y es que en cierta ocasión en que el Gobierno polaco oprimía a los judíos, éstos decidieron hacer el boicot al Gobierno negándose a trabajar para él hasta que modificase su actitud. Por aquel entonces, los polacos no contaban con artesanos propios. Pero los sastres no se adhirieron al boicot y los demás judíos se negaron a rezar en compañía de los transgresores, por lo que los sastres tuvieron que levantar su propia capilla. Si va a verme le contaré más historias curiosas. Y por lo que se refiere a Rav Hay Gaón... Ni usted ni

los que opinan como usted están bien informados. Poseo montones de pruebas de que descendo de Rav Hay Gaón.

Mientras hablaba con Zakaryá Rosen observé que alguien me miraba fijamente. Cuando Zakaryá se fue, el hombre que había estado mirándome se acercó a mí, me preguntó cómo estaba y pasó la mano por mi abrigo, como si mi abrigo y yo le gustásemos.

Llevaba un traje delgado y raído, con el deshilachado cuello subido. Estaba demacrado y tenía una mirada febril. Juntó sus azulados dedos, se los llevó a la boca, los calentó con el aliento y me habló a través de ellos. Al ver que no lo reconocía, sonrió y me

dijo:

—¿No me conoce? Pues ha estado varias veces en mi casa.

—¿Es usted el fotógrafo? —le pregunté.

¿Cómo se me ocurriría que podía ser el fotógrafo? Y si lo hubiera sido, ¿qué? En realidad, yo nunca había tenido tratos con el fotógrafo. Volvió a acariciar el abrigo y preguntó:

—Dígame, ¿le gusta el abrigo que le hice?

Estreché sus helados dedos y le pedí disculpas por no haberle reconocido. Y es que la preocupación que sentía por la desaparición de Janok no me dejaba coordinar mis ideas. Ahora no me

explicaba cómo no le había reconocido inmediatamente. Le pregunté cómo estaba su esposa.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó Schuster sonriendo—. Sana y contenta como un diablo en una sinagoga de mujeres. Si se queda en la cama es porque es una vaga. Además, le gusta que las vecinas vayan a visitarla, para lucir sus finas sábanas, las cuales proceden de la alcoba de una condesa. En atención a la amistad que nos une al conde y a mí no le diré su nombre, ya que ha perdido sus posesiones y no está bien decir de un príncipe que está arruinado. Pero confidencialmente le diré que recibí las sábanas en pago por

las hechuras de un traje que le hice. Y qué triste lo de Janok, ¿verdad? —El sastre suspiró profundamente, volvió a llevarse sus amaratados dedos a la boca y repitió—: Muy triste.

Le pregunté si el ayuno representaba para él un gran sacrificio. Sonriendo levemente, respondió:

—¿Un sacrificio el ayuno? ¿Por qué iba a serlo? Yo no ayuno. He obtenido una dispensa mediante una limosna. Yo soy un hombre que tiene un oficio y, por lo tanto, me encuentro agobiado por el trabajo y no puedo perder ni una hora; el que ayuna no puede trabajar, y menos cuando hace frío, y entonces queda mal. Tenemos un invierno muy crudo y todo

el mundo quiere ropa de abrigo. Hasta el mismo presidente del distrito y su esposa, a pesar de que poseen muchos trajes, se encargan otros más. El presidente me mandó recado para decirme: «Hazme dos trajes y, además, uno de ceremonia. Estoy invitado a casa de Pilsudski». Yo he tenido que responderle: «Tengo tanto trabajo que no puedo ir a verle». «Si no me haces esos trajes, me enfadaré contigo», me mandó decir. Y yo tuve que responderle: «Ya sabe usted, señor, que toda la ciudad está lo que se dice desnuda. Para ir a su casa, tengo que dejar mi trabajo, y si yo dejo mi trabajo la ciudad se muere de frío. Ni siquiera puedo hacer un abrigo

para mí, ¿no es verdad, señor? ¡Clemencia! Hay judíos que mueren de frío».

De pronto, se operó en el sastre una transformación. La compasión borró de sus labios la sonrisa, se puso muy pálido y, con voz temblorosa, dijo:

—Todo esto que estamos haciendo es inútil, señor, le digo que es totalmente inútil. Janok ha muerto. Va detrás de su carro, caminando pesadamente, el caballo avanza cada vez más despacio, la nieve cae sin cesar, Janok siente las manos cada vez más frías, todo su cuerpo está helado. Y, sin embargo, se sobrepone y se acerca a su caballo, para ver si el animal resiste. El caballo vive

aún, pero Janok está frío como un muerto. Janok se abraza al cuello del caballo y así se quedan los dos un rato; uno tiene frío y el otro también. Y estando juntos les parece, lo que es pura fantasía, común a todas las criaturas, que se dan calor mutuamente. Janok dice al caballo: «¿Tienes frío, chico?». «No; no tengo frío», responde el caballo. «Sé que lo tienes —responde Janok—; pero dices que no lo tienes para que no me preocupe. Estoy seguro de que esa mentira no te será tomada en cuenta. ¿Tienes frío, amigo?». Antes de que el caballo pueda contestar, la nieve los ha cubierto a los dos. Janok trata de salir de entre la nieve, para llegar a un pueblo

judío, donde puedan enterrarlo como a un judío. Saca una pierna; pero ¿de qué sirve sacar una pierna si tiene que volver a hundirla para sacar la otra? Janok ya no piensa, su cerebro está helado y no puede trabajar; levanta una pierna, vuelve a hundirla, su cuerpo se tambalea hacia un lado y hacia el otro, así. Pero como su sangre está fría el cuerpo se ha quedado sin fuerzas y se cae y ya no consigue volver a levantarse.

Y, al describir la caída del otro, a éste le fallan las piernas y cae a su vez.

Al oír el ruido de la caída, muchos tuvieron miedo. Unos se apartaron y se fueron, otros se acercaron. Se oyeron

voces asustadas:

—¡Agua! ¡Traigan agua!

—¡No, vinagre! ¡Vinagre!

—¡Pronto, un poco de agua!

—¡Se ha desmayado un hombre, no podemos dejarle ahí!

—Hay que darle masaje, para que no se le pare la sangre.

—¿Quién se ha desmayado?

—El sastre de Berlín.

—¡Si ahora mismo le he visto ahí hablando!

—El ayuno habrá sido demasiado para él.

—Entonces habrá que darle algo de comer.

—¡Santo Dios! ¿Qué hacéis ahí

parados? ¡Moveros ya!

Entre tres o cuatro lo levantaron y lo llevaron a la vieja sinagoga. Una vez allí, lo dejaron sobre la mesa, le levantaron la cabeza, le salpicaron con agua de la pila y le humedecieron los resecos labios. Apareció Rabbí Jayim con una humeante cafetera en una mano y un terrón de azúcar en la otra y le dio a beber café negro con azúcar. Poco a poco, el sastre fue volviendo en sí; nuevas penas le esperaban.

Al terminar la ceremonia, se me acercó el rabino y, con gran deferencia, me preguntó si me había gustado su predicación y qué era lo que más me había gustado de ella. Dijo también que

hubiese querido extenderse más, pero que, teniendo en cuenta que el auditorio estaba fatigado por el ayuno y que no estaban presentes hombres sabios que pudieran comprender y penetrar en el fondo de la Doctrina, había sido breve. Cogiéndome la mano, dijo para terminar:

—Venga a comer a casa y le diré todo lo que he dicho aquí.

Yo pensé: «Tienes que volver al lugar en el que estuviste una vez. Si hoy le visito, no tendré que volver más». Le dije que me permitiera ir después de comer. Sabía lo pobre que era y no quería privarle de una parte de la comida que apenas alcanzaría para él.

Los del hotel se sentaron a comer con sus huéspedes. Krolka iba de acá para allá, muy atareada, sirviendo a los que habían ayunado. Dolik y Lolik comían con la cabeza cubierta como si fuera Sábado y, al parecer, también habían observado el ayuno. Babtsche mostraba igualmente buen apetito. Raquel, por su parte, hacía como si comiera. El hostelero presidía la mesa, con cara compungida. A causa de los dolores de la pierna, que no habían dejado de mortificarle durante todo el día, no había podido tomar parte en la ceremonia religiosa. Ahora los dolores se habían calmado, pero él se frotaba las partes enfermas, no sé si para

agradecerles que hubieran dejado de doler o para castigarlas por haberle dolido. Pero todavía pudo distraer parte de su atención para mirar a Raquel y, con labios temblorosos, le gritó:

—¿Por qué no comes, malvada?

Raquel se sobresaltó, asió con fuerza la cuchara, se apoyó en la mesa y enrojeció violentamente. La madre miró a su marido y a su hija con gran extrañeza.

Entre plato y plato, los comensales hablaban de los sucesos del día. Uno de ellos, un antiguo estudiante de Leyes, dijo:

—Ha sido un ayuno como los que manda el Libro. Pues el Talmud nos

dice: «Un ayuno en el que no toman parte los pecadores de Israel no es un ayuno». Y una buena parte de los pecadores de Israel ayunaron hoy con nosotros.

—¡No se hable más del ayuno! — dijo otro—. Pero ¿qué me decís de la libranza?

—¿Qué libranza?

—El pago que hacen los que ayunaron y que es lo que hubieran gastado en comida de no haber ayunado.

—¡Qué severo es el Talmud con las cosas de los judíos! —terció otro—. Ni siquiera con el ayuno les permite ganar algo.

—Yo hubiese gastado cinco guldens

—dijo otro—. Tome, señora Sommer, para la mujer de Janok.

Todos los presentes hicieron elogios del que tan generoso se mostraba.

—Si a la señora de la casa le parece que la suma no alcanza —agregó éste—, le añadiré dos o tres guldens más.

Al terminar la comida, se había recaudado una pequeña cantidad para la desventurada esposa de Janok.

—Ahora voy a proponeros un negocio —dijo otro de los presentes.

—¿Un negocio? Desde que estoy en Szybuszcz no había oído esa palabra.

—Sacaremos a subasta la oración de sobremesa. La rezo el mejor postor.

—¿Subasta a la americana?

—¿Qué quiere decir eso de «subasta a la americana»?

—Todo el que quiere comprar, paga aunque no se le adjudique el objeto de la subasta.

—¿Pueden pujar las mujeres también? —preguntó Babtsche.

—Si dan el dinero, ¿por qué no?

—¿Y si gano yo? —preguntó Babtsche.

—Entonces cedes el honor a tu padre —respondió el hombre.

—Tú, que tanto hablas, ¿sabes la oración? —preguntó Lolik.

—¿La sabes tú?

—Si me la hubiesen enseñado, la sabría.

Con la oración de sobremesa, se recaudó algún dinero más, que pasó a engrosar lo reunido anteriormente.

Cuando fui a ver al rabino le conté lo sucedido.

—Voy a contarle algo muy hermoso —me dijo él—. El Gaón de «La ayuda de Jacob» predicó una vez con motivo de la boda de una novia pobre. Después de la predicación, dijo el gran rabino: «Lo que hoy conseguí con mi predicación no lo había conseguido nadie». Los oyentes se extrañaron de que un rabino tan devoto y tan sabio pudiera alabarse tanto. Al darse cuenta, él les dijo: «Incluso en mí mismo he influido. La mitad de la dádiva era mía».

Y es que aquel rabino era un hombre rico que poseía tantos bienes materiales como sabiduría. ¿Qué me dice a esto? ¿No es de envidiar semejante facultad? Bendito el que predica el bien y lo hace. —Se alisó la barba y añadió—: Me satisface que por mediación mía la gente contraiga méritos, dejándose convencer para acudir en socorro de los desvalidos.

El rabino me contó cosas que le habían sucedido durante el Gran Sínodo de Viena. Había allí varios rabinos que se opusieron a una decisión propuesta por él; pero él los venció a todos y finalmente los demás tuvieron que reconocer que la Ley estaba de su parte.

Mientras hablaba, me enseñó un paquete de cartas escritas, unas por ellos, y, otras, por él mismo.

Mientras repasaba rápidamente las cartas, pensaba en lo que un sabio había dicho sobre los libros que escribían los eruditos de sus tiempos: que si los sabios supieran lo que decían sus libros serían realmente grandes. Y es que, en sus escritos, solían citar con frecuencia las palabras del Talmud.

—¿Qué le parece? —me preguntó el rabino—. ¿No cree que conseguí un gran triunfo?

—¿Qué quiere que le diga? Yo vengo de la tierra de Israel, donde los sabios estudian la Ley por ella misma.

No se producen disputas en las que se ventile el triunfo de unos o de otros; el propósito que se persigue es que la Ley quede perfectamente clara.

El rabino se mesó la barba con gesto de irritación y dijo:

—«¡Y todo tu pueblo es justo!». ¡Las querellas, las peleas, las calumnias y las denuncias que allí se observan tienen por único objeto esclarecer la Ley! ¡Hasta los sionistas de aquí se avergüenzan de ustedes!

—Ése es el castigo del Cielo, que las querellas dividan el Reino de la Casa de David —respondí—. Aunque en Jerusalén sean muchos los que pelean entre sí, hay también muchos hombres de

paz, hombres que nada quieren para sí, hombres sin orgullo, que se afanan en el estudio de la Ley, que se alegran de sus penas y que no sienten las calamidades gracias a su gran amor por la Ley. Sus costumbres son tan hermosas como su sabiduría y su conducta se rige en todo momento por la fidelidad y por la fe. Y tan hermosas como sus costumbres son sus oraciones. Hay en Jerusalén un grupo de *jasidím* que se pasa todo el tiempo orando, sin preocuparse de nada más; sólo de que el Nombre del Señor, alabado sea, sea bendecido en todo el mundo que Él creó. A muchos no les cabe la dicha de pronunciar la oración más que una vez cada setenta años, a

otros una vez al año y, sin embargo, se reza tres veces al día.

—¿Y qué hace vuestra juventud? — preguntó el rabino.

—Yo estoy dispuesto a cargar con todas las faltas de la juventud de Israel —respondí—. Cierto que no estudian el Talmud como eruditos y que no oran como los piadosos miembros *jasidím*; pero ellos plantan y siegan y se dejan la vida por ese suelo que el Señor otorgó a nuestros padres. Y ésta es su misión, la misión que les ha encomendado el Altísimo, alabado sea: ser los vigías de su tierra. Y ya que ellos se dejan la vida en la empresa, Él deja la tierra en manos de ellos.

Al rabino se le saltaron las lágrimas pero, sin reparar en ellas, preguntó:

—¿Y qué hacen el Sábado?

A mis labios acudió el verso que dice:

—«... y mira las riquezas de Jerusalén todos los días de tu vida».

La frase invita a la acción. Es el hombre quien debe mirar por el bien de Jerusalén y no a la inversa, ¡Dios nos libre!

—El Sábado, los judíos dejan el trabajo y se visten con sus mejores galas. El que puede estudiar, estudia; el que sabe leer, lee, y el que no puede hacer ni lo uno ni lo otro sale a pasear con su mujer y sus hijos y habla con

ellos en la lengua sagrada y así cumplen con el precepto que dice: «El que camina cuatro pasos por la tierra de Israel y habla la sagrada lengua poseerá el Reino de los Cielos».

Nuevamente brotaron las lágrimas de los ojos del rabino y resbalaron hasta su hermosa barba, donde quedaron prendidas como perlas y piedras preciosas montadas en oro por las manos de un maestro. Pero el rabino, sin reparar en las perlas ni en las piedras preciosas, me miró como si quisiera sacarme los ojos y me dijo cosas que no repito aquí por no faltar a la prohibición de calumniar a la tierra de Israel.

¿Qué hacer? Tragándome mi

indignación, le respondí:

—Ya sé. Usted desea lo mejor para Israel; pero también los emisarios de la Biblia deseaban lo mejor para Israel, ¿y cómo acabaron? No quiera vivir con ellos bajo un mismo techo, ni siquiera en el Paraíso.

El rabino posó su mano en mi hombro, como para comunicarme su calor, y dijo:

—¿Sabe? Acaba de ocurrírseme una idea. Usted y yo tendríamos que darnos una vuelta por la tierra de la Diáspora y tratar de llevar de nuevo a Israel al camino recto.

—Ni usted ni yo lo conseguiríamos —respondí.

—¿Por qué no?

—Yo, porque para mí todo Israel es justo. Y, hablando de reparación, debo decir, con perdón, que también debería hacerla el Santísimo, alabado sea, pues a vuestros ojos Israel no hallaría gracia ni aunque sus hijos fueran auténticos ángeles del Señor.

Era ya medianoche y aún no habíamos terminado de hablar. Dos, tres veces me levanté para despedirme, pero el rabino no me dejó marchar. Y cuando, por fin, pude irme, él me acompañó hasta la calle.

En el cielo brillaba la luna llena. La nieve relucía y el frío había amainado un poco. Parecía que iba a cambiar el

tiempo. Sólo el Cielo sabía si el cambio sería para bien o para mal.

CAPÍTULO XXXII

En el mercado

Desde la desaparición de Janok y la entrada de Rabbí Jayim en su lugar, disfrutó de completa libertad de movimientos. Pues Janok traía la leña, el agua y el petróleo, y la víspera del sábado barría el suelo y yo me ocupaba de cambiar los cirios y encender la estufa. Pero Rabbí Jayim se encarga de todo, incluso de encender la estufa. ¿Que cómo fue? Pues un día yo llegué más tarde y él la encendió y desde aquel día

él tomó a su cargo este trabajo.

Cierto día de mercado fui a dar una vuelta por la plaza. En primer lugar, porque hacía tiempo que no veía la ciudad y, en segundo lugar, porque estaban reparando la estufa y como el olor me molestaba me marché.

El frío era ahora menos intenso y la nieve había empezado a fundirse y a perder su blancura. Hasta en lugares donde se hallaba amontonada empezaba a resquebrajarse. Aunque éstos eran síntomas de que el frío decrecía, me ponían de mal humor. La ciudad estaba vacía, las tiendas estaban abiertas pero en ellas no se veía ni a un solo cliente. En todo lo que alcanzaba la mirada no

se distinguía a un ser vivo, si descontamos algún que otro mirlo o alguna corneja que andaban por las alturas. Pero a ras de suelo no había nadie más que yo que, chapoteando en el lodo, me encaminaba hacia la oficina de Correos.

Al ver la oficina de Correos, recordé la época de mi juventud en que vivía pacíficamente en casa de mi padre y volcaba, en la correspondencia que sostenía con mis amigos, mis inquietudes acerca de la inactividad, el vacío espiritual, el desaliento y la incertidumbre frente al futuro. El sol brillaba en el cielo, los jardines estaban en flor, los árboles daban frutos, los

campos estaban llenos de trigo, el hombre tenía todo lo necesario para la vida y los judíos vivían como seres humanos. A pesar de todo, una profunda inquietud se abatía sobre nuestro espíritu y no nos sentíamos satisfechos de la vida. Uno se retuerce como un gusano en esta melancolía que se aferra a su espíritu ferozmente. ¿Qué nos faltaba entonces? La falta principal era que no sabíamos qué cosa nos faltaba. De pronto, una luz nueva nos inundó el corazón. Aquí y allí se decía que también nosotros éramos como todos los pueblos y que también nosotros teníamos una patria y que sólo de nuestra voluntad dependía que nos trasladásemos a ella y

allí formásemos una nación. Los perspicaces lo tomaron a broma y demostraron que la idea era una utopía. Y, lo que era peor, si los pueblos de la Tierra se daban cuenta de que nosotros teníamos la pretensión de constituir una nación, nos dirían: «¿Qué buscáis aquí? ¡Marchaos a vuestra tierra!». Según todas las apariencias, tenían razón. Pero, en el fondo, es imposible estar de acuerdo con ellos. Entonces el gusanillo dejó de roernos el corazón y aquel peso que nos agobiaba se convirtió en una especie de dulce melancolía de algo muy querido. ¿Para qué seguir hablando de esto? El que no conozca este sentimiento nunca podrá entenderlo; al

que lo conozca, no es preciso explicárselo.

Entonces los mudos rompieron a hablar y manos torpes empezaron a manejar la pluma. El niño apenas sabía hilvanar una frase y ya quería escribir poesías. Lógicamente, primero hubiera debido aprender gramática y leer las obras de otros poetas; pero él se puso a escribir lo que le dictaba el corazón. Y ved ahora el milagro. Con un vocabulario tan limitado que no le hubiera bastado para extender una factura conseguía escribir una poesía. Fue entonces cuando escribí aquello de: «Amor fiel hasta la muerte», la poesía que me echó en cara Yerujam Freier y

que, según él, tenía la culpa de todos sus males ya que le impulsó a marchar a Israel, etcétera. ¿Cuántos años han pasado desde entonces y, sin embargo, nosotros volvemos a pasear por las plazas de Szybuszcz como en los viejos tiempos, cuando nos roía el gusanillo de la melancolía y dejábamos caer las manos sin ánimos para el trabajo?

Ese hombre de Szybuszcz es como un bloque de piedra sacado de la cantera para hacer una estatua y luego arrojado a un lado por el escultor, sin cincelar. La piedra se encontraba en el lugar de donde salió, pero no se incrusta de nuevo en él. Sobre ella se posan el polvo y la tierra y brota la hierba, como

de la tierra fértil. El Santísimo, alabado sea, derrama sobre ella el rocío y la lluvia, y las hierbas crecen y florecen. Lo lógico sería que la piedra estuviera contenta, ya que ha vuelto a su propio suelo y sobre ella crecen hierbas y hasta alguna flor. ¿Por qué no lo está? Porque piensa en el tiempo en que el escultor la tuvo en sus manos. ¿Por qué no le dio forma? El escultor tiene que realizar una gran labor y no puede responder a todo el que le pregunta. Y, aunque quisiera hacerlo, la piedra no puede ir rodando hasta él para preguntarle, pues es muy torpe en sus movimientos; el polvo y la tierra la aprisionan. Permanece en su sitio, mirando en torno suyo.

Miremos nosotros en torno nuestro, como la piedra. Tenemos tiempo para mirar y para ver.

La fuente del Mercado, como siempre, echaba agua por sus dos caños. Un frío húmedo envolvía el lugar y la sensación de humedad aumentaba por efecto de la paja mojada esparcida alrededor de la fuente. Cuando me encuentro cerca del mar, de un río, un arroyo, un estanque, un lago, un manantial o una fuente, me gusta contemplar el agua. Pero esta vez pensé: «¡Ah! Si tuviera un coche me iría al hotel y me echaría en la cama».

Pero no fue a recogerme ningún coche, de modo que me quedé en el

mercado. Ante mí, envueltas en harapos y con los pies metidos en sacos, había varias mujeres que tenían ante sí cajones que olían a *choucroute* y a manzanas podridas. Las mujeres me miraban con cansancio, como preguntando: «¿Qué puedes necesitar tú?». Por el mercado andaban tres o cuatro mujeres con cestos al brazo. Una de ellas era Krolka. Al principio, no me vio y yo pensé que era mejor así, aunque no sabía por qué. Después volvió la cabeza y me dijo:

—¡Ah! ¿Estaba usted ahí? Vine a comprar, pero no hay nada que comprar, como no sea *choucroute* o zanahorias podridas. Ojalá tuviese ahora lo que ayer rechacé por malo. ¿No se dice:

«Los judíos despreciaban el maná y ahora comen desperdicios»?

Las mujeres se fueron. Las vendedoras se arrebujaaron en sus harapos, entornaron los ojos, callaron y el mercado quedó en silencio. Ahora se podía oír el murmullo de la fuente, el agua cantaba y el frío y la humedad parecían aumentar.

Una de las mujeres clavó sus ojos en mí y dijo:

—Por favor, caballero, ¿no quiere nada?

«¿Qué está diciendo ésa? —pensé—. ¿Qué voy a comprarle yo? ¿Acaso Krolka no se fue con el cesto vacío después de mirar en todas las cajas?»

¿Qué pretende esa insensata?».

La mujer que estaba al lado de la que me había hablado me dijo entonces:

—Cómprele, señor, hará una buena obra. Tiene la casa llena de huérfanos, huérfanos que necesitan comida.

—¿Y dónde lo pongo, buena mujer? —le dije—. Ya ve que no tengo cesto.

—Compre cuanto quiera, señor —respondió ella—. La mujer de Janok le llevará la compra a donde usted diga, ¿no es verdad, Janokina?

La mujer de Janok movió la cabeza afirmativamente.

—¿Por qué no le dices al señor que estás dispuesta a llevarle lo que sea? —Y, volviéndose hacia mí, añadió—: Está

triste y le cuesta trabajo hablar.

—¿En qué estás pensando, Janokina? ¿Quieres ser vendedora y no abres la boca? Como judía que soy, esta mujer tiene buena mercancía, señor. Huevos y manzanas. Las manzanas están como recién cogidas del árbol.

—¿Qué tienes ahí? —pregunté a la mujer de Janok.

—La cristiana del pueblo me trajo una docena de huevos —me dijo ella—, todos de esta semana.

—Puede creerla el señor —dijo la vecina—. Ella no miente.

—Está bien —le dije—. Aquí tienes el dinero. Llévalos a la sinagoga vieja.

—Sabía que el señor tenía buen

corazón —dijo la vecina—. ¿No necesita nada más?

«Yo no necesito nada —pensé—; pero tal vez Rabbí Jayim...».

—¿Qué más tienes? —pregunté a la mujer de Janok.

—Puede llevarle todo lo que usted quiera —dijo la vecina.

—Toma este dinero y consígueme una libra de café, del mejor, y tres libras de azúcar.

Volví a la sinagoga y esperé a que la mujer de Janok me trajera mis compras. Cuando lo tuve todo allí, me pregunté, con inquietud, cómo conseguiría que Rabbí Jayim aceptara mi obsequio.

Cuando todos se fueron y me

disponía a cerrar la puerta, refería a Rabbí Jayim toda la historia y le dije:

—Del mismo modo que yo no defraudé a esa mujer, no me defraude usted a mí y acepte lo que ha traído.

Rabbí Jayim palideció y me miró con indignación.

—¿Qué quería que hiciera? Yo no perseguía hacer una buena obra, sino que me vi obligado a ello. ¿Qué puedo hacer con estas cosas? ¿Llevármelas a Tierra Santa y tirarlas al mar Muerto?

Rabbí Jayim dominó su irritación y dijo amablemente:

—No es necesario que se tome tantas molestias. Gracias a Dios, no me falta nada. Con mi trabajo ahorré lo

suficiente para vivir durante una temporada. Si el Señor me conserva la vida, Él me proporcionará el sustento en el futuro.

Sujetándole por la chaqueta, le dije entonces:

—Hágame usted un favor como yo se lo hice a la mujer de Janok.

Él cogió mis compras y dijo:

—Bendito sea.

—Y usted también —respondí.

CAPÍTULO XXXIII

Rabbí Jayim y la hija de Rabbí Jayim

Ha llegado el momento de hablar de la hija de Rabbí Jayim. En realidad, debí de hacerlo en el capítulo dedicado a Rabbí Jayim, pero por aquel entonces todavía no estaba del todo al corriente de los hechos. Ahora que los veo con claridad voy a tratar de ponerlos sobre el papel.

Rabbí Jayim tenía cuatro hijas. Una estaba casada con un hombre mucho

mayor que ella y vivía en un pueblo lejos de la ciudad; otra se escapó, nadie sabe a dónde. Unos dicen que se fue a Rusia, otros que se unió a un grupo de emigrantes que iban a Israel. Otra vivía con la madre, pero no estaba siempre en Szybuscz, pues de vez en cuando se iba al pueblo, a casa de su hermana casada, para ayudarla, pues ésta tenía que cuidar a sus propios hijos, a los hijos que su marido había tenido con su primera mujer y a los hijos que había llevado al matrimonio la primera mujer de su marido. Y otra era Sipporá, la más joven, que no se movía de casa.

El viejo que estaba casado con la hija de Rabbí Jayim, llamado Neftalí

Zví Hilferding, había perdido a sus padres siendo aún muy niño y se había criado en casa del suegro de Rabbí Jayim. Cuando Rabbí Jayim se vino a vivir a Szybuscz, el huérfano entró a su servicio. El huérfano se granjeó el cariño de Rabbí Jayim y los dos solían hablar de cosas que no entran en el ámbito de un criado. Y hay que decir que no fue poco el provecho que sacó el rabino de las palabras de Neftalí Zví, tanto en las cosas temporales como en las espirituales. Rabbí Jayim era un hombre genial y, como suele ocurrir con los genios, su conducta asustaba a la gente. Cuando se produjeron las diferencias con el maestro encargado de

la enseñanza y Rabbí Jayim prohibía lo que aquél permitía y permitía lo que el otro prohibía, todos los sabios quedaron confundidos ante las normas que dictaba, y empezaron a pensar que tal vez tuvieran razón los que aseguraban que su doctrina no se ajustaba a la Ley. Muy pronto le hubieran atado corto. Lo que hizo Neftalí Zví fue obligarle a escribir sus opiniones y consideraciones y presentarlas a los grandes de la época. Éstos, a su vez, le contestaron, y sus respuestas, afines o dispares, contribuyeron a acrecentar su crédito. Neftalí Zví siguió con él la misma política en otras cosas, guiando sus actos. Sin él, Rabbí Jayim hubiera

tenido el mismo fin que la mayoría de los genios que, al principio, para salir de la pobreza, se dedicaban al estudio de la Doctrina con el mayor fervor, pero lo abandonaban en cuanto conseguían casarse con ricas herederas de padres ignorantes y empezaban una vida muelle y sin privaciones.

Así fueron pasando los años; llegó la guerra y Neftalí Zví, que no había tomado esposa, fue a parar a un pueblo en el que vivía una pariente suya, viuda, a quien el marido, al morir, dejó una tienda llena de mercancías y una casa llena de niños. Neftalí Zví la ayudaba a educar a los niños y a vender las mercancías. No se sabe si la idea partió

de él, de la viuda o del Padre Celestial, lo cierto es que antes de un año se habían casado. La mujer le dio un hijo y una hija y murió. Quedóse, pues, viudo, con una casa llena de niños, los de su difunta mujer y los suyos. Le hacía falta una mujer que cuidara de ellos, del mismo modo que su mujer necesitara antes un hombre que se hiciera cargo de los hijos de su primer marido.

Cierta vez que vino a Szybuszcz, para visitar la tumba de sus padres, fue a ofrecer sus respetos a la esposa de Rabbí Jayim. Por aquel entonces, las cuatro hijas vivían con la madre. Vio que la mayor estaba ya en edad de casarse y que las más jóvenes estaban

creciendo, que la casa era fría y triste y también que no había ni un céntimo para dotes. Esto despertó en él la compasión por la madre y las cuatro muchachas y se dijo: «Si me llevo a una de ellas para que cuide de los niños y le pago un salario, ayudo a la madre y, al mismo tiempo, la hija puede ahorrar para su propia dote». Pero le asaltaron las dudas. No estaba seguro de obrar bien. ¿Una hija de Rabbí Jayim, empleada de niñera? ¡Y en casa de su antiguo criado! Podría ocurrir que, aunque no le obligara a hacer ningún trabajo pesado, si un día, al volver de la tienda, hambriento, no encontraba la comida en la mesa, la reprendiera y de este modo,

en un momento, habría echado a perder su buena obra. ¿Qué hacer? Ellas necesitaban ayuda y él no sabe cómo prestársela. Conque decide preguntar a la madre. Al ir a verla se le ocurre la idea de proponerle matrimonio a ella, para relevarla de las preocupaciones por su propio sustento y el de sus hijas. Pero su corazón le reprocha: «¡Loco! Un objeto que ha servido al Santísimo, ¿iba a servir a un profano?». No le habló de ella ni de su hija. Pero a partir de aquel día empezó a frecuentar la casa. Vio a la hija mayor de Rabbí Jayim con la que había jugado muchas veces cuando era niña y él andaba desocupado. Recordó las veces que la había tomado en brazos

y ella se veía en sus ojos. Él cerraba un ojo y la niña lloriqueaba: la niña se ha ido. Él volvía a abrir el ojo y ella palmoteaba de alegría porque la niña había vuelto. Y cuando le acariciaba la barba y el bigote, que por aquel entonces empezaba a crecer, le decía:

—Te crece hierba en la cara. Tienes pelitos debajo de la nariz.

Ahora está allí, sentado como un viejo. Delante de él, hay un vaso de té que le ha servido la hija de Rabbí Jayim. El viejo pone la mano encima del humeante vaso. Su mano se calienta y su corazón se calienta también. Entonces abre la boca y todo lo que estaba escondido en su corazón sale a la

superficie y se abre camino hasta su lengua. Y habla de tiempos pasados, de tiempos en los que Rabbí Jayim gozaba de gran prestigio y media ciudad veía en él a su futuro rabino. El viejo mira a la hija de Rabbí Jayim y dice:

—Tiempos como aquéllos ya no volverán.

Y aunque las muchachas podrían prorrumpir en lamentos porque de aquellos tiempos no les ha quedado nada, se sienten animadas y le piden que siga contándoles cosas, sobre todo la mayor, que todavía recuerda la época gloriosa de su padre, cuando ella era niña y se sentaba en las rodillas de este viejo que ahora les habla y que, para

divertirla, hacía aparecer y desaparecer la niña que había en sus ojos.

Mientras él habla, la casa parece crecer y los muebles recobran su antiguo lustre. Hacía años que las muchachas no se sentían tan satisfechas y seguras ni oían palabras tan hermosas como las que ahora les decía el viejo. Mientras tanto, él había empezado nuevamente a cavilar: «Soy bastante rico y me gano bien la vida; pero mis medios no me alcanzan para mantener a las hijas de Rabbí Jayim, pues las hijas del primer marido de mi esposa también son mayores y tengo que casarlas». Hizo examen de conciencia: «Yo, que siempre supe aconsejar a Rabbí Jayim lo que

debía hacer, ahora no sé aconsejarme a mí mismo». Cogió el vaso, apuró su té y pronunció la bendición: «Tú, que creaste muchas almas y les diste lo que les faltaba». Luego, se levantó y se fue.

Cuando volvió a su casa, sentía nostalgia de la familia de Rabbí Jayim; pero una y otra vez apartaba de su pensamiento a las muchachas y se ponía a pensar en su propia situación de viudo. Si bien pasó la mayor parte de su vida sin una mujer al lado, hubo un tiempo en el que tuvo esposa y ella le dio dos hijos. Ciertamente que si se casó con ella fue por su casa y sus medios de vida, por lo que ahora debía buscar la que estaba designada para él. Sin embargo, esto se

dice pronto, pues la muchacha tiene veinte años menos que él y, además, ¡es hija de Rabbí Jayim! Cierto que el mundo está revuelto y los que antes estaban arriba ahora están abajo, y los que antes estaban abajo ahora están arriba. Pero la caída de unos y el encumbramiento de los otros no se produjo por justicia. La guerra creó pobres de buenas formas y ricos de tosco aspecto. De buena gana hubiera vestido a las hijas de Rabbí Jayim de seda y oro, especialmente a la mayor, la que está en edad de casarse. Pero si les da algo de su fortuna será como si lo robase a sus hijos, a los que su mujer llevó al matrimonio y a los que tuvo de

él. Por otra parte, ¿dónde encontrar un novio para ella? Sólo ve una solución al problema: casarse con la muchacha. De este modo, por lo menos no habrá que preocuparse por la dote.

Pero ¿y la muchacha? ¿Qué pensaba ella? En una cosa se parecía a su padre: en su confianza en el buen juicio de Neftalí Zví. Cuando volvió a verla, le dijo:

—No sé si habrás adivinado a lo que vengo. Pero si lo sabes, te ruego que no me contestes en seguida. Pienso quedarme dos o tres días. Entretanto, consúltalo con tu madre y contigo misma y dame una respuesta concreta. Ahora me vuelvo a mis negocios y te digo

adiós.

Cuando volvió, no hizo alusión a sus palabras y tampoco ella dijo nada. Cuando entró la madre, él se puso en pie y dijo:

—Esto es lo que he hablado con tu hija.

La madre preguntó entonces a la muchacha:

—¿Y qué le has contestado tú?

Bajando la cabeza, la joven respondió:

—No sé qué contestarle.

—Ayer lo sabías. ¿Es que ya se te ha olvidado? —preguntó la madre.

—No lo he olvidado —dijo la hija.

—Entonces, da una respuesta a

nuestro amigo —dijo la madre—. ¿O quieres que se la dé yo por ti?

—Yo misma le contestaré —dijo la muchacha.

La madre llamó a las otras hijas y les dijo:

—Venid, felicidad a vuestra hermana.

Se celebró la boda y ella le siguió a su casa. Como era débil y delicada, llamó a una de sus hermanas para que fuera a vivir con ellos y la ayudara.

No conocí más que a la menor de las hijas de Rabbí Jayim, la que vivía con su madre y de vez en cuando iba a ver a su padre y le lavaba la camisa; pues la mayor vivía lejos de la ciudad, una de sus hermanas vivía con ella y la otra

había huido a Rusia o se había unido a un grupo de emigrantes. La más joven, que se llamaba Sipporá, era callada por naturaleza. Si yo le preguntaba algo, me miraba con ojos asustados, como si tuviera miedo y me rogaba que no le hiciera daño. Con el tiempo, se acostumbró a mí y me saludaba en hebreo, a pesar de que no conocía la lengua sagrada y, con toda seguridad, ni siquiera sabía descifrar sus signos.

Pensé sugerir a su padre que le enseñara a leer; pero desistí, pues me dije: si él ha dejado de estudiar, ¿cómo va a enseñar a su hija?

CAPÍTULO XXXIV

Sobre las casas de oración de nuestra ciudad

Volvamos a la sinagoga. Como de costumbre, se reúnen las diez personas necesarias para el *minyán*^[*] y rezamos en común. Con el tiempo, se unieron a nosotros varios comerciantes que acudían a la oración de la mañana para calentarse antes de ir a sus tiendas. Había días que los reunidos sumaban tres veces diez. Más adelante, empezaron a visitarnos también los del

jasidím. Aquí, en atención a las capillas o sinagogas que había en nuestra ciudad, las de Stüblach, Schülelach, Kläusen y Kleislech, debo apartarme de mi tema.

En un principio, en todos los países de la Diáspora, a saber: Alemania, Polonia, Lituania, Bohemia y Moravia, se rezaba de acuerdo con los ritos askenazíes^[*], transmitidos de padres a hijos. El orden de las oraciones había sido establecido por inspiración divina. Pero aunque el texto sea idéntico, las melodías son muy diversas, ya que unas fueron adoptadas en el monte Sinaí y otras fueron transmitidas por los mártires de Alemania. Cuando éstos eran arrojados a la hoguera por sus

perseguidores, su alma, presintiendo la proximidad del Señor, entraba en éxtasis y ellos proferían himnos de alabanza y de acción de gracias. Ellos no se daban cuenta de que estaban cantando, pero su voz se hacía melodía; de ahí que los viejos recitadores asociaran la melodía con la oración. Y todo aquel que ora de verdad advierte cómo los sonidos se hacen canto aunque su voz no sea, en sí, hermosa. Y por eso, dondequiera que rece un judío, se reza la oración de todo Israel. Y hasta el mismo Cielo se atiende a la forma de orar de Israel, pues está escrito que: «Los Cielos anuncian la Gloria del Padre Eterno y el firmamento narra la obra de Sus Manos».

¿Y cuál es la obra de las Manos del Santísimo, alabado sea? Es Israel, sobre el que dice la Escritura: «Él te hace y Él te erige». Cuando los que habitan allá arriba advirtieron esto, cayeron en el error de creer que los días del Mesías estaban cerca y revelaron a unos elegidos de la raza secretos de la oración, de su significado y de su asociación, con el fin de que éstos pusieran mayor empeño en sus preces y de este modo acercaran el final. Pero todavía no había sonado para Israel la hora de la redención, los corazones se confundieron, creyeron que la redención llegaba por medio del castigo y muchos pensaron que su redención estaba en el

dolor; abandonaron las costumbres y adoptaron nuevas costumbres y también nuevas formas de rezar. Las puertas del Cielo se estremecieron y la oración se perdía al llegar a ellas. Y de no ser por la intervención del Maestro del Santo Nombre —¡bendita sea su memoria!— y sus elegidos, quién sabe —¡Dios nos libre!— lo que habría sido de nosotros.

También él modificó en parte nuestros textos, ajustándolos a los de los sefardíes expulsados de España, descendientes de los más ilustres miembros de la rama de Judá. Él vio que nos acercábamos a nuestro fin y que volvería a levantarse el reino de la Casa de David y por eso dispuso que se

rezara como había rezado el rey David, que en paz descansa, del mismo modo que los súbditos ajustan sus actos a los de su rey.

Cuando el Maestro del Santo Nombre murió, y después de él, sus santos discípulos, los discípulos de éstos y los discípulos de los discípulos de éstos se dividieron y cada una de las sectas invocaba al Maestro del Santo Nombre y a sus santos discípulos e introducía cambios en la oración y en la melodía; muchos adornaban el rezo con cantos pastoriles, diciendo que lo hacían en memoria del rey David, de quien procedían tales cantos; sólo que ahora habían sido adoptados por los infieles;

muchos danzaban mientras rezaban, o daban palmadas o se golpeaban la cabeza contra la pared, para ahuyentar los pensamientos que les distraían de la oración; muchos intercalaban en la oración palabras carentes de significado, que sólo sirven para interrumpir. Por ejemplo: «Padre dulcísimo». Y testigos dignos de confianza dicen que sus padres les contaban lo que habían oído de labios de sus padres, y éstos de los suyos, y así hasta llegar a los más viejos de la raza, que algunos miembros de su secta gritaban: «Danos el fuego» o «Inflama mi corazón para que te sirva, Señor», al invocar el Santo Nombre.

También en nuestra ciudad de Szybuscz había algunos hombres que así actuaban. Los jefes de la comunidad se reunieron en consejo y acordaron expulsarlos. Por ello, decidieron edificar su propia capilla, llamada por ellos casa de los *jasidím*, y por el resto del pueblo «Lezim-Schülchen» o el templo de los bromistas.

Del mismo modo que aumentaba el número de los adeptos de *saddiquím*, aumentaba también el de los *jasidím*. Con el tiempo, los *jasidím* de Kossow de nuestra ciudad se hicieron fuertes y se construyeron una capilla, y es la capilla de Kossow, situada en la Königstrasse, cerca de la fuente en la

que el rey Sobiesky de los polacos se detuvo a beber a su triunfal regreso de la guerra, y de la que nosotros sacábamos el agua para amasar el pan ácimo.

Cuando el rabino de Kossow murió, su hijo mayor pasó a ocupar su puesto y el más joven se trasladó a Wischnitz y fijó allí su sede. Los *jasidím* de Kossow no constituían un grupo unido y los hijos no se unieron ni a uno ni a otro grupo. Aparte del rito sefardí en la oración, no conservan ninguna de las costumbres de los *jasidím*.

Con el tiempo, fueron llegando a Szybuscz hombres nuevos, yernos *jasidím* que venían a vivir a casa de sus suegros, también *jasidím*, y otras gentes

de la misma tendencia. Todos iban a rezar a la capilla de Kossow, pues ellos oran según el texto sefardí.

Había en nuestra ciudad otro punto de reunión de los *jasidím*, la «Capilla Nueva», nueva en comparación con la «Capilla Vieja», y allí oraba el gran rabino, un hombre muy piadoso que, además de sus profundos conocimientos de la Ley, estaba también muy versado en la Cábala^[*]. Los más ilustres doctores de la Ley solían consultarle sobre las nuevas aplicaciones de la Doctrina, y todos los judíos que a él acudían en demanda de ayuda se beneficiaban de sus buenos consejos. (El rabino autor de *Las salvaciones de*

Jacob dijo de él, en tono de broma: «Demos gracias al Santo Nombre de que el gran rabino tenga simpatías por el espíritu de los *jasidím*; de lo contrario, no habría lugar para nosotros en la sinagoga, ya que con su sabiduría nos hubiera desplazado a todos»). Aquel piadoso rabino no dejó discípulos que pudieran comparársele y, al morir él, su capilla se convirtió en punto de reunión para los buenos padres de familia judíos que oraban según el rito sefardí, igual que sus padres, pero que, a diferencia de sus padres, no se sentían inclinados hacia los *jasidím*. En esto reside la fuerza de Szybuscz, que lo nuevo pasa pronto y la gente vuelve a las viejas

costumbres, si exceptuamos el rito sefardí para la oración, que ha quedado profundamente arraigado.

Aunque en la capilla dejó de manifestarse el jasidismo, todavía quedaban algunos de sus partidarios, pero cada vez eran más escasos y no levantaban la cabeza. Si uno de ellos empezaba a bailar o a dar palmadas durante el rezo, inmediatamente era llamado al orden: «Esto es un lugar santo, no un sitio de diversión». En cierta ocasión, unos padres de familia judíos encontraron en la capilla huesos de pato, después de que los *jasidím* habían celebrado allí una cena de Luna Llena. Todos se indignaron ante el

sacrilegio. ¿Habían tomado la capilla por una taberna?

Por aquella época, el *Saddiq* de Rusyn adquirió la hacienda de Potik, cerca de Szybuscz, y se la dio a su hijo, el *Saddiq*, como residencia; más adelante, éste se trasladó a Czortkov y fue conocido en todo el mundo como «el de Czortkov». Varios ciudadanos de Szybuscz se unieron a él y alquilaron un local. Una parte de los *jasidím* que quedaban en la capilla se fueron también con ellos. Con el tiempo, el local se hizo insuficiente, por lo que tuvieron que construirse una ermita, la «Ermita de Czortkov». Las gentes que la frecuentaban eran agradables y de

buenos modales; la mayoría poseían amplios conocimientos de la Ley y observaban buenas costumbres; sabían cantar y su oración sonaba bien, no era estridente como las de otros *jasidím*, ni monótona como la de sus contrarios, sino como la de los *jasidím* de Rusyn que se dan perfecta cuenta de ante quién se encuentran. Y, al igual que su oración, también su aspecto era cuidado, no llevaban el pelo y la barba enmarañados, ni iban descamisados, como los de Belz, sino bien peinados, con la barba arreglada y el cuello cubierto. Igual que su aspecto era su modo de hablar: sosegado y sin estridencias. Se dedicaban al comercio,

estudiaban la Ley y en los días de fiesta celebraban una comida en la ermita a base de nueces y vino, bailaban y cantaban: «Tú nos elegiste...». Durante el invierno, los sábados por la noche, después de la cena, se sientan todos juntos, beben cerveza, comen legumbres con pimienta, cantan: «Ellos se alegran en Tu Reino» y cuentan historias sobre la Torá. Y el día de la conmemoración de algún *Saddiq*, preparan un banquete con carne y vino, con bailes y cantos. Los sonos de la fiesta atraen a otras gentes que acuden al local y se quedan asombrados mirando cómo bailan aquellas personas piadosas. Mientras están allí, embobadas, uno de ellos coge

de la mano a un espectador, lo atrae al círculo y baila con él hasta que éste, entusiasmado, decide unirse al grupo de Czortkov.

No todos los que estaban en la fiesta pertenecían al grupo de Czortkov; algunos eran del de Sadigora, Husjatin, Wischnitz, de Otonia o de otros que no habían tomado parte en la polémica. Los *jasidím* de Sadigora y de Husjatin eran considerados iguales a los de Czortkov, ya que el rabino de Sadigora y el de Husjatin eran hermanos del de Czortkov. Los de Wischnitz y Otonia eran considerados inferiores; aunque los rabinos de estos lugares eran parientes del de Czortkov no contaban con la

aprobación de éste. Menor todavía era la consideración que se otorgaba a los miembros de los restantes *saddiquím*, que no tenían ningún parentesco con los de Rusyn y eran tratados como hijastros de Dios. En las peregrinaciones y en las grandes solemnidades en las que todo el que es llamado a la Torá manda decir una bendición para el de Czortkov y su descendencia y para sus piadosos hermanos y su descendencia, los de Czortkov no consentían que se dijeran bendiciones para ninguno de aquellos rabinos. Porque los de Czortkov descendían de la Casa de David, y si los tiempos hubieran sido mejores ellos hubieran tenido que ser reyes de Israel y

no les parecía bien que un plebeyo fuera nombrado al mismo tiempo que el rey. Pero muchas veces, en la conmemoración de su rabino, el recitador no se negaba a decir la oración del *Tajnún*^[*].

Había entre los de Czortkov un jasidista de Wischnitz, un hombre enérgico y muy bien dotado. Él y sus nueve hijos construyeron una ermita. Es la «Ermita de Wischnitz» y está situada detrás de la carnicería, junto al estanque negro. Los otros *jasidím* que en la ermita de Czortkov se sentían postergados, empezaron a frecuentarla, lo mismo que otros que no eran admitidos en Czortkov porque sus

rabinos habían participado en la célebre controversia. Pero aquí tuvieron que enfrentarse con la misma actitud que se les opusiera en la ermita de Czortkov. Los de Wischnitz los trataban como a intrusos, igual que a ellos los de Czortkov. Unos volvieron a sus lugares de origen y otros siguieron soportando sus penas en silencio.

Cuando se dividieron, la ermita hubiera tenido que perder vitalidad, pero no fue así, pues una parte de los de Czortkov que se habían casado con mujeres de Szybuscz iban a rezar a la capilla de Czortkov, y es bien sabido que todo *jasid* de Czortkov ha de buscar marido para sus hijas entre los *jasidím*

de Czortkov. Éste se sienta a la mesa de su suegro, no tiene que preocuparse por su manutención, acude a la capilla y estudia la Ley con el espíritu sereno. En las noches de invierno, cuando, con el cirio en la mano, elevaban sus voces en la oración, mientras en sus pechos relucían las cadenas de oro, los vecinos veían en ellos la imagen viva de sus sueños. Y todos decían: «¡Qué bendición sería que nuestros hijos se parecieran a ellos!».

Pero el deseo de los vecinos era vano, pues no había nada que desear. Las instituciones de enseñanza pública habían abierto un gran boquete en la Ley y ni siquiera nuestra vieja sinagoga, en

la que se proseguía con ahínco el estudio de la Ley, daba nuevos frutos de sabiduría. Los doctores estudiaban, sí, pero no conseguían profundizar en la Torá, pues su entendimiento no se desarrollaba, al faltarle la savia de los jóvenes. ¿Y por qué les era dado a los *jasidím* tener hijos y yernos instruidos en la Torá y a éstos no? Porque las gentes de nuestra vieja sinagoga se inclinaban hacia la investigación, pues decían que la Doctrina y la ciencia estaban estrechamente unidas y aquél a quien le faltaba una le faltaba la otra; y cuando los Institutos de enseñanza pública de Israel abrieron sus puertas, ellos enviaron a sus hijos a la escuela,

para que prosiguieran el estudio de la Doctrina científicamente. Pero, una vez en las Universidades, los hijos no volvieron a las sinagogas, sino que se hicieron abogados, médicos, farmacéuticos, contables o, simplemente, hombres sin Doctrina y sin ciencia. Por su parte, los *jasidím*, que se burlaban de las ciencias temporales y se mantenían alejados del racionalismo, no mandaron a sus hijos a los centros de enseñanza pública y la mayoría de los muchachos permanecieron junto a sus padres. Y cuando el jasidismo inició su declive, la Torá lo restauró; y, a su vez, el jasidismo fue apoyo de la Torá, pues de él salieron los mejores recitadores y

maestros. Y hasta los rabinos, recitadores y maestros que, en el fondo, no sentían inclinación hacia él, se sometían a los *saddiquím* de su generación, pues ningún rabino o maestro que no se sometiera a un *Saddiq* encontraba lugar en la comunidad.

Hay algo más que decir de nuestra congregación: acerca de los viajes que hacíamos a Czortkov, dos o tres veces al año, para ver a nuestro rabino. El que ha estado en Czortkov conoce Czortkov; el que no ha estado, ¿dónde está la lengua que puede hablarle de allí? Aparte de que allí nos era dado gozar de la presencia del *Saddiq*, teníamos ocasión de hablar con *jasidím* de todos los

países y nos enterábamos de lo que pasaba en la Diáspora. A veces, se concertaban matrimonios y de este modo entraban en nuestro grupo nuevos elementos, hasta el punto de que en la ermita no había lugar para más y, de no haber estallado la guerra, hubiera sido necesario ampliarla.

Hay algo más que decir de nuestra congregación: acerca de los conocidos que, con motivo de un viaje a Czortkov o de su regreso de allí, iban a hacernos una visita. El visitante trata a todos con deferencia, trae una nueva melodía, cuenta lo que ha visto y lo que ha oído. La charla del viajero da aires de fiesta a la jornada de trabajo. A veces, los ojos

del forastero se fijan en un joven estudiante de la Torá que le parece bien para marido de su hija, extiende el contrato de matrimonio y ofrece una comida al *jasid*.

Más arriba se dice que solían referirse historias de *saddiquím*. Para evitar que caigas en un error, añadiré que en las narraciones nunca se mencionaba a los rabinos muertos, ni siquiera al Maestro del Santo Nombre, de santa memoria. Ocurrió en cierta ocasión que uno de los ancianos de nuestro pueblo fue reducido al silencio por haber referido un hecho del Maestro del Santo Nombre. Uno de los iniciados dijo: «Si eso fuera cierto, estaría en el

Libro de Alabanzas del Maestro del Buen Nombre^[*]». Y los *jasidím* sonrieron, pues a sus ojos este libro no era auténtico.

Todas las conversaciones de los *jasidím* de Czortkov se referían exclusivamente a los antepasados del rabino de Czortkov, a sus hermanos y a él mismo. Cómo se abría la puerta de su habitación, cómo se sentaba en su sillón, cómo echaba la cabeza hacia atrás, quiénes se hallaban presentes en tal ocasión, cómo entraba en la capilla en la Noche de la Expiación y rezaba el «Escúchanos». Puede que a tus ojos estas cosas carezcan de importancia; pero todos los de Czortkov saben que

hasta los menores movimientos de aquel hombre justo constituían méritos para nuestra salvación, en este mundo y en el otro.

CAPÍTULO XXXV

Continuación del capítulo anterior

Por aquellos días brillaba la luz del rabino de Kipitschinitz. Este *Saddiq* no heredó un *jasid* de sus antepasados, sino que lo constituyó él mismo; de vez en cuando, visitaba ciudades grandes y pequeñas, sedes de anteriores rabinos y en todos los lugares acudían a él mujeres y gentes del pueblo que no acostumbraban a hacer viajes a las capillas de los *saddiquím*, pero que

creían en su poder. En cierta ocasión vino a pasar un sábado en Szybuscz. Algunos fueron a verle, a escondidas, pues querían evitar que sus compañeros se enterasen y, al llegar, se tropezaron con varios de estos compañeros que, a su vez, habían ido también a escondidas. Y es que por aquel entonces Szybuscz estaba considerado como un baluarte del antijasidismo y todo el que no era *jasid* se preciaba de ser su enemigo. Este piadoso rabino, que había venido tan sólo a pasar un sábado, en vista de las muchas personas que fueron a verle, decidió quedarse otro sábado. Aquellos dos sábados que pasó en Szybuscz el de Kipitschinitz, mandó poner la mesa en la

capilla del rabino y fueron muchos los que se sentaron alrededor de ella, unos impulsados por la fe en el *Saddiq* y otros por la curiosidad.

Aquel rabino no predicaba la Palabra de la Torá, y su comportamiento, por lo majestuoso, se parecía al del nieto del rabino de Rusyn. Había que verle, sentado a la cabecera de la mesa, con el gorro de piel bien recto, como lo llevaban los hijos del de Rusyn, con su barbita recortada y su cuello planchado, tamborileando con los dedos y cantando: *Jal, Jal, Jal*. El auditorio estaba entusiasmado. Cuando el rabino, echando atrás la cabeza, miró al cielo, un anciano, uno de los

supervivientes de los *jasidím* de Rusyn, declaró que el hombre de Kipitschinitz tenía un asombroso parecido con el de Rusyn, tanto por su aspecto de santidad como por sus actitudes. Apenas se hubo marchado de la ciudad el de Kipitschinitz, se reunieron varios del pueblo y decidieron construir para él una capilla. Al año siguiente, volvió a Szybuscz. Y entonces sucedió algo que señaló claramente el poder que este *Saddiq* poseía, tanto aquí abajo como allá arriba. He aquí lo ocurrido: Los de Czortkov estaban indignados por lo que ellos consideraban la intrusión del de Kipitschinitz en el campo del rabino de Czortkov, ya que Szybuscz pasaba por

ser ciudad adicta al de Czortkov. Cuando llegó a la ciudad, los de Czortkov no fueron a recibirle. ¿Y que más sucedió? En el mismo tren regresaba a la ciudad un respetado anciano de Czortkov. Todos esperaban que éste se acercara al *Saddiq* de Kipitschinitz para recibir su saludo. Sin embargo, no ocurrió así. El anciano se dirigió a la ciudad a toda prisa, para no mezclarse con los que iban a dar la bienvenida al visitante. Pero apenas llegó a su casa se sintió resfriado, cayó enfermo y todos vieron en ello un castigo por no haber querido tributar el debido homenaje al *Saddiq*.

Aunque no se quiera ver en esto un

prodigio del Cielo, el hecho encierra sin duda una advertencia para aquellos que no son muy escrupulosos con las muestras de respeto que se deben a un *Saddiq*; incluso en el caso de que pretendamos explicar el incidente de forma totalmente natural. De forma natural... Pues bien: el anciano estaba algo débil y al correr se acaloró y luego cogió frío. También puedes explicarlo así, si quieres: se irritó al observar las demostraciones de afecto y respeto que la ciudad tributaba a un hombre que no era su rabino y la irritación fue la causa de su enfermedad. O también: le remordía la conciencia, pues el *Saddiq* descendía del de Rusyn y era justo que

se le honrara; pero en Czortkov le habían dicho: ¡No lo hagas! De todos modos, la ciudad quedó convencida del poder del rabino de Kipitschinitz al ver el castigo del que le había desairado. Hice una visita al enfermo y le conté las habladurías de la gente. Él me cogió una mano y, sonriendo, dijo:

—Tú conoces a Efraim, el loco, ése al que todos llaman *El Profeta*. Siempre que viene por aquí me saca algo. Un día, no tenía a mano ninguna moneda y lo despedí. Él me echó la maldición de que se me rompieran todos los cristales de las ventanas. Al cuarto de hora descargó una granizada que rompió varias ventanas. Yo le dije a mi mujer: «¿Oíste

la maldición del loco?». Ella suspiró y me respondió: «La oí». Yo le dije entonces: «Si ves a uno que hace milagros, pregúntate de qué espíritu es hijo».

De todos modos, se levantó una tercera capilla en Szybuszcz. Es la capilla de Kipitschinitz, que está situada en la calle de Mühlen, frente a la casa de los baños. Los *jasidím* de Kipitschinitz que surgieron en nuestra ciudad eran gentes sencillas, de pueblo; el pueblo tiene celos del *jasid* porque para sus partidarios toda la vida es un día de fiesta y están unidos por un amor fraternal; pero al que no es uno de ellos lo miran como si le faltara algo esencial

para ser un buen judío. Se unieron a los de Kipitschinitz algunos ilustres personajes que en un principio fueron sionistas, pero que no hallaron satisfacción en el sionismo. Adoptaron otros hábitos y empezaron a usar gorro de piel el Sábado. Pero lo que su corazón deseaba ponía sufrimiento en su espíritu; porque para ser *jasid* no basta con desearlo, es necesario que el alma esté dispuesta. De todos modos, se había levantado en Szybuscz una tercera capilla.

No sé si el rabino de Kipitschinitz vino por tercera vez y, en tal caso, si se sintió satisfecho de sus *jasidím*. Si yo fuera de los que hacen suposiciones

supondría que, una vez erigida la capilla, no creyó que mereciera la pena volver. Mientras no disponía de capilla podía alimentar la esperanza de que acudieran a él muchos *jasidím*. Con la construcción de la capilla se le trazó un límite, ya que si hacía más prosélitos éstos irían a su capilla. El fogón que enciende un pobre para cocer una sopa de leche no basta para asar un buey.

En resumen, había en nuestra ciudad tres firmes baluartes del jasadismo, sin contar la ya mencionada capilla de Kossow. La guerra las destruyó todas y los *jasidím* se dispersaron por todo el mundo. Muchos murieron de hambre, por la espada, de la peste o de otras

enfermedades, de las que el Cielo nos guarde, o sucumbieron ante las pequeñeces del mundo, los *cabarets* o el juego. Sólo unos pocos resistieron los embates de la época y conservaron su confianza en el jasidismo. Cuando terminó la guerra y los caminos quedaron libres, algunos volvieron a la ciudad y la encontraron devastada. Arreglaron un poco sus casas, pusieron en orden las cosas externas y luego se dedicaron a las cosas del alma. Los *jasidím* de Czortkov se reunieron y construyeron una nueva capilla. No era como la anterior, desde luego; pero, de todos modos, los *jasidím* de Czortkov estaban ya en mejor situación que los

demás de la ciudad. Éstos se arrimaron a los de Czortkov y a su capilla. Y verdaderamente hubieran debido formar todos una comunidad y someterse de buen grado a una sola autoridad. Pues la guerra había sido un aviso para el pueblo de Israel, la guerra le había hecho conocer el destierro e Israel hubiera tenido que comprender que, mientras no se nos otorgue la Redención total, debemos someternos a los fuertes. Pero el destierro de Edom^[*], al que Israel se había acostumbrado, por pesado que sea, se puede soportar. El destierro de Jacob, sin embargo, no se soporta, pues es más cruel que cualquier otro destierro. Al ver que no se les

admitía en la capilla de Czortkov, se diseminaron, unos aquí y otros allá, y un pequeño grupo acudió a la vieja sinagoga, a pesar de que aquí se reza según el rito askenazí.

A pesar de que aquí se reza según el rito askenazí, en nada cambiaron las costumbres vigentes y en la vieja sinagoga no se produjo la menor confusión. Y a nadie se le ocurría llevar licor para el propio consumo o para obsequiar al rabino. En nuestra vieja sinagoga se observaba mayor severidad que en las otras. Todo el que iba a rezar allí debía comportarse como los habituales. Sólo se reconocía a los *jasidím* por las historias que se contaban

unos a otros.

Estas historias de los *jasidím* se referían al esplendor de los *saddiquím*, tanto de nuestra generación como de las anteriores. La mayoría son historias en las que ocurren prodigios innecesarios e inexplicables, sólo porque los *saddiquím* gozan de tanta estima del Padre Eterno que Él no vacila en alterar el orden de su Universo para divertir a sus predilectos. Todos los acontecimientos se inician en el orden temporal y entran luego en el espiritual, y la obra humana y la divina se entremezclan y ayudan y cuando una falla la otra la suple. También en las cosas corporales, el Santísimo, alabado

sea, hace milagros para ellos, enviándoles al profeta Elías para que les dé pan o a un serafín para que les encienda la pipa.

Quisiera que pudieras sacudirte la tierra que cubre tus ojos, Rabbí Avigdor, tú que la víspera del Sábado, al anochecer, echaste a Rabbí Uriel, el maestro del jasidismo; ahora verías en tu sinagoga a los discípulos de sus discípulos refiriendo los más asombrosos prodigios de rabinos que por su sabiduría y su piedad no le llegan a Rabbí Uriel ni a la orla del vestido.

CAPÍTULO XXXVI

La carta

Desde que Rabbí Jayim se encarga de todo lo concerniente a la sinagoga, yo ya no tengo que preocuparme y puedo quedarme en la cama hasta más tarde, o estar más tiempo de sobremesa o charlar con otros huéspedes.

Los que se hospedan en el hotel son personas activas, no muy predispuestas a la charla ociosa; no desdeñan, sin embargo, hablar con el viajero, pues saben que procede de la tierra de Israel

y todo judío debe de estar enterado de lo que ocurre allí.

La tierra de Israel no era ya simplemente tema de discursos, reuniones y festivales, sino que se había convertido en algo concreto sobre lo cual la mayoría de la gente quería informarse a fondo, tanto los que padecían necesidades como los que todavía no las padecían. Aquéllos a quienes les gustaba hacer números, no tardaban en sacar lápiz y papel y echaban la cuenta de lo que podía rentar una casa en Tel-Aviv o una pequeña casa de campo. Muchas veces, el resultado, comparado con lo que le rendía su negocio en su punto de residencia actual,

era favorable; si vendía la casa y la tienda, podría emigrar a Israel y poner un negocio allí. Pero, entre nosotros, casa y tienda están cargadas de hipotecas y las mercancías valen poco. El hombre cierra entonces su cuaderno de notas y se queda pensativo. ¿Qué puede hacer el que carece de dinero? ¿Quedarse aquí y morir como un perro? Yo le digo entonces:

—¿Y por qué no emigró cuando todavía tenía dinero suficiente?

Y él responde sarcásticamente:

—Cuando tenía dinero mi vida estaba asegurada y no me hacía falta andar de acá para allá.

El viajero calla. El de los números

dice:

—Entonces, ¿qué se puede hacer?

Yo le digo que no lo sé. El de los números grita entonces:

—¿Qué quiere decir con eso de que no lo sabe? ¿Porque uno sea pobre hay que cerrarle las puertas de la patria? ¿Es que quiere burlarse de mí?

Yo le aseguro que nunca me reí de un judío.

—Si hay alguien de quien pueda uno reírse son los que pretenden hallar la felicidad en este mundo; pero de un judío, que siempre y en todo momento piensa en la otra vida, de ése no podemos reírnos.

—Dígame entonces, por favor,

cuáles son los méritos de esos jóvenes que, sin poseer dinero ni bienes materiales de ninguna clase, son recibidos en Israel con los brazos abiertos.

—Sus méritos son, simplemente, ganas de trabajar.

—¿Qué es eso de ganas de trabajar? ¿Imagina acaso que yo no trabajo? Desde que tengo uso de razón me he afanado como el asno uncido al carro o como el buey uncido al arado y en toda mi vida no he gozado de una hora de descanso. —Y su rostro envejecido da fe de la veracidad de sus palabras.

—¿Y qué dice el que detenta la hipoteca de su casa y de su tienda? —le

pregunto—. ¿También él desea emigrar?

El hombre me mira con asombro, como si dudara de mi sano juicio. ¿No me ha dicho ya que uno no se marcha del lugar en el que los negocios le van bien?

—Así que no tendremos más remedio que esperar la llegada del Mesías —dice.

Dolik terea entonces en la conversación. Dice:

—Cuando llegue el Mesías, a ver si me da usted una buena recomendación para que se me encomiende la vigilancia sobre la distribución de certificados.

Son muchos los que se me quejan. Los sionistas recaudaron tanto y cuanto para el «Fondo Nacional Judío», y ahora

que ellos desearían emigrar se les niega la autorización de entrada. Para todos los propagandistas, oradores y personas particulares que llegaban de la tierra de Israel se organizaban espléndidos ágapes, y ahora, cuando les escriben para pedirles un certificado de inmigración, no contestan.

Muchos han abandonado ya la idea de emigrar: la tierra de Israel es pequeña, los negocios que allí pueden establecerse son de poca importancia, no dan para vivir; pero si uno encuentra a alguien que viene de allí, quiere enterarse de lo que hay de cierto y lo que hay de falso en las cosas que se cuentan. Ya se sabe, la verdad es distinta

de como la exponen los oradores públicos y de como la cuentan los periódicos, y también es distinta de como la pintan los que vuelven de Israel, derrotados. Así, pues, ¿qué hay de cierto y qué hay de falso en todo ello?

Yo digo:

—Unos y otros dicen la verdad.

—¿Cómo es posible, si unos elogian y otros denostan? Unos dicen que es una tierra en la que no falta nada, y otros que es una tierra que devora a sus habitantes. Lo mismo ocurre con sus pobladores. Unos dicen: ¡Todos son ángeles! Otros: ¡Son peores que el diablo!

—Ocurre lo mismo que con el sol —

respondo—. A unos vivifica y a otros abrasa. Es el mismo sol; pero para los justos es vida y para los malos es el fuego del infierno. Así también la tierra de Israel trata a cada hombre según lo que él es.

Un hombre que se había mantenido apartado, me saludó y me dijo:

—En realidad, no debería saludarle, pero me han dicho que descende de una buena familia y por eso le saludo.

—¿Qué he hecho para incomodarle?

El hombre tenía dos hijos que observaban los Mandamientos y poseían buena educación. Los dos se fueron a Israel y luego volvieron a su tierra natal. Cuando volvieron habían dejado de

observar los Mandamientos y habían perdido su buena educación.

Me quedé pensativo: Un viejo tenía dos hijos... y llegó la noticia de que los dos habían vertido su sangre el mismo día. Freide tenía dos hijos... y los dos vertieron su sangre el mismo día. Grande es la medida del Señor, tanto para lo bueno como para lo malo. Al dar y al quitar lo hace por partida doble. Pregunto al padre de los dos hijos:

—¿Por qué regresaron?

—¿Por qué se fueron? —responde él.

—¿Por qué se fueron? —pregunto entonces.

—¿Por qué se fueron? —dice él—.

Para perder la fe, para eso se fueron.

—¿Y la perdieron?

—¡Vaya pregunta! —exclama él, furioso—. Hasta las filacterias y los mantos dejaron allí. Y de no haberlos recogido y traído a la ciudad una persona infiel que vivía en su misma residencia, las filacterias y los mantos se habrían quedado allí, en un lugar no consagrado.

—Los infieles son los infieles, pero tienen su moral. Aquí, en Szybuszcz, los incircuncisos se apoderaron de los mantos y las filacterias y los utilizaron para sus fines. Creo que en su ciudad hicieron lo mismo.

El padre de los dos hijos me

respondió, enojado:

—En todos los males que nos afligen los sionistas encuentran un motivo de satisfacción y en cada caso sacan la conclusión práctica de que los israelitas deben marchar a su tierra.

—Y los no sionistas no sacan conclusión práctica alguna de ningún mal —respondí.

Volvamos a nuestro tema. Desde que Rabbí Jayim se ocupa de todo lo relacionado con la sinagoga, dispongo de más tiempo para mis cosas. Unas veces converso con otros huéspedes y otras veces paso revista a mis trajes y

ropa interior, para decidir lo que se debe tirar y lo que se puede dar a los pobres.

La señora Sommer es una mujer servicial y hacendosa. Un día, tiré un par de calcetines que estaban llenos de agujeros y dos días después los tenía otra vez en mi poder, primorosamente zurcidos. Lo mismo ocurrió con una camisa y con otras prendas. Krolka la ayuda. Le da pena este viajero que llegó para pasar una noche y que lleva ya muchas noches lejos de su esposa y de sus hijos y no sabe distinguir entre las cosas que se pueden remendar y las que no.

Y en mis ropas van surgiendo los

zurcidos, como sellos puestos por manos laboriosas, y seguro que el zurcido durará más que la vieja camisa. El zurcido del calcetín merece especial admiración; está hecho con hilo distinto y, sin embargo, gracias a él, el calcetín está entero. Feliz aquel cuyas prendas merecen ser remendadas y tiene quien se las remiende.

He hablado mucho de mis prendas remendadas; y si, por otra parte, no hablo mucho de mis prendas nuevas, ello no quiere decir que no tenga que hablar de las remendadas. Además, me traen el recuerdo de tiempos pasados, de cuando era soltero y vivía en pensión. Desde entonces las cosas han cambiado

para mí. Ahora estoy casado y tengo dos hijos; marché a Israel, he vivido en Jerusalén y soy dueño de una casa. Y, de pronto, el pasado parece haber vuelto; vivo otra vez en el extranjero, en una habitación alquilada, y tengo que preocuparme de mi ropa como un soltero.

¿Por qué estoy yo aquí y mi mujer y mis hijos están en otro lugar? Cuando los enemigos destruyeron mi casa y destrozaron todos mis bienes, me invadió una profunda apatía y no tuve fuerzas para reconstruir el templo de mi hogar después de haberlo perdido por segunda vez. La primera vez que perdí mi casa fue en el extranjero, y la

segunda, en la patria. Pero cuando me destruyeron la casa del extranjero la desgracia me pareció justa, era el castigo por haber ido a vivir al extranjero. Entonces formulé el propósito de que si Dios me ayudaba a volver a Israel, construiría mi casa allí y no volvería a abandonar la patria.

Y, ¡alabado sea Dios! Él hizo que pudiera volver a la tierra de Israel y me permitió vivir en Jerusalén. Llevé conmigo a mi familia, alquilamos una casa, compramos el ajuar y día tras día yo daba gracias a Dios, alabado sea, por haberme dado refugio y por permitir que me contara entre los habitantes de su ciudad. Y yo gozaba del aire de la

ciudad, perfumado con todas las cosas buenas y, lleno de asombro, me decía: «Si es tan hermosa a pesar de estar destruida, ¿cómo será después, cuando el Santísimo, alabado sea, conduzca hasta aquí a todos los que andan dispersos por el mundo, y reconstruya Su Ciudad?». Y veía a los jóvenes trabajando entre escombros, edificando casas, plantando jardines y cantando canciones en la lengua sagrada. Y veía volar los pájaros y oía sus trinos y me parecía estar soñando, pues desde el destierro de los israelitas todos los pájaros habían desaparecido del cielo, y si alguno se veía parecía un montoncito de polvo, o un terrón de tierra con alas.

Y ahora los pájaros habían vuelto a la ciudad. Desde arriba, unos Ojos nos miraban nuevamente con misericordia, «pues Dios mira desde las alturas de Su Gloria; Él mira la tierra». Y ahora veíamos con nuestros propios ojos cómo el Señor, alabado sea, miraba a Su Tierra con complacencia. Ahora se levantaría Su Pueblo. Y caímos en el error de creer que el destierro había terminado y nos alegrábamos, pensando que el Mesías estaba próximo a llegar.

En este apacible estado de ánimo nos sorprendió la desgracia. Sobre nuestra Ciudad Santa y sobre otras ciudades de nuestro Dios el enemigo arremetió con su espada, y las casas de

Israel fueron saqueadas y destruidas y los israelitas asesinados. Todos nuestros esfuerzos habían sido en vano. Y su ira no se ha aplacado aún y su mano — ¡Dios nos asista!— sigue levantada.

Mi mujer, mis hijos y yo salimos con vida y nos salvamos de la ruina; pero la casa fue saqueada, mis libros, destruidos, y la casa en que íbamos a vivir quedó arrasada. El Señor nos da y el Señor nos quita, alabado sea su Santo Nombre.

Alabado sea el Nombre del Señor por habernos permitido conservar la vida, aunque los objetos de la casa y los libros fueran destruidos o robados. Para mí, todas las cosas de la tierra de Israel

son como una parte de mi alma, de modo que ahora me sentía herido en el cuerpo y en el alma. Y más que yo sufrió mi mujer, cuyas manos perdieron toda energía cuando la desgracia nos afligió. Cuando una parte de la población volvió a sus casas, para volver a edificar sobre las ruinas, nosotros no nos sentimos con fuerzas para reconstruir nuestra casa. Cuando el que ha dejado atrás más de la mitad del camino de la vida se enfrenta por segunda vez con la destrucción de su casa, las fuerzas le abandonan. Ella y los niños se fueron a Alemania, a casa de unos parientes, y yo volví a mi ciudad natal.

Lo que hice allí queda relatado en

este libro. Lo que ella hacía en casa de sus parientes me lo relataba en sus cartas. De sus cartas se deducía que la estancia en el extranjero no le resultaba desagradable, al contrario, ya que al verse libre del peso de la casa y del trabajo de atender a las visitas, podía dedicar más tiempo al cuidado de los niños y a su educación. Pero los niños sienten nostalgia de la patria y cuando les ocurre algo desagradable suelen decir: «En Jerusalén no pasan estas cosas». En realidad, ella también siente nostalgia de la tierra, y, por supuesto, del clima. Sin embargo, su estancia en el extranjero le sienta bien, pues le permite descansar y a los niños conocer a su

familia y su lugar de origen. Ya hablan alemán y a la familia le divierte su modo de hablar, que conserva algo del hebreo. Y sus pequeños parientes, por su parte, aprenden también alguna palabra de hebreo. Seguramente saben más hebreo que el rabino. Cierta día, la pequeña le dijo:

—Coge un «Shrafrac».

Y el rabino no sabía qué era. Pero un profesor que estaba allí exclamó:

—¡Un taburete! ¡Colosal, colosal, la niña habla la lengua del Talmud!

Pues esta palabra no figura en el léxico de Gesenius^[*] sino en el del Talmud y corresponde a la literatura talmúdica.

No apremio a mi mujer al regreso, ni ella me apremia a mí. Mientras no esté colmada la medida del destierro que pesa sobre nosotros, viviremos en el extranjero, ella con sus parientes y yo en mi ciudad natal. Nos comunicamos semanalmente, por carta; yo le escribo todo lo que puedo y ella me escribe todo lo que puede.

También algunos de los amigos que quedaron en la patria me envían cartas. A unos les contesto y a otros no. Contesto las cartas que no requieren contestación y dejo de contestar las que la requieren, pues como son las que están más cerca de mi corazón prosigo conmigo mismo el diálogo que iniciaron

ellas, y como hay tanto que decir nunca me decido a ponerme a escribir y voy demorando la contestación de un día para otro y de una semana para otra. Pero a mi mujer y a mis hijos les escribo con regularidad, tanto si hay algo que decir como si no lo hay. Desde que Rabbí Jayim se ha hecho cargo de todo lo referente a la sinagoga y a mí me queda más tiempo libre, les escribo más extensamente.

Hay en las cartas pocos hechos y muchas palabras, y aún escribo añadidos en el margen y entre líneas. Me parece ver a mi mujer sentada delante de mí, con la epístola entre las manos, dando vueltas al papel y esforzando la

vista para descifrar cada signo. Me gusta que mi mujer dedique tanto tiempo a mis cartas, en lugar de hacer como otras mujeres que leen las cartas de sus maridos muy de prisa y luego las doblan y las guardan sin más. Tal vez las lea más de una vez, tal vez las lea en voz alta, como yo hago con las tuyas, sólo que su voz suena mejor que la mía.

También las que yo le escribo las leo en voz alta, y tengo mis motivos para hacerlo, pues la voz flota en el aire y circula de pueblo en pueblo y a menudo enlaza lugares distantes que, por el efecto de la voz, se funden en uno solo.

Después de escribir a mi mujer y a los niños pensé: «Ya que tengo la pluma

en la mano, escribiré a Israel para que me manden una caja de naranjas». Uno se cansa de comer patatas todos los días y a veces siente el deseo de probar una fruta a la que corresponde la Bendición de la Fruta, una fruta que alegra los ojos y el corazón. Las patatas son también un manjar puro y también se bendicen, pero las naranjas son mucho más hermosas. No en vano ha sido favorecida con ellas la tierra de Israel, pues el Santísimo, alabado sea, planta en su Jardín las frutas más hermosas, ¿y cuál es el Jardín del Señor? ¡La tierra de Israel! Estamos en la estación de las naranjas. Los huertos están llenos de frutos que parecen pequeños soles colgados de los

árboles y perfuman el aire. Allí trabajan chicos y chicas; ellos, donde se requiere fuerza; ellas, donde se requiere gracia. Si tienes suficiente imaginación, combina fuerza y gracia. Sería una pena que una de las dos llegase a faltar.

Volvamos al tema. Los huertos están llenos de árboles y los árboles llenos de fruta. Chicos y chicas la ponen en cestos que son llevados a la planta embaladora. Allí, otras chicas, tan diestras y garbosas como las de fuera, escogen la fruta y envuelven la más selecta en papel de seda impreso con caracteres hebraicos. La mediana calidad es enviada a los mercados de Jerusalén y de otras ciudades. Hay mucha gente,

como los pioneros, que viven únicamente de naranjas. Yo, gracias a Dios, podía comer otras cosas que se cosechan en la patria y fuera de ella, y las naranjas son para mí sólo un regalo para el paladar. Medito un momento, preguntándome a quién escribir. Si escribo a un amigo, quizá se encuentre en el extranjero y mi carta no le llegue. Las alas que lo llevaron a Israel se convirtieron luego en ruedas que le traen y le llevan por el extranjero. Ayer estaba todavía en la patria, hoy se encuentra ya en otro lugar. Ayer, en un congreso, hoy, en una conferencia. Y cuando no hay congresos ni conferencias, su cuerpo le dice: «Durante todo el año estás

viajando por obligación, hazlo ahora por ti mismo, vete a tomar baños».

Pero hay en la patria un hombre al que nada consigue mover de allí: ni congresos, ni conferencias, ni balnearios, ni necesidades corporales. Desde el día en que abrió su pequeña tienda de frutas y verduras permanece allí, como si hubiera echado raíces. A éste seguro que le llega mi carta y no dejará de mandarme la caja de naranjas. Este comerciante es modesto y reservado y no le gusta darse importancia. Todos sus pensamientos se centran en el bienestar de su familia, en educar a sus hijos y en casar a sus hijas. Y quizás a ellos Dios les ayude y no

necesiten estar siempre en la tienda, como su padre, pues tiendas hay de sobra y apenas dan para vivir. Después del segundo regreso a la patria, Esdras introdujo en la tierra de los judíos la venta ambulante: los comerciantes iban de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad; después del tercer regreso, los judíos pusieron tiendas. En tiempos de Esdras, Israel era un pueblo de campesinos que aguardaban pacientemente a que los comerciantes acudieran a ellos. A nosotros nos es extraña la vida del campesino, somos impacientes, no podemos esperar y por eso hemos abierto muchas tiendas, en cada calle, en cada casa, en cada rincón

y en cada esquina.

Este tendero me agrada. No es como la mayoría que, a cada cosa que les pides, te preguntan: «¿Qué más desea?», como si a sus ojos no valiera nada lo que ya les compraste. Este comerciante, por el contrario, posee gran discreción; no trata de obligarte a comprar cosas que no necesitas, pero en aquello que le pides te sirve bien. Antes de un mes pienso comer las naranjas que él me envíe.

CAPÍTULO XXXVII

Naranjas

El cartero me dio una carta. A mis ojos, la carta es lo principal, y el cartero, lo accesorio. A los ojos del cartero, él es lo principal, y la carta lo accesorio. Sin él, la ciudad de Szybuszcz estaría aislada del mundo, y más allá de sus límites nadie sabría de ella.

El cartero es un hombre corpulento, de grandes manos y grandes pies. Su pelo carece de color y sus ojos son como la cerveza floja que se fabrica en

Szybuszcz. El bigote le apunta por un lado hacia arriba y por el otro hacia abajo, y en vez de barba tiene crines. ¡Qué distinto era el cartero de antes, con sus patillas a lo Francisco-José y aquel bigote que campeaba en su labio superior como el héroe que acaba de derrotar al adversario! Antes de desempeñar el cargo de cartero de Szybuszcz había sido gendarme de la Guardia Real y toda la ciudad le temía. El nuevo cartero, por el contrario, parece medio pueblerino y medio ciudadano y no acabo de creer que sepa leer lo que está escrito en los sobres. En cuanto al bigote, eso de que una de sus puntas esté doblada hacia arriba y la

otra hacia abajo me parece que es culpa de los habitantes de Szybuszcz, que están tan ansiosos por recibir su correo que no le dejan tiempo para que se arregle el bigote.

De todos modos, la cartera que le cuelga sobre un costado está tan repleta como antes y tiene el mismo aspecto de cosa importante. Todos los acontecimientos de la época están contenidos en ella: periódicos, papeles de negocios y cosas por el estilo. ¿No es maravilloso? A un animalito que correteaba por el campo haciendo «meee», le quitaron el pellejo e hicieron con él una bolsa que arroja cosas que hacen exclamar: ¡Qué dolor! Pero la

carta que hoy me trae el cartero no encierra tristeza, la carta viene de la tierra de Israel. Por lo visto, también el cartero lo ha notado. Su voz tiene una especial sonoridad al dirigirse a mí.

Miré los sellos, con sus signos hebraicos, y dije al cartero:

—El día de su fiesta no le di nada, de modo que ahora le pagaré el doble.

Él se inclinó hasta la bolsa, tomó el dinero y dijo:

—Muy agradecido, señor.

—No me gusta meter la nariz en vidas ajenas —le dije—; pero ese dinero procede de la tierra de Israel, de modo que hay que administrarlo con cuidado. Si está casado y tiene hijos,

cómpreles higos, dátiles o cualquier otra fruta buena.

Se llevó la mano al corazón, o a la bolsa, y dijo:

—Tan cierto como que amo al Dios del Cielo que les compraré higos y dátiles.

—¡Y yo que pensaba que se lo gastaría en bebida! —dije.

¡Qué extrañas son las ideas de los hombres! Todos piensan de modo distinto; aunque tal vez no sean tan extrañas, pues, al fin y al cabo, todos quieren lo mismo.

—¿Por quién me ha tomado? —dijo él—. Desde que volví de la guerra no he puesto los pies en una taberna.

—¡Excelente! —dije.

Pero todavía no había acabado de decírselo y ya me pesaba. En primer lugar, porque privaba de una venta a un tabernero judío y, en segundo lugar, porque me preocupaba por su mujer y sus hijos, en vez de pensar en los míos, como era mi deber.

El que sepa lo que yo había escrito a la tierra de Israel sabrá también lo que de allí me contestaban. Yo escribí: «Enviadme naranjas». Ellos me contestaban: «Te las hemos enviado».

Y cierto viajero se sienta y medita: «Hoy o mañana llegarán naranjas a Szybuscz». Szybuscz, que no ha visto una desde que acabó la guerra, va a

recibir una caja llena.

Fui a la estación, para recibir la caja. Iba yo solo, no como los primeros sionistas que cuando llegaban los primeros envíos de naranjas de Israel iban a la estación en alegre comitiva, recitando versos de la Biblia. Aunque podría suceder que un individuo como yo recitara pasajes de la Biblia al ver a judíos buscando trabajo de plantación en plantación y siendo despedidos, para provecho de Esaú y de Ismael.

La estación está cubierta por la nieve y sobre las vías, por las que ruedan vagones y vagones. Algunos, pocos, se quedan en Szybuszcz y otros, pocos también, parten de Szybuszcz. De

todos modos, el tren realiza su misión puntualmente. Dos veces al día, llega y se va. Cuando llega el tren, aparece el jefe de estación, «el hombre de goma», con su mano de goma y su voz melodiosa que dice: «Szybuscz». Lleva el traje muy limpio y el bigote muy cuidado. Pensé quedarme allí para ver cómo se relamía al decir: «Szybuscz»; pero en aquel momento me entró nieve en los ojos y se me nubló la vista.

La fila de vagones avanza entre montones de nieve. Por lo general, son negros, pero hoy aparecen blancos. Y sobre los vagones se va desflecando el humo. Antes de que pueda decidir entre elevarse o descender al suelo, lo ha

borrado la nieve.

El tren se detiene en la estación y de él descienden tres o cuatro personas que transportan unos sacos. En los sacos hay esas cosas con las que los pobres se ganan la vida: hierro viejo, pieles de conejo o tal vez patatas, coles, zanahorias o legumbres.

¿Dónde están los comerciantes que solían venir a Szybuszcz en esta época del año? Se envolvían en magníficas pellizas, con grandes cuellos que les llegaban hasta los hombros.

Los grandes comerciantes vendieron sus mercancías y no tienen dinero para comprar más; las comisiones de ayuda les dieron dinero para que pudieran

reanudar el comercio. Pero el dinero de la beneficencia no tiene fuerza. Alivia el hambre de los pobres, pero no les ayuda a ponerse en pie. Y si les pone en pie les hace doblar la espalda y les ensombrece el espíritu y nunca recobran el ánimo. Ven a ver: los que antes se apeaban del tren caminaban erguidos y ahora van encorvados. Sí, pero ¿no es un mérito la beneficencia? Es un gran mérito cuando el que da lo hace como el padre que da a su hijo, no como el rico que arroja unas monedas a un pobre, y toda esa corteza de mezquindades que circundan la buena acción se hace cada vez más dura.

Pero ¿qué pueden hacer los benefactores? La pregunta va más allá

de los confines de la tierra y de los abismos del mar y no tenemos respuesta para ella. Sólo esto podemos decir: «Si los bienhechores de Israel hacen suyas las necesidades de sus hermanos, el Altísimo, alabado sea, les ayudará y no tendrán que repetir sus dádivas una y otra vez. Pero ellos no han hecho suyas las necesidades de sus hermanos, sólo quieren comprar su tranquilidad de espíritu; por eso sus hermanos siguen siendo pobres, y si mañana se abate sobre ellos un nuevo golpe —Dios no lo permita—, los que recibieron las limosnas no podrán ayudarse a sí mismos».

¿Y dónde están los viajeros de

comercio que venían a realizar grandes negocios? Cuando los mozos de la estación veían a alguno de ellos asomado a la ventanilla, acudían en tropel gritando: «¡Yo le llevaré las maletas! ¡Yo le vi primero!». «Todos llevaréis algo», les decía él. Porque los viajeros de comercio traían muchas maletas. Antes de que los mozos pudieran bajarlas todas, aparecía otro viajante y luego otro y otro. Los grandes viajeros de comercio ya no tienen nada que hacer en Szybuscz; la ciudad se ha empequeñecido y su demanda es insignificante. De vez en cuando se deja caer por Szybuscz algún viajante, se queda dos o tres días y se muestra

comedido en sus gastos y pródigo en sus palabras.

¿Y dónde están los cantantes y los poetas que en la época de los fríos venían a Szybuszcz para calentar el corazón de los jóvenes con sus canciones y sus poesías? Los cantantes y los poetas murieron durante la guerra y su lugar no ha sido ocupado por otros. El pueblo de Israel está atrapado en la pobreza y se arrastra por tierras extranjeras. Nadie pide canciones. Sólo «el hombre de goma» sigue gritando «Szybuszcz» en tono melodioso.

Cae la nieve y el frío corta las carnes. Cinco o seis judíos se encaminan tristemente hacia la ciudad. No salen a

su encuentro alegres calesas ni coches de alquiler. El cochero sabe a quién hay que llevar y a quién no. No hace como Janok, que muchas veces hacía trabajar inútilmente a su *Enok*. Ahora vagan los dos por el mundo de las sombras quién sabe hacia dónde. Se dice que uno los vio en sueños. Por qué éste no preguntó a Janok: ¿Dónde estás? Porque se apareció como un muerto y todos temen hablar con los muertos.

Como para hablar con el jefe de estación tenía que esperar a que el tren estuviera listo para partir, tuve tiempo de perderme en mis pensamientos. Uno era: ¿Cuándo llegarían a casa aquellos judíos, antes del anochecer o cuando

hubiera oscurecido? Y cuando llegaran a casa, ¿encontrarían fuego en la estufa y una taza de té caliente? Puesto a pensar, pensé también en sus hermanos, los que se fueron de Szybuscz después de dejarme la llave de la vieja sinagoga. Es una llave que tiene algo extraño: la llave está fría, pero la casa que abre está caliente. Yo soy un judío de la tierra de Israel y sabed que el frío no me gusta. Por ello, como en la estación hace frío, traigo a mi mente el recuerdo de la vieja sinagoga que está caliente.

El jefe de estación dio la salida. El tren arrancó con gran estrépito y desapareció en la nieve. Los copos iban cayendo suavemente, muy suavemente y

el mundo se iluminó unos momentos antes del anochecer. El que no conoce la nieve puede pensar erróneamente que va a hacerse de día. Y es que la nieve fresca es blanca y pura; mañana se ensuciará y luego se convertirá en lodo.

Las últimas luces del día se prendían en la nieve que estaba cayendo; pero antes de que la nieve las captara plenamente ya se habían apagado y la nieve se había oscurecido.

Mostré al «hombre de goma» el aviso que había recibido de la estación. Él lo leyó y dijo:

—Naranjas de Palestina. —Aspiró una bocanada de aire y repitió—: Palestina.

Amigos míos, la melodía que imprimía a la palabra «Szybuscz» no era nada comparada con su modo de decir «Palestina».

Me es simpático «el hombre de goma», no por su mano de goma que tanta gracia les hace a las niñas cristianas que creen que todo él es de goma, sino porque fue el primero a quien oí pronunciar el nombre de mi ciudad natal el día de mi llegada. Hoy me es doblemente simpático. Le di el encargo de que me llevara las naranjas al hotel.

Aquí están ya las naranjas y mi habitación huele como un huerto de la tierra de Israel. Hubiera debido abrir la

caja y dar una naranja al «hombre de goma» por haber cumplido su palabra y no haberme hecho esperar. Pero no la abrí y le pagué con dinero. Y es que todas las naranjas estaban destinadas a Yerujam Freier. En primer lugar, porque le debía un gajo y no hay que ser tacaño cuando se trata de saldar una deuda. Y, en segundo lugar, porque eran un regalo de boda. El mismo día que encargué las naranjas me enteré de que Yerujam quería casarse y decidí darle una alegría en su día más feliz.

En realidad, Yerujam hubiera debido casarse con Erela Bach. En primer lugar, porque estaban prometidos y eran hermanos de leche. Y, en segundo lugar,

porque la muchacha de la que habla la gente —me refiero a Raquel Sommer—, la que dicen que anda tras él, no cuenta con el consentimiento de su padre, que no quiere a Yerujam. Pero hoy en día las chicas no hacen caso de sus padres y Raquel sólo obedeció a su corazón y se casó con Yerujam.

CAPÍTULO XXXVIII

Se salda una deuda

Creíamos que la señora Sommer removería cielo y tierra antes de consentir que su hija Raquel se casara con Yerujam; pero al fin se avino a disponer la boda. Ellos hubieran preferido celebrarla dos o tres meses antes, pero más vale tarde que nunca.

Al mirar a Raquel siento que el asombro me invade. Ayer era todavía una niña y hoy ya es una mujer casada. Aunque a vosotros os parezca una

persona adulta, para mí sigue siendo una niña. ¿Cuántos días han pasado desde que le hablaba como a una niña?

Felicité a Raquel sin mirarla y dije a mi otro yo: «Tenemos un trato según el cual tú no debes tentarme con una mujer casada. O te atienes al trato o en el futuro me abstendré también de mirar a las solteras». El muy necio creyó que hablaba en serio y me hizo apartar la mirada de Raquel.

Y ya que la faz de Raquel se ha ido de mí, mis ojos y mi corazón vuelven a ser libres. Soy libre y puedo hacer lo que me apetezca. Miro al marido de Raquel y me pregunto por qué siento afecto hacia Yerujam. ¿Porqué ha estado

en Israel? ¡Pero si se marchó de allí y habla mal de la tierra! ¿O porque habla hebreo con naturalidad, mientras que Erela y sus discípulos lo hablan con afectación? Al oírles hablar te parece estar viendo un montón de patatas podridas en las que no hay más vida que la de los gusanos que las roen, pues su conversación está salpicada de esos neologismos de mal gusto que cada cual se inventa a su medida. ¡Qué distinto es Yerujam! Cuando él habla, te parece estar viendo a un buen cosechador y percibes el olor a tierra buena.

—¿Por qué no va a visitarnos? —me preguntó Yerujam.

—¿Dónde? —le pregunto.

—¿Dónde va a ser? A nuestra habitación.

—¿Cuándo? —le pregunto.

—¿Cuándo va a ser? Cualquier noche.

—¿Cualquier noche le va bien?

—Sí, y toda la noche.

Saqué el reloj, lo miré y dije a Yerujam:

—¿Y qué le parecerá a Raquel?

Yerujam se pasó los dedos por los rizos y dijo:

—Ella quiere lo que yo quiero y yo quiero lo que quiere ella.

Su pelo negro brillaba y él me miró de frente, contento.

—Ya sabe dónde encontrarme —le

dije—; pase a recogerme después del trabajo.

Yerujam llegó en el momento de terminar la oración y se quedó esperándome en la puerta de la sinagoga. Yo pensé: «Que espere hasta que coja frío y entonces entrará». Pero inmediatamente se me ocurrió: «Su mujer le estará esperando». De modo que me puse el abrigo y salí a su encuentro.

Antes de salir, dije a Rabbí Jayim:

—No sé a qué hora volveré. Tome usted la llave y cierre cuando se vaya, por favor.

Cierto que me prometí a mi mismo no soltar la llave; pero hay veces en que

es preciso doblegarse a las exigencias del momento.

Hay en Szybuscz una calle llamada de la Sinagoga porque antes de la destrucción de la ciudad por Chmelnitzky se levantaba en ella una sinagoga. Hoy la capilla ha desaparecido y ya no quedan judíos en toda la calle, a excepción de Yerujam y su esposa, que se han instalado allí, entre cristianos.

A mi llegada, Raquel se levantó, vino hacia mí y me estrechó la mano afectuosamente. Yerujam se agachó, abrió la puerta de la estufa y echó un par de leños, luego se subió las mangas, cogió de las manos a Raquel y,

guiñándome un ojo, me dijo:

—¿Bailamos la *horra*^[*] con ella?

Raquel se desasíó, inspeccionó la mesa y dijo:

—Ni siquiera has ofrecido una silla a tu invitado.

Yerujam me acercó una silla, Raquel retiró la servilleta que cubría las naranjas y se sentó en la cama, al lado de su marido.

Yerujam cogió una naranja y la peló como se pelan en Israel. Hizo un corte circular alrededor del extremo del tallo y seis cortes longitudinales, luego separó la cáscara y me presentó la naranja entera. Raquel observaba maravillada todos sus movimientos,

como el que contempla algo realmente hermoso.

Cogí la naranja y pronuncié dos bendiciones, la bendición de la fruta y la bendición: «Porque nos has permitido ver estas cosas». Partí el fruto, conservé la mitad para mí y ofrecí la otra mitad a Yerujam. Él enrojeció y me dijo:

—Ahora me da la media naranja que hubiese debido darme a mi llegada a Israel.

—Con esto queda saldada la cuenta y podemos empezar una nueva página — le dije.

Raquel miró a su marido, luego a mí y preguntó:

—¿Qué cuenta es ésa y qué secretos

se traen los dos?

Cada uno de nosotros le dio su versión de los hechos.

—Ahora no tienes ya nada que reprocharle —dijo a su marido.

—Desde luego, Yerujam no tiene ya nada más que reprocharme, pues nada le debo ya; pero él sí me debe algo. Tiene una poesía mía que ahora deseo reclamarle.

Yerujam me miró fijamente y preguntó:

—¿Una poesía suya?

—Sí; aquella que habla de amor sincero y de las murallas eternas. No pienso dejarle en paz hasta que la diga.

Yerujam comprendió entonces que

yo deseaba oírlo. Se puso en pie, se echó el cabello hacia atrás y declamó:

*Amor sincero hasta la
muerte.*

*Yo te juro por el santo Cielo
que cuanto por el mundo
hallare
diera por Jerusalén.*

—¿Ya terminó? —dije—. Me parece que antes había alguna estrofa más.

*A ti ofrezco santas fiestas.
Mi espíritu, alma y vida.
Mis alegrías, mis Sábados,*

*despierto y en sueños te
consagro.*

—¿Es eso todo, señor censor? Si no me equivoco, la poesía era más larga.

*Murallas altas, eternas,
vuestro Rey ha
desaparecido;
mas mientras el tiempo
exista
sueños de púrpura os
envolverán.*

Al llegar a este punto, cogió entre las suyas las manos de Raquel y siguió

recitando con voz más sonora:

*Cuando, un día, yo baje a la
tumba,
aunque todo el Reino de los
Muertos se oponga,
en ti seguiré esperando,
¡oh, poderosa soberana de
todas las ciudades!*

Miré el reloj y dije:

—Es hora de que me vaya.

—¿Irse, adónde?

—A cenar.

—En el hotel tampoco tienen
aceitunas —dijo Raquel—. De modo

que lo mismo le dará cenar con nosotros. Todo está dispuesto.

Yerujam me miró y dijo:

—Cene con nosotros. ¿Teme que le demos faisán? Sepa que yo tampoco como carne.

Raquel sacó pan, mantequilla, huevos y una fuente de arroz. Y, para beber, té. Comimos, bebimos y charlamos. Charlamos de todas las cosas posibles y hasta de las imposibles. De las cosas que llevas en el corazón y para las que encuentras palabras, de Israel y sus bellezas, de judíos y árabes, del sentir de un pueblo y de las colonias obreras grandes y pequeñas. De todas las cosas posibles e

imposibles. Raquel, recostada en su silla, nos escuchaba. Poco a poco, iba palideciendo, pero aunque su marido no la dejaba de instar para que se acostara, ella rehusaba hacerlo.

Yerujam se levantó y echó más leña a la estufa, y Raquel se levantó, trajo más té, volvió a sentarse y cogió una naranja. Cortó primero el casquete superior y luego hizo seis incisiones a lo largo; quería ejercitarse en pelarla como se pelan en la patria. La naranja exhalaba su aroma y en la habitación se respiraba tranquilidad y seguridad. Fuera, al otro lado de la ventana, al otro lado de la puerta, los campos estaban llenos de nieve, pero la luz y la estufa de

dentro impedían pensar en lo inhóspito de la noche.

Raquel comía la naranja con deleite, gajo tras gajo. Hacía años que ni ella ni nadie de Szybuscz habían visto una naranja y ahora disponía de toda una caja.

El dulce calor de la tierra de Israel preso en la naranja brillaba en los ojos de Raquel. No puede decirse que ella reproche a Yerujam haber abandonado aquella tierra, ya que, de no haberlo hecho, no hubiese podido casarse con ella. De todos modos, su decisión la deja asombrada.

Raquel es una mujer inteligente que sabe reservarse sus pensamientos. Ama

a su marido, pero le gusta pensar por cuenta propia, aunque no trata en modo alguno de imponer sus ideas. Permanece callada, cruza una pierna encima de la otra y escucha atentamente el relato de su marido.

Yerujam está hablando de nuestros camaradas de la tierra de Israel. Yerujam no pretende ser un hombre como los demás; aunque lo pretendiera no le creerías. Pero cuando le oyes hablar de nuestros camaradas, crees tener delante a un buen padre de familia judío que observa la conducta de los demás, se divierte con ella y se ríe de todos. En primer lugar, porque ahora Yerujam está contento. Y, en segundo

lugar, porque en la tierra de Israel cada cual representa algo especial para sus camaradas. Y el que no tiene ningún rasgo característico se distingue también de sus camaradas precisamente por no tener nada que lo distinga.

¿Siente Yerujam nostalgia de la tierra y de sus camaradas? Estoy convencido de que Yerujam ha roto definitivamente con el pasado; o tal vez sea que un hombre en la primera semana de su matrimonio no piensa más que en su mujer. Pero si pudiera hacer un agujero en el cielo y mirar a Israel a través de él, estoy seguro de que miraría.

Raquel permanece muda, con la

cabeza hundida entre los hombros. A veces entorna los ojos y sus párpados tiemblan como si quisiera apresar todo lo que se escapa a su mirada; y a veces los abre y mira fijamente a su marido. Yerujam siente su mirada, pero finge no darse cuenta, se lleva la mano a la frente y aparta el mechón hacia un lado. Raquel pone sus manos sobre el corazón, igual que el hermoso mirto cubre su tronco con las hojas. Y yo me maravillo. Creíamos que el encanto de Raquel residía en su altivez y ella nos muestra ahora todo el encanto que hay en su sumisión.

Volvamos al tema y oigamos lo que dice nuestro amigo Yerujam. O quizá

será mejor que yo os cuente lo que oí de Yerujam. Prestad atención.

Siendo todavía un niño, Yerujam deseaba marchar a la tierra de Israel, a pesar de que no pertenecía a los sionistas de Szybuscz, que eran mayores que él. Tal vez por no ser uno de ellos comprendía lo poco que valen las palabras que no están acompañadas por obras. O tal vez no lo comprendió hasta más tarde y ahora atribuía por error este descubrimiento a aquella época. Lo cierto es que todos los pensamientos de Yerujam eran para la tierra de Israel, y le mortificaba que el Altísimo, alabado sea, no le permitiera crecer más aprisa para poder marchar a Israel. Dos o tres

veces se escapó de casa de sus padres adoptivos y tuvo que ser devuelto a ella. Al fin, comprendió que no era éste el camino para ir a Israel y se sintió desalentado, deprimido e irritable. Estalló la guerra y la familia huyó a Viena.

—Tengo que confesar que mientras todos se mostraban afligidos yo me sentía contento —dijo Yerujam—. En primer lugar, porque estaba en la ciudad de Herzl^[*]. Y, en segundo lugar, porque Viena se encuentra en la ruta hacia Israel.

Pero sus cálculos estaban equivocados. La guerra aumenta la distancia entre los pueblos. Sólo los

unen los dardos de la muerte.

Lo que Yerujam hizo en Viena lo hemos referido ya al hablar de la señora Bach. Aprendió el hebreo junto con Erela y Yerujam Bach. Ahora vamos a contar lo que hizo Yerujam cuando terminó la guerra. Después de la guerra, él y Yerujam Bach se fueron a la tierra de Israel. Yerujam Bach se fue como todo el mundo, en tren y en barco. Pero él —Yerujam Freier— no pudo irse como todo el mundo, pues no tenía salvoconducto, ya que su nombre no había sido debidamente registrado. De manera que cogió bastón y alforjas y emprendió el viaje a pie. Cruzó varios países, a través de montañas, bosques y

lagos. Muchas veces se vio en trances peligrosos, provocados por los soldados que volvían de la guerra, que hacían inseguros los caminos, y por los guardias fronterizos que mataban a golpes a todo el que tratara de cruzar sus fronteras sin permiso. Durante el día, se escondía en el bosque, entre peñas, en barrancos y cavernas, y viajaba de noche. Y como no conocía el camino, muchas veces, al final de la jornada, se encontraba nuevamente en su punto de partida.

—Me contó usted la historia de Jananyá —dijo Yerujam—, que encontró a un hombre de buen corazón que le condujo a la patria. Durante todo el

camino, yo sólo encontré a un compañero de viaje. Ocurrió así. Distinguí a lo lejos a un hombre que iba solo. Temí que fuera un asesino o un guardia fronterizo y empecé a buscar un lugar donde esconderme. Entonces vi que él también buscaba un escondite. Me armé de valor y me acerqué a él. «¿Qué estás haciendo?», le pregunté. «Y tú, ¿qué quieres?», me dijo él. Le conté que me dirigía a Israel y que no tenía salvoconducto, y él me contó que iba a Israel y que no tenía salvoconducto. Y nos fuimos juntos. Al cabo de varios días llegamos a un puerto. Encontramos un viejo barco de contrabandistas y les dimos dinero para que nos llevaran a

algún lugar de la costa de Israel. Estuvimos navegando durante varios días, sin comida y sin agua. Luego nos desembarcaron en una costa desierta y nos dijeron: «¡Que Dios os ayude!». A los dos ó tres días encontramos otro barco, de contrabandistas de hashish, que nos llevó a un puerto de Israel. Desembarcamos, creyendo que nuestros sufrimientos habían terminado y que por fin estábamos en puerto seguro. Besamos el suelo y nos dispusimos a olvidar todas las penalidades pasadas. Y, efectivamente, olvidamos pronto las fatigas del viaje ante los disturbios que se habían desatado en todo el país. Muchos de nuestros camaradas cayeron

durante aquellos días. Cuando volvió a reinar la paz, empezamos a buscar trabajo.

Entonces había suficiente trabajo; pero los patronos —¡Dios les asista!— no eran del agrado de Yerujam. Y sobre esto Yerujam dijo muchas cosas. Las cosas que todos conocemos no es necesario mencionarlas; las que no se conocen mejor será silenciarlas para no atraer sobre nadie la justicia vengadora.

—No basta con dar la tierra al pueblo —dijo Yerujam—, si la tierra no se conduce como es debido.

Yerujam arrancó de su corazón el amor a la tierra y a sus habitantes. Se unió a gentes de mal vivir e hizo cosas

reprobables, aunque tal vez estuviese justificado, pues al lobo que quiere devorarte no vas a acariciarle el lomo. Finalmente, las autoridades lo expulsaron del país, junto con varios de sus camaradas.

Raquel miró a su marido y, de pronto, su rostro pareció despertar de nuevo a la vida. Todo el cansancio se borró de él. Se irguió en la silla y escuchó atentamente las palabras de Yerujam. Él le había contado ya muchas cosas, pero lo más importante lo decía ahora. Yerujam se dio cuenta de lo que pasaba por la mente de Raquel y le dijo:

—Cosas más grandes tienes que oír todavía.

—Hay algo que no entiendo, Yerujam —dije—. A juzgar por su modo de ser, lo que le llevó a usted a Israel fue algo distinto de lo que nos llevaba a nosotros, los de la segunda emigración. A nosotros nos guiaba la voz del corazón. Las historias de la escuela, la Torá, los Profetas y los restantes Libros de la Biblia que habíamos estudiado en la niñez; y la poesía que leíamos. Todo esto nos entusiasmaba y nos impulsaba a marchar a la tierra elegida. Pero usted y sus camaradas, ustedes que, con perdón, hacen escarnio de todas estas cosas, ¿qué motivo podían alegar para marchar a la tierra de Israel? ¿Es que un hombre como usted se deja impresionar por

versos como: «Amor fiel hasta la muerte...»? Piénselo bien, amigo, y contésteme. No pretendo que me responda inmediatamente; pero deseo una explicación lógica.

—Creí que vuestra cuenta había quedado saldada y ahora viene usted y presenta una nueva factura —dijo Raquel.

Yerujam, echándose el mechón hacia atrás, le dijo:

—No temas, Raquel. Puedo pagar también esa factura.

—¡Cuánto me alegro, amigo! —dijo—. Déjenos oír su respuesta. Aunque tal vez sea mejor demorar el cobro. Es casi medianoche y ustedes dos están

cansados.

Saqué el reloj. ¡Santo Cielo! Había estado cinco horas y media en casa de Yerujam y Raquel. Me levanté, me puse el abrigo, me despedí y me fui, Yerujam salió para acompañarme, pero le hice volver a casa, para que su mujer no se quedara sola. Yerujam volvió a entrar en la casa y yo me alejé.

CAPÍTULO XXXIX

Al claro de luna

¿En qué pensamos ahora? ¿Tal vez en Yerujam y en Raquel?

Yerujam y Raquel se fueron a descansar; no les importunemos con nuestros pensamientos. Así, pues, ¿pensaremos quizás en Rabbí Jayim, a quien entregué la llave de la sinagoga y que estará allí, pensando en su viaje de Szybuscz a la tierra en la que estuvo prisionero y en su regreso a Szybuscz? ¿O quizás en el propio Szybuscz, que

escupe a sus hijos y luego vuelve a tragárselos? También Elimélek Kaiser tendrá que volver, para cerrar los ojos a su madre; pues cuando manos extrañas cierran los ojos a un muerto éste siente dolor, ya que las manos extrañas oprimen los ojos sin compasión. ¿O quizá no pensamos en nada, sino que volvemos al hotel y nos acostamos? Ya es medianoche. Lo dicen la luna, las constelaciones, los planetas y también mi reloj, claro. Cierto que el reloj se ha parado, pero mi corazón me dice que se paró en el momento en que lo saqué del bolsillo para ver qué hora era.

La luna ilumina el paisaje, las ruinas del castillo y las piedras esparcidas

alrededor, que la nieve ha convertido en una especie de rebaño de corderos.

La luna cruza los cielos en silencio, iluminando mi sendero. Escucho el ruido de mis pasos y el rumor del manantial que brota de las montañas. Es el mismo que solía visitar con mi padre, que en Gloria esté, el sábado por la noche, para beber en él, pues a última hora del sábado la Fuente de Miriam vierte sus aguas en todos los manantiales de la Tierra, y aquel que sabe esperar el momento oportuno ve satisfechos muchos de sus deseos.

El manantial fluía como siempre y sus limpias aguas caían en una pila en la que las mujeres lavaban la ropa y, de

allí, al helado Strypa. La luna brillaba en el cielo y la nieve que cubría las montañas parecía poner en ellas un inmenso rebaño de corderos; poco a poco, la nieve se fue borrando y en su lugar no se veían sino auténticos corderos, lo cual es asombroso, ya que no estamos en la tierra de Israel, donde los corderos pacen en las montañas durante el invierno.

Oí el tintineo de unos cascabeles y vi venir hacia mí a un hombre a caballo. Tuve un escalofrío y se me erizó el cabello, pues en este lugar un jinete que había venido a abreviar a su caballo resbaló al bajar al suelo y el hombre y la bestia se precipitaron al agua y se

ahogaron.

El hombre se acercó. Tenía la cabeza apoyada en el cuello del caballo. Bajaron a la fuente. Armándome de valor, levanté la mirada y vi que era Janok. Entonces dije:

—Janok, ¿estás ahí?

—Aquí estoy —respondió Janok.

—¿*Enok* está también? —pregunté.

El caballo movió la cabeza de arriba abajo, como diciendo: «También yo estoy aquí».

—¿Qué haces aquí? —pregunté a Janok.

—Vine a dar de beber a «Mi derecha».

—Pero ¿no habías muerto? —Como

él no respondiera, le miré a los ojos y dije—: Debes volver junto a tu esposa. Por tu causa llora todos los días. ¿Has oído?

—He oído.

—Entonces vuelve a su lado.

—Antes quiero un entierro judío — dijo Janok.

—No estás en tus cabales, Janok. Te presentas vivo y hablas como un muerto.

—Un muerto —repitió Janok.

—Si estás muerto, vuelve a la tierra.

—¿Y quién dará de beber a «Mi derecha»?

—Entonces, ¿él está vivo?

El animal relinchó como si lo estuviera realmente.

—¿Qué te parece, Janok? —pregunté —. Si te hubiera dado un empleo fijo en la sinagoga y te hubiera pagado un salario, ¿te habría sucedido esto? ¿Por qué pregunto? La casualidad no existe. Si te ha sucedido lo que te ha sucedido es que tenía que sucederte, y el que yo te hubiera dado un empleo y un sueldo fijo no habría cambiado las cosas.

Janok levantó la cabeza que tenía apoyada en el cuello de su caballo y me dijo:

—Existe el libre albedrío.

—¿Qué tiene eso que ver con la libre decisión? —pregunté.

—Existe libertad para decidir —me replicó—, y ejerciendo la libertad de

elegir se convierte lo bueno en mejor, o viceversa.

Sentí que mi corazón se ponía blando como la cera. Pero haciendo un esfuerzo por dominarme, dije en tono enojado:

—Así que, según tú, yo tengo la culpa de todo lo que te ha pasado. Pero tú estás vivo, de modo que no te ha pasado nada, y si no te ha pasado nada yo no tengo culpa de nada. ¿Por qué no respondes a lo que te pregunto?

—No he oído lo que has dicho — repuso Janok.

—Conque no lo has oído —le dije—. ¡A ti no te importa que yo esté aquí, pasando frío, en lugar de estar en la

cama!

—Le ruego que me disculpe. El caso es que esto de andar buscando tumba me da mucho quehacer.

—¿Buscando tumba?

—Es tan incómoda la nieve...

Miré al caballo y pregunté:

—¿Y *Enok*?

—Él se encarga de que no me pierda
—respondió Janok.

Enok permanecía quieto, con los ojos hundidos. Sus descarnadas costillas se agitaban ligeramente y sus negros dientes parecían estar masticando con deleite las palabras de Janok. Luego, bajó humildemente la cabeza, como diciendo: «¿Quién soy yo para servir de

guardián a mi amo?». Pero en su modo de inclinar la cabeza se veía claramente que estaba orgulloso de sí mismo, pues, de no ser por él, su amo se hubiera perdido haría ya tiempo.

La falsa modestia de la «Yegua de Faraón» me sublevó y sentí deseos de gritarle: «¡Jamelgo famélico! Fuiste tú quien causó la desgracia de Janok y todavía quieres darte importancia». El animal descargó una patada en el suelo y me salpicó de nieve la cara. Luego, más tranquilo, levantó nuevamente sus cascos y lanzó un fuerte relincho. Sentí que me invadía la ira y de buena gana le hubiera golpeado en los dientes. *Enok*, al advertir mi indignación, volvió a

relinchar. No fue un relincho de venganza sino de pelea. Yo hice como si no lo advirtiera y dije a Janok:

—Entre nosotros, Janok, me parece que estás en el mundo de la nada.

Janok levantó los brazos, me miró y no respondió.

—Ya te he dicho muchas veces que no sabes nada porque te falta imaginación. Si la tuvieras, ahora sabrías dónde estás. Ahora quisiera preguntarte una cosa muy fácil, que no requiere ninguna imaginación: ¿qué es más hermoso, el mundo que dejaste o el mundo en el que ahora te encuentras? ¿O se pasa tan mal en el uno como en el otro, sobre todo aquellos que ya salieron

de uno y todavía no han llegado al otro? Janok, si quieres, rezaré el *Qaddish* para la liberación de tu alma. ¿Por qué no respondes? ¿Tienes miedo del rabino que ha dispuesto que tus hijos no recen el *Qaddish* por ti y que tu mujer no te guarde luto? Y a propósito: ¿qué opinas del rabino? ¿Te parece que se ha portado bien con Rabbí Jayim? ¿Por qué no contestas? Estás durmiendo. Entonces, me temo que volverá a sucederte lo de la otra vez.

Janok se durmió, y también su caballo. Los cascabeles de los arrees del animal seguían tintineando ligeramente. El sonido me daba sueño y empezaron a cerrárame los ojos. Me

dispuse a volver a mi posada. Antes de separarme de Janok, le recordé la historia del jinete y el caballo que resbalaron y cayeron al río. Le advertí que tuviera cuidado para que no le sucediera lo mismo a él.

Le hice estas advertencias porque yo me reprochaba a mí mismo no haberles prestado ayuda suficiente. Y sólo puedo añadir que de nada de lo sucedido a Janok puede echárseme la culpa, y hasta su mismo fin demostró que yo no tuve nada que ver con su muerte. Pero no nos precipitemos. Mientras llega el momento de dejar plenamente demostrada mi inocencia, volvamos a nuestro tema.

CAPÍTULO XL

Participación

La misma noche que estuve en casa de Yerujam y Raquel, una mujer preguntó por mí en el hotel. ¿Quieres saber quién era? Esa mujer era la viuda de Rabbí Jacob Moshé, que en paz descansa, y nuera de Rabbí Abraham, que en paz descansa. ¿Quieres saber quién era Rabbí Abraham? Rabbí Abraham era la honra de nuestra ciudad, hijo de rica familia, talmudista, hijo de talmudistas, de nobilísimo linaje por

parte de padre, descendiente de ilustres rabinos, «vástagos de Santidad», y de no menos noble linaje por parte de su suegro, el gran rabino autor del libro *Las manos de Moisés*, conocido y comentado en toda la Diáspora y estudiado en comunidad en muchos lugares, y cuyo texto es tan venerado como el de los más célebres libros de la Antigüedad. ¿Te he dicho ya que en Szybuscz había gente muy rica? Pues bien, Rabbí Abraham era el más rico de todos. ¿Te he dicho ya que en Szybuscz había grandes talmudistas? Pues bien, Rabbí Abraham era el mayor de todos. ¿Y abolengo? Nadie tenía tanto como él. Una vez, en nuestra capilla se hablaba

de los grandes hombres del pueblo de Israel. Y salimos a hablar de una celebridad de nuestro tiempo que tenía el mismo apellido que Rabbí Abraham. Yo dije a su nieto:

—Seguramente, un pariente suyo.

—No tenemos ningún parentesco —
respondió él agitando una mano.

Y por la forma en que la agitó comprendimos que se sentía ofendido de que hubiéramos asociado con su familia a aquel hombre preclaro al que, por lo visto, no consideraban digno de figurar en ella.

Del mismo modo que el padre de Rabbí Abraham buscó para él a la hija de un gran rabino, también Rabbí

Abraham casó a sus hijos con las hijas de grandes hombres, y éstos, a su vez, concertaron matrimonios para sus hijos con personas de igual alcurnia. Con motivo de la boda de uno de los nietos de Rabbí Abraham vinieron a la ciudad todos sus parientes casados. Era tres días antes del cierre de las velaciones —entre la Pascua y la fiesta semanal—. Cuando todos aquellos rabinos se trasladaron al bosque que circunda la ciudad (en conmemoración del «Preparaos durante tres días» en espera de la entrega de la Ley que tuvo lugar en el desierto), al verlos allí apoyados en los árboles del bosque que reverdecía, se nos ocurrió que sin duda aquél era el

bosque en el que nuestros antepasados, a su llegada a Polonia, encontraron grabado en cada árbol uno de los pasajes de los seis Órdenes^[*] del Talmud.

Un día, me encontré cara a cara con Rabbí Abraham. Era una mañana en que iba temprano a la escuela. Un anciano de buena figura y hermoso rostro subía a la escalera de la capilla. Iba vestido de fina seda y llevaba bajo el brazo la bolsa con el *tal.lit* y las filacterias. Tuve la impresión de que aquel venerable anciano había nacido ya con la bolsa de terciopelo para el manto y las filacterias. Otra vez le vi en su casa. Fue poco después de que mi padre y él se

conocieran, durante un banquete. En aquella ocasión, mi padre había expresado cierta opinión respecto a un tema relacionado con la Doctrina, y el rabino no se había mostrado de acuerdo con ella. Mi padre se fue a la sinagoga, consultó el libro *Las manos de Moisés* y encontró en él un párrafo que apoyaba su punto de vista. Entonces me envió a casa de Rabbí Abraham, al que hallé sentado en una habitación grande cuyas paredes estaban adornadas con hermosos ornamentos y gran profusión de espejos, excepto una de ellas, que estaba completamente desnuda, ni siquiera tenía papel. Rabbí Abraham me preguntó:

—¿Quién eres tú, hijo?

—Soy el hijo del hombre de cuya opinión discrepó Rabbí Abraham. Por favor, vea en el libro *Las manos de Moisés* que aquí traigo si el parecer de mi padre es correcto.

Examinó el libro durante dos o tres minutos y luego dijo:

—Tu padre tenía razón.

Sentí henchirse de orgullo mi corazón. Mi imagen me miraba desde todos los espejos y vi a muchos iguales a mí.

Rabbí Jacob Moshé, el hijo de Rabbí Abraham, y mi padre (que en paz descansen) se apreciaban mutuamente y se comunicaban todas las novedades que

descubrían en relación con la Doctrina, y todos los sábados el uno mandaba a sus hijos a casa del otro para que los examinara y comprobara los progresos que habían hecho. Y ni siquiera la muerte los separó del todo, pues, al morir, mi padre dispuso que sus hijos quedaran bajo su custodia y así fue hasta que, a su vez, durante la guerra, murió el rabino. Cuando me enteré de que su viuda había preguntado por mí, al recordar la gran estima en que era tenida su familia, sentí que dama tan ilustre se hubiera molestado en ir a verme e inmediatamente me puse el abrigo y me dirigí a su casa.

La casa estaba parcialmente

destruida. Le faltaba la parte superior. Un hombre sin cabeza no puede vivir; tampoco una casa. Y lo que quedaba de la planta baja, donde antes se hallaba la tienda de la que vivían varias familias, no parecía estar en muy buenas condiciones. De todos modos, Sara se había instalado allí, en compañía de sus cuatro cuñadas, esposas de los hermanos de su marido. Ellos habían muerto todos, unos durante la guerra y otros durante la época de hambre.

Sara me miró llena de asombro. Yo frecuentaba la casa siendo todavía un niño y ahora tenía ya la edad de su marido. Habían pasado muchos años desde entonces. Si hubieran transcurrido

todo lo felices que era de desear, sin duda ella hubiera sonreído ahora, al cabo del tiempo; pero aquellos años no fueron felices y ahora su mirada estaba llena de afecto, sí, pero de su corazón se escapó un profundo suspiro.

Sara cogió una silla y me la ofreció. Yo me senté y permanecí en silencio y ella se sentó y permaneció en silencio. Fui a preguntarle por sus hijos, pero luego pensé que sería mejor no hacerlo pues quizás estuvieran muertos (no lo permita Dios). Desde que la guerra nos arrolló, nadie sabe si su antiguo camarada vivirá todavía. Y, si vive, ¿puede llamarse vida a su vida? Pasaron ya aquellos tiempos en los que, al

preguntar por alguien, te decían: «En su casa se han dicho las siete bendiciones de la boda; en su casa se celebra una circuncisión; festeja la entrada de su nieto en la mayoría de edad; su yerno construye un tercer piso». Eres justo, Dios, y justas son tus sentencias; Tú sabrás si los sufrimientos que envías al pueblo de Israel son para su bien o para su mal.

Cuatro mujeres, una tras otra, entraron en la habitación. Eran las cuatro cuñadas viudas. En viudas ha convertido la guerra a las mujeres de Israel.

A mis labios acudió aquel verso que dice: «Parecía una viuda...». Cuando

Jeremías vio la primera destrucción, escribió el Libro de las Lamentaciones, pero todos los lamentos que escribió no consiguieron apaciguar su ánimo hasta que no comparó al pueblo de Israel con la viuda, diciendo: «Parecía una viuda...»; mas no como una auténtica viuda, sino como la mujer cuyo esposo se hizo a la mar y piensa volver junto a ella. Cuando cantamos el lamento de nuestra última destrucción, no basta decir «Parecía una viuda...», pues el pueblo de Israel no «parece» haber enviudado, sino que ha enviudado realmente.

Allí estaba el plañideo de cinco viudas, cinco mujeres distinguidas, de

buena familia, cuyos maridos se habían ido para no volver, y el hombre se devanaba los sesos en busca de una palabra de consuelo; pero todos los símiles fallaban y no consiguió dar con ella.

—Perdóneme por la molestia —dijo Sara—. No era necesario que viniera; yo hubiera ido a verle otra vez.

—Al contrario —dije, inclinándome—; es un gran honor para mí poder venir a esta casa. Recuerdo que siempre la miré con veneración pensando: «Gloria a los que hermanan la Doctrina con el bienestar material; gloria a los que observan los Mandamientos aun en medio de la riqueza».

—De todos nuestros bienes no conservamos más que un pequeño libro —dijo una de las mujeres.

—Y ahora hemos pensado venderlo —dijo otra.

—Tal vez pueda usted ayudarnos —apuntó una tercera.

—Se trata de un manuscrito de nuestro insigne abuelo, el autor de *Las manos de Moisés*.

—¿Es posible que el gran hombre haya dejado escritos suyos sin publicar? —pregunté.

—Se trata de *Las manos de Moisés* —dijo Sara.

—Pero de esa obra se han hecho varias ediciones... —dije.

—La obra fue editada; pero el manuscrito quedó en nuestras manos — dijo una de ellas.

—Tiene poderes maravillosos para las mujeres que están en trance de dar a luz —manifestó otra—. A mí misma me ayudó cuando nació mi hijo, que en paz descansa.

Y, al mencionar a su hijo, se echó a llorar. Lo mató una bomba durante la guerra, y no descansaba en una tumba judía.

—Vamos, Sara, basta ya. Has llorado tanto que si no te contienes vas a empujar al Cielo a una mayor severidad. ¡Dios nos libre!

Y también ella se echó a llorar.

—Voy a explicar la situación al caballero —dijo una—. El caso es que el manuscrito posee poderes maravillosos. Cuando un parto se presenta difícil, si se pone el libro junto a la partera todo se resuelve fácilmente. Y puedo decirle que desde que se conocen estas propiedades del libro no se ha producido ninguna desgracia en los nacimientos. Ten la bondad de traer el libro, Sara.

Sara salió de la habitación y, a poco, volvió con un libro del tamaño del tomo *Shabbat*^[*] del Talmud, o del de *Baba Batra*^[*]. Lo puso sobre la mesa y, acariciándolo suavemente, dijo:

—Éste es el libro.

Un olor a ácido fénico y a medicina se extendió por la habitación.

Abrí el libro y examiné algunas de sus páginas. La escritura era hermosa y clara, los signos estaban bien trazados, como los que escribían nuestros padres hace cien años, con amor, de modo que cada letra parecía brillar y el mismo papel refulgía como un espejo. Pero mi alegría no era completa. Mis ojos se alegraban al ver el libro, pero mi corazón no participaba de su alegría.

Seguí hojeándolo. Lo que leía eran palabras divinas llenas de vida. No en vano aquel libro había sido reconocido por toda la Diáspora. Y, sin embargo, no me producía una satisfacción mayor que

la que experimentaba al examinar cualquier otro libro. Se me ocurrió pensar que tal vez no fuera aquélla la escritura del autor. Pero si no estaba escrito de puño y letra del piadoso rabino, ¿cómo podía tener la virtud de ayudar a las mujeres?

Seguí hojeando el libro, mientras pensaba qué podría decir a las viudas. En una de las páginas encontré esta nota: «Copiado del manuscrito de nuestro maestro, el gran rabino, por Elyakim, llamado Getz». Me quedé asombrado: ¿Había sido capaz de tanto aquel guardián de sinagoga, aun asistido por una Gracia superior? De todos modos, el libro había sido impreso varias veces

y se encontraba muy difundido, y aunque aquélla hubiera sido la escritura del autor, no se me ocurría quién podía estar interesado en adquirirlo.

Traté de salirme por la tangente.

—Me dejan atónito, señoras —les dije—; cae en nuestra ciudad semejante reliquia y ustedes quieren deshacerse de ella. ¿Qué será de las mujeres que puedan necesitarla en el futuro?

—Si la ciudad necesitara del libro, no nos desprenderíamos de él ni por todo el oro del mundo —suspiraron ellas.

—¿Qué quiere decir «si la ciudad necesitara de él»? ¿Acaso son nuestras mujeres como la buena vaca y no

necesitan ayuda sobrenatural? ¿Qué dirán ustedes cuando alguien venga a pedirles el libro? ¿Que lo han vendido? «¿Por qué hicisteis semejante cosa?», como dijo el Faraón a las matronas hebreas. Sólo que el Faraón lo dijo porque las matronas dejaron a los niños con vida, y ustedes, señoras..., pero no quiero ofenderlas. Si quieren hacerme caso, aunque les ofrezcan toda la plata y todo el oro del mundo, no lo vendan.

—El Faraón no quería los neófitos varones; pero las mujeres de Szybuszcz no quieren tampoco las hembras. ¿Ha visto mecer alguna cuna desde que llegó aquí?

—Israel no está viuda. Yo mismo

firmé como testigo en el acta de matrimonio de la hija de mi hostelero. Sin duda conocen a Raquel, la menor de sus hijos. Pues bien, se ha casado con Yerujam Freier, el muchacho de pelo rizado.

Daba pena ver la decepción de aquellas mujeres. En la casa no quedaba ni un pedazo de pan; su única esperanza era el dinero que pudieran conseguir con la venta del manuscrito, y ahora este hombre les hablaba de la hija de un hostelero que se había casado con cierto muchacho de pelo rizado.

Les pregunté:

—¿Quién les reveló las maravillosas propiedades del libro,

señoras?

—Cuando las mujeres venían a pedir ayuda a nuestro abuelo, el rabino, él solía decirles, agitando la pipa: «¿Me habéis tomado por un fetiche? ¡No lo permita Dios! ¿Queréis fijar vuestros ojos en un ser de carne y hueso, mientras imploráis la protección del Altísimo? Si necesitáis apoyo, pedídselo a Él y Él os apoyará». Una vez, mientras estaba escribiendo, fue a verle una mujer que gritaba: «¡Rabino, rabino, ayúdanos! Hace tres días que mi hija sufre los dolores del parto». Él se compadeció de la mujer y le dijo: «Las nuevas verdades que hoy he escrito en este libro acudirán en socorro de tu hija y ella se verá

aliviada en este trance». Apenas acabó de pronunciar estas palabras, la hija de aquella mujer dio a luz un varón.

—Mientras vivía ese santo rabino, su palabra podía obrar prodigios; pero ¿qué os hace creer que ha de seguir sucediendo lo mismo después de su muerte?

—¿No ha oído decir que los hombres justos son más grandes después de muertos? Sara, cuenta al caballero toda la historia.

Sara suspiró profundamente y dijo:

—Cuando nació mi marido, que en Gloria esté, mi suegra sufrió atroces dolores. Su padre, el santo rabino, no era ya de este mundo. Los familiares

fueron a postrarse ante su tumba, pero no la hallaron, pues aquella semana había caído una gran nevada que cubrió las lápidas del cementerio. Así, pues, el santo rabino que había ayudado a numerosas mujeres en el momento del parto se escondía ahora que su propia hija lo necesitaba, pues resultaba imposible dar con su tumba. Pero el Altísimo, alabado sea, inspiró a la comadrona, que cogió ese libro y lo puso al lado de la parturienta. Apenas lo hubo hecho, ésta dio a luz un niño y aquel niño fue después mi marido. Entonces todos vieron claramente que el libro poseía poderes milagrosos.

—¿Cuánto creen que pueda darse

por el libro? —pregunté.

—¿Qué sabemos nosotras? —dijo una.

—Habría que mandarlo a América —dijo otra.

—O a Rothschild —sugirió la tercera.

—Yo estoy dispuesto a enviar el libro a donde ustedes quieran —les dije —; pero no me hago responsable en cuanto al dinero.

Ellas me miraron perplejas.

—¿Cree que Rothschild pretendería que se lo cediésemos gratis, siendo nosotras tan pobres? —dijo una.

—A mí me parece que si este libro llegara a manos de Rothschild, él lo

haría pesar en oro —dijo la segunda.

—Usted viene de Israel y sabe que Rothschild ama a Israel; concede una «colonia» a todo el que se la pide —dijo la tercera.

—Rothschild tiene buen corazón —les dije yo—; pero los que le rodean no son todos tan bondadosos como él. Por eso les pregunté cuánto creen que puede valer el manuscrito.

—¿Qué sabemos nosotras? ¿Cuánto cree usted que puede valer?

—Los libros no se pueden tasar con arreglo a una tarifa determinada, y menos un libro santo. Si yo fuera Rothschild daría por él cincuenta dólares.

—¡Cincuenta dólares! —exclamaron las viudas, cerrando los ojos, radiantes de emoción. Y cada una repitió para sí —: ¡Cincuenta dólares! ¡Cincuenta dólares!

—Pero no siendo Rothschild, ¿cuánto podría dar por él si lo comprara para mí? No para mí particularmente, sino para hacer una buena obra. Existe en Israel una colonia que tiene una clínica de maternidad a la que van las mujeres, para dar a luz. Se me ha ocurrido que podría enviarlo allá.

—Si yo fuese la única dueña del libro —dijo Sara—, lo vendería por cuarenta dólares o quizás hasta por treinta, para que hiciese con él una

buen obra.

—Pero con la condición de que nosotras tuviéramos participación en ella —puntualizaron las cuñadas.

—Si quieren ustedes participar en una buena obra, no seré yo quien se lo impida —les dije.

Les di treinta y cinco dólares, y añadí:

—Por el momento, conserven el libro. Si dentro de treinta días no han cambiado de opinión, vendré a recogerlo.

—No permita Dios que cambiemos de opinión, cuando una parte del dinero al que hemos renunciado en favor de una obra ha sido ya aportada por nosotras.

—Ha dicho usted que hubiera dado cincuenta dólares y sólo nos ha dado treinta y cinco. Por esa cantidad que dejamos de percibir nos convertimos en partícipes de su buena obra.

Yo asentí con la cabeza y les dije:

—De todos modos, les dejaré el libro hasta el momento de hacer el envío.

Al día siguiente, Sara fue a mi hotel para llevarme el libro.

—He oído decir que lo que está destinado a la Tierra de Israel no debe guardarse en casa.

Puso el libro sobre la mesa, lo besó, lo acarició y me miró amistosamente, como se mira al socio. Y es que por

medio del libro nos habíamos
convertido en socios para una buena
obra.

CAPÍTULO XLI

El fin del invierno

Janok desapareció de nuestros pensamientos como desaparecen los muertos. A pesar de que el rabino había prohibido a sus hijos rezar el *Qaddish* y a su mujer guardarle luto, nadie dudaba que Janok estaba muerto. También yo lo creía. Desde la noche en que lo vi junto a la fuente sabía que Janok estaba muerto.

Su mujer colocó una caja en el mercado y se adjudicó un puesto fijo.

Sus vecinas no se opusieron. Todo lo contrario, si algún comprador ponía dificultades, las vecinas le decían que comprarle algo a ella era hacer una obra de caridad, que su casa estaba llena de niños pero vacía de pan, que era a un tiempo viuda y esposa abandonada. Las mujeres cristianas —hablemos de ellas siquiera una vez— se mostraron igualmente bondadosas, en atención a su marido, que siempre fue un judío muy decente, y le llevaban huevos, verdura y miel y esperaban hasta que ella vendiera la mercancía para cobrársela.

Su puesto no le daba a ganar monedas de oro, ni siquiera monedas de cobre; es decir, la Janokina no sacaba el

menor provecho de su trabajo, como tampoco lo sacaban sus vecinas; pero éstas se habían acostumbrado a no ganar y ella no quería acostumbrarse. No hacía más que quejarse y lamentarse, o dejaba oír los alaridos que lanzara cuando la desaparición de su marido y que, si bien al principio hacían estremecer al que los escuchaba, ahora sólo conseguían impacientarle. A una mujer que está ahogada por el dolor no se le puede pedir que tenga bonita voz, pero nadie te obliga a quedarte a escuchar. La gente daba un rodeo para no pasar por delante de su puesto y se iba a comprar a otra parte. ¡Pobre mujer! No sólo le niegas la compasión, sino que, además, te enojas

con ella porque te obliga a mostrarte duro de corazón.

Además, su casa está lejos del mercado y cuando ella se va sus hijos no comen caliente, y cuando vuelve el cansancio la vence y no tiene ánimo para ponerse a guisar. Cuando ella se sacude el sueño, los niños se han dormido y entonces le es imposible descansar. Se echa en la cama y ve ante sí a Janok y al caballo, pugnando por avanzar en la nieve. La Janokina grita: «¡Janok! ¡Janok!». Acuden los vecinos a toda prisa y le preguntan:

—¿Dónde está?

—Os aseguro que estaba ahí ahora mismo, él y su caballo —grita ella.

Al principio, los vecinos sentían compasión y le ofrecían unas gotas de cordial para reanimarla. Después hacían como que no la oían y se quedaban en sus casas. Últimamente, empezaron a reírse de ella y le decían:

—¿Por qué no agarraste al caballo por la cola?

Pero no se puede agarrar por la cola a un caballo soñado.

Cierto día en que Rabbí Jayim y yo nos habíamos quedado solos en la sinagoga, advertí que él estaba inquieto, que algo le preocupaba. Se levantaba, volvía a sentarse, se levantaba otra vez, se acercaba a mí, volvía a su asiento... Y así varias veces.

—¿Tiene algo que decirme? —le pregunté.

—Quisiera pedirle algo; pero temo que no le parezca bien.

—Puede estar seguro de que si está en mi mano no he de negárselo —aseguré.

Rabbí Jayim bajó la mirada, se asió al borde de la mesa, luego me miró en silencio, bajó la cabeza y me dijo:

—Si no es mucho pedir, le ruego que...

—Si lo que quiere es darme ocasión para hacer una buena obra, no hay objeción.

—Le ruego que se muestre conmigo tan bondadoso como se mostró con

Janok.

—Yo no me mostré bondadoso con Janok, sino que me limité a pagarle sus servicios.

—Entonces tal vez pueda pagarme a mí también —dijo Rabbí Jayim.

—Sería un honor darle más de lo que daba a Janok, pues él no se ocupaba de las lámparas ni encendía la estufa, mientras que usted pone los cirios, llena las lámparas y enciende la estufa, de modo que a más trabajo corresponde más paga. Pero no sé cuánto tengo que darle.

—Deme lo mismo que daba a Janok —dijo Rabbí Jayim.

—No sé cuánto le daba. Echaba

mano al bolsillo y le daba un puñado de monedas, unos días más y otros menos. Si lo prefiere, le fijaré un sueldo para no tener que fiar en mi mano, que unas veces aprieta más que otras.

Estipulamos una cantidad y Rabbí Jayim me dijo:

—Si le parece bien, podría pagarme el quinto día de la semana.

Y desde entonces, todos los jueves por la mañana le pagaba su salario.

Una vez quise darle lo de varias semanas a un tiempo, pues había visto que su hija Sipporá llevaba los zapatos rotos y pensé: «Si le pago varios salarios de una vez, podrá comprarle zapatos». Pero él tomó lo de la semana y

me devolvió el resto. Con el tiempo se descubrió que aquel dinero era para la mujer de Janok. ¿Y él, de qué vivía? De lo que le daban los oficiales a los que sirvió durante su cautiverio y de lo que ganó durante el viaje de regreso haciendo diversos trabajos.

El mes de *Adar* tocaba a su fin. La nieve que se había amontonado durante el invierno iba fundiéndose y la poca que aún caía de vez en cuando no llegaba a cuajar.

El trabajo de Rabbí Jayim era menos pesado. Al principio, tenía que traer leña dos o tres veces al día, ahora traía sólo una vez y muchos días aún quedaba para el siguiente, pues el frío era ya

menos intenso y no consumíamos tanto combustible. Y así como gastábamos menos madera, gastábamos también menos petróleo, pues los días eran más largos.

Cuando el frío disminuyó y la nieve se fundió, los caminos quedaron abiertos y los hombres salieron a su trabajo. Los que trabajaban en la ciudad fueron a la ciudad, y los que trabajaban en los pueblos a los pueblos.

La ciudad tenía una fisonomía nueva. Las calles que durante todo el invierno estuvieron desiertas se llenaron de gente y en las puertas de las tiendas se discutía animadamente. A primera vista, parecía que Szybuscz había recobrado

su antigua vida comercial; pero a la segunda ojeada —que es la que nos permite ver claro— se advertía que la gente sólo había salido a charlar. De todos modos, los que ahora callejeaban eran más numerosos que los que acudían a las sinagogas y muchas veces teníamos que esperar para el rezo. Después de la oración, todos se dispersaban nuevamente, sin decir ni un salmo, ni un pasaje de la Mishná. De todos modos, nuestra vieja sinagoga llevaba ventaja a la mayoría de las sinagogas de la ciudad, pues en ella se celebraban oficios en comunidad todos los días, mientras que en las otras raramente se reunían las diez personas necesarias, de

modo que unos días se rezaba en una y otros días en la otra, según el número de asistentes, con excepción de la Gran Sinagoga, por supuesto, donde siempre se reunían varias veces diez, de manera que cuando en nuestra sinagoga éramos menos de diez, traíamos gente de allí a rezar con nosotros.

La mayoría de los asiduos concurrentes de la Gran Sinagoga eran gentes del pueblo que profesaban poca simpatía por los de nuestra vieja casa. ¿Por qué? Porque antiguamente, cuando los israelitas llevaban sus asuntos con mano firme y los dirigentes de la comunidad ataban corto a las gentes del pueblo, no permitían que éstas se

sentaran en los bancos, sino que las obligaban a quedarse de pie detrás, junto a la pila, y no les permitían usar sombrero de piel los sábados ni demás fiestas, sino que debían llevar «Kolpak» pero el «Sábado de la Cara de Sueño» en que los hombres cultos sustituyen el gorro de piel por el «Kolpak», como señal de luto por Jerusalén, la gente del pueblo no podía llevar «Kolpak», sino el sombrero de diario, ya que tal honor estaba reservado a los doctores de la Ley. Incluso ahora, cuando la sabiduría ha desaparecido de la vieja sinagoga y los sabios que quedan en ella se asemejan a las gentes sin cultura, el odio de éstas sigue latente. Cierta día en que,

estando a punto de rezar, faltaba uno para completar el *minyán*, invité a uno de los que estaban en la Gran Sinagoga a que se uniera a nosotros. Y él me contestó con rigidez:

—Eso significa, pues, que nuestro maestro Moisés y ocho de los suyos no pueden rezar en comunidad y por eso le piden a un miserable Zlofjad ben Jefer que se una a ellos. Después, cuando ya no le necesiten, se dirá que le vieron salir a buscar leña en sábado y le arrojarán piedras.

Rabbí Jayim barría el suelo, encendía la estufa, ponía los manteles y encendía las velas y las lámparas. Rezábamos la oración de la tarde, la

recepción del Sábado y la oración de la noche.

Cierto día, el recitador bendijo el vino y no había ningún niño que pudiera beberlo. Palpé mi bolsillo, para cerciorarme de que llevaba encima algunas golosinas, y pregunté a uno:

—¿Dónde está su hijo?

—Se quedó con su madre —musitó él.

Pregunté a otro.

—¿Por qué no ha traído a su hijo a la sinagoga?

—Ha sido un milagro que pudiera venir yo. Uno está toda la semana pasando fatigas por esos mundos y llega el sábado y le gusta que le dejen

tranquilo.

¡Qué hermosos eran los ritos del Sábado cuando el pueblo de Israel llenaba la sinagoga, los niños rodeaban el armario de la Torá y respondían: «Amén», al recitador! Ahora, cuando los padres consideran que están aquí de milagro, ¿qué milagros se necesitarían para traer a los hijos?

Eché mano al bolsillo en el que había guardado los caramelos. La bolsa se había roto y los caramelos se me pegaron en los dedos. Me lavé las manos y volví a mi hotel. Después de cenar, acudí nuevamente a la sinagoga, para dar a la gente mi acostumbrada glosa y comentario sobre los textos del

Sábado. Llegaron tres hombres y se sentaron junto a la estufa. Uno bostezó, haciendo bostezar a los otros dos, y cuando éstos hubieron bostezado el primero volvió a bostezar.

Mientras repasaba el texto, aguzaba el oído para averiguar si venía alguien más. Pasó media hora y no vino nadie. Pensé: «Y esos que están ahí, ¿por qué no me piden que les hable? Pues ahora aunque me lo pidieran no hablaría». Pero como ellos siguieron callados, pensé: «Cuando entre uno y otro se intercambian palabras sobre la Doctrina, el Espíritu de Dios los habita. Sean muchos o pocos, hay que hablarles; y aunque no hubiese más que uno que

quisiera oír la explicación de la Doctrina, habría que dársela».

Mientras así hablo conmigo mismo, ya se han levantado y se han ido todos.

Es curioso este tipo que se ha llenado el cuerpo con versos de la Torá y proverbios de los sabios —¡bendita sea su memoria!— y no encuentra quien quiera oírlos. Y más curioso todavía es que los sábados anteriores no había preparado nada, sino que hablaba de lo primero que se le ocurría y este sábado, por el contrario, había preparado minuciosamente lo que iba a decir.

Me quedé solo en la sinagoga, contemplando los cirios. En el primer momento pensé: «Ardéis inútilmente»;

pero en seguida pensé: «¡No tal! Ardéis por el Sábado». Deslicé mi mano por el limpio mantel y cerré el libro.

No había venido para estar entre la gente ni para predicar sobre la Torá; desde luego, ello contribuía a hacer grata mi estancia y, por supuesto, la conferencia no dejaba de halagar la vanidad, aunque en este caso mi vanidad no pasaba de ser la del puntero con el que el maestro señala las letras y que se dobla entre sus manos.

Me levanté y me puse el abrigo. Antes de salir, repetí para mí lo que había preparado para mi conferencia.

Era el Sábado de «Éstas son las ofrendas», y las cosas que yo había

pensado decir se referían a las últimas líneas del texto del día: «Porque la nube del Padre Eterno estaba sobre el campamento durante el día, y en su interior había fuego para la noche, ante los ojos de toda la Casa de Israel, en todos sus viajes».

Habría que aclarar qué quiere decir «los ojos de toda la Casa de Israel». ¿Tienen ojos las casas? ¿Y qué quiere dar a entender Rashí al decir: «También su campamento forma parte del viaje»? Retrocedí hasta el pasaje que dice: «Y la Magnificencia de Dios llenó el campamento», en el que la Magnificencia de Dios no se mezcla con la nube. Luego volví al comienzo del

texto: «Éstas son las ofrendas para el campamento, el campamento de los testimonios». ¿Por qué se repite «el campamento»? Porque aquí se anunciaba que el campamento sería destruido dos veces: el primer templo y el segundo templo. Aquí se suscita la pregunta: precisamente ahora, cuando Israel celebra su momento de júbilo y alegría, ¿considera oportuno el Altísimo, alabado sea, anunciarles cosa tan funesta? Pero hay una palabra que responde a esta pregunta, y es la palabra: «Testimonio». Es un testimonio para todo el mundo que Israel ha sido perdonado, y éste es el mensaje: «Ya que Dios ha descargado su ira sobre los

árboles y las piedras e Israel ha resistido, de ello se desprende que el campamento era como una prenda dada a Israel en garantía y esto es lo que está escrito: “Los campamentos del testimonio”, es decir, un testimonio y una prenda para Israel, y son palabras de tiempos antiguos». Para terminar, volví a la introducción, expliqué varios versos que me ofrecieron bastantes dificultades y toqué ciertos pensamientos modernos que tenían sus raíces en nuestra eterna Doctrina; lo mismo que hice a propósito del motivo para instalar los utensilios antes de plantar la tienda. Aunque no participo de la opinión de los investigadores que

atribuyen un significado espiritual a los utensilios mencionados en la Biblia, apunté que este orden estaba justificado, pues la Torá nos insinúa ya que debemos preparar nuestra moral antes de penetrar en la tienda.

Los cirios se habían consumido casi del todo, pero todavía chisporroteaban. Las lámparas, que Rabbí Jayim había llenado de petróleo, daban una luz más potente que la de los cirios. Cogí la llave, salí de la sinagoga y cerré la puerta. ¿Y Rabbí Jayim? ¿Dónde estaba? Había oído decir que estaba celebrando el Sábado en casa de la mujer de Janok.

La calle estaba vacía, pero mi corazón estaba lleno. Sentí el deseo de

desahogarlo, mas no encontré compañero para ello. Mi sombra se arrastraba detrás de mí; era más larga y más ancha que yo, pero no le hice el menor caso, como si no existiera.

De pronto, se me ocurrió la idea de ir a la «Asociación Gordonía». En primer lugar, para cumplir mi promesa, pues cuando fui allí en busca del viejo cerrajero que me había hecho la llave prometí volver otro día. Y en segundo lugar, para estar entre judíos. Cuando llegué a la casa, no pude encontrar la puerta de entrada y cuando encontré la puerta no encontré la escalera. Días más tarde supe que los revisionistas la habían arrancado y arrojado al río.

Di la vuelta a la casa, atisbando por las ventanas a través de las que se filtraba un poco de luz, mientras mentalmente repasaba nombres judíos, con la esperanza de recordar así el de alguno de los miembros de «Gordonia» que pudiera franquearme la entrada. Entre nosotros, aunque hubiera gritado todos los nombres que se mencionan en los Cinco Libros de Moisés, en los de los Profetas y demás Libros Sagrados, de nada me hubiera servido, pues nuestros camaradas usaban nombres inventados por ellos mismos, como Kuba, Lontschi, Henryk o Yanek.

Observé cómo mi sombra subía, bajaba y se tendía a mis pies. Si hubiera

tenido boca para hablar, seguramente me hubiera dicho: «Igual que tú te afanas me afano yo también».

Me quité el sombrero y me enjuagué el sudor de la frente. Mi sombra hizo lo mismo que yo. Si hubiera podido hablar, sin duda hubiera dicho: «Estoy contigo en el mal trance».

Saqué mis dos llaves, la de la sinagoga y la del hotel, y las golpeé suavemente la una con la otra, para mitigar un poco el vacío que sentía dentro de mí. ¿Cómo decirlo? Hacía como el que canta para aliviar sus penas.

Me puse a hablar conmigo mismo y me dije: «Será mejor que nos vayamos

de aquí; pero ¿a dónde vamos? Donde tú quieras». Y como no tenía dónde ir, me fui al hotel.

Por el camino, se unió otra sombra a la mía y vi que detrás de mí caminaba una muchacha. Sentí haberme alejado de las inmediaciones de la casa de «Gordonia», pues tal vez esta muchacha hubiera podido indicarme la entrada, yo hubiese entrado, me hubiese sentado con la gente y quizás hubiésemos charlado agradablemente.

La muchacha se aproximó y me saludó. Yo la saludé y pregunté:

—¿Qué está haciendo tan tarde en la calle, señorita?

Erela respondió:

—En primer lugar, no es tarde. Y, en segundo lugar, el que quiere ir a casa tiene que pasar por la calle.

—Entonces llevamos el mismo camino —dije yo.

—Dos personas que se encuentran casualmente no han de llevar a la fuerza el mismo camino —dijo ella.

—¿Es que no va a su casa?

—Sí, voy a mi casa.

—Pues llevamos el mismo camino, ya que yo voy a mi hotel que está al lado de su casa.

—Si lo preguntó desde el punto de vista geográfico, no estaba equivocado; pero hay otros puntos de vista, además del geográfico, que no nos permitirían

hablar de proximidad.

Me puse el sombrero y exclamé:

—¡Santo Dios! ¿Qué sabe uno sobre lo que está cerca y lo que está lejos?

—¿Qué significa eso de: «Qué sabe uno?». Lo que está cerca está cerca, y lo que está lejos, está lejos.

—¿Eso también lo ha aprendido en la Geografía? —pregunté en tono de burla.

—En primer lugar, toda persona culta lo sabe por sí misma. Y, en segundo lugar, al que ha aprendido Geografía estos conceptos le quedan grabados para siempre.

—Incluso la Geografía es un producto híbrido —le dije.

Asustada, la señorita Erela volvió hacia mí sus lentes; luego se los quitó, los limpió cuidadosamente, volvió a ponérselos y me preguntó:

—¿Qué fundamento tiene para decir eso? La Gramática no le da ninguno.

Inclinándome ligeramente, respondí:

—No tengo pretensiones y no me atrevo a afirmar que todo lo que digo puede ser gramaticalmente analizado y demostrado. ¿Cómo está su hermano pequeño?

—¿Por qué le llama pequeño? — preguntó Erela—. Por su edad no se le puede llamar pequeño y por su entendimiento es mayor que muchas personas que se creen grandes.

Volví a hacerle una reverencia y dije:

—Ya hemos llegado; ésa es su casa. Si no temiera que me tomara por un hechicero le diría lo que piensa usted decirme.

—En primer lugar, yo no creo en hechicerías —respondió Erela—. Y, en segundo lugar, nadie sabe lo que ocurre en el interior de otra persona.

—¡Fíjese bien, señorita, fíjese bien! Este hombre que tiene delante sabe lo que ahora pasa por su mente y lo que va usted a decir.

—Me parece que se equivoca —dijo Erela.

—Pues se lo voy a decir. Lo que

usted quiere ahora es entrar en su casa y lo que piensa decirme es: «Adiós».

—Se ha equivocado —respondió Erela—. Lo que pensaba decirle era: «Hasta la vista».

Me había equivocado. Había olvidado esta otra expresión.

Erela dio media vuelta y entró en su casa y yo me dirigí a mi hotel.

Metí la llave en la cerradura, pero no conseguí abrir la puerta.

Salió Krolka con una vela en la mano y me dijo:

—¿Cómo es que el señor no puede abrir?

—Eso me pregunto yo también.

Krolka miró la llave que yo tenía en

la mano y dijo:

—Esa llave no es de aquí.

Yo miré la llave; era la de la sinagoga. Había confundido mis llaves.

CAPÍTULO XLII

Con el niño enfermo

Pasó el sábado, pero no fue aquél un sábado como tantos otros. Cuando el Santísimo, alabado sea, quiere castigar a sus criaturas, les amarga el sábado.

Después de la ceremonia de la separación del Sábado del día siguiente, fui a casa de Daniel Bach a pagar la cuenta de la leña. Antes de entrar, reuní los caramelos que todavía estaban enteros y se los di al niño. Él los cogió y formó con ellos un corazón y después

una estrella de David. Luego, dio uno a su madre, uno a su padre, uno a su hermana y por último, a mí me dio dos.

—¿Por qué no le diste en seguida al señor? —preguntó su madre.

—No lo sé —repuso el niño.

—¿No lo sabes, hijo? —dijo la madre con extrañeza—. Estoy segura de que sí lo sabes.

—Antes no lo sabía —respondió el niño—; pero ahora ya lo sé.

—Pues dínoslo, hijo —dijo la madre.

—Al principio pensé que ya que todos los caramelos eran del señor, no tenía por qué darle.

—¿Y después? ¿Por qué le diste?

—Después pensé que a lo mejor no se habría guardado ninguno para sí y por eso le di.

—¿Y por qué diste uno a cada uno de nosotros y a él le diste dos?

—Para que, si quiere, pueda regalar uno.

—¿No es un sabio? —dijo la madre —. ¿No es un ángel? Deja que te dé un beso, hijo.

—Pídele al señor que te cuente una historia —dijo el padre.

—¿Tú sabes contar historias? Pues entonces dime qué estará haciendo el abuelo.

—Eso no es una historia —dijo Erela.

—¿Pues qué es? —preguntó el niño.

—Cuando estudies Literatura sabrás lo que es una historia y lo que no lo es.

—¿Y el que no estudia Literatura no sabe lo que es una historia? —preguntó el niño.

—Por supuesto que no —respondió Erela.

—¿Y por qué tú no sabes contar historias? Tú has estudiado Literatura.

—Pero sé lo que es una historia y lo que no lo es.

—¿Y lo que hace el abuelo no es una historia? —preguntó el niño.

—No es una historia —repuso Erela.

—Entonces, ¿qué es?

—Puede ser una noticia, si es importante, claro; si no es importante, no es nada.

—Pues cuénteme nada —dijo el niño.

Erela enfocó hacia él los cristales de sus gafas y dijo con asombro.

—¿Que te cuente «nada»? Entonces no hay nada que contar.

—El abuelo está haciendo algo; pues entonces hay algo que contar. Cuénteme lo que hace el abuelo.

Me pasé una mano por la frente y dije:

—En estos momentos, tu abuelo está sentado en el patio, delante de la casa pequeña, mejor dicho, delante de la casa

grande, apoya la cabeza en la rodilla y piensa: «Asombroso, asombroso; aún no estamos en Pascua y hace ya tanto calor como en primavera».

—¿Y dónde está Amnón?

—¿Amnón? ¿Y quién es Amnón?

—¿No lo sabes? Es el hijo de mi tío Yerujam.

—Amnón está ahora en la sala de los niños pequeños, comiendo papilla de leche. Y como es un niño bueno, no deja ni una gota en el plato; se come todo lo que le dan y por eso la señorita le da una manzana. Las naranjas son más buenas que las manzanas, pero la señorita cree que los niños han de comer muchas manzanas. ¿Qué te parece?

¿Hace bien?

—No, no hace bien —dijo el niño.

—¿Qué es lo que no hace bien?

—Amnón no está en la sala de los niños pequeños —dijo el muchacho.

—¿Y dónde está?

—Dígalo usted.

—Espera un poco, amiguito —le dije—, déjame ver... Tengo que pensarlo.

—¿Tienes que pensarlo? —preguntó el niño.

—¿Y tú? ¿No necesitas pensar nunca?

—Yo nunca pienso.

—¿Pues qué haces?

—Yo abro los ojos y veo; muchas

veces, los cierro... así... y veo mejor todavía —cerró los ojos y sonrió.

—¿Qué ves ahora, hijo? —pregunté.

—Dime tu primero lo que averiguaste pensando.

—¡Si no me has dado tiempo para pensar! Ahora voy a hacer como tú. Cerraré los ojos y veré lo que hace Amnón.

Cerré los ojos y sonreí como había sonreído Rafael.

—Bueno, dime ya lo que hace Amnón.

—Amnón está sentado en las rodillas de tu abuelo, jugando con su barba, y le dice: «Abuelo, cuando yo sea mayor tendré una barba larga como la

tuya». Y el abuelo le contesta: «Así será —y le da un beso en la boca—. Eres el más listo de todos los niños de la comuna».

—¿Y qué hace el tío Yerujam? — pregunta Rafael.

—¿Cómo voy a saberlo? Está sentado arriba, arriba, más arriba del séptimo cielo, a la derecha del Santísimo, alabado sea. Tú ya sabes, hijo, que los que son asesinados en la tierra de Israel son los que mayor mérito alcanzan ante los ojos de Dios. Él se sienta y habla con ellos todos los días, a todas horas, en todo momento.

—¿Y qué hacen los que se sientan a la derecha del Altísimo, alabado sea?

—preguntó Rafael.

—Calla, hijo, déjame escuchar. Me parece que están leyendo en la Biblia lo del sacrificio de Isaac. Es como la lectura de la Torá en la fiesta del *Rosh ha-Shaná*^[*].

El niño levantó la mirada y dijo:

—Verdaderamente, así es.

—¿De dónde has sacado que es así?

—preguntó Erela—. ¿Has estado alguna vez en la sinagoga en la fiesta del Año Nuevo?

—Sí; he estado en la sinagoga y he oído la lectura de la Torá —dijo el niño.

La madre lo miró con extrañeza. ¿Cómo podía hablar así el muchacho, si no se había levantado de la cama desde

que nació? La mujer bajó la cabeza y guardó silencio.

El niño dijo a su madre:

—¿Por qué no dices a Erela que yo estaba contigo en la sinagoga aquel día de Año Nuevo en que trajeron la cabeza de Rabbí Amnón y la pusieron encima del armario de la Torá y él rezó la oración: «Aguantemos firmemente»?

—¿Cuándo fue eso? —le preguntó la madre.

—Ven, madre, te lo diré al oído —dijo el niño.

—Pero ¡qué estás diciendo! —gritó la mujer, llena de asombro—. Aquel año todavía no habías nacido.

—Pero ya estaba en el mundo.

—¿Cómo es eso posible, hijo?

El niño sonrió y dijo:

—Fue el mismo año en que tú te desmayaste y todas las mujeres que había en la sinagoga se asustaron y te dieron gotas contra el mareo.

—Fue el año en que estaba encinta de él —dijo Sara Perle.

—¿Lo ves, madre, como yo estaba también en la sinagoga y lo vi todo? Anda, dile a Erela que yo tenía razón, madre.

Los ojos de la madre se llenaron de lágrimas.

—¡Qué memoria más prodigiosa la suya! —musitó.

—Es un disparate fomentar sus

fantasías —dijo Erela.

Daniel golpeó la mesa con los nudillos.

—Estoy oyendo discusiones —dijo—. Empezasteis hablando de historias y termináis discutiendo.

—¿Qué es una discusión? —preguntó el niño a su padre.

—¿Cómo se lo explicamos, Erela? —dijo Daniel.

—¿Qué quieres decir con eso de «Cómo se lo explicamos?». Pues es bien fácil: Una discusión es cuando la gente discute.

El padre del niño sonrió y dijo:

—Tú has estudiado los Cinco Libros de Moisés, hijo, y recordarás lo que

nuestro padre Abraham dijo al Altísimo, alabado sea, respecto a Sodoma: «¿Quieres de veras exterminar juntamente al justo con el malvado? Quizás habrá cincuenta justos dentro de la ciudad...», etcétera.

—Eso no es una discusión —dijo el niño.

—¿Qué es, si no? ¿Ruegos y súplicas?

—Eso es la Doctrina —dijo el niño.

—Para vosotros, todo es doctrina bíblica —dijo Erela.

—Todo no —le dijo el niño—; pero lo que está en la Biblia, sí que lo es.

—¿Podríamos tomar una taza de té? —preguntó Daniel Bach a su esposa—.

¿Qué te parece?

—El agua está hirviendo —dijo la señora Bach—; en seguida os traeré el té. Nos hará usted el honor de tomar una taza de té con nosotros. Siento no haber hecho un pastel.

—Mi mujer opina que una taza de té no es suficiente para despedir el Sábado —dijo Daniel Bach sonriendo—. ¿De dónde sacas que con el té hay que tomar pasteles? ¿Lo aprendiste de los judíos alemanes cuando estuviste en Viena?

—¿Es que nunca te hago pasteles? —preguntó la señora Bach, poniéndose colorada.

—Sólo se hacen pasteles para la fiesta —respondió su marido.

—Pues espero poder hacerte uno antes de ese día —dijo la señora Bach.

—Si te empeñas, no voy a ser yo quien te lo impida. Pero bebamos el té antes de que se enfríe.

—De ahora en adelante, Rabbí Jayim va a tener menos trabajo —dije, después de tomar un sorbo de té—; se acerca la primavera y la estufa ya no necesita leña.

—La primavera está en puertas y los días de invierno se alejan nuevamente —suspiró la señora Bach.

—También las estufas tienen derecho al descanso —dijo Daniel Bach—. ¿Os habéis enterado de que el yerno de Rabbí Jayim le ha dicho que se vaya

a vivir a su casa?

—¿Y qué le ha contestado Rabbí Jayim?

—¡Quién sabe! Rabbí Jayim no es hombre muy comunicativo.

—¿Está seguro de haber obrado bien al aceptar el libro de aquellas mujeres?

—preguntó Erela.

—¿Qué libro?

—Ése cuyo título no recuerdo y que acostumbraban a poner junto a la cabecera de la cama de mujeres insensatas cuando éstas iban a dar a luz.

—¿Teme que puedan llegar a faltar en la ciudad los remedios milagrosos, señorita?

—No es eso —dijo Erela—; lo que

temo es el fanatismo y temo también que se diga por ahí que la tierra de Israel necesita remedios milagrosos, amuletos y demás tonterías por el estilo.

—No te exaltes, Erela —sonrió su padre—. Será un honor para Szybuscz que se vea que tampoco a nosotros nos faltan los grandes dones. Y si no podemos contribuir a levantar el país con dinero, contribuimos con almas.

—Si me es lícito hablar en presencia de mi padre, me permito preguntar qué quiere decir mi padre con esa palabra.

—¿Qué palabra, hija?

—¿Qué palabra? Si mi padre no la recuerda, me permitiré recordársela. ¿A qué se refería mi padre al hablar de

«almas»? De sus palabras se deduce que vamos a contribuir a levantar el país con almas.

—Desde este momento en que nuestro amigo tan bondadosamente les ha enviado el mencionado libro, no nacerán más niños muertos. Por consiguiente, nosotros les ayudamos con almas.

—Padre, en verdad que me sacas de quicio con tus cosas —dijo Erela irritada.

—Es indiscutible que el libro ha ayudado en muchos casos en los que médico y comadrona nada podían hacer.

Erela miró a su madre con irritación, se encogió de hombros y dijo:

—Ya sé que todavía quedan charlatanes; pero es duro descubrir que los propios padres creen en ellos.

Su padre la miró con benevolencia y dijo:

—Mi hija Erela se atiene a sus principios, según los cuales está prohibido hacer uso de todo aquello que está más allá de nuestro entendimiento, aun sabiendo que puede resultar de gran provecho, como este libro milagroso que sabemos ha ayudado a numerosas mujeres.

—¿De qué sirve traer niños al mundo si han de ser víctimas de la charlatanería?

Bach se acarició la pata de palo con

la mano y dijo:

—Mi hija Erela es una racionalista.

¿Un poco más de té?

—Muchas gracias. Creo que ya es hora de que me vaya.

—¡Nada de eso! —dijo Bach—.

Quédese un rato más, para que podamos pasar revista a los acontecimientos.

¿Qué noticias tiene de Israel? Hace semanas que no hemos recibido carta del padre. ¿Tendrá alguna dolencia física? ¿Habrá estado enfermo o tal vez hubo disturbios o se lanzó algún ataque contra Ramat-Raquel? ¿Quién es ese muftí?

—Un árabe.

—¿Y porque sea árabe tiene que

derramarse sangre inocente? —preguntó Bach.

—No porque sea árabe —respondí —, sino porque lo naturales que los que ansían cometer una agresión ataquen a los débiles. Y mientras nosotros seamos pocos y débiles tendremos que soportar todos los males imaginables.

—Sus palabras dan risa —dijo Erela—. El que le oiga puede creer que allí los nuestros se quedan con los brazos cruzados y le tienden el cuello al verdugo, como hacen nuestros judíos de Szybuscz. Todo el que lea un periódico sabrá los hechos heroicos que allí se han producido.

—Que son más que los que dicen los

periódicos —asentí—. Yo mismo he podido verlos con mis propios ojos. Pero ¿de qué sirve el heroísmo si acaba con los héroes? A fuerza de tanto luchar, el héroe pierde las fuerzas y cae.

—Según usted, deberíamos tender el cuello y decir: «Toma, verdugo, aquí tienes nuestro cuello, levántate y degüéllanos», como tan bien dijo nuestro poeta Bialik en su poema sobre la matanza.

—No quise decir eso, señorita.

—Entonces, ¿qué quiso decir? Me parece que entiendo el significado de las palabras. ¿O acaso da el diccionario una acepción de la palabra «héroe» que yo no he llegado a descubrir?

—Yo no conozco otro significado. Pero si pudiera permitirme una interpretación que no figura en el diccionario, diría que un héroe es aquel a quien todos temen y al que nadie se atreve a atacar.

—¡Delicioso! —exclamó Erela echándose a reír—. Para encontrar a uno de esos héroes tiene que ir al campo de deportes; allí encontrará al tipo de héroe que usted busca.

—¿Y será siempre igual? —preguntó Bach.

—Esa misma pregunta la he hecho yo a muchas personas inteligentes, sin recibir una respuesta satisfactoria. Pero, por último, un hombre de gran sabiduría

me dio la respuesta acertada. Para él, la acción es antes que el estudio. En un tiempo en el que la mayoría de nuestros hombres sabios estaban en el extranjero predicando el sionismo, él se fue a la patria y realizó lo que tanta palabrería no había logrado realizar. Este hombre solía decir: «Trabaja y no esperes nada». Y mientras él iba trabajando su obra iba adquiriendo cuerpo. Pues esto es lo que ocurre con el trabajo. Se hace hoy un poco y mañana otro poco y con el tiempo se va formando una gran obra. Cuando los árabes destruyeron mi casa y me quedé en la calle, él me brindó mesa y cama. Un día, al verme taciturno, me dijo: «No se preocupe, al final todo

saldrá bien». «¿Qué perspectivas tenemos? Si construimos algo, nuestros vecinos lo destruyen; si plantamos, nuestros vecinos arrancan. Fíjese cuántas colonias han sido destruidas en un solo día y cuántas familias asesinadas en una hora, y todavía dice que al final todo saldrá bien. Ese final feliz debía haber llegado ya, pues nuestros vecinos saben muy bien que hemos convertido en tierra fértil lo que antes era desierto y ellos han sido los primeros en beneficiarse. Y ahora nos hacen esto. Me parece que los tiempos pasados eran mejores que los de hoy. Y todavía dice usted que al final todo saldrá bien, usted, que decía también: “Trabaja y no

esperes nada”; de pronto, se convierte usted en patrón de los que esperan». «Al principio no esperaba nada —me respondió él—; pero ahora espero mucho, pues estamos ya en la segunda época». Y en seguida me explicó sus palabras: «Todo pueblo tiene que pasar por tres épocas. En la primera es pequeño y débil y se ve despreciado por sus vecinos, para los que prácticamente no existe. Y como es débil los demás se apiadan de él y a veces se muestran magnánimos, como el héroe con el humillado. La segunda época es aquélla durante la cual el pueblo sale de su estado de sumisión y va adquiriendo cada vez más fuerza. Si sus vecinos son

inteligentes, establecen con él lazos de amistad y fraternidad y mutuamente se apoyan. Si no son listos, le tienden trampas por todas partes y finalmente le declaran la guerra. Él lucha por su vida y se arma de valor y de fuerza, pues sabe que si cae ante el enemigo no habrá compasión para él. Y no teme el rechinar de los tanques ni el clamor de las hordas de los guerreros. Y cuando los vecinos se dan cuenta proponen la paz. Después buscan el acercamiento y lo consideran como a su igual. Primero buscan el acercamiento en beneficio propio, después en beneficio mutuo y acaban por ayudarse el uno al otro. Hasta ahora nos encontrábamos en la

primera época, la del pueblo pequeño y despreciado; ahora hemos entrado en la segunda, la del pueblo que se afirma y va adquiriendo fuerza, y nuestros hijos verán la tercera época, en la que seremos un pueblo como los demás. Lo que haya de venir después..., eso nadie lo sabe».

Bach se cogió las solapas de la chaqueta y miró a su hijo que se había adormecido. Luego, acariciándose la rodilla sana, dijo:

—De todos modos, hacen con nosotros todo lo que les pide su corazón de asesinos.

—Mientras estemos en la segunda época —respondí.

—¿Y cuándo entraremos en la tercera? —me preguntó Bach.

Me levanté de la silla y dije:

—Eso depende de mí, de usted y de todos los que formamos el pueblo de Israel. Cuando vayamos a nuestra tierra y nos unamos a nuestros hermanos que allí están luchando.

Al despedirme, la señora Bach me cogió del brazo y me llevó junto a la cama de su hijo.

—Mírele —me dijo—. ¿No parece un ángel de Dios? Cuando pienso que los asesinos podrían extender sus manos hacia él se me encoge el corazón.

—¿Por qué habían de venir asesinos? —pregunté.

—Pero usted quiere que vayamos a su tierra.

—¿Qué quiere decir «a mi tierra»?

—Allí donde están los asesinos que mataron a Yerujam.

—Al contrario, señora; quiero que vayamos a nuestra tierra, para que se debilite la potencia de los asesinos.

—Pero usted huyó de ella —dijo la señora Bach.

—¿Qué yo huí? —suspiré profundamente—. Tal vez haya huido realmente, pues el que abandona la tierra de Israel, aunque no sea más que una hora, será considerado un fugitivo.

CAPÍTULO XLIII

Signos de primavera

El domingo, después del desayuno, me encaminé, como de costumbre, hacia la sinagoga. Hacía buen tiempo y en el paisaje se observaban los primeros signos de la primavera. La capa de hielo que cubría el río se había roto y en el agua nadaban bloques de hielo. Por las calles se deslizaban regueros de agua procedentes del deshielo y el sol brillaba con más fuerza. Las campanas de los dos templos de los otros

repicaban y hombres y mujeres entraban y salían de ellos. Las tiendas estaban cerradas y sus dueños, ociosos, sentados ante la puerta. En el interior, sus esposas atendían a los clientes que habían ido a hacer sus compras a escondidas. De pronto, aparecieron dos gendarmes; tal vez era sólo un gendarme y a mí me pareció ver dos. Los dueños de las tiendas y toda la gente se llevaban la mano a la gorra, se inclinaban y sonreían amistosamente al gendarme. Él se retorció el bigote y seguía andando. Los dueños de las tiendas, con las manos a la espalda, le miraron alejarse y desaparecer. Ignaz se había llenado el pecho de condecoraciones. Llevaba las

que había conquistado durante la guerra por sus propios méritos y las que había arrancado a los cadáveres. Estaba bien situado, y, mirando a los transeúntes a los ojos, les gritaba «*Peniendze!*», es decir, dinero.

Joschke, Weftsche o cualquiera de los que iban a la sinagoga, me dijo al pasar:

—¡Ha sido largo el sermón del padre!

Eso me sublevó y de buena gana le hubiera dicho: «Por lo visto, prefieres escuchar el sermón del padre a rezar en la sinagoga. Hace días que no vas por allí». Otro se colgó de mi brazo para decirme:

—Ese granuja va a causarnos la ruina.

Al principio, creí que se refería a Ignaz, de quien se murmuraba que era hijo de un cristiano y una judía y a quien se tachaba de delator. Cuando mi interlocutor se dio cuenta de que no sabía de quién me hablaba, me dijo:

—¿No se ha enterado de que el párroco es hijo de un judío?

—¿Hijo de un judío?

—De un judío y de una cristiana.

—Bonita historia, si fuera cierta. Y tal vez lo sea. Pero las cosas hubieran debido ocurrir de otro modo: el judío padre de ese cura hubiera debido casarse con la madre de Ignaz, y el

padre de Ignaz con la madre del cura. ¿O acaso han confundido la historia de Ignaz con la del cura?

—Le aseguro que no es para tomarlo a broma —me dijo el hombre—. Desde que ese cura llegó a nuestra ciudad, no se nos deja en paz. No hay fiesta en la que no azuce a los cristianos contra nosotros con sus sermones. ¿Está ya convencido de la veracidad de la historia?

—¿Qué historia?

—La historia de la castellana que tenía un arrendatario judío, un hombre bueno y apuesto. Ella lo sedujo y tuvo con él un hijo que entregó a un convento de monjas. Más tarde, las monjas lo

dieron a un convento de frailes y los frailes le enseñaron su Doctrina y su moral y así llegó a ser arcipreste de la ciudad.

—Y puesto que lo dice la gente, hay que creerlo.

—Yo conocí personalmente a su padre —dijo el hombre, irritado—. Yo lo vi hacer penitencia. Al verlo vestido de harpillera, cubierto de ceniza, ayunando y entonando salmos a la puerta de la sinagoga de los mozos de cuerda, me sentí estremecer. En otra ciudad le hubieran dado licencia para pedir, como a un rabino de los *jasidím*.

De pronto, sentí cansancio. Me desabroché el abrigo y me fui.

Hacía mucho tiempo que no veía a los Schuster. Nadie se acerca a visitar a la enferma. Iré a preguntar por ella. ¿O tal vez sería mejor no hacerlo? Pues si no va nadie a verles, ella piensa menos en sus dolencias y él en sus delirios de grandeza.

¿Voy o no voy? Si la estufa está encendida, iré, si no, me quedaré.

Al entrar en la sinagoga, encontré a Rabbí Jayim agachado ante la estufa. Le pregunté:

—¿Ha encendido la estufa?

—La leña está preparada; pero no sé si encender o no —respondió.

—El invierno se bate en retirada —le dije—; pero los días de sol todavía

están lejos. ¿Cree que seremos bastantes para rezar en comunidad la oración de la tarde? Esta mañana apenas llegábamos a los diez.

Rabbí Jayim levantó los brazos como diciendo: «Será lo que Dios quiera».

Cuando Rabbí Jayim se marchó, cogí un libro y me dispuse a leer. Schuster y su esposa acudieron a mi mente. Y pensé: «Ahí está otra vez la pregunta: ¿voy o no voy?». Buscaré un signo. Si el libro se abre por una página que empiece por la letra «D» será la señal de que debo ir. Abrí el libro. La página empezaba así: «Desde luego que no».

Había una «D»; por lo tanto, debía

ir. Pero con aquella «D» se iniciaba la frase: «Desde luego que no». ¿Indicaba, pues, que no debía ir? O, puesto que había pensado guiarme sólo por la inicial, ¿indicaba que debía ir de todos modos? Hijo, me parece que estás perdiendo el tiempo.

¿Cómo se te ha ocurrido de repente pensar en Schuster? ¿Acaso porque el abrigo empezaba a pesarte te dio por pensar en el sastre? ¡Vamos a dejar al sastre y a pensar en otra cosa!

¿En qué pensaremos? Pensemos en las aventuras que vivió Rabbí Jayim durante sus viajes, de Szybuscz a Varsovia, de Varsovia a Brest Litovsk, de Brest Litovsk a Esmolensko, de

Esmolensko a Kazán y de Kazán a la región del Volga. ¡Qué grande es el mundo y qué pequeño es para el hombre el lugar que ocupa en él! Después de tanto viajar, Rabbí Jayim se cobija ahora en la leñera de la vieja sinagoga.

¿Tendrá realmente el propósito de pasar aquí el resto de sus días? Si me pidiera un consejo, le diría que se fuera a casa de su hija; quizá le fuese dado gozar de una vejez tranquila.

El libro que había cogido para que me diera la señal no era apropiado para el estudio, de modo que lo cerré y cogí otro. Tal vez el Talmud me ayudara a concentrarme. Saqué de la estantería un tomo del Talmud.

Con el libro en la mano, me puse a pensar en lo que aquel hombre me había dicho. Dijo que el padre del clérigo se había arrepentido y hacía penitencia. Yo había leído relatos en los que se decía que el mismo clérigo se arrepentía.

¿Estaban basados en hechos reales o eran fruto de la fantasía? En cualquier caso, ¿por qué ahora escaseaban tanto estos relatos? ¿Es que ya no quedaban hombres activos o acaso se había debilitado la fantasía? Pero en todos los lugares en los que se ha establecido, el pueblo de Israel se ocupa de hallar nuevos medios para dar a conocer el bien. Está dotado de poderosa fantasía y ella pone brillo y valentía en su

semblante. Pero allí donde tiene lugar una buena acción no hay siempre un hombre que sepa relatarla: es más fácil hacer el bien que contar una hermosa historia.

¿Dónde está la diferencia entre las historias de los *jasidím* y las de otros grandes judíos? Si me permitís decirlo, en realidad no hay tal diferencia; sucede en unas lo mismo que en las otras; pero los otros grandes judíos son hombres de la Ley y conocidos por su sabiduría; éstos, por el contrario, son hombres de acción y conocidos por sus actos. Muchas veces se les atribuye algo que todo el pueblo sabe desde hace tiempo que fue obra de nuestros sabios de

tiempos pasados, como la historia que le ocurrió a Rabbí Meir de Tiktin y que se atribuye al *Saddiq* Rabbí Meir de Prezemyśl, y tantas otras. Y no es lo mismo, pues mientras las historias de los grandes de Israel tienden a instruir en la Doctrina y los Mandamientos, poniendo de manifiesto las buenas costumbres y la recta moral que todos debemos observar, las historias de los *jasidím* tienen por finalidad ensalzar a los *saddiquím*, elegidos por el Cielo para la realización de hechos prodigiosos, lo cual no está al alcance de cualquiera. El autor de las «Lecturas de Rectitud» escribió su libro para que todo el mundo supiera cómo obraba su

maestro, el gran rabino, y aprendiera a orientar sus obras de acuerdo con el espíritu de la Ley. Por el contrario, en las historias de los *jasidím*, en las que se te extasía el alma y se te inflama el corazón, no te es dado hacer como ellos.

¿Por qué no acudían ya a la vieja sinagoga? ¿Habrían hecho las paces con los de Czortkov, o no venían por lo mismo que habían dejado de venir los demás?

Levanté los ojos hacia la montaña que se alzaba frente a la sinagoga. Estaba todavía rala y sin verde y una sombra fría y húmeda la envolvía; mañana estará cubierta de hierba y bañada por el sol. Cerremos los ojos un

momento y trasladémonos a otro lugar, donde todos los días brilla el sol, donde los corderos van de casa en casa y su lana te calienta el corazón. Y con los corderos va el pastor, con las alforjas al hombro y la flauta en los labios. Silenciosamente, pasan rebaños y rebaños, levantando nubes de polvo. De pronto, un cordero se detiene, se pone a escarbar, se tiende en la hierba y lanza un balido a la hembra; ésta se aproxima y el pastor, cerca de allí, sigue tocando la flauta. Tal vez los antepasados del pastor pertenecían a los cantores del templo y los cantos de los levitas eran acompañados por los sonos de la flauta. O tal vez iban con los destructores del

templo y el sonido de la tuba de las legiones sale ahora de su boca. Di, ¿qué me oprime el corazón?

Pensando, pensando, había llegado el mediodía. Me envolví en mi abrigo y me encaminé a mi hotel.

Al salir a la calle, observé gran revuelo y vi grupos de gente. Pregunté a un niño:

—¿Qué ha pasado?

—Janok —balbuceó.

Encontré a Ignaz y le dije:

—¿A qué viene toda esta algarabía?

—La nieve, señor, la nieve.

—¿Estás en tu juicio? —dije severamente—. ¿Dónde está la nieve?

—¡Allí! ¡Allí! —respondió

extendiendo el brazo.

—¿Quieres explicarte? ¿Qué ocurre allí?

—Han encontrado a Janok, en la nieve.

—¿Que han encontrado a Janok? ¿Está muerto?

—¿Y cómo iba a estar? ¿Vivo?

—¿Cómo lo han encontrado?

—¿Cómo...?

Ignaz estaba todavía tartamudeando con su voz gangosa cuando pasó otro y me dio la noticia. Aquella mañana, un judío que se dirigía al pueblo había encontrado a Janok de pie junto a su carro y abrazado al caballo. Seguramente, se había quedado helado

durante la gran nevada y la nieve los sepultó a los tres. Ahora, al fundirse la nieve, habían aparecido. Probablemente, primero se heló el caballo, y Janok, al querer darle un poco de calor, se heló con él.

Janok estaba muerto y tuvo su funeral. Toda la ciudad fue detrás del féretro. No había en la ciudad una sola persona que no quisiera rendirle este último tributo.

Todos íbamos con la cabeza inclinada, como si fuésemos sus deudos. Cuando Janok estaba ya olvidado, se volvía a hablar de él y se comentaba cómo había salido de su casa el día de la nevada y cómo había sido hallado

abrazado al cuello de su caballo, como si estuviese vivo. Su descubridor había empezado ya a reprocharle que no hubiese avisado a su mujer cuando, al aproximarse, vio que estaba muerto.

Recordé lo que contara a Janok acerca de los mártires de la Diáspora, que en seguida entraban en la Tierra Santa sin tener que esperar a que fueran llegando todos los que morían en el extranjero, y cómo los envidiaba Janok. Pensé: «Janok no ha muerto por la Santificación de Nombre, sino por un pedazo de pan; así que tendrá que esperar con todos los muertos del extranjero. Pero seguramente los ángeles buenos cuya ayuda habrá conquistado él

con su honradez le harán más llevadera la espera. Y cuando llegue el Mesías — muy pronto, en nuestros días— y todo Israel salga a su encuentro y se haga sitio delante para los grandes, a fin de que sean los primeros en recibirle, el Rey, el Mesías, les dirá: “Venid, vamos junto a nuestros hermanos, en los que a causa de sus tribulaciones, nadie ha reparado”. Y cuando el Rey, el Mesías, vea a Janok y a sus compañeros les dirá: “Vosotros sois los que más me necesitáis; por eso, primero voy a vosotros”».

CAPÍTULO XLIV

La fiesta de Pascua

Pésaj estaba en puertas y yo empecé a pensar en lo que iba a hacer. En realidad, en el hotel no me faltaba nada. Siempre tengo la mesa puesta y la comida dispuesta y seguramente tampoco en Pascua me faltará nada. La patrona me ha dicho ya:

—Aunque no coma carne, no tiene que preocuparse, que no se quedará con hambre; le prepararé unos platillos de leche como no los ha comido en su vida.

Pero el día de Pascua me gusta sentarme a la mesa con familiares y amigos, y más este año que será el primero que la pasaré lejos de mi mujer y mis hijos.

En mi ciudad natal no tenía ya amigos ni parientes. Los que no habían muerto de muerte natural cayeron durante la guerra, y los que no cayeron durante la guerra sucumbieron a las consecuencias de la guerra, y los que consiguieron sobrevivir a la guerra, emigraron. Y volvía a sentirme tan solo como el día de mi llegada a la ciudad. Sólo que entonces encontré un hospedaje y ahora me sentía en él como un extraño, pues pensando cómo podría pasar la

Pascua en otro lugar olvidaba mi residencia habitual. Hasta qué punto olvidé que tenía un lugar fijo para vivir lo prueba el que llegara a pensar en ir a ver al rabino de la ciudad. Tal vez él me invitase. Luego se me ocurrió celebrar la Pascua con Rabbí Jayim.

Durante todo el día, no se apartó de mi mente este verso: «Qué bueno y qué hermoso ver a hermanos con hermanos». Mandaría a una mujer a limpiar la leñera y a fregar el suelo, instalaría una mesa y dos sillas, pondría un mantel blanco, encendería muchas velas y llevaría almohadones, compraría pan ácimo y vino en el mercado y llevaría buena comida de la fonda y Rabbí Jayim

y yo celebraríamos la fiesta juntos. «Qué bueno y qué hermoso ver a hermanos con hermanos».

Expuse el plan a Rabbí Jayim. Él respondió:

—Había prometido a la viuda y a los huérfanos de Janok celebrar la fiesta en su casa.

—Entonces yo iré también.

Rabbí Jayim miró mi traje y dijo con tristeza:

—No puede ser.

—¿Por qué no?

—Porque son pobres.

—¿Acaso yo odio a los pobres?

—No es eso. Lo que ocurre es que no todo el mundo puede soportarlos. La

pobreza los hace repulsivos.

Me vinieron a la memoria historias de gentes que se habían visto obligadas a huir a países lejanos y cuando llegaba la Pascua les sucedía algo maravilloso. Resultaba que en aquel país había un gran príncipe lleno de santo temor de Dios que, a espaldas del rey, los invitaba a celebrar la fiesta en su casa.

Hoy en día no ocurren milagros. Pero si fuera cierto que el cabeza de la Iglesia cristiana de nuestra ciudad es hijo de un judío, podría ser que exteriormente se mostrara piadoso según la fe de ellos y, en su casa, se condujera como un buen judío. ¿Y si fuese a verle? A lo mejor me invitaba a celebrar la

Pascua con él. Mientras jugaba con estos pensamientos, llegó la Fiesta. La celebré en el hotel.

Un aire de fiesta se extendió por toda la casa desde el comienzo de la ceremonia de *Séder*^[*] hasta su fin. El que no hubiera visto a Sommer antes de aquella noche le hubiese tomado por un hombre jovial. Tenía los ojos bien abiertos y, sin temor a exagerar, puedo decir que hasta las pestañas le brillaban. Este Sommer que siempre mantiene los ojos entornados, aquella noche los abrió para mirarnos a todos con verdadero afecto. Raquel formuló las cuatro

preguntas y Lolik y Dolik hicieron los honores al vino. Y Yerujam no digamos, que les llevaba ventaja a todos. Sommer instó a Yerujam a que leyera la *Haggadá*, diciendo:

—Oigamos cómo lee el turco.

Y Yerujam leyó con pronunciación sefardí y con una curiosa pronunciación rusa, como suelen hablar los que se convierten al judaísmo. Cuando llegó la hora de comer el *Afiqoman*^[*], se descubrió que Babtsche lo había robado. Su padre le prometió hacerle un regalo y ella lo devolvió. Pero al partirlo el padre se negó a darle su parte hasta que ella renunciara al regalo. Dolik susurró a su hermana al oído:

—Renuncia, pero no lo comas. De lo contrario, no podrás comer nada más y te perderás la cena prohibida del club.

Después del *Séder*, Yerujam bailó la *horra* y obligó a sus cuñados y a su cuñada a bailar con él la rueda. Finalmente, cogieron al padre y a la madre, los pusieron en el centro y bailaron todos alrededor. Grandes son las Fiestas del Señor, tanto que hasta las gentes ligeras se divierten con ellas.

Las Fiestas del Señor son para mí días de balance. Y mucho más esta Pascua que paso lejos de mi casa. Recordé tiempos pasados, cuando yo era niño y hacía al padre —que en paz descansa— las cuatro preguntas;

recordé el primer año en que mi hijo — que Dios le conserve muchos años— me las hizo a mí. Recordé también otras noches de Pascua transcurridas entre las dos. Hubo años buenos y años menos buenos. Alabado sea el Nombre del Señor. ¿Puede uno lamentarse mientras conserva la vida?

CAPÍTULO XLV

En casa de la «emperatriz».

Hacía tiempo que quería visitar a la «emperatriz», pero cuando lo pensaba no era el momento apropiado, y cuando el momento era apropiado no pensaba en ello. Durante la semana de Pascua coincidieron ambas cosas y fui a su casa.

La casa de Freide está cerca de la calle del Gimnasio, cerca del Strypa. La guerra, que había marcado con su huella las casas grandes, dejó intacta la de

Freide. Permanece entera, como hace treinta o cuarenta años; sólo que un poco más vieja. Y si por fuera no ha cambiado tampoco por dentro ha cambiado. El suelo está pintado de arcilla amarilla, con un saco a modo de alfombra. Una gran estufa azul, con molduras rojas, está apoyada en la pared. Cerca de la estufa, la cama de Freide. La cama es una especie de consola o de banco sobre el cual durante el día Freide prepara la comida, amasa la pasta o corta los fideos; por la noche, quita las tablas y se tiende en ella, aunque no para dormir, pues en estos tiempos la gente no consigue conciliar el sueño. Son muchas las noches en las que

no pega ojo. ¿Y por qué no? En primer lugar, debe vigilar que las lágrimas no le ensucien la cara. Y, en segundo lugar, le gusta contemplar las sombras que proyectan los cacharros de la casa, pues le parece que le hacen compañía. Desde el día en que su hijo Elimélek se fue de Szybuscz, vive sola, y por la noche le gusta imaginar que hay alguien con ella.

—Quizá tú pienses, mi vida, que las sombras son malas, como dicen los niños; puede que las sombras de la gente sean malas; pero las de los objetos son puras y no hacen daño a nadie. También usted, mi niño, tiene buen carácter. Yo charla que te charla, y usted ahí, escuchándome. El alma de su madre

alienta en usted. Durante toda su vida no me regañó ni una sola vez y siempre me escuchó con paciencia. Ahora está en un mundo más alto. ¿Cómo se me ha ocurrido decir que su alma alienta en usted? No me refería al alma, sino a sus buenas cualidades, pues las virtudes de la madre se transmiten a sus hijos, lo mismo que los defectos. Entre nosotros, le diré que todas las buenas cualidades de su madre han pasado a usted, su hijo. Lo mismo le dije a la señora Sommer cuando usted me envió las patatas, los ácidos y la manteca. Y ahora se lo repito. Pero no se enfade conmigo, mi niño, si repito las cosas, pues con todas las penas que he pasado, a veces temo

no haber dicho lo que quería decir y por eso me repito. Las personas deben dar gracias por todo lo que se les da; y las que no lo hacen olvidan también dar gracias a Dios, alabado sea, por todos sus favores. Y cuando Él, alabado sea, ve que los hombres son ingratos, vuelve Sus Ojos hacia otro lado, ¡Dios nos libre!, y abandona a los hombres y los hombres se hacen la guerra unos a otros.

»Cuando estalló la guerra, yo dije que ello era culpa de la ingratitud que tanto se había extendido por el mundo. Fíjese, si no, en todo el bien que nuestro emperador, que en paz descansa, hizo a los rusos cuando éstos huían de los japoneses. Hasta les cedió un

campamento. Y el zar no sólo ni le dió las gracias, sino que, además, le hizo la guerra. Pero ¿cuál fue su fin? ¡Ojalá acaben así todos los enemigos de Israel! Tal vez diga usted: “También nuestro emperador ha muerto”. Pero ha muerto de otro modo, ha muerto porque sus días se habían terminado. Y porque en aquellos momentos Israel tenía grandes quebraderos de cabeza y no pudo pedir misericordia para él.

»Pero hablemos de otra cosa. Me he dado cuenta de que miraba usted la ventana. La he tapado con musgo para que no entre el viento. Y en cuanto a esas rosas de papel, no crea que las haya puesto en honor del viento; las puse

para que sirvieran de adorno, pues es bonito que haya rosas en las ventanas. Ahora ya pasó el invierno y han llegado los días de primavera, ¿por qué, pues, no quito el musgo? Pues bien, sepa usted que desde que los tiempos han cambiado, ya no puede uno fiarse de la primavera. Hoy pone cara risueña y mañana no te conoce. Uno tiene que estar prevenido. Y hacerse político, si las circunstancias lo requieren. Aunque a mí no me gusta la política. Pero le ruego que no se enfade conmigo por no haberle dicho lo mucho que me alegra que haya venido a verme, ni haberle ofrecido una silla. Y es que la alegría ha hecho que me olvidara de decirle lo

mucho que me alegro de verle. Siéntese, mi niño, y charlemos un poco.

Freide cogió una silla y, antes de ofrecérmela, se sentó en ella y la limpió bien con el vestido. Luego se quedó delante de mí, inclinada, en esa actitud tan suya, mirándome con cariño, y las arrugas de su cara parecían brillar.

—Voy a traerle un pastelito —dijo Freide—. Lo he hecho con las patatas que usted me mandó. Está doradito por todas partes, como le gustaban a mi niña.

Freide me presentó una fuente de lindos pastelitos dorados. Olía bien. Este olor no es un objeto, ni tiene cuerpo ni tiene asomo de realidad y, sin

embargo..., en cuanto lo percibes, eres otro. Desde que me fui de casa de mi padre no había vuelto a ver pastelillos como éstos. Cuando los olí me pareció que volvía el tiempo de mi juventud y que estaba otra vez en casa de mi madre.

—¿No estarán hechos con manteca?
—dije, cogiendo uno.

—¿Cómo se le ha ocurrido que yo podía hacer pasteles sin manteca, cuando usted mismo me mandó un bote?
—exclamó Freide.

—Yo no como carne, ya lo sabe.

—¡Ay, hijo! Si no come carne, ¿qué come entonces? Usted es joven y sus huesos necesitan fuerza. ¿No sabe que a los que no comen carne se les quiebran

los huesos? Al contrario, hay que comer mucha carne, tanta que no pueda uno decir «basta». Recuerdo que cuando yo servía a su madre, que en paz descansa, e iba a la casa su tío, el tío de ella, tío abuelo de usted, que en paz descansa, y su abuela, que en paz descansa, les preparaba platillos de leche para cenar, él solía decir: «No puede ser; ¿cómo va a dormir el que no ha comido carne por la noche?». Y era un judío de los de antes, de los que no hablan por hablar. Si él lo decía, así debía ser. Y así es, pues desde la guerra no comemos carne y no podemos dormir. Es cierto que antes le dije que si no dormía era por otra cosa; pero unas veces no duermo

por esto y otras veces por lo otro. Pero ya que no quiere tomar nada, me pregunto qué puedo hacer para distraerle. ¿Le gustaría ver el retrato de mi marido, que en paz descansa? Usted recuerda a Efraim-Yossel de viejo; pero en el retrato está joven, pues se lo hizo cuando se fue al servicio militar, por eso lleva uniforme. Fíjese bien, mi niño, ¿no se parece al emperador?

Contemplé a Efraim-Yossel. Era el mismo Efraim-Yossel al que los bromistas de la ciudad llamaban «Francisco-José», a pesar de que no había entre los dos el menor parecido. Pues los rasgos del emperador denotaban fatiga, como los del hombre

que ha sufrido mucho, mientras que Efraim-Yossel parecía tener el mundo a sus pies. Por aquel entonces, era soltero y no tenía preocupaciones. A su lado, muy juntos, estaban colgados los retratos de sus cuatro hijos, los que murieron en la guerra, todos con sus armas y su uniforme de campaña. ¿Y el retrato de Elimélek? Su madre lo guardaba escondido detrás del espejo; no lo colgaba porque los retratos de los vivos no se cuelgan y porque Elimélek no se gustaba de uniforme. ¿Y por qué tenía un pañuelo atado en la cabeza y un ramo de flores en la mano? Porque aquella foto fue tomada cuando él se encontraba herido en el hospital y el ramo de flores

se lo había dado una señora que había ido a visitar a los heridos.

—Aquella señora tenía buen corazón —dijo Freide—. Aunque le dijeron «Ese soldado es judío», ella no le quitó las flores; al contrario, le dio, además, una docena de cigarrillos y le dijo que el humo de los cigarrillos olía mejor que el de los cañones, y al marcharse le dio la mano, igual que a los demás soldados cristianos. ¡Y el muy cabezota no se la besó! ¡Claro que después tuvo que aguantar mis reproches! ¿Y qué cree que me contestó?: «Yo no soy un criado, para andar besando manos». Como si su padre, Efraim-Yossel, que en paz descansa, hubiese sido un criado y, sin

embargo, besaba las manos a los grandes señores, y ellos le querían y a veces hasta le daban palmaditas en el hombro. Y todos saben lo ocurrido cuando las elecciones, cuando aquel miembro del Gobierno, nada menos que un diputado del Parlamento, le besó en la frente en plena plaza del Mercado y le dijo: «Tú, sastre, votarás por mí en las elecciones». Y lo más asombroso es que Elimélek no es socialista, ¡Dios nos libre! Si no se enfada conmigo, mi niño, le contaré una cosa. Cuando usted se marchó a la tierra de Israel, o a Jerusalén, pues con todo lo que he pasado ya no recuerdo adónde se fue, bueno, cuando usted se marchó, yo fui a

ver a mi niña, para consolarla y ella me dijo: «Toma, Freide, aquí hay un par de botas que dejó mi hijo porque no le cabían en la maleta. Llévaselas a tu hijo Elimélek». Cogí las botas con alegría y me las llevé a casa, pues sus zapatos estaban destrozados. Pero él me las tiró a la cara diciendo: «¡Devuélveselas a tu ama!». Como comprenderá, mi niño, yo no le hice el menor caso y di las botas a su hermano menor, que también estaba descalzo.

»Bueno, mi niño, hablemos de otra cosa; ya veo que lo que acabo de contarle no le ha gustado. Y es que no estuvo nada bien. Los regalos no deben despreciarse. Por lo que se refiere a mi

casa, a mí me parece bonita. ¿A usted no? Y es que, en primer lugar, a todo el mundo le gusta su casa y, en segundo lugar, es un regalo del Cielo. Las maderas y las piedras no son un regalo, sino que fueron compradas por mi padre, con su dinero; pero el lugar en el que se levanta la casa es un regalo del Altísimo, alabado sea, que nos lo dio como el que le da algo a un amigo y le dice: “¡Que te aproveche!”. ¿Que cómo fue? Pues verá, mi padre vivía con su suegro, cerca de aquí. Cierta tarde, víspera del sábado, mi padre fue a bañarse, pues cuando hacía calor solía ir a tomar un baño en el Strypa la víspera del sábado. Pero aquel día

encontró el río seco. Le enfureció que hubieran desviado el agua, y es que al otro lado del río estaban construyendo un gran molino. Pero pronto se calmó su furor y se puso de mejor talante; a todo el mundo le sucede lo mismo: cuando se nos ocurre un pensamiento sabio, nuestra ira se disipa. Mi padre se dijo entonces: “El lecho del río está seco, no corre ya más agua. Aquí me hago yo una casa”. Mi padre empezó a examinar el suelo y vio que estaba firme y duro. Y como mi padre era un judío de los de antes, de los que cuando se proponían hacer algo lo hacían, puso manos a la obra y resumiendo (¿que no lo resuma? ¡Que el Cielo le dé larga vida, mi niño!), pues

mi padre contrató a unos hombres, mandó traer madera, piedras y todo lo necesario y se construyó una casa. Había gentes que se reían de mi padre y gentes que lo envidiaban. De todos modos, él se hizo la casa. Y cuando la terminó, celebró una gran fiesta e invitó a todos sus amigos y todos bebieron y se alegraron y cantaron las canciones del Sábado. Y todo parecía ir bien. Y después fue todavía mejor; pero, al fin, lo bueno se convirtió en malo. A mi padre le habían sobrado algunas vigas y tablas. Y pensó: “¿Qué voy hacer con ellas?”. Y se hizo una caseta de baños. Una vez, mi padre hizo un traje para un gran señor. El gran señor, al ver la

caseta, entró en ella, se desnudó y fue a bañarse al río. Al marcharse, dio una pequeña cantidad a mi madre. La noticia corrió por la ciudad y la gente empezó a venir a bañarse. Y cada uno pagaba unos céntimos por la caseta. Pronto no hubo bastante con una sola y mi padre tuvo que construir varias de ellas.

»Hasta aquí, todo fue bien, mi niño; pero luego, vinieron malos tiempos. Si el Señor, alabado sea, te da pan, vienen los hombres y te saltan los dientes. Cierta abogado, mala persona y un descarado profanador del Sábado, llamado Ausdauer, ¡ojalá se borre su nombre!, se hizo una casa al lado de la de mi padre. Al malvado no le agradaba

que la gente se divirtiera. Decía que una persona de su categoría no podía tolerar que alrededor de su casa anduviera la gente desnuda. Hizo valer sus influencias y las casetas fueron demolidas. Y el malvado se empeñó en echarnos de nuestra propiedad, de la propiedad que nos había concedido el Altísimo, alabado sea, pues decía que la vecindad de mi padre era indigna de un hombre de su rango. Quiso comprar la casa, pero mi padre no se la vendió. Desde aquel momento, no pasaba semana sin que nos pusieran una multa, o porque se había arrojado por la ventana una cáscara de huevo o porque se había derramado una gota de agua delante de

la casa. Mientras mi padre vivió, aguantó firme. Pero cuando fue llamado al Más Allá y yo heredé la casa, me dije: “O ese mal hombre se va de este mundo o nosotros nos vamos de nuestra casa”. Y es que yo, mi niño, soy una pobre mujer y no puedo soportar que alguien me hostigue. Y cada vez que aquel hombre me insultaba, yo me echaba a temblar y comprendía que él y yo no podíamos seguir siendo vecinos. Pero Efraim-Yossel, que en paz descansa, era testarudo y colérico y me decía: “Freide, no voy a hacerte ese favor. Yo no me voy de mi casa porque a ti te tiemblen las piernas”. Pero Ausdauer, que su nombre sea borrado

para siempre, era más testarudo que él y no dejó de acosarnos hasta que Efraim-Yossel, que en paz descansa, se mostró dispuesto a venderle la casa y emigrar a América con el dinero. Pero Elimélek, que era más testarudo que nadie, se opuso: “Por más que le pese a Ausdauer, ¡aquí nos quedaremos!”.

»Luego, estalló la guerra, vinieron los rusos y destruyeron su casa, sin dejar piedra sobre piedra. Pero mi casa ni la tocaron y ahora está mejor que antes, pues mientras estuvo en pie la casa del mal hombre nos quitaba el sol y ahora que está destruida ya no nos lo quita. De todos modos, mi niño, no estoy contenta. ¿Cómo va a estar contenta la madre que

se ha quedado sola, después de perder a cuatro hijos y dos hijas y a Elimélek, que había dicho: “Aquí nos quedaremos”, y que ahora anda por el mundo como el que no tiene casa?

Freide interrumpió sus palabras, me miró y luego volvió a empezar:

—Dígame, mi niño, usted leyó su carta, ¿cree que hay alguna esperanza de que vuelva?

—¿Por qué no iba a volver?

—Eso mismo digo yo. Pero a veces me da miedo que su testarudez le impida volver, o que no vuelva hasta después de mi muerte. Porque yo, mi niño, no soy tan testaruda como él y no puedo empeñarme en vivir hasta que él vuelva.

Usted, mi niño, que estuvo en la tierra de Israel o en Jerusalén, allí donde todo se sabe, dígame, mi niño, ¿cuándo vendrá el Mesías? No tema, mi niño, no se lo diré a nadie, lo guardaré para mí sola; pero para mí tiene mucha importancia saber cuándo va a venir. Ya ve, tengo una bonita casa y mis cachorros están limpios, y usted pensará: «Freide no necesita al Mesías». Pero debe usted saber que no todo lo que es bonito por fuera es bonito por dentro. Mi corazón, ¡ay, mi niño!, mi corazón no es bonito. Por eso, mi niño, no sea severo conmigo porque desee un poco de felicidad.

CAPÍTULO XLVI

El hombre nuevo

Al salir encontré a un hombre de unos cincuenta años, bien vestido, con una barbita bien recortada y ademanes estudiados y medidos. No suele uno ver en Szybuszcz a hombres como aquél. A primera vista, parecía un representante de la organización «Misrají^[*]» a quien el azar hubiera traído a la ciudad; pero por la seguridad de sus movimientos se veía que era de aquí.

Me tendió la mano y me dirigió el saludo hebreo: *Shalom*^[*], pero en seguida rectificó y dijo: «Buenos días» para que no lo tomara por un sionista.

—Es para mí un gran placer conocerle personalmente —me dijo, restregándose las manos con alegría. Y prosiguió—: ¿No me conoce? Cuando le diga cómo me llamo, sabrá quién soy.

Así se me presentó Pinjás Aryé, al que ya hemos mencionado, un gran representante del movimiento «Agudá Yisrael», en cuyos periódicos escribía, y que, con motivo de las Fiestas, había venido con su esposa a la ciudad, para visitar a sus padres.

En seguida inició la conversación,

explicándome no sé qué. Iniciaba todas sus observaciones tímidamente, como si no estuviera muy seguro de lo que decía; pero inmediatamente ponía una especie de acompañamiento, para subrayar sus palabras, para que no te quedara la menor duda: es así y no se hable más. Es como el que va a cascar una nuez y la golpea primero con suavidad y, cuando la tiene bien sujeta, le descarga un martillazo con todas sus fuerzas.

El frío del invierno había pasado ya y el aire era tibio. Yo iba caminando al lado de Pinjás Aryé. Unas veces me daba la derecha y otras veces la izquierda. Hablaba sin interrupción y sin darse cuenta de que yo permanecía

mudo. Tal vez sí se daba cuenta y no le importaba. De pronto, poniéndome la mano en el hombro, me dijo:

—A pesar de todo, usted es uno de los nuestros.

No sé si lo creía realmente o se imaginaba hacerme con ello un cumplido. Desde aquel día, mientras estuvo en la ciudad, paseamos juntos.

La primavera se manifestaba en la tierra y el suelo estaba amable y risueño. El cielo, que durante meses estuvo cerrado por las nubes, iba aclarando poco a poco y las nubes se juntaban y volvían a separarse despacio, como hacen las nubes cuando arriba reina la paz. También abajo, esto es, en

Szybuszcz, se advertía un cambio favorable. La gente te miraba con más cordialidad.

Babtsche descartó su chaqueta de piel y se puso un vestido de lana, como los que llevaban la mayoría de las muchachas de la ciudad. Y, si no me equivoco, empezó a dejarse crecer el cabello, que le formaba como media corona alrededor del cuello. Nos cruzamos tres o cuatro veces con ella. La primera vez, me saludó con un movimiento de cabeza, y su cabello, que le flotaba alrededor de la nuca, le prestaba cierto encanto. Las otras veces, bajó modestamente los ojos. Desde que conocemos a Babtsche nunca la

habíamos visto así. Los vestidos del hombre cambian su carácter y las Fiestas del Señor cambian los vestidos del hombre.

Mi acompañante se volvió a mirarla y me dijo:

—¿Quién es esa muchacha? ¿No es la hija de Sommer, el hostelero?

Yo asentí con la cabeza y volví al tema de nuestra conversación. Pinjás Aryé comentó:

—¡Una buena pasada la que os ha jugado ese Yerujam al volver aquí! La marcha de ese pionero pesa más que mil advertencias que pudieran haceros los temores de Dios.

Yo bajé la cabeza y guardé silencio.

—¿Por qué pone esa cara de pena?

—Me vino a la mente la historia de su padre.

—¿Le gusta mostrarse rencoroso y vengativo? —dijo Pinjás Aryé.

—¿A qué viene hablar ahora de rencores y venganzas? —pregunté.

—Yo menciono la hazaña del muchacho y usted trae a colación el delito del padre, que quebrantó la Torá, para darme a entender que tampoco nuestro campo está libre de pecadores.

—¿Y cuál es vuestro campo?

—El campo de los que siguen el camino que marca la Torá.

—Entonces habrá que envidiaros, por haberos apropiado de la Torá, como

si vosotros y ella fueseis una misma cosa.

—¿Se burla de mí? —me dijo.

—No me burlo; pero me hace usted reír. Ese modo de hacerlos con la Torá, como si sólo os hubiera sido anunciada a vosotros, es propio de los que carecen de fe. Y mucho más ese modo de aplicarla a fines completamente ajenos a ella. No pretendo que nosotros (y digo *nosotros* en contraposición a *ustedes*) vivamos de acuerdo con la Torá; sin embargo, *queremos* vivir con ella, pero el recipiente que alberga nuestra alma está roto y no consigue contenerla. La Torá es fuerte, pero el armario en el que se guarda es frágil. Este afán que nos

mueve ha de conducirnos a la segunda Doctrina, la Doctrina eterna, inmutable, la que no cambian las circunstancias del día ni el correr del tiempo. Mientras ustedes, amigo mío, quieren gobernar mediante la fuerza de la Doctrina, nosotros deseamos someternos a la Doctrina. Aunque nuestras posibilidades son pequeñas, nuestra voluntad es grande. En estas cosas, la voluntad es más importante que la posibilidad, y es que la voluntad es inmensa, mientras que la posibilidad..., ¡ay, la posibilidad!, es pequeña y limitada. La voluntad nos vino del desbordamiento de una Voluntad superior que no conoce fronteras; pero las fuerzas son las

fuerzas de un hombre que nació de mujer, de vida corta y llena de sinsabores. La posibilidad es un factor malogrado; la voluntad es pujante. Y confiamos que pueda reparar las roturas del recipiente de nuestra alma. Y ahora, Rabbí Pinjás Aryé, me despido de usted. *Shalom!*

—¿Por qué tanta prisa? Tal vez yo tenga algo que responder.

—Sin duda, lo tiene; pero permita que me conteste yo mismo. Aunque sin dialéctica. Para ustedes, el pensamiento ha sido desde el principio un ente oprimido, pues para ustedes lo santo es cosa de diario. Las cuestiones políticas que ustedes ponen por encima de todo a

mí no me interesan, pues para mí el Estado y la política son tan sólo pequeños servidores de la Doctrina; no es la Doctrina la que ha de servirles a ellos. Ya sé que no me explico con claridad, Rabbí Pinjás Aryé, pero, a decir verdad, yo mismo no lo veo muy claro, por eso será mejor guardar silencio. Yo no soy de los que dicen que las cosas se aclaran hablando.

—Eso que usted dice lo decimos también nosotros —repuso Pinjás Aryé.

—Todos decimos lo mismo y, sin embargo, nuestras opiniones están divididas.

—¿Cómo, divididas?

—A consecuencia de la división que

habéis hecho en Israel. Habéis dividido a Israel; todo el que no pertenece a vuestro movimiento es, para vosotros, como si no perteneciera al Israel de Dios.

—¿Fuimos nosotros los que hicimos la división? La división la provocasteis vosotros al separaros de la Doctrina y, al mismo tiempo, de Israel.

—Dichosos de vosotros, que habéis descartado toda duda y agarrado por el moño a la verdad; procuren sujetarla bien para que no se les escape. Y ahora que la conversación ha terminado definitivamente, desearía irme.

—¿Adónde?

—A la vieja sinagoga.

—Voy con usted —dijo Pinjás Aryé.

—Iré a buscar la llave, para abrir la puerta.

Cuando entramos en la vieja sinagoga, Pinjás Aryé reanudó la conversación.

—«¡Qué hermosas son tus tiendas, Jacob!» —dijo, y empezó a hacer elogios de la Torá y de los que la estudian y me felicitó por haber abandonado a los ídolos de mi juventud y vuelto a la sinagoga.

Cuando iba a sentarme, tiró de mí hacia fuera. Se echaba de ver que todas sus frases de elogio hacia la Torá y los que la estudian procedían de los discursos que solía pronunciar en las

reuniones. Quizás el estudio de la Ley le interesara realmente; pero era tal su empeño por imponerlo a los demás que no le quedaba tiempo para cultivarlo personalmente. O quizá le bastara con una página del Talmud al día.

Pinjás Aryé, el hijo del rabino, aunque nacido en Szybuszcz, era un tipo de hombre nuevo en la ciudad. Por lo general, los que se habían criado en el Szybuszcz de antes de la guerra se dedicaban al estudio de la Ley, ya fuera por vocación, ya porque no tenían nada que hacer; Pinjás Aryé, por el contrario, ¡Dios le asista!, nunca abría el Libro y nunca oí de sus labios una palabra de la Doctrina. Sin embargo, se ocupaba de la

Torá, tanto en las cosas que se rigen por ella, como en las que no tienen nada que ver.

Al igual que a su padre, le gustaba contar anécdotas, pero mientras para su padre la anécdota era la sal de la conversación, para el hijo era la esencia de ella. Un día le dije:

—Me causa extrañeza que le divierta contar chistes.

—Y a mí me extraña que a usted no le gusten los chistes. Si quieres conocer el espíritu del pueblo, fíjate en sus chistes.

—El espíritu del pueblo en sus distracciones, no en recogimiento.

Nos mirábamos con mutua extrañeza.

Yo a él porque le gustaba discutir; él a mí porque prefería mantenerme al margen de la discusión. Finalmente, contra mi voluntad, tenía que discutir con él, pues me atribuía cosas que no se me hubieran ocurrido ni en sueños. Me resulta extraño porque se nutría de periódicos. Yo le resultaba extraño porque nunca leía el periódico. Una vez le pregunté cómo tenía tiempo para ello. Me contestó que se tomaba todo el tiempo necesario, ya que estaba obligado a leer, por aquello de: «Sabe cómo se debe contestar a cada uno». Cuando esto me respondió, comprendí que para él era más importante el goce que le proporcionaba la lectura que la

finalidad de ésta. En tono de burla, le pregunté:

—¿Lee también los libros que le envían para que haga la crítica?

En tono de burla, me respondió:

—Hago las críticas.

—¿Y qué dicen los autores?

—¿Qué van a decir, si las críticas son elogiosas?

—¿Y si no lo son?

—¿Por qué había de ofender a los sabios hablando mal de sus libros?

Aprendí muchas cosas en mis charlas con Pinjás Aryé. Se trataba con la mayoría de los *saddiquím* de la época y frecuentaba las casas de casi todos los grandes de Polonia y Lituania. Todos los

días me hablaba de su ingenio, del respeto de que gozaban en las más altas esferas de la sociedad, de la victoria de cierto rabino sobre algún jefe del «Misrají», o de la réplica dada a un rabino sionista. No quiero decir que sus relatos contribuyeran a enriquecer mis apreciaciones; pero me sirvieron para averiguar cuáles eran las figuras que admiraban los hombres de nuestros días.

Poco antes de su partida conocí a su esposa, una mujer joven, alta y rubia, que llevaba un pañuelo de seda en la cabeza, por cuyo borde asomaba un mechón de muestra de su hermosa cabellera. Tenía la frente ancha y la barbilla puntiaguda. El contorno de su

rostro era como media estrella de David, un poco redondeada. Se me informó de que era hija de un rico *jasid* de una gran ciudad polaca y que había ido a la escuela secundaria. Su marido se mostraba muy orgulloso de ella, y me dijo:

—Estoy seguro de que le gustará su conversación.

De todo lo que dijo, sólo recuerdo haberla oído preguntar con voz de fastidio:

—Entonces, ¿aquí no hay ningún café?

Un sábado por la noche, encontré a Pinjás Aryé en mi hotel. Pensando que iba a despedirse de mí antes de partir,

me senté a su lado. Me confió que pensaba informarme sobre Babtsche, la hija del hostelero, con vistas a pedir su mano. El objeto, es decir, la muchacha, poseía cierta cultura; en opinión de su mujer, era bastante atractiva y, lo que era más importante, su hijo la había conocido el año anterior y había sentido cierta inclinación hacia ella. A su modo de ver, sin embargo, el suegro, es decir, el padre de Babtsche, suponía un obstáculo.

Pregunté a Pinjás Aryé si su hijo pertenecía también al movimiento «Agudá Yisrael».

—De todos modos, no es un sionista —me respondió, sonriendo.

—¿Es fiel cumplidor de la Ley?

—Si lo fuera, sería miembro de «Agudá Yisrael^[*]». —Lanzó un suspiro y prosiguió—: Escuche la historia que me contó un amigo, cierto día en que salimos a hablar de los sinsabores quedan los hijos. «Lo que más me mortifica —decía mi amigo—, no es que no cumplan la Ley, sino su mala voluntad. Admito que los jóvenes tengan que ir al teatro alguna vez y hasta comprendo que vayan el sábado por la noche, pues es cuando están libres. Pero antes de ir al teatro tienen que afeitarse para no causar mala impresión. No quiero enterarme de si se afeitan con crema o con tijera. Ahora que ni

siquiera los talmudistas se dejan la barba, no va uno a preguntarle a su hijo si se afeita con útiles autorizados o no. ¿Sabe lo que me subleva? Que cuando vuelvo a casa, después de la oración, y canto “La paz sea con vosotros”, él esté afeitándose delante de mí. Y si le pregunto por qué no se afeita en el cuarto de baño, me contesta que no puede entrar porque está bañándose su hermana. Y yo me digo: la chica que va a la Ópera tiene que bañarse. Pero ¿por qué ha de bañarse precisamente en el momento en que su padre va a bendecir la cena del Sábado? No sospecho, ¡Dios me libre!, que lo haga a propósito. De todos modos, me mortifica».

Pinjás Aryé lanzó un suspiro que le salió del corazón y comprendí que compartía las penas de su amigo.

Pinjás Aryé volvió a su ciudad y yo volví a mi sinagoga. Nuevamente me dedico al estudio de la Ley y nadie me distrae de él. He dicho que Pinjás Aryé era un tipo de hombre nuevo para Szybuscz, y lo repito. Pues de todos los que ha producido Szybuscz no hay ninguno que se le parezca. Elimélek Kaiser cumple la Ley, aunque sin amor, como los criados rebeldes que siguen sirviendo a sus amos porque no pueden sustraerse a la servidumbre. Daniel Bach cree en un Creador, pero no observa sus Mandamientos. A causa de

las desgracias que le han ocurrido, cree que el Santísimo, alabado sea, no quiere que él le sirva. Y si su vida hubiera discurrido por el debido cauce, él serviría al Señor como lo servía su padre y como lo sirven los buenos judíos. Nissan Sommer cumple los Mandamientos del Señor con fidelidad y buena fe, y a sus ojos todo lo que hace el Altísimo, alabado sea, bien hecho está. «Los Mandamientos de Dios son justos, una alegría para el corazón». Bienaventurados los que dejan a un lado las tribulaciones cotidianas para rezar sus oraciones de la mañana y de la noche. Más hermoso todavía es el Sábado, que nos fue dado para la

santificación y el descanso y mucho más hermosas las Fiestas de Dios, en las que el hombre se libera de sus preocupaciones, expulsándolas de su corazón. Y en todo sigue la regla general de que lo que hace el Altísimo, alabado sea, es bueno, mientras los hombres no lo estropeen.

¡Qué buenos eran aquellos tiempos en los que el mundo se regía por la Palabra de Dios! Pero después llegaron los hombres, pecaron, hicieron la guerra y destruyeron el orden del mundo. Y sus pecados se hacen cada vez más graves. Ingenuamente, Sommer cometía el error de creer que Dios y el hombre eran dos fuerzas equivalentes que trabajaban

alternativamente, sólo que Dios era la fuerza del Bien, y el hombre la fuerza del Mal. De todos modos, podemos contar a Sommer entre los fieles servidores de Dios que sirven a su Creador sin sutilezas, aunque su fe no sea de las más diáfanas. Janok, que en paz descansa, era como un caballo bajo el yugo o como un burro bajo su carga, tanto para cumplir los Mandamientos de su Creador como para hacer los recados de los hombres. Y los restantes ciudadanos de Szybuszcz sirven a su Creador, los unos con el corazón destrozado y los otros con la bilis revuelta. Y aunque sus actos no son siempre como debieran, ellos esperan

de la Misericordia Divina que el Señor pasará por alto sus faltas y mirará únicamente su corazón destrozado. Y están también los que no saben lo que hacen y su ignorancia les hace sentirse libres y contentos, pues no analizan sus actos y piensan que también son voluntad del Altísimo, ya que si Él no los permitiera, impediría que los cometieran.

Pinjás Aryé es diferente a todos ellos. No es rebelde como Elimélek Kaiser, ni se desentiende de los Mandamientos como Daniel Bach, no es humilde como Janok, que en paz descansa, ni celoso cumplidor como Sommer. No divide el mundo entre Dios

y los hombres, sino entre hombre y hombre, es decir, entre los partidarios de «Agudá Yisrael» y sus adversarios. Ciertamente que se relaciona con hombres que no pertenecen a «Agudá Yisrael», pero lo hace unas veces por debilidad y otras veces porque aspira a influir en ellos. El desenfreno y la inmoralidad que se extienden por el mundo no son, en sí, deplorables, sino espectros que pueden esgrimirse en la propaganda contra el sionismo. La desgracia de la masa y la desgracia del individuo, las faltas del mundo y las faltas de la época, todo puede remediarse, en su opinión, si Israel sigue el camino de la Doctrina. Y la Doctrina por la que abogan Pinjás

Aryé y los suyos es, Dios nos asista, la que predicán en sus reuniones y periódicos. No nos equivocamos al afirmar que grupos como el de Pinjás Aryé no cumplen la Voluntad del Cielo, aunque ellos creen servir al Cielo. Pues el Altísimo, alabado sea, no quiere servir de medio, ni aunque sea para alcanzar un fin loable. Demasiado me he ocupado de Pinjás Aryé. Conque, basta ya.

Pasó la Pascua y vinieron días de primavera. El sol brilla ahora todos los días y las noches son tibias y hermosas. Del suelo brota la hierba y los jardines

se adornan con flores. El mundo se ha despojado de su antigua forma y ha adoptado otra nueva. También los hombres han descartado sus prendas viejas y pesadas y de la ciudad ha empezado a elevarse un aroma agradable, como el mijo cocido con miel.

También nuestra vieja sinagoga adoptó nuevas formas. La montaña de enfrente se cubrió de hierba y, cada vez que abría la ventana, su aroma llegaba hasta mí. Estudiaba más horas que nunca. Entre capítulo y capítulo, pensaba: «Los árboles del bosque están rebrotando; merece la pena ir a verlo». Pero no fui; ni siquiera a los campos de

los alrededores de la ciudad. En la sinagoga estaba solo. De todos los que venían en los días fríos, yo era el único que quedaba. El uno tenía que atender sus asuntos, aquí en la ciudad, el otro en otra ciudad y el que no tenía asuntos que atender prefería quedarse en el mercado, charlando con sus amigos. Desde el final de la Pascua, no hubo más oraciones en nuestra sinagoga.

Rabbí Jayim se ocupaba ahora de los asuntos de la viuda de Janok. A la salida del sol, le lleva la caja al mercado y a mediodía prepara comida caliente para los huérfanos. Por la mañana, a media tarde y por la noche, los lleva a la capilla para que recen el

Qaddish. A la sinagoga va sólo la víspera del sábado, a barrer el suelo, cambiar el agua de la pila y llenar la lámpara. Todavía le pago su salario todas las semanas, pero, en vez de pagarle el quinto día, le pago la víspera del sábado. Él sigue durmiendo en la leñera. Cuando va a la sinagoga, entra y sale sin cambiar conmigo una palabra. Yo me he acostumbrado a que no me hable y él a que yo no le pregunte. Se decía que se ocupaba mucho de los huérfanos de Janok y, en cambio, no hacía ningún caso de sus propias hijas.

Todas las semanas, recibía carta de mi mujer y mis hijos. Una vez, al abrir la carta, cayeron al suelo unas flores

silvestres que mi hija había cogido en el bosque. Ante mí se desplegaba también la primavera. Me puse a pensar en todas las cosas buenas que me estaba perdiendo. A pesar de todo, seguía encerrándome en la sinagoga y me decía: «Ni cien primaveras, a cual más hermosa, conseguirían arrancarme del estudio». Y así saboreaba la dulce soledad que tan querida me fue toda la vida y que ahora lo era mucho más. Ya empezaba a pensar en pasar el resto de mi vida entre las cuatro paredes de la sinagoga. Pero uno no puede disponer así como así del resto de su vida, pues tiene también mujer e hijos.

CAPÍTULO XLVII

Entre hermanos y amigos

El primero de los tres días que preceden a la fiesta de Pentecostés^[*] (el Día de las Limitaciones), entraron dos jóvenes en la sinagoga. Ver a un joven en la sinagoga era ya algo excepcional, y ahora entraban dos a la vez. Tengo la impresión de que desde mi llegada ni uno solo había puesto los pies en la sinagoga. Se acercaron a mí, me saludaron y me dijeron que estaban allí por mi causa. ¿Hasta qué punto por mi

causa? Había en un pueblo cercano a la ciudad un grupo compuesto por seis chicos y dos chicas que habían abandonado el negocio paterno y se dedicaban a cultivar la tierra, para prepararse para trabajar en la tierra de Israel. Vivían del trabajo de sus manos, en el campo y en el establo. Y como habían oído decir que yo venía de la tierra de Israel, me rogaban que les visitara durante la fiesta.

En aquellos momentos yo estaba enfrascado en el estudio y pensé: «No les basta con interrumpirme; quieren obligarme a ir con ellos». Los miré con aires de gran señor ofendido.

Los muchachos bajaron los ojos y

guardaron silencio. Por fin, uno de ellos, llamado Zví, armándose de valor, me dijo:

—Pensamos que como usted viene de Israel le gustaría ver a chicos y chicas trabajar la tierra.

—Amigo mío —respondí—, ¿qué historias son ésas de que os estáis preparando para ir a trabajar a Israel? También Yerujam se preparó, pasó allí varios años, ¿y qué ha sido de él? Ha vuelto de allí renegando de la tierra y de la gente.

—Si se refiere a Yerujam Freier —repuso Zví—, tiene motivos para mostrarse irritado pero hubo otro Yerujam, Yerujam Bach, que cayó por

defendernos. Supongo que a ése no tiene nada que reprocharle. Si a nosotros nos está reservado el mismo fin, humildemente aceptamos lo que el Altísimo disponga.

Estrechando la mano de Zví, dije entonces:

—¿Cuándo queréis que vaya a veros?

—En cualquier momento — respondieron ellos al unísono.

—Puesto que me habéis invitado para el día de la Fiesta, ese día iré.

La víspera de la Fiesta, a mediodía, tomé un coche para dirigirme al pueblo. Todavía no había llegado a casa de mis conocidos cuando todo el pueblo estaba

enterado ya de que los jóvenes judíos iban a recibir una visita. Unos echaron a correr delante de mí, para darles la noticia, mientras otros subían al coche, para indicarme el camino.

En una casa de campo —tal vez sería más apropiado llamarla choza— vivían los seis jóvenes y las dos muchachas. La casa estaba semiderruida y su mobiliario se componía, en su mayor parte, de fragmentos de muebles. Todos los campesinos de todos los pueblos viven en casas ruinosas, pero en ésta la juventud de sus ocupantes era ornato de paredes y muebles.

Para la santificación de la Fiesta, los jóvenes habían dejado el trabajo dos

horas antes del anochecer, por lo que no pude verlos en el campo. Pero vi a sus compañeras en el establo, ordeñando las vacas. Hacía mucho tiempo que no veía a una muchacha, y mucho más que no veía una vaca, y ahora, de pronto, vi a ambas a la vez.

Los jóvenes me presentaron al dueño de la casa, un campesino de unos cincuenta años, de pelo lacio, recortado sobre la frente, y cara color de arcilla. El campesino me miró con gesto de mal humor y dijo a los muchachos:

—Ése no es de los vuestros.

—¿Qué quiere decir? —pregunté al hombre.

—¿Van ellos tan elegantes? —dijo

él, señalando mi traje—. El que trabaja no tiene ropa tan bonita.

—¿Y quién le dice a usted que yo no trabajo?

Él se rascó la cabeza y dijo:

—Puede que trabaje y puede que no; de todos modos, su trabajo no es trabajo.

—Cada cual trabaja a su manera — le dije—. Usted trabaja a la suya y yo a la mía.

El campesino puso ambas manos sobre la rodilla, miró fijamente el suelo y respondió:

—Será lo que usted dice; pero no todos los trabajos son igual de útiles. Los jóvenes se sonrojaron al oír que el

dueño de la casa ofendía así a su invitado. Empezaron a explicarle la gran importancia que tenía mi trabajo y lo mucho que el mundo lo necesitaba. El campesino volvió a rascarse la cabeza y dijo:

—Todos los días viene alguien a decirme lo que el mundo necesita. Pero yo os digo que lo que el mundo necesita es que se saque pan de la tierra. Pan, señor, pan de la tierra.

El sol iba a ponerse. Las muchachas salieron del establo y se fueron a su habitación, para lavarse y ponerse el traje de las fiestas. Prepararon la mesa y encendieron las velas. Los jóvenes se fueron a la fuente y se lavaron. Entramos

en la habitación y recibimos la Fiesta con oraciones. La brisa nos traía el aroma de los campos y de los prados, que ahogaba el olor de los cerdos que se oían gruñir en las casas vecinas.

Al terminar la oración de la Fiesta, dijimos la bendición del vino, trajimos pan, lo bendijimos y comimos todo lo que nuestras compañeras habían preparado. Entre plato y plato, ellas cantaban dulces canciones y yo les contaba alguna cosa de la tierra de Israel.

Las noches de las fiestas de Pentecostés son cortas. Nuestros compañeros deseaban seguir escuchando la Historia de la tierra de Israel, pero la

noche ya se nos había ido. Rezamos la oración de la mesa, nos levantamos y nos fuimos a la pequeña ciudad vecina, para tomar parte en la oración común y escuchar la lectura de la Sagrada Escritura.

Anduvimos por caminos difíciles y tortuosos, entre campos de trigo y calabazas, huertos y bosques. Este mundo que yo creía muerto a cada hora de la noche, bullía en mil actividades. El cielo derramaba rocío, la tierra hacía crecer hierbas y las hierbas exhalaban aroma. Entre cielo y tierra resonaban los gritos de los pájaros nocturnos que dicen cosas que no todos los oídos entienden. Pero los oídos del cielo

entienden y contestan desde arriba. Y aquí abajo, entre nuestros pies se arrastran pequeños animalitos que el Padre Eterno ha reducido a vivir entre el polvo, pero a los que vigila con ojos bondadosos para que no sean pisoteados. Mientras caminábamos, empezó a clarear. Apareció la ciudad entre franjas de niebla blanca que se separaban y volvían a juntarse, cubriéndola de nuevo, hasta que finalmente se disiparon y los tejados de la ciudad se ofrecieron a nuestros ojos como en un lienzo de cuadros multicolores. Las horas buenas que goza el hombre son escasas. Aquélla fue una de ellas. Finalmente, la ciudad y todo lo

que en la ciudad había desapareció tras una bruma blanca. Cantaron los gallos y los pájaros empezaron a trinar, para anunciarte que todo se desarrolla como es debido y que Aquél que en su bondad renueva todos los días la Creación del mundo, también hoy creó su mundo de nuevo. Y una luz nueva empezó a brillar. Y también el bosque, que hasta entonces permaneció sumido en la oscuridad, surgió de ella y mostró todos sus árboles. Y todos los árboles y todas las ramas de los árboles estaban brillantes del rocío de la noche.

En cada casa se anunciaba la mañana de la Fiesta, y también las calles de la ciudad dejaban adivinar que aquél

era un día señalado para los judíos, en el que no podían, como en los otros días, salir a pasear y hacer ruido. Cuando entramos en la capilla la comunidad rezaba la oración de *Musaf*^[*] y en aquellos momentos se estaba reuniendo el número de orantes necesario para iniciar una nueva oración. La capilla estaba adornada con ramas y hierbas y olía como el bosque.

Los que pertenecían a los descendientes de Aarón hacían las veces de oficiantes y cantaban la bendición al estilo de Schlaf-Kratzel, como el que está a punto de ser vencido por el sueño y trata de mantenerse despierto. También a los ojos de los demás fieles seguía la

noche presente en los ritos. Ellos terminaron sus rezos y nosotros iniciamos el nuestro.

El recitador entonó «Mucho Amor» según la forma especial de la fiesta de Pentecostés y se detuvo en el verso: «Y observar con amor todos los Mandamientos de tu Ley». Y cuando llegó al verso: «Ilumina nuestros ojos con tu Doctrina» parecía el que vaga en solitario por la noche y suplica al Padre Eterno que se apiade de él y le saque de las tinieblas.

Aún más hermosa era la melodía de los «Introitos» y más aún la lectura de la Sagrada Escritura. Era ésta una ciudad pequeña que los cantores no visitaban y

por eso se conservaban en ella las antiguas formas de canto en toda su pureza, sin influencias extrañas. Terminadas las oraciones, salimos a la calle. Las casas eran todas pequeñas y bajas. Los tejados de algunas llegaban hasta el suelo y en parte eran de paja. En algunas ventanas se veían flores de papel verde, en recuerdo de la estancia del pueblo al pie del monte Sinaí, de acuerdo con la costumbre de nuestros antepasados en honor de la fiesta de Pentecostés.

A las puertas de las casas salían las mujeres y miraban a los chicos que sembraban y cosechaban como los cristianos y venían a orar como los

judíos. Una de las mujeres, señalándome con el dedo, pronunció el nombre de la tierra de Israel. Mis compañeros se alegraron y dijeron que ahora que habían visto a alguien de allá, ya no podrían seguir designando a la tierra de Israel como una quimera. En las grandes ciudades, a las que llegan con regularidad enviados de la tierra de Israel, se les mira con cierta indiferencia; pero en una pequeña ciudad que nunca ha visto a nadie de allí, se impresionan hasta de alguien como yo.

Numerosos ciudadanos judíos nos invitaron a comer. Pero nuestras dos compañeras se opusieron a que

fuéramos, pues nos habían preparado un gran banquete y querían que volviéramos a casa con apetito, para hacerles los honores.

La mayor parte de la ciudad nos acompañó, para oírme hablar de la tierra de Israel. A fin de dar una satisfacción a los viejos, les hablé del «Muro de las Lamentaciones», de la cueva de Makpelá^[*], de la tumba de Raquel, de la cueva del profeta Elías, de la tumba de Simón *el Justo*, de la fiesta de *Lag be-Omer*^[*] en Merón y otros santos lugares. ¡Qué les contaría y qué no les contaría! Que el Cielo me perdone si exageré un poco o si hermoisé los detalles, pero no lo hice

para glorificarme a mí mismo, sino para glorificar a la tierra de Israel. Está mandado ensalzarla incluso cuando se encuentra asolada, a fin de que sea grata al pueblo de Israel, para que piense lo que allí perdió y vuelva a buscarlo, arrepentido.

Mientras les hablaba, me dijo uno viejo:

—¿Ha estado también en Tel-Aviv?

—Ha hecho usted una gran pregunta, señor. Estuve en Tel-Aviv cuando aún no existía Tel-Aviv, cuando Tel-Aviv era un desierto de arena, refugio de zorros, chacales y salteadores de caminos. Desde lo alto de mi cuarto de Nevé-Sédek dominaba aquel desierto de

dunas, sin sospechar que un buen día se construiría allí una gran ciudad para Dios y para los hombres. Y de pronto empezaron a llegar judíos, judíos como ustedes y como yo, que convirtieron el desierto en un lugar habitado, un refugio de chacales en una preciosa ciudad, de más de cien mil habitantes. Amigos y hermanos, ni en sueños habéis visto nunca una ciudad como aquélla. Uno anda por la calle, sin saber de qué maravillarse más, si de las altísimas casas o de los albañiles, de los camiones llenos de mercancías o de los cochecitos en los que las hijas de Israel pasean a sus niños; si del ancho mar que rodea la ciudad o de los jardines; si de

las tiendas llenas de cosas bonitas o de los letreros escritos en hebreo. No crean que sólo hay letreros en hebreo en las tiendas que venden filacterias y mantos; os aseguro que no hay en todo Tel-Aviv una sola tienda que no tenga letreros en hebreo. Así es Tel-Aviv, como el atrio de una gran sinagoga. Tel-Aviv, el atrio de Israel, y Jerusalén, la gran sinagoga desde la que se elevan todas las oraciones de Israel.

Y al hablar de Jerusalén sentí un calorcillo en el pecho y empecé a cantar sus alabanzas. ¡Lo que les contaría y lo que no les contaría! Pero ¿es que se puede describir toda la majestad de Jerusalén? Una ciudad escogida por el

Santísimo, alabado sea, para su morada, ¿puede un hombre nacido de mujer pintarla en todo su esplendor?

Observé a mis oyentes. Todos me miraban con gran simpatía. Nunca soñaste un auditorio tan amable. De ello puede sacarse la conclusión de que el amor de Israel va a ser muy grande cuando alcance a ver con sus propios ojos el consuelo. Si escuchar les causa tanto goce, ¿cuál será su alegría al verlo?

Una y otra vez paseé la mirada por mi auditorio. En primer lugar, porque da gusto mirar a Israel. Y, en segundo lugar, porque deseaba recrear mis ojos en la imagen de aquellas buenas gentes.

Uno de ellos tradujo en palabras su admiración:

—¡Maravilla sobre maravilla! Reyes y príncipes arrasan ciudades y países y los judíos se levantan y construyen una ciudad.

—Dice el Talmud —les dije—: «Nadie se separe de sus camaradas sin una palabra de la Doctrina y todos le recordarán por ella». Ya que tengo que separarme de vosotros, voy a deciros esa palabra. Dice el Talmud: «Una y otra vez el hombre debe fijar su residencia en un lugar que no haya sido habitado antes; pues la brevedad de su estancia hace que sus pecados sean pequeños». ¿Por qué os digo esto? Si

alguien os dijera: «Las gentes de Tel-Aviv son negligentes en el cumplimiento de los Mandamientos (no lo permita Dios)», responded entonces vosotros: «Sus pecados son pequeños».

Y habiendo dicho esto les estreché la mano a todos y me despedí de ellos con gran cordialidad. Ellos me acompañaron. No sé si hablábamos mientras caminábamos. Quizás hablábamos y quizá callábamos. Si el corazón está lleno, la boca habla. Si el alma está llena, los ojos se enturbian y la boca calla.

Por fin nos separamos; ellos volvieron a su ciudad y nosotros seguimos hacia el pueblo. La tierra que

el Señor, alabado sea, ha dado a los hombres está llena de fronteras. No basta que haya levantado una frontera entre la tierra de Israel y la Diáspora; la Diáspora está dividida, a su vez, en muchas pequeñas dispersiones, y aunque Israel se reúna de vez en cuando aquí o allá, finalmente tiene que volver a dispersarse.

Caminaba en silencio detrás de mis amigos, recordando que, cuando era niño, solía pedir al Altísimo, alabado sea, que me revelara una invocación mediante la cual pudiera uno trasladarse a la tierra de Israel. Este mismo deseo albergaba ahora, pero no para mí, sino para todos los que estaban cansados de

vivir dispersos, esperando.

Uno de nuestros compañeros dijo:

—No debimos mostrarnos tan desdeñosos cuando nos invitaron a la bendición del vino.

—Al contrario —repuso otro—. Debimos volver inmediatamente que terminó la ceremonia religiosa. Desde la noche de Pascua, no hemos tomado una comida completa, y después del trabajo que han tenido nuestras compañeras para prepararnos una buena comida, lo lógico es que comamos en casa.

Y entonces descubrieron algo que ellas habían mantenido en secreto. No habían preparado una comida, sino dos, una a base de leche y otra a base de

carne, una para el primero y otra para el segundo día de la Fiesta y, además, un gran pastel de queso, con mantequilla y pasas.

Salió el sol, iluminando la tierra. El hambre empezó a roernos. Apretamos el paso, para llegar pronto a casa.

Llegamos al pueblo y entramos en la casa. Las muchachas pusieron la mesa rápidamente y ocupamos nuestros lugares.

—Hicieron muy bien nuestros patriarcas al disponer que hoy se dijera únicamente una breve bendición del vino —dijo uno—. Especialmente, cuando a uno le espera un pastel de queso.

—¿Por qué nos hacen esperar tanto esas chicas? —dijo otro, levantándose y yéndose a la cocina. Al cabo de unos minutos, todos se habían ido a la cocina.

Yo me quedé solo, sentado ante la mesa puesta. El hambre empezó a molestarme, de modo que encendí un cigarrillo. Entonces volvieron ellos, con caras largas. Saltaba a la vista que no había sucedido nada bueno.

¿Qué había sucedido? Cuando las muchachas entraron en la cocina encontraron el aparador abierto, con la cerradura rota y en su interior no había vino que bendecir, ni pasteles, ni guisos, ni siquiera una rebanada de pan. Mientras estábamos en la ciudad,

entraron malos vecinos y se llevaron todo lo que las muchachas habían guardado para la Fiesta.

¿Qué hacer? Una de las muchachas se fue en busca del dueño de la casa, para pedirle algo de comer. Encontró la puerta cerrada. Fue luego a casa de otro campesino, pero tampoco estaba. Todas las casas estaban vacías. Y es que daba la casualidad de que aquel mismo día se encontraba en uno de los pueblos vecinos el arcipreste de Szybuszcz y todo el pueblo había acudido a oír su sermón.

A las muchachas se les ocurrió entonces ir al establo y ordeñar las vacas. Pero las vacas habían salido a pastar y no quedaba en la casa ni una

gota de leche. Pensaron hacer té. Pero en la casa no quedaba ni un dedal de té. La misma mano que se había llevado la comida se llevó también el té y el azúcar. ¿Qué hacer? Cogieron las hojas de la víspera que habían quedado en la tetera y prepararon el té con ellas.

Hacia el anochecer, volvieron los campesinos y volvieron las vacas de los pastos. Las campesinas se apiadaron de nosotros y nos dieron lo que pudieron. Nos sentamos a la mesa, comimos y bebimos. No fue una comida succulenta, pero la alegría no fue poca.

Al terminar el primer día de las fiestas, dije a mis amigos:

—Iré a la ciudad y os traeré pan, té,

azúcar y todo lo que haga falta para preparar la cena.

—¡Dios nos libre! —dijeron ellos, consternados.

—Yo soy de la tierra de Israel y pienso volver a ella, de modo que para mí no valen dos días de fiesta.

—¿Y qué pensará la gente? —dijeron ellos.

Después de comer y rezar las oraciones, los jóvenes deliberaron entre sí y decidieron que dos de ellos irían a la ciudad a buscar comida. Estuvieron una hora para ir, una hora en la ciudad y una hora para volver, y volvieron con pan blanco, mantequilla, queso, sardinas, té, azúcar, una botellita de vino

y dos velas. Rezamos la bendición del vino y cenamos. Los jóvenes y las muchachas cantaron dulces canciones y yo les conté Historias de la tierra de Israel, hasta el amanecer del segundo día de fiesta.

Nos disponíamos a ir a la ciudad, para rezar en la capilla y escuchar la lectura de la Sagrada Escritura, cuando uno del grupo dijo:

—No podemos irnos todos, pues podría suceder lo de ayer. Unos irán a la ciudad y los otros se quedarán, guardando la casa.

A unos resultaba difícil renunciar a la oración en común y a escuchar la Sagrada Escritura, y a otros ver la pena

de sus compañeros que tenían que quedarse en el pueblo.

—Marchaos todos y dejadme —les dije—. Yo soy de la tierra de Israel y debo ceñirme las filacterias y no puedo hacerlo en público.

—¿Quiere que nos marchemos, dejando aquí a nuestro invitado? —dijeron ellos.

—¿Y qué otra cosa podéis hacer?

Uno de ellos se puso rápidamente en pie, cogió el libro de rezos de las fiestas y empezó a rezar. Todos se levantaron, cogieron sus libros de las fiestas y rezaron. Ellos rezaron la oración de las fiestas y yo recé la oración de diario. Me ceñí las filacterias y recé con el

libro de diario y ellos rezaron con el libro de las fiestas.

Después de la oración, las muchachas pusieron la mesa y comimos. No había carne, ni pescado fresco, ni ningún plato de fiesta. Los jóvenes lo tomaron a broma y a las sardinas le llamaban «el pescado», al pan le llamaban «carne»; a la mantequilla, «compota»; al queso, «pasteles», y al té, «vino», pues había traído azúcar de la ciudad y nos endulzamos el té con azúcar. De vez en cuando, los jóvenes y las chicas cantaban una dulce canción y yo les contaba alguna cosa de la tierra de Israel. Vinieron campesinos y campesinas y se pararon ante la ventana

y, señalándome con el dedo, decían:

—Ése ha estado en Jerusalén y en Palestina.

Palestina y Jerusalén son para ellos dos lugares distintos. El que ha estado en uno de ellos goza ya de cierta estima a sus ojos; el que ha estado en los dos lugares, mucha más.

Así estuvimos hasta el atardecer y llegó la hora de la oración de la tarde. Yo recé la oración de diario y ellos la de las fiestas. Y después de la oración bailamos y cantamos: «Nos has escogido entre todos los pueblos». Y así hasta que acabó el día y los árboles y los arbustos se envolvieron en la sombra.

El día tocaba a su fin y las sombras de los árboles y de los arbustos se alargaban hacia el Este. Yo no soy un sentimental, pero en aquellos momentos pensé: «Los árboles y los arbustos, que pertenecen al mundo inanimado, se vuelven hacia el Este, y yo, que estuve en el Este, he venido aquí». Me levanté, me acerqué a la ventana y miré afuera. Por el jardín delantero se arrastraba un animalito, un erizo, que llevaba unas briznas de hierba prendidas en las púas para regalarse con ellas, o quizá para ofrecérselas a su compañera. Mientras, desde la ventana, contemplaba los campos, salió la luna e iluminó la ventana. Nos pusimos en pie y rezamos

la oración de la noche. Después de la ceremonia para separar la fiesta del día laborable, los jóvenes se repartieron el trabajo del día siguiente.

Pasé con mis amigos los dos días de fiesta y el día siguiente. Los vi en la casa, en los campos y en el establo. ¡Que Dios les dé fuerzas para soportar la prueba todos los días y a todas horas; pues mientras jóvenes como ellos pasan el tiempo en la ociosidad, ellos resisten el sol, el viento y la lluvia! Mientras sus padres les reprochan duramente que hayan abandonado la tienda para irse a trabajar al campo, ellos redoblan sus esfuerzos para arrancarle pan al suelo. Supe que los incircuncisos los

elogiaban. Varios campesinos me dijeron que aquellos jóvenes no rehuían las fatigas, por grandes que éstas fueran, y que realizaban absolutamente todos los trabajos, incluso aquellos que los mismos campesinos procuraban evitar.

Poco después de la puesta del sol, tomé el coche y volví a la ciudad. Los jóvenes y las muchachas me acompañaron hasta las afueras del pueblo y uno de ellos, Zví, vino conmigo a la ciudad para comprar provisiones.

Cuando me separé de ellos, me pidieron que escribiera sus nombres en mi cuaderno de notas, para que me acordase de ellos cuando nos encontrásemos en la patria.

—Hermanos —les dije—, no necesito cuaderno de notas, pues os llevo a todos en el corazón.

Zví, el que viajaba conmigo, hacía honor a su nombre que en hebreo quiere decir «ciervo», y era osado y simpático. Un muchacho encantador, de hermosos ojos y entendimiento agudo y despierto. Por el camino me dijo:

—No pienso quedarme aquí mucho tiempo. ¡Lástima de los días que tengo que pasar en el extranjero!

—¿Tiene ya el permiso de inmigración? —le pregunté.

Él sonrió y respondió:

—Yo soy mi propio permiso de inmigración.

Por causa que desconozco, no le pregunté cuál era el significado de sus palabras.

CAPÍTULO XLVIII

La muerte de Freide

Cuando volví a Szybuszcz me enteré de que la «emperatriz» había abandonado este mundo. El segundo día de la fiesta de Pentecostés, Freide fue a la capilla para asistir a la conmemoración de los difuntos y encendió velas a la memoria de su familia. Se sentó entre las mujeres y sus labios se movían recitando ruegos y oraciones de memoria, ya que la anciana no sabía leer. Al verla allí, en la capilla,

nadie podía adivinar que el ángel de la muerte estaba afilando su cuchillo para llevarse su alma. Pero ella lo sabía ya desde la víspera de la Fiesta y se preparaba para la Eternidad.

¿Cómo lo supo? La señora Sommer me contó que la vecina de Freide le había dicho que la víspera de la Fiesta, hacia mediodía, Freide se había hecho un pastel de queso, pero que al ir a echarle unas pasas no encontró ninguna. Entonces vio ante sí a un soldado que le dijo:

—¿Quieres pasas? Yo te daré unas cuantas.

Freide recordó la historia del soldado y de sus hijas y empezaron a

temblarle las piernas. El soldado la cogió por el brazo y la llevó al cementerio. Allí cavó en el suelo, sacó un saco lleno de tierra y la metió en él. Entonces ella comprendió que iba a morir. Desde aquel momento, no salió de su casa. Al segundo día de la fiesta de Pentecostés, fue a la capilla y encendió siete velas, una de sebo por el alma de su marido que murió como todo el mundo y seis de cera en memoria de sus hijos y de sus hijas. Finalmente, puso otra más por su propia alma, para deslumbrar al ángel de la muerte y hacerle creer que ya estaba muerta y, al mismo tiempo, para preparar su propio funeral; pues su hijo Elimélek anda por

esos mundos, y si ella muere no habrá nadie que le haga sufragios. Cuando el recitador sacó los rollos de la Torá envueltos en su funda negra y entonó el «Oh, Dios misericordioso», Freide se puso a gritar:

—¡Ay, mis hijas! ¡Ay, mis hijas! Inocentes y candorosas, hermosas y puras...

Y siguió gritando y llorando hasta perder el sentido. Los vecinos la llevaron a su casa. Y cuando la Fiesta se fue, su alma se fue también y al día siguiente la enterraron. Cuando le quitaron el vestido, para amortajarla, vieron que ella misma se había amortajado, y estaba preparada para su

eterna morada.

Así acabó la existencia mortal de Freide. Pasó en este mundo setenta y un años. Estuvo casada y trajo al mundo cinco hijos y dos hijas. Su marido murió antes que ella, la guerra le mató a cuatro hijos y sus dos hijas tuvieron un trágico fin. Sólo le quedó Elimélek. Sólo el Cielo sabía dónde estaba.

Elimélek no pudo cerrarle los ojos. Tampoco yo fui detrás de su féretro. A la hora en que se abría la tierra para tragarse a Freide, yo iba en el coche, al lado de Zví, de regreso del pueblo donde vivía el grupo de futuros emigrantes.

La muerte de un familiar o un amigo

despierta en nosotros pensamientos sobre la vida y la muerte. Queramos o no, nuestro pensamiento nos lleva más allá de su vida y de su muerte y nos fijamos en nosotros mismos, en lo que somos, en lo que es nuestra vida, en lo que pasamos nuestros días y nuestra juventud y con qué nos presentamos ante Aquél que reina en los Cielos. Nuestro bagaje está vacío, pero pesa. ¿Qué nos lo hace tan pesado, si está vacío? Quizás un mal espíritu nos hace víctimas de una jugarreta, o quizá nuestro cuerpo está tan débil que el camino se le hace pesado. Eva trajo una muerte al mundo. Nosotros nos atraemos la muerte a cada momento con nuestras vanas acciones y nuestro

afán de correr en pos del viento.

Me senté en el hotel, a solas conmigo mismo, mientras comía mi pan y pensaba en mí y en ti, en Freide y en Elimélek. La fantasía que habita en todo ser humano me puso a Elimélek delante de los ojos. En un decir amén, Elimélek estuvo ante mí. Cuando hablé con Elimélek en la sinagoga, el Día de la Expiación, sus ojos color carey me miraron con odio; ahora no se advertía en ellos ni rastro de aquel sentimiento, sólo una tremenda testarudez. Bajé los ojos y me miré los zapatos. Mis zapatos estaban relucientes y enteros. Delante de ellos estaba Elimélek, quien, llevándose dos dedos a la garganta, me dijo:

—Bueno, ¿qué más tenemos que hacer?

¿Qué más tenemos que hacer? Eso quiere decir que ya hemos hecho todo lo que podíamos y que no nos queda ya más que el remate, el «más». ¿Qué hemos hecho y qué no hemos hecho? En el corazón de un hombre moran muchos pensamientos y todos ellos no le impulsan a la acción. ¿Nos ponemos, pues, en manos de Aquel que hace y deja hacer, sin preguntarnos a cada paso: «¿Qué más tenemos que hacer?». Que Él haga con nosotros lo que quiera, pues Él es el que sabe, Él el que hace y Él el que deja hacer. Pero ¿qué hacemos nosotros si Él nos dice: «¡Actúa!»?

Él dice: «¡Actúa!», y nosotros no sabemos qué hacer. Desde los tiempos en que poníamos el «Déjanos hacer» delante del «Déjanos oír» han sucedido muchas cosas que nos han confundido y ahora no sabemos ya qué hacer ni qué oír.

Me levanté de la mesa y me fui a la sinagoga. Elimélek me siguió. A menudo me acompañaba Daniel Bach, Ignaz o cualquiera de mis conocidos de Szybuscz, pero ésta fue la primera vez (lo digo sin exagerar) que me acompañó alguien a distancia.

Saqué un cigarrillo, luego volví a hurgar en mis bolsillos, buscando una cerilla. De pronto, me quedé inmóvil,

para darme tiempo a reflexionar. ¿Qué le diría a Elimélek, qué le respondería si él me preguntaba si me había apiadado de su madre y la había acompañado al cementerio? ¿O tal vez debía yo reprocharle a él que la hubiera dejado sola?

Alguien que pasaba por allí me dijo:

—Si necesita una cerilla, yo puedo dársela.

Miré al recién llegado y me pregunté a dónde habría ido de pronto Elimélek. Yo tenía algo que decirle; y también él a mí.

El hombre sacó una cerilla, y encendió en la suela del zapato. Antes de que pudiera arrimarla al cigarrillo se

apagó. Mientras encendía otra cerilla, el hombre dijo:

—No haga como esa gente que antes de aceptar la ayuda que se les ofrece lo piensan tanto que cuando quieren recordar ya es demasiado tarde.

—¿Es una metáfora? —pregunté.

—Es la verdad —respondió él.

—La verdad fue una metáfora — dije.

Poniéndose la mano derecha en la oreja y el pulgar en la garganta, dijo, con la cantinela del que marca el ritmo:

—Él fue, Él es y será el que brilla con todo su esplendor.

—Usted es el viejo recitador —le dije.

—Yo soy David, el *dayán* de la sinagoga, el que llama a la oración.

—Vi su tumba en el cementerio. Por si no me cree, voy a darle un detalle. En la lápida hay un pequeño dibujo de una mano con un bastón entre los dedos, y hasta recuerdo los versos que están grabados en la piedra.

—No sabía que me hubieran grabado versos en la lápida —dijo David.

—¿No lo sabía?

—Aún no he ido al cementerio.

—¿Pues qué ha estado haciendo?

—Fui a llamar a la oración a los que dormían y todavía no he tenido tiempo de ir a acostarme en mi tumba.

—Perdonadme, por favor, Rabbí David, y no os enojéis conmigo; pero no querréis decirme que estáis vivo.

Él me miró fijamente y preguntó:

—¿Y tú? ¿Estás vivo?

—¿Qué significa la pregunta?

—¿Y qué significa la que tú me has hecho a mí?

—Es que yo leí en la lápida: «Fallecido el primero de Adar de 5602», allí estaba grabado también vuestro nombre. Si queréis oírlos, puedo recitaros los versos. Dicen así:

David nos llamaba a la oración.

¡Qué diligente era en su

trabajo!

Siempre siguió el camino recto.

Dale, Dios Misericordioso, tu bendición.

—¡Qué maravilla! —exclamó él.

—Pero ahora que lo pienso, Rabbí David, decidme: ¿Cómo es que usáis cerillas para hacer fuego? Los hombres de vuestra época solían frotar dos trozos de pedernal. ¿Conocíais las cerillas? ¿O no sois acaso Rabbí David?

—¿Quién soy, entonces? ¿Elimélek?

—¡Qué sé yo!

—¿No lo sabes y preguntas?

—El que pregunta recibirá

respuesta.

—¿Y cuándo la ha recibido?

—Entonces sabe más.

—Por ejemplo, sabe cuando ha muerto alguien y sabe lo que dice su lápida.

—¿Y es eso todo lo que yo sé?

—No es todo. Sabes también componer estas inscripciones. Quizá compongas una para la tumba de Janok y otra para la de Freide.

—¿Quieres decir que debo hacerlo?

—No quiero decir nada —repuso Rabbí David—. Pusieron en mi mano un bastón para llamar a la oración a los que duermen y voy a llamarlos.

—¿Y ellos despiertan y van?

—Yo voy a llamarlos, no voy a comprobar si se levantan. El que cumple con su deber no mira atrás para ver si los demás cumplen con el suyo. Ahora me despido, tengo que marcharme y me parece que usted también tiene que marcharse.

Yo también quería marcharme, pero por Elimélek, el hijo de la «emperatriz», el ama de mi madre, me quedé.

—¿Qué historias son ésas? Elimélek está lejos de aquí.

—¿Lejos de aquí? ¿Y qué se propone hacer?

—Volver a Szybuscz.

—¿Así que va a volver?

—Sí; si consigue el dinero para el

viaje.

—¿Y qué dice en sus cartas?

Rabbí David me mostró su mano, diciendo:

—¡Lee!

En su mano estaban escritas estas palabras: «Es tiempo de desventuras para Jacob».

—¿Quién es el anciano que encontré el día en que encargué la llave?

Rabbí David me respondió:

—Dime qué día murió y te diré quién es.

Rabbí David se despidió de mí y se fue. Yo entré en la sinagoga.

CAPÍTULO XLIX

Objeto y realidad

Volví a mi sinagoga y a mis estudios. Estaba solo y nadie me interrumpía. Elimélek y Rabbí David se habían ido, y Rubén y Simón, Leví y Judá se han dejado uncir al yugo de la lucha por la vida; trabajan aquí y allá y no vuelven a casa hasta la víspera del Sábado, poco antes de anochecer. Antes de que puedan cambiarse de ropa, llega para ellos el día santo y lo reciben en su misma casa o en la capilla del barrio. Y éstas son

sus fuentes de ingresos: Rubén se ha asociado con Simón, que ha obtenido un puesto de ayudante de un agente para la venta de papel de fumar. Este agente posee un cochecito con forma de cajón, y Rubén, que aprendió a conducir durante la guerra, es quien lo lleva. Con él recorren las tiendas y tabernas que venden cigarrillos, y por las noches duermen en el coche, Rubén en el asiento delantero y Simón en la parte de atrás. El agente duerme en las posadas. El asiento tiene tres plazas no muy holgadas, de modo que, procurando abultar poco y dejando los pies fuera, se puede dormir en él, especialmente en las cortas noches de verano. Leví ha

encontrado otro empleo, no sé exactamente de qué. Judá hace viajes a Lemberg, de donde trae mercancías, cobrando una pequeña cantidad a los comerciantes por el transporte. Cuando las manos no bastan, carga los paquetes sobre los hombros. Y cuando los hombros no bastan, nunca falta una buena persona que le preste sus manos. Mientras los comerciantes de Lemberg le dan mercancías él va cobrando sus honorarios, pero si no le dan mercancías pierde dinero, como le ocurrió cuando tenía que llevar unas telas al dueño de una tienda (la misma tienda donde yo compré el paño para mi abrigo), y no se las entregaron porque el dueño de la

tienda debía dinero al comerciante de Lemberg.

Tampoco Rabbí Jayim se deja ver mucho por la sinagoga. Sólo va la víspera del Sábado, para barrer el suelo y llenar la pila. Y cada vez que se presenta parece que va a ser la última. Me he enterado de que su hija y su yerno estuvieron en Szybuscz durante las fiestas de Pentecostés, y Rabbí Jayim, cediendo a sus súplicas, les prometió irse a vivir con ellos.

¿Qué le impidió marchar el mismo día? Con el tiempo, se descubrió que se había propuesto enseñar antes el *Qaddish* y otras oraciones a los huérfanos de Janok y esto era lo que le

hacía demorar el viaje.

Volvamos a lo nuestro. Yo estaba sólo en la vieja sinagoga y nadie me interrumpía. Pero cuando no me interrumpían los demás, lo hacían mis propios pensamientos. Todo lo que había visto u oído me distraía. Hasta las cosas a las que no se concede la menor importancia cuando uno las ve, se abrían paso impetuosamente en mi imaginación y distraían mis pensamientos. En una hora, volaba de un extremo a otro del mundo y en una hora pasaba de una persona a otra. Los muertos se me antojaban vivos, y los vivos, muertos. Unas veces los veía cara a cara, otras veces, sólo veía las lápidas de sus

tumbas.

Para salir de la confusión, dirigí mis pensamientos hacia los amigos con los que había pasado las fiestas de Pentecostés. Figúrate: los hijos de Schimke y los de Joschke, de Weftsche y de Godjik han abandonado lo que fue la actividad de sus padres; no quieren seguir ganando el dinero a costa de otras gentes, sino que quieren recibir el pan de manos del Señor, alabado sea. Y por lo que se refiere a mejorar el mundo..., el que se mejora a sí mismo mejora el mundo.

Incluso en el caso de que no perseveraran e hiciesen lo que Yerujam Freier, lo que hubiesen logrado hasta el

momento en que abandonaran se uniría a lo logrado por otros. Igual que los soldados de un rey: cada uno sirve en el Ejército, uno, dos o tres años; pero el rey dispone siempre de un Ejército.

No lo digo para defenderme a mí mismo; no pretendo haber pagado mis deudas con los años que he trabajado. Sé muy bien que todavía no he hecho prácticamente nada; por eso sigo trabajando, a mi modo.

—Cada uno trabaja a su modo —yo trabajo al mío— para que aprenda aquel pagano que con tanta frescura me dijo que no todos los modos de trabajar tenían objeto.

Esta palabra me ha acompañado

desde la infancia. Cuando, de niño, jugaba con mis amigos, tenía que oír a menudo esta pregunta: «¿Qué objeto tiene?». Cuando empecé a escribir poesías, tuve que soportar burlas y de nuevo la pregunta: «¿Qué objeto tiene?». Marché a la tierra de Israel y la gente decía: «¿Qué objeto tiene?». Y, por supuesto, durante los años que estuve allí oí reproches y la frase consabida: «No tiene objeto». Ha pasado ya la mayor parte de mi vida y sigo sin haber alcanzado el objeto.

Maimónides^[*], de santa memoria, dice en su *Guía de los perplejos*: «El objeto, esto es, la realidad». Pero se refiere a la realidad del Creador, no a la

realidad común. Y sigue sin respuesta la pregunta de dónde está el objeto de la realidad que es real para nosotros.

El hombre desperdicia un poco de tiempo; pero sus pensamientos desperdician mucho tiempo. Mientras pensaba en otras cosas, todo iba bien; cuando pensaba en mí mismo, no tanto. Cuando llegué a esta conclusión, cerré el libro y salí a dar un paseo para distraerme.

El día era hermoso, como acostumbran a ser los días que siguen a la fiesta de Pentecostés, en los que no se reza el acto de contrición. Los tenderos estaban en la calle, tomando el sol a placer. Ignaz estaba apoyado en su

bastón y me pareció verle un poco alicaído, pues cuando pasé por su lado no gritó «*Peniendze!*», ni tampoco «*Maos!*» en demanda de limosna. El cartero iba camino de su casa, con la cartera vacía. Sin duda había repartido ya todas las cartas que habían llegado a la ciudad. Tal vez quedó en la cartera una carta de Elimélek para su madre, o tal vez Elimélek no tiene la cabeza lo bastante despejada para escribir. De todos modos, el cartero ya terminó su trabajo y ahora puede irse a su casa, a la taberna o a arreglarse el bigote para evitar que una guía apunte hacia arriba y la otra hacia abajo.

El aire era grato, y el día, hermoso.

Un día así es un regalo del Cielo. Dichoso el que no lo desaprovecha.

Alabado sea el Señor que me dio el buen sentido suficiente para no quedarme en la ciudad, sino salir al bosque donde el día es más hermoso y el aire más grato. Ya sé que no tiene objeto, pero como yo soy un hombre sin objeto puedo hacer lo que no tiene objeto.

Los árboles del bosque estaban mudos y abajo, a sus pies, junto al lindero del bosque, se deslizaba el río, el Strypa, mudo también. Antes, en los tiempos en que la ciudad estaba más poblada y vivían en ella hombres con objeto, se construyeron en las orillas

unos molinos y las aguas del Strypa hacían girar las ruedas y molían el grano.

Ahora que la ciudad está destruida y los hombres con objeto, muertos, ¿qué objeto tiene que el agua corra por el río? ¿Acaso sigue teniendo un objeto el agua del río, lo mismo que lo tienen los árboles, a pesar de que no hay quien los tale y negocie con ellos, tal como dijo Maimónides, de santa memoria, a propósito de la realidad: «Pues has de saber que no es posible atribuir un objeto a cada realidad... de acuerdo con nuestra opinión o con la opinión de Aristóteles»?

Este hombre ha visto ya muchas

veces el bosque de su ciudad, pero cada vez que lo ve descubre en él algo nuevo. El Creador ama a este hombre y le permite descubrir su obra, y muchas veces lo arranca a la contemplación del reino de las plantas y le revela el mundo de los seres vivos que han instalado su casa entre los árboles. Las pupilas del hombre son pequeñas y no pueden abarcar todo el mundo, pero a veces los ojos del hombre se posan en la hoja de un árbol, en una brizna de hierba, en una mariposa o en un gusano, y el Altísimo, alabado sea, le descubre sus secretos.

A este hombre le hizo un gran bien salir al bosque. El bosque, con sus árboles, sus ramas y sus hojas, fue

amable con él y le endulzó sus horas. ¿En qué pensaba, mientras descansaba en el regazo del bosque? ¡Quién sabe lo que piensa este hombre! ¿Tal vez en los días de su juventud, cuando paseaba a solas por estos mismos lugares?

Estaba sólo en el bosque, como solo estaba en el mundo, pues aún no se había adaptado al mundo ni el mundo se había adaptado a él. Desde entonces, había contemplado el mundo, el mundo llamado macrocosmos, y, finalmente, había vuelto a su mundo, el mundo llamado microcosmos.

El bosque exhalaba un aroma incomparable. ¿Qué hierba es ésa que huele tan bien? Tal vez sea la hierba

que, según la esposa del sastre, devuelve la salud al que la huele.

El aroma de esta hierba se mezclaba con el de otra que también crece en los bosques de mi tierra natal y su aroma también era grato, quizá más que el de la primera. Y me puse a buscarla, la oí susurrar, la llamé por su nombre y la toqué, arranqué una hoja y la mordí. Y me alegré de usar de todos mis sentidos.

Y mientras pienso en todo lo que me es grato, pienso también en nuestra vieja sinagoga. De no ser por ella, me hubiera quedado en el bosque, alabando y dando gracias a Aquel que hizo este mundo.

Me palpé en el bolsillo. No había perdido la llave. Volvamos a ver si la

vieja sinagoga sigue en su sitio. El sol iba a ponerse y yo volví a la ciudad.

CAPÍTULO L

En casa de Yerujam y Raquel

Yerujam había terminado su jornada de trabajo y se disponía a volver a casa. Ya no va a lavarse al río, pues tiene una casa bien cuidada en la que no falta agua para lavarse. Al verme, se acercó a mí y me invitó a ir con él a su casa. Yo accedí.

Caminábamos en silencio. Yo no hablaba porque venía del bosque; él, por motivos desconocidos para mí. Quizá callaba porque yo callaba.

Al llegar a la mitad del camino, se detuvo, se arregló las herramientas que llevaba colgadas al hombro y dijo:

—Cuando Raquel y yo fuimos a visitar a sus padres en las fiestas de Pentecostés, no le vimos en el hotel.

—Claro que no me vieron. Un hombre no puede estar en dos sitios al mismo tiempo.

—Dijeron que había ido usted a un pueblo.

—Sí, amigo mío, fui a un pueblo.

—Seguramente ese pueblo tendrá un nombre —dijo Yerujam.

—¡Lo adivinó! Es usted muy listo.

—No era difícil. No comprendo por qué me elogia.

—¿Acaso no merece todos los elogios el que sabe dominar su curiosidad y da vueltas y vueltas a lo que quiere saber para que el otro se lo cuente por su propia iniciativa?

—¿De qué sirve darle vueltas? Si uno se va al pueblo es porque tiene que ir.

—Tiene razón, Yerujam, tenía que ir y fui. Y puesto que sabe esto debe saber también a quién encontré allí.

—¿A quién encontró? Encontró cristianos y judíos.

—¿Y a quiénes fui a ver?

—No es difícil adivinarlo: a los judíos.

—¿Y para ver a unos judíos

cualesquiera me molesté en ir al pueblo?

—Quizá tenía amigos allí.

—Si hubiera tenido amigos, no hubiera demorado hasta ahora ir a verlos.

—Tal vez hasta ahora no supo que vivían allí o... Lo siento; no puedo responder a sus socráticas preguntas.

—Puede, Yerujam, pero no quiere hacerlo.

—¿Por qué no iba a querer?

—Eso dígallo usted mismo.

—Si lo supiera, no lo preguntaría.

—Es decir, que usted piensa que cuando uno pregunta hay que contestarle, y usted pregunta para recibir una respuesta.

—El que la reciba o no depende de que usted quiera dármela.

—¿Y si yo no contesto?

—¿Será un secreto para mí?

—Un secreto es algo que se esconde, no algo que está a la vista y es de todos conocido. Y puesto que la cosa le resulta tan clara, es evidente que no es un secreto. Ahora, amigo mío, encendamos un cigarrillo. Mientras estuve en el bosque no fumé. Creo que no he fumado en todo el día. Cuando iba camino de la sinagoga, saqué un cigarrillo y al ir a encenderlo se me presentó un servidor de la sinagoga, luego me fui al bosque y me olvidé de fumar. Tome un cigarrillo, amigo, y

dejemos que el humo se eleve hasta el cielo y hasta las estrellas.

—Yo no fumo —me dijo Yerujam.

—Recuerdo perfectamente que fumaba.

—Fumaba, pero ya no fumo. Lo he dejado.

—¿Qué lo ha dejado? —le pregunté —. ¿Así, de pronto? ¿Por qué?

—Porque Raquel no soporta el humo del cigarrillo.

Raquel. Hacía tiempo que no pensaba en Raquel; ahora éste me hace recordarla.

—Hemos llegado a casa y todavía no me ha dicho a qué pueblo fue ni a quién visitó. ¿Quiere darle una sorpresa

a Raquel?

—¿Por qué? ¡Si ya se lo habrá contado usted hace tiempo! —Yerujam soltó una sonora carcajada, golpeó la puerta y gritó:

—¡Raquel! ¡Raquel! Adivina a quién traigo.

Desde dentro, Raquel pronunció mi nombre.

Raquel está echada en la cama, vestida. Sufre las molestias del embarazo. ¡Qué débil está la mano que me tiende! ¡Qué extraña esa sonrisa que adorna sus pestañas, la sonrisa de una joven mujer que se avergüenza y, al mismo tiempo, se alegra de sus molestias!

—¿Qué tal le fue con los pioneros?

—me preguntó Raquel—. ¿Encontró muchachas de su gusto?

—Muchachas y muchachos de mi gusto.

—Gustan mientras no han estado en la tierra de Israel —dijo Yerujam.

—Así como la novia es hermosa a los ojos del novio y el novio a los de la novia, así también ellos se recrearán toda la vida en la hermosura de su patria.

Yerujam tomó entre las manos la cara de Raquel y dijo:

—Eso nos pasa a nosotros.

—Suelta —le dijo ella, golpeándole en los dedos—, tengo que levantarme a

preparar la cena. No se refería a nosotros.

—Quédate donde estás, Raquel. Yo prepararé la cena —dijo Yerujam.

—No sé cómo vas a prepararla, si te quedas ahí, cogiéndome la cara.

—No te apures, todo saldrá de maravilla.

—Está bien, suelta ya.

—Te soltaré si te quedas ahí tranquila.

Yerujam cambió por otra su ropa de trabajo, se lavó la cara y se acercó al rincón, decidido a preparar la cena.

—¡Ah, embustera! —gritó—. Ya estaba todo preparado. ¡Y habías puesto guisantes a la crema! Como sigas tan

derrochadora, vamos a tener que cancelar nuestra cuenta de ahorro en la «APC^[*]».

—¿Qué es la «APC»?

—¡Que alguien le enseñe a esta mujer el alfabeto palestino! —dijo Yerujam, cogiendo la lámpara de la pared y colocándola sobre la mesa—. La cena está dispuesta.

Hizo una reverencia a Raquel y le preguntó qué había comido y qué quería comer.

Los guisantes olían bien y la crema tenía un apetitoso aspecto.

Después de los tres días pasados en el pueblo, durante los cuales no había comido lo suficiente, aquella cena me

venía como anillo al dedo.

Yerujam cogió un guisante y dijo:

—¿Qué le parecen estos guisantes?

Se esconden en la crema y la chupan.

Cuando estaba en Israel, ¿no sintió nostalgia de los guisantes a la crema?

—¿Nostalgia? ¿Hay algo de lo que el hombre no la sienta?

—Yo le hablo de guisantes y él me contesta con metafísica. ¿Bebemos té o cacao?

—Antes, bebed un vaso de leche agria —dijo Raquel.

—Tienes razón —convino Yerujam—. Beberemos leche agria y después té. Ya que estamos en el destierro, sometámonos a su yugo con alegría.

También tenemos pan moreno. ¡Señor de los Cielos! ¿Hay algo mejor que el pan de centeno con mantequilla fresca? ¡Qué pan más exquisito! Redondo como una muchacha del campo, salpicado de comino como si tuviera pecas.

Raquel le dio una palmada en la mano y le dijo:

—Come y no hables tanto.

Yerujam cogió el pan y lo olió, luego se cortó una buena rebanada, la untó con mantequilla y empezó a morder antes de acabar de untarla, luego acabó de untarla y siguió comiendo con buen apetito, animándonos a imitarle. Salpicaba sus frases con citas de célebres oradores de la tierra de Israel.

De pronto, abrió bien los ojos, descargó un puñetazo sobre la mesa y dijo:

—Si uno tiene hambre debe poder comer.

La comida favorecía el apetito, y viceversa. Llegó un momento en que no quedaba más que un pequeño pedazo de pan y también éste desapareció pronto entre las fauces de Yerujam o las de su invitado.

—Ahora bebamos té —dijo Yerujam —; así recordaremos los tiempos en los que nuestra comida consistía en té con un pedazo de pan o un pedazo de pan con té. —Cogió del fogón la tetera hirviente y sirvió la aromática infusión —. ¿Con qué acompañamos el té? Las

malditas hormigas, que Dios confunda, se han metido en el pastel que quedó de la fiesta de Pentecostés. —Sopló sobre el pastel y aplastó las hormigas con el pie. Cuando las hormigas abandonaron el pastel, vimos que el queso se había enmohecido y las pasas se habían arrugado. Yerujam movió tristemente la cabeza y dijo—: Hay que rendir cuentas de todo lo que sobra y no se consume.

Raquel se sobrepuso, se levantó y sacó pieles de naranja escarchadas. En honor de Raquel debo decir que le habían salido muy bien. ¿Lo había aprendido de su madre o de Krolka? ¿O fueron quizá las mismas naranjas las que le enseñaron a preparar con sus pieles

un postre que endulza la vida y deleita el paladar?

Las ventanas están abiertas y del suelo húmedo, de los árboles y de las hierbas se eleva la fragancia del rocío de la noche; un pájaro trina en su inseguro nido. La luna ilumina la escena y parece acompañar con su claridad la melodía del pájaro. Raquel volvió a echarse en la cama y todos callamos, escuchando la voz del pájaro.

Yerujam se levantó, tomó el rostro de Raquel entre las manos y la besó en los labios.

—¿No te da vergüenza? —le dijo Raquel.

—Estoy dispuesto a avergonzarme

—respondió Yerujam cerrando los ojos.

Raquel le golpeó en los nudillos y le dijo:

—Ve a sentarte en tu sitio, como un hombre.

Yerujam volvió a su sitio y se sentó, como un hombre.

Tendida en la cama, Raquel miraba ora a su marido ora al amigo de su marido. A su marido, porque era su marido. Y al amigo de su marido, porque es el amigo de su marido.

—Cuéntanos algo de la tierra de Israel —dijo a Yerujam.

—¿Por qué me pides eso?

—Para complacer a nuestro invitado.

—Quizá lo que yo cuente no ha de complacerle —dijo Yerujam.

—¿Por qué no?

—Porque la verdad no es muy placentera.

El que no haya oído hablar a Yerujam no sabe lo que es la esencia de la contradicción. Él pensaba decir cosas desagradables de la tierra de Israel y sus críticas se transformaban en elogios. No vamos a repetir todas las palabras de Yerujam. Repetiremos sólo algunas. Habló de las ciénagas que durante más de dos mil años habían propagado toda clase de enfermedades en el país, pero al final te enteras de que las ciénagas han sido saneadas y convertidas en

tierra fértil. Lo mismo puede decirse de los chicos y chicas que se sacrificaron en la labor de saneamiento; el capital se benefició de su trabajo, sí, pero el número de pueblos se multiplicó también hasta lo infinito. Tal vez fueran éstos los que ensalzara David con santo entusiasmo al decir: «Y sembrarán los campos y plantarán viñas y cosecharán las mieses». Raquel, desde la cama, escuchaba y dormitaba, dormitaba y escuchaba.

¿Qué contó Yerujam que no hayamos dicho ya? Yerujam habló de las nubes de mosquitos que cubren las tiendas como un tupido velo y acribillan a los hombres, chupándoles la sangre e

inyectándoles un veneno que provoca las fiebres. Y cuando el hombre es atacado por la fiebre su organismo se debilita y enferma. Y antes de que pueda restablecerse de esta enfermedad le ataca otra que acaba con él. Muchos han enfermado y han muerto y muchos están como muertos.

Nuestro invitado los conoce.

El invitado los conoce. Y dijo a Yerujam, por motivos que ignoro:

—Si sacamos la cuenta, veremos que en la liberación de Polonia cayeron más de los nuestros que en el saneamiento de las ciénagas.

—Si eso le consuela, consuélase con ello —dijo Yerujam.

—Consolémonos, Yerujam, consolémonos pensando que ha habido un grupo de jóvenes que sacrificaron su vida por la tierra de Israel.

—Por los signos hebreos de las monedas de la tierra de Israel —dijo.

—Por los signos hebreos, por la tierra y por el pueblo —dijo el invitado.

—Para que las monedas de la tierra de Israel fueran a los bolsillos capitalistas —dijo Yerujam.

—Para que las monedas de la tierra de Israel fueran a los bolsillos capitalistas y éstos las gastaran en la tierra de Israel —dijo el invitado.

—Usted resuelve todos los problemas del modo más sencillo.

—Sencillo o no, el mundo no está en nuestras manos ni nos exige a nosotros que resolvamos sus problemas. Pero la solución de nuestros propios problemas tal vez sí esté en nuestras manos.

—¿Por el camino que llevan?

—Quizá por el camino que llevamos, aunque sea un mal camino, aunque sea un camino equivocado. Las equivocaciones cometidas por nosotros mismos pueden remediarse; las que no han sido cometidas por nosotros mismos, no.

Yerujam, furioso, descargó un puñetazo sobre la mesa. Raquel se despertó sobresaltada y nos miró con cara de susto. Me dio pena de Yerujam y

dije a la mujer:

—No tenga miedo, Raquel. Yerujam quería emprender una cruzada contra el mundo y probó sus fuerzas con la mesa.

—Que el golpe caiga sobre mí si vuelvo a discutir con usted —dijo Yerujam, echándose a reír.

—Entonces yo discutiré con usted —repliqué.

—¿Con versos de la Torá o con citas de nuestros profetas, que en paz descansen? —dijo Yerujam.

—¿Cómo, si no? ¿Con la sabiduría de vuestros sabios cuya vida dura un día y cuya sabiduría se agota en una hora?

—¿Cuánto rato vas a seguir discutiendo? —dijo Raquel—. ¿Por qué

no nos diviertes un poco?

Yerujam, como la mayoría de los jóvenes que han vivido en las colonias obreras de Israel, poseía un agudo sentido del humor. Se puso en pie, se quitó la gorra y le dio la forma de una especie de gorro de viaje y encarnó el papel de un turista que visita una colonia y toma fotografías de los pioneros. Puso un pie delante del otro, ladeó la cabeza y, mirando un clavo de la pared, dijo:

—¡Qué bonito! ¡Qué bonito! Pero si esa montaña estuviera un poquito más lejos, unas diez pulgadas y media más lejos, sería infinitamente más bonito. — Bajó la cabeza, miró en una sopera y añadió—: Hermoso valle; pero si se

volviera un poquito más a la derecha, el paisaje adquiriría una forma mucho más armoniosa.

En el momento en que el Altísimo, alabado sea, decidió crear la tierra de Israel, no consultó con ninguna sociedad de turismo sobre la forma de hacerlo. Por lo visto, Él sabía muy bien que los turistas no se instalarían allí y por eso sólo se guió por su propia voluntad. Pero tampoco aquéllos para los que la creó están satisfechos con ella. No tenemos que ir muy lejos para encontrar un testigo: aquí tenemos a Yerujam Freier. ¿Cuántos años pasó en Israel? Y, al final, se marchó.

—¿Qué me dices de ti y tus

camaradas? —le preguntó Raquel—. ¿Vosotros no teníais cosas que hicieran reír?

—Nosotros teníamos otras cualidades —respondió Yerujam—. Nos amábamos los unos a los otros. No existe en el mundo un amor como el que reinaba entre nosotros. Imagínate, Raquel, un grupo de jóvenes cuyos padres habían competido unos con otros en el comercio, reunidos ahora en una misma empresa, alegrándonos todos con las alegrías de nuestros camaradas. Y así como uno se alegraba de la alegría de sus camaradas, se alegraba también por cada palmo de nueva carretera que se abría en el país y por las noches

todos salían a bailar hasta la medianoche, bajo el cielo lleno de estrellas.

Raquel escuchaba desde la cama. Raquel sabe que cuando Yerujam bailaba no bailaba solo, ni con sus compañeros, sino con las compañeras que habían ayudado a construir la carretera y de las que se ha dicho que eran hermosas como muchachas y valerosas como muchachos. Y si antes el semblante de Raquel parecía reflejar todos los días pasados por su marido en la tierra de Israel, ahora parecía mostrar la huella de todas sus noches.

Raquel volvió la cara hacia otro lado y puso sus manos sobre su corazón.

¡Quién sabe lo que pasa por ese corazón! Hace un momento estaba alegre y ahora está triste.

—Es hora de que me vaya —dije, poniéndome en pie.

Yerujam y Raquel tenían sus propias preocupaciones y no intentaron retenerme. Además, yo quería marcharme, pues era ya casi medianoche y no está bien prolongar excesivamente la velada en casa de una pareja que está en su primer año de matrimonio.

Al volver a mi hotel, encontré a Sommer fumando su pipa. A pesar de que era ya más de medianoche, no se había acostado. Por lo visto, tenía nuevas preocupaciones que trataba de

ahuyentar con el humo de la pipa.

Para animar a mi hostelero, le dije que venía de casa de Yerujam y Raquel. Sommer se sacó la pipa de la boca, abrió los ojos y movió los labios, como si fuera a decir algo. Evidentemente, estaba cavilando algo muy difícil.

CAPÍTULO LI

Entre dos cigarrillos

El viajante ha vuelto a la ciudad, se hospeda en el hotel de Sommer y habla con Babtsche; pero ya no le gusta bromas, ni ella se ríe. Por lo visto, tienen cosas más importantes que decirse que simples chirigotas.

Riegel, el viajante, parece estar en vilo y habla en susurros. Siete veces se ha puesto el cigarrillo entre los labios y no lo ha encendido. ¿Acaso no tiene cerillas o tal vez le gustaría ir a la

cocina a buscar una brasa, como hace el dueño de la casa? Explicando los actos de un hombre, puede llegar a adivinarse lo que hay en su corazón. Babtsche, sentada frente a él, observa cómo se deshace el cigarrillo, pero no le da fuego. No aparta los ojos de él, habla. ¿Cuántos pelos tiene, querido, esa nuez de tu garganta? Uno, dos, tres... Si fueras un hombre cuidadoso, de los que llevan sus cosas en orden, no olvidarías pasar la navaja por ahí al afeitarte. David Moisés, el nieto del rabino, no tiene pelos en el cuello, aunque por respeto a su abuelo, el rabino, cuando viene a Szybuszcz no se afeite. Y tampoco tiene la nuez tan prominente. El

doctor Zvirn tampoco enseña esa nuez; pero éste es calvo y, si no se le ve la nuez, es porque la grasa se la tapa. La grasa le impide respirar bien y por eso duerme con la boca abierta. Una vez, mientras dormía, se le metió un ratón en la boca, entonces él cerró la boca y fuera quedó la cabeza y medio cuerpo del ratón. Imagínate que un gato coge un ratón por la cola, ¿qué sería mejor para él, que lo comiera el gato o quedarse en la boca de Zvirn? Babtsche me dijo que cada vez que veía a Zvirn su bigote le parecía una cola de ratón. Tal vez por eso no se siente atraída hacia él, a pesar de que le ha doblado el sueldo.

El viajante mira a Babtsche y se da

cuenta de que ella no le escucha. La primera vez que la vio, la muchacha llevaba una chaqueta de piel, el pelo corto y se conducía como un muchacho. Ahora lleva vestido, el pelo más largo y está un poco más llena. Ha cambiado por completo desde el invierno. Antes, al verla, hubieras dicho que no había en el mundo muchacha más graciosa. Pero la Babtsche de ahora es mucho más hermosa que la que conociste antes.

Lolik, el hermano de Babtsche, tiene la boca y las orejas en todas partes. Se sienta a mi lado y me cuenta que Riegel quiere divorciarse, pero no le resulta fácil, pues el matrimonio tiene varios hijos. De todos modos, ha puesto el caso

en manos de un abogado de su ciudad y parece ser que se lo resolverá. Lo único que quiere es librarse de su mujer. ¿A qué ha venido ahora? A decírselo a Babtsche. ¿Y por qué tiene que saberlo Babtsche? Lolik esboza su risita de niña y me deja que piense lo que quiera. Por su parte, la señora Sommer me contó que el viajante había venido a Szybuszcz con motivo de la quiebra de un comerciante en tejidos que debía cinco mil guldens al jefe del viajante y éste había presentado una demanda por mediación de Zvirn, el jefe de Babtsche, y era de este asunto de lo que hablaba con Babtsche.

Así como el hombre está compuesto

de materia y espíritu, también su actividad se compone de materia y espíritu. ¡Un viajante de comercio que viene a la ciudad por motivos de dinero habla con Babtsche de las cosas del alma! Se mire por donde se mire, el viajante ha ido a caer entre dos abogados, el que le tramita el divorcio y el que le tramita la demanda contra el comerciante en quiebra. No metamos la cabeza entre dos abogados para averiguar cuál es más hábil de los dos. De todos modos, parece más fácil divorciarse de la esposa que sacarle dinero a un comerciante en quiebra.

¿Por qué se ha declarado en quiebra el comerciante? Cuando le compré la

tela para mi abrigo, tenía la tienda llena de mercancías y probablemente no ha podido venderlas, pues no he visto a nadie que estrenara un traje. Por lo tanto, la mercancía debe seguir allí. ¿Para qué querrá todas esas telas el comerciante? ¿Para ponérselas a su esposa debajo de la cabeza, como ella me dijo que hacía Schuster con la suya por carecer de almohada?

Babtsche es una muchacha juiciosa y sabe dar un consejo a quien se lo pide. Explica al viajante cómo hay que tratar a Zvirn, al que ella conoce como la palma de su mano. Por lo que se refiere a la esposa del viajante, Babtsche mantiene la boca cerrada; no quiere inmiscuirse

en las cosas del alma, pues a su propio espíritu le falta la paz. Unas veces puede más en ella la materia; otras veces, el espíritu. Unas veces se dice: Zvirn es rico, gana mucho dinero, posee varias casas en la ciudad y si realmente quiere casarse con ella y no solamente divertirse, es lógico que ella lo piense. Otras veces piensa en David Moisés, el nieto del rabino, que es un apuesto joven, pero que no gana mucho, pues el sábado no trabaja y depende de su padre, que le paga el sábado. Y es que es taquillero del cine y siempre dependerá de su padre, ya que si quisiera trabajar el Sábado le quitarían el puesto en consideración al padre, que

dirige el periódico y podría perjudicarles. Pero Babtsche tiene las manos libres y, si les faltase algo, ella podría ayudar. ¿O acaso Zvirn sólo le daría trabajo mientras estuviese libre? Si se casa con otro, tal vez pierda su empleo y quién sabe si encontraría otro. El mundo es como un llano; pero de pronto se nos presenta como una escarpada montaña, llena de dificultades. ¿Qué le faltó hasta ahora a Babtsche? Se divertía con sus amigos y sus amigos se divertían con ella. De pronto, la diversión acabó, la suya y la de sus amigos.

La señora Sommer no sabe qué pasa en el corazón de su hija. Y, aunque lo

supiera, nada podría hacer. Sería bueno para su hija casarse con un hombre rico que gana más en un mes que todo Szybuscz en un año. Pero este abogado es una sanguijuela que está chupando la sangre de Israel; pero aún, es una fiera que devora al pueblo de Szybuscz sin dejar ni los huesos. Ya en los tiempos en que Ausdauer lo contrató como asesor adquirió fama de malvado. Ahora, desde que actúa por su cuenta, combina la mala intención con las malas artes.

Por el contrario, el nieto del rabino es un ser noble y delicado, hombre culto, de buena familia, cortés y bien educado. Combina los conocimientos clásicos con los del mundo moderno. Su

yiddish es tan bueno como el de los libros de rezos de las mujeres y su polaco es como el de una condesa. Y si sus ingresos son pequeños... Dice la señora Sommer que antes, cuando el dinero era dinero, se decía que no era lo más importante; con mayor motivo debe decirse hoy día, en que el dinero prácticamente no es dinero. El que da la vida a uno debe darle también unos ingresos. Por lo que se refiere al viajante, del que se murmura que quiere divorciarse de su mujer a causa de Babtsche. ¡Señor de los Cielos!, ¿a dónde iríamos a parar si tuviéramos que compadecer a todos los viajantes que miran a las chicas dondequiera que van?

El dueño del hotel está sentado en su actitud habitual, con la pipa entre los labios y los ojos entornados. En primer lugar, porque le han vuelto los dolores y, en segundo lugar, porque añora tiempos pasados.

En los tiempos pasados, las muchachas solían quedarse en casa, con sus padres, en lugar de ir a los bufetes de los abogados, y ayudaban a la madre y, cuando no había nada que hacer, leían un libro. Cuando alcanzaban la mayoría de edad, el Señor les enviaba el hombre que les convenía para marido y ambos pasaban la vida juntos. En sí, la profesión de abogado era perfectamente honorable y si su suegro hubiera podido

cumplir la promesa que le hizo, quizás él mismo, Sommer, se hubiera hecho abogado. Pero por lo que se refiere a las actividades de Zvirn, en cuyo bufete trabajaba Babtsche, las cosas no están claras. ¿Qué es lo que no está claro? ¿Que recurre a toda clase de tretas para servir a sus clientes? De hecho, un abogado debe hacer cuanto esté en su mano para que su representado gane el pleito. Pero lo malo es que use artimañas en beneficio propio, para enriquecerse con la desgracia ajena.

Había en la ciudad un viejo hojalatero tuerto, el padre del doctor Milij, al que Zvirn puso en toda clase de dificultades hasta que, al fin, el pobre

hombre tuvo que venderle su casa por un precio ridículo. Por lo que se refiere a David Moisés, el nieto del rabino, todo su mérito consiste en ser el nieto del rabino. De ahí que uno se pregunte: «¿Qué hace ese muchacho? Si tanto quiere a su abuelo, ¿por qué no sigue sus pasos? Si no le quiere, ¿dónde está su propia valía?». En cuanto al viajante... Es indudable que es un hombre recto y prudente. Paga la cuenta sin pestañear y, además, da propina a Krolka. ¿Que no vive bien con su mujer? Tal vez la culpa no sea de él, sino de ella. En cualquier caso, Sommer no quiere intervenir en el asunto, a pesar de que afecta tan de cerca a Babtsche. Además, si Raquel no

le escuchó, ¿cómo va a querer escucharle Babtsche?

Babtsche dejó solo al viajante, pues era ya hora de ir a casa del abogado. Y cuando se alejó, después de ponerse en pie bruscamente, el viajante no tuvo ocasión de pedirle que le permitiera acompañarla. De manera que el viajante se ha quedado solo y piensa en su mujer y sus hijos. ¿Cuándo decidió divorciarse de ella? ¿Antes de venir a Szybuszcz por primera vez, o al regreso de Szybuszcz? Al parecer, al volver a casa después de haber estado en Szybuszcz empezó a encontrar defectos en su mujer. Sin embargo, él afirma que durante el primer año de matrimonio ya se dio cuenta de

que no la quería. Entonces, ¿por qué permaneció tanto tiempo a su lado? Porque ella estaba embarazada y él no quería darle un disgusto. Antes de que él pudiera decidir lo que iba a hacer, la mujer volvía a estar embarazada. Y él volvió a callar, para no darle el disgusto. El que está siempre en casa y ve a su mujer todos los días y a todas horas, puede escoger el momento apropiado; pero un viajante de comercio que en todas partes está de paso... Cuando tras decidir separarse de su mujer, vuelve a casa y ve que ella se ha puesto guapa para recibirle, encuentra la mesa puesta y la cama preparada, el hombre se olvida de su decisión y antes

de que pueda resolverse a hablar con ella, su mujer vuelve a estar embarazada y él no quiere darle el disgusto.

Apartemos nuestra mirada del corazón del viajante y observemos sus actos externos. El hombre ha vuelto a sacar del bolsillo la pitillera y ha cogido un cigarrillo. Algo apartado de él, en otra mesa, está el padre de Babtsche, fumando su pipa. El viajante se pregunta: «¿Me levanto y le pido al señor Sommer que me deje encender el cigarrillo en su pipa, o voy a buscar lumbre a la cocina? Y si allí encuentro a la señora Sommer, es posible que entablemos conversación, pues la señora Sommer es una mujer locuaz; no es tan

callada como su marido». Todos los hosteleros del mundo son unos charlatanes y éste, en cambio, calla. Tal vez el viajante no le sea simpático porque quiere divorciarse de la esposa que tomó en su juventud. Y no sabe que, de no ser por Babtsche, hubiera pasado con ella el resto de su vida.

Y es que esa Babtsche le hace perder la cabeza, tanto con chaqueta de piel como con su vestido nuevo. Las mujeres son malas siempre. Si las odias, son malas, y si las quieres, también. ¡Qué hermosa era la vida este invierno, cuando a ésta ni la odiabas ni la querías! Ella se sentaba a tu lado y tú le contabas chistes que la hacían reír a más no

poder. Ahora que la miras con ojos de enamorado, ella te vuelve la cara. De no ser por el comerciante que se había declarado en quiebra, de buena gana cogía sus bártulos y se volvía a casa.

¿Qué pasará con el comerciante? Zvirn descuida el caso y no emprende ninguna acción. Quizá tenga razón Dolik al decir que a Zvirn le gusta la esposa del comerciante. ¿Qué hago? ¿Voy a ver al abogado o espero a que venga Dolik y trato de sacarle lo que sepa? Cada conversación con Dolik me cuesta dinero, pues él se empeña en jugar a las cartas y siempre gana. De todos modos, las pérdidas las cargo en la cuenta de gastos de representación, y en paz.

El cigarrillo se había deshecho entre los dedos del viajante. Sacó otro. Es de temer que corra la misma suerte que el anterior.

CAPÍTULO LII

Con el vaso en la mano

Rabbí Jayim vino a buscar la llave, barrió el suelo, limpió los utensilios y quitó el polvo que se había acumulado en la sinagoga mientras estuve fuera. Cuando yo llegué, encontré las lámparas llenas de petróleo, la pila llena de agua clara, manteles blancos en las mesas y todo limpio para recibir al Sábado. La sinagoga estaba llena de una luz pálida y verdosa, una luz que los ojos no alcanzan a captar y que hace palpitar

con fuerza el corazón.

Me hubiera gustado sentarme ante una mesa o subir al estrado y leer «dos versículos de la Biblia y una transcripción». Desde luego, la *parashá* de la semana, «Alzaos», es la más larga de la Sagrada Escritura; no en vano es también un día muy largo esta víspera del Sábado. El que dio la Torá es Aquel que creó el mundo e hizo los días más cortos, según el capítulo que les correspondiera.

Pero los pies le llevan a uno afuera y apoyan sus deseos en sagrados preceptos tales como: hoy es la víspera del Sábado; hay que limpiarse para recibir al Sábado. Y el corazón es débil

y se deja convencer por los pies y no sin motivo, pues éstos aducen un sagrado precepto. Cogí la llave, cerré la sinagoga y me fui.

Para ir a comer todavía era pronto, para ir al bosque ya era tarde y para pasear por la ciudad no era el momento. ¿Qué diría la gente? Todo el mundo ocupado con los preparativos del Sábado y ése se va de paseo.

Alguien me detuvo, me miró fijamente y me dijo:

—¿No es usted fulano de tal, amigo mío?

El hombre me tendió ambas manos y me saludó. Yo correspondí a su saludo y le dije:

—¿Si es Aarón Schützling! ¿Qué está haciendo aquí? ¿No estaba en América?

—¿Y tú, qué estás haciendo aquí? Creí que vivías en la tierra de Israel.

—Por lo visto, los dos estábamos equivocados —respondí.

—Sí, amigo —dijo Aarón, moviendo afirmativamente la cabeza—; los dos estábamos equivocados. Yo no vivo en América, y tú, si he de dar crédito a mis ojos, no vives en la tierra de Israel. Y aún podría decir más: me da la impresión de que, por lo que a nosotros se refiere, es como si en el mundo no hubiera ni América ni tierra de Israel, sino sólo Szybuscz. Y quizá no existan en realidad; quizá sólo sean

nombres. Bueno, ¿qué hace el *effendi* en los mercados de Szybuscz?

—¿Qué hago? Déjame pensar.

—¿Tienes que pensar? Los pensamientos causan fatiga. Ven vamos a la casa de baños. Es víspera del sábado y tendrán agua caliente. Nos daremos un baño caliente y nos aclararemos con agua fría. Desde que puedo recordar, no he hallado para el cuerpo nada mejor que un baño caliente. De todos los preceptos dados a Israel éste de bañarme la víspera del Sábado es el que cumplo más estrictamente.

—¿Y los demás?

—Con los demás no soy tan riguroso. De todos modos, el Altísimo,

alabado sea, no va a poder hacerse ningún abrigo con los preceptos cumplidos por Israel.

—Una extraña imagen.

—Debería gustarte, pues te indica que creo en la realidad del Creador. Y por lo que se refiere al cumplimiento de los preceptos por parte de Israel, tú y yo sabemos que no es muy escrupuloso.

Dos muchachos de Szybuscz pasean por Szybuscz, como solían hacer veinte años atrás, antes de que el uno marchara a América y el otro a la tierra de Israel. ¿Cuántos años teníamos entonces? ¿A qué nos dedicábamos? Teníamos diecisiete o dieciocho años. Yo estudiaba el Talmud y las

determinaciones de la Ley y él trabajaba en una panadería. Y aunque nuestras opiniones eran dispares, pues yo era sionista y él anarquista, nos gustaba charlar juntos. Muchas veces, él me insultaba y me llamaba «burgués» porque estudiaba la Torá y predicaba el sionismo, y yo le sacaba de quicio cuando le daba la razón y le decía que los gobernantes no hacían falta, ya que, al fin, el Rey, el Mesías, gobernaría todo el mundo. ¿Cuántos años habían transcurrido desde entonces? ¿Cuántos reyes habían sido destronados y el Hijo de David no había venido aún?

Ni el Mesías había venido ni la tierra de Israel se extendía por todo el

mundo. Pero aquel hombre volvía a encontrarse en Szybuscz. Era como el novio que sale de viaje y, al volver, encuentra a la novia triste y enferma; él vuelve a su pueblo con magníficos vestidos y no consigue sentirse a gusto, pues el espíritu de la derrota le ha secado la médula y sus vestidos flotan a su alrededor. Quiere ponerse sus viejos vestidos, pero no los encuentra, pues ya los había desechado.

—Si no quieres tomar un baño, vamos a la taberna a beber un vaso de aguamiel para celebrar nuestro encuentro —propuso Schützling.

Yo asentí y entré con él en la taberna. En primer lugar, deseaba

complacer a mi amigo y, en segundo lugar, me remordía la conciencia, pues el día que dije al cartero que no se gastara mi dinero en vino causé un perjuicio al tabernero.

—Durante todo este tiempo has viajado por el gran mundo —me dijo mi amigo.

—¿Y tú?

—Yo también.

—Y los dos hemos vuelto.

—Entonces, cuando paseábamos por Szybuscz, no pensábamos que llegaríamos a lejanos países.

—Y cuando estábamos en lejanos países no pensábamos que volveríamos a Szybuscz.

—Tal vez tú no pensabas —dijo mi amigo—; pero yo, por mi parte, no olvidé Szybuscz ni un instante y constantemente deseé volver.

¿Qué le atraía? Que América no le atraía.

—Y ahora que has vuelto, ni siquiera vives en Szybuscz —le dije.

—En este mundo no hay nada perfecto —sonrió él—. Tal vez sea ésa la tragedia de mi vida: que no vivo en Szybuscz.

—¿Tanto amas a Szybuscz? —le pregunté.

—Cuando uno se da cuenta de que no ama ningún lugar del mundo, se engaña a sí mismo diciéndose que ama a

su ciudad natal. ¿Y tú, amas a Szybuszcz?

—¿Yo? Nunca lo había pensado.

Mi amigo me oprimió una mano y me dijo:

—Puedes estar seguro de que todo tu amor hacia la tierra de Israel nace de tu amor a Szybuszcz. Porque amas a tu ciudad amas a la tierra de Israel.

—¿De dónde sacas que yo amo a Szybuszcz?

—¿Quieres pruebas? Si no amaras a Szybuszcz, ¿estarías siempre hablando de ella? ¿Buscarías entre las lápidas, tratando de desenterrar cosas ocultas?

—Todavía no me has dicho qué hacías en América ni qué haces aquí —dije.

—¿Qué hacía en América? Arrastrar el yugo, para ganarme el pan; pero el cansancio no me dejaba saborearlo. ¿Qué hago ahora? Voy de acá para allá, vendiendo los específicos que inventan los alemanes. No me compadezcas, amigo, como tampoco yo te compadezco a ti. ¿Cuánto vive el hombre? Mi padre, que en paz descansa, vivió noventa años; a mí me bastan cincuenta. ¿Que debo velar por mis hijos? ¿De qué me han servido a mí todos los desvelos de mi padre?

—¿Cuántos hijos tienes?

—¿Cuántos hijos tengo? A ver, deja que los cuente.

—¿Estás en tu juicio?

—Si me interrumpes, no podré contarlos. —Se puso a contar con los dedos—: Dos que trajo mi primera esposa de su primer matrimonio y uno de su segundo, las tres niñas que tuvo conmigo, el hijo de la americana y mi hijo mayor, el de la costurera morena. ¿Te acuerdas de ella? Antes de morir, me perdonó. Este hijo me proporciona grandes alegrías. Desde que murió su madre, me manda dinero y ropa. Con dinero suyo he venido aquí, para ver si hay buenas perspectivas para poner una panadería. El hijo de mi padre está cansado de vender potingues y le gustaría ejercer el oficio de su padre. Pero es imposible. No es que Szybuszcz

no necesite pan, es que no puede pagar al panadero.

Le pregunté por sus otros hijos. Haciendo un ademán de desesperación, respondió:

—No quieras saber. La pequeña fue detenida por actividades comunistas. Con ella se llevaron también a la mayor, a pesar de que no había hecho nada. La mediana se fue de casa, para que no la detuvieran también, pues fue la que lo inició todo. Ya pasaron los buenos tiempos en los que uno podía exponer abiertamente su opinión, sin tener que pagar por ello. Esta República es mucho más severa que el emperador. ¿Qué puede importarle que una colegiala

invoque a Lenin? ¿Acaso mis camaradas y yo hicimos algún daño con nuestra anarquía? Hace ya ocho meses que las dos pobres criaturas están en la cárcel y nadie sabe cuándo las soltarán. Yo, por mi parte, ya me he resignado; pero lo siento por el pequeño, el que tuve con la americana. Me gustaría impedir que siguiera el ejemplo de sus hermanas. ¿Y si lo mandara a la tierra de Israel? Pero también allí hay sufrimientos y calamidades, disturbios y comunistas.

—Los padres recogieron leña y sus hijos encienden fuego —dije.

—Dejemos la Historia a los historiadores y el presente a los periodistas y bebamos otro vaso —

suspiró Schützling—. ¿Qué te parece esta bebida? ¿Qué se bebe en la tierra de Israel?

—Unos beben vino, otros beben agua de Seltz y algunos beben té.

—¿Y no bebéis aguamiel?

—Allí no lo hay.

—¿Y no lo echabas de menos?

—Otras cosas echaba de menos.

—Entonces, ¿aquella tierra tampoco fue un paraíso para vosotros? No me has dicho qué hacías allí.

—¿Qué hacía allí? Hasta ahora, nada.

—¡Eres tan modesto, chico!

—No soy modesto, pero cuando uno ve que ha pasado ya la mayor parte de

su vida y todavía no ha hecho más que empezar su tarea, no puede pretender haber realizado nada. En la *Guemará*^[*] se dice: «Aquél en cuyos días no se construyera el Templo es como aquél en cuyos días fuera destruido». No me refiero únicamente al Templo, sino a todo lo que se hace en la tierra de Israel.

Mi amigo me dio unas cariñosas palmadas en un hombro y dijo:

—Vosotros no construiréis, del mismo modo que nosotros no hemos destruido. ¿Qué somos, quiénes somos nosotros en este espantoso mundo? Menos que una gota de este aguamiel. ¿Qué te parece la bebida? He bebido ya cinco vasos y me siento como si no

hubiera bebido ni uno. Bebe, chico, bebe. Yo quería limpiarme por fuera y me he limpiado por dentro. ¡A tu salud, chico! Cierra la boca y deja que te bese. Un beso de despedida por nuestra salida de Szybuscz y un beso de saludo por nuestro encuentro. Y ahora, otro beso de despedida, pues en cuanto se despida al Sábado tengo que salir de Szybuscz. No digas que estoy borracho, di más bien que estoy alegre por haberte encontrado. ¿Te acuerdas de la canción que cantaba mi novia morena? Bebamos a su memoria y cantemos su canción:

*Con pena y dolor discurren
los años;*

no tuve alegrías ni bendiciones, sólo desengaños.

Soñando y vacilando pasaron los días.

Duérmete, mi niño, duérmete, mi vida.

Al anochecer, nos separamos. Schützling se fue a casa de su hermana y yo me fui a mi hotel, a cambiarme de ropa para recibir al Sábado en la Gran Sinagoga, pues pasaron ya los tiempos en que en nuestra vieja sinagoga se rezaba.

Cuando llegué a la Gran Sinagoga, terminaba la oración de la tarde, y como los orantes no sumaban más que dos

veces diez, la Gran Sinagoga parecía casi vacía, como si estuviera esperando al resto del pueblo. O quizá sólo me lo pareció a mí, pues la sinagoga estaba ya acostumbrada a no recibir más que un par de decenas de orantes.

Shelomó Shamir recibió al Sábado en el púlpito. Antes de pronunciar la oración de la noche, descendió al pupitre y dijo:

—«Bendícenos...».

Es una antigua costumbre de la sinagoga de Szybuscz y de algunas viejas comunidades recibir al Sábado en el púlpito y bajar después a orar al pupitre. Y es que los seis salmos de la recepción del Sábado y el «Ve, mi

amor» no pertenecen a la oración propiamente dicha, sino que fueron introducidos posteriormente. Por ello se determinó que se recitaran en el púlpito, ya que en el pupitre del recitador sólo pueden pronunciarse las palabras que pertenecen a la oración. Por ello, en los viejos textos de los primeros autores no figuran ni los seis salmos, ni el «Ve, mi amor», sino que la oración de la noche del Sábado empieza con el «Bendícenos...».

Shelomó oraba al modo de los más antiguos recitadores de Szybuscz; en tono íntimo y alegre, como cuando el guardián de la Torá abre las puertas de la sala para dar paso al séquito del rey

que viene a rendir homenaje al monarca, tono que sostenía hasta que se terminaba el saludo. Antes de la guerra, Shelomó era el encargado de leer la Torá; después de la guerra, cuando los ciudadanos de Szybuszcz volvieron a su ciudad, él asumió también las funciones de recitador gratuitamente, pues los ciudadanos no disponían de medios para contratar a un recitador. Antes de la guerra, la Gran Sinagoga tenía dos recitadores, además del lector de la Torá. Cuando se descubrió que el lector tenía el propósito de emigrar a América, fue depuesto, a pesar de que no llegó a emigrar, pues un hombre semejante era indigno de hacer la lectura en la Gran

Sinagoga. En su lugar, fue nombrado Shelomó Shamir. Y ahora es él quien lee la Torá y reza todas las oraciones cuando nadie ocupa el puesto del recitador. Los demás son advenedizos que han llegado de las ciudades y pueblos vecinos y se han instalado en los puestos preferentes, junto a la pared oriental se las dan de grandes señores y cubren con sus voces estridentes las formas de rezo transmitidas de generación en generación. En un lugar en el que siempre se ha procurado no alterar el texto de los rezos ni la melodía, el número de cirios, la entrada del sumo sacerdote, con Urim y Tummim^[*], ni los más pequeños

detalles, aparecen ahora esas gentes sin autoridad alguna que apenas alcanzan a pronunciar una palabra en hebreo y se saltan las reglas. Ya la víspera del Día de la Expiación me molestó su actitud. Y hoy, mucho más.

CAPÍTULO LIII

Los que van y vienen

Volví a mi hotel y me senté a la mesa. Riegel cenaba también en la mesa del dueño de la casa, mientras que los restantes huéspedes, que no celebraban el Sábado, ocupaban una mesa aparte. Riegel se comportaba como un extraño recién convertido al judaísmo y que entrara por primera vez en una casa judía: miraba respetuosamente al dueño de la casa y, de modo involuntario, repetía todos sus movimientos.

Después de la bendición del vino, entró Babtsche y se sentó al lado de su madre. En realidad, ya estuvo antes en el comedor, pero tuvo que ir a cambiarse de vestido, pues, por un desdichado incidente que pasaremos por alto, se le había roto.

Su expresión era, a un tiempo, de indignación y de sumisión. Si su madre le preguntaba algo, ella respondía con voz de ultratumba. También ella tenía la mirada fija en el rostro de su padre. No lo miraba con veneración, como Riegel, sino como un inocente corderito. Su padre había adoptado su actitud habitual, y, con la cabeza inclinada y las manos bajo la mesa, cantaba los

cánticos del Sábado.

Entre el pescado y la sopa llegó Lolik y, al poco rato, Dolik. Traían novedades de la ciudad. Como nadie les hacía caso, se limitaron a sonreír, uno con expresión burlona y otro con gesto de niña. Krolka servía la mesa en silencio, se llevaba las fuentes vacías y traía las llenas, arreglaba las velas, iba y venía, y hacía tan poco ruido al ir como al venir.

Cuando trajeron el agua para lavarnos las manos, el dueño de la casa levantó la mirada y clavó los ojos en Riegel, frunciendo el ceño, como el que se encuentra ante algo sobre lo que no puede tomar una decisión. Seguramente,

se preguntaba si debía contar con Riegel para la oración, pues con sus hijos no contaba Sommer más que en Pascua, cuando ellos se sentaban a la mesa al mismo tiempo que su padre, antes de la bendición del vino.

Después de la oración, Sommer dijo al viajante:

—¿Qué nos cuenta usted, Riegel?

Riegel, que estaba acostumbrado a los silencios del hostelero, quien nunca le había llamado por su nombre, sino «señor representante» —un tratamiento muy apropiado para mantener las distancias—, se quedó cortado y tartamudeó:

—Es un placer celebrar el Sábado

entre judíos.

—¿Es que no es usted judío, Riegel?

—dijo Sommer, con asombro.

Riegel, llevándose una mano al corazón, dijo con devoción:

—Soy judío, Sommer, soy judío; pero no un judío como es debido.

—¿Y qué ha de hacer un judío para ser un judío como es debido? —preguntó Dolik.

—Lo que hace su padre —respondió Riegel.

—¿Y cómo tiene que ser una buena judía? —preguntó entonces Lolik—. ¿Cómo Babtsche?

Babtsche levantó la cabeza y miró a su hermano con irritación. También a

Riegel le lanzó una mirada llena de furor. Desde que el viajante ha vuelto a Szybuscz ella ya no le mira con benevolencia. No es que le odie, pero antes de que él viniera a Szybuscz por segunda vez, ella estaba en buenas con todo el mundo. Zvirn le había doblado el sueldo y le regaló la tela para un vestido (el mismo vestido que se le rompió la víspera del Sábado, al oscurecer); David Moisés le escribía cartas amables y también cartas de amor, y ella se reía o se quedaba seria, según le daba. Y cuando Zvirn fruncía los labios para darle un beso, ella le daba una palmada en los nudillos y él no se lo tomaba a mal. Durante toda su vida, Babtsche no

fue muy estricta en estas cosas. Y ahora el diablo le traía a Riegel, que la mareaba con sus mujeres. En realidad, Riegel no tenía más que una mujer y, además, quería librarse de ella; pero, en su enojo, Babtsche le atribuía dos, sin darse cuenta de que la otra era ella misma. Me levanté para marcharme.

—¿Se va ya? —me preguntó Sommer—. Quédese un poco y hablaremos.

Esta gente nunca tiene nada que decirte, pero cuando te vas te dicen: «Quédese y hablaremos». Tal vez el señor de la casa tenga algo que decir, pero conserva sus pensamientos encerrados en el fondo de su corazón.

En cuanto a Riegel, dudo mucho que pueda hablar de algo que no sea una transacción comercial. Ya le habéis visto sentado frente a Babtsche, aplastando cigarrillo tras cigarrillo; es digno de compasión y también lo son sus cigarrillos, pero no es digno de que uno pierda el tiempo con él. ¿Acaso si llegara a fumarse un cigarrillo descendería sobre él un espíritu nuevo?

Dolik se levantó y se retiró a cierto lugar. Cuando volvió, se tapaba la boca con la mano, para que no se notara el olor a tabaco.

El señor de la casa dijo a su esposa, mientras palpaba el mantel:

—Quizá la señora de la casa nos

deje probar esas cosas buenas que ha preparado para celebrar el Sábado.

Sonreía como un niño que pide los dulces antes de la hora.

La señora Sommer trajo inmediatamente las golosinas.

—¿Y qué nos darás para beber? — preguntó su marido.

—¿Qué te parece jarabe de frambuesa con agua de Seltz? —dijo ella.

—¿Y por qué no una buena bebida? —dijo Sommer.

—¿Es que va a firmarse un contrato de matrimonio? —preguntó Dolik—. Babtsche, ¿sabes tú quién es la novia?

—Mírate al espejo y la verás —

replicó su hermana.

—¿Quién ha llegado?

—Seguramente un nuevo huésped.

—En Sábado no admito huéspedes

—dijo el dueño del hotel.

Schützling entró en el comedor y se sentó a mi lado.

Aarón Schützling no es persona grata al dueño de la casa ni a la familia, por diferentes causas; a unos no les gusta por una cosa y a otros, por otra. Cuando lo advertí, me levanté y me fui con él.

Schützling estaba violento, quizá porque en la taberna se me mostró desanimado, quizá porque había permitido que yo pagara la bebida cuando hubiera debido hacerlo él, pues

él había invitado.

—Te he sacado de tu nidito caliente —me dijo—. Aunque fuera no hace frío. ¿O tienes frío? Vienes de un país cálido. ¿Quieres que demos un paseo?

—Sí; demos un paseo.

—¿Estás enfadado conmigo?

—Al contrario; hace una hermosa noche y hay una buena luna. Una noche y una luna muy indicadas para pasear.

Mientras decía esto, pensaba: «Todo lo que teníamos que decirnos ya nos lo dijimos anoche. No hacía falta que volvieras».

—La vida del hombre se prolonga hasta que él ha purgado todos los goces de este mundo —dijo Schützling.

—¿A qué viene eso?

—Viene a propósito de la luna —
respondió Schützling.

—¿De la luna? ¿Qué tiene que ver la luna?

—Ahí está: la luna no tiene nada que ver, pero este necio, Aarón, el hijo del panadero, pensó que brillaba igual que cuando él era joven y salía con su novia morena. Al salir de la taberna, pensé: «Iré a su casa». Al llegar, resbalé, me caí en un hoyo y por poco me rompo las piernas.

—¿Te duelen todavía las piernas?

—Esto es lo que me duele —dijo,
poniéndose una mano sobre el corazón —.
¿Te acuerdas de Knabenhut? Ya

murió y ahora estará en un mundo mejor. La conocí por mediación de él, cuando la huelga de los sastres. ¡Aquéllos eran tiempos! Ya no volverán. De día, huelga, y de noche, canto y baile. Knabenhut no tomaba parte en la juerga, no bailaba con las muchachas ni miraba con envidia a los que habían tenido la suerte de encontrar a una chica guapa. Cuando la guerra, llegué a Viena y lo encontré en uno de los puentes del Danubio, contemplando a los transeúntes. Quise pasar sin que me viera, para no excitar su ira contra mí, pues se puso furioso cuando me hice anarquista y aún hay quien dice que él me denunció a las autoridades, y que si escapé de ir a la

cárcel fue porque emigré a América. Me hizo una seña y me acerqué a él. «Quédate donde estás —me dijo—. Estoy muy enfermo». Me mantuve un poco alejado y él se puso a predicar. Habló de la guerra y de la destrucción que iba a caer sobre el mundo. Su voz era débil, pero sus palabras estaban llenas de fuerza y eran hermosas. Yo volvía a estar frente a él, como en los días en que iba a buscarme a la tahona de mi padre, y sus palabras eran para mí una iluminación. Para terminar, me susurró: «La generación que ahora sube es mucho peor que las que fueron antes de nosotros. Y aún te diré más: el mundo se hará cada vez más malo, peor de lo

que nosotros quisiéramos». Bueno, amigo, ya hemos llegado a tu hotel. Entra y que descanses.

Cuando se hubo despedido, me quedé en la puerta, viéndole alejarse. Él agitó los brazos y se puso a tararear:

*Soñando y vacilando
pasaron los días.*

*Duérmete, mi niño,
duérmete, mi vida.*

No había pensado en Knabenhut desde hacía muchos años, a pesar de que hubiera debido pensar en él, pues en el Szybuscz de antes de la guerra no había

persona de la que tanto se hablara como de Knabenhut. No había mes en el que no provocara algún tumulto, con sus mítines y sus discursos a los socialistas a los que él mismo había creado y puesto en actividad. Él organizó la huelga de los sastres y, durante la época de la cosecha, reunió a diez mil segadores y les dijo que no volvieran al trabajo hasta haber conseguido un aumento de jornal y otras ventajas, ya que sus señores dependían de ellos en mayor medida que ellos de sus señores. De este modo, provocó un paro de tres días, lo que obligó al Gobierno a enviar a un batallón de gendarmes para hacer que los segadores volvieran al trabajo.

Pero Knabenhut les explicó que ningún Gobierno podía obligarles. Y cuando los gendarmes sacaron los sables, Knabenhut les convenció de que debían volver a guardarlos y poco faltó para que las fuerzas del orden se sumaran a los huelguistas. Había en Szybuszcz personas que gozaban de renombre mundial y otras que sólo eran famosas en Szybuszcz, pero a los de Szybuszcz nadie nos hacía vibrar como Knabenhut; pues mientras los otros no hacían sino ampliar conocimientos que ya poseíamos, él nos enseñaba cosas completamente nuevas para nosotros.

En un principio, cuando el mundo se regía por la Torá, Szybuszcz dio rabinos

y, después, sabios. Más tarde, dio hombres de acción; pero los hechos que nos daban, de hechos no tenían más que el olor. De pronto, hizo su aparición Knabenhut y empezó a dedicarse a las cosas públicas y los hechos auténticos nos inundaron.

Las actividades de Knabenhut en Szybuszcz empezaron así: Había en Szybuszcz unos cuantos muchachos, hijos de familias muy pobres, que llevaban una existencia miserable. Eran recaderos y peones, se les consideraba peor que bestias de carga y eran maltratados día y noche por sus amos.

Knabenhut los reunió a todos en un local que había alquilado y allí empezó

a hablarles sobre las ciencias sociales y les hizo alzar la cabeza. Algunos se declararon incondicionales partidarios suyos y se hubieran dejado matar por él; otros se mostraron rebeldes e hicieron escarnio de su doctrina. Cuando ocuparon los puestos de sus antiguos amos, hicieron lo mismo que antes hicieran éstos. Knabenhut azuzaba a los primeros contra los sionistas y cuando se decretaba una huelga ellos eran los encargados de vigilar que nadie trabajara; pero a los que le traicionaban los borraba de su corazón y no volvía a pensar en ellos. Schützling era, en un principio, uno de sus más adictos discípulos, hasta que apareció Sigmund

Winter y le dijo que el tal Knabenhut era un visionario que trataba de mejorar el mundo mediante el socialismo, cuando para el mundo no había mejora posible y lo único que podía hacerse era destruirlo.

Sigmund Winter era hijo de un médico. Era uno de los discípulos de Knabenhut y se distinguía entre todos sus camaradas por su cabello negro y sus hermosos ojos, con los que dirigía lánguidas miradas a las muchachas. Circulaban acerca de él muchas historias, una de las cuales decía que un día se acercó a una muchacha en la calle y le dijo: «Ven, deja que te mire», lo cual era algo insólito en Szybuszcz,

donde se trata a las muchachas con gran respeto. En sus estudios, por el contrario, no se distinguía en absoluto y continuamente pasaba de un Instituto a otro, debido en parte a que los maestros no podían resistir la mirada de sus hermosos ojos y en parte a que él no podía asimilar la ciencia de los maestros. Es de presumir que no le faltaban algunas buenas cualidades que las gentes de Szybuszcz pasaban por alto, pues es lo que suele ocurrir en Szybuszcz: cuando se trata de un gran personaje, se dicen cosas que reducen su talla y de todo aquel que sobresale por encima de sus conciudadanos se dice, por ejemplo, que siendo niño no dejaba

traslucir sus dotes; todo lo contrario, muchas veces no comprendía cosas que resultaban fáciles para sus compañeros. No quisiera exagerar, pero si el rey Og de Bashán hubiera venido al mundo en nuestra ciudad, la gente habría dicho que Rabbí Gadiel el Niño era más corpulento.

Cuando a Sigmund Winter le llegó la hora de ir a la Universidad, se fue. Durante varios años, no supimos dónde estaba ni qué hacía. Un día empezó a correr por la ciudad la noticia de que había sido detenido en Gibraltar. Era incomprensible y, de no haberlo visto en los periódicos, nadie lo hubiese creído. Se decía que estaba acusado de tramar

un atentado contra un monarca que se encontraba de paso en aquella plaza. Todos creímos que aquello sería el fin de Winter, que por fin había encontrado su castigo. Pero a los pocos días los periódicos informaban de que ciertos diputados habían presentado ante el Parlamento austríaco una protesta por una potencia extranjera. Y, ¡oh, maravilla!, Viena intervino y Winter fue puesto en libertad.

Al poco tiempo, reaparecía en Szybuscz, Sigmund Winter, erguido como el hijo de un rey, con una pelliza negra sobre los hombros y un gorro de terciopelo ligeramente ladeado, el bigote retorcido y una barbilla

puntiaguda, como media estrella de David; le acompañaban hermosas muchachas de buena familia. Todos los grandes de la ciudad le cedían el paso, y él actuaba como si todo Szybuszcz le perteneciera. Al poco tiempo, empezaron a llegar a Szybuszcz periódicos con las fotografías de Kropotkin, Bakunin, Reclus y también de Sigmund Winter. ¡Cielos! Desde los tiempos de su fundación, Szybuszcz no había visto la fotografía de uno de sus hijos en los periódicos y, además, en compañía de los grandes de este mundo. Cierto que no sabíamos quiénes eran Kropotkin, Bakunin ni Reclus, pero era indudable que se trataba de grandes

hombres, ¿cómo, si no, iban los periódicos a publicar su fotografía? Y en realidad no nos equivocábamos, pues personas que parecían estar bien enteradas nos dijeron que los dos primeros eran príncipes y el tercero, Elysé Reclus, era profesor de la Universidad.

¿Qué impulsó a Winter a volver a Szybuscz? Si era cierto que había urdido un complot para asesinar a un monarca, en Szybuscz ya no quedaban monarcas. ¿Qué le habían hecho los monarcas para que él quisiera suprimirlos? Era un anarquista: bueno, ¿y qué? ¿Cuántas opiniones no tienen los hombres, a cual más absurda? Si todos actuaran de

acuerdo con ellas, ¿cómo estaría el mundo?

Al poco tiempo, empezaron a aparecer toda clase de impresos y folletos en los que se atacaba a los Mandamientos del Señor y las Leyes dictadas por los grandes de la Tierra para una mejor ordenación del mundo. Por el contrario, se hablaba del amor libre y de todas esas cosas. Al poco tiempo, la ciudad se dividió en fracciones opuestas y la gente reñía y se pegaba a diario. Las diferencias no se registraban entre los propietarios y empleados, ni entre socialistas y sionistas, sino entre socialistas y sus compañeros. Todos pensamos que los

partidarios de Knabenhut permanecerían fieles a él hasta el final; pero hubo muchas deserciones y los que se separaban del grupo se convertían en enemigos de sus antiguos camaradas. Knabenhut hizo frente a sus adversarios; les presentó batalla, cosa que no había hecho nunca ante ningún hombre ni ningún partido. Pues, ¿quiénes habían sido hasta ahora sus rivales? Hombres que sabían perfectamente que arrastraban tras de sí a un montón de sabandijas y temían que el mundo llegara a descubrirlo, o bien personalidades sionistas que se divertían haciendo juegos de palabras. Pero en este caso Knabenhut se

enfrentaba a unos fanáticos que no tenían contemplaciones consigo mismos ni con nadie. Cuando se dio cuenta de que nada podía contra ellos, los denunció a las autoridades. Dicen algunos que no fue él mismo quien hizo la denuncia, sino uno de sus camaradas. Entonces, el Gobierno hizo su agosto cuando aquél añadió a la denuncia al propio Knabenhut. Unos huyeron al extranjero y otros redoblaron su lucha contra Knabenhut, mientras el Gobierno hacía la vista gorda y observaba, divertido, las tribulaciones de Knabenhut, que ahora se veía atacado por sus antiguos discípulos con las armas que él mismo pusiera en sus manos. Nosotros también

nos reíamos. No porque nuestras opiniones tuvieran la menor analogía con las de los anarquistas, sino porque el caso puede compararse con el del hombre que lee el Corán, pues nadie supondrá por ello que quiera hacerse musulmán; pero si uno lee los Evangelios, se teme por él; y es que los Evangelios están cerca, y el Corán, lejos.

Yo no me contaba entre los partidarios de Knabenhut, pero pensaba mucho en él. La fuerza distingue al hombre; la renuncia es una virtud más noble aún. Knabenhut tenía ambas; sus actos denotaban fuerza y sabía renunciar a todas las ventajas. Muchas veces, sus

medios eran vituperables, y el fin, digno de elogio; otras veces, los medios eran dignos de elogio, y el fin, vituperable. En cualquiera de los casos, nunca pudo decirse que buscara el beneficio personal. Estábamos acostumbrados a que los hombres encontraran las fuerzas necesarias para ajustar las cuentas a sus enemigos, o que, a cambio de una pequeña renuncia, exigieran una renuncia mayor. Nunca habíamos visto que un hombre renunciara a su propio bienestar en beneficio de los demás. Cuando quisieron sobornarle con un buen empleo, él lo rehusó. Por otra parte, abandonó la Filosofía y los campos afines a ella y se dedicó al

estudio del Derecho, pero no se sirvió de sus conocimientos para prosperar, sino que los puso al servicio de los oprimidos y tomó en préstamo, a crédito, para subvencionar a los huelguistas. Estábamos acostumbrados a ver tirar el dinero por la ventana para obtener un puesto de rabino o un cargo público, una mujer o un caballo; Knabenhut no perseguía a las mujeres, no quería ser diputado ni buscaba ningún beneficio. Nadie puede decir que en Szybuscz faltaran idealistas; pero, entre nosotros, ¿qué clase de idealistas eran? El que compraba una acción (de la «Sociedad de Colonización»), hacía su aportación con un cheque, y pagaba los

veinticinco kreuzer mensuales de la cuota de socio de la «Asociación Sionista», se llamaba a sí mismo un buen miembro. Y si daba medio gulden para los colonizadores de Majanáyim, se consideraba un buen sionista. Pero Knabenhut alquiló y amuebló una casa para sus camaradas, les compró libros y revistas y aprendió el *yiddish* para hablar con ellos. Lo cual no puede decirse de la mayoría de nuestros jefes, que ni siquiera aprendieron el alfabeto hebreo.

CAPÍTULO LIV

Sobre el mundo, que está cada día peor

¿Y cuál fue el fin de Knabenhut? El sábado por la tarde, Schützling vino a verme otra vez. Había terminado todas sus gestiones en la ciudad y le quedaba tiempo libre para el ocio. No había hecho muchos negocios en Szybuscz, casi diría que ninguno. Ahora venía de hablar con el farmacéutico, un viejo polaco, avinagrado y enfermizo, que usaba chanclos de goma y bufanda en

invierno y en verano, y siempre estaba tosiendo y estornudando. Schützling me dijo:

—«¿Ya está aquí otra vez con esos medicamentos alemanes, señor mío? — me ha dicho el farmacéutico—. El diablo hizo a los prusianos y los prusianos hacen las medicinas. ¿Se imagina que los enfermos no podrían morirse sin esas cosas? Cuando los médicos leen en sus revistas que ha salido un medicamento nuevo se apresuran a recetarlo a sus pacientes, y los pacientes vienen aquí gritando: “¡Venga, esta medicina, esta medicina!”. Y yo, señor mío, me gasto mi dinero y compro la medicina. Pero, entretanto,

los prusianos han descubierto un nuevo medicamento y el médico lo ha recetado. Tal vez usted, señor mío, pueda decirme qué tiene la nueva medicina que no tuviera la anterior. Yo no lo sé. ¿Usted tampoco? ¡Cualquiera lo sabe! Y ahora tengo las dos medicinas en la farmacia y ni los ratones las quieren. Tal vez sepa usted, señor mío, para qué sirve una farmacia si el farmacéutico no prepara las medicinas, sino que las recibe de Prusia bien envueltas y selladas. Si sólo se trata de vender, eso puede hacerlo cualquier judío detrás de un mostrador; no se necesita a ningún hombre de carrera, que ha pasado seis años estudiando en el Instituto y dos en la

Universidad».

Después de referirme toda su conversación con el farmacéutico, Schützling, rodeándome los hombros con su brazo, me dijo:

—¿Qué te parece si vamos a dar un paseo, señor mío? Uf, tengo las vías respiratorias llenas de olor a medicinas. Vamos, señor mío, en marcha.

Schützling estaba de buen humor. Constantemente se le ocurrían nuevas frases del farmacéutico y me las repetía arrastrando los pies, como si llevara calzados unos chanclos de goma. Luego se olvidó del boticario y empezó a hablar de todo lo que le pasaba por la imaginación. ¿Qué me contaría y qué no

me contaría? La boca del hombre es pequeña; cuando un hombre se destapa, las palabras le salen a chorro.

Entre otras cosas, Schützling volvió a referirse a Knabenhut. A pesar de que por causa suya había tenido que sufrir bastantes calamidades y huir a América, no por eso olvidaba su lado bueno. Recordaba los días en los que iba a recogerle al horno y le hablaba del sentido de la ciencia y del conocimiento del ambiente. Y él, Schützling, le había pagado haciéndose anarquista y, además, llevándose a sus filas a numerosos camaradas. ¿De dónde llegó a Szybuscz la doctrina de la anarquía? Israel amaba al emperador y estaba orgulloso de él,

pues era un soberano compasivo, amigo de Israel, y oraba para que tuviera larga vida, pues mientras viviera los protegería de sus enemigos y calumniadores. A cada calamidad que afligía a Israel en otros países, las gentes de Szybuscz se decían: «¡Qué suerte la nuestra, de poder acogernos al amparo de un régimen benévolo!». Pero ya se ha dicho que Knabenhut tenía un discípulo y camarada llamado Sigmund Winter al que quería entrañablemente, hasta el punto de pagarle los estudios en la Universidad para que, más adelante, le ayudara en su lucha contra la opresión; pero éste fue y adoptó otra doctrina y la introdujo en Szybuscz y se

atrajo a Schützling y a varios otros camaradas. A partir de entonces, los discípulos de Knabenhut se dividieron en dos fracciones: la que siguió fiel a Knabenhut y la que se pasó a la anarquía. Ya hemos visto lo que los anarquistas hicieron a Knabenhut; veamos ahora lo que ocurrió después.

Después, o quizás antes, se fijó en una muchacha llamada Blume Nacht. No se sabe si él quería casarse con ella o era ella la que quería casarse con él. Lo que se sabe es que se casó con otra, una mujer rica que aportó una buena dote al matrimonio. Entonces él abrió un bufete de abogado en Pitzyricz, cerca de Szybuscz, y durante algún tiempo dejó

de lado el socialismo, pues debía veinte mil guldens a los usureros, que había gastado en ayudar a los huelguistas y a sus camaradas más necesitados, y los acreedores le presionaban. Se ha dicho de Knabenhut que durante toda su vida no restituyó capital alguno, sino que no hizo otra cosa que pagar intereses. Y éstos los pagaba con dinero de su mujer, pues él no ganaba lo suficiente para cubrir sus propios gastos, ya que, por un lado, no quería ocuparse de procesos civiles y, por otro, aborrecía los pleitos de finanzas y se limitaba a los casos criminales en los que el trabajo es mucho y el provecho escaso. Y es que la mayoría de los delitos son cometidos

por gente que no tiene dinero para pagar a un abogado.

Aunque ya no se ocupaba del socialismo, siempre estaba dispuesto a ayudar a cualquier pobre que hubiera sufrido un accidente de trabajo y cuyo patrono no quisiera pagarle indemnización alguna por daños y perjuicios, o a la muchacha seducida por el hijo del amo, que traía al mundo a una criatura que no era reconocida por su padre. Así se acabó también el dinero de su mujer y en la casa no había nuevos ingresos. Por esta época, Knabenhut volvió a la Filosofía, el gran amor de su juventud, abandonando a su amorío, la Jurisprudencia. Por lo que se refiere a

las mujeres, hizo todo lo contrario: abandonó a su esposa legítima por las amiguitas. Él, que antes de su matrimonio jamás miró a una mujer, empezó de pronto a correr tras ellas. Y las mujeres, ¡ay, amigo!, el que busca una encuentra muchas. Knabenhut se sintió atraído por una estudiante ucraniana, llegada de Suiza para visitar a una hermana suya, esposa de un médico, y ambas hermanas se sintieron atraídas por Knabenhut. Un corazón atrae al otro y a Knabenhut le gustaban todas. Dejó a su pasante al frente del bufete y él se quedaba en la cama, leyendo a Sófocles, o pasaba el tiempo con las mujeres. Su esposa volvió a casa

de su padre, llevándose el poco dinero que le quedaba. Entretanto, estalló la guerra.

La guerra no trajo nada bueno para Knabenhut. No fue movilizado, pues había ya dejado atrás la mayor parte de su vida, y después, cuando se movilizó incluso a los viejos, no fue admitido a causa de su enfermedad. Como todos los habitantes de Pitzyricz, huyó a Szybuszcz al estallar la guerra y después pasó a Viena. Se encontraba sin dinero. Sus antiguos camaradas fingían no conocerle. El hombre que había hecho estremecer al país, se veía abandonado en la capital. Finalmente, recibió ayuda de manos de un viejo cínico. Este cínico

era un rico empresario que hacía pactos con los ministros, pactos de los de: la mitad para mí y la otra mitad para vosotros. En otros tiempos, Knabenhut lo había atacado desde los periódicos, obligándole a rendir cuentas de sus negocios. Cuando este hombre se enteró de que Knabenhut estaba en la miseria se compadeció de él, o quizá le hizo gracia la situación, y le envió dinero. Este cínico, que cuando alguien iba a pedirle dinero para una obra de caridad solía decir: «Pueden estar seguros de que no voy a darles nada y, puesto que me vienen con exigencias, voy a guardarles rencor durante toda mi vida», este hombre hizo gala de gran

prodigalidad con Knabenhut. Knabenhut, por su parte, cogía el dinero y ayudaba a otros. ¡Qué se le va a hacer! El hombre quiere vivir, no morir, y mientras viva no puede cerrarse a la compasión por sus semejantes. Knabenhut nunca supo quién era su benefactor. Cada vez que Knabenhut iba a darle las gracias, el otro se negaba a recibirle. Knabenhut repetía la visita. Entonces, el millonario le doblaba la asignación. Un día, Knabenhut, al recibir el dinero de manos del criado, hizo a éste una reverencia y le dijo: «Hoy comeremos y mañana moriremos». Entró en su casa, cerró la puerta y no volvió a salir de su habitación hasta que vino Aquél ante

quien no hay puerta que pueda cerrarse y se lo llevó de este mundo. Este mundo, que es cada vez peor, mucho peor de lo que hubieran deseado Knabenhut y sus camaradas.

¿Y qué fue de Blume Nacht? La historia de Blume Nacht es, en sí, toda una novela. Sabe Dios cuándo la escribiremos. Volvamos a lo nuestro.

Mil veces hemos dicho ya: volvamos a lo nuestro, y no lo hemos hecho. Hemos consentido que se nos distrajera y ahora ya no sabemos qué es lo nuestro. Empezamos hablando del viajero y de la llave de la sinagoga y luego dejamos al viajero y a la llave y nos ocupamos de otras cosas.

Esperemos a mañana; Schützling se habrá marchado y nosotros estudiaremos un folio del Talmud y, con la ayuda de Dios, también sus correspondientes explicaciones.

CAPÍTULO LV

Así va el mundo

A la salida del sol, después de rezar mis oraciones, me fui al comedor. Krolka, al ver que había madrugado, se apresuró a traerme el desayuno. Yo di gracias al Creador por haber permitido levantarme temprano. De este modo, podría estar pronto en la sinagoga, después de haberme mantenido alejado del estudio tanto tiempo.

Entonces llegó Schützling; venía a despedirse. Ya se había despedido la

víspera, pero su afecto hacia mí le obligaba a decirme adiós una vez más antes de partir.

Todas las pertenencias de Schützling cabían en un viejo periódico, atado con un cordel con infinidad de nudos. Los negocios que él hacía no debían ser muy importantes; los medicamentos que ofrecía a su clientela no ocupaban mucho espacio. De todos modos, el paquete tenía la ventaja de que se necesitaba mucho tiempo para hacer y deshacer tanto nudo, lo que hacía que el cliente se cansara de ti y te comprase algo, aun en contra de su voluntad.

Schützling y yo salimos juntos. Él iba a la estación y yo a la sinagoga.

Cuando llegamos al punto en que nuestros caminos se separaban, decidí acompañarle un trecho y luego otro y así hasta que llegamos a la estación. Una vez allí, esperé a que saliera el tren.

El «hombre de goma» salió de su oficina, me hizo una inclinación y sonrió a Schützling, quien le devolvió la sonrisa. Y es que Schützling viajaba una vez con un amigo, agente como él. Ambos poseían abonos de ferrocarril y se dirigían a Szybuscz. Cuando entró el revisor, se trocaron los abonos. El hombre, al examinar el documento que le tendía Schützling, vio que la foto era de otro. Se guardó el abono y dijo que debía entregarlo al jefe de la estación de

llegada. Al examinar el abono del amigo, observó también que la foto no correspondía y le dijo también que debía entregarlo al jefe de la estación. Cuando llegaron a Szybuszcz, los llevó a presencia del «hombre de goma». Éste, al examinar las fotos de los abonos que el revisor le tendía y compararlas con sus propietarios, no observó nada extraño y no comprendía qué pretendía aquél. Ellos se lo contaron y los tres se echaron a reír.

Llegó el tren, Schützling subió a él y se despidió de mí. Pero no iba a ser la última despedida. Antes de que el tren se pusiera en marcha, mi amigo saltó del andén y me dijo:

—¿Para qué tanta prisa? Cada día salen dos trenes y buen amigo no se encuentra todos los días.

No tuve valor para dejarle solo y marcharme a mis asuntos. Y aunque yo le hubiese dejado sólo a él, él no me hubiese dejado a mí. Así que nos fuimos juntos y volvimos a todos los lugares que habíamos visitado ya el sábado y hablamos de todas las cosas de las que habíamos hablado ya. Quizás añadimos algo y quizá no. Y en esto llegó la hora de la comida. Yo le dije a Schützling:

—Vamos a mi hotel.

—¡Qué cosas se te ocurren! La abuela me mataría si se entera de que no me he marchado y me he ido a comer

contigo al hotel. Vamos a su casa, allí dejaré el equipaje. Tenemos todo el día y toda la noche para pasear.

Me fui con Schützling a casa de su hermana, a quien él llama «la abuela». Esta «abuela» se llama Genendel y es una mujer alta y delgada, de unos setenta años o más, hosca y severa, que trató a Schützling, más que como una hermana, como una madre, pues ella lo tuvo en brazos, lo amamantó y lo educó. Su verdadera madre (la tercera esposa de su padre) era una muchacha enfermiza y delicada que no podía alimentarlo. Como se daba el caso de que Genendel había tenido un hijo por aquel entonces, se hizo cargo de su hermano. Y algunas

veces llegaba a confundir a las criaturas. Cuando la madre quedó embarazada por segunda vez, Genendel lo tomó por completo a su cuidado y él la llamaba «mamá» hasta que supo quién era su verdadera madre. Desde aquel momento, empezó a llamarla «abuela»; hermana no podía llamarla, pues una hermana debe ser más joven que la madre, y madre, tampoco, pues ya tenía una. De modo que la llamó «abuela».

La mujer se mostró extraordinariamente cariñosa con su hermano y también bastante conmigo. En primer lugar, por ser amigo de él y, en segundo lugar, por devoción hacia mi familia. De todos modos, yo

personalmente no gozaba de su aprobación. Siendo muy niño todavía, ella profetizó que nunca sería nada, pues cuando mi madre me daba dinero para rosquillas yo me lo gastaba en libros. Y, mirándome con severidad, me dijo aquel día al verme:

—Responda sinceramente, ¿le han hecho los libros un mayor bien que las rosquillas de mi padre? Dudo mucho que le hayan ayudado a hacerse sabio. Todo lo que se dice de usted en la ciudad no demuestra mucha sabiduría. Y parece que en la tierra de Israel no lo hizo mucho mejor. Por su ropa, parece un hombre rico. Pero permita que le diga que he visto a ricos vestidos con

harapos y a pobres vestidos con finas telas. Ahora, dígame, ¿qué le dan de comer en el hotel? ¿Buena comida o libros machacados? Que Dios no me tenga en cuenta mis palabras, pero me parece que su patrona es una farsante, como su padre, que engañó a un pobre estudiante con la promesa de ayudarlo a hacerse abogado y ¿qué fue lo que le ayudó a hacerse? Marido de su hija. Pero esa muchacha cristiana, ¿cómo se llama?, Krolka, ésa es una cristiana estricta. Aarón, recuérdame que le recomiende a tu amigo, no por consideración a él, sino en recuerdo de su buena madre, que en paz descanse. ¿Cuántos años hace que murió? ¡Ay,

hijos, cómo pasan los años! Bueno, sentaos y no me entretengáis más; tengo que ir a prepararos la comida.

—No se moleste, Genendel; Aarón y yo iremos a comer a mi hotel.

Mirándome fijamente, Genendel me respondió:

—Nosotros no somos forasteros para tener que lamer los platos de los hoteles. Mi Aarón tiene aquí una casa y puede comer como todo un señor. Hasta cuando estábamos en Nicholsburg les enseñé a los oficiales lo que es una buena ama de casa. Y hasta el doctor, el diablo le tueste bien, tuvo miedo de mí y me concedió el puesto de ama de casa. Cuando encendí las velas del Sábado y

él vino a insultarme, yo me quedé tan tranquila, como si estuviese en casa, y después de haber orado por mí y mis familiares levanté los ojos y levanté la voz, para que él pudiera oírme, y también por él, para que se muriese pronto, lo mismo que todos los enemigos de Sión. Hijos, tenemos muchos enemigos en este mundo, pero el que tiene agallas puede divertirse a su costa. Si hubiesen estado allí, se hubiesen reído a gusto. Ahora, hijos, iré a preparar una buena comida, en atención a la madre de nuestro invitado. He oído decir que no come carne. Si yo le pusiera carne, se la comería. Pero no hay ni un bocado en toda la ciudad. A

propósito, si no come carne, ¿qué hace con los gusanos de los libros? Pensé que tal vez se los comía fritos. ¡Y ahora resulta que no come carne! Ésa sí que es buena, lástima que no tenga tiempo para reírme a gusto.

Mientras ella estuvo ausente, Schützling me contó lo sucedido en Nicholsburg. Cuando estalló la guerra, el Gobierno observó que Viena ejercía una poderosa atracción sobre la población de Galitzia y temió que la capital fuera invadida por los refugiados. De modo que decidió levantar unos barracones en Nicholsburg, rodeados de alambradas y más alambradas, a los que se enviaba a

los refugiados. Los barracones estaban divididos en celdas, de cuatro metros cada una, con cuatro camas, dos a la derecha y dos a la izquierda, dos arriba y dos abajo. Y allí se metía a hombres y mujeres juntos, parientes o no. No había suficiente comida. En cambio, los piojos se cebaban en ellos. Se pusieron centinelas que disparaban contra todo el que trataba de huir. Y ellos estaban deseando disparar, pues cada fugitivo suponía una pérdida para ellos, ya que el Gobierno les pagaba a tanto por persona. Para hacer sus necesidades, tenían que solicitar un pase. Y si el vigilante deseaba divertirse un poco, te decía: «Que te conozco, lo que tú

quieres es encontrarte con fulano y fulano». Y a las muchachas inocentes les decía lo mismo. Los vigilantes eran maestros que habían quedado cesantes y que ahora que habían encontrado un empleo querían mostrarse dignos de él. El médico encargado de velar por los enfermos era de Szybuszcz, un hombre de buena familia. Cuando alguno enfermaba le decía: «¡Estás mintiendo, tú estás completamente sano!». Finalmente, él mismo enfermó y murió, pues las enfermedades se propagaban por el campo y todos, buenos o malos, sucumbían a ellas. Su muerte evitó mayores calamidades, aunque hubiese sido preferible que hubiese llegado

antes.

Al llegar a la casa, observé que en ella había alguien más, a pesar de que no se oía ni se veía nadie. Cuando Genendel nos dejó solos, entró en la habitación un hombre de mediana estatura, de unos sesenta años, con los hombros caídos y la cabeza ladeada. Tenía una barba cerrada, más negra que blanca, los dientes amarillos y mal colocados, los ojos grises, la mirada huidiza y traía una pluma en la mano y un fajo de libros y papeles debajo del brazo. Poniéndose la pluma detrás de la oreja, me tendió la mano y me dijo:

—¡Qué alegría verle aquí! ¡Y en un día tan señalado para mí!

Le devolví el saludo y me quedé mirándolo fijamente:

—Ya veo que no se acuerda de mí —dijo, bajando los ojos—. Sin embargo, hemos pasado juntos muchos ratos.

En aquel momento lo reconocí: era Leibtshe Bodenhaus, el marido de la dueña de la zapatería, con quien solía hablar de poesía y de galimatías rabínicos. Nunca lo encontré muy simpático; al contrario, me resultaba más bien aburrido. Pero poseía una buena cualidad, mejor dicho, dos buenas cualidades. En primer lugar, tenía veinte

años más que yo, y a los jóvenes les gusta hablar con la gente madura, para darse importancia. En segundo lugar, era de otra ciudad, y por aquel entonces yo estaba harto de Szybuszcz y todo el que venía de otro lugar tenía cierto valor a mis ojos. Estaba casado con una mujer mayor que él que delante de la gente le trataba con gran respeto, pero cuando estaban solos le insultaba y solía decirle: «Si no hubiera sido ya tan vieja, nunca me hubiera casado contigo». Una vez, él quiso abandonarla, pero ella le quitó un zapato y él se quedó allí sentado, gimoteando, hasta que su cuñado les obligó a hacer las paces. El hermano de ella era un patriarca muy

rico y muy sabio que poseía una gran zapatería y les había abierto una sucursal entre la tienda de Sommer y la del padre de Zvirn, que también era zapatero, por lo que siempre estaban quitándose los clientes el uno al otro.

Desde que me fui a la tierra de Israel, no había vuelto a saber de él, ni había vuelto a pensar en él. Cuando volví a Szybuszcz oí mencionar su nombre alguna vez, pero no le había visto, ya que él nunca salía de casa, a causa de una dolencia que tenía en un pie. Se decía que la dolencia se la había provocado su mujer, quien un invierno le obligó a andar descalzo dos días enteros, de modo que se le helaron los

pies. Otros decían que ése no era el motivo por el que no salía de casa, que si no salía era porque estaba escribiendo un libro, para perpetuar su memoria, ya que no había tenido hijos y temía ser olvidado al morir.

Leibtshe Bodenhaus, por su matrimonio, era pariente lejano de Genendel. Cuando su esposa murió, de una de las novecientas noventa y nueve enfermedades que sucedieron a la guerra, y Leibtshe quedó viudo y sin hogar, Genendel lo recogió en su casa, le dio cama y comida, lo vistió y calzó y le compró un tintero y una resma de papel, para que escribiera un libro.

—El infeliz no ha conocido nada

bueno en este mundo. Que Dios haga que no le apaleen por sus tonterías en el otro mundo —dijo Genendel.

Desde que Leibtshe abrió los ojos a la luz del mundo, nunca le habían ido tan bien las cosas como desde que vive en casa de Genendel. Y es que Genendel nada en la abundancia, pues todos sus hijos le mandan dinero: el uno dólares, el otro marcos, el otro francos... A Genendel le fue dado echar al mundo nueve hijos, nueve panaderos que ganan holgadamente su vida y la de su madre. Antes de la guerra, Szybuszcz enviaba pollos, huevos, mijo y legumbres a media Europa; ahora proporciona pan a todo el mundo. En Szybuszcz no hay pan,

pero los panaderos salidos de Szybuszcz conocen su oficio mejor que nadie en el mundo.

Volvamos a Leibtshe. Leibtshe vive en casa de Genendel y se ocupa día y noche en poner la Biblia en verso. Con ello consigue un doble objetivo. En primer lugar, la Biblia es hermosa y merece serlo todavía más. En segundo lugar, el verso es hermoso y merece servir para embellecer la Biblia. Además, los versos se fijan en la memoria. Ya Schiller se dio cuenta de ello y por eso puso sus elevados pensamientos en verso. El día en que yo fui a casa de Genendel era un gran día para Leibtshe, porque ese día había

acabado de poner en verso el Libro del Génesis. Se sentó con nosotros, abrió sus cuadernos y se puso a leer. Y estuvo leyendo ininterrumpidamente hasta que Schützling se quedó dormido.

—Aarón se ha dormido —dije entonces a Leibtshe— ¿no sería mejor que esperase a que se despertara para proseguir?

—Que duerma —me contestó Leibtshe—, no le necesito. Además, conoce ya la mayor parte de mis versos. Ahora quisiera que los oyera usted y considerase la posibilidad de traducirlos al hebreo. Yo no domino el hebreo, pues en mi juventud en todas partes gozaba de gran estima la lengua

alemana y yo me he expresado siempre en alemán. No estoy acostumbrado a escribir en hebreo y mucho menos en verso, para lo cual se necesita ser maestro en gramática. En un principio, pensé escribir mi obra en hebreo, pero no pasé del primer verso. Tenga la bondad de aguardar un momento y se los enseñaré.

En aquel momento, Schützling abrió los ojos y murmuró:

—«Ya que no salvaste al amigo, salva, al menos, la vida».

—¿Se da cuenta de la fuerza de la poesía? —dijo Leibtshe—. ¿Cuántos años hará que Schützling no lee a Schiller y, sin embargo, hasta en sueños

se acuerda de sus versos? Aquí está el verso de que le hablaba. Escuche con atención, por favor.

Leibtshe, sin esperar a que yo pudiera concentrar mi atención en sus versos, empezó a leer:

*El cielo y la tierra creó Dios
al principio.*

*Caos y soledad era la tierra
y las tinieblas cubrían el
abismo,*

*pero el espíritu de Dios
aleteaba sobre ella.*

Schützling, cansado de fingir que

dormía, abrió los ojos y, desperezándose, dijo:

—Es una lástima que nuestro padre Moisés no escribiera la Biblia en verso y en alemán.

—¿Qué está diciendo, Schützling? ¿Cómo puede ocurrírsele tal cosa? En tiempos de Moisés no existía la lengua alemana.

—Entonces es una pena que hoy exista —dijo Schützling.

—¡Qué cosas tiene! En la lengua alemana escribió Schiller sus elevados pensamientos que han de perdurar eternamente. Serán un monumento perdurable al entendimiento humano.

—Si Moisés hubiera escrito la

Biblia en verso y en alemán —porfió Schützling—, Leibtshe no tendría ahora que cansarse tanto.

—¡Pero si a mí me agrada mucho! —exclamó Leibtshe.

—¡Pues a nosotros, no! —dijo Schützling, abrazándolo con todas sus fuerzas.

—¿Cómo puede un hombre culto como usted, Schützling, decir esas cosas? —preguntó Leibtshe sumamente acongojado.

—Déjeme ver sus cuadernos, Leibtshe —dijo Schützling.

Leibtshe le tendió sus cuadernos y se quedó a su lado.

—Buena letra, muy buena letra,

Leibtshe. Siga, siga escribiendo y verá cómo su caligrafía mejora más aún.

Volvió Genendel y empezó a poner la mesa. Mientras extendía el mantel, me preguntó:

—¿Qué le parecen las creaciones de Leibtshe? Usted también es una especie de escritor.

Fue Leibtshe quien respondió:

—Si a mí, que no soy más que un pobre gusano, me resultan más dulces que la miel, ¡cuánto más no han de gustarle a él!

Cuando nos sentamos a la mesa, Leibtshe quiso disculparse. Dijo que ya había comido y que quería empezar inmediatamente el Segundo Libro de

Moisés. Genendel le dijo en tono desabrido:

—¡A comer! Tus cánticos no se te escapan.

Leibtshe se sentó y se puso a comer. Me miraba como si le doliera el alma de ver a un hombre culto perder el tiempo comiendo y bebiendo en lugar de escuchar poesías.

Schützling pudo disponer de mí durante todo el día. Después de comer y despedirnos de Leibtshe Bodenhaus, salimos a pasear y estuvimos paseando y charlando hasta que nos dolieron los pies y la boca. Finalmente, nos detuvimos junto a Yerujam Freier, y nos pusimos a hacer de mirones; Yerujam

estaba ocupado en el arreglo de una callejuela.

Yerujam no sentía ninguna simpatía por Schützling, y Schützling no tenía en mucha estima a Yerujam. Pero cuando volvió a Szybuszcz y encontró a Yerujam se detuvo a charlar con él, pues Schützling era un hombre charlatán y comunicativo y hablaba con todo el que quería escucharle. En el curso de la conversación, Yerujam preguntó a Schützling:

—¿Cómo se imagina a las generaciones venideras?

—Ya nos las podemos imaginar con bastante exactitud: una tercera parte será como Daniel Bach; una tercera parte

como el «hombre de goma» y el resto como Ignaz. Aunque en el mundo no quede más que un puñado de hombres, serán desnarigados, cojos o mancos.

En aquel momento, se acercó Ignaz. Al ver a Schützling, tuvo un sobresalto y retrocedió.

—Acérquese, amigo. Le daré *Peniendze* —le gritó Schützling.

—No fue culpa mía, no fue culpa mía —dijo Ignaz con su voz nasal.

—¿Qué está murmurando? ¿No tiene derecho a ser culpable? Tome su dinero y lárguese, no vaya a pasar a alguien por alto y pierda la limosna.

Cuando Ignaz se alejó preguntó a Schützling el significado de aquel breve

diálogo.

—No vale la pena resucitar la historia —me respondió Schützling—; pero ya que parece interesarte, voy a contártela.

¿Cuál era la historia? Durante la guerra, la hija pequeña de Schützling cayó enferma y su madre salió en busca del médico. Ignaz encontró a la mujer y le robó los zapatos que llevaba puestos. Por aquel entonces, los zapatos eran una buena mercancía que tenía muchos compradores, pues no había cuero. ¿Y cómo volvió a casa la mujer con la nevada que estaba cayendo aquella noche? En realidad, no volvió a casa, pues no estaba acostumbrada a andar

descalza. Estuvo chapoteando en la nieve, dando pasitos de gallina, hasta caer desvanecida. Los que la encontraron la llevaron al hospital.

—Es otra imagen del mundo futuro —dijo Schützling—. En el mundo todos andarán con piernas artificiales, harán señas con manos de goma y gritarán: «*Peniendze! Peniendze!*».

A la mañana siguiente, Schützling volvió al hotel, para despedirse de mí. Pero yo, que ya me había despedido la víspera, me marché antes de que llegara él y tomé el camino de la sinagoga.

CAPÍTULO LVI

Mucho ocio

Por el camino, se me acercó un muchacho y empezó a hablarme; nos enzarzamos en una conversación y cuando quise recordar ya era hora de ir a comer. ¿Qué me diría y qué dejaría de decirme aquel muchacho? Lo que me dijo lo he olvidado, y lo que dejó de decirme se le olvidó a él.

Aquel muchacho sabía tanto de la tierra de Israel como el hijo de Pinjás Aryé sabía de periódicos. Sus

conocimientos eran triviales, pero su voz les imprimía una tremenda importancia. Conocía también personalmente a la mayoría de los más importantes personajes de Israel, pues aunque él no había estado allí, tuvo ocasión de conocerlos en las conferencias y congresos celebrados en el extranjero. (Desde la destrucción de Jerusalén y el destierro de nuestro pueblo, la Diáspora sujeta bien a los hombres por los talones, y hasta los que consiguen instalarse en la tierra de Israel vuelven a salir de ella, pues sus pies no pueden permanecer quietos; la tierra de Israel es como el corazón, y los demás países, los pies. Si el hombre

tiene tranquilo el corazón, sus pies permanecen quietos; si el corazón está desasosegado, sus pies no descansan).

Contemplo a mi acompañante. Se mantiene erguido, tiene la cara llena, los labios carnosos, los hombros anchos y las extremidades largas y fuertes, como un buen animal de tiro. Me alegro doblemente; por una parte, me satisface que queden en Szybuszcz personas altas y vigorosas; por otra parte, me parece una suerte que sea sionista y pueda prestar sus fuerzas a la tierra de Israel.

—Consagre sus energías a la tierra de Israel —le digo.

Él me mira, sonriendo.

—¿Por qué no ha emigrado todavía?

—le pregunté entonces.

—Antes hay que hacer muchas cosas
—me respondió.

—¿Qué cosas son ésas?

—¿Quieres verlas? —me preguntó,
abriendo su cartera.

Sacó trescientos memorándums (uno por cada día del año), doscientos cuarenta y ocho folletos (uno por cada miembro del cuerpo humano), seiscientos trece impresos (uno por cada Mandamiento que observamos) y novecientas noventa y nueve octavillas, sin contar periódicos y revistas de diferentes clases. Y, con palabras grandilocuentes, me explicó que viajaba de pueblo en pueblo y de ciudad en

ciudad, creando organizaciones, etcétera.

Para no separarme de él con demasiada brusquedad, le pregunté si solía visitar a los camaradas que vivían en el pueblo vecino y que estaban preparándose para emigrar.

—No tengo nada que ver con ellos —me respondió.

—¿Por qué no?

—Por varias razones. En primer lugar, no pertenecen a nuestra organización y, en segundo lugar...

Saqué el reloj y lo miré como el que tiene prisa y no puede perder tiempo. Él, al advertirlo, me preguntó:

—¿Cuándo irá a vernos?

—¿Con qué objeto?

—Con el de pronunciar una conferencia ante nuestros socios.

—¿Les faltan conferenciantes?

—No es eso; sin embargo...

—¿Y qué hace usted?

—Suelo hacer la presentación o digo unas palabras al final.

Vi acercarse a la señora Sara y dije a mi interlocutor:

—Discúlpeme, debo hablar con esa señora.

—¿Cuándo irá usted?

—¿Adónde?

—A dar la conferencia.

—Confeccione un programa a base de presentación y palabras finales

exclusivamente.

Los modestos ojos de la señora Sara brillaban bajo un pañuelo nuevo. Grandes son los *saddiquím* aun después de su muerte. El libro de su abuelo, el Gran Rabino, al cabo de tantos años, le había proporcionado un pañuelo nuevo.

Me incliné ante ella y le pregunté cómo estaba. Durante toda mi vida, me he movido entre los grandes de este mundo y con frecuencia he olvidado inclinarme ante ellos. Pero al encontrarme frente a esta dama, mi cabeza se inclinó sola.

—¿Qué noticias tiene de allá? —me preguntó la señora Sara—. ¿Están contentos de que les haya mandado el

libro?

No tuve valor para confesarle que no lo había enviado aún y me inventé una historia de un pionero y una pionera que se encontraban lejos del judaísmo, aunque no realmente lejos, pues en la tierra de Israel no hay quien obre mal, pero sí estaban lejos en espíritu. Cuando le llegó a la mujer la hora de dar a luz, el marido pidió el libro. Al principio, el director de la casa de Maternidad, un hombre muy astuto, fingió no querer dárselo. «¿Cómo voy a dejaros el libro a vosotros? Los que piensan como vosotros no deben ser personas gratas a su santo autor». El pionero se comprometió a cambiar de ideas y su

esposa hizo lo propio, y entonces recibieron el libro en préstamo. Y es de suponer que han cumplido su promesa, pues las gentes de hoy hacen honor a su palabra.

Lo que yo le dijera no importa. ¿Qué importancia pueden tener las palabras que uno se inventa? Lo importante son las palabras de la señora Sara, que dijo:

—Estoy segura de que el libro de aquel santo varón llevará a muchos corazones por el camino del bien.

De regreso al hotel, me decía a mí mismo: «Tendré que mandar el libro, para que la buena señora no se entere de que me invento historias».

—¿Tiene papel grueso y cordel? —

pregunté a Krolka.

—Cordel, sí; pero sobres, no. Teníamos un sobre grueso; pero el señor extendió las pasas encima, para hacer el vino de Pascua.

Salí a comprarme papel.

Faltaba poco para la oración de la tarde y el rabino había salido a pasear. Llevaba las manos a la espalda y el bastón arrastrando.

—¿Se encontró con mi hijo? —me preguntó.

—Sí; me encontré con él.

—Ya sabía que se habían visto —me dijo—; pero me refería al encuentro espiritual. ¿Qué le parece? ¿Verdad que es un gran escritor?

—No he leído nada suyo —
respondí.

—Si no lee usted sus artículos, ¿quién va a leerlos? Nosotros sólo leemos el Talmud. ¿Para quién escribe, entonces?

—Quizá para el pueblo —aventuré.

—La gente del pueblo haría mejor en aprender primero *La vida de los hombres* o el extracto de la *Mesa preparada* y entonces sabrían lo que se les exige. ¿Por qué no se deja ver por mi casa?

Le prometí ir a verle.

—¿Cuándo?

—Mañana.

Que Dios me perdone, pero no

cumplí mi promesa.

Anocheecía ya cuando me separé del rabino. Se ocultó el sol y la luna no salió. Antes, a estas horas, solían salir a pasear los jóvenes, chicos y chicas, y un hombre que llevaba al hombro una escalera de mano iba de un extremo al otro de la ciudad encendiendo los faroles; los chicos miraban a las chicas a los ojos y ellas bajaban la cabeza; en la calle había un gran bullicio, pues todos se querían y se alegraban de verse. Y tenían motivos para alegrarse, pues daba gusto verlos e iban bien vestidos. Ahora que los faroles están rotos, el petróleo escasea, el hombre de la escalera de mano ha desaparecido y

el empedrado deja mucho que desear, casi no se ve a nadie por la calle. Me pregunto si en estos momentos habrá alguien más, aparte de Ignaz y de mí.

Al verme, murmuró con su voz gangosa:

—*Maos...*

—Cambia usted sus costumbres, Ignaz —le dije—. Cierta día empezó a decir *Maos* en lugar de *Peniendze* y ahora ha dejado ya de decir *Peniendze*.

—¿De qué me serviría decir *Peniendze* si nadie me da nada? Nosotros tenemos un refrán que viene a decir, más o menos: «¿De qué me sirve ser polaco, si no me dejan entrar a ver al príncipe?».».

Yo me dije para mis adentros: «Éste es Ignaz, al que todos acusan de falsedad. Veamos lo que hay de cierto en ello».

—¿Qué opina de la gente de nuestra ciudad? —le pregunté.

—Que todos son unos mendigos —me respondió él, y, mirando la moneda que yo acababa de darle, añadió—: Créame, señor, ésta es la primera moneda que me han dado esta mañana. Voy a comprarme pan.

—¿Y quién le unta el pan? —pregunté—. ¿El abad?

—El hambre —respondió Ignaz.

—Pues que le aproveche.

Me fui a mi hotel y cené.

Volvía a estar allí el anciano que había sido dueño de muchos campos en el pueblo y de muchas casas en la ciudad y que de todas sus riquezas no conservaba más que deudas, y sus acreedores le exigían el pago. Dos veces había tenido ya que jurar sobre la Biblia ante un tribunal y ahora querían hacerle jurar otra vez.

Levanto la vista de la llave y miro al anciano. Tiene delante un vaso de té que la patrona le ha servido por compasión. A pesar de que el té está ya frío, el anciano sopla en el vaso de vez en cuando. A su lado se sienta un hombre que no conozco y que le dice:

—Vivía aquí un talmudista al que

cada vez que obligaban a prestar juramento lo hacía como el que cumple un Mandamiento y se lavaba las manos diciendo: «Estoy dispuesto a cumplir el Mandamiento y a jurar la verdad».

El anciano bebió un sorbo de té y respondió:

—Ése prestó juramento conforme es debido, pues querían sacarle dinero que no les pertenecía; pero yo sé que estoy en deuda y al prestar juramento de que no lo tengo es como si jurase en vano, pues todo el mundo lo sabe.

—Entonces, ¿qué piensa hacer? —le preguntó su interlocutor.

—Sólo puedo confiar en mi Padre Celestial —dijo el anciano, levantando

las manos—. Espero que se lleve mi alma antes de que llegue el momento.

El otro lanzó un suspiro y murmuró:

—El Altísimo, alabado sea, se mostró compasivo con sus criaturas al concederles la muerte.

Los dos suspiraron y lloraron.

CAPÍTULO LVII

Al otro lado del Sabbath^[*]

Al salir del hotel para ir a la sinagoga, encontré al pequeño Rafael echado sobre un montón de paja, a la puerta de su casa. El sol de Szybuszcz no entra en las casas de los pobres y cuando la señora Bach quiere que su hijo lo tome tiene que sacarlo a la calle.

Rafael le ríe al sol y hace como que lo coge con la gorra y se lo guarda; hacía meses que no veía el sol y ahora juega con él.

Hubiera preferido pasar sin que el niño me viera; en primer lugar, porque quería ir a la sinagoga y, en segundo lugar, para no estorbar su juego. Al verme, él agitó las manos. Cuando vi aquellos deditos tan flacos a la luz del sol, mi corazón se llenó de piedad y me senté a su lado en silencio. También el niño guardó silencio.

«No puedo quedarme aquí sin decir nada», pensé. Así que le pregunté si tenía calor. Y él me contestó:

—Sí, yo tengo calor. ¿Y usted?

—Sólo hay un sol y a todos calienta por igual. Si tú tienes calor, ¿por qué no voy a tenerlo yo?

—Porque usted viene de la tierra de

Israel, donde el sol calienta el doble.
Por eso estoy seguro de que a usted este
sol de aquí no le basta.

—Uno se acostumbra —dije.

—Creí que el que había vivido allí,
aquí debía sentir frío.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—No sabes por qué y, sin embargo,
lo dices.

—Bueno, lo sé, pero no sé si usted
me entendería si se lo explicara.

—A ver, explícamelo.

—Explíquemelo usted.

—¿Qué quieres que te explique, si
no sé de qué se trata?

—Entonces voy a preguntarle otra

cosa: ¿Qué es más bonito, aquello o lo de más allá?

—¿Qué es aquello y qué es lo de más allá, Rafael? Quizá quisiste decir aquello o esto, es decir: la tierra de Israel o Szybuscz.

—Ayer leí un libro que hablaba del río Sabbation, de las diez tribus y de los hijos de Moisés, y ahora le pregunto: ¿qué es más hermoso, aquello o la tierra de Israel?

—Lo que preguntas lleva en sí la respuesta. La diez tribus y los hijos de Moisés no desean otra cosa que llegar a la tierra de Israel, y si el Altísimo, alabado sea, no les hubiera cerrado el paso con el río Sabbation, hubieran

llegado rápidamente. Pero el río es rápido y caudaloso y sus aguas arrastran peñascos durante toda la semana. El Sábado se amansa, mas ellos no pueden cruzarlo pues son gente piadosa que santifica la fiesta. ¿Y tú preguntas qué es más bonito? ¡La tierra de Israel, sin duda alguna!

—Pensé que como allí no pesaba sobre el pueblo el yugo de tierras extranjeras ni la servidumbre bajo los reyes, por eso debía ser más bonito.

—Tienes razón; no pesaba sobre ellos el yugo de los extranjeros ni el despotismo de los reyes; pero no gozan de la alegría de la patria que sólo encuentran en la tierra de Israel.

—¿Es verdad que no están sujetos al yugo de los extranjeros? —preguntó el niño.

—¿Es que no has leído el libro?

—¿Y los pueblos extranjeros no les tienen envidia?

—Claro que les tienen envidia, y por eso les hacen la guerra.

—¿Y qué hacen ellos?

—Se defienden.

—¿Igual que los de aquí?

—¿Qué quieres decir?

—¿Igual que los de nuestra ciudad, cuando vinieron los cristianos extranjeros y se mataban unos a otros?

—¿Cómo puedes comparar a los hijos de Moisés, nuestro maestro, con

los pueblos extranjeros? —le dije, acariciándole la mejilla—. Ellos son santos y puros. ¡Dios nos libre de que derramaran sangre y se mancharan las manos!

—Entonces, ¿qué hacen cuando los demás les declaran la guerra y quieren matarlos? Sus enemigos los matarán si ellos no los matan antes.

—Es que tienen unos sables imantados que le arrancan al enemigo las armas de la mano. Y cuando el enemigo ve que se ha quedado sin armas echa a correr. Y si no consigue escapar se arrodilla ante el príncipe y le dice: «Mi vida está en tus manos, Señor. Haz conmigo lo que yo quise hacer contigo».

Entonces el príncipe, levantando los brazos al cielo, responde: «Que Dios se apiade de tu dolor y te lleve por el buen camino».

—¿De dónde han sacado los sables?
—me preguntó Rafael.

—Es un secreto que sólo se revela a los justos.

—¿Vio usted alguna vez a alguien de allá?

—Yo no. Pero unos beduinos me lo han contado.

—¿Y no los ha visto ningún judío?

—Ninguno, que yo sepa.

—Entonces, ¿han conseguido los beduinos algo que los judíos no han podido alcanzar?

—Algunos habrán llegado; pero el que tiene la suerte de llegar, ése ya no vuelve. ¿Tú volverías?

—Entonces, ¿por qué volvieron los beduinos?

—Los extranjeros que no observan la Ley no pueden vivir allí. Otros sienten nostalgia de su pueblo y regresan a él, como el príncipe de que te hablé, que llegó hasta allí durante la guerra contra los turcos. ¿Te acuerdas de la historia que te conté bajo el árbol?

—Pero aquel príncipe estaba con los judíos de Khaiber, no con los hijos de Moisés.

—Tienes razón. Entonces te contaré la historia del árabe que vivió con los

hijos de Moisés. Yo lo vi en Jerusalén; amaba a Israel y se inclinaba ante cada uno de los hijos de Israel. Y es que todo extranjero que es admitido entre los verdaderos judíos deja de odiar a Israel y se convierte en su defensor.

Mientras hablaba, se acercó a nosotros el padre del niño.

Daniel Bach estaba contento. En primer lugar, porque es un hombre de carácter alegre y, en segundo lugar, porque ha recibido carta de su padre. ¿Qué decía su padre?

—No habla de sus diferencias con sus compañeros de rezo de Ramat-Raquel ni de las tumbas de los santos rabinos ante las que ha ido a postrarse.

¿De qué habla, entonces? De viñas y de pollos, de vacas y plantaciones; cuánta leche de vaca y cuántos huevos ponen las gallinas. Si no conociera la letra de mi padre, diría que la carta la ha escrito otra persona. ¿Qué tiene que ver mi padre con las aves de corral, las vacas y las plantaciones? Ahora comprendo por qué algunos hablan mal de la tierra de Israel. Si este buen viejo que pasó su vida dedicado a la oración y al estudio reacciona así, ¿cómo van a reaccionar los jóvenes que viven continuamente alejados de la Doctrina y de los rezos?

Sara Perle salió de la casa. Al verme allí, me dijo:

—¿Dónde estuvo todo este tiempo?

Me parece que no le había visto desde la víspera de la fiesta de Pentecostés.

Le hablé de mi viaje al pueblo y de los jóvenes con los que había pasado las fiestas. Me alegré de no haber hablado de ellos a Yerujam Freier, pues cuando se refiere una cosa por segunda vez ha perdido ya gran parte de su sustancia.

Daniel Bach ya había oído hablar de los jóvenes que han abrazado el oficio de labradores; pero no le merecen una gran opinión.

—Si no conociera a sus padres, quizá me impresionaran más —dijo Daniel Bach—. Como conozco a sus padres, los hijos no me causan tan gran impresión.

Pero no quiere influir en mi opinión.
Allá cada cual con sus ideas.

A mí me produjeron gran satisfacción aquellos jóvenes y los días que pasé en su compañía. Que Dios no me tenga en cuenta el que por su causa dejara el estudio varios días y aún hoy no lo haya reanudado.

—¿Hay niños que hayan ido hasta el río Sabbathon? —me preguntó Rafael.

—¿No te he contado la historia de Rabbí Lebenslicht que la víspera del Sábado al anocheecer encontró a uno de los hijos de Moisés, se lo guardó en el bolsillo y se olvidó de él? Por la noche, mientras rezaba en el templo, oyó una vocecita que le salía del bolsillo y

decía: «Amén. Sea por siempre alabado su Santo Nombre».

—No es eso lo que yo pregunto — dijo Rafael—. Es otra cosa: ¿Hay niños que hayan ido allá?

—Espera, Rafael —le respondí—, déjame pensar.

—¿Por qué me dice siempre: «déjame pensar»? —preguntó Rafael.

—En primer lugar, porque no se debe contestar inmediatamente, pues uno tiene que preparar sus palabras, para que suenen bien al interlocutor. Y, en segundo lugar, uno olvida las cosas, pues las distracciones debilitan la memoria. Ahora sí, ahora recuerdo. En Jerusalén hay un niño que fue al río

Sabbation y regresó. Escucha bien, porque voy a contarte cómo llegó hasta allí y qué consecuencias tuvo su regreso.

»El padre de este niño se mandó hacer unas botas para su boda. El novio preguntó al zapatero si aquellas botas le durarían o se romperían en seguida. El zapatero le respondió: “Con ellas podrías hasta cruzar el río Sabbation”. El novio tomó buena nota.

»Después de la boda, repitió a su esposa lo que le había dicho el zapatero. Y ella le dijo: “Ya veo que quieres ir al lugar donde se encuentran las diez tribus. Estoy segura de que llegarás, pues ese zapatero es uno de los treinta y seis justos y lo que él dice no son

palabras huera”. Él le dijo: “Si tienes un hijo, ponle Janok, en memoria de Rabbí Janok, el zapatero, y cuando cumpla la edad de ceñirse las filacterias manda que le escriban el *Tefilin*^[*] y haz que se ponga en camino. El Altísimo, alabado sea, le guiará hasta mí”. El hombre se levantó del lecho, tomó el manto y las filacterias, besó la bolsa con las oraciones que estaba colgada del marco de la puerta y se puso en camino. Anduvo y anduvo hasta que llegó a la orilla del Sabbath. Al ver la impetuosa corriente se asustó y dijo: “¿Cómo voy a cruzar ese torrente?”. En aquel momento, sus pies se levantaron del suelo y de un salto lo pusieron sano

y salvo en la otra orilla, donde se encontró con los hijos de Moisés.

»Cuando los hijos de Moisés vieron el prodigio comprendieron que se trataba de un hombre muy justo, ya que le había sido permitido llegar hasta ellos, pues ningún mortal lo había conseguido, exceptuando a Rabbí Meir, el maestro de los *Cantos de Entrada*, Rabbí Lebenslicht y dos o tres más. Se acercaron a él y le hallaron lleno de sabiduría y santidad. Lo acogieron amistosamente y en su honor ofrecieron una comida. Durante la comida, les habló de la Doctrina y ellos vieron que sus conocimientos eran profundos. Erigieron para él una escuela y desde

entonces el hombre sólo interrumpía el estudio para dedicarse a la oración.

»Un día, al doblar la rodilla durante la Acción de Gracias, las filacterias se engancharon en su zapato y se rompieron. Después de la oración, al pensar en el incidente, pasaron por su mente todos los hechos que le habían acaecido durante los últimos tiempos. Hacía ya más de diez años que se había despedido de su esposa y si ella le había dado un hijo, éste estaría ya en edad de cumplir los Mandamientos. Pero, para no distraerse del estudio, desechó estos pensamientos.

»El primer día de la fiesta del Año Nuevo, cuando se acercó al río para

rezar “Arroja de ti”, vio en la orilla a un muchacho del pueblo de Israel y le dijo: “¿Eres tú mi hijo Janok?”. Y el muchacho respondió: “Soy tu hijo Janok, padre, y he hecho lo que mandaste a mi madre”. El padre se quitó los zapatos y se los arrojó a su hijo para que se los pusiera y pudiera cruzar el río. Pero las manos del padre estaban cansadas y las manos del hijo eran pequeñas y los zapatos cayeron al agua. El hijo no pudo reunirse con su padre ni el padre pudo reunirse con su hijo, pues había perdido sus zapatos. Y se quedaron uno a cada orilla del río. Entonces dijo el padre: “¿Qué puedo hacer por ti, hijo mío? El Altísimo, alabado sea, lo ha dispuesto

así. Vuelve a Jerusalén y estudia la Doctrina y cuando llegue el tiempo y venga el Mesías, yo volveré a vuestro lado con todos nuestros hermanos, los hijos de Moisés y con las diez tribus”. El hijo volvió a Jerusalén, a casa de su madre, estudió mucho y enseñó en Israel».

CAPÍTULO LVIII

De la lluvia que no cesa

Al principio, leía los tratados del Talmud más de una vez. Ahora ya no lo hago, pues paso poco tiempo en la sinagoga y mucho en el campo y en el bosque. Si hace sol, me baño en el río. El agua tiene la facultad de estimular el interior del hombre y devolver a su cuerpo el vigor juvenil, y mucho más si es el mismo río en el que uno se bañó siendo niño. El agua en la que entonces me bañaba ya se perdió en el mar y los

peces se la bebieron. Pero el río es el mismo. Es cierto que cuando yo era niño había muchas casetas de baños y hoy no se ve ya ni una. Antes, cuando en nuestra ciudad la gente iba bien vestida necesitaba un lugar limpio para dejar la ropa; ahora que todo el mundo va tan raído la ropa se deja en la orilla.

A propósito de la ropa debo decir que me he hecho un traje y me he comprado unos zapatos. Cuando salí a la calle, todos me miraban. Pensarás que me tenían envidia; pero no, a quien envidiaban era a aquél a quien había dado mi traje viejo. La ciudad estaba sumida en la mayor miseria. Una vez tiré una caja de cigarrillos vacía y al

momento un padre de familia se arrojó sobre ella y la cogió. ¿Por qué? Porque pensaba ponerla en su mesa y utilizarla como salero.

No todos los días hace buen tiempo ni todos los días son apropiados para el paseo o para el baño en el río. En Szybuszcz hay días en los que llueve sin cesar y toda la ciudad se llena de barro y no se puede andar. Y como no puedes pasar el día encerrado en el hotel o en la sinagoga y sientes deseos de hablar con alguien, recuerdas la promesa que hiciste a éste o al otro y decides cumplirla y le haces una visita.

¡Y a quién no había yo prometido visitar! No había en toda la ciudad una

persona que no me hubiese invitado a ir a su casa. No por amor al forastero, sino por aburrimiento. La ciudad es pequeña, no hay en ella mucha actividad y a todos les gusta distraerse charlando. Y como no sabía a quién ir a ver, decidí ir a ver a Schuster. En primer lugar, porque se lo había prometido y, en segundo lugar, para complacer a su esposa, quien había dicho que para ella valía más una hora de charla conmigo que todos los días de su vida.

Sprinze estaba sentada en el sillón que Schuster había traído de Alemania. A sus pies estaban los dos bastones en los que se apoya para ir de la cama a la mesa y de la mesa a la cama. Y es que

Alemania le quitó las fuerzas y le secó los pies, y sin los dos bastones no podría dar ni un solo paso. La puerta de la calle estaba abierta. En el dintel, había una palangana de cobre que contenía unas hierbas puestas a secar al sol. Son las hierbas con las que Sprinze llena su pipa y se hace infusiones. Son un elixir para su corazón y un bálsamo de vida para su alma. Y es que estas hierbas crecen a la puerta de su casa y cobran vida en el mismo lugar en que la cobró Sprinze. Por ello, al aspirar su aroma, uno se siente revivir y tiene la impresión de haber vuelto a la casa en que nació. Y aunque la casa haya sido destruida y ahuyentados sus habitantes,

las hierbas no la abandonan. Podrán arrancarlas, pero ellas volverán a brotar. Y es que así son las hierbas, mi bienhechor, que aman el lugar que les infundió la vida. Son como los hombres, sólo que los hombres abandonan el lugar en que nacieron y ellas no, y cuando las arrancas aún te sirven de medicina.

—Si todavía no se lo he contado, siéntese, mi bienhechor, que se lo voy a contar. Mi abuelo, que en paz descansa y nos sirva de mediador en el Más Allá, era mozo de cuerda, igual que sus padres y que los padres de sus padres e igual que mi padre, que en paz descansa. Sepa usted, mi bienhechor, que yo desciendo de una familia de gente muy

sana que preferían acarrear paquetes que clavar alfileres en la tela, como los mosquitos clavan su aguijón en la carne. Si yo le hablara de la fuerza y el vigor de mi familia, usted me diría: «¿Cómo es posible que sea usted tan enfermiza, Sprinze?». Pero no nos salgamos de la cuestión y volvamos a lo de mi abuelo. Mi abuelo, que en paz descansa, era mozo de cuerda y, como todos los mozos de cuerda, no despreciaba una copita de licor cuando tenía algunas monedas en el bolsillo, pero también y sobre todo, cuando no las tenía; pues entonces le asaltaban las preocupaciones y para ahuyentarlas no hay como una copita de licor.

»Por aquel entonces había en la ciudad muchas tabernas. Si iba por esta calle se encontraba delante de una taberna, si iba por la otra, también. En resumen, fuera por donde fuera siempre se encontraba delante de una taberna, sin contar la gran bodega central que se hallaba en el centro de la ciudad y en la que se despachaba toda clase de vinos y licores. Mi abuelo, que vivía en paz con todo el mundo, entraba en casa del uno y en casa del otro. Y es que debe usted saber que mi abuelo fue siempre un hombre muy activo y trabajador. Y cuando entraba aquí o allá bebía una o, mejor, dos copas, una para limpiar el intestino y la otra por gusto. Y otras

veces sólo entraba para beber. Y no digamos antes de la comida, para acompañar los alimentos. Porque la comida sin bebida es, con perdón, como una muchacha embarazada sin techo y sin las bendiciones de un rabino.

»Con el tiempo, mi abuelo empezó a toser con una tos ronca y profunda. Mi abuela, que en paz descansa, le decía: “Elías, ¿por qué no dejas el licor?”. Él se enfurecía y le respondía: “¿Y qué voy a beber? ¿Agua de hierbas como tú?”. “¿Y por qué no?”, decía ella. Él se enfadaba más aún al ver que ella, una simple hormiga, se comparaba a él, un castillo de hombre.

»Una calurosa tarde de sábado mi

abuelo estaba sentado a la puerta de su casa, pues se encontraba ya muy enfermo para ir a la sinagoga y escuchar la lectura de la *parashá* de la semana de labios del rabino y, por otra parte, hubiera molestado a los otros fieles con su ejem, ejem, ejem. Vio volar una abeja y se la quedó mirando complacido, pues a pesar de su mal genio el abuelo era un hombre dulce por naturaleza. Mientras oía zumbiar a la abeja, pensó: “Me gustaría saber qué andará buscando aquí ésa”. Lo pensó una, dos y hasta tres veces. Mi abuelo no entendía el lenguaje de las abejas, y aquella abeja no entendía lo que hablaban los hombres. De ello podría deducirse que los deseos

de mi abuelo no quedaron satisfechos; pero yo le aseguro, señor mío, que el que profundiza en las cosas siempre acaba por averiguar lo que le intriga. Y vale la pena que escuche usted cómo acabó la cosa y cómo mi abuelo descifró el enigma.

»Veamos: mi abuelo está sentado a la puerta de su casa mientras la abeja revolotea a su alrededor, libando en la hierba. Mi abuelo piensa: “Me gustaría saber qué está chupando ésa”. Lo dijo una, dos o tal vez tres veces. Y es que mi abuelo, que en paz descansa, no se fiaba del entendimiento humano; siempre dudaba que los demás interpretaran correctamente sus palabras a la primera,

y del mismo modo que dudaba de los demás dudaba también de sí mismo y repetía todas sus frases aunque hablara consigo mismo. Pero en este caso, por más que repitiera, no le servía de nada, pues la abeja no podía contestarle.

»Muchas veces, el entendimiento ayuda al hombre más que las palabras. De pronto, se le ocurrió que la abeja había sido creada principalmente para producir miel y que a la abeja no le gusta malgastar el tiempo, sino que todo lo que hace tiene una finalidad. Por lo tanto, pensó mi abuelo, ¿cuál es la finalidad de la abeja? Evidentemente, hacer miel. Así que mi abuelo no tardó en llegar a la conclusión de que la abeja

extraía miel de la hierba, y puesto que la miel es dulce, la hierba debía ser dulce y el brebaje que la abuela preparaba con ella debía ser dulce también, y si no era lo bastante dulce podía añadirse azúcar, como hacen las abejas, que chupan el azúcar a la puerta de las tiendas. Mi abuelo cambió de actitud.

»Y ahora, amigo mío, viene la parte más importante de la historia. A la hora de la tercera comida, mi abuelo empezó a toser de un modo espantoso, ejem, ejem, ejem, y dijo a mi abuela: “Sprinze, quiero beber algo, ¿sabes dónde está mi botella?”. Mi abuela, aunque de corta estatura, era larga en entendimiento. Comprendió en seguida que mi abuelo

se refería a una bebida que no era licor, pues su botella estaba en el sitio acostumbrado, bien a la vista. Y como conocía el genio de su marido y sabía que si le ofrecía una taza de agua de hierbas se pondría furioso con ella, la abuela guardó silencio y luego suspiró. Él le preguntó: “Sprinze, ¿por qué suspiras así?”. “Yo también tengo sed, pero vinieron visitas y se bebieron todo el té, sin dejarme ni una gota”. “Si es eso lo que te hace suspirar, en un momento rezo la bendición para despedir al Sábado y en seguida puedes hacerte un caldero de hierbas”. “No merece la pena encender el fuego, echar el agua y hacer tantos preparativos para

beber yo sola”. “¿Quieres que invite al profeta Elías para que venga a beber contigo?”. “Si este Elías (refiriéndose a mi abuelo, que así se llamaba) no bebe de mi agua, ¿va a bebería el profeta?”. Mi abuelo repuso: “Si yo soy el obstáculo, no tengo inconveniente en beber unas gotas de tu agua”.

»En resumen, amigo mío, terminada la *Habdala*^[*], mi abuela fue a encender el fuego. El abuelo, ágil como un muchacho, cogió el hacha y le partió leña. ¿Para qué voy a contarte? El abuelo bebió un vaso, luego otro y luego un tercero y si no fuera porque temo que me llame exagerada le diría que se bebió hasta cuatro vasos. Desde aquel

día, en casa del abuelo no volvió a entrar el licor y el abuelo no volvió a entrar en las tabernas, sino que se quedaba en su casa, con su mujer, tomando té. Y si hubiera adquirido este hábito en su juventud, todavía viviría. Entonces, dirá usted, ¿por qué no vive todavía mi abuela, ella que siempre bebió té? Bueno, pues yo tuve la culpa de que se muriera. En realidad, cuando ella murió yo no había nacido aún, ¿por qué le digo entonces que yo tuve la culpa? Por aquel entonces mi madre, que en paz descansa, estaba embarazada y siempre estaba discutiendo con mi padre, que en paz descansa, porque él quería que el hijo que iba a nacer se

llamara como el padre de su padre y ella quería que se llamara como el padre del padre de ella. Un día, al oírles discutir, la abuela preguntó: “¿Y si es niña?”. No quería molestarles; sólo quería que se pelearan. Mi padre se enfadó mucho, pues no le gustaban las niñas, y dijo: “Si es niña le pondremos Sprinze, como tú, suegra”. Y mi padre cuidaba siempre que la mentira no asomara a sus labios, y cuando un hombre como él dice una cosa así, el Cielo se ocupa de que se cumpla. ¿Para qué voy a contarle? El mismo día en que yo nací, ejem, ejem, ejem, mi abuelo se fue de este mundo. Así se cumplieron las dos predicciones: la de ella, de que nacería una niña, y la

de él, de que se llamaría Sprinze^[*]».

No cesaba de llover y todo estaba lleno de barro. El hotel se hallaba vacío. Entre dos trenes, apareció el viajante Riegel para comunicar a Babtsche que se había separado de su mujer. Babtsche dijo que había que felicitarle.

—Que tenga mucha suerte —le dijo.

—Espero que me felicite por segunda vez —replicó Riegel.

—Para eso tendría que volver a casarse con su primera esposa —dijo Babtsche.

Riegel sigue su camino y Babtsche sigue el suyo. Y David Moisés sigue escribiendo cartas llenas de amor y de buenos deseos. Cada generación tiene

sus escritores. El rabino escribe sobre la Doctrina, el hijo del rabino escribe sobre el amor a la Doctrina y el hijo del hijo del rabino escribe sobre el amor a secas.

A propósito de escribir, mencionemos a Leibtshe Bodenhaus, que se pasa las noches en vela para poner la Biblia en verso, algo que no hizo Moisés, ya que en sus tiempos no se hablaba el alemán ni se escribía en verso.

Pero no siempre hace uno lo que se propone. Salí del hotel con el propósito de visitar a Leibtshe Bodenhaus y me quedé en la tienda de Zakaryá Rosen. En primer lugar, porque me pillaba de paso

y, en segundo lugar, porque también había prometido ir a verle.

Su tienda es larga, estrecha y oscura. Está en un sótano; pero como es todo lo que queda de la casa, Zakaryá Rosen tuvo que poner en él su almacén de granos y forrajes.

Además de descender de Rav Hay Gaón, quien, a su vez, desciende en línea directa del rey David, Zakaryá está emparentado con todos los grandes de Israel. No hay rabino, *Saddiq* ni personaje con el que no le unan lazos de sangre. Al hablar de ellos, dice: nuestro pariente, el gran rabino, o nuestro abuelo, el *Saddiq*, o nuestro tío, el jefe de la comunidad, o el presidente del

«Comité de los Cuatro Países». Realmente, la satisfacción de que la cadena de oro no se haya roto y alcance hasta nuestra generación, le deja a uno sin aliento.

Desde nuestras discrepancias a propósito de la descendencia de Rav Hay, yo no había vuelto a poner los pies en la tienda de Zakaryá, a pesar de que me había invitado repetidamente a visitarle. Y es que muchas veces una reconciliación provoca una nueva disputa y yo soy un hombre pacífico y me dan miedo estas cosas. Por otra parte, como no iba a verle, él estaba cada día más furioso conmigo y por eso no me atrevía a acercarme por su tienda.

Los que poseen caballos son pocos, y los que poseen un jardín, menos. Zakaryá Rosen está sentado con un libro delante. Lee el prólogo del autor y, de vez en cuando, se anota un nombre en un pedazo de papel. El papel tiene sus ventajas, incluso sobre una piedra funeraria, pues si la piedra es grande y hermosa, los extranjeros la roban y la usan en sus construcciones, y si es pequeña se hunde en el suelo. Con el papel es distinto, pues cuando se hace un libro se difunde por todo el pueblo de Israel y permanece vigente durante generaciones.

Zakaryá Rosen me habla de la magnificencia de la casa de sus

mayores. Frente a él, en un rincón de la tienda, apoyado en la pared, está Yequutiel, su hijo, tapándose los codos con las manos, para que no se vean los agujeros de su chaqueta, pues desde que murió su madre no tiene quien le remiende la ropa. Y es que toda la magnificencia de la casa de sus mayores sólo conservan lo puesto. Zakaryá es viejo y no le da importancia a estas cosas. Su hijo es joven y se avergüenza de los agujeros de su ropa.

Para complacer al padre y congraciarme con el hijo, pregunté a Yequutiel:

—¿Oye lo que dice su padre?

—Sí; lo oigo —dijo Yequutiel,

sonriendo.

Se despertó en mí la compasión hacia este descendiente de grandes señores que no fue favorecido por la rueda de la fortuna y que no sabía si algún día cambiaría su suerte. Sentí pena por los grandes de antaño, acostumbrados a vestirse de finas sedas y a morar en palacios y cuyos hijos vivían ahora en un oscuro sótano, con las ropas destrozadas y, quizá, con los zapatos agujereados y por eso escondían los pies debajo de la mesa.

Para que no creyera que le miraba los zapatos, levanté los ojos y le miré a la cara. Me pregunté si aquella sonrisa que no se borraba de sus labios era una

sonrisa en el vacío o la sonrisa de un príncipe. Si él es un príncipe, ¿dónde está la hija del rey que le está reservada? De todos modos, si le está reservada la hija de un rey, no debe ser de esta ciudad, pues todas las muchachas de aquí han olvidado que son princesas.

Me puse a pensar en las muchachas de nuestra ciudad. Raquel, la hija menor del hostelero, ya está casada; Babtsche, su hermana, se casará con el doctor Zvirn, con David Moisés, el nieto del rabino, con el viajante Riegel o con cualquier otro. Las hijas de Rabbí Jayim: una vive con su hermana casada, otra está Dios sabe dónde. Unos dicen

que huyó a Rusia y otros que está en un pueblo, con unos pioneros que se preparan para emigrar. La pequeña, Sipporá, la que lava la camisa de su padre, es una pequeña mariposa (como su nombre indica) y todavía no está en edad de casarse. Sólo queda una muchacha y se llama Erela Bach. Todo el que quiera bien a sus padres se alegraría de verla casada; pero es mayor que Yequiel Rosen y, por lo tanto, no es adecuada para él. De todos modos, aunque fueran de la misma edad, los dos son pobres. ¿Quién pagaría la boda?

Y voy pensando en las muchachas de nuestra ciudad, en las que conozco personalmente y en las que conozco de

oídas. Todos encontrarán pareja, pero Yequiel seguirá sin mujer y sin hijos y no podrá continuar el árbol genealógico que su padre le ha confeccionado.

Zakaryá Rosen sigue contando. De pronto, le interrumpe la llegada de un cochero que quiere comprar un saco de heno para su caballo.

—¿Desea usted algo? —le pregunta.

El tono de su voz no debe ser del agrado del cliente, quien contesta:

—Sólo quería saludarle.

El hombre da media vuelta y se va.

Zakaryá Rosen dice entonces a su hijo:

—Corre, hazle volver.

El muchacho sale corriendo y al

poco rato vuelve con el cliente. Éste compra el saco de heno para su caballo y paga. Zakaryá da parte del dinero a su hijo y le dice:

—Toma, cómprate un panecillo.

Yequiel cogió el dinero y se marchó alegremente. Y yo también me alegré de que a este príncipe le hubiera llovido del cielo un panecillo.

Cesó la lluvia y salió el sol. Los caminos empezaron a secarse y yo volví a pasear por el campo. A veces entraba en la sinagoga, pero no me quedaba mucho rato; sólo abría la puerta y volvía a cerrarla, para que la llave no se enmoheciera. Y reanudaba mis paseos.

Un día, paseando por las afueras de

la ciudad, llegué hasta la casa de Janok. Oí una grata voz que estaba enseñando a los niños. Me detuve en el umbral de la puerta y vi a Rabbí Jayim, sentado en un montón de sacos, que estaba instruyendo en la Biblia a uno de los hijos de Janok. Le tenía cogido por la barbilla y le explicaba el texto, palabra por palabra.

Yo, que estaba acostumbrado a los silencios de Rabbí Jayim, me quedé asombrado de oírle hablar con tanta minuciosidad:

—Habla alto, hijo, para que tu padre te oiga desde el Paraíso y se alegre de que su hijo aprenda la Doctrina del Dios vivo. Y si se te alcanza comprender nuestra Doctrina, hijo mío, serás un buen

judío. Y tu padre se alegrará desde el cielo. Y tú te alegrarás también. Y nuestro Padre Celestial se alegrará, pues para Él, alabado sea, no hay alegría mayor que la de ver a sus hijos estudiando la Doctrina y cumpliendo sus Mandamientos. Ahora que hemos terminado la sección de la semana, hijo, me gustaría comprobar que no se te ha olvidado el *Qaddish*.

El niño besó la Biblia, la cerró, se puso en pie y recitó:

—«Glorificado y santificado sea el Altísimo».

—Muy bien —dijo Rabbí Jayim—. «En el mundo que Él creó según su voluntad».

—«Según su voluntad» —repitió el niño.

—Y ahora, hijo, dilo todo seguido. ¿Qué estás mirando?

—Hay un hombre.

—Aquí no hay nadie más que nosotros dos y el Padre Eterno. Estás cansado, hijo. Anda, vete fuera.

El niño salió y Rabbí Jayim cogió una muela de mano y empezó a moler cebada. Yo entré en la casa y le saludé. Rabbí Jayim señaló el montón de sacos y me invitó a sentarme. Le pregunté dónde había aprendido a manejar la muela.

—He molido con muelas mayores que ésta —me respondió.

—¿Y qué molía?

—Maná para aquellos piadosos señores.

Se advertía en Rabbí Jayim una gran transformación. No sólo hablaba conmigo, sino que hasta bromeaba. Luego volvió a enmudecer. Me despedí de él y me marché. En primer lugar, para no distraerle de su trabajo y, en segundo lugar, para que pudiera continuar la clase.

El hombre envidia todo lo de los demás. Yo envidiaba a Rabbí Jayim que enseñara a los niños. Pues él se encargaba ahora de la educación de todos los hijos de Janok. De los muertos se dice sólo lo mejor; que Dios no me

castigue por mis palabras: Janok, que en paz descansa, no mandó instruir a sus hijos en la Doctrina, ya que no tenía dinero para pagar a un maestro y, además, no había maestros en la ciudad. Ciertamente, fue una suerte para Janok que Rabbí Jayim se encargara de los huérfanos y les enseñara la Doctrina y el *Qaddish*. Al llegar a este punto de mis reflexiones, me dije: «¡Cuántos niños andan por ahí sin saber la Doctrina!». Los reuniré a todos en la sinagoga y les explicaré una sección de la Torá.

Mentalmente, me vi sentado ante una mesa, rodeado de niños a los que enseñaba los Cinco Libros de Moisés. Las voces de los niños penetraban en

mis oídos, alegrándome el corazón. Y entonces habló mi corazón: «¿Quieres quedarte a vivir aquí? ¿No quieres volver a la tierra de Israel?». Yo hablé a mi corazón: «Erase una vez un *Saddiq* que iba camino de la tierra de Israel. Llegó a un pueblo cuyos habitantes no sabían más que la oración “Escucha, Israel”. Estuvo con ellos siete años y los instruyó en la Biblia, la Mishná, las leyes y los dogmas del Talmud. Al cabo de los siete años, cuando todos eran ya sabios, él siguió su camino a pie, pues había gastado todo su dinero en libros para ellos. Y los caminos de Israel estaban llenos de bandidos y fieras salvajes. Se le apareció un león que se

tendió a sus pies. El viajero se montó en la bestia que lo condujo a la tierra de Israel. Y todos le llamaron el *Hijo del león*».

Mi corazón me dijo: «¿Qué pretendes con esas leyendas? ¡Vuelve a la realidad!». Yo dije a mi corazón: «Hay en Jerusalén un hombre que el sábado recoge a los chiquillos de la calle y los lleva a la sinagoga y allí todos juntos rezan los salmos y, al final de cada Libro, reparte golosinas». Dije a Daniel Bach lo que pensaba hacer y él me respondió:

—Las golosinas podrá encontrarlas; lo que no sé si encontrará es algún niño que desee estudiar la Doctrina.

Aquellos días me invadió la nostalgia de mis hijos. En primer lugar, porque es natural que un padre sienta nostalgia de sus hijos y, en segundo lugar, porque pensé que, de tenerlos a mi lado, podría instruirlos en la Torá. Escribí a mi mujer. Ella me contestó: «Sería mejor que nos fuéramos a la tierra de Israel».

Empecé a pensar en ello y mi corazón se mostró propicio.

CAPÍTULO LIX

Mis comidas menguan

Desde hace unos días se vienen produciendo algunos cambios en el hotel. Krolka me pone la mesa y me sirve una comida frugal. Aquellos platos calientes y nutritivos que infunden vida al que los consume, se han desvanecido.

Es cierto que las comidas ligeras son buenas para el cuerpo y no pesan sobre el espíritu; sólo que aunque comas en abundancia te da la sensación de que te falta algo. En Polonia no ocurre lo

que en la tierra de Israel. En la tierra de Israel te comes un pedazo de pan, unas aceitunas y un tomate y te sientes satisfecho. En Polonia, aunque te comas todo un huerto no se te llena el estómago. Es una maldición que pesa sobre Israel, ya que el pueblo dijo: «Añoramos los pimientos, los melones y los puerros que comíamos en Egipto». Y entonces, el Altísimo, alabado sea, les dijo: «Os enviaré a las tierras de otros pueblos. Quizás allí saciéis mejor vuestro apetito».

Esto en cuanto al desayuno. Algo parecido ocurre al mediodía. La señora de la casa no se acuerda ya de las enseñanzas del médico vegetariano.

Ahora me prepara un plato y me sirve de él durante dos o tres días, hasta que se termina. Si se estropea, me presentan un vaso de leche y un par de huevos. Y lo peor es que incluso para tomar una comida tan frugal tengo que esperar. Al principio, la mujer me pedía disculpas, diciendo que no había podido prepararme un buen guiso porque había tenido mucho trabajo y había ido a casa de Raquel. Al final, ni siquiera trataba de disculparse, pues no le quedaba tiempo para hablar con nadie, estando como estaba todo el día en casa de Raquel.

El hombre puede prescindir de la comida; de lo que no puede prescindir

es de la amistad. El dueño del hotel se sienta, envuelto en su bata larga, con la pipa en la boca, unas veces fuma y otras se frota la rodilla en silencio. Yo le pago la cuenta, él coge el dinero en silencio y lo guarda en una cartera de piel. Ya sé que no tiene nada contra mí, que las preocupaciones que le causan sus hijos y sus dolencias físicas le quitan el buen humor. Pero ¿de qué sirve este razonamiento cuando el corazón pide un poco de alegría?

Desde que la señora de la casa no se ocupa de la cocina, es Krolka quien se encarga de la comida, mientras Babtsche atiende a que los alimentos sean puros.

Babtsche no me es muy simpática y,

por mi parte, tampoco se lo soy. Y como no le soy simpático, no se preocupa de que mi mesa esté bien arreglada y la pone sin esmerarse en absoluto. Muchas veces, no voy a comer para no tener que darle las gracias por sus molestias. Otro, en mi lugar, se hubiera ido a una posada o al hotel de la divorciada. Yo, no. ¿Qué hacer, para no quedarme con hambre? Suplo con fruta lo que le falta a mi alimentación. Al principio, la compraba en el mercado, a la mujer de Janok y, cuando ella no tenía, la compraba a sus vecinas.

Un día pregunté a una de ellas:

—¿Por qué pasas el día en el mercado, si no tienes nada que vender,

comadre?

—¿Y dónde voy a pasar el día? ¿En el jardín de palacio?

Pregunté a otra y me contestó:

—Para que la gente no me mire con suspicacia. Para que no digan: «La señora se va al teatro». Por eso vengo al mercado.

La fruta que hay en el mercado puede estar podrida o pasada y hay que escogerla con cuidado. De todos modos, yo iba a comprar al mercado. En primer lugar, por la costumbre y, en segundo lugar, para favorecer a la mujer de Janok. Un día que en el mercado no encontré fruta que fuera comestible, me dije: «La fruta crece en los árboles de

los huertos. Iré a un huerto y compraré fruta del árbol».

El cristiano al que le compro peras y manzanas no tuerce el gesto ni habla de las cosas que tienen objeto, sino que toma el dinero, te da la fruta y te dice:

—Que le aproveche.

Me parece que conocía a su padre; o quizá fuera su abuelo. Cuando era niño, solía ir a comprarle fruta y él me decía: «Que te aproveche». Al año siguiente, volví al huerto y no lo encontré. Pregunté por él y me dijeron que estaba en la casa. Entré y vi que estaba en cama, enfermo. Entonces me di cuenta de que también los otros pueblos sufren accesos de debilidad.

Desde que como menos paso también menos tiempo en la sinagoga. Tanto si compro la fruta en el mercado o en el huerto del cristiano, tengo que andar de un lado para otro, y me queda menos tiempo para el estudio.

Mientras el hombre está en la sinagoga, no existe para él nada más que la Torá, Israel y el Altísimo, alabado sea. Si uno va al mercado, se olvida de la Torá, ve a Israel oprimido y humillado y hasta el Altísimo, alabado sea, parece estar más lejos y su Gloria no se ve por ninguna parte.

Dejaré de lado a todos los demás cristianos de mi ciudad, tanto a los nacidos en Szybuscz como a los

llegados de otras tierras arrastrados por el viento, y hablaré sólo de Antón Jakubovitz, es decir, Antush Agupovitz, que en su mocedad fue tocinero y ahora, en su madurez, es un gran señor entre los de su pueblo y un hombre muy rico. Su hijo mayor es sacerdote, maestro y catequista; su segundo hijo, teniente; sus hijas están casadas, una con un juez polaco y la otra con un capitán de Caballería, de noble familia. Cuando salí de Szybuszcz para ir a la tierra de Israel, Antón gozaba ya de gran prestigio en la ciudad, tenía buenas relaciones, hablaba el *yiddish*, salpicaba su conversación con citas de la Biblia y se reía de los judíos ignorantes que no

conocían la Torá. Se contaban muchas anécdotas de Antón. Por ejemplo: En la mañana del Día de los Muertos, el *Tis 'á be-Ab*, encontró a un judío que llevaba la bolsa con el manto y las filacterias y Antón le dijo: «Oye cristiano, ¿no sabes que en la mañana del *Tis 'á be-Ab* no se ciñe uno de las filacterias?».

Cuando estalló la guerra y los rusos ocuparon Szybuscz y toda la gente importante huyó de la ciudad, Antón consiguió entablar relaciones con los jefes del Ejército y se convirtió en la mano derecha del comandante en jefe, el coronel Gavriilo Vassilievitch Strachilo. Entre los dos, se apoderaron de los bienes de los judíos, que habían huido y

enviaron a Rusia cuanto pudieron. No había en la ciudad ningún judío que se atreviera a decirle: «¿Qué estás haciendo?». Por otra parte, Antón ayudaba en secreto a los funcionarios polaco-austríacos que se habían quedado sin comida y sin hogar, para que le defendieran si volvían los austríacos. Éstos agradecían sus favores y no prestaban atención a sus actos. También suministraba provisiones al Ejército. Hizo un viaje a Astrakán, para comprar pescado seco para los días del ayuno. Fue también a Odesa y a otros puntos y a dondequiera que iba se hacía pasar por natural del país. En Odesa hablaba en *yiddish* con los judíos; en

Astrakán se decía armenio, y durante el dominio de los ucranianos fue ucraniano. Todos sus viajes fueron muy provechosos para él, y todos los Gobiernos que pasaron por Szybuszcz dieron algo que ganar a Antón. Cuando terminó la guerra y los judíos empezaron a volver a Szybuszcz, Antón los recibió amistosamente, dando a éste un puñado de monedas y prestando al otro un par de marcos. Si alguien le afeaba su conducta, él se justificaba diciendo: «¿Qué iba a hacer yo? Los rusos me amenazaban. ¿Es que no sabéis la especie de fiera salvaje que es Esaú?». Llevado de su buen corazón, compró a éste una casa en ruinas y al otro el solar

donde en otros tiempos se levantara su casa, pagando por ello una suma irrisoria. De este modo, pasó a ser propietario de todo el mercado. Adquirió también una pequeña propiedad en las afueras de Szybuscz, donde se instaló como un gran hacendado. Antes de las fiestas de Pascua oí decir que envió a varios judíos patatas, huevos y remolacha. «Ya lo veis —dijo Pan Jakubovitz—, yo, un piojoso cristiano, hago regalos a los hijos de los judíos ricos que a veces me permitían lamer las ollas».

Los hijos de los ricos judíos que permitían a Antush lamer las ollas no gozan en la ciudad del menor prestigio.

Ya no es como antes, cuando la mayor parte de la población era judía. Sebastián Montag, el ciudadano de más relieve de nuestra comunidad, murió en Varsovia y sus familiares no pudieron trasladar a Szybuscz el féretro que contenía sus restos, para darle sepultura en el panteón familiar. Es cierto que a su muerte se le tributaron grandes honores, que se hizo mención de cuanto el difunto había hecho por el bien de Polonia y que había sido elegido miembro del Sejm; pero también es verdad que, por lo general, no podía asistir a sus sesiones, unas veces por tener rotos los zapatos y otras por no haber comido ni un pedazo de pan aquella mañana. El escaño de

Sebastián Montag lo ocupa hoy un cristiano, un antisemita odioso y vil. Su sustituto es digno de él, lo mismo que los funcionarios de su departamento. ¿Qué le resta en Szybuscz a Israel? Tragar saliva y pagar impuestos. Hay quienes envidian a sus hermanos emigrados. Pero ¿qué encontraron los emigrados que sea digno de envidia? No encontraron dorados pasteles adornados con pasas y almendras. Ni siquiera encontraron un mendrugo. ¿Por qué envidiarlos, entonces? Y los que se fueron escriben sobre Szybuscz como si esto fuera el Paraíso. Quizá Szybuscz sea un paraíso. Si no para los judíos, para los extranjeros.

Cuando Pan Jakobovitz me ve, siempre me acompaña un trecho y se pone a charlar conmigo.

—Por lo menos con usted, amigo mío, puede uno cambiar unas palabras en *yiddish* —me dice—. Los demás judíos han cogido el deje de Viena y ahora hablan medio en alemán.

Y como, según él, conmigo se puede hablar en *yiddish*, sigue hablando. Se lamenta de que la ciudad haya perdido el honor y de que la juventud de Israel viva alejada de su Creador. Según Antón, tanto ellos como sus padres estarían dispuestos a vender al buen Dios por cuatro cuartos, con la particularidad de que a los ojos de los

padres el buen Dios aún los vale y a los de los hijos ya no.

Antush habla el *yiddish* como se hablaba en Szybuscz antes de que sus habitantes huyeran al extranjero y asimilaran el acento vienés. Se vanagloria de sus riquezas y de lo mucho que valen sus hijos.

—El mayor —dice Antón— es un doctor de la Ley, y uno de mis yernos es un gran jurisconsulto y desde primeras horas de la mañana los letrados ocupan su antesala. El profesor Lukashevitz es mi invitado permanente. Va a cenar a nuestra casa todos los sábados y comemos chuletas de cerdo, morcillas y salchichas de hígado. El viejo testarudo

es un tragón y bebe con arreglo a lo que come (¡maldita sea su estampa!). Puede beberse (¡así reviente!) todo un barril de vino cristiano sin emborracharse.

Además del tal Lukashevitz, frecuenta también la casa de Antush el coronel ruso Strachilo, que fue comandante en jefe de Szybuszcz durante la ocupación rusa. Después de recorrer medio mundo, atravesando Siberia y América, ha vuelto a Szybuszcz. Es un hombre viejo, alto, delgado, erguido, de enhiesto bigote, y camina apoyándose en un bastón. Los tiempos han cambiado desde que Antush le servía como esclavo. Ahora, Antush es el amo rico y poderoso, y el coronel Strachilo percibe

de él una renta demasiado pequeña para vivir de ella y demasiado grande para morir. Pero Strachilo no protesta, pues sabe que el que tiene el poder en sus manos puede hacer lo que le plazca. Dos veces al mes, viene a Szybuszcz el segundo hijo de Pan Jakobovitz, para visitar a su padre y probar los guisos de su madre. Y cuando él viene, acuden a visitarle el coronel Strachilo, el profesor Lukashevitz y otros dos o tres caballeros. Y, juntos, comen y beben y ríen y traman cosas malas para los judíos. Pero en descargo de Antón hay que decir que él no interviene en el conciliábulo, sino que les dice: «Dejad en paz a los judíos y tened compasión de

ellos. El alma bien quisiera salirseles del cuerpo; y es que no les quedan fuerzas ni para matar a un piojo».

Pan Jakobovitz ha dicho una gran verdad. El alma de los judíos de Szybuscz bien quisiera salirseles del cuerpo y ya no les quedan fuerzas para nada. Primero vino la guerra y los arrancó de su suelo y ellos no han podido volver a echar raíces en ningún otro sitio. Luego les quitaron sus muebles. Luego les quitaron el dinero. Luego les quitaron las casas. Luego les quitaron los medios de subsistencia y, por último, les obligaron a pagar impuestos. ¿De dónde van a sacar las fuerzas los judíos?

Daniel Bach se apoya en su bastón y en su pata de palo. Hace meses que nadie va a comprarle madera y que nadie llama a su mujer a un parto. Y aún tiene en casa otro motivo de disgusto: su hija. Erela gana lo suficiente para vivir, sí, y da dinero a sus padres; pero está en edad de casarse y no hay marido en perspectiva para ella. Al principio, todos creíamos que se casaría con Yerujam Freier; pero Yerujam fue y se casó con Raquel. También a aquel comerciante que se declaró en quiebra y que todos creíamos que iba a hacer fortuna le han salido mal las cosas. Le está fustigando el abogado del viajante Riegel, el mismo que ayudó a éste a

librarse de su mujer. Ha confiscado la mercancía a la esposa del comerciante y temo que la mujer vaya a parar a la cárcel. La tienda está cerrada y nadie sale ni entra. Después de sacar con todo sigilo la mercancía, las autoridades mandaron sellar la puerta con arcilla, no fueran a creer que la tienda estaba cerrada por un fausto motivo. Esta tienda está cerrada. Pero en las que están abiertas tampoco hay clientes. Y si no hay clientes no se traen nuevas mercancías. Y si no se traen nuevas mercancías, Judá no tiene trabajo. Judá es el que transporta los paquetes desde Lemberg.

El viajante Riegel volvió a la ciudad

y nuevamente se hospedó en nuestro hotel. A juzgar por los rumores, no hizo caso del consejo de Babtsche y no volvió a casarse con su antigua mujer. Y, a juzgar por las apariencias, no le pesa no haberlo hecho. Habla poco con Babtsche y lo poco que dice no hace latir el corazón. Babtsche lo nota y trata de darle conversación; él saca la pitillera, enciende un cigarrillo y le contesta con la mayor tranquilidad. Y esto, amigo, es amargo para Babtsche. Pero Riegel finge no advertir su irritación y mira al reloj, como hacemos tú y yo cuando queremos librarnos de alguien, yo de ti o tú de mí.

Los tiempos cambian y los

corazones cambian con los tiempos. Si Riegel hubiese seguido dedicando a Babtsche las mismas atenciones que antes, tal vez hubiera conquistado su corazón. Pero Riegel ya no piensa en ello, pues mientras uno está casado desea a las otras; pero en cuanto se ve libre se da cuenta de que también puede vivir sin mujeres.

Riegel está sentado con un vaso delante y la pitillera encima de la mesa. La pitillera, amigo mío, lo mismo que la caja de cerillas, es de plata, con sus iniciales grabadas. Tal vez sea un regalo del jefe o un regalo del propio Riegel. Lo cierto es que lo ha transformado en otro hombre. Ya no piensa en ir a la

cocina a buscar una brasa y charlar con la señora Sommer, ni pide a Sommer que le dé lumbre. Y si nosotros fuéramos de los que hacen suposiciones, ahora supondríamos que en estos momentos no está pensando ni en el padre ni en la madre de Babtsche. ¿En qué piensa, entonces? Es fácil decirlo, pero difícil suponerlo.

Krolka entró en el comedor, se acercó a Riegel e, inclinando la cabeza, preguntó en voz baja:

—¿Desea el señor otro vaso?

—Vuelve a tus pucheros, Krolka — le dijo Babtsche—. Si el señor Riegel desea algo, yo se lo traeré. —Y, endulzando el tono, preguntó al hombre

—: Si quiere tomar algo más, en seguida se lo traigo, señor Riegel. —Y se quedó mirándole fijamente.

No oí lo que Riegel respondió a Babtsche, ni tú tampoco, amigo, pues en aquel momento apareció Ignaz, que venía a pedir limosna al viajante. A pesar de que Ignaz no tiene nariz, huele a todos los forasteros que llegan a la ciudad y no deja que se le escape ni uno sin pedirle *peniendze*.

Sommer se apoya en su bastón y se pone en pie. Hace rato que está pensando en ir a la cocina, para preguntar a Krolka cómo está Raquel. Su esposa había ido a verla hacía varias horas y todavía no había vuelto.

Sommer vuelve a sentarse, con la pipa entre los labios. Así se pasa Sommer las horas y los días, desde la oración de la mañana hasta la hora en que, ya acostado, reza el «Escucha, Israel».

Vamos a interesarnos por el estado de Raquel. Quizá Krolka sabe algo más de lo que ha dicho a Sommer. Krolka, lanzando un suspiro, me dijo:

—¿Qué quiere que le diga? La señorita Raquel está pasando un mal embarazo.

Como Krolka había terminado ya su trabajo en la cocina, se puso a contarme cosas que yo ya sabía, que si todo el mundo pensaba que el señor Yerujam

Freier, el marido de la señorita Raquel, se casaría con la señorita Erela Bach, la maestra, ella tan inteligente, la hija de nuestro vecino, el señor Bach, que, por la voluntad de Dios Nuestro Señor, perdió una pierna, y ahora, porque la señorita Raquel le echó el ojo al novio de su amiga y se lo quitó, por eso Nuestro Señor le envía un embarazo difícil.

Y, mirándome fijamente, Krolka me preguntó:

—¿Y qué piensa de todo esto usted, que es un señor tan inteligente? ¿Qué dicen de estas cosas los libros sagrados?

—Muy bien preguntado, Krolka:

¿Qué dicen los Libros sagrados? Si me hubiera pedido mi opinión personal, no hubiera sabido qué decirle. Y es que nuestro entendimiento no llega muy lejos, Krolka. Si no consultamos los Libros sagrados, no sabemos nada. Sobre este caso he de decirle que si Yerujam hubiese sido el hombre que le estaba destinado a Erela, Raquel no hubiera podido quitárselo. Si se lo ha quitado es porque, evidentemente, el Cielo lo tenía destinado para ella.

—Alabado sea el que hace sabio a los hombres. No sabe usted el peso que me ha quitado de encima, señor.

Mientras hablamos, vuelve la madre de Raquel. La madre de Raquel viene

contenta, pero cansada. Estuvo todo el día cuidando a su hija. ¡Lo que habrá trabajado! Siete mujeres no harían lo que hace una madre por su hija. Gracias a Dios, todo ha salido bien. Pero el embarazo está resultándole penoso a Raquel.

El embarazo está resultándole penoso, mas ¿qué tiene de extraño que así sea? Raquel ha tenido que pasar ya muchas penalidades. Siendo niña, estuvo gravemente enferma. No se había restablecido todavía cuando estalló la guerra. Enferma, la sacaron de la cama y su madre se la colgó a la espalda y se la llevó de viaje, a pasar calor y a tragar polvo. Luego se escurrió entre las

mantas y fue a caer sobre una mata de espino y allí se quedó, sin comer y sin beber, amenazada por las avispas. Ahora no yace sobre espinos ni la amenazan avispas malignas, sino que está tendida en una buena cama y su madre le da buena comida y leche. Si ves en el mercado un pollo gordo, puedes estar seguro de que será para el caldo de Raquel. Si has visto lo clara que estaba la leche del hotel, puedes estar seguro de que toda la nata fue para Raquel. Todo lo que yo pago por la comida y el alojamiento se gasta en Raquel, pues los ingresos de Yerujam sólo alcanzan para mantener a un obrero.

Yerujam hace cuanto puede por

contentar a su suegra, pero su suegra no está contenta con él. Cierta vez que Raquel sintió dolores, la señora Sommer lanzó a su yerno una malévola mirada que quería decir: «¿Qué le has hecho a mi hija, bandido?». De todo su antiguo orgullo no le quedan a Yerujam más que los rizos, y hasta los rizos parecen ahora más lacios. Dos o tres veces fue a la sinagoga para desahogar sus penas conmigo, pero en vano. Cuando yo le pedía que fuera a la sinagoga, él no iba, y ahora que iba no me encontraba.

—De tanto esperarle se le han cerrado los ojos —me dijo Rabbí Jayim.

Es una lástima que Yerujam tenga que pasar la vida arrastrándose entre el

polvo, para arreglar las calles, lo mismo en invierno que en verano, mañana y tarde. Es verdad que en la tierra de Israel tampoco construía castillos y su trabajo era allí más duro que aquí, pues tenía que hundirse en el lodo hasta el ombligo y su vida corría peligro. Pero en la tierra de Israel el esfuerzo del hombre tiene un sentido, si no para él, sí, por lo menos, para los que vendrán después de él. Por otra parte, de no haberse marchado de Israel, no hubiese encontrado a Raquel. De todos modos, creo que para Raquel hubiese sido mejor quedarse soltera. Las muchachas encantadoras como Raquel son encantadoras mientras no pesa sobre

ellas la preocupación de un hombre.

Mi otro yo, el que me hostiga, sentado sobre mis hombros, murmura: «De no ser por Yerujam Freier, Raquel sería libre... A ti y a mí nos gustaba mirarla». Yo respondo: «Tienes razón; Raquel era una linda muchacha». El otro me la pinta con todos sus atractivos y yo le digo: «Nuestro Dios es un gran artista». El otro hace rechinar los dientes y yo le pregunto: «¿Estás tomándome el pelo?». «¿Por qué atribuyes mi obra al Altísimo, alabado sea? No fue Dios, sino yo quién la pintó para ti». «Tú me pintas el retrato de la mujer de Yerujam Freier y Dios puso ante mis ojos la imagen de Raquel, la

hija del hostelero». El otro se echa a reír y me dice: «Es la misma Raquel, la hija del hostelero y la mujer de Yerujam Freier». Entonces vi adónde quería ir a parar y rápidamente le recordé las condiciones de nuestro pacto. Él temió que yo fuera a anularlo y me dejó en paz.

CAPÍTULO LX

En el campo

Para evitar que volviera a importunarme, me fui a la sinagoga. Y para que no me molestara por el camino decidí charlar con el primero que encontrara en la calle. Y fue Ignaz el primero que encontré, de modo que me puse a charlar con Ignaz.

Una vez te has acostumbrado a su voz gangosa, te es fácil entenderle.

Un día en que salimos a hablar de Janok y de su muerte, Ignaz dijo:

—No entiendo por qué tuvo que armarse en la ciudad aquel alboroto cuando se encontró a Janok muerto entre la nieve. Estas cosas sucedían a diario durante la guerra y nadie les prestaba atención. Más de una vez encontramos a un soldado tendido debajo de su caballo, él muerto y el caballo vivo, o al revés, el caballo muerto y el soldado vivo. Antes de que pudiéramos separarlos, nos alcanzaba el enemigo y nos destrozaba; un brazo por aquí y una pierna por allá, la cabeza del uno que rueda sobre el camarada y ambos caen al suelo y se hunden en el barro ensangrentado.

Dejemos a Ignaz y salgamos al

encuentro de Daniel Bach.

Daniel Bach camina apoyándose en el bastón. Tiene la barba bien peinada y la cara alegre. Vayamos hacia él y acortémosle el camino.

He conocido en Szybuszcz a mucha gente; pero es Daniel Bach la persona que más estimo. Y es que le conocí el mismo día de mi llegada y no es de los que te cuentan cosas que te roban la tranquilidad de espíritu. Bach no nació en Szybuszcz, pero como llegó a la ciudad bastantes años antes de la guerra, yo lo considero oriundo de aquí. Sin embargo, por no haber nacido en Szybuszcz, él no se considera a sí mismo como uno de los hijos predilectos del

Altísimo, alabado sea.

Cuando me encuentro con Daniel Bach le doy la derecha y, juntos, nos dirigimos adonde nos llevan nuestros pasos. Si por casualidad nos aproximamos al bosque, él da media vuelta y emprende inmediatamente el camino de regreso a la ciudad. No es que el camino sea difícil o que tema alejarse demasiado; más bien será que aquel incidente de la trinchera en el que, buscando sus filacterias, tropezó con las que estaban atadas al brazo del muerto, debió desarrollarse en un bosque y por eso evita ahora el bosque.

¿De qué hablamos y de qué no hablamos? De esas cosas de las que

habla la gente, de cosas que el hombre somete a sus exigencias y de cosas a cuyas exigencias se somete el hombre.

—Los viejos que emigran a la tierra de Israel para morir allí me parecen más dignos de elogio que los jóvenes que van allí a vivir, pues su vida no es más que un rodeo hacia la muerte —dijo Daniel Bach.

—¿Y aquí se vive eternamente? —le pregunté.

—Aquí no se vive ni se muere de acuerdo con un programa. No entiendo esa santidad que vosotros predicáis: santificación de la vida, santificación del trabajo y santificación de la muerte. ¿Qué santidad puede haber en la vida, en

el trabajo o en la muerte? El hombre vive, trabaja y muere. ¿Tiene acaso una escapatoria para no vivir, no trabajar y no morir?

»Los que viven santamente no se dan cuenta y los que siempre hablan de santidad no la llevan en el corazón. Además, ¿qué santidad puede haber en lo que haga un hombre por voluntad o por convicción? Cada cual es como es y hace lo que le parece mejor. De todos modos, no quiero pronunciarme sobre cosas que no son de mi incumbencia. A un hombre como yo le basta con vivir, no desea juzgar la vida de los demás.

Recordé a mis amigos del pueblo y la promesa que les hice de ir otro día a

visitarles.

—Venga conmigo —le dije—. Le enseñaré una muestra de los camaradas de Yerujam.

—Tal vez valga la pena ver qué hace esa gente —dijo Bach—. Hace muchos años que no salgo de la ciudad.

Fuimos al mercado, compramos comida y algo que llevar a las dos muchachas, tomamos un coche y nos pusimos en camino. Hacía tres días que había llovido por última vez y todavía persistía en el aire el fresquito de la lluvia. La tierra no se adhería a las ruedas y el viaje fue cómodo y placentero. El centeno estaba ya bastante crecido y los campos olían de un modo

exquisito. Los caballos trotaban solos y el coche corría tras ellos. El cochero, sentado en el pescante, cantaba una canción de amor que hablaba de un muchacho valiente que se fue a la guerra dejando a su amada en el pueblo, y Daniel y yo íbamos sentados tranquilamente, como dos personas a quienes el viaje distrae de sus preocupaciones.

Por el camino, Bach me preguntó si había tenido noticias de Aarón Schützling. Como sea que Schützling no me había escrito, no tenía nada nuevo que contar de él. Y como no tenía nada nuevo que contar de él, hablamos de otras personas, personas de las que

todos hablan y personas de las que nadie se acuerda, hasta que llegamos al pueblo y nos dirigimos a los campos.

Nuestros amigos estaban cargando gavillas de heno. Dos estaban subidos al carro y los otros cuatro, en tierra, dos a un lado y dos al otro, con las horquillas en la mano. Los de arriba estaban hundidos en el heno hasta la cintura, y lo comprimían con los pies para hacer un lugar al que les tendían sus camaradas. El dueño de la granja, sentado en una gavilla, con la pipa vacía entre los dientes, observaba el trabajo de sus hombres. Los jóvenes no se dieron cuenta de nuestra llegada. Nosotros nos detuvimos y nos pusimos a contemplar

su labor.

El granjero miró a Bach, se quitó la pipa de la boca y se la guardó en la caña de la bota, se puso en pie y corrió hacia él dando muestras de gran alegría.

—¡Señor Bach, de no ser por usted, ya se me habrían comido los cuervos! — dijo, estrechándole las manos.

Al hablar, parecía que se le borraban las arrugas de la cara, perdió su expresión de ferocidad y a sus ojos claros de cristal asomó una mirada triste, como esa mirada de tristeza que tienen algunos judíos. Finalmente, sus ojos se posaron en la pata de palo de Daniel Bach, y el hombre dijo:

—¿Eso le hicieron, señor Bach? Y a

pesar de esa pata de palo ha venido a verme... ¡Y pensar que yo no he ido a visitarle ni una sola vez! Uno es peor que un cerdo, siempre metido en su cochinería, rascándose y comiendo... Eso es lo que es uno.

El granjero hablaba y hablaba, expresando a Bach su afecto y su agradecimiento. Y es que Daniel Bach le había salvado la vida, como veremos más adelante. O quizá sea mejor que lo contemos ahora mismo, no se nos vaya a olvidar. Resulta que durante la guerra los dos hombres servían en el mismo batallón. Un día, el oficial dio una orden al granjero, y éste fue e hizo todo lo contrario de lo que se le había

ordenado. Entonces dijeron que iban a fusilarle; pero Daniel Bach le defendió diciendo que el hombre había obrado de aquel modo porque no entendía el alemán. Y la pena de muerte fue conmutada.

Después de referir la historia, el granjero continuó:

—Todos los males vienen de que los hombres hablan lenguas distintas. Si todos hablaran el mismo idioma, unos escucharían a otros. Pero las lenguas no se parecen en nada. El alemán habla en alemán, el polaco habla en polaco, el ruteno habla en ruteno y, por si fuera poco, los judíos hablan, además, el *yiddish*. Y para que luego digan que

todos somos hermanos. ¿Cómo podemos sentirnos hermanos si no nos entendemos, si ni siquiera distinguimos lo que es un halago y lo que es una maldición? Y ahora vienen los hijos de los judíos y se ponen a hablar en hebreo, una lengua que ni sus mismos padres entienden. ¡Eh, vosotros, hebreos! ¿No veis que tenemos visita? Dejad el trabajo y venid a saludar. Ha venido también el hombre de Jerusalén que en honor vuestro se ha puesto un traje nuevo. Tened cuidado, no vayáis a ensuciárselo.

Los muchachos corrieron hacia nosotros, nos saludaron y nos estrecharon las manos con alegría. Sus

muestras de afecto no acababan y, por fin, el granjero les gritó:

—¡Eh, soltadles ya las manos, hebreos, y preparadles algo de comer! Mi comida no querrán ni probarla.

Uno de los jóvenes corrió hacia el establo, para anunciar a las muchachas la llegada de los huéspedes y recomendarles que empezaran a preparar la cena. Los demás fueron a cambiarse de ropa, pues el dueño de la granja les autorizó a dejar el trabajo una hora antes, en honor de Daniel Bach.

El granjero nos mostró sus campos. Al ver a Bach, todos los campesinos y campesinas le saludaban y le preguntaban cómo estaba. Los hombres

lo habían conocido durante la guerra, y las mujeres poco después, cuando le compraban jabón para que sus maridos se lavaran la sangre que sus manos habían vertido durante la guerra. Por fin, llegamos al alojamiento de nuestros amigos, que ya estaban esperándonos en la puerta. Las muchachas sacaron a la mesa varios productos de la tierra y yo añadí los comestibles que había traído.

Una lamparilla iluminaba la habitación. Todo olía bien: los campos, el heno, el pan y el mantel nuevo que cubría la mesa. Los jóvenes comían con apetito, como después de un ayuno, y nos instaban a que les imitáramos. Nos mostraban gran deferencia y no sabían a

quién servir primero, si al huésped de la tierra de Israel o a Daniel Bach. Yo les dije:

—Yo tengo la preferencia, por haberos traído a un huésped tan distinguido; pero ya que estoy como en mi casa, debéis dejar que yo haga con vosotros los honores a Daniel Bach.

Los jóvenes me dieron las gracias por haberles llevado a un huésped tan importante. Importante por ser hermano de Yerujam, que había muerto por la patria, importante porque su padre vivía en la tierra de Israel e importante porque se había molestado en ir a visitarles y no hacía como otros padres de familia, que se reían de ellos y aun los que los

elogiaban tampoco iban a verlos. Cuando hubieron calmado un poco su apetito, después de consumir todo lo que les había llevado, volvieron hacia mí sus caras risueñas y me pidieron que les contara cosas de la tierra de Israel. El que más insistía era Zví, el mismo que fue a verme la semana anterior a la fiesta de Pentecostés, para invitarme a hacerles una visita. Y yo no me negué a contarles lo que sabía o creía saber. Dado que nuestros compañeros, a su modo, estaban familiarizados con las cosas de la patria, no había mucho que contar; pero en honor a Daniel Bach hice lo que me pedían. Así que estuve hablándoles hasta la medianoche sin

agotar el tema.

Entonces se acabó el petróleo de la lámpara, pues la narración era larga y, la lámpara, pequeña. Por lo tanto, nos levantamos de la mesa. Y ya era hora de terminar la velada, pues los jóvenes tenían que levantarse al amanecer para empezar la labor. Y las muchachas, de noche cerrada, para ordeñar las vacas. Mientras llenaban la lámpara, salimos a los campos. Ellos vinieron con nosotros e insistieron en el tema de la tierra de Israel. Poco a poco, la conversación giró hacia su trabajo en el pueblo. Daniel Bach les dijo que su patrono estaba satisfecho con su trabajo, y no era el único, pues todos los granjeros para

los que habían trabajado le habían dicho que nunca tuvieron braceros tan activos y trabajadores como ellos. Los jóvenes suspiraron.

—¿De qué sirve nuestro trabajo, si después se prende fuego al fruto de tanto esfuerzo? Hay granjeros que prenden fuego al granero para cobrar el seguro. O, si no lo tienen asegurado, vienen sus enemigos y se lo incendian. Y si esto les ocurre antes de pagarnos, entonces ya no cobramos.

Íbamos pasando de un tema al otro y así salimos a hablar del robo de que fueron víctimas en la fiesta de Pentecostés, cuando se les llevaron todas las provisiones que había en la

casa.

—Eso debió de suceder antes de ser dictada la Ley; seguramente todavía no había sido dicho aquello de: «No matarás» —dijo Daniel Bach.

Y es que en la fiesta de Pentecostés, Israel conmemora la entrega de las Tablas de la Ley.

Los astros señalaban que había pasado la medianoche; el heno exhalaba su aroma al ser bañado por el rocío y, a su vez, convertía el rocío en aroma. Las estrellas brillaban en el silencio de la noche, una aquí, otra allá, y su luz se perdía más allá de la bóveda celeste. De pronto, una estrella saltó de su sitio y la niebla cubrió su rastro. La noche

envolvía las cosas con su paz y su silencio. Volvimos a la casa sin proferir palabra.

Los muchachos extendieron en el suelo unos colchones de paja.

Yo recé «Escucha, Israel», me tapé y di las buenas noches a Daniel Bach. Él no respondió, pues ya se había dormido.

Cerré los ojos y pensé: «¡Qué gusto haber venido! Ni en mil noches se puede gozar de una noche como ésta». Todavía no había terminado mi himno de alabanza a la noche cuando di un brinco, pues sentí como un alfilerazo en la cara. Levanté la mano derecha para rascarme la mejilla y entonces algo me pinchó en la mano. Me froté la mano derecha con

la izquierda y sentí de nuevo el pinchazo, esta vez en la mano izquierda. Y tal vez fuera otra aguja, pues parecía más penetrante. Me devanaba los sesos, preguntándome qué podía ser aquello cuando el zumbido de un mosquito vino a darme la respuesta.

Por arriba, mosquitos, y por abajo, ratones. Se les oía chillar, roer y correr por la pieza. Llamé a Daniel Bach, pero no me contestó. Volví a llamarle, pero fue inútil. ¿Era insensible su cuerpo? ¿No oía su insistente y repulsivo silbido? Cuando, a la mañana siguiente, le conté lo sucedido, él sonrió y me dijo:

—Los conocí durante la guerra.

Había legiones de ellos que roían a los muertos. En ningún momento me quitaron el sueño. No me consideraban digno de su atención. Seguramente habrán tropezado primero con mi pata de palo y han debido creer que todo era de madera.

Después de los mosquitos y los ratones vinieron las pulgas. Mientras los ratones corrían por la habitación y los mosquitos me acribillaban la cara y las manos, las pulgas se repartían el resto de mi cuerpo. Probablemente iban a medias con las chinches. Lo que unas desechaban, las otras lo aprovechaban. De buena gana me hubiera levantado, pero temía despertar a mis amigos.

Ahora me pesaba haberles instado a que se acostaran. De haberse prolongado la velada, mi tormento hubiera sido más leve. Levanté la cabeza y miré hacia la ventana. La noche cubría la tierra. El día estaba lejos aún. El pueblo dormía. No cantaba ningún gallo ni ladraba ningún perro. Cuando empezaba a dormirme, cantó el gallo, ladraron los perros y las vacas se revolviéron en el establo. Oí andar a alguien descalzo en la habitación contigua, donde dormían las muchachas, y distinguí el parpadeo de una luz. Entonces dije: «Bendito sea Aquel que aleja la noche y trae el nuevo día». Los muchachos se levantarían pronto y yo me vería libre de aquel

lecho de tormento. Entonces me venció el sueño y me dormí.

Al cabo de una hora u hora y media abrí los ojos y vi que la luz de la mañana llenaba la habitación. Me vestí rápidamente, oré, comí un bocado de pan y fui a reunirme con mis amigos.

Examiné la cara de Bach y la de los otros; estaba lo mismo que la víspera y que el día anterior, sin una sola picadura de mosquito. El que se preocupa es también motivo de preocupación para otros, y el que no se preocupa puede dormir tranquilo. En aquel momento me juré a mí mismo no volver a preocuparme por pulgas, mosquitos, chinches ni ratones.

Después del almuerzo, mis amigos trataron de retenerme hasta el sábado, pues el sábado tenían el día y la noche libre. Aunque me había jurado no volver a preocuparme por pulgas, mosquitos, chinches ni ratones, temí no resistir la prueba.

El coche fue a recogernos. El granjero salió de su casa y entregó a Bach un tarro de mantequilla y un cesto de setas. Antes de que partiéramos llegaron otros hombres y mujeres del pueblo trayendo cebollas, ajos, huevos y un par de tórtolas.

Daniel Bach se despidió de los campesinos y subimos al coche.

—Uno de estos días iré a buscar a la

señora Bach —dijo el campesino a Bach.

—¿Va a dar a luz tu nuera? — preguntó Daniel.

—Mi nuera y también mi mujer — respondió el granjero.

Los jóvenes se fueron a su trabajo y nosotros emprendimos el regreso a la ciudad. El aire puro y la brisa que hacía ondularse los campos de cereal me hicieron olvidar mis tormentos nocturnos. No debe extrañarte, pues entonces tenía yo cuarenta y un años y podía mantenerme erguido aún después de pasar una noche en blanco. Mis cansados miembros fueron recobrando las fuerzas y sólo la piel conservó las

ronchas causadas por las chinches. A medida que íbamos acercándonos a la ciudad me invadía la nostalgia de los amigos que habíamos dejado en el pueblo. Dije a Bach:

—Si no temiera que los cristianos quisieran robarle sus tesoros, le propondría volver al pueblo ahora mismo.

Bach no contestó. Quizás estaba pensando en el granjero y en la mujer y la nuera del granjero, quizás en su hermano muerto, quizás en los regalos que llevaba a su mujer. No todos los días podía llevarle cosas como aquéllas. Finalmente, volvió la cabeza y me dijo:

—No lo entiendo: si tienen trabajo,

¿por qué ese afán por la tierra de Israel? Podrían quedarse aquí y vivir de su trabajo.

—¿Cree que de no ser por la tierra de Israel trabajarían así? —le pregunté.

—¡A cada frase sacan ustedes a relucir la tierra de Israel!

—¿Quién fue ahora el primero en hablar de ella: usted o yo?

—Cada vez que le veo me da la sensación de que lleva un pedazo de la tierra de Israel pegado a los talones y no tengo más remedio que pensar en ella. De todos modos, los padres de esas muchachas pueden estar contentos de que se hayan unido a los pioneros y no a los comunistas.

—¿Y es eso lo único bueno que se le ocurre decir de nuestras compañeras? —le pregunté.

—Para nosotros, lo bueno reside más en lo que no se es, que en lo que se es.

De pronto, el coche dio una violenta sacudida, chirrió y se detuvo. El cochero se apeó, examinó las ruedas y se puso a maldecir a sí mismo, de los caballos, del camino y de toda la Creación. Finalmente, enderezándose, nos dijo:

—Tengan la bondad de apearse, señores. Se ha roto una rueda.

—¿Qué hacemos?

—Ustedes, nada. Se quedan aquí,

con el coche y los caballos. Yo buscaré a alguien que me ayude a arreglar la rueda.

—¿Y tendremos que estar aquí de pie mucho rato? —le pregunté.

—No tienen que estar de pie. Si quieren, pueden sentarse.

El cochero se alejó y Daniel Bach y yo nos sentamos al lado del coche, que se apoyaba en tres ruedas. Pasó medio día y el cochero no volvía. Daniel Bach, abriendo un paquete, dijo:

—Vamos a comer.

Después de comer, oímos unos pasos que se acercaban.

—Vienen dos hombres —dije a Daniel.

—Desde aquí veo cuatro pies —
repuso él.

El cochero había vuelto, acompañado de un hombre bajo y grueso. Era el herrero que había calzado la rueda y que venía a cobrar sus honorarios. Caminaba pesadamente y movía la cabeza sin cesar. Al ver los restos de comida, dijo:

—Que aproveche. ¿No tendrían un traguito de aguardiente para el hijo de mi madre?

Al oír que no teníamos aguardiente, se escupió las manos y comentó:

—Así, pues, han comido y no han bebido.

—Y usted ha bebido y no ha comido

—le respondió el cochero.

—Sí, señores, he bebido —dijo el herrero—, pero sólo un traguito. — Volvió a escupirse en las manos y murmuró—: Bueno, ¡a trabajar!

Al cabo de una hora, o quizá menos, estábamos otra vez en el coche. Al anochecer llegamos a la ciudad.

CAPÍTULO LXI

La noche

Cuando llegué al hotel, me fui a mi habitación. Me ardía la garganta, tenía entumecidos los brazos y las piernas, la piel enrojecida y la cabeza pesada. Terminó el día y la habitación quedó a oscuras. Me senté en el borde de la cama, con la mirada perdida en el vacío. La lámpara brillaba en la oscuridad. Cogí una cerilla, para encender la lámpara. No sé por qué, apagué la cerilla sin haber encendido la lámpara.

Cogí otra cerilla y encendí un cigarrillo. Cruzaron por mi mente muchos pensamientos que no merecen tal nombre y que no llegaban a concretarse en un objeto determinado.

Krolka llamó a la puerta. No tuve fuerzas para decir: «Adelante». Llamó otra vez y, por fin, entró.

—Creí que el señor había salido —dijo Krolka—; venía a prepararle la cama.

—Estoy aquí, Krolka. Quise encender la lámpara y no encontré las cerillas. ¿Sabe usted dónde están?

—En seguida le traigo una caja —dijo Krolka—. O tal vez el señor fuera tan amable de dejarme sus cerillas para

que pudiera encenderle la lámpara.

Me avergoncé de haberle dicho a Krolka que no tenía cerillas cuando estaba fumando un cigarrillo. Pero para que no pudiera dudar de mi amor a la verdad, le dije:

—Era la última. La caja está vacía. Mejor dicho, no está vacía, pero las cerillas que quedan en ella no se encienden. ¿Es que no hay cerillas en el hotel? ¡Cielos! ¿Voy a tener que pasar la noche a oscuras, mientras en toda la casa arden las lámparas? No le extrañe que estando aquí sepa lo que ocurre por ahí fuera. Hay personas que ven incluso con los ojos cerrados, Krolka.

—¿Por qué no viene a cenar el

señor?

—Un buen consejo, Krolka. Pero ¿qué me respondería si le dijera que no tengo apetito? En absoluto. ¿No podría prepararme una taza de té? Me parece que tengo sed, pues estuve todo el día al sol. No es que tenga fiebre; al contrario, me gustaría calentarme un poco. Estábamos hablando de té, ¿verdad? Prepáreme, pues, un poco de té y voy en seguida.

—En seguida, señor, en seguida —respondió Krolka, y salió de la habitación.

Yo me quedé pensativo. Había dicho «en seguida». ¿Estaría haciéndome burla? Krolka no me hacía burla ni

pretendía enojarme. Krolka era una muchacha cristiana bien educada. ¿Dónde había yo oído aquellas palabras? ¿Quién las había dicho? Deja que lo piense. Por más vueltas que le di, no conseguí recordarlo. Y es que no hay un diccionario que contenga todas las frases que dice cada persona.

Krolka volvió trayendo una lámpara encendida y dos cajas de cerillas.

—¿Dónde tomará el señor el té, en la habitación o en el comedor?

Lo pensé y lo volví a pensar y no acababa de decidirme. Por un lado, es bueno estar solo, pero, por otro lado, no debe uno aislarse de la gente. Sí, había estado todo el día acompañado, pero

una cosa es la compañía y la otra la gente. Como, por ejemplo, aquel granjero que te habla del objeto de las cosas, del pan y del suelo.

—Tal vez el señor prefiera tomarlo en el comedor —sugirió Krolka.

Yo asentí con un movimiento de cabeza y respondí:

—Tal vez.

Krolka es una cristiana estricta. Sabe lo que te conviene y te ahorra tener que pensar. Y es que pensar cansa mucho, como decía mi amigo Schützling. ¿Quién me preguntó por Schützling? ¡Cielos! ¿Es que no existe la más remota posibilidad de que uno recuerde quién ha dicho de Krolka que era una cristiana

estricta?

¡Qué activa es esa Krolka! En un abrir y cerrar de ojos ha ido a la cocina, me ha servido el té, lo ha dejado encima de la mesa del comedor y ha venido a avisarme. Me senté a la mesa y Krolka volvió trayendo un vaso de leche caliente.

—¿No quiere un vaso de leche? La leche caliente es buena para la garganta y para los nervios.

Su voz es suave, y sus ademanes, reservados. ¿No estará enferma Raquel? No lo permita Dios. Raquel es fuerte y sana. Que el Señor le conserve la vida y la salud muchos años.

Sommer, en un rincón del comedor,

apoyado en su bastón, rezaba la oración de la noche. La señora Sommer entró suavemente en el comedor y volvió a salir. Tanto al entrar como al salir me saludó con un movimiento de cabeza.

Soplé en el vaso y pensé: «Quizá la señora Sommer quería decirme algo, pero al ver a su marido en oración no quiso distraerle. ¿Qué querría decirme y por qué parecía preocupada? Raquel no puede estar enferma».

Hacía tiempo que no pensaba en la gente del hotel. En primer lugar, porque no había ocurrido nada nuevo, y, en segundo lugar, porque el pensar cansa mucho.

El pensar cansa mucho. En cuarenta

y un años no se me había pasado semejante cosa por la imaginación, vino Schützling, me lo dijo y sus palabras no se apartaban de mi mente.

Sommer se extendía demasiado en sus oraciones. Cuando terminó, se quitó el cinturón, lo enrolló y lo guardó en el bolsillo. Se sentó a su mesa, sacó la pipa, la llenó, volvió a sentarse, se fue, al poco rato volvió a sentarse, cerró los ojos, volvió a abrirlos y me miró como el que quiere preguntar algo.

Me pregunté dónde estaría la señora Sommer y por qué no volvía. Me dio la impresión de que quería decirme algo. Todo el mundo está hoy más callado que de costumbre, a pesar de que parece que

están deseando hablar.

Entró Babtsche, nos saludó con un movimiento de cabeza y tendió el periódico a su padre. Sommer cogió el periódico, leyó la primera página, dio la vuelta al periódico y siguió leyendo. Sommer no acostumbraba a dar la vuelta al periódico, ni siquiera para terminar un artículo. Es bueno para el cliente que el hostelero sea hombre de pocas palabras. Para mí es una suerte haber encontrado un hotel cuyo dueño no me maree con su charla. De todos modos, me gustaría que la señora Sommer volviera y me dijera lo que quería decirme cuando entró y encontró a su marido rezando.

Pasó un ratito y luego otro ratito y los dos juntos hacían ya un buen rato y en el hotel todo seguía igual. Sommer fumaba su pipa y leía el periódico. ¿Qué diría el periódico que valiera la pena leer? Pero en honor de Sommer hay que consignar que no interrumpió su lectura para contármelo.

Antes de acostarme, cogí un pedazo de papel y escribí: «Por favor, no me despierten», luego lo puse en uno de mis zapatos y dejé los zapatos en la puerta. Cuando Krolka fuera a limpiarlos, encontraría el papel y sabría que no debía despertarme. A pesar de que no tenía la esperanza, ni siquiera el propósito, de dormir mucho, cogí otro

papel, escribí en él la misma frase y lo puse en el otro zapato. Así, si Krolka olvidaba la primera nota recordaría la segunda, y si el Cielo me concedía la gracia de poder dormir nadie me despertaría.

El Cielo me concedió el sueño y dormí hasta las nueve. Entonces yo decidí concedérmelo también y dormí una hora más. Cuando, por fin, resolví levantarme, aparté las mantas y me quedé echado, como si probara si realmente necesitaba una manta, y así volví a dormirme.

CAPÍTULO LXII

Duermevela

No sé si estaba despierto o estaba dormido; pero me vi en un claro del bosque, cubierto con el manto y con las filacterias al brazo. Se acercó a mí el pequeño Rafael, el hijo de Daniel Bach, con una cartera bajo el brazo.

—¿Quién te ha traído hasta aquí, hijo?

—Hoy cumpla la edad en que deben empezarse a observarse los Mandamientos y voy a la escuela.

Sentí compasión por el pobre niño, al ver que no tenía brazos, por lo que no podría ceñirse las filacterias.

—Mi padre me ha prometido comprarme unos brazos de goma —me dijo, fijando en mí sus hermosos ojos.

—Tu padre es un hombre justo y cumplirá su promesa. ¿Sabes tú por qué tu padre me preguntó por Schützling?

—Mi padre está en la guerra y no puedo preguntárselo.

—Entre nosotros, Rafael, me parece que tu hermana Erela es comunista. ¿No se burla de vuestro padre?

—Al contrario —respondió Rafael —; llora por él, porque no encuentra su brazo.

—¿Qué quieres decir con eso de que no encuentra su brazo?

—Que lo ha extraviado.

—¿Y cómo se ciñe entonces las filacterias?

—No se preocupe usted por eso. La parte que corresponde a la cabeza se la ata a la cabeza y la que corresponde al brazo la ata al brazo de otro.

—¿Y de dónde saca ese brazo?

—En la trinchera encontró el brazo de un soldado —respondió Rafael.

—¿A ti te parece que es forma de cumplir el precepto? En el pasaje «Libertad para los muertos» se dice que cuando un hombre muere queda dispensado del rezo y el que está

dispensado del rezo no puede rezar por otro.

—No lo sé —dijo entonces Rafael.

—Si no lo sabías, ¿por qué hablabas como si lo supieras?

—Antes de que usted me preguntara lo sabía, pero cuando me preguntó se me olvidó.

—A partir de ahora no te preguntaré más. Vete, hijo, vete.

—¿Y usted no se va? —me preguntó.

—Tengo que pensar en lo que tú me has dicho.

—Déjese de pensamientos.

—¿Tú no piensas nunca?

—Cuando pienso no veo nada.

—¿Hay aquí algo que deba verse?

¿Acaso la nota que puse en mis zapatos?

—Ha venido el cartero y ha traído muchas cartas, llenas de sellos.

—Entonces iré a ver —dije.

—¿A dónde quiere ir? —preguntó Rafael mirándome los pies—. No tiene usted zapatos.

—¿Que no tengo zapatos? ¿Quieres decir que la mujer de Leibtshe me los quitó para que no me fuera?

Entonces llegó Genendel y me dijo:

—Cierra la boca y escribe tus canciones.

—¿Me confunde usted con Leibtshe, Genendel? Se equivoca, Genendel, se equivoca.

—¡Mi querido señor! —exclamó

Leibtshe—. ¡Qué alegría que haya venido! Esta noche le vi en sueños.

—¿Cómo me vio?

—Sencillamente, tal como es.

—Para usted será sencillo, mas para mí no lo es. ¿Qué pasó con las cabañas?

—Yo no tuve la culpa —dijo Leibtshe.

—Ya lo creo que sí, señor —repliqué—; pero no estoy enojado con usted.

»¿Os habéis enterado de lo que me hizo Leibtshe? Os lo contaré por si no lo sabéis.

»En vísperas de la Fiesta de los Tabernáculos^[*], Leibtshe fue a verme a casa y me dijo: “Quisiera levantar mi

cabaña encima de la suya”. “Está bien; hágalo”, respondí. ¿Podía decirle: “No lo haga”? Hubiera sido preferible que hubiera levantado su cabaña en otro lugar o que no la hubiera levantado; pues, aunque el tal Leibtshe dedique versos a la Torá es un hombre piadoso que cumple rigurosamente todos los preceptos. Por lo tanto, si quiere construir su tabernáculo encima del mío, no importa, ya que no va a sentarse en él. Y levantó su tabernáculo delante del mío, de modo que los dos parecían uno solo, pero su parte era mucho más grande y más hermosa que la mía. Yo me quedé asombrado. En primer lugar, porque no se sabía dónde acababa su

cabaña y dónde empezaba la mía, y, en segundo lugar..., bueno, lo que venía en segundo lugar lo he olvidado. “Ahora los cubriré con hojas”, dijo Leibtshe. Yo me fié de él y volví a mi trabajo.

»La víspera de la Fiesta de los Tabernáculos, al anochecer, fui a verlos y advertí que los había cubierto con un trapo roto y no con hojas, como está mandado. “No los ha cubierto con algo que crece de la tierra, sino con algo que está tejido y absorbe la suciedad”. Leibtshe me miró con ojos inocentes y respondió: “A mí me basta así”. Me pregunté dónde iría a cenar, pues no tenía cabaña. Mi mujer me dijo: “Cena en el hotel”. “Conque estabas ahí —le

dije—. Aún me faltan los cuatro símbolos de la Fiesta y temo que las tiendas ya estén cerradas. Pues hoy es víspera de la Fiesta y antevíspera del Sábado y los comerciantes habrán cerrado pronto. ¿Qué te parece, ya que el primer día de la Fiesta coincide con el Sábado, no compro nada y cumplo con el *etrog*^[*] de la comunidad? De este modo, ahorraré unos cuantos schilling. Corren malos tiempos y hay que procurar ahorrar, sobre todo teniendo en cuenta lo caro que me cuesta el hotel”.

»Schützling se acercó a mí y sonrió. Uf, ¡qué sonrisa más triste, qué traje más raído y qué sombrero más arrugado! Y, sin embargo, lo compró para estrenarlo

el día de la Fiesta. Le saludé y pensé: “Hace nueve meses que su mujer no lo ha visto. Parece haberse empequeñecido y le ha salido una especie de giba. Y su mujer, a pesar de la edad, sigue siendo tan elegante...”. Deseaba hablarle de su mujer y de sus hijos, pero tenía prisa para ir a comprar el “cidro”, de modo que lo dejé con la palabra en la boca y me alejé rápidamente. Pero iba pensando: “¿Por qué correr, si las tiendas ya están cerradas? Sería mejor que me quedara a charlar con mi amigo”. Y lo que me decía el corazón me lo repetían los ojos: ya era fiesta, las tiendas estaban cerradas. Di media vuelta y me dirigí al hotel,

consolándome con el pensamiento de que el hostelero obtendría alguna ganancia de la cena, pues el hotel está vacío.

»Pero allí me encontré con muchas mujeres. El hostelero las atendía a ellas y a mí no me hacía el menor caso. Apenas se dignó abrirme la habitación. Entré en mi habitación, a lavarme para la Fiesta. Pero había mucha gente alrededor del lavabo. Yo les pedí que se sentaran junto al escritorio. Entonces entraron varias mujeres y los mandaron salir. Pensé: “Por fin voy a poder lavarme”. Pero el dueño de la casa llamó a la puerta y dijo: “La cena se enfría”. Entré en el comedor y vi a una

multitud de viejas cómodamente instaladas, sorbiendo la sopa. ¿No es eso, Leibtshe?». ».

Leibtshe movió afirmativamente la cabeza y dijo:

—Sí, señor.

Le miré afectuosamente. Entonces su rostro se ensombreció y no sólo su rostro, sino todo lo que había alrededor, pues llevábamos hablando ya mucho tiempo y se había hecho de noche. Me levanté y me fui al comedor.

El comedor estaba vacío. No se veía a nadie. Entonces entró el hombre que conozco, pero que no sé cómo se llama. Tiene cada día una cara diferente. Hoy parecía tártaro y japonés al mismo

tiempo. En todas partes hay caras como la suya, sólo en Szybuszcz no hay nadie que se le parezca ni remotamente. Es bajo y delgado, tiene las mejillas rojas, los ojos negros y un bigote negro también, reluciente y caído. Aparenta unos treinta años. Me miró, retorciéndose el bigote, y como si respondiera a una pregunta mía, me dijo:

—Ya se lo advertí.

Se sacó una lupa de entre el pelo, miró a través de ella y se fue. ¿Qué quiso decir? ¿Cuándo había hablado conmigo? ¿Qué era lo que me había advertido? Cambié de sitio y cerré los ojos.

Krolka entró y dijo:

—Está oscuro esto. En seguida le enciendo una lámpara. No hemos visto al señor en todo el día. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Dónde ha estado y qué ha comido? Al momento le traigo la cena.

Yo me llevé un dedo a los labios para indicarle que se callara.

—¡Ay, Dios mío! No me había dado cuenta de que el señor de la casa estaba rezando.

Cuando Sommer terminó la oración de la tarde, o de la noche, fue a sentarse en su sitio.

Mi humor era indiferente, ni bueno ni malo. La indiferencia es una gran virtud, no todos los días se nos concede.

Después de la cena, volví a mi

habitación con el propósito de leer las cartas que habían llegado aquel día. Mientras las leía, sentí el deseo de contestar inmediatamente. Dicho y hecho. Escribí una carta tras otra y a eso de la medianoche me acosté con la satisfacción que da el deber cumplido. No esperaba dormir, pero me quedé dormido al momento y no desperté hasta la hora de levantarme. Cuando abrí los ojos el sol estaba ya muy alto. Tal vez fueran ya las nueve o las diez. Miré mi reloj. Hacía tictac, como de costumbre, pero no marcaba la hora. Desde que estoy en el extranjero, unas veces marcha bien y otras veces, mal. No todos los relojes soportan los aires de

otras tierras.

¿Me levanto o no? Pensándolo bien, no hay ninguna necesidad de levantarse, pues el horario de la casa está revuelto y ya no hay horas fijas para las comidas. Esa Babtsche, que Dios la ayude, trata a los clientes como si fueran mendigos, como si cada rebanada de pan que les da fuera un gran favor. Puesto que no tengo hambre, no necesito sus favores. Si esta noche me apetece tomar algo, Krolka me preparará una cena ligerita.

De modo que me quedé en la cama, pasando revista a mi labor. Me di cuenta de que me había engañado a mí mismo, que todas las cartas que había escrito eran fáciles y, en realidad, podía

habérmelas ahorrado. Pero, en cambio, las que quedaban por contestar parecían reclamarme a gritos una respuesta. Desde la cama hasta donde estaban esas cartas no había ni medio metro; hubiera podido tocarlas sólo con alargar el brazo. Pero me faltaban las fuerzas para ello. Y permanecí echado en la cama pensando qué podía decir y cómo podía disculparme por el retraso. ¡Ay, cuántas disculpas tendría que dar! Al cabo de un par de horas, me levanté y, ¡oh, prodigio!, empecé a trasladar mis pensamientos al papel; y si me extendí demasiado en una carta que requería concisión, o fui demasiado lacónico en las que exigían más efusión, váyase lo

uno por lo otro. Estuve escribiendo todo el día y parte de la noche. Finalmente, me levanté de la mesa y me fui al comedor. Volvió a mi mente una frase que la víspera me había hecho cavilar: la de que Krolka era una cristiana estricta. Ahora recordé que fue Genendel quien lo dijo y me hizo gracia la expresión, ya que la palabra «estricto» se aplica generalmente a los judíos que cumplen la Ley. Cuando entré en el comedor, encontré a la señora Sommer llorando.

—Es verdad. Todo es verdad — decía.

Le pregunté por qué lloraba. Por señas, su marido me indicó que la

dejase, que no le preguntase nada. Apoyándose en su bastón, se acercó a mí, me miró y me preguntó:

—Schützling es amigo suyo, ¿verdad?

—Sí, ¿ocurre algo?

—Se trata de su hermana. Está enferma.

La señora Sommer se levantó, se secó los ojos y me preguntó si había comido algo. Luego se fue a la cocina y mandó que me sirvieran la cena inmediatamente. Ya no volví a verla, ni aquella noche ni al día siguiente.

CAPÍTULO LXIII

Toda la verdad

Genendel estaba envuelta en una toquilla de lana y con una manta encima de las rodillas. La saludé y le pregunté cómo se encontraba.

Ella me miró fijamente y me preguntó:

—¿Quién es usted?

Le dije mi nombre y ella respondió:

—No le conozco.

—Genendel —le dije—, ¿no recuerda que estuve aquí con su hermano

Aarón y usted nos preparó una excelente comida?

—Sí, querido, ahora lo recuerdo. Coja una silla y siéntese a mi lado. ¿Qué le parece todo esto?

Y mientras hablaba dio una cabezada y se quedó dormida.

Al poco rato, levantó la cabeza, me miró y dijo:

—¿Quién es usted?

Se lo dije. Ella movió afirmativamente la cabeza y murmuró:

—Sí, sí, querido, ya lo sé. Es el hijo de Ester. ¿Dónde ha estado durante todo este tiempo? Me dijeron que estaba de viaje. Espere un momento y le diré dónde.

Dio una cabezada y se quedó dormida. Al poco rato, despertó y dijo:

—Me ha parecido que había alguien aquí.

—Sí, Genendel, soy yo.

Genendel abrió los ojos y dijo:

—¡Ah, sí! Muy bien. ¿Y quién es usted? ¿No será...? Espere un momento, en seguida se lo digo.

Le dije mi nombre.

—Sí, claro que sí, querido. Lo conozco. Dígame, ¿dónde nos hemos visto? ¿Qué me dice usted de mi desgracia? Se coge un pajarillo y se le corta la cabeza.

Y volvió a quedarse dormida.

Entró Leibtshe Bodenhaus. Genendel

se despertó y dijo:

—¿Eres tú, Aarón? Siéntate, hijo, siéntate. ¿Qué querías decirme, Aarón? ¿Qué dicen los médicos? ¿Vivirá?

—Tranquilízate, tía —dijo Leibtshe—, tranquilízate. Ha llegado un telegrama de Aarón.

—¿Estabas ahí, Leibtshe? Te agradezco que hayas venido. ¿Decías algo? ¿Qué has dicho, Leibtshe? No te dé vergüenza de mí. ¿De qué telegrama estabas hablando? —Mientras hablaba, su mirada tropezó conmigo—. ¿Estaba usted también aquí? Siéntese, querido, siéntese. Pregúntele a Leibtshe qué es eso del telegrama. ¿Por qué no viene Aarón?

Leibtshe sacó el telegrama y leyó:

—«Estoy enfermo».

—¿Quién está enfermo? —preguntó

la anciana—. ¿Leibtshe?

—Tranquilízate, tía —dijo Leibtshe

—. Yo estoy bien.

—Entonces, ¿por qué dices que estás enfermo?

—Yo no soy quien está enfermo, sino...

—¿Quieres tomarme el pelo? ¿Cómo se llama tu mujer? ¡Valiente mujer! Que Dios no me tenga en cuenta mis palabras; pero, a mis ojos, nunca fue hermosa. ¡Loco, con una tienda llena de zapatos y andas descalzo! Vamos coge un par de zapatos, pónelos y márchate.

¿Quién es este señor?

Leibtshe le dijo mi nombre y añadió:

—¿No te acuerdas de él, tía? Estuvo aquí con tu hermano Aarón.

La anciana me miró amistosamente y dijo:

—Conocí a su abuela. Era una gran mujer. Me han dicho que se fue a la tierra de Israel.

—Era mi bisabuela, la madre de mi abuela, la que se fue a la tierra de Israel —puntualicé.

—Sí, querido —dijo Genendel, moviendo afirmativamente la cabeza—, fue su madre. ¿Cómo se llamaba? ¡Ah, sí, Milká! ¿Y cómo está? ¿Qué nos dice en el telegrama? Voy a contarle algo que

le gustará. Cuando su abuela veía a alguna pobre mujer con los vestidos rotos, se quitaba el refajo y se lo daba, diciendo: «¿Qué falta me hace esto a mí?». ¿Y cómo está su madre? También murió. Así que han muertos los tres. También mi pajarito se ha muerto. Todos se mueren menos este saco de huesos. — Y, golpeándose el pecho, añadió—: ¿Qué falta me hace esto a mí?

Luego, inclinó la cabeza y volvió a dormirse.

Me levanté de la silla y pregunté:

—¿Qué ha ocurrido aquí?

—No me pregunte, señor, no me pregunte —respondió Leibtshe—. Ha ocurrido más de lo que mi tía se figura.

Hay cosas, señor, que la mente humana no alcanza a comprender.

—Hable, señor Bodenhau, se lo ruego —le dije.

—¿Puede la lengua de un hombre referir lo sucedido? Es mucho peor de lo que temimos al principio. —Al cabo de unos momentos, me hizo una seña y le seguí fuera de la habitación. Llevándose un dedo a los labios me dijo—: Acerque el oído, señor, para que ella no se entere. Han muerto las tres —susurró.

—¿Quiénes?

—¿Es que no sabe nada? Tenga la bondad de esperar un momento. Voy a ver si se ha despertado. Gracias a Dios, duerme. El sueño es lo mejor para ella.

Desde que recibimos la noticia, ha envejecido muchos años. ¡Ay, Señor, no somos nadie! Si los cedros son pasto de las llamas, ¿cuál será la suerte del hisopo que crece junto a la tapia? Y no me refiero a usted, señor; yo sé respetar y guardar las distancias. Hablaba por mí mismo, que no soy más que un gusano. De pronto, un día, tres personas jóvenes son enviadas al Más Allá. Y mucho me temo que no acaba aquí la cosa. Este telegrama del señor Schützling no augura nada bueno. Léalo, señor, y vea usted mismo; pero no lo lea en voz alta, no vaya a oírle la tía. Hace tres días era como una mujer de cuarenta años, y ahora está como si tuviera noventa... o

cien. Silencio, señor, la tía se ha despertado. No me lo tome a mal, pero le dejo solo y voy a ver cómo está.

Al volver, dijo:

—Ahora duerme plácidamente y podré contárselo todo desde el principio. Usted debe de saber que el señor Schützling tiene tres hijas de su segunda esposa. Dije «tiene» y debí decir «tenía», pues ya no son de este mundo sino que habitan en el reino de las almas, a la sombra del Altísimo. Si me lo permite, señor, iré a ver si se ha despertado mi tía. Ella cree que sólo han matado a una. Pero han matado a las tres hermanas, todas el mismo día y a la misma hora. ¿Que cómo fue? Tal como

lo cuentan los periódicos. La única de las tres hermanas que no estaba en la cárcel fue con sus camaradas a hablar con los guardianes. Les dieron dinero para que dejaran escapar a las dos muchachas. Pero los guardianes no cumplieron el trato. Les abrieron la puerta, pero las delataron a la Policía. Y cuando las dos muchachas iban a subir al automóvil en el que las esperaba su hermana, los policías dispararon sobre ellas, causándoles la muerte. Las mataron a las tres, señor. Y ahora hemos recibido el telegrama del señor Schützling en el que nos dice que está enfermo. Voy a ver si la tía se ha despertado...

Genendel estaba despierta y dijo:

—Debe tener hambre, hijo. Siéntese y coma algo. Ahora lo recuerdo perfectamente. Es el hijo de Ester. ¿Cómo está su madre? Tengo la impresión de que le he ofrecido algo. ¿Qué dice usted de nuestra desgracia? Leibtshe, Leibtshe, ¿dónde está Leibtshe?

—Aquí estoy, tía.

—Sí, sí, Leibtshe, estás aquí —dijo la anciana moviendo afirmativamente la cabeza—. ¿Por qué no le traes una silla? Es amigo de Aarón. Siéntese, hijo, siéntese. ¿Qué le parece? ¿Cree que la niña se salvará? Cuando era joven yo ya se lo decía: «Aarón, hijo, apártate de

esa gente». Los jóvenes nunca piensan las cosas. Eso que se dice por ahí de que quiso matar a un rey, es falso. ¡Dios nos libre de la boca de Jacob y de las manos de Esaú! Pero lo que yo veo con mis propios ojos, eso es verdad. Lleva una pelliza negra. ¿Qué es lo que he soñado? Déjenme pensar, a ver si me acuerdo.

Leibtshe, nervioso, le dijo:

—Sin duda era algo bueno, tía, un sueño muy bueno.

—Tú sí que eres bueno —dijo Genendel—; pero el sueño era malo.

—Puedes estar segura de que el significado es bueno —insistió Leibtshe, muy excitado.

—¡Cállate! —le dijo la anciana.

Y dio una cabezada y se quedó dormida.

—Temo que haya soñado lo que yo le conté a usted —susurró Leibtshe.

CAPÍTULO LXIV

Cuentas

Si el invierno es aquí pródigo en nieves y ventiscas, el verano lo es en lluvias y viento. El sol brillaba con todas sus fuerzas y el día era radiante; de pronto, palideció el sol, llegó el viento y levantó torbellinos de polvo hasta las nubes. Cuando el viento se calmó, el cielo se cubrió de nubes y empezó a llover, la tierra se disolvió en el agua y se formó el barro. Para huir de la lluvia, el viento, el barro y la

suciedad, me encerraba en el hotel o en la sinagoga.

La señora Sommer había vuelto a su casa y a su fogón y preparaba sabrosos guisos, como ella acostumbraba. En primer lugar, porque era buena cocinera y, en segundo lugar, porque Raquel se había instalado en el hotel.

Raquel había venido a casa de su madre y su madre le preparaba platillos succulentos. A mí no me gustaban, pues todos estaban hechos a base de carne, para que Raquel comiera mucha carne. Alguna vez, me preparaban un plato a base de leche, pero no me gustaba tampoco, a causa del olor a carne y a manteca que llenaba la casa. Y lo que

faltaba, lo suplía con fruta.

Si el día era hermoso, compraba la fruta a los campesinos; si llovía, la compraba en el mercado y me la comía en la sinagoga, para que los del hotel no se dieran cuenta de que su comida no me bastaba.

Un día, estaba yo comiendo en la sinagoga, cuando entró Rabbí Jayim.

—He comprado fruta nueva, para poder bendecirla. ¿Quiere probarla? — le dije.

Él se sentó a mi lado y la probó.

Para que no fuese a pensar que comía por gula —la fruta no era primeriza y Rabbí Jayim debió suponer que la había bendecido ya en otras

ocasiones—, le dije:

—Cuentan que un gran *Saddiq* fue castigado en el otro mundo por haber comido poca fruta, pues la fruta le acusó de que la bendijera pocas veces.

Otro día, Rabbí Jayim me pilló abriendo una lata de sardinas. En un intento por quitarle del pensamiento la idea de que había tomado la vieja sinagoga por un comedor, me puse a hablar de la técnica en general.

—Se inventan máquinas para todo; pero todavía no se ha inventado una lata de sardinas que pueda abrirse sin necesidad de hacer grandes esfuerzos.

Pero Rabbí Jayim no me reprochó que comiera en la sinagoga: sólo me

preguntó si tenía pan, pues las sardinas deben comerse con pan.

Cuando dejó de llover y el suelo empezó a secarse, volví a mis paseos. Paseando, llegué un día a casa de la Janokina. Ella no estaba, pues cuando no iba al mercado recorría los pueblos de los alrededores como solía hacer Janok, sólo que Janok iba con el carro y el caballo y su mujer iba andando.

Rabbí Jayim me vio, salió a mi encuentro y me invitó a entrar.

—Lo indicado sería obsequiarle con fruta —me habló—; pero no tengo fruta. Quizá le apetezca probar lo que preparé para los niños.

Me trajo un cuenco de puré de mijo

y le echó miel por encima.

El cuenco parecía estar lleno de oro puro y olía como los soleados días del pasado, cuando el tiempo mostraba su lado bueno y el mundo estaba alegre. Hacía varios días que no tomaba un plato caliente y mucho más que no probaba mijo con miel. Pero lo comía con sentimientos encontrados, pues no sabía si debía pagar a Rabbí Jayim y, en el caso afirmativo, cuánto debía pagarle. Finalmente, eché mano al bolsillo, pero Rabbí Jayim rehusó.

—¿Quiere cumplir a expensas mías el precepto de la hospitalidad? —le pregunté.

—Lo que quise fue presumir ante

usted de mis habilidades.

—¿Dónde aprendió a preparar platos tan exquisitos?

—Mañana le prepararé algo todavía mejor.

—¿Podrá? ¿Dónde aprendió?

—Adquirí muchos oficios durante el cautiverio. Éste es uno de ellos.

Desde aquel día empecé a ir a casa de Janokina una o dos veces a la semana. Al pasar por delante, Rabbí Jayim salía a mi encuentro, me invitaba a entrar y me ofrecía algo de comer. Unas veces comía conmigo y otras veces se dedicaba a moler cebada mientras yo comía; molía la cebada que la Janokina vendía en el mercado, o daba clase a los

niños. Al regreso, me preguntaba a mí mismo: «¿Cuánto tiempo voy a tener que seguir ocupándome de la comida?». De vez en cuando, la patrona se acordaba de mí y me preparaba una buena comida, pero yo no podía saborearla a gusto, pues toda la casa olía a carne y a manteca. Y, además, como no la esperaba, me pillaba con el estómago lleno de fruta o de pan con sardinas. Por otra parte, si, fiándome de la patrona, no comía fuera del hotel, ese día ella se había olvidado de mí y no me había preparado nada. De todos modos, no tengo motivos para quejarme. Puedo volver a la tierra de Israel cuando quiera.

Hacía varios meses que no se rezaba en la vieja sinagoga, pues en ella no entraba nadie más que yo y Rabbí Jayim, que iba a cambiar el agua de la pila y a barrer el suelo. Como ya empezaba a pensar en volver a la tierra de Israel, me pareció que debía hacer depositario de la llave a Rabbí Jayim. Unas veces pensaba dársela públicamente, como yo la recibiera, otras veces me decía que sería mejor entregársela en privado. Pero antes de que pudiera poner en práctica mi proyecto me enteré de que Rabbí Jayim pensaba irse a vivir al pueblo, con su hija. Ella le ha instado muchas veces a que lo haga. Incluso vino a la ciudad con su marido, para

tratar de convencerle. Rabbí Jayim accedió y ahora se dispone a partir.

Una víspera del sábado, en que Rabbí Jayim fue a barrer y a cambiar el agua de la vieja sinagoga, me dijo:

—Si Dios quiere, después del sábado me iré a casa de mi yerno.

Hubiera debido alegrarme de que un anciano tan sabio y prudente y que tantas penalidades había tenido que sufrir, dejara por fin la leñera para ir a casa de su hija donde no había de faltarle nada; pero no me alegré. Pues, mientras Rabbí Jayim estuviera en la ciudad, él se encargaría del cuidado de la vieja sinagoga, y si se iba yo tendría que ir a buscar el agua y barrer el suelo, faenas a

las que no estaba acostumbrado.

Cuando me ponía a pensar en los distintos trabajos que me aguardaban, todos se me antojaban a cual más difícil y pesado. Unas veces me veía de pie junto a la fuente, llenando cántaros; otras veces barriendo el suelo de la sinagoga, envuelto en una nube de polvo.

Pregunté a Rabbí Jayim cuando, después de barrer la sinagoga, se disponía a marcharse:

—¿Dónde guarda la escoba?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Si se marcha, señor, ¿quién va a barrer la sinagoga, si no yo?

—¿Y cuándo se va usted? —me preguntó.

—¿A dónde?

—A su casa.

Yo le dije que mi casa era la sinagoga.

—Su casa es su esposa —dijo él. Y añadió—: Cuanto antes, mejor.

—¿Tiene miedo de que el mar se hiele?

—Dichoso del que vuelve a su casa cuando todavía es hombre.

—Aguarde un momento —le dije—. Los dos tenemos la misma estatura. —Cogí su mano entre las mías, incliné la cabeza sobre ella y agregué—: Este invierno me hice un abrigo y en la tierra de Israel no voy a necesitarlo, pues la tierra de Israel es cálida. Rabbí Jayim,

yo le ruego que no me lo rechace.

Rabbí Jayim movió afirmativamente la cabeza y fue conmigo al hotel. Al darle el abrigo, le dije:

—¡Cuánto pesa! Me parece imposible que haya podido llevarlo durante más de seis meses.

Cogió el abrigo y se lo puso.

—¡A mí me pesaba en invierno y usted se lo pone con este calor! —le dije.

—Honra tu vestido cuando no lo necesitas, para que él te honre a ti cuando lo necesites —dijo. Y, cogiéndome la mano, añadió—: Que el Señor le dé suerte durante el viaje y le lleve sano y salvo a su casa.

—¿Es que me voy de viaje? —le pregunté.

—Váyase poco a poco, antes de que la necesidad le obligue a correr.

La percha de la que colgaba mi abrigo ha quedado desnuda, reluciente. Mientras el abrigo estaba allí, no la veía; ahora que el abrigo ya no está, la percha ha quedado al descubierto. Y también él, el abrigo, parece haber cobrado mayor consistencia. No es que lamente que Rabbí Jayim lo aceptara. ¡Dios me libre!, es que con la ropa sucede algo extraño, como si el cuerpo la echara de menos cuando se desprende de ella. El hombre no es como la serpiente, que se quita la piel y se

marcha, dejándola tirada en el suelo. Por fin, el abrigo desapareció por completo de mi vista; es de suponer que se había acostumbrado ya a su nuevo dueño. Me alegré de verme libre de semejante preocupación, pues necesitaba tener la mente despejada para contar el dinero que me quedaba y ver si me alcanzaría para el viaje de vuelta.

No vayas a creer que tuviera intención de partir en seguida, ya que todavía no había encontrado a quién entregar la llave. Sin embargo, pensé que ya era tiempo de saber cuánto dinero tenía y lo conté como lo contaba mi buen padre, antes de acostarse. No como mi abuelo, que en paz descansa,

que nunca contaba el dinero, ya que los profetas habían dicho: «Sólo está bendito aquello que se oculta a la mirada». Y así, cuando se le acercaba un pobre metía la mano en el bolsillo y le daba un puñado de monedas. Hubo un tiempo en que contaba el dinero que sacaba, para averiguar cuánto valía aquel pobre a los ojos del Altísimo, alabado sea. Después dejó de contarlo, pues decía: «¿Para qué quieres descubrir los secretos del Altísimo?». En algunas cosas uno se parece al padre de su madre y en otras cosas a su propio padre. Yo me parezco al padre de mi madre en que no cuento lo que doy; pero mientras mi abuelo no lo contaba por

respeto a los secretos del Altísimo, yo no lo cuento por pereza. Y es que me da pereza mirar el dinero. Y me parezco a mi padre en que aquel día me senté a contar el dinero; pero mi padre sabía contar y yo no. Hasta he olvidado las lecciones de cálculo que tomé siendo niño.

¿Cómo conseguí el dinero? Si no lo he dicho ya, voy a decírtelo ahora. Cuando mi casa fue destruida y saqueada por los árabes, el Gobierno me dio una indemnización; pero la suma no alcanzaba para reconstruir y equipar la casa. Además, mi mujer estaba muy deprimida por la desgracia y no se hallaba en condiciones de encargarse de

las tareas del hogar. Así que se fue con los niños a Alemania, a casa de unos parientes, y yo volví a mi ciudad natal, para visitar la tumba de mis padres. Hacía muchos años que faltaba de allí, pues mientras viví tranquilo y en paz no sentí deseos de salir del país. Como mi mujer y mis hijos vivían con unos parientes no necesitaban dinero, de modo que me quedé con todo lo que nos dio el Gobierno.

Mucho no nos dio el Gobierno; pero el dinero que sale de la tierra de Israel tiene una propiedad especial: lo que en la tierra de Israel es un céntimo, en el extranjero es un florín. Y es que la tierra de Israel vive bajo el signo de la

esplendidez y allí un florín vale lo que un céntimo. En los países de los pueblos que viven bajo el signo de la mezquindad un céntimo vale un florín. Así las cosas, el que sale de la tierra de Israel puede vivir holgadamente aunque gaste el dinero como se acostumbra en la tierra de Israel, es decir, bajo el signo de la esplendidez.

Ya he dicho que no soy buen contable; de todos modos, pude darme cuenta de que no me quedaba mucho. Y para no empezar el Sábado con preocupaciones, interrumpí mis cálculos y los dejé para después del Sábado.

CAPÍTULO LXV

Enfermedades del cuerpo

Mientras el abrigo estuvo colgado en el armario, el libro *Las manos de Moisés* quedaba escondido. Cuando desapareció el abrigo, el libro quedó al descubierto.

Allí está el libro y yo no sé qué hacer con él. Sé bien que no tiene propiedades curativas, pues no está escrito de puño y letra de su santo autor, sino de su criado El Yakim, llamado Getz. No diré que fuera una casualidad

que algunas mujeres encontraran alivio teniéndolo a su lado; pero estoy seguro de que debieron existir otros motivos que desconozco, pues la experiencia me ha enseñado que la casualidad no existe, que todo lo que sucede en el mundo tiene su causa en el Altísimo, alabado sea; pero los hombres han inventado estas palabras para no tener que dar gracias al Motivador de todas las causas.

Abrí el libro. ¡Qué escritura más hermosa! ¡Qué signos más primorosos! Así escribían nuestros padres las palabras de la Torá. Y es que ellos amaban la Torá y ejercitaban la mano con su texto. Si no hubiera transcurrido

ya la mayor parte de los años de mi vida, me ejercitaría en estos signos, pues hace ya muchos años mi letra se estropeó, por escribir con prisas y no trazar los signos cuidadosamente. Cuando mi buen padre me enseñó a escribir, me hizo copiar un verso de la Torá y, después, un verso de los Profetas, pues en la Torá no hay ningún verso en el que aparezca todo el alfabeto, incluidas las letras finales. Cuando supe trazar todas las letras, copié versos de los salmos, cuyas iniciales formaran mi nombre, por ejemplo: «Señor, fuiste propicio con tu tierra...». «Alegra el alma de tu siervo...». «Me pusiste en una fosa

profunda...». «Un Dios hay que juzga en la tierra...». «Envíe el Señor su gracia y fidelidad...». «Líbrame de los malhechores...». Cuando mi mano se hizo más fuerte, escribí versos que yo mismo componía. Y no lo hacía mal, pues escribía oraciones que luego guardaba en mi devocionario para recitarlas al acabar el rezo. Cuando mi mano se hizo más fuerte, compuse cantos y poesías. Y tampoco estaba mal, pues los dedicaba todos a Jerusalén. Cuando mi mano se hizo más fuerte todavía, compuse otros versos, inspirados por un amor distinto. Y cuando el corazón del hombre se enreda en cosas superficiales, la mano escribe de prisa y no se esmera

en la caligrafía. Si no hubiera transcurrido ya la mayor parte de los años de mi vida, miraría atentamente los signos de este libro y trataría de mejorar mi letra.

La mayor parte de los años de mi vida había transcurrido ya. Y en lo tocante a mejorar... hay cosas en mí que reclaman con mayor urgencia una mejora. Se me ocurrió arrancar una hoja del libro y enviarla a mis hijos, para que les sirviera de modelo y pudieran perfeccionar su letra; pero después pensé que cada época tiene su propia escritura. ¿Cómo puedo yo imponerles una escritura de tiempos pasados? Yo, personalmente, prefiero la antigua. Pero

no todo lo que es hermoso a mis ojos tiene que serlo también a los ojos de los demás.

El tiempo se divide en pasado, presente y futuro. Para mí, todas las épocas son iguales. Lo que en el pasado era hermoso, es hermoso en el presente y seguirá siéndolo en el futuro. Pero muchos de mis contemporáneos son de otra opinión: lo que en el pasado era hermoso, en el presente es absurdo y en el futuro lo será más aún.

Pero dejemos la escritura.

Estamos en los días más calurosos del verano y yo tiritito de frío. La sangre está fría y enfría el cuerpo. Si no hubiera regalado mi abrigo, me lo pondría.

Sentado a la puerta del hotel, levanto la vista al cielo. El sol se esconde tras las nubes y no me mira, ocupado como está en su peregrinaje. Y es que ya he iniciado la marcha hacia la tierra de Israel.

Me siento abatido. Si alguien se para a hablar conmigo, me inclino profundamente, como si me hiciera un gran favor. Cuando hablo, mi voz es débil. Me pregunto: «¿Se habrá dado cuenta de lo débil que tengo la voz?». Y, preocupado por la pregunta, no entiendo lo que me dice mi interlocutor y me siento más confuso y abatido que antes. Espero ansiosamente que llegue la noche, para poder encerrarme en mi

habitación, sin ver a nadie.

Empecé a sentirme mal el día que volví del pueblo, mas no le di importancia; y ahora mi cuerpo se hacía notar con fuerza y todos mis miembros estaban profundamente doloridos.

Cuando me quedaba solo no pensaba más que en mí y en mis males. ¿Quién me los había causado? Contribuyó mucho la mala alimentación, mucho el desbarajuste en el horario de las comidas y no poco el hambre que había pasado últimamente. Al fin, todas estas causas se fundieron en una sola y vino lo que tenía que venir.

Fui a la farmacia y me compré un medicamento contra la fiebre. Cuando

tomo quinina, por pequeña que sea la cantidad, siento dolor en el corazón, este corazón que yo creí que era fuerte como una roca y que de pronto se ha vuelto blando como la cera y tengo la sensación de que una piedra me lo aplasta. Todas las noches, en cuanto aparecen las estrellas, me acuesto, me tapo y cierro los ojos. Antes de dormirme, se me escapa un suspiro: pobre del que se acuesta para no levantarse más.

Ahí está, en la cama, sintiendo que su corazón late cada vez con más fuerza, bajo el peso de la piedra que lo oprime. Cuando llegó a la ciudad, estaba sano y fuerte y todos le envidiaban. Ahora es el

más débil y al levantarse, por la mañana, se siente peor que la víspera.

Una noche no podía dormir. Mi ánimo estaba tan decaído que de mi mente no se apartaba la idea de la muerte. Tal vez no estuviera enfermo de muerte, pero no podía dejar de pensar en mi fin.

Encendí una vela, me levanté de la cama, me senté ante la mesa y apoyé los brazos en las rodillas. Al cabo de un rato, levanté la mano izquierda y apoyé la cabeza. Entonces me dije: «Debes hacer testamento».

Cogí papel y pluma y escribí lo que debía hacerse con mi cuerpo después de mi muerte. Como había venido de la

tierra de Israel pensaría que deseaba ser enterrado en ella; por eso dispuse explícitamente que se me enterrase allí donde muriese, que no se trasladasen mis restos a la tierra de Israel. A este hombre le basta ir a donde vaya el pueblo de Israel, ya que por su propia voluntad salió de la patria. Concedo que ha de ser duro abrirse paso por los caminos subterráneos; pero ¿fueron fáciles las peregrinaciones que hice en vida? ¿Me es mi cuerpo tan querido que aún después de muerto tenga que cuidar de él?

Mientras escribía, recordé la llave de la vieja sinagoga que me había sido entregada por los ancianos la víspera de

la fiesta de la Expiación. Me puse a pensar qué debería hacerse con la llave si yo moría. Quizá fuera lo mejor disponer que fuese colocada entre mis manos y se me enterrase con ella, como aquel sastre que pidió que se hiciese con su mesa un ataúd y se le enterrase en él, con el metro en la mano, para probar en el otro mundo que no había medido más de lo debido; o como el escriba que dispuso que se le enterrase con la pluma que le había servido para escribir el Nombre de Dios. Pero ellos habían adquirido sus méritos con estos instrumentos; pues antes de pasar por sus manos eran simples instrumentos y fue el trabajo de sus dueños el que los

santificó. La llave, por el contrario, tenía un valor propio desde el principio. Más aún, antes de llegar a mis manos poseía mayor importancia, pues servía para abrir la puerta a los que estudiaban la Doctrina. ¿Qué derecho tenía yo para disponer que fuera enterrada conmigo?

Y como no sabía qué hacer con la llave, opté por no mencionarla. Pensé en mi mujer y en mis hijos, en lo que debía decirles antes de mi muerte, en lo que debía disponer en primer lugar y en lo que debía dejar para el final. En esto se pasó la noche y empezaron a brillar los primeros rayos del sol. Aparté a un lado mi última voluntad y recé la oración de la mañana. De pronto, sentí que la

enfermedad había cedido, salí a desayunar y comí con apetito. Hacía tiempo que no saboreaba los alimentos con tanto deleite. Después de comer y beber, cogí la llave y me fui a la sinagoga.

CAPÍTULO LXVI

Un principio filosófico

Cesaron las lluvias y el sol volvió a brillar. Una luz difusa caía sobre las casas y sobre los adoquines de la calle. A cada paso, me parecía que iba alejándome de mi enfermedad, me sentía revivir. La enfermedad se había batido en retirada, pero yo no sabía si volvería a la carga. Pensaba: «Voy a gozar de este día, tal vez mañana no me depare ningún goce».

Sin embargo, no tenía la menor idea

de cuáles eran los goces, espirituales y materiales, que ansiaba. Si me lo hubiese preguntado, no hubiera sabido qué responderme.

No me formulé ni la más simple de las preguntas y me limité a gozar de todo lo que veían mis ojos, y hasta las criaturas terrestres menos indicadas para proporcionar alegría al espíritu me causaban diversión y me hacían sentirme en paz.

Los tenderos habían salido a la puerta de sus establecimiento, como para distraerse. Éste jugueteaba con el metro y el otro charlaba con la vecina. Saltó un gato de un tejado, se tendió en el suelo y paseó una mirada de

desconfianza por su alrededor. Pasó un carro cargado de cereal y varios chiquillos se asieron a él. La mujer se alisó el pelo y miró el carro. Lolik pasea con una señora que viste como un hombre. Ignaz va tras ellos gritando con voz nasal: «*Peniendze!*». El cartero vuelve de su trabajo, balanceando la cartera vacía. En esta calle se entremezclan cosas que aparentemente no tienen nada que ver entre sí y, no obstante, todas juntas retratan su fisonomía.

Además de las cosas que he mencionado, había otras muchas de las que no he hablado y que, no obstante, hacían sentir su presencia.

Al entrar en la calle de la sinagoga, me pareció ver salir de allí al cerrajero. Corrí tras él, para saludarle, pero luego me di cuenta de que me había equivocado y me alejé en otra dirección. Pasé por delante de la casa de la divorciada. La pequeña Sipporá salía de allí con cara de pena.

—¿Por qué estás triste? —le pregunté—. Si es porque tu padre se va, debes saber que es por su bien. En casa de tu hermana no ha de carecer de nada.

—Mi padre no se va todavía, ni se irá tan pronto.

—¿Por qué?

—Ha escrito Ana —me respondió—. Dice que viene.

—¿Todo este tiempo rogándole que vaya a su casa y ahora que él se ha decidido a ir retrasa su marcha?

—Ana es mi otra hermana, la que muchos suponían en Rusia. Pero no huyó a Rusia, sino que se encontraba con un grupo de emigrantes.

—¿Estaba en el país y no vino a ver a su padre?

—Ella quería venir, pero estaba enferma.

—Y ahora se ha curado y viene hacia acá —dije.

—Eso decía en su carta y eso creíamos todos —respondió Sipporá—; pero ahora ha vuelto a caer enferma y no sabemos si decírselo a mi padre.

—¿Qué dice tu madre?

—Ella tampoco sabe qué hacer —
respondió Sipporá.

—¿Qué llevas en ese paquete? —le
pregunté.

—Una camisa que hemos hecho para
mi padre. Ahora iba a llevársela.

—Tu padre se dará cuenta de tu
tristeza y comprenderá que ha sucedido
algo malo, y cuando te pregunte tú se lo
contarás y él se entristecerá también.

—Entonces volveré a casa y no le
llevaré la camisa.

—Llévasela —le dije—, puede que
se alegre al recibir el regalo.

—¿Me aconseja usted que vaya a
ver a mi padre?

—¿Qué puedo yo aconsejar!
Confiemos en nuestro Padre Eterno cuya misericordia es inmensa. ¿Quién te ha dicho que Ana volvía a estar enferma?

—Vino un joven llamado Zví que pertenece a un grupo que está cerca de la ciudad y nos trajo una carta de Ana.

—¿Y qué tiene Zví que ver con Ana?
—le pregunté.

—Dice mi madre que son novios.

—¿Zví novio de Ana?

—¿Conoce usted a Zví? —preguntó Sipporá.

—¡Pero si me dijo que dentro de poco salía para Israel!

—Primero se iría Zví y después ella.
¿Cómo es la tierra de Israel?

—¡Vaya pregunta! Es preciosa.

—Entonces, ¿por qué está usted todavía aquí, donde se vive tan mal?

—Eres todavía una niña, Sipporá, y crees que la gente sólo busca lo que es bueno.

—Si uno sabe lo que es bueno, ¿por qué no se queda con ello?

—Ahora hablas como una persona mayor. ¿Sabes, tal vez, cómo está Genendel? ¿Conoces a Genendel?

—Conozco a Genendel —respondió Sipporá—; pero no sé cómo está.

—Entonces voy a verla.

Pero no fui a ver a Genendel. Hay días en los que el hombre sólo busca su propio bienestar y rehuye el contacto

con las desdichas ajenas. Antes de que pudiera pensar seriamente en el precepto de consolar a los enfermos, mi corazón me había llevado ya a otro lugar, a la calle de la ribera del Strypa donde hay una casa en la que viví cuando era niño. Mil veces había estado en ella. Con ésta sería mil y una.

Soy hombre de casa y amo las casas en las que pasé la juventud. En primer lugar, porque la casa protege al hombre del sol y del frío, de la lluvia y de la nieve, del polvo y del ruido del mundo. Y, en segundo lugar, porque la casa es el reino del hombre, la parte del mundo que le ha sido asignada y en la que nadie más que él puede gobernar. Y da lo

mismo que sea de su propiedad o que sea alquilada. Mi padre, en paz descansa, nunca tuvo casa propia; por eso, de vez en cuando, nos mudábamos. En una de las casas en que vivimos empecé a estudiar la Torá, o los Cinco Libros de Moisés, en otra, el Talmud, y en otra, la *Mesa preparada*. Algunas de ellas fueron semidestruidas y de otras no queda más que el solar. Pero hay una que todavía sigue en pie y es ahora aún más hermosa que antes. Es la casa del viejo hojalatero que la vendió al doctor Zvirn. Éste hizo en ella bastantes mejoras. La guerra destruye por un lado y construye por el otro. Antes de la guerra, nadie necesitaba a Zvirn.

Después, todos tenían que acudir a él. Al volver a la ciudad, algunos de los refugiados se instalaron en casas que no les pertenecían, por lo que los propietarios tuvieron que demandarlos judicialmente, y como no quedaba en Szybuscz ningún otro abogado, Zvirn se hizo rico y compró casas y una de ellas era la del hojalatero.

Al hojalatero se le llamaba también *el Viudo*, pues su esposa murió al cabo de un año de su matrimonio, al dar a luz a su hijo, y él no volvió a casarse, lo cual no era corriente en aquellos tiempos, ya que el que enterraba a su mujer no tardaba en contraer nuevo matrimonio.

En la época en que nosotros fuimos a vivir a su casa, el hojalatero dejó su oficio y se instaló con su hijo en la buhardilla y alquiló el resto a mi padre. Arriba hacía la comida para sí y para su hijo y cuidaba del niño. Por las mañanas, entraba en casa, nos daba los buenos días, mirándonos amistosamente a través de sus lentes, y ya no se le oía más en todo el día.

Aquellas gafas me daban mucho que pensar, pues en uno de los lados, en lugar de cristal, tenían una placa de latón. Uno de mis amigos me aclaró el misterio. Cierta día, poco después de la Fiesta, entró en su taller un niño de hermosos ojos que le dijo: «Padre,

hágame un farol, pues se acercan los días de invierno y tenemos que estudiar durante la noche». Aquel niño no había nacido de mujer, pero esto no lo sabía el hojalatero, aunque hubiera debido apercibirse de ello como después se verá. Al cabo de tres días, volvió el niño a recoger el farol. «Aguarda un momento —le dijo el hojalatero—, voy a poner el soporte para la luz». «No necesito luz —respondió el chiquillo—, tu ojo me servirá de luz». El niño cogió el farol y se fue. Entonces empezó a soplar el viento y el ojo del hojalatero se puso a parpadear. «¿Qué sucede? —preguntó el hombre—. El viento me sopla en la cuenca del ojo como si

estuviera vacía». Su vecino le miró y dijo: «Tu ojo ya no está».

Me detengo en la calle en que viví de muchacho y recuerdo tiempos pasados, cuando estudiaba en el *Jéder*^[*], y Kuba, el hijo del hojalatero, asistía a la escuela «Barón Hirsch». Mientras él fue a la escuela y yo al *Jéder* no existió amistad entre nosotros. Una cortina de hierro separaba a los niños del *Jéder* de los que van a la escuela, pues los primeros se preparan para el estudio del Talmud y estos últimos para adquirir un oficio. Cuando él empezó a ir al Instituto y yo a la sinagoga y a la «Asociación Sionista», nos acercamos un poco más el uno al

otro y nos hicimos amigos. Por un lado, porque yo quería que él me hablara de Homero y de Mickiewicz y, por otro, porque él me pedía que le contara cosas del sionismo. ¿Dónde estará ahora? Sabe Dios.

Puesto que había dicho a Sipporá que iba a ver a Genendel, me dije que no debía engañar a la niña. Dejé la calle de Strypa y me fui a casa de Genendel.

Genendel estaba curada o quizá seguía enferma. Estaba sentada en una silla, con una manta sobre las rodillas. Tenía los ojos abiertos y el labio inferior le temblaba constantemente. Su hermano Aarón estaba a su lado, acariciándole las mejillas y ella le

acariciaba la mano. Hacía tres días que Aarón estaba en la ciudad y aún no había salido de casa, por eso no fue a verme. Estaba demacrado y tenía los ojos hundidos.

—Lo que son las cosas —me dijo—. Veinte años sin vernos y ahora volvemos a encontrarnos al cabo de unas semanas. Dame un beso, amigo.

Cuando me abrazó y me besó, no sé por qué, tuve miedo de que sonriera. Luego, miró a su hermana y dijo:

—Ha vuelto a dormirse. ¿Qué cómo fue? Fue un día raro. Nada de lo que intentaba hacer me salía bien. Pensé: «Me voy a trabajar». Fui a una factoría en la que me surtía de mercancías, pero

sentía un peso en el corazón, un peso terrible. De pronto, sonó un disparo. Aquel disparo me sacó de quicio. Me levanté de un salto y dije: «¿Qué ha sido eso?». Antes de que pudieran responderme, sonó otro y luego un tercero. Me llevé las manos al corazón y salí corriendo. Encontré a dos hombres y les pregunté: «¿Dónde han sido esos disparos?». Ellos me contestaron: «No lo sabemos». «¿Cómo es posible que no lo sepan?», pensé entonces. Pregunté a otros dos. O tal vez no les pregunté, pues al momento desaparecieron de mi vista. Encontré a tres conocidos y les hice la misma pregunta. Estaban blancos como el papel. Extendieron la mano y

dijeron: «Sonaron por ahí». «Ahí está la cárcel», les dije. «Puede ser», me contestaron, y trataron de alejarse. Yo les grité: «¡Decidme quién ha disparado y contra quién!». Uno de ellos respondió: «Seguramente fueron disparos al aire». Yo le dije: «Díganme lo que sepan». Él tartamudeó: «Un preso se escapó y dispararon contra él». «¿Un hombre o una mujer?», pregunté entonces. Ellos se echaron a llorar, mientras movían la cabeza afirmativamente. Volví a la factoría, cogí el sombrero y eché a correr hacia la cárcel. Allí me enteré de lo ocurrido...

La vieja despertó y dijo:

—Aarón, si quieres, acompaña a tu

amigo, pero vuelve en seguida.

Le indiqué por señas que siguiera sentado.

—Quédese un ratito más —me dijo Genendel—. Quisiera hacerle una pregunta. Hace años, estuvo aquí un judío de la tierra de Israel, que me vendió un puñado de tierra de allí. Si se la enseño, ¿podría decirme si es auténtica? Aquel hombre venía por cuenta de una sociedad llamada «Medianoche». Sus miembros se levantan a medianoche y profieren lamentos por la destrucción del Templo. Traía una caja con tierra de diferentes lugares, clasificada como una especie de botica ambulante. ¿Qué le parece? ¿Se

puede creer que aquella tierra procedía de la tierra de Israel, o quizá la había cogido del huerto de la esquina?

—La tierra de Israel existe —le dije —, y en la tierra de Israel, hay tierra. Si el judío de quien me habla venía de la tierra de Israel, ¿por qué pensar que la tierra que le vendió no procedía de allí?

—¿Por qué he de creerle si puedo elegir entre creerle y no creerle? —preguntó Genendel.

—¿Por qué se la compró, entonces? —dije.

—¡Vaya una pregunta! —exclamó ella—. ¿Por qué se la compré? Si uno supiera de antemano por qué hace las cosas, el mundo sería un auténtico

paraíso.

Al marcharme, entré a ver a Leibtshe Bodenhaus. Tiene una habitación pequeña y muy bien ordenada. Hay en ella una mesa, una cama, un pequeño quinqué y, colgado en la pared, un cuadro del profeta Moisés con las Tablas en la mano en las que aparece el alfabeto latino desde la A hasta la I y dos majestuosos cuernos en la cabeza. Sobre la mesa hay dos libros abiertos, uno es el Pentateuco y el otro, dicho sea guardando la debida distancia, los versos de Schiller; hay también un tintero de tinta azul, tres plumas, una reglilla, cuadernos y libretas de notas, todo limpio y bien ordenado. En toda la

ciudad no encontraréis una habitación tan bonita y bien cuidada.

Leibtshe se puso en pie y, frotándose las manos, me dijo:

—¡Cuánto honor para mí! He aquí que, sin ningún esfuerzo por mi parte, se me ha concedido un deseo que no me atrevía a formular en voz alta. Siéntese, señor, siéntese, yo estaré de pie.

—Vive usted como un filósofo —le dije.

—¡Ah, señor, valiente filósofo soy yo! ¡Si no poseo ninguna de las virtudes de la filosofía! Spinoza nos exhorta a no reír, ni llorar, ni entusiasmarnos, sino a comprender. ¿Puedo yo decir que cumpla sus preceptos, salvo por lo que

se refiere a la risa? En lo demás, señor, soy lego. Nos manda no llorar. ¿Cómo no voy a llorar si la desgracia nos acosa por doquier: la desgracia que causan los hombres, la desgracia de los malos instintos y la desgracia con que nos pone a prueba el Creador? Lo mismo me ocurre con el entusiasmo. ¿Cómo no voy a sentir entusiasmo cuando veo con mis propios ojos cómo Dios Nuestro Señor me llena de su gracia, a mí, que no soy más que un humilde gusano; cómo me anima de un espíritu elevado y pone en mi boca rimas para cada uno de los versos de la Torá, y no digamos el entusiasmo que hacen nacer en mí las palabras de la Torá, salidas de la boca

del Todopoderoso? ¿Cómo no va uno a entusiasmarse? Y ahora, señor, pasemos a la última consigna del filósofo: «comprender». Por más que nos esforcemos, nunca llegaremos a comprender. Veamos, por ejemplo, el verso que dice: «Y Dios se enoja todos los días». ¿Hay quién comprenda por qué se enoja? Si es porque le hemos ofendido con nuestros pecados, ¿tiene por ello que ponernos a prueba en esta vida, lanzándonos todas sus flechas? ¿No sería preferible que nos tratara como recomienda el filósofo, es decir, que mostrara comprensión hacia nosotros? No interprete mis palabras como una blasfemia, señor. ¡Nada más

lejos de mi ánimo que pretender juzgar los actos de Dios! No hay en mí asomo de osadía, señor: si usted quisiera ponerme el pie en la nuca, yo me agacharía para que no le costara ningún esfuerzo. Pero ¿qué puedo hacer yo? Este corazón es carne, no ha ascendido los peldaños de la filosofía y duele y llora y a veces tiene cosas que son completamente ajenas a la filosofía. Cuando, sentado a mi mesa, voy poniendo en rima capítulo tras capítulo, todo me parece perfecto; pero en cuanto suelto la pluma y apoyo la cabeza en la mano o me llevo la mano a la cabeza, me doy cuenta de que el mundo está mal. ¿Y cómo va a estar bien, si el Creador

está enojado con él? Nuestros profetas, ¡bendita sea su memoria!, nos tranquilizaron diciendo: «¿Cuánto dura su Ira? Un instante». ¡Señor mío! Su Ira dura un instante al día, pero sus criaturas viven acosadas las veinticuatro horas del día.

»No voy a hablar de la guerra. Si estoy una hora sin pensar en ella, me parece haber gozado de una gracia inefable. Pero algo sí le diré. Durante la guerra, serví con un médico. Una vez nos trajeron a un muchacho al que se le habían helado los pies en la trinchera. Y por tener los pies helados no podía moverse y buscar refugio ante el enemigo. Una granada le saltó los

dientes y le destrozó la mandíbula. Sus pies, señor, no tenían remedio, pues ya no había vida alguna en ellos. Conque el médico tuvo que amputarle las piernas por encima de la rodilla. Pero le arregló la boca, cosiendo por aquí, cortando por allí y volviendo a coser le colocó una especie de mandíbula artificial de no sé qué material. Cuando vi al muchacho sin piernas y con la cara destrozada, volví la cara y me eché a llorar y tuve miedo de volverme loco. Pero el médico parecía satisfecho, y cuando no tenía otros heridos que atender se dedicaba a éste, le hacía injertos y decía, refiriéndose a célebres profesores: “En su vida hicieron un trabajo tan limpio”.

Como cada día traían más heridos, nuestro hospital pronto estuvo lleno a rebosar, por lo que los heridos más antiguos eran trasladados en camiones a los hospitales de la ciudad. También nuestro soldado tuvo que ser trasladado. El médico no quería que se lo llevaran, pero no pudo hacer nada por retenerlo. De modo que le colgó un papel al cuello en el que indicaba el tratamiento que debían aplicarle y los alimentos que podía tomar. A nosotros nos había recomendado que le dedicásemos todos nuestros cuidados, pues el muchacho tampoco tenía fuerza en las manos y no podía llevarse la comida a la boca. Íbamos al lado del transporte vigilando

a los heridos y procurando hacerles más llevaderos sus sufrimientos. Nos salió al paso un teniente alemán. “¿Hay sitio en el camión?”, nos preguntó. “Está lleno de heridos y enfermos que llevamos al hospital de la ciudad”, le dijimos. “Dejadme ver si es cierto que no hay sitio para un oficial alemán”. Y cogiendo al soldado de la mandíbula destrozada, lo dejó en medio del páramo y se sentó en su sitio. ¿Comprende usted esto? Todos nuestros esfuerzos por comprender son en vano.

»Otro ejemplo, éste de tiempos de paz. Pero ¿para qué voy a entristecerle, señor? A veces, al pensar en estas cosas, llego a la conclusión de que no

merece la pena vivir; incluso cuando el hombre no peca sino que hace el bien, su misma existencia da origen al mal y provoca el pecado. Y es que, como sus semejantes no se encuentran a su altura, se sienten impelidos a hacerle daño, tanto por causa del mal que hay en ellos como por el bien que anida en él. Espere un momento, señor. La tía me llama. En seguida vuelvo».

CAPÍTULO LXVII

La calle en que viví cuando era joven

No esperé a que volviera Leibtshe. Cuando él se fue a ver a su tía, yo me marché.

Me dirigí a la orilla izquierda del Strypa, donde se levanta la casa en que viví con mis padres y mis hermanos. Ya a primera hora tenía intención de visitar el lugar, pero mi encuentro con Sipporá me distrajo. Aunque, para no entristecerme, Leibtshe había renunciado

a contarme las desgracias que presencié en tiempos de paz, yo no me sentía precisamente alegre. Por aquel entonces, tan triste te ponían las historias de guerra como las historias de la paz.

En otros tiempos, esta calle era un modelo de tranquilidad. A la entrada estaba la oficina de Correos; en el centro, el Instituto y, a la salida, un convento de monjas con un pequeño hospital y, entre unos y otros, hileras de casitas orientadas al Strypa. Frente a la oficina de Correos, un par de bancos pintados de verde, a la sombra de unas acacias. Allí se reunían los intelectuales de la ciudad, desdoblaban el periódico y se ponían a leer. Al anochecer, el lugar

era frecuentado por chicos y chicas que venían a pasear, hasta primeras horas de la noche; si hacía falta, podía alargarse el paseo una horita.

Los bancos habían desaparecido, las acacias habían sido arrancadas, la mayoría de las casas estaban destruidas y los intelectuales de la ciudad habían muerto. ¿Qué quedaba de aquel apacible rincón, además del río, que seguía corriendo, inmutable? Era el mismo río en el que yo solía bañarme y en el que la noche en que se rezan por primera vez las oraciones por las culpas encendía una luz, para iluminar a las almas de los ahogados, por si querían rezar también las oraciones, para librarse de los malos

espíritus que trataban de apoderarse de ellos. Como los bancos habían desaparecido y no había dónde sentarse, me encaminé hacia la casa en la que había vivido de joven.

Todas las casas estaban alineadas, menos ésta, que se alzaba algo más lejos de la calle y para entrar en ella había que subir unos peldaños de piedra. Delante de la casa, había una gran piedra y, detrás, una especie de jardincillo que terminaba al pie de una colina, y, más allá de la colina, el fin del mundo. Siendo niño, cavé un pequeño pozo, parecido a la cisterna de Ashmoday, el rey de los espíritus del que habla el tratado *Keritot*^[*] del

Talmud, y en la plazoleta cuadrada de delante de la casa, jugaba a la pelota con las niñas del vecindario. No era aquél un juego como los que acostumbran a jugar los niños, que se inspiran en historias de la Biblia como, por ejemplo, el derrumbamiento de las murallas de Jericó o la lucha entre David y Goliat; pero el agitar de las manos, el repiqueteo de los pies y los fuertes latidos del corazón formaban parte de él, pues una vez lanzas al aire la pelota ella puede hacer lo que quiere, correr hacia un lado o hacia el otro, y tú nunca sabes si te volverá a las manos.

¿Cuándo dejé de jugar a la pelota con las niñas? Un día, yo corría tras la

pelota y una niña corría también, mi mano rozó la suya, enrojecí y entonces advertí que en el juego había pecado. Desde aquel día, jugué solo. Un día me vio jugar mi maestro y me dijo: «¿A dónde puede llegar un muchacho que juega a la pelota? Si la quieres, ¿por qué la arrojas lejos de ti? Y cuando la has arrojado, ¿por qué corres tras ella? Son los malos instintos los que te impulsan a correr. ¡No les hagas caso!».

¿Eran los recuerdos de aquellas escenas los que guiaban mi mirada o era lo que mis ojos descubrían lo que traía a mi mente aquellos recuerdos? Cada vez que veía la casa revivían en mí las mismas imágenes.

Esta vez los ojos del alma guiaban a los del cuerpo. Aunque permanecía de pie ante la casa con los ojos abiertos, la veía como era entonces, cuando vivía en ella con mi padre, mi madre, mi hermano y mis hermanas. Nosotros, abajo, y el propietario y su hijo, arriba, en la buhardilla. Nunca conocisteis a un casero mejor que aquél. Lástima que no le fuera dado acabar sus días en su casa. Y todo por culpa del doctor Zvirn, que se la compró por una suma ridícula. Lo que no consiguió Antush Jakubovitz lo logró el doctor Zvirn.

¿Y dónde está mi amigo Kuba, el hijo del hojalatero? Cuando yo marché a la tierra de Israel, él había terminado

sus estudios en el Instituto y se preparaba para ir a la Universidad. Si aún vive, será médico o abogado. Recuerdo que un día me dijo: «Cuando sea mayor, iré donde haya leprosos y me dedicaré a cuidarlos».

Estoy ante la casa. Estuvo mucho tiempo deshabitada, pero ahora parece que alguien la ocupa. ¿Quién será? Por ahí se decía que no había en toda la ciudad quien pudiese alquilarla, pues el doctor Zvirn pedía un alquiler bastante alto y por eso la casa estaba deshabitada.

Pensé: «Voy a llamar. Tal vez el inquilino sea amable y me permita visitarla. Al fin y al cabo, yo viví en ella

con mis padres y mis hermanos y por muchas reformas que haya hecho el doctor Zvirn el lugar conservará todavía un hálito de mi juventud».

Llamé a la puerta. Nadie contestó. Volví a llamar, pero todo permaneció en silencio. Atisé por una ventana, pero no vi más que mi propia sombra. Entonces comprendí que mi sombra me había engañado.

Me alejé de allí. Seguí andando hasta el convento que se levantaba al final de la calle. El convento, como la mayoría de las casas, está en ruinas. Desde que llegué a Szybuszcz no había venido por aquí y, si vine alguna vez, debió de ser por la noche, pues no había

reparado en la casita que tenía el rótulo en la puerta. Las letras estaban muy borrosas. Aquel rótulo parecía haber servido de blanco a una pandilla de chiquillos que hubiesen estado jugando a los arqueros. Con paciencia, descifré la inscripción. El letrero decía: «Dr. Jacob Milch, médico».

Salió de la casa un hombre alto y delgado, con unas botas toscas, como las que llevan los soldados. Los pantalones eran también de tipo militar, ajustados al tobillo. Llevaba el cuello de la camisa desabrochado y la barba enmarañada.

Iba ya a alejarme de allí cuando el hombre me miró fijamente entornando un ojo y me preguntó:

—¿No eres tú fulano de tal, el hijo de fulano de tal?

Y en seguida me tendió la mano y me llamó nuevamente por mi nombre, no el que ahora uso, sino el que usaba de niño.

—¡Kuba! —exclamé. Era mi amigo Kuba, el hijo del hojalatero tuerto. Y como no sabía qué decirle, le pregunté —: ¿Qué haces aquí?

—¿Qué hago aquí? Yo vivo aquí. ¿No has visto el rótulo de la puerta?

—¿Cuál es tu apellido? —le pregunté.

—Uso el de mi madre.

Inmediatamente me cogió de la mano y me condujo al interior de la casa, me

sentó en una silla y se me quedó mirando como si hubiera perdido el uso de la palabra. Luego, pasándose la mano por los ojos, dijo:

—¿Qué hacemos aquí tan callados? ¿Es que no tenemos nada que decirnos? Nosotros, que tanto hablábamos. Veo que mi nuevo nombre te ha dejado un poco confuso. Mis padres no estaban legalmente casados y yo fui inscrito con el nombre de mi madre. Por eso me llamo Jacob Milch. —Kuba se mesó entonces la enmarañada barba y añadió —: Oí decir que estabas aquí, pero el mismo día salí de viaje y no he vuelto hasta hace tres días. Me alegro de que hayas venido a verme.

—Estaba paseando por ahí fuera y llegué hasta aquí sin sospechar que iba a encontrarte. Y no es eso todo. Desde que llegué no he preguntado por ti. Desde la guerra me da miedo preguntar por mis viejos amigos, pues muchas veces he tenido que oír: «El pobre ya murió. Ocurrió así y así». Por eso ahora me alegro doblemente.

—Si no sabías que yo vivía aquí, ¿cómo se te ha ocurrido venir? —me preguntó Kuba.

—Estoy enfermo y salí a pasear. Desde que estoy en Szybuszcz, es la primera vez que vengo por esta parte.

—No tienes aspecto de estar enfermo. Quédate ahí sentado y

cuéntame. ¿O quieres que antes te examine, para que tu enfermedad no se nos escape y yo me pierda la visita?

Le enumeré todas las enfermedades posibles: fiebres intermitentes, anginas, trastornos cardíacos..., en suma, todas las enfermedades que a nadie deseo y que padecí o creí padecer durante los últimos días o en épocas anteriores.

El médico se puso su bata blanca, se lavó las manos, se colocó el espejito en la frente, cogió un pequeño espejo de mano y me hizo sentarme en una silla. Él se instaló frente a mí y me examinó la garganta. Luego, me dijo:

—Échate en el sofá.

Me auscultó el pecho y la espalda,

me dio golpecitos en el corazón y la columna vertebral, me dijo que podía ponerme en pie y me enumeró diferentes afecciones agudas y crónicas. Luego me dio varios consejos para el tratamiento de mi garganta y de mi corazón y dos clases de medicamentos, uno para el enfriamiento y el otro para el corazón. No quiso cobrar nada, pues dijo que los medicamentos el laboratorio se los enviaba gratuitamente desde Alemania para que los experimentase en sus pacientes.

Mientras hablaba, consultó varias veces el reloj y, finalmente, dijo:

—Tengo que ir a recoger a mi esposa. Siento mucho tener que

separarme de ti, pero no te dejaré marchar si antes no me prometes comer mañana conmigo. No tengas miedo que te ofrezca carroña y cosas impuras. Yo no como bichos sacrificados ni caza, nada de cadáveres y de cosas impuras.

—¿Eres tú el médico vegetariano que enseñó a mi patrona seiscientos treinta platos de verduras? —le pregunté.

—¿Y de qué ha servido, si sigue guisando carne? ¿No te ha hablado de mí la señora Sommer?

—¿Por qué iba a hacerlo? Cada vez que se refería a ti te llamaba «el médico vegetariano». Yo no sabía que fueras tú.

—¿Y no has preguntado por mí?

—Ya te he dicho que desde que terminó la guerra no pregunto por nadie. De este modo, cuando encuentro a un amigo la sorpresa es más grata, como me ocurrió ya con Schützling.

Kuba me miró fijamente y preguntó:

—¿Te has enterado de lo de Schützling? Me lo encontré en la estación. ¿No les bastaba a los guardianes de la Ley con quitarle a una hija, que tuvieron que robarle a las tres al mismo tiempo?

—Antes me has dicho que te fuiste el mismo día en que te enteraste de que yo estaba aquí. ¿Adónde has ido y por qué?

—¿Por qué y adónde? Muy sencillo, un médico, un colega mío, se puso

enfermo y me pidió que atendiera a sus pacientes. Y ahora que él se ha restablecido yo he vuelto a casa.

—¿Y a quién encomendaste tú tus enfermos?

—A sí mismos y al Padre Celestial —dijo Kuba—. Por otra parte, ¿acaso faltan médicos en Szybuszcz? Más que los enfermos a los médicos, necesitan los médicos a los enfermos. —Kuba sacó el reloj, guiñó un ojo con expresión de pesar y dijo—: Es hora de que me vaya. Recuerda que me has prometido comer mañana conmigo. ¡Hasta mañana!

Cuando le dije a la señora Sommer que estaba invitado a comer en casa del médico vegetariano, ella respondió:

—De modo que el médico vegetariano ha vuelto a la ciudad. — Luego suspiró, pues sin duda se reprochaba a sí misma no haber prestado a mis comidas la debida atención y añadió—: Mañana comerá usted bien. Ese médico sabe de cocina.

La señora Sommer no tenía una gran opinión del médico vegetariano, y tampoco el resto de la ciudad. Cuando un enfermo podía pagar al médico, llamaba a otro médico, si no podía pagarle, llamaba al doctor Milch y él iba a verle y luego le hacía otra visita, aunque no le llamara. Además, solía dar a los enfermos pobres lo que la gente del campo le ofrecía en pago de sus

servicios, pues éstos se sentían atraídos por él y acudían a su casa para que les curase y le pagaban con mantequilla, pan, verduras, huevos y fruta. La guerra y las desgracias acaecidas después derrumbaron muchos prejuicios y conceptos y crearon otros nuevos, unos mejores y otros peores que los de antes. Ocurrió en todas las clases sociales de Szybuszcz. Pero en lo tocante a los médicos, Szybuszcz seguía rigiéndose por las normas de antes de la guerra. Szybuszcz está acostumbrado a que los médicos se den importancia y no se mezclen con la plebe, a que sólo traten a los enfermos que les pagan. La Medicina conserva un tinte de ciencia oculta y

cuanto más alejado se mantiene el médico, más admirado es, y cuando percibe unos honorarios elevados se le llama especialista. El doctor Milch no hacía nada de esto y cuando encontraba a uno por la calle lo paraba y le hablaba como a un igual. Y si un enfermo era pobre, el doctor Milch le llevaba comida. Por eso la gente le trataba groseramente y se reía de él en cuanto daba la vuelta.

—Al principio, me ponía furioso — me dijo Kuba—. Después me dije que si ellos estaban locos yo no tenía por qué cambiar mi modo de ser.

Al día siguiente, fui a casa de Kuba. No tenía portero ni criada. Pero su

habitación estaba limpia, y su instrumental, bien ordenado.

En cuanto entré, empezó a acosarme a preguntas. Aún no había acabado de responder a una cuando me espetaba otra. Kuba quería enterarse en una hora de todo lo que me había sucedido en varios años. Y cuando me ponía a contárselo me interrumpía para hablarme de otra cosa. Su mente no descansaba. A sus ojos, todo lo que yo le refería no era más que el prólogo de lo principal. Todavía no sé qué era lo que quería oír de mí ni qué consideraba él lo principal.

Pasó la hora de la comida. Yo empezaba a tener hambre. Me decía a mí

mismo que mi amigo no tardaría en llevarme a una mesa bien provista en la que yo podría saciar mi apetito, y se despertó en mí aquella grata sensación que se experimenta cuando el ayuno está próximo a terminar y nos espera una succulenta comida. Kuba estaba conmovido y lleno de inquietud. Hablaba de mil cosas a la vez, de los amigos que habían muerto durante la guerra, de los árboles que había mandado plantar en el bosque de Herzl y a los que les había puesto sus nombres, de algunos de nuestros camaradas que no habían sido lo bastante fuertes y habían hecho cosas que no debían, y de uno en particular que se había salido del

camino recto, había causado la pérdida de otros y, finalmente, se había ahorcado en el retrete de su capilla. Mientras hablaba, Kuba se levantó y cogió un grueso álbum de fotografías. Había fotos suyas, de sus compañeros del Instituto y de la Universidad, de sus profesores, de los jefes del hospital en el que él había prestado sus servicios y de las enfermeras que allí trabajaban.

—¿Quién es? —pregunté con temor:

Kuba inclinó la cabeza y susurró:

—Mi esposa.

Desde la foto nos miraba una mujer alta y rubia, de bondadosos ojos azul oscuro. Cogí la fotografía para verla

mejor. Su elegancia y su encanto cautivaban de inmediato el corazón.

Kuba volvió a inclinarse, puso la foto en su sitio y miró alrededor, como un niño perdido en el bosque.

Saqué un cigarrillo y lo encendí. Kuba me preguntó horrorizado:

—¿Desde cuándo fumas? No recordaba que fumaras. Fumar es malo para el organismo, lo destruye. De todos modos, no merece la pena fumar inmediatamente antes de comer.

Se levantó, salió de la habitación y volvió al poco rato trayendo dos vasos de leche y unas galletas duras. Colocando un vaso delante de mí, dijo:

—Comamos y bebamos.

Bebí la leche, pero no toqué las galletas, para que no me quitaran el apetito, y esperé a que mi amigo pusiera la mesa y trajera la comida. Kuba, sentado en su silla, me observaba guiñando un ojo. Finalmente, lo abrió y mirándome fijamente me dijo:

—Debo decirte que te guardo rencor. Cuando ingresé en la Universidad, te escribí para decirte que quería emigrar a la tierra de Israel y preguntarte qué profesión debía elegir para ser útil al país. «Estudia Medicina», me respondiste tú.

—¿Y me guardas rencor porque te aconsejé que te hicieras médico?

—No es por eso, sino por lo que en

tu carta añadías: «Te digo esto para no dejarte sin respuesta. Pero si quieres hacerme caso, quédate donde estás y olvida esa idea de emigrar a la tierra de Israel».

—Bien dicho.

—¿Te parece bien? —preguntó Kuba.

—El que realmente quiere emigrar, emigra contra la opinión de todo el mundo. Si lo hubieses deseado realmente, hubieses emigrado.

Kuba guiñó un ojo y con el otro me miró en silencio, en actitud pensativa. Yo le cogí las manos y le dije:

—Yerujam Freier me guarda rencor porque le impulsé a partir y tú me lo

guardas por todo lo contrario. Vamos a olvidar el pasado. Háblame solamente de ti. Di, ¿no ha venido?

—¿Quieres saber por qué no ha venido? Ella y su marido decidieron otra cosa. Ya veo que no me entiendes —añadió Kuba—. Me explicaré.

—Tienes razón, Kuba; no entiendo absolutamente nada —le dije—. Si ella es tu mujer, tú eres su marido; pero si tú no eres su marido, ella no es tu mujer. Y por tus palabras se diría que tú y su marido sois dos personas diferentes.

—Así están las cosas —suspiró Kuba—: mi mujer no es mi mujer y yo no soy su marido.

—Entonces, ¿cómo puedo

explicarme que fueras a buscarla?

—¿Acaso es tan rica que pueda costearse la estancia en un hotel? Debe encontrarse con su futuro esposo y yo la invité a mi casa para que se ahorrara los gastos del hotel.

—De modo que os separasteis completamente enamorados.

—Decir que estamos enamorados es poco.

—Entonces, ¿por qué te divorciaste de ella?

—¿Por qué me divorcié de ella? He aquí una gran pregunta a la que no sé cómo responder. Debes de tener hambre. Voy a traer la comida.

Se fue y volvió con otros dos vasos

de leche. Él se bebió uno y a mí me dio el otro.

—¿Es esto toda la comida? —le pregunté.

—¿Crees que el hombre tiene que llenarse la tripa? Un vaso de leche por la mañana, otro a medio día y una rebanada de pan con dos o tres nueces, una manzana o una pera es suficiente comida. La gente no se muere de hambre, sino de indigestión. Pero si eres tan tragón, te coceré un huevo. Una campesina me trajo hoy una docena. Ya ves, no hace más que cuatro días que estoy aquí y mis pacientes empiezan ya a acudir. ¿Lo prefieres pasado por agua o revuelto?

—Volvamos a lo que estábamos hablando.

—¿Te refieres a por qué me divorcié?

—Cuéntame sólo lo que le contarías a cualquiera.

—A cualquiera no le contaría nada; pero a ti voy a contártelo.

El corazón de Kuba estaba rebosante y él no pudo resistirse. De manera que se dispuso a hablar.

—¿Eres *kohen*? —le pregunté entonces.

—¿Qué tienen que ver con esto los *kohen*?

Le expliqué que aquél que por su familia pertenece a la casta de los *kohen*

está considerado como un sacerdote y, por lo tanto, no puede volver a casarse con la mujer de la que se ha divorciado, contrariamente a lo que les ocurre a los levitas y demás judíos.

—¡Hay que ver cómo sois! —dijo Kuba—. Se os da un dedo y os tomáis la mano. Pero escucha lo que voy a decirte. En cuanto me divorcié deseé volver a casarme. ¿Puedes entenderlo?

—A ti te pasó lo mismo que a Hartmann —le dije sonriendo.

—¿Quién es Hartmann?

—Uno de allá. Un día, concedió el divorcio a su mujer. Cuando salían de casa del rabino, sintió que se enamoraba de ella y volvieron a casarse.

—Eso es exactamente lo que me pasó a mí; solo que yo no tuve valor para volver a casarme con ella. Pero viene a verme y se queda unos días en casa.

—¿Qué dirá su segundo marido? — pregunté.

—¿Qué quieres que diga? Nada.

—¿Y sabe lo que ella hace? ¿Y cree que entre vosotros dos no hay nada?

Kuba se puso en pie de un salto y gritó:

—¿Por quién la has tomado? No hay en el mundo mujer tan decente. Si la conocieras, no preguntarías semejante cosa.

—¿Y tú te divorciaste de una mujer

así?

—Lo pasado, pasado está —suspiró él—, especialmente cuando va a casarse con otro. Siéntate, voy a enseñarte la carta que les he escrito para felicitarles por su próxima boda.

Estuve varios días sin ir a visitar a Kuba, pues estuve ocupándome del envío a Jerusalén del libro *Las manos de Moisés*, con lo cual esperaba congraciarme con el alma de El Yakim, llamado Getz, quien se me había aparecido en sueños mirándome con enojo y me había dicho las mismas palabras que mi amigo Kuba pronunciara: «Te guardo rencor».

Al volver de la oficina de Correos,

me dirigí a la orilla izquierda del río, para hacer una visita a Kuba. Kuba se alegró de verme. Tenía la sensación de que le faltaba algo, no sabía exactamente el qué. Cuando fui a su casa se dio cuenta de que lo que le faltaba era mi compañía. Entonces le dije:

—No he venido a verte porque he tenido trabajo.

—Si hubieses venido, no me hubieses encontrado —repuso él.

—¿Estuviste fuera?

—Por supuesto; si no estaba aquí, estaba fuera.

—¿Fuiste a ver a algún enfermo?

—El enfermo fue a ver a los sanos.

—¿Qué significa eso?

—Significa que fui a la boda de mi mujer. Sí, amigo, sí. Como muy bien has dicho, no sirve de nada llorar el pasado, conque no pienso llorar. Pero algo sí que quiero decirte; dos errores cometí: uno fue divorciarme, y el otro, no volver a casarme con mi mujer.

—Aún podrías añadir otro error, el primero: el que cometiste al casarte con ella.

—Tal vez tengas razón —suspiró él—, o tal vez no.

CAPÍTULO LXVIII

Sipporá

Después de despedirse de mí, Rabbí Jayim no se fue a casa de su hija, la que estaba casada y vivía en el pueblo, pues Ana, otra de sus hijas, le había escrito que pensaba venir a verle y él decidió esperar su llegada. Ana cayó nuevamente enferma y no pudo venir.

Un día lo encontré en la fuente y le dije:

—¿Rabbí Jayim está todavía en la ciudad?

Él movió afirmativamente la cabeza. Desde aquel día, cuando pasaba por su lado, hacía como si no lo viera, pues me di cuenta de que prefería pasar inadvertido. Es de suponer que sentía no haber cumplido su palabra y continuar en la ciudad, después de decir que se iba.

Otro día, al ir a entrar en la vieja sinagoga, vi a Sipporá salir de la leñera con un cesto bajo el brazo.

—¿De dónde vienes y adónde vas, Sipporá?

—Vengo de ver a mi padre que está enfermo.

—¿Qué le pasa?

—Tiene dolores en una pierna —me

respondió la muchacha.

—Tu padre enfermo y yo sin enterarme. ¿Desde cuándo está enfermo? ¿Crees que puede ser bueno para él estar en la leñera?

—También mi madre dice que es malo para él estar ahí. Pero ¿qué podemos hacer nosotras? Nos gustaría llevarlo a casa, pero él no quiere.

—¿Cuándo cayó enfermo?

—La víspera del sábado.

—¿La víspera del sábado?

—Y nosotras no nos enteramos.

—¿Cuál es la causa de su enfermedad?

—Hay distintas versiones —dijo Sipporá—. Unos dicen que fue a casa

del rabino para despedirse y resbaló al pisar un cuello de pollo que estaba tirado en el suelo, delante de la puerta. Otros dicen que se había parado delante de nuestra casa y un borracho tropezó con él y lo tiró al suelo.

—Entraré a verle —dije.

—Ana está con él —dijo Sipporá.

—¿Ana? ¿Cuándo llegó?

—¿Cuándo? Hará una hora y media.

—Entonces será mejor que no entre todavía.

—¿Por qué no?

—Porque está Ana.

—Ana se alegrará de verle —dijo Sipporá.

—¿Qué te hace suponer que Ana se

alegrará de verme?

—Nada más llegar preguntó por usted.

—¿Que preguntó por mí? ¿Cómo es posible?

—No se lo he preguntado —dijo Sipporá.

—¿No se lo has preguntado?

—No.

—¿Y qué le ha dicho tu padre a Ana?

—No le ha dicho nada —respondió Sipporá.

—¿Que no le ha dicho nada? Algo le habrá dicho.

—Le ha dicho: «¿Estuviste enferma, hija?».

—Ana... ¿Qué le ha contestado?

—Le ha contestado: «Ahora eres tú el enfermo, padre».

—¿Y qué ha respondido tu padre?

—Mi padre ha respondido: «El Altísimo nos ayudará».

—Entonces no hay que preocuparse por su enfermedad —le dije—, pues tu padre, que allá arriba está muy bien conceptuado, no diría tal cosa si no fuera verdad. ¿Qué más le ha dicho a Ana tu padre?

—La miraba en silencio, sin decir nada. Quizá le haya hablado cuando yo me he marchado.

—Entonces he hecho bien en no entrar a verle en seguida. Quizá mi

presencia les hubiera molestado. ¿Qué llevas en ese cesto? ¿Está vacío?

—Mi madre hizo un poco de café y unos pasteles para mi padre y yo se los he traído. Dice mi madre que él acostumbraba a tomar café con pasteles todas las mañanas, después de la oración, y que todos los doctores de la ciudad que iban a verle para consultarle sobre la Doctrina se quedaban en casa todo el día y hasta parte de la noche, y que rezaban en comunidad la oración de la tarde y la de la noche en nuestra casa. Dice mi madre que en las cosas de la Torá mi padre vale por dos rabinos. No es bueno para un hombre ser más que sus semejantes.

—¿Y qué puede hacer él, si es superior?

—Debe humillarse, para que no se le note.

—Si uno se humilla un poco la gente le hunde. ¿Es eso bueno, Sipporá?

—Pero entonces la gente le deja en paz —respondió Sipporá—. Dice mi madre que mi padre no tuvo nunca un momento de reposo, pues todos iban a importunarle.

—¿Quieres decir, Sipporá, que tu padre está mejor ahora que entonces?

Los ojos de Sipporá se llenaron de pena, yo sentí una opresión en el pecho y de buena gana me hubiera echado a llorar.

—Hace ya casi una hora que estamos hablando. Tal vez deba entrar ya a ver a tu padre. ¿Adónde vas tú, Sipporá?

—Vuelvo al lado de mi madre. Tampoco se encuentra bien.

—¿Está enferma tu madre?

—No está enferma, pero tampoco está buena. Este invierno fue muy duro para nosotras. Nuestra casa es vieja, está llena de grietas y el viento entra por todas partes. Tampoco nos faltó el hielo ni la nieve. Una mañana, al levantarnos, encontramos escarcha al pie de la cama. El corazón de mi madre no es fuerte. Cuando mi padre volvió, tan de repente, tuvo un gran sobresalto. Cuando ya se

había tranquilizado un poco, llegó el rumor de que iba a regresar Ana. Cada vez que yo mencionaba a Ana, mi madre me reprendía diciendo: «¡No me hables de ella!». Si yo no la mencionaba, entonces era mi madre la que decía: «Esa muchacha será la causa de mi muerte». Entonces vino Zví y nos dijo que Ana estaba aquí, que no se había ido a Rusia, sino que vivía en una colonia de emigrantes y que estaban prometidos para casarse. Fue todo muy súbito y mi madre es una mujer tan impresionable que no puede soportar las sorpresas, aunque sean gratas.

—De modo que todos los quehaceres de la casa pesan sobre ti,

Sipporá —le dije—. Eres toda una ama de casa. ¿Cómo gobiernas tú la casa?

—Ojalá fuera como usted dice —dijo Sipporá.

—¿Y no es así?

—Muchas veces mi madre tiene que levantarse de la cama para ir al mercado porque a mí me duele el pie que se me congeló.

—Sí, ya me di cuenta de que tus zapatos estaban rotos.

—Ser pobre no es una vergüenza —dijo Sipporá.

—Ser pobre no es una vergüenza, sino una desgracia.

—Hay desgracias mayores que la de tener rotos los zapatos —repuso

Sipporá.

—Todas las desgracias son desgracias. ¿Se te hincharon los pies, Sipporá?

—Los pies no se me hincharon —respondió ella—. Sólo el dedo gordo del pie izquierdo.

—Y yo te tengo aquí de pie, sin ninguna consideración. Estar de pie es malo para el dedo.

—No duele —dijo Sipporá.

—Me parece que lo dices sólo para tranquilizarme por haberte entretenido tanto rato.

—Yo nunca digo cosas así.

—¿Qué cosas son las que nunca dices? —pregunté.

—Nunca digo cosas que no son verdad —respondió Sipporá.

—Sipporá, ¿crees que he pensado que me mentías? Yo sé muy bien que sólo dices lo que sientes.

—Mi padre me dijo algo parecido.

—Cuéntame cómo fue.

—Un día estaba sentada a su lado y él dijo: «De tal madre, tal hija».

—¿Crees que se refería a que las dos decís la verdad? Te habrás dado cuenta, Sipporá, de que hablo contigo como se habla con una persona mayor. De no ser así, te hubiese preguntado: ¿a quién quieres más: a tu padre o a tu madre?

—Ya puede imaginarse lo que le

hubiera contestado —dijo Sipporá riéndose.

—¿El qué?

—A los dos igual —respondió ella sin dejar de reír.

—Ya he vuelto a entretenerte, Sipporá; pero ya que estamos aquí hablando, quisiera preguntarte una cosa: ¿Ana se parece a ti? No me refiero a lo de decir la verdad, sino a lo demás.

—Dice mi madre que Ana es en todo igual a mi padre.

—¿A qué se refiere tu madre exactamente?

Sipporá no contestó.

—¿Quién es ese chico que nos ha saludado? Tengo la impresión de

haberlo visto antes.

—Es Yequviel, el hijo de Zakaryá, el forrajero.

—¡Claro que lo conozco! —dije golpeándome la frente—. Lo vi en la tienda de su padre. ¿Lo conoces tú?

—Sólo de vista —respondió Sipporá—. Nunca he hablado con él.

—La ciudad no es grande ni tiene muchos habitantes. ¿Cómo es que nunca has hablado con él?

—Como no tenemos caballos, no necesitamos pienso, y como no tenemos jardín, no necesitamos semillas. Por eso no he tenido ocasión de hablar con él.

—Ahora entraré a ver a tu padre. ¿Qué te parece, Sipporá, querrá tu padre

que avise a un médico? ¿Conoces al doctor Milch? Es amigo mío y estoy seguro de que no querrá cobrar nada por sus visitas. Me han dicho que la gente se ríe de él. Aquí tienes a un hombre que ha sabido rebajarse al nivel de los demás. Pero tampoco le ha salido bien. Si uno se ensalza, la gente le envidia y aborrece, y si se rebaja, lo desprecia. ¿Qué hacer? ¿Tomar por el camino de en medio? No todo el mundo puede ir por el camino de en medio. ¿Qué hace ese cesto que llevas bajo el brazo? Unas veces va para allá y otras veces para acá. El hombre hace igual. Ahora, Sipporá, ¡adiós!

CAPÍTULO LXIX

Visita al enfermo

En la leñera de la sinagoga, tendido sobre un desvencijado diván que se apoyaba en tres patas y unas piedras, estaba Rabbí Jayim, tapado con el abrigo que yo le había regalado. A su lado se sentaba su hija Ana. La muchacha estaba inclinada hacia delante, moviendo los pies, como si de un momento a otro fuese a levantarse para acercarse al enfermo. En sus labios parecía temblar una pregunta: «Padre,

¿qué puedo hacer para aliviarte el dolor?». Rabbí Jayim despertó y movió ligeramente la cabeza, como diciendo: «El Altísimo me ayudará». Ana lo miró con ojos llenos de confianza en los que brilló una chispa de esperanza. Las tres variantes de la razón humana, la pura razón, la dialéctica y la práctica, se fundieron en una sola y al momento volvieron a separarse. Rabbí Jayim la miró y sus párpados temblaron. Luego, bajó los ojos como el padre que ve a su hija hecha una mujer.

Ana se puso en pie, me saludó, me estrechó calurosamente la mano y me miró con profunda simpatía. Pero casi al instante su rostro se contrajo y expresó

cierta duda. Seguramente Zví me había elogiado con exceso y ahora ella no veía en mí nada extraordinario. Poco a poco, se fue borrando la duda y también la amabilidad del principio y me trató como se trata a un individuo corriente, que no es ni ángel ni demonio.

—No me lo imaginaba así —dijo Ana.

—¿Cómo se imaginaba usted mi persona?

—No lo sé.

—¿Quién le ha hablado de mí?

Ana, enrojeciendo, respondió:

—¿Cree, acaso, que no se habla de usted?

—No sabía que la gente hablara de

mí —dije bajando los ojos con humildad.

—Ello no significa que se hable bien —replicó Ana. Una dulce sonrisa cruzó por sus ojos.

Yo callé y la observé.

Ana era de corta estatura y llevaba un amplio y grueso vestido que en un tiempo debió de ser azul y que se había desteñido hasta convertirse en gris. Iba sin medias y calzaba unas toscas sandalias. Se cubría la cabeza con un pañuelo de vivos colores, anudado bajo la barbilla. El vestido le estaba holgado. Seguramente, cuando se lo hizo sus miembros estaban más llenos, pero la enfermedad la había hecho adelgazar y

el vestido era ahora demasiado grande para ella. Aquel pañuelo le daba el aspecto de una mujer casada o de una muchacha de otro pueblo, pues las doncellas judías de nuestra región no acostumbran a cubrirse la cabeza, y menos hoy día, en que hasta las casadas van con la cabeza descubierta. Pero la pureza que había en sus ojos encantaba el corazón. Era un brillo que no poseen ni las casadas ni las muchachas de otros países. Tiene la frente ancha, como su padre, y la boca entreabierta, en un gesto expectante, como preguntando: «Vamos a ver, ¿qué tienes tú que decir?». Como yo no hablase, me dirigió una mirada que decía: «De modo que éste es el

hombre».

En aquel momento apareció Kuba. Dijo que había ido a buscarme al hotel y, al no encontrarme allí, pensó que podía estar en la sinagoga. La puerta estaba cerrada, pero oyó voces en la leñera y entró.

—¿Conque estabas aquí? ¿Qué estás haciendo?

No transcurrió mucho rato antes de que apartara el abrigo con el que se cubría Rabbí Jayim y empezara a examinarle. El enfermo no dijo nada y dejó que el médico hiciera con él lo que quisiera.

Kuba sacó un papel y, apoyándolo en la pared, empezó a extender una receta.

Luego se golpeó la frente, se llamó a sí mismo estúpido y rompió el papel.

—En casa tengo todo lo necesario. Ahora mismo lo traigo.

Ana no conocía al doctor Milch. Al verle actuar, su rostro asumió nuevamente aquella expresión de escepticismo que tuvo para mí, sólo que más acentuada.

Kuba no lo advirtió y se puso a hacerle unas preguntas que no acostumbran a formularse a una persona a la que se acaba de conocer, y menos a una muchacha. De pronto, interrumpió lo que estaba diciendo, se puso en pie y dijo:

—Olvidé presentarme: me llamo

Jacob Milch, médico.

Ana hizo una leve inclinación de cabeza y dijo su nombre.

—Entonces, ¿usted es la camarada que se marchó a Rusia? ¿Qué la impulsó a hacer semejante cosa? Ni una yunta de bueyes conseguiría arrastrarme a mí a Rusia.

—¿El doctor ha probado ya la fuerza de los bueyes, que tan seguro está de poder resistirla? —preguntó Ana.

Kuba hundió los dedos en su enmarañada barba y se dispuso a decir algo, pero yo le atajé:

—La señorita Ana no estaba en Rusia, sino en una colonia de emigrantes.

El rostro de Kuba se iluminó:

—¿Es miembro de una colonia de emigrantes? ¿Por qué dijo entonces que estaba en Rusia? ¿Supone ello una distinción para una muchacha judía? Conque en una colonia...

Y Kuba empezó a acosarla con preguntas acerca de la vida en una colonia de emigrantes. De cuántos miembros se componía, a qué se dedicaban, cuándo saldrían para Israel y cuándo pensaba irse ella. Y, si pertenecía a uno de aquellos grupos, ¿por qué no al que trabajaba en el pueblo cercano a nuestra ciudad? Y fue cantando las alabanzas de todos sus componentes. Cuando mencionó a Zví,

Ana se encogió de hombros.

—No me cree porque no le conoce. Ya se lo presentaré y entonces verá que no exagero. —Mientras hablaba, volvió la cabeza hacia Rabbí Jayim y agregó—: Rabbí, me parece que sería interesante que usted y yo habláramos sobre el sionismo; pero ahora voy a buscar las medicinas.

Al marcharse, me tiró de la chaqueta y dijo:

—Ven conmigo.

Cuando salimos, comentó:

—Es una linda muchacha, pero demasiado callada, ¿no te parece? Durante todo el rato no ha dicho una palabra.

—No la has dejado.

—Tienes razón, a veces hablo demasiado. ¿Hablé ahora de más? Bueno, vamos a la farmacia.

—¿A la farmacia? ¿No has dicho que tenías las medicinas en tu casa?

—Tengo algunas. Lo que falta lo compraré en la farmacia y yo mismo lo prepararé. Así no me costará nada. ¡Una muchacha lista! ¿Y cómo se llama? Ana... No está mal el nombre.

Entré en la farmacia detrás de Kuba. Por la forma en que le hablaba el farmacéutico, comprendí que el doctor Milch no le inspiraba mucho respeto. Kuba se lo llevó aparte un momento y cuchicheó con él. Seguramente no tenía

dinero para pagarle. El farmacéutico le dio unas palmadas al hombro y, mirándole amistosamente, le dijo:

—No tiene importancia doctor. —Y le dio la medicina.

—¿Sanará pronto Rabbí Jayim? — pregunté a Kuba.

—No es más que una dislocación. ¿Qué edad tiene? Si no fuera tan mayor, todo se arreglaría fácilmente. De todos modos, no podrá bailar en la boda de su hija.

—¿Te refieres a la boda de Ana y Zví?

—¿Qué Zví?

—El mismo a quien tanto has elogiado.

—¡Conque así están las cosas! ¿Y tú has permitido que me pusiera en ridículo, sin hacer nada por impedirlo? De todos modos, me alegro de que me lo hayas dicho. Es una linda muchacha.

Y mientras hablaba se mesaba la barba.

—Ya lo dijiste antes.

—¿Qué dije? Y aunque lo dijera, ¿acaso, entretanto, ha dejado de ser linda? ¿Y cuándo lo dije? No la había visto en mi vida. De modo que va a casarse con Zví. Hay que reconocer que nuestros muchachos tienen buen gusto y saben lo que se hacen. ¿No es encantadora? Pero posee, además, una virtud especial, algo que está por

encima de todos los encantos. ¿No opinas tú lo mismo?

—¿Qué virtud es ésa?

—Es un no sé qué —dijo Kuba—.

No es una cosa que se vea; pero es un algo que no sé explicar. He visto a muchas mujeres hermosas que no me han inspirado ningún entusiasmo. Mi mujer, o mi exmujer, si así lo prefieres, era una excepción, pues además de una cara bonita y una nariz preciosa tenía también una hermosa alma. Ahora vamos adentro a preparar la medicina.

Kuba cogió el mortero y se puso a machacar los ingredientes, luego los mezcló y dijo:

—¿Te acuerdas de Rabbí Jayim en

sus buenos tiempos? La controversia despertaba ecos en todo el país. ¿Y había motivo para tal controversia? Todos tenemos la misma Doctrina. ¿Por qué enzarzarse en discusiones? Todas las desgracias que afligen a Israel son motivadas por la discusión. A veces me digo que no somos mejores que los pueblos extranjeros, que se hacen la guerra unos a otros y derraman sangre que se ve, mientras que nosotros nos peleamos y derramamos una sangre invisible. Así que la muchacha es novia de Zví. Me alegro de que me lo hayas dicho. No me preocupo de lo que no me atañe. Babtsche tiene pocas posibilidades. El nieto del rabino ha

encontrado otra novia, la hija de un amigo de su padre. La manzana no cae lejos del árbol. A Babtsche sólo le queda Zvirn; ¡que le aproveche! El muy cerdo extiende la zarpa y se lleva lo que le conviene. La medicina ya está. Ahora mismo la envuelvo y se la llevo a Rabbí Jayim. Si no es tan elegante como las de los prusianos que el boticario aborrece y yo no estimo mucho, sí es eficaz y esto es lo que importa. ¿Tienes hambre? Coge una pera o una manzana y guárdatela en el bolsillo, yo haré lo mismo y nos las comeremos por el camino. Ah, se me olvidaba, Schützling te manda saludos.

—¿Cuándo lo viste?

—Cuando se iba.

—¿De modo que visitas a Genendel?

¿Cómo está?

—No lo sé.

—¿Qué quieres decir?

—Yo no soy médico de enfermos que enferman al médico. Visité a Bodenhau.

—¿También a él le duelen los pies?

—Los pies no, el pulgar de la mano derecha. Es un dolor provocado por el mucho escribir; muchos escritores lo padecen.

—¡Y a mí me dijo que las rimas le brotaban sin esfuerzo, por la Gracia del Cielo! —dije, echándome a reír—. Por lo que se ve, la Gracia Divina no influye

en su dedo pulgar.

—Eres mala persona —me dijo Kuba.

—Lo que ocurre es que me gusta la buena poesía.

—A mí la poesía no me interesa en absoluto. ¿Qué opinas de Bach?

—Pregunta primero por Erela —le dije, riendo.

—¿Por qué?

—Porque, según el alfabeto hebreo, su nombre viene antes.

A los ojos de Rabbí Jayim, su enfermedad era leve y sentía que le dedicasen tantas atenciones y cuidados. El médico era de otra opinión. Al marcharse me dijo:

—La pierna no me preocupa, lo que me preocupa es que se presente otra enfermedad.

CAPÍTULO LXX

El testamento de Rabbí Jayim

La pequeña dislocación del tobillo trajo consigo otra enfermedad más grave, como les suele ocurrir a los ancianos cuando permanecen en cama mucho tiempo. Rabbí Jayim aceptó sus sufrimientos en cama con resignación; no se advertía en él ningún cambio ni se escapaba de sus labios el menor suspiro. Kuba iba a verle todos los días, le cambiaba las medicinas y charlaba con Sipporá. Ana y Sipporá se turnaban para

cuidar a su padre. Ana de noche y Sipporá de día. Algunas veces, Sipporá tenía que marcharse y dejarle solo, porque su madre no podía permanecer tanto tiempo de pie junto al fogón, y Sipporá guisaba para toda la familia, incluso para su padre, pues desde que estaba enfermo Rabbí Jayim había dejado de ser tan escrupuloso y comía lo que le daban. Un día en que estábamos él y yo solos, le pregunté cómo se sentía.

—Que Dios haga conmigo lo que quiera —susurró, y cerró los ojos.

Creí que se había dormido, pero al poco rato le vi mover los labios. Escuché atentamente y pude oírle decir:

—Las aves se consideran puras

cuando se les agujerea o se les corta el pescuezo. —Al advertir que yo le escuchaba, murmuró:

—Este veredicto fue el origen de toda la controversia.

Al poco rato, levantó ligeramente la cabeza y dijo:

—Cuando una persona está en la cama no le falta nada. Uno debería sentirse satisfecho. ¿Por qué no lo está? Solo puede llamarse hombre al que va de un lado para otro, no al que permanece quieto; pues el hombre está en este mundo principalmente para ser partícipe de la palabra, mientras sea un hombre en activo.

Yo estaba conmovido y asustado, no

por lo que decía sino por el mero hecho de que estuviera hablando. Rabbí Jayim, que solía limitarse a mover la cabeza cuando le preguntaban algo, ahora daba explicaciones.

En lo que decía no mencionaba a nadie para bien ni para mal. Lo que más me asombraba de Rabbí Jayim era que separase a los hombres de su acontecer y empezase siempre sus relatos con estas palabras: «Aquel que es la causa de las causas, alabado sea, hizo, en su Misericordia...». Y terminaba diciendo: «El que es la causa de todas las causas permitió que esto sucediera de este modo». También nosotros, hermanos, sabemos que hasta lo más insignificante

que acontece en el mundo viene determinado por la voluntad del Todopoderoso; pero nosotros, en cierto modo, asociamos a los hombres con sus actos, como si Él y ellos fueran socios en la empresa; Rabbí Jayim, por el contrario, no asociaba a Dios con los hombres.

Finalmente, me tendió un viejo sobre doblado y me pidió que lo abriera en cuanto él muriese, antes de que lo llevaran al cementerio. Al ver que se me saltaban las lágrimas, me cogió una mano y me dijo:

—Todavía no ha llegado mi hora; pero ya está cerca y le ruego que se encargue de que se cumpla totalmente mi

última voluntad.

Una hora después llegó Sipporá y, tras ella, Kuba. El médico atendió al enfermo y se quedó un buen rato con nosotros. Cuando se fue, salí con él y le dije que Rabbí Jayim me había confiado su testamento. Kuba se quitó el sombrero, movió la cabeza a derecha e izquierda y no dijo nada. Yo tuve miedo de preguntarle si, en su opinión, el fin de Rabbí Jayim estaba cerca, o de que él me lo dijera sin que se lo preguntara, y me hice a un lado. Kuba se puso el sombrero, se echó las manos a la espalda y se alejó dando zancadas. Luego, volvió la cabeza y me gritó:

—¿Por qué no te dejas ver estos

días?

—¿Qué quieres decir con eso de que no me dejas ver? ¿Acaso no estás viéndome ahora?

—¿Por qué no vas por casa?

—¿Por qué? Hago compañía al enfermo.

—Haces compañía al enfermo. Ve a verme la semana que viene.

—¿La semana que viene?

—¡Hasta la vista!

Sentí que se me nublaban los ojos y que se me ponía un peso en el corazón. Me quedé en la calle, sin saber a dónde ir. No podía ir a casa de Kuba; él había dicho «la semana que viene». Tampoco podía volver junto a Rabbí Jayim, pues

seguramente se daría cuenta de mi pena.

Era la víspera del Sábado. En el hotel se hacían los preparativos para la fiesta. Me había parecido ver a un nuevo huésped. O quizá no, pero yo tenía la sensación de que así era y esto me quitaba las ganas de volver al hotel. De modo que volví junto al enfermo.

—*Wus hut er sich un mir eppes ungetscheppet?* —dije de pronto en el dialecto de mi ciudad, y me quedé perplejo.

En primer lugar, porque no había nadie a mi lado y, en segundo lugar, porque estaba convencido de que cuando hablaba conmigo mismo lo hacía en la lengua sagrada... Y ahora había

hablado en la de diario.

El hombre que apareció a mi lado de improviso y luego desapareció y reapareció, tenía cara de carnicero y barbas de rabino. Como yo estaba absorto en mis pensamientos, no le presté atención. Pero él se dirigió a mí con estas palabras:

—¿Va usted a ver a Rabbí Jayim?

—¿Cómo sabe usted que voy a verle?

—Porque yo también voy.

Entonces pensé: «Ése lleva un cordero. ¿Cómo es posible que vaya a ver a Rabbí Jayim?». El hombre se detuvo, arrancó un puñado de hierba y se lo metió en la boca al cordero.

—¿Qué ves allí, Moisés? —dijo.

—¿Está hablando conmigo? Yo no me llamo Moisés ni veo nada allí.

—Moisés, ¿quieres hacerme creer que no estás mirando aquella paloma que vuela por allí?

—Yo no me llamo Moisés, ni allí hay paloma alguna.

—Entonces, ¿es un oso que baila sobre el sombrero del rabino?

—*Wut hut Ihr sich mir ungetscheppet?* —le dije, irritado.

—Si quieres, te mostraré un prodigio. ¿Ves este cordero? Doy un tirón a la cuerda y desaparece.

Yo miré a uno y otro lado, y dije:

—¿Dónde está ese prodigio del que

me habla?

—Puesto que crees que puedo repetirlo, no será necesario que me esfuerce más; para no defraudarte me apoyaré en esta pared y diré: *Maos*, y tú creerás estar viendo a Ignaz.

—Eso no es ningún prodigio —le dije—: Ignaz está ahora mismo delante de mí.

—¿Y yo?

—¿Y usted?

Se golpeó el sombrero con la mano y repitió:

—Y yo, ¿dónde estoy?

—¿Tú? ¿Dónde estás tú?

Pregunté entonces a Ignaz:

—¿Dónde está el hombre que

llevaba el cordero?

Ignaz me miró con los tres agujeros de su cara y dijo:

—Aquí no había ningún hombre ni ningún cordero.

—Yo lo vi con mis propios ojos.

—El señor se lo habrá imaginado —dijo Ignaz.

—Hace calor —dije, cambiando de tema—, seguramente lloverá.

—Sí, señor; hace calor —dijo Ignaz.

—¿Qué es aquello que vuela sobre el tejado de la sinagoga?

—Un cuervo o una paloma.

—Así, pues, el hombre tenía razón —murmuré para mí.

—¿Qué hombre?

—El del cordero.

—¿Qué cordero?

—El que llevaba el hombre que llamaba a un Moisés.

—¿Moisés? ¿Quién se llama aquí Moisés?

—¡Eso le pregunto yo!

—¡Cuántos Moisés no hay en la ciudad! —dijo Ignaz.

—¿Por qué dijo entonces que no lo sabía?

—Creí que se refería a alguien en particular y no a un Moisés cualquiera.

¡*Maos*, señor, *maos*!

Le di unas monedas y me fui.

Entré en la leñera y encontré a Ana dormitando en la silla. Ana se despertó,

se frotó los ojos, se puso en pie y me invitó a sentarme.

—Me sentaré con mucho gusto —le dije—, si usted se va a su casa y se acuesta.

Su padre la miró suplicante y dijo:

—Vete, hija, vete.

Ella lo miró fijamente y, de mala gana, se fue.

—¿Cómo pasó la noche? —pregunté a Rabbí Jayim.

Él inclinó la cabeza sobre su pecho y en sus ojos brilló una luz diáfana. Al poco rato, se levantó de la cama, salió, volvió a entrar, se lavó las manos y dijo:

—El que con gran sabiduría creó al hombre... —Se tendió nuevamente en el

lecho y añadió—: Ahora me llaman.

Yo miré alrededor, para ver quién le llamaba. Rabbí Jayim sonrió al advertir mi mirada.

Su rostro se iluminó como una llama y sus ojos brillaron como el sol. Volvió a lavarse las manos, rezó el «Escucha, Israel» y expiró.

Cuando vinieron los hombres de la funeraria y se dispusieron a amortajarlo, recordé el sobre que me había entregado. Lo abrí y leí lo que decía el pliego que contenía.

El testamento estaba dividido en capítulos. Éstos eran siete en total:

A) A vosotros, los temerosos de Dios,

piadosos hermanos, corazones misericordiosos, os pido que me enterréis en el lugar donde se encierra a los abortos.

- B) Encarecidamente os ruego que no se ponga sobre mi tumba lápida de piedra, y caso de que mis familiares deseen señalar el lugar donde reposan mis restos, lo hagan con una tabla de madera en la que, con sencilla escritura, se indique únicamente: «Aquí descansa Jayim», y no añadan otra inscripción que las iniciales de la fórmula funeraria hebrea usual: «Que su alma sea incluida en el libro de la vida».

C) Encarecidamente ruego al gran rabino, presidente del tribunal rabínico —a quien Dios conceda larga y santa vida, amén—, me perdone la ofensa que le infligí al ponerle en evidencia ante todo el mundo, a pesar de que seguramente hace ya tiempo que él me ha perdonado; de todos modos le ruego arranque de su corazón todo rencor.

D) Encarecidamente ruego a todo aquél a quien, por causa de la controversia, originara perjuicios en su persona o en sus bienes, me perdonen de todo corazón caso de hallarse aún con vida, y, si

hubiesen muerto y fuera conocido el lugar donde reposan, suplico a las almas compasivas vayan a su tumba y les pidan perdón en mi nombre. Pero, a fin de que no gasten en ello ningún dinero, deseo que se alquile a diez personas para que visiten sus tumbas.

- E) Encarecidamente ruego a mis hijas guarden respeto a su madre y no le causen ningún disgusto, ni de palabra ni de obra, y a ellas les pido perdón por todos los sufrimientos que por causa mía han padecido en este mundo.
- F) Puesto que el hombre no sabe

cuándo ha de llegarle su hora, dispongo, amparándome en el precepto que ordena respetar la voluntad de los muertos, que si muero y soy enterrado en un día en el que se reza el acto de contrición, que no se pronuncie oración fúnebre, y tampoco después de los siete días de luto.

G) Pero ruego que, por el descanso de mi alma, se estudie un tratado de la Mishná. Para ello dejo una cantidad de dinero ganado con mi trabajo. Y espero de la Misericordia Divina y de la buena voluntad de los hombres que, por el bien de mi alma, se aprendan la

Mishná con el comentario al pie de la letra, con devoción y, al final, digan la oración del *Qaddish* por nuestros maestros, como es costumbre. Y, después del *Qaddish* por nuestros maestros, se rece el Salmo 102, oración de los pobres. Mi corazón está seguro de que mis buenas hijas, a las que Dios conceda larga vida, no han de enojarse conmigo porque disponga a mi antojo de un dinero que, por derecho de herencia, les correspondería a ellas. Y de la Misericordia Divina espero que el bien de su padre redunde en su

propio bien.

Al pie del pliego se leía: «Todos los bienes muebles que dejo, como el infiernillo y el puchero en el que me hacía el café, mis ropas, el abrigo y cuanto pueda servir, dispongo se regale al honorable Isaac, llamado Ignaz, y en nada modifico las disposiciones que preceden, que hoy entrego en mi lecho de muerte y que fueron redactadas en un tiempo en que gozaba de plena salud».

Rabbí Jayim partió hacia su mundo y se le enterró en el mismo día de su muerte. Mientras caminábamos detrás del féretro, el rabino se detuvo y dijo:

—Rabbí Jayim merece una gran

oración fúnebre, pues la oración fúnebre pronunciada en honor de un santo varón mueve a las almas al arrepentimiento. Pero ha muerto en víspera de Sábado, día en que no se pronuncia. Además, fue su expresa voluntad que no se pronunciara; por lo tanto, pasa a ocupar un lugar entre los doctores de la Ley que no han tenido oración fúnebre aunque, por derecho, les correspondía. Pero en rigor no podemos dedicársela y debemos pedir indulgencia para nosotros, que no nos alcancen las palabras del Talmud a propósito del doctor al que no se tributó la oración fúnebre que le correspondía.

CAPÍTULO LXXI

En la muerte de Rabbí Jayim

Después de dar sepultura a los restos de Rabbí Jayim, Zakaryá Rosen se apoderó de mí y me llevó al viejo cementerio donde me mostró las tumbas de los grandes de Szybuscz, los rabinos que fueron orgullo de nuestra ciudad y ahora proclamaban en el otro mundo la gloria de Szybuscz. Entre ellos, figuraban parientes de parientes suyos y parientes de su mujer, que también era pariente suya, ya que en las familias

elegantes es costumbre casarse con parientes. Iba leyéndome lápida tras lápida, incluso aquéllas en las que ya no era posible descifrar la inscripción. Pero Zakaryá Rosen no sólo me decía las palabras que en su tiempo se grabaron en las piedras, sino mucho más. Sin temor a exagerar, puedo decir que si aquellas cosas no figurasen ya en el libro *La cadena de la tradición*, hubieran tenido el valor de la novedad.

Al amanecer, volví a la ciudad. El cansancio me hizo desistir de ir a la capilla y decidí recibir el Sábado en el hotel.

La señora Sommer encendió los cirios, pronunció la bendición entre

lágrimas y se fue junto a su hija Raquel. Sommer, desde el extremo de la mesa, oraba con expresión de profundo pesar. No había terminado aún sus oraciones cuando volvió su mujer, retorciéndose las manos y, acercándose a él, le instó a que abreviara sus rezos y fuese en busca de Sara Perle, ya que no había otra comadrona en la ciudad.

Sommer se quitó el cinturón, cogió el bastón y salió como el que va al encuentro de una desgracia; pues desde el día en que Raquel contrajo matrimonio con Yerujam Freier existía cierta tirantez entre la familia Sommer y la familia Bach. Krolka iba y venía sin cesar. Luego, cogió una vela encendida y

salió a la puerta para iluminar el camino a los que iban a entrar.

Sara Perle entró en la habitación de Raquel y estuvo en ella casi una hora, tratando de calmar a la joven. Olvidando sus agravios, le dio un beso en la frente y la llamó hijita, y Raquel se recostó en su pecho, como una hija. Era como si la entrada de Sara Perle hubiera sellado la reconciliación entre las dos familias. Cuando se disponía a salir, se encontró con Yerujam. La familia Sommer se sintió violenta, pues el encuentro les recordó la afrenta sufrida por Erela.

Los sufrimientos de Raquel les hacían olvidar los de Babtsche. Riegel

había dejado de interesarse por ella y David Moisés se había prometido con otra muchacha. Hacía dos o tres semanas, David Moisés escribió a Babtsche una carta en la que decía que ella sería la única mujer de su vida, en este mundo y en el otro —hablaba igual que su padre—, y que sin ella no sabría vivir. Y a los pocos días vino retratado en el periódico, al lado de su prometida. ¿Quién le quedaba a Babtsche? Únicamente Zvirn. Y éste empezaba a conducirse con ella como un amo, pues para él el dinero era más importante que el amor y a veces llegaba a anularlo por completo. Unos días, la miraba afectuosamente y hacía como si todavía

se sintiera dominado por ella; otros días, la hacía trabajar como un hombre y le regateaba en el sueldo. En este mundo todo está desquiciado. Y hay cosas que van de mal en peor.

Babtsche luce bonitos vestidos; empezó a ponérselos cuando echó el ojo al nieto del rabino. Por ellos dio de lado a sus antiguos camaradas y trató de congraciarse con Riegel; pero fueron comprados con el dinero de Zvirn. Si Zvirn no cambia de actitud antes de que los vestidos se rompan, ella tendrá que volver a ponerse la chaqueta de piel, que está ya bastante raída; otra chaqueta no podrá comprarse, pues aunque haya en el hotel bastantes clientes, no se gana

con ellos lo suficiente para comprar ropa nueva.

Estos otros clientes han desbancado al viajero que venía sólo por una noche. Todavía ocupa la mejor habitación; pero ya no tienen con él tantas atenciones ni le preparan platos especiales. El viajero no profiere quejas ni reproches, pues la gente no se muere de hambre, sino de indigestión, como dice el doctor Milch. A veces se pregunta si no sería mejor irse a vivir con Kuba, quien suele decirle: «Estarías mejor en mi casa sin pagar que en el hotel pagando. ¿O es que no puedes vivir sin oler a carne y a manteca?».

Los clientes del hotel cambian a

diario. Son distintos entre sí, como distintas son sus respectivas ocupaciones. De los dos que llegaron la víspera del Sábado por la mañana, uno es el mejor elemento con que se puede contar para el rezo en comunidad o, guardando la debida distancia, para una partida de cartas. El otro tiene personalidad, una hermosa barba, un respetable abdomen y una mirada comprensiva. Pero tuvo poca suerte en los negocios. Tal vez hayáis oído hablar del hombre que arrendó un bosque a su propietaria y apenas hubo pagado el importe del arrendamiento se descubrió que el marido, sin el consentimiento de su mujer, había vendido el bosque a Pan

Jakubovitz. A oídos del arrendatario llegó el rumor de que el hijo de Sommer estaba en buenas relaciones con la propietaria y pensó que tal vez el muchacho pudiera hacer algo por él. No sabía exactamente de cuál de los dos hermanos se trataba, pero decidió que no podía ser otro que Dolik, que es osado y despierto. De modo que se mostró con él cortés y obsequioso, para granjearse su amistad, mientras Lolik se le antojaba —¡con perdón!— como una muchacha ligera de cascos con la que no valía la pena cambiar ni una palabra. Y si a Lolik le daba por hablar con él, le respondía a regañadientes, regateándole las palabras.

De pronto, Babtsche levantó la cabeza y miró a Yerujam.

—¿Querías explicarme por qué casasteis a la hija menor antes que a la mayor? —preguntó a su madre.

—¿Qué mosca te ha picado? —le dijo su madre.

—Si no queríais que él se os escapara, ¿por qué no lo casasteis conmigo?

Yerujam levantó los ojos y miró a Babtsche. Esperemos de la Divina Misericordia que en este caso sus ojos no fueran los emisarios del corazón.

Cuando nos levantamos de la mesa, me dije: «Si me voy a mi habitación, Yerujam vendrá detrás de mí. Estoy

cansado y no tengo ganas de conversación». Salí a la calle para dar un paseo, pues el caminar cansa el cuerpo, pero el hablar sin ton ni son cansa el alma y a veces hay que sacrificar el cuerpo para salvar el alma.

Empezó a lloviznar. Entré en mi habitación, cogí un libro al azar y lo abrí. No hallé en él grandes cosas y las cosas pequeñas que hallé no lograron conmoverme. Dejé el libro y miré por la ventana. Me pareció que había dejado de llover. De modo que me levanté y salí de la habitación.

Dolik se acercó a mí y me dijo:

—¿Está mirando si ha dejado de llover?

(No había en todo Szybuszcz una sola persona con la que hablase menos que con Dolik).

—Sí —respondí.

—Antes cesó también la lluvia y luego volvió.

—Ajá —respondí.

—Por si está pensando en salir, le diré que en mi opinión no merece la pena. Se mojará.

—Entonces volveré a mi habitación —dije, más para mí mismo que para él.

—¿Me permite que entre un momento? —preguntó Dolik—. No le robaré mucho tiempo.

Yo reflexioné: «Vale más un amigo que mil enemigos», de modo que le dije:

—Está bien. Entremos.

—Conque tenía usted esta habitación... —comentó él al entrar—. ¿No es curioso que no haya entrado ni una sola vez desde que está usted aquí?

Entonces pensé: «Pesa más un enemigo que mil amigos».

—Sí; muy curioso —respondí, moviendo afirmativamente la cabeza.

—Está usted cansado —dijo Dolik.

—Sí; es cierto —respondí.

—La muerte de Rabbí Jayim me ha impresionado profundamente —dijo entonces Dolik.

Yo asentí en silencio.

—Era un hombre auténticamente piadoso —añadió Dolik.

Yo me dije que todos los que habían hecho el elogio de Rabbí Jayim, ni uno solo había hallado una frase tan apropiada como la que Dolik acababa de pronunciar.

—Señor Sommer, eso estuvo muy bien dicho: «un hombre auténticamente piadoso».

—Todo lo que se dijo de que su hija se había marchado a Rusia no eran más que calumnias. No estaba en Rusia, sino en una colonia de emigrantes. ¿Qué induciría a una muchacha tan delicada a elegir un trabajo tan duro? A juzgar por cómo iba vestida, no parece que haya hecho fortuna.

—Allí se prepara para emigrar a la

tierra de Israel —dije.

—Eso me han dicho. Pero ¿con qué objeto?

—Con objeto de empezar una nueva vida.

—¿Una nueva vida?

—Hay personas que no encuentran ningún aliciente en la vida que aquí llevan y por eso tratan de cambiar de vida —le dije—. Hay quienes dedican su vida al trabajo y hay quienes viven sin hacer nada.

—No veo adónde quiere ir a parar.

—¿Cómo explicárselo? Usted mismo dijo que Rabbí Jayim era un hombre auténticamente piadoso, cosa que no se le ocurriría decir de nadie

más. ¿Por qué? Porque él obraba de modo distinto a los demás hombres.

En aquel momento entró Krolka y dijo:

—El señor arrendatario del bosque pregunta por el señor Dolik.

—Tengo trabajo y no puedo salir — dijo Dolik.

Cuando la muchacha dio media vuelta para marcharse, él la llamó y le dijo:

—Dígale a ese gordo que me espere sentado. Y, si aun así se cansa, que vaya cantando himnos. Me parece que está usted fatigado. Me voy. *Adieu.*

CAPÍTULO LXXII

Lo que pasa por mí

El primer día de la semana, después del desayuno, fui a recoger a Kuba para ir con él donde se guardaba el luto por Rabbí Jayim. Por el camino, pensé: «Rabbí Jayim ha muerto sin dejar un hijo varón que pueda rezar el *Qaddish* por la ascensión de su alma. Le haré un verdadero favor si estudio un capítulo de la Mishná». Y dicho y hecho, me fui a la sinagoga.

En la vieja sinagoga reinaban

verdadera paz y sosiego, una paz como hacía días no disfrutaba. La montaña proyectaba su sombra sobre las ventanas, protegiendo el edificio contra los ardientes rayos del sol. Había en la sinagoga una luz que no parecía de este mundo.

Un gran silencio envolvía el coro y el púlpito. A la derecha, el atril del recitador y, en él, un libro de rezos. Hace meses que este libro no se ha abierto y no ha salido de él una oración; no se ha abierto el armario de la Torá ni se han sacado los rollos, como no lo hayan hecho los muertos que se aparecen por la noche. Lo mismo ocurre con los otros libros que yacen desperdigados

por anaqueles, uno aquí y otro allá, como yace el que no puede levantarse.

Sin pensar que había venido para hacer un favor a Rabbí Jayim, cogí un tomo del Talmud. De tal modo me sumí en el estudio que sin que me diera cuenta llegó el mediodía y sonó la campana de la iglesia de los otros. Era la hora en que todos los trabajadores de la ciudad dejaban el trabajo y se iban a comer. Alcé la voz para que los sones de la Torá ahogaran las voces de las cosas temporales.

Volvió a sonar la campana, para llamar a las gentes al trabajo. Yo, que no había dejado el estudio para ir a comer, seguí con mi tarea; pero si por la

mañana estudiaba de pie, con una pierna apoyada en el banco, ahora lo hacía sentado.

En el hotel, la mesa está puesta y la comida retirada del fuego. Si no me apresuro, se enfriará la comida y la patrona se pondrá furiosa por haber trabajado en vano, y tal vez Krolka se impacienta también, pues mi retraso le impedirá fregar los cacharros.

El pensamiento del hombre no permanece quieto en el mismo sitio. Al poco rato, mi pensamiento cambió de rumbo. «Fíjate —me dije—, un hombre va al mercado y ve a otros dos tirando de un abrigo; “Yo lo encontré”, dice uno; “Yo lo vi primero”, dice el otro. “Es

mío”, dice éste. “Es mío”, insiste el otro. Si el hombre ama la paz, da un rodeo para no ver cómo se pelean sus camaradas, entra en la sinagoga, abre el Talmud y encuentra un caso semejante; entonces se le hacen gratos». ¿Por qué? Porque ha estado estudiando el Talmud y ha visto que la Ley los tiene en cuenta. Yo soy este hombre. Yo, que no entiendo las preguntas existenciales del mundo, leo una página del Talmud y mi corazón se llena de amor y comprensión incluso hacia las cosas más mediocres de Israel, sólo porque los profetas han hablado de ellas. Grande es la doctrina que lleva al amor.

Empezó a oscurecer. Llegó la hora

de la oración de la tarde. Me propuse rezar una oración rápida, para poder volver cuanto antes a mi estudio. Pero como empecé por «Bien hayan quienes...», me entretuve con ella a causa del elogio que contiene hacia los que permanecen en la sinagoga.

Unos rezan aprisa porque les gustan las palabras que pronuncian y hacen como si se las tragarán con avidez. Otros rezan despacio, modulando las palabras porque les gustan y les duele separarse de ellas. No sé a quién prefiero, si al que reza de prisa o al que reza despacio. ¿Cómo recé yo? Pronunciaba de prisa las palabras que me gustaban y, porque me gustaban,

luego las repetía. Hice lo mismo en la oración de la noche. El hombre debe procurar rezar en la comunidad, «pues la oración de muchos es escuchada», pero en aquellos momentos el hombre olvidó que existían comunidades y el Altísimo, alabado sea, llenó todo su mundo. Y se recogió profundamente hasta olvidarse de su propia existencia, para no disminuir la Gloria Divina.

Al terminar mis oraciones, encendí una vela. Inmediatamente, me puse de nuevo a estudiar. Si durante todo el día estudié en voz alta, por la noche levanté la voz todavía más. De hora en hora, la voz adquiría nuevas tonalidades, como si saliera del propio Talmud. Y como la

voz del Talmud es tan dulce, yo tendía el oído para escuchar. La vela se consumió entre mis dedos, pero yo no me moví. Quizás hayáis oído decir alguna vez que los perseverantes rezan con una vela entre las manos para que la llama les queme los dedos si se duermen y puedan volver al estudio. Este hombre no necesitaba recurrir a tales medios, pues el que estudia la Doctrina por amor no se duerme y sólo interrumpe su estudio para cambiar la vela.

Entre vela y vela, pensaba: «En estos momentos, no hay en toda la ciudad otro que esté estudiando». No lo hacía por vanagloriarme, sino porque me sentía contento de velar al mundo.

¿Cuántas horas estuve así? Cuando dejé el estudio y volví al hotel, toda la ciudad dormía, excepto la casa del rabino. Al parecer, también él dedicaba la noche al estudio. O quizás estaba escribiendo su nueva exégesis y resultaba que, en efecto, yo había estado velando al mundo solo.

Abrí la puerta y entré en el hotel. Todos los de la casa dormían profundamente. Tampoco se oía nada en la habitación de Raquel. Me fui a mi habitación, andando de puntillas.

El quinqué ardía con poca llama, iluminando un poco la oscuridad, y, a su lado, había una fuente tapada con un plato. En honor de la señora de la casa,

tengo que decir que me había preparado cena. La ingerí con buen apetito, me acosté y me dormí. Hacía muchas noches que mis ojos no se cerraban tan dulcemente.

Después del desayuno, volví a la sinagoga, e hice lo mismo que la víspera, sólo que esta vez empecé por el principio del tratado, para estudiar con método y llegar a dominar el capítulo por completo, no como el que va picoteando, un párrafo aquí y otro allá.

Fueron días hermosos. Pasaron las tres semanas del luto y empezaron los días del consuelo. El mundo me parecía totalmente nuevo, pues nació el nueve de *Ab* y ese día todos los años siento como

si se me renovara el corazón.

Llegó el mes de *Ab*, con sus días calurosos, por lo que no era necesario que encendiera la estufa. Si no se enciende la estufa, nadie viene a calentarse. Todos los que solían frecuentar la sinagoga andaban ahora de acá para allá, buscando la forma de ganarse la vida. Éste se queda en su tienda, mordisqueando el metro, aquél se va tomar el fresco y el de más allá recorre los pueblos de los alrededores, cambiando utensilios por comida. Dios haga que no se esfuercen en vano.

Mientras estudias, sientes gran alegría. Cuando interrumpes el estudio, empieza a mortificarte tu corazón.

Mientras estudiaba, me sentía contento; cuando interrumpía el estudio, lamentaba haber pasado tantos días sin estudiar. Los días y los años se ofrecían a mis ojos como fuentes agotadas, tristes y vacíos. ¿En qué estaba pensando al permitir que pasaran los días y los años en vano? Padre Celestial, Tú das la vida a todas las criaturas y al hombre le das, además, el entendimiento. En la vida que me diste, ¿dónde quedó el entendimiento? «La insensatez humana extravía el camino y el hombre se enoja con Dios». Este hombre extravió el camino y no se enoja consigo mismo, sino que su corazón le echa las culpas al Altísimo, alabado sea.

Entonces, ¿todo depende de los actos del hombre? ¿Todo lo bueno y todo lo malo que le ocurre es motivado por sus actos? Si existe un Ordenador de todas las cosas, ¿por qué debe el hombre pagar las consecuencias de sus actos? Hace ya tiempo que los sabios se ocupan de esta cuestión y todos la explican a su modo; yo no trato de explicarla como ellos, sino como la explicaron nuestros Profetas —bendita sea su memoria— con el ejemplo del hombre ante el que se abrían dos caminos.

Volvamos a nuestro tema. He enderezado de nuevo mis pasos hacia la observancia de los Mandamientos. He

hecho examen de conciencia y mis pies, que hasta ahora me llevan al mercado, a las calles, a los campos y al bosque, han hallado de nuevo el camino de la sinagoga.

Según mis cálculos, me quedaba dinero para un mes; haciendo grandes economías, para dos. Antes de ahora me había preguntado ya: «¿Y después? ¿Tal vez deba instalarme en la leñera y usar la mano como almohada, como hacía Rabbí Jayim, que en paz descanse? Además, el hombre necesita algo más que un pedazo de pan para comer y un vestido para cubrirse. Hoy vistes como un señor, ¿qué harás mañana? Los vestidos del hombre no duran siempre y

al fin te ocurrirá lo que a aquel forastero cuya imagen no se aparta de tus ojos desde hace días».

¿Qué le ocurrió al forastero? Un día, era la víspera del Sábado, al anochecer llegó a la posada de nuestra ciudad un hombre bien vestido, con cadena de oro, pluma de pavo real en el sombrero y cartera de piel en la mano. Fue recibido con grandes honores, pues se veía que era rico. Se sentó a una mesa, pidió un vaso de té y se lo sirvieron. Él lo apartó diciendo: «Tiene una mosca». Le pidieron perdón y le sirvieron otro vaso. Él frunció los labios y dijo: «Hay una mosca en el vaso». Le trajeron otro y no lo bebió. Al cuarto vaso, empezó a

gritar: «¿Es que no sabéis darme más que moscas?». Por la mañana, se envolvió en su manto y acompañó el rezo con una danza, como si no estuviese en tierra extraña. Entonces los de la posada se echaron a temblar y llamaron a los vecinos. Vino con ellos un bruto que empezó a meterse con el forastero y le rasgó el manto. El forastero gritó: «¡Ladrón! ¡Me has robado el reloj!». El bruto le dio un puntapié y lo tiró al suelo. Toda la ciudad se alborotó. «Ese hombre no está en su juicio», decía la gente. Se presentó un policía y lo llevó ante el juez. Los dueños de la posada fueron tras él, exigiendo que les pagara lo que les adeudaba. Él echó mano al

bolsillo y no encontró su dinero. «Me han robado», dijo, echándose a llorar. Algún tiempo después, llamó a nuestra puerta un mendigo. Al verlo, me asusté y exclamé: «¡Si es el forastero!». «El mismo», sonrió él. Mi madre le dio comida, ropa y calzado, pues iba cubierto de harapos y con los zapatos rotos. «¡Pobrecillo! —susurré—. ¡Hay que ver a lo que ha llegado!». Él dijo, sonriendo: «Está bien, está bien».

Volvamos a nuestro tema. Mi dinero era cada vez más escaso. Todos los días pago mi cuenta y cada día que pasa tengo menos dinero. Yo le digo: «¿Por qué te vas tan aprisa? Mañana, cuando quiera comprarme un traje nuevo o unos

zapatos, tú no podrás ayudarme». Él me contesta: «¿Quién soy yo y qué puedo yo hacer?». Yo le digo: «Cuando me compré el abrigo, no me hablaste así, sino que te apresuraste a cumplir mis deseos». Mi dinero me dice: «Entonces era mucho y ahora soy poco y no puedo llegar hasta donde llegaba entonces». Yo le digo: «¿Qué puedo hacer?». Mi dinero dice: «¡Y qué sé yo! Pero un consejo sí puedo darte: antes de meter la mano en el bolsillo, piénsalo dos veces». Yo le digo en tono de burla: «¿Y de este modo te multiplicarás?».

Mi traje es todavía bastante bueno y no necesito comprarme otro. También mis zapatos están en buen estado. Para

que no se rompan y no tenga que mandarlos arreglar, procuro andar poco y cuando salgo a la calle piso con suavidad, para que me duren más.

—¿Por qué teme tanto este hombre que se le rompa el traje y se le desgasten los zapatos? Hay muchos hombres de buena familia que andan por ahí con el traje roto y no por ello pierden dignidad. Pero es por el bien de sus conciudadanos por lo que no quiere ser como ellos. Antes, cuando perdía el tiempo en fruslerías, pensaba: «¿Qué le importa al pobre que su amigo sea rico? ¿Procura acaso el rico algún placer al pobre vistiendo bien y comiendo platos exquisitos? ¿Perderá algo el pobre

porque su amigo vaya tan harapiento y pase tanta hambre como él?». Muchas veces, me lo explico así: «Para el hombre, su dignidad es tan preciosa como su alma; por eso se alegra de la riqueza de su amigo». Otras veces, me digo: «Por ley natural, el hombre ama la belleza; aunque el pobre nada gane con los bienes del rico, sus ojos se recrean al contemplar su riqueza, y del mismo modo que se alegra al ver al rico adornar la tierra con sus hermosos trajes, también sufre al ver a los pobres que la ensombrecen con sus harapos».

CAPÍTULO LXXIII

Modos de un escritor

Volví al hotel y pagué mi hospedaje. Las libras que traía se convirtieron en dólares, los dólares, en florines, y los florines, en céntimos. Pensaba en tiempos pasados, cuando mi bolsillo estaba repleto, y en tiempos venideros, cuando estuviera vacío. A cada moneda le daba más vueltas de las que le correspondían y ahorraba hasta en los gastos más insignificantes. Llegué a escribir mis cartas en el papel que

sobraba de las que recibía. Un día quería escribir a mi mujer y no tenía papel. Así que cogí el testamento que había hecho durante mi enfermedad, borré lo que había escrito entonces y escribí la carta en la otra cara del papel.

Me parece estar viendo a mi mujer, tratando de descifrar lo borrado. Y le digo: «¿No ves que lo he borrado? Si quieres, puedo prestarte mis gafas».

Mi mujer se sobresaltó y dijo: «¿Usas gafas? Cuando te fuiste de la tierra de Israel tenías buena vista». Yo le dije: «La luz de mis ojos se ha debilitado un poco». Ella dijo entonces: «Eso es de estar tanto tiempo en la sinagoga, entre libros polvorientos que

te llenan de polvo. ¿Has ido a ver al médico?». Yo le dije: «Estoy constantemente en manos de un médico». «¿Y qué te dice el médico?». «El médico me dice: “¿Has venido hasta aquí para estudiar el Talmud?”». «Entonces volvamos a casa», dijo mi mujer. Yo le dije: «¿Y qué hago con la llave?». Ella dijo: «Ponía en el armario de la Torá y cuando los muertos vayan a leer la Torá se la llevarán». «¿Y qué harán los vivos?». Mi mujer dijo: «Nadie quiere esa llave». Yo dije: «Mientras el libro *Las manos de Moisés* estaba en la ciudad, la llave no era necesaria. Ahora que el libro ya no está aquí, necesitarán la llave». Mi mujer

dijo: «¿Por qué te has puesto colorado?». «¿Que me he puesto colorado? Yo creí que había palidecido». «¿Por qué?». «Por la pena». Mi mujer dijo: «¿Tienes una pena?». Yo le dije: «Es que debo cargar sobre mis hombros el armario en el que guardo la llave». Mi mujer preguntó: «¿Un armario tienes que cargar sobre tus hombros?». Yo le dije: «No sólo un armario, sino toda la sinagoga». Mi mujer dijo: «La sinagoga vendrá sola». «¿Quieres decir que vendrá tras de mí?». «¿Te has creído que iba a quedarse sola?». Entonces dije a mi mujer: «Espérame. Contaré el dinero, a ver si me alcanza para el viaje».

Entonces mi mujer dijo a los niños: «¿Habéis oído? Vuestro padre vuelve con nosotros a la tierra de Israel». Los niños me abrazaron y me besaron gritando: «¡Qué bueno eres, padre!». Yo les dije: «Si vosotros sois buenos también, os dejaré entrar en vuestra vieja sinagoga y estudiaré la Torá con vosotros. ¿Cuándo volvéis, hijos? ¿Teméis que os obligue a vivir en el extranjero para siempre, a fin de que aprendáis la Torá? No temáis; volveré a la tierra de Israel y vosotros también, pues no hay Doctrina como la de la tierra de Israel».

Mis hijos volvieron a abrazarme diciendo: «¡Qué bueno eres, padre!».

Miro las paredes de la vieja sinagoga y les digo: «Ya lo veis; ha llegado la hora de que vuelva a la tierra de Israel». Las paredes de la vieja sinagoga se inclinan, como si quisieran abrazarme porque me voy a la tierra de Israel. Yo les digo: «Si queréis, os cargo sobre mis hombros y os llevo conmigo». Las paredes de la sinagoga me dicen: «Pesamos mucho y no hay ningún hombre que sea lo bastante fuerte para llevarnos sobre sus hombros. Pero coge la llave y márchate y cuando llegue el momento te seguiremos». Yo les digo: «¿Cómo queréis seguirme? ¿Piedra por piedra? ¡De ningún modo! Quiero que vengáis todas juntas. ¿Os da vergüenza

viajar vacías? Traeré a mis hijos y los pondré junto a vosotras. ¿No sabéis que mi mujer me ha escrito para decirme que ella y los niños volverán muy pronto a la tierra de Israel?».

Aquel mismo día, llegó una carta de mi mujer que decía: «Tú estás en Polonia y nosotros en Alemania. Y, entretanto, los niños se acostumbran a vivir en el extranjero y si nos quedamos más tiempo no nos sentiremos a gusto ni aquí ni allí. Además, si hemos de volver a casa, cuanto antes mejor, para que los niños no pierdan el curso escolar».

¿Quién reveló a la gente de mi ciudad el secreto de que yo pensaba volver a la tierra de Israel? Yo no había

dicho nada, pero todos me preguntaban: «¿Cuándo vuelves a casa?». Aquel mismo día, Yerujam Freier me pidió que me quedara hasta que su mujer diera a luz.

—Me iré después de la circuncisión —le dije.

El rostro de Yerujam Freier se iluminó, como si mis palabras le hubieran dado la seguridad de que su mujer tendría un varón.

Con la alegría de Yerujam me alegré yo también. En primer lugar, porque en la ciudad nacería un niño judío por primera vez en muchos años. Y, en segundo lugar, porque había encontrado un pretexto para retrasar mi marcha;

pues no es fácil para el hombre trasladarse de un sitio a otro. Pero, por otro lado, me sentía furioso con Yerujam: no contento con haberse marchado de allí, ahora retrasaba mi vuelta.

Por aquellos días, Jerusalén se me aparecía en todo su esplendor. Volvía a ver mi casa, disfrutando de paz, a mis hijos jugando entre los olorosos pinos del jardín cuyo aroma inunda todo el vecindario en los últimos días de verano, cuando el cálido sol baña los árboles y sopla la brisa, el cielo bruñe sus bóvedas azules y la tierra caliente levanta sus ojos hacia él, entre los espinos que se tuestan al sol.

Volví a contar mi dinero y me estremecí. No me quedaba lo suficiente para pagar el alojamiento del próximo mes y, lo que era más grave, no me alcanzaba para pagar el pasaje del barco.

Pero no me desanimé, pues un editor de la tierra de Israel había publicado varios relatos míos y había prometido pagarme mis derechos. Al mismo tiempo, recordé una antigua deuda de otro editor. Escribí a ambos, para pedirles que acelerasen el pago. El de la tierra de Israel no contestó. Seguramente estaba en el extranjero, como acostumbraban a hacer los ricos de por allá, que en la estación fría se van a

países cálidos y cuando hace calor se trasladan a tierras frías. Y el que vivía en el extranjero me contestó: «Al contrario; es usted quien me debe dinero». ¿Cómo es posible? «El importe de los libros que me compró excede al de sus derechos de autor». Entre nosotros, es costumbre que la mayoría de los lectores pidan al autor que les regale un ejemplar de su obra, y muchas veces él tiene que invertir en libros para regalo todo lo que percibe por la obra.

Sin proponérmelo, me he calificado a mí mismo de escritor. Dado que hoy en día no sólo se aplica esta palabra a los sagrados escritores de la Torá, sino a todo aquel que se dedica a escribir, no

temo pecar de presuntuoso al designarme a mí mismo como tal.

En otro lugar, me he referido ya a la historia del poeta al que, estando todavía en la cuna; otorgó el Cielo dones especiales que ninguna criatura había podido disfrutar jamás en este mundo. El niño quería ser poeta; entonces fue a él un enjambre de abejas que le llenó la boca de miel. Cuando creció y aprendió la Torá, se le ocurrían todos los versos y los himnos de alabanza que ya siendo niño quiso proferir, y entonces los escribió y el pueblo de Israel los incorporó a sus rezos. ¿Y cómo escribió los lamentos? Las abejas, al darle la miel, le habían

clavado sus agujones y aquel dolor le inspiró los lamentos para el nueve de *Ab*.

Rabbí Eleazar Kalir^[*] poseía un don especial que no tenían otros poetas que, de carácter más reservado, disimulaban sus desdichas entre las desdichas de la comunidad y dedicaban sus poesías y sus lamentaciones al pueblo de Israel de modo que, al leerlas, a cada una le parece que se refieren a él mismo.

Hubo otros poetas que tenían siempre presente su propia desdicha, pero eran muy modestos y hacían suya la desgracia de la comunidad, como si cada una de las calamidades que afligían a Israel se abatiera sobre ellos.

Había otros poetas que tenían presente su propia desgracia, pero sin olvidar la desgracia de la comunidad, pues decían que, siendo Dios todo misericordia, Él debía recompensar a los que sufrían, por lo que sufrían sus desdichas con resignación, consolándose con la esperanza de la Salvación, pues, llegada la hora, el Santísimo, alabado sea, redimirá a Israel de sus males. Se tragaban las lágrimas y recitaban poesías.

Nosotros no tenemos la fuerza necesaria para obrar como ellos, sino que obramos como el niño que moja su pluma en el tintero y copia lo que escribió su maestro. Mientras tiene ante

los ojos el modelo del maestro, el niño escribe primorosamente; cuando el modelo desaparece o él introduce algún cambio por su cuenta, sus escritos pierden su hermosura. El Altísimo, alabado sea, ha hecho un convenio con todo lo creado durante los Seis Días: que nada ni nadie podrá cambiar el carácter que Él le imprimió (exceptuando las aguas del mar, que se separaron para dejar paso a Israel), y la escritura con buril pertenece a sus primeras criaturas.

Y creo que será oportuno explicar aquí por qué, siendo escritor, no escribí nada mientras estuve en Szybuscz. Es más, cuando algo hacía vibrar mi

corazón, yo lo desechara y, si insistía, me decía a mí mismo: «¿No sabes que aborrezco el olor a tinta?». Cuando comprendo que no existe escapatoria, escribo, para quedar tranquilo. Mientras estuve en mi ciudad muchas cosas hicieron vibrar mi corazón, pero cuando las desechara se iban y no volvían.

CAPÍTULO LXXIV

Mudanza

Volvamos a nuestro tema. Yo estaba en Szybuscz y había decidido retrasar mi regreso a la tierra de Israel porque le había prometido a Yerujam Freier quedarme hasta que su mujer diera a luz. Poco a poco, fue desapareciendo todo mi dinero, a pesar de que yo procuraba hacer economías y no me compraba fruta en el mercado, que ahora estaba lleno de frutas que yo había estado deseando saborear durante años.

En mis cartas a mi mujer no le dije que no tenía dinero para el regreso; le hablaba, como siempre, de las gentes de mi ciudad, de Daniel Bach, de las huérfanas de Rabbí Jayim, que en paz descansa, de Yerujam Freier y de Kuba, que me había invitado a irme a vivir con él. Por mis cartas, nadie hubiera podido adivinar cuál era mi situación. Por eso me quedé asombrado cuando recibí de mi mujer un salvoconducto para la tierra de Israel y dinero para el viaje. Tal vez no debí asombrarme, ya que las mujeres siempre son asombrosas.

De todos modos, me mudé a casa de Kuba. El día en que volvió de la boda de su exesposa, me rogó ya que me

instalase en su casa, pues no le gustaba vivir solo; pero yo rehusé. En una ocasión nos quedamos charlando toda la noche. Al amanecer, él me dijo:

—Desayuna conmigo y luego te vas.

Después del desayuno, me propuso:

—Échate hasta mediodía, luego comemos y te vas.

—Después de comer, me dijo:

—Échate otro poco y luego te vas.

Cuando quise despedirme de él, me dijo:

—¿Qué te falta aquí? ¿Echas de menos el olor de los asados de carne o el ruido de los huéspedes?

En algunas novelas sucede que cuando a uno se le termina el dinero o se

queda en la calle, hereda una casa o un castillo. Algo parecido me sucedió con Kuba. Pagué al hostelero lo que le debía, para no pasar por la vergüenza de no poder pagarle si se me acababa el dinero.

Kuba me brindó una hospitalidad realmente espléndida. Por la mañana, me traía agua para lavarme y un vaso de agua clara y fresca para beber y me ofrecía varias comidas al día, incluso con huevos que él, por ser vegetariano, no probaba.

Aquellos días, mis visitas a la sinagoga no eran tan frecuentes; por el contrario, entraba y salía a menudo de casa de Zakaryá Rosen.

Zakaryá Rosen es como un caudaloso e inagotable manantial. ¿De qué no me hablaría él? Me hablaba de nuestra ciudad de Szybuscz y del esplendor de tiempos pasados. Nuestra ciudad ha perdido ya todo su esplendor y nadie le concede importancia, pues todos se vuelven hacia la tierra de Israel. Pero deberíamos preguntarnos si es correcto obrar así, mientras el Mesías se mantenga fuera de la Patria. Pues cuando el rey está en el desierto, los grandes dignatarios de la corte le acompañan.

Tampoco di de lado a Yerujam Freier. Charlábamos siempre que nos encontrábamos. He dicho muchas cosas

de Yerujam Freier, hasta he mencionado sus hermosos rizos que son todo su orgullo. Y es que no hay en todo Szybuscz rizos como aquéllos. De momento, no diré nada más sobre Yerujam, pero a propósito de sus rizos me gustaría añadir que me recuerdan los de los predicadores ambulantes de Lituania con sus grandes melenas revueltas. Lo cual no tiene nada de extraño, ya que, como antes he dicho, su padre era lituano.

Donde más a gusto estoy es en casa de Daniel Bach. A veces me acompaña Kuba, por curiosidad. Erela está siempre repasando montones y más montones de ejercicios. Erela trabaja a

conciencia, olfatea todas las faltas y las corrige sin que se le pase ni una sola.

He dicho ya que la casa de Kuba está en la misma calle en la que vivía yo de niño. Según mis cálculos, creo que tengo ahora la misma edad que entonces tenía mi padre. ¡Cuántos años han pasado desde entonces! ¡Cuántos males nos han afligido! Cuando estoy solo, tengo la impresión de que nada ha cambiado. Un día me miré al espejo y me asusté, pues en el cristal se reflejaba el rostro de mi padre, y me dije: «¿Qué es esto? Mi padre no puede haberse afeitado la barba». No me había dado cuenta de que aquella imagen era la mía.

Los ingresos de Kuba son escasos.

El enfermo que dispone de un poco de dinero llama a otro médico. El que no tiene dinero llama a Kuba. Por si esto no fuera bastante, cuando Kuba tiene una moneda en el bolsillo, se la gasta en los enfermos. Sin embargo, la casa de Kuba está llena de cosas buenas. Hay allí frutas, verduras, huevos, mantequilla, queso y pan de centeno que le llevan los campesinos en agradecimiento por sus cuidados. Y es que los campesinos no tienen una gran opinión de Grobiane, el otro médico, y prefieren tratar con el doctor Milch, que es un hombre más sencillo. Y ellos, a su vez, lo tratan con toda sencillez y le ofrecen lo que tienen. Sin exagerar, puedo decirte que en un

rincón de la casa de Kuba encuentras más comida que en todo el mercado judío de Szybusz. Y puesto que Kuba no come huevos, regala la mitad a los pobres y la otra mitad a la señora Bach. A fin de no quitarles nada a los pobres, no quería aprovecharme de la despensa de Kuba y compraba mi comida en el mercado. Un día, Kuba me sorprendió al volver de hacer unas compras en el mercado y me reprendió duramente por dejar que se echaran a perder sus existencias y comprarme en la tienda alimentos en mal estado.

Volví a contar mi dinero; pero la cuenta estaba hecha pronto, pues mi capital se reducía a dos dólares (sin

contar el dinero para el viaje que no quería tocar hasta el día de mi marcha). Dejé de fumar y Kuba elogió mi decisión. Y es que él odia el tabaco. En primer lugar, porque es malo para el cuerpo y, en segundo lugar, porque roba una tierra que podría dedicarse al cultivo de las patatas.

Me resultó difícil renunciar al goce que proporciona el cigarrillo. Y lo peor era que los que encontraba en el mercado estaban acostumbrados a que les invitara a fumar; si ahora les decía que no tenía tabaco, se sentirían defraudados. Decidí ir a la ciudad y comprarme cigarrillos para poder invitar a los que me pidieran.

Ignaz, al verme gritó:

—*Peniendze!*

Los tres agujeros de su cara eran repulsivos y en ellos se leía una sonrisa burlona. Yo me sentí molesto y estuve a punto de reprenderle. Luego me dominé, metí la mano en el bolsillo, saqué un dólar y se lo di. Él me cogió la mano y me la besó.

—¿Qué es eso, Ignaz? ¿Por qué me besa la mano?

—El señor es tan bueno... y como me ha dado un dólar...

—No he hecho más que darle su salario por haber dicho *Peniendze* y no *maos*. Debe usted saber que, siendo de la tierra de Israel, no puedo permitir que

se nombre al vil metal en la lengua sagrada; le he recompensado por decir *Peniendze* en lugar de *maos*. Pero no puedo perder el tiempo charlando con el primero que llega; por eso voy a darle otro dólar, pero deje ya de molestarme. A partir de ahora, aunque esté todo el día diciendo *maos* no pienso darle nada. Tengo otras cosas en que pensar y no puedo dedicar ni un momento al vil metal. ¿Lo ha entendido?

Ignaz me miró como un sordo. Yo volví a meter la mano en el bolsillo y le di otro dólar.

Hermanos, ¿os acordáis de la historia del joven que no tenía más que dos monedas de diez céntimos y con una

compró un ramo de flores y con la otra se hizo limpiar las botas? Aquel joven recibió, a cambio de su dinero, un ramo de flores y unas botas relucientes; ahora, en cambio, sólo tiene entre las suyas la mano de un mendigo y sus botas siguen estando sucias.

Al separarme de Ignaz, pensé: «No debí hacerle llorar; si hubiera seguido dándole unos céntimos cada día, su corazón se hubiese mantenido indiferente y el pobre hombre no hubiese llorado». Entonces, mi otro yo, el de los malos pensamientos, el que no me deja disfrutar de mis buenas acciones, me dijo: «Hoy llora porque le diste todo tu dinero; mañana, cuando no tengas nada

que darle, reirá».

CAPÍTULO LXXV

Preparativos para el viaje

Ahora que todo mi dinero se había terminado, temía salir a la calle, pues me parecía que todo el mundo iba a pedirme dinero. Pasaba el tiempo en la sinagoga, pensando en lo que había hecho y en lo que había dejado de hacer. «Voy a estudiar una página del Talmud, para distraerme». Pero mi atribulado corazón no encontraba placer alguno en el estudio. Empecé a impacientarme con Yerujam, que me obligaba a quedarme a

causa de su mujer.

Se abrió la puerta y entró la señora Sommer acompañada de otra mujer. La señora Sommer extendió las manos hacia mí y me dijo, llorando:

—Se lo suplico, déme el libro *Las manos de Moisés*. Raquel va a tener un parto difícil.

—Ya lo envié a la tierra de Israel.

—¡Dios mío! ¿Qué podemos hacer? —exclamó ella, retorciéndose las manos.

La mujer que la acompañaba era consecuente. Al enterarse de que el libro ya no estaba allí, dijo:

—¿Qué se hacía antes de que existiera el libro? ¿Qué hacen en otros

lugares? Se da a la partera la llave de la capilla grande y el parto se acelera.

Fueron a la Gran Sinagoga, en busca de la llave, pero no la encontraron, pues aquel mismo día se hacía prestar juramento al anciano que no tenía dinero para pagar sus deudas y el guardián había salido en busca de una Biblia, cerrando la puerta y llevándose la llave.

Un buen andariego puede ir de la sinagoga al juzgado en un cuarto de hora; pero el pensamiento vuela con la rapidez de la flecha al partir del arco. Antes de que pudieran ponerse en marcha, la mujer tuvo una idea:

—Ahora recuerdo que una vez se dio a una partera la llave de la vieja

sinagoga y dio a luz en seguida.

Yo cerré la puerta de la vieja sinagoga y les di la llave. La señora Sommer la cogió y se alejó con toda la rapidez que sus piernas le permitían, como corre una madre que lleva en la mano la medicina que puede devolver la vida a su hija. Y yo me quedé como si hubiera perdido cuanto amaba en el mundo. Inmediatamente, me arrepentí de mi egoísmo y recé por Raquel, pues además de lástima hacia ella, sentí remordimientos por haberme desprendido del libro que ahora hubiera podido ayudarla. ¡Qué imperfecta es la caridad humana! Había hecho un favor a la señora Sara y a sus cuñadas y una

mala pasada a Raquel.

Mientras estoy allí parado, oigo a alguien que dice en tono de burla:

—La criatura no querrá nacer para no dejar en mal lugar a su madre, pues ni siquiera han pasado siete meses desde el día de la boda.

Mientras éste echaba la cuenta de meses y días, el no nato, al comprender que ponía en peligro a su madre, empezó a patalear y a luchar consigo mismo. Entonces llegó la madre de Raquel y dio a su hija la llave de nuestra vieja sinagoga. Y, nada más ver la llave, nació la criatura. No tardó en correr la voz: ¡Raquel ha tenido un varón!

Hacía varios años que en Szybuszcz

no nacía una criatura. El faraón decretó el exterminio de los varones; pero las israelitas de nuestra ciudad eran todavía más severas que el faraón y habían decidido no tener ni varones ni hembras. Por ello, toda la ciudad se sentía partícipe del acontecimiento y en todas partes se advertía como un aire de fiesta. Fui a felicitar a Yerujam y él me recordó mi promesa.

—Lo que prometo, lo cumplo —le dije.

Aquel mismo día, empecé a preparar el viaje. En primer lugar, fui a despedirme de todos mis conocidos, de los que conocía de antes y de los que había conocido durante mi última visita.

Si el Cielo se hubiera mostrado un poco más benévolo con ellos, ahora hablaría más extensamente de mis visitas; pero como viven agobiados bajo el peso de la desgracia y sus rostros están sombríos como un caldero tizado, ¿para qué hablar más? La pobreza tiene muchas caras; cualquiera que sea la cara que te ofrezca, está llena de dolor y tribulaciones. En casa de la Janokina, a su dolor se sumó el mío por no poder hacer ningún regalo a los huérfanos. Me palpé los botones del traje y pensé en los hijos del maestrillo de la canción de «El rapto de la novia» que se cosían botones de plata en el chaleco para dárselos a los pobres que encontraban.

Los huérfanos de Janok no advirtieron mi preocupación; al contrario, estaban muy contentos, pues aquel mismo día el más pequeño había empezado a recitar el *Qaddish* de memoria. Los esfuerzos de Rabbí Jayim no habían sido vanos.

En la calle, vi a Ignaz. No me gritó *maos* ni *Peniendze*, quizá comprendió que diciendo *maos* no conseguiría nada, o quizá porque en aquel momento estaba hablando con el cura. Por el modo en que me miró el desnarigado era fácil adivinar que estaba hablando de mí. Y, en efecto, el cura se volvió para mirarme. Si hablaba bien, bien está; si no, que el Cielo no se lo tenga en cuenta.

Después de despedirme de todos mis

conocidos, me dirigí a la casa del rabino. Después de sentarme a su derecha, me hizo toda la clase de reproches por no haber ido a verle durante tanto tiempo.

—Estuve muy ocupado —le dije.

—¿Y sólo por eso no vino a visitarme? —me preguntó.

—Yo soy la tierra de Israel y me duele oír que alguien la critica. Cada vez que vengo a su casa dice usted cosas malas sobre Israel.

El rabino se mesó la barba con la mano derecha, me miró amistosamente y dijo con amabilidad:

—Y, sin embargo, yo siento una gran simpatía hacia usted.

—¿Qué soy yo, quién soy yo para merecer su afecto? No pido más que se me conceda ser su átomo de polvo de la tierra de Israel.

—¿Acaso critico yo la tierra sagrada? Yo sólo critico a sus habitantes.

—¿A cuáles de sus habitantes se refiere usted, a los que dan su vida por la tierra, los que convierten el desierto en tierra fértil, siembran y cosechan y plantan en él vida para los que allí viven, o tal vez se refiere a los que la guardan y se sacrifican por cada palmo de terreno, o acaso a los que en medio de la pobreza estudian la Torá y por amor a Dios y a su Sagrada Doctrina

olvidan sus propios sufrimientos, o a los que sacrifican su propia gloria en favor de la Gloria de Dios y pasan su vida en constante oración? ¿O se refiere, quizás, a la gente del pueblo, a los estibadores, a los peones de albañil, a los sastres, a los zapateros, a los carpinteros, a los pintores de paredes, a los picapedreros, a los limpiabotas y demás trabajadores que con su trabajo alimentan a su familia y enriquecen al país? Una vez, encontré a un sastre con la ropa hecha jirones y resultó que se sabía de memoria el texto de las «Cuatro Hileras». Yo le dije: «¿Y sabiendo todo eso se dedica a la aguja?». Él me señaló entonces a un zapatero que iba descalzo y conocía

todas las causas de las palabras de Maimónides y que, a su vez, no podía compararse a un limpiabotas de Jerusalén que trabajaba en plena calle y que era capaz de emitir veredictos basándose en el *Zóhar*. Y éste no era más que uno de tantos discípulos de la escuela de estibadores que están versados en todos los secretos de la Cábala y del Talmud. Pero seguramente usted se refiere a los que maman de la tierra y, a cambio del alimento que reciben, instalan veneno en ella; es como la mujer que alimenta a su hijo y viene una serpiente y chupa también y después muerde a la madre con sus dientes venenosos. ¡Santo Dios, si Tú

los soportas, también nosotros los soportaremos!

Cuando acabé de hablar, me levanté de la silla y me despedí.

El rabino se levantó también, cogió mis manos entre las suyas y dijo:

—Por favor, quédese sentado.

Él se sentó también, apoyó la cabeza en las manos y guardó silencio. Finalmente, levantó la cabeza, clavó sus ojos en mí para decir algo, pero no encontró palabras.

Entró la esposa del rabino trayendo cidro de almíbar y dos vasos de té. Su marido le dijo:

—Él se va a la tierra de Israel y nosotros nos quedamos aquí. Échese

azúcar en el té y bébaselo mientras está caliente y pruebe esta compota. Es de cidro.

Para despedirme del rabino con una bendición, bebí un poco de té, comí un bocado y recité la bendición: «Él que creó muchas almas y les dio lo que necesitaban...». Luego le pregunté por su hijo. Él se levantó, cogió un volumen que contenía una serie de periódicos encuadernados y, poniéndomelo delante, dijo:

—¡Ay, estas tonterías...!

Me puse en pie y me despedí. El rabino me estrechó la mano sin decir nada. Luego, volvió a cogerme la mano y siguió guardando silencio. Lentamente,

retiré mi mano. Él me acompañó hasta la puerta.

Una vez allí, sacó del bolsillo una moneda de oro y me dijo:

—Le nombro mi mensajero de buena voluntad. Désela al primer pobre que vea al llegar a Israel.

—Quizá sea uno de éstos a los que usted censura.

—«Y todo tu pueblo será justo; ellos heredan la Tierra para siempre». Todo aquél a quien se concede la gracia de vivir en la tierra de Israel ha de ser justo.

—No todos los que viven en la tierra de Israel son justos. Hay entre nosotros hombres que se dicen justos y

que atacan a los auténticos justos.

—¿Quieres penetrar en los secretos del Padre Eterno? —dijo entonces el rabino.

CAPÍTULO LXXVI

La circuncisión

¡Ved el amor que se profesa a la tierra de Israel! Porque yo había venido de allí fui padrino en la ceremonia de la circuncisión del recién nacido. No lo fue el rabino, ni lo fue el abuelo materno; lo fui yo, que ni soy una autoridad en las cosas de la Doctrina, ni pertenezco a la familia.

Me acuerdo de mi abuelo, que en paz descansa, que fue padrino de muchos niños nacidos en Szybuscz y que

ni a uno solo de sus ahijados dejó de enviarle un regalo de boda. Se dice que, una vez, uno de ellos tuvo un pleito y cuando se presentó al rabino, en compañía de los restantes interesados, el rabino lo condenó. Él denunció entonces al rabino a las autoridades. El rabino pidió a mi abuelo que le cediera un padrinzago, a fin de que el cumplimiento de este sagrado deber le asegurase la divina protección. Y de una circuncisión a la otra se guardaba un pedazo de pastel de miel en una fuente, bajo una corona de perlas de cristal, y recuerdo también que el abuelo solía darme un poco cada vez que me preguntaba el Talmud y yo sabía la

lección. Y ahora voy a ocupar el lugar de mi abuelo, sin poseer ninguna de sus virtudes.

Desde el mediodía, siento que me tiemblan las rodillas. El espíritu está pronto, pero la carne es débil. Si la circuncisión se celebrara en la Gran Sinagoga o en la vieja escuela, como se hacía en tiempos de nuestros antepasados, tal vez no tuviese tanto miedo. Y es que en la sinagoga me siento más a gusto. Además, con nuestro padre Elías, el profeta, no se puede bromear y estoy seguro de que se guardará bien de sentarse en estas sillas en las que la gente se sienta para jugar o pasar el tiempo en frivolidades. Yo me

digo: «Ya que no se puede mejorar la silla, mejora por lo menos al que ha de sentarse en ella».

Fueron llegando los que debían participar en la ceremonia y esperaron al rabino de la ciudad que ejerciendo de *mohel*, debía efectuar la circuncisión. De pronto, se abre la puerta y entra Daniel Bach; el hostelero le había invitado amablemente y él, olvidando la ofensa, aceptó la invitación. Es bueno que entre dos personas se restablezca la paz.

Es más, vino también Erela, Erela que, desde niña, estaba destinada a Yerujam. Pero Yerujam se había casado con Raquel y Erela seguía soltera. Si no

creéis lo que os digo, esperad y veréis de qué forma se la honró. Ella tuvo el honor de traer en brazos al niño.

Al cabo de una hora más o menos, llegó el rabino. Saludó amablemente a todos los presentes y preguntó si estaba todo dispuesto. Habló con unos y con otros, cogió el cuchillo que iba a utilizarse para la circuncisión y lo sumergió en agua fenicada, luego se lavó las manos con agua jabonosa y dijo al médico:

—La limpieza nos conduce a la pureza.

Se vendó la pierna del niño desde la cadera y se le cubrió la cabeza con un gorrito de seda. Erela lo trajo en brazos

a la sala. Todos se levantaron y dijeron en voz alta:

—Bendito el que llega.

Erela entregó el niño a Kuba y éste lo pasó al *mohel*.

El *mohel* lo tomó en brazos cariñosamente y dijo con énfasis:

—El Santo, alabado sea, dijo a Abraham: «Ve delante de mí y sé puro».

El niño lo miró y trató de esconder la cara entre las barbas del viejo, donde se estaba caliente. Un pelo le hizo cosquillas en la nariz y el niño empezó a estornudar. El *mohel* lo entregó al padre de Raquel, quien, a su vez, lo depositó en la silla destinada al profeta Elías, mientras cantaba con voz temblorosa:

—Ésta es la silla del profeta Elías, de santa memoria...

El niño pensó: «¿Quién será este padre Elías? En estos ocho días no ha venido a verme. Voló como un pájaro, desapareciendo entre la gente». El chiquitín tendió el oído y pensó si debía enfadarse con él por haberle dejado o alegrarse de que volviese. Trató de librarse de las vendas que le sujetaban los brazos, para asirse al cinturón de Elías. Quería subir con él a los Cielos para aprender allí la Torá. Cuando el niño recordó los buenos tiempos en los que le habían enseñado toda la Torá, apareció en su rostro una sonrisa. Ahora quería repetir todo lo que entonces

aprendiera, pero lo había olvidado. Abrió la boca y sacó la lengua. Al hacerlo, tropezó con la hendidura que el ángel le había hecho en el labio superior cuando le golpeó en la boca para que olvidara la Torá. Se asustó y rompió a llorar.

Mientras lloraba por aquellos venturosos meses que no volverían, recordó la exhortación que se le hizo cuando abrió los ojos a la luz de este mundo para que siempre fuera piadoso, bueno y puro. Sintió miedo y dijo para sí: «Soy tan pequeño... ¿Qué será de mí?». Cerró los ojos y fingió dormir. Tenía la sensación de que había llegado ya el día de su muerte y que no debía

temer nada, pues su alma era tan pura como el día en que la recibiera allá arriba.

Dejó de llorar y se quedó tranquilo.

El *mohel* recitó:

—«Salve, Elías, guardián del Arca, he aquí, delante de ti, lo que es tuyo; acude a mi lado y apóyame».

El niño frunció la nariz y olfateó el aire. Pensó: «Si el cinturón de Elías huele como la luz, quiere decir que mi alma ha vuelto arriba; si huele como a cuero, quiere decir que estoy entre los hombres». El *mohel*, modulando la voz, dijo:

—«Confío en tu ayuda. Me regocijo... Salve... Dichoso aquél a

quien has elegido».

Se inclinó, cogió al niño y me indicó que me sentara. Yo me puse el manto y me senté.

Me pusieron un almohadón sobre mis rodillas y un escabel bajo los pies. El *mohel* puso al niño sobre el almohadón y me hizo sujetarle las piernas con la mano, ya que, mientras no es recibido por el Pueblo de Israel, existe el temor de que pueda pisar los Mandamientos con el pie.

Miré al niño y él me miró a mí. En sus ojos había como dos destellos azulados que se anegaron en llanto. Frunció la nariz y arrugó la frente. Entonces los rasgos del niño sufrieron

una transformación y ya no fue posible distinguir en ellos la impresión de las cosas de las que hasta entonces se ocupara, como sucede a toda criatura humana cuando el dolor se apodera de su cuerpo. Rápidamente, puse la mano izquierda en la espalda de la criatura para que su cabeza pudiera descansar más cómodamente. El *mohel* me juntó las rodillas, para que el niño no resbalara; pues mientras no ha sido recibido en la comunidad hay que temer que pueda escapar a los Mandamientos. El *mohel* tomó el cuchillo y pronunció la fórmula de la circuncisión. Después, Yerujam recitó la bendición:

—«Alabado seas... y dignate

aceptarlo en la comunidad de Abraham».

Y todos los presentes respondieron: «Amén», y dijeron:

—«Así como ha entrado en la comunidad, entre también en la Torá, en el matrimonio y en la práctica de las buenas obras».

Se entregó una escudilla al padre de Raquel. Él la cogió, cerró los ojos y, con gran recogimiento, pronunció la oración:

—«Él consagró al amigo nacido del seno de la madre».

E impuso mi nombre al niño, para demostrarme su aprecio delante de Yerujam. Así se me otorgaron dos cosas:

la primera, sentarme en la misma silla que Elías, y la otra, que un hijo de nuestro padre Abraham llevara mi nombre. Hubiera sido preferible que se impusiera al niño el nombre de un pariente fallecido, pues a los difuntos les gusta que alguien del mundo de los vivos lleve su nombre; pero medio cementerio estaba lleno de parientes de Raquel y no se quiso hacer distinciones entre ellos. ¿Y por qué no se llamó el niño con el nombre del padre de Yerujam? Para no despertar el recuerdo de la vergüenza.

Después de la circuncisión, el rabino se despidió y se fue a su casa; pues un doctor de la Ley no está

obligado a participar en el banquete de la circuncisión, a menos que fueran a hallarse presentes personajes ilustres, como rezan los apéndices del tratado *Pésaj* del Talmud. Pero nosotros lo celebramos espléndidamente con pastelillos de miel, licor y pescados en dulce, preparado con miel y pasas. Comimos y bebimos a la salud del nuevo circunciso, a la de sus padres, a la de sus abuelos, y a la salud de todos los presentes.

Cuando mayor era la alegría, gracias a la comida y a la bebida, me levanté y dije:

—En la tierra de Israel es costumbre hacer un regalo al circunciso, del mismo

modo que el Altísimo, alabado sea, regaló a Abraham la tierra de Israel cuando éste se circuncidó a sí mismo. Queridos hermanos, ¿qué puedo regalar al pequeño circunciso? ¿Alguna prenda de vestir, un gorro, unos zapatitos? Los niños crecen de día en día. Hoy le irán bien mis regalos, pero mañana ya no podrá usarlos. Si le regalo un reloj de plata y el día de mañana él se convierte en un hombre rico y se compra un reloj de oro, mi regalo desmerecerá a sus ojos. Pero le regalo la llave de nuestra vieja sinagoga. El Talmud dice: «Las casas de enseñanza y oración que estén fuera de la Tierra, en el futuro tendrán un lugar fijo en la tierra de Israel».

¡Dichoso el que posee la llave y puede abrirlas y entrar en ellas!

Después de la entrega de la llave, me presentaron una fuente y me pidieron que pronunciara una bendición. Al llegar a la cuarta bendición, pensé: «Yo me voy a Jerusalén y Jerusalén no ha sido reconstruida todavía». Entonces mi boca se cerró y se abrieron las fuentes de mis ojos. Pero me dominé como un hombre y terminé la bendición:

—«El que, en su Misericordia, construyó a Jerusalén. Amén».

Y los reunidos respondieron, en voz alta y alegre:

—Amén.

CAPÍTULO LXXVII

Abandono mi ciudad

Después de la bendición, me levanté de la mesa, me despedí de los invitados y entré en la habitación que ocupara antes de mudarme a casa de Kuba, para pasar revista a todos mis bienes. Separé las cosas que debía llevarme y dejé las demás para los pobres.

Yerujam entró y me ayudó a hacer el equipaje, luego se lo cargó sobre los hombros y lo llevó a la estación. Y yo fui a despedirme de Raquel y de su hijo.

Después, me despedí del hostelero y de su esposa, de Dolik y Lolik, de Babtsche y también (lo que no es lo mismo) de Krolka. Como no me quedaba más dinero que el indispensable para el viaje, la recompensé con un hermoso objeto y con buenas palabras, ya que por mi causa se había tomado más molestias que las que el sueldo exigía.

Me despedí también de todos mis conocidos, judíos o no, y les pedí perdón por si no les había tratado con el debido respeto o les había reprendido por hablar mal de la tierra de Israel. Finalmente, fui a la vieja sinagoga. Puesto que había dado ya la llave al niño, no quise molestarle yendo a

pedirle que me la prestara, no fuera a pensar que quería quedarme con ella y se echara a llorar. Pues es propio de los niños el tomar, pero no el dar. Al llegar ante la puerta de la sinagoga, miré por el ojo de la cerradura. Todo el interior de la sinagoga se concentró en mi pupila. De su interior salía una luz diáfana.

Y me quedé allí hasta que recordé que el tiempo pasaba y era hora de ir a la estación. Froté la cerradura con el borde de mi chaqueta y me fui.

De la sinagoga a la estación hay media hora. Éste fue el tiempo que invertí en el recorrido. No miraba las casas ni las ruinas como hiciera a mi llegada, el Día de la Expiación; pero

dilaté la nariz y respiré el aroma de la ciudad, el olor a mijo cocido con miel.

En la estación encontré a Yerujam y a Kuba con mis cosas. Kuba me hizo el favor de ocuparse del envío del equipaje que tenía en su casa, para que yo tuviera completa libertad.

Además de Yerujam y de Kuba había allí numerosos judíos con sus trajes de fiesta o, por lo menos, decentemente vestidos. Me extrañó que no llevaran bultos ni maletas y me pregunté adónde se irían tan de repente; pero estaba demasiado ocupado con mis preparativos para hacer indagaciones.

Vino también Daniel Bach, para despedirme; en realidad, yo me había

despedido ya de él y de su familia, pero ahora venía por encargo de su hijo Rafael, ya que Rafael quería que su padre viera al hombre que se iba a la tierra de Israel poco antes de partir. Di las gracias a Daniel Bach por las pruebas de amistad que me había dado, y le prometí que si con la ayuda del Cielo llegaba sano y salvo a Jerusalén iría a visitar a su padre y también — aunque la vida de uno y otro fuera diferente— la tumba de su hermano Yerujam.

—Hoy es el aniversario de la muerte de mi hermano —suspiró Daniel.

Yo le miré, apoyado en su pata de palo, su botín de la mísera lucha por la

existencia en el destierro. Entonces recordé todas las desgracias que le habían sucedido y recordé también a su hermano, que había muerto defendiendo la tierra de Israel. Ahora, su padre, en Jerusalén, reza por el eterno descanso del alma del hijo muerto y piensa en el hijo vivo. ¿No sería conveniente que Daniel Bach entrara en la sinagoga y rezara el *Qaddish*?

Entretanto, iba llegando gente. A unos los conocía y a otros no o sólo de vista. Szybuscz no es grande ni tiene muchos habitantes; sin embargo, había personas con las que nunca había hablado.

—¿Qué fiesta es hoy? —pregunté a

Daniel Bach.

—Están aquí en honor suyo —me respondió.

Recordé mi llegada a la ciudad, que pasó inadvertida, y ahora todos habían venido a despedirme. Yo les dije:

—Señores, ya sé que no están aquí para honrarme a mí; todos los días hay judíos que abandonan la ciudad y nadie va a despedirlos; estáis aquí para honrar a la tierra de Israel, porque este hombre va a la tierra de Israel. Quiera el Cielo concederos la gracia de que pronto podáis marchar a la tierra de Israel. ¿Y quién os despedirá? Ángeles buenos, que ya os esperan. Pues desde el día de la destrucción del Templo y de la

dispersión de Israel entre todos los pueblos de la Tierra, los ángeles están dispersos también, y esperan volver a la patria con ellos. ¿Y quién os conducirá allá? El Rey del Universo y todos sus príncipes; sí, ellos os llevarán sobre sus hombros adonde está el Rey, el Mesías, como está escrito: «Y así habla el Rey de los Ejércitos: Mira, levanto mi mano sobre los pueblos y clavo mi bandera sobre las naciones; tus hijos la llevarán en el pecho y tus hijas la levantarán sobre sus hombros. Reyes serán tus preceptores y princesas tus niñeras; inclinarán ante ti su rostro hasta el suelo y te lamerán el polvo de los pies...». Y cuando nos llegue el día tan esperado,

que el Padre Eterno os conceda la bendición de la vida eterna y el Redentor venga pronto a Sión, en nuestros días. Amén.

Antes de que yo empezase a hablar, Rubén y Simón y Leví y Judá y otros habían comenzado en comunidad la oración de la tarde. Cuando terminé, terminaron también su oración. Entonces sonó una voz que recitaba el *Qaddish* y vi a Daniel Bach apoyado en su bastón. Le temblaba la voz. Aquel día era el aniversario de la muerte de su hermano y algo le impulsó a recitar el *Qaddish*. Al final, todos los presentes contestaron: «Amén».

Se oyó acercarse el tren, jadeando y

silbando. En la estación se detuvo. El «hombre de goma» agitó el banderín y gritó con voz melodiosa:

—¡Szybuscz!

En aquel tren venían varios forasteros y un judío que se parecía mucho a Elimélek Kaiser. Quizá fuera realmente Elimélek Kaiser; pero estaba envejecido y caminaba encorvado. Freide, su madre, que en paz descansa, antes de morir estaba más joven que él.

Todos los presentes me rodearon, me estrecharon la mano y se separaron de mí con afecto, fraternidad y amistad. Yo di un beso de despedida a mi amigo Yerujam y otro a mi amigo Kuba, subí al tren y me asomé a la ventanilla. Mi

rostro estaba vuelto hacia la gente y mis ojos estaban en mi corazón. El «hombre de goma» agitó nuevamente el banderín para dar la salida al tren. Yo miré a mis hermanos, los hijos de mi ciudad, que allí reunidos me despedían. El tren se puso en marcha y entonces pensé: «Si se os concede la gracia de marchar a la tierra de Israel, volveremos a vernos».

CAPÍTULO LXXVIII

En el mar

Dos días más tarde, llegué al puerto de Trieste, donde encontré a mi esposa y a mis hijos que esperaban mi llegada para embarcar todos juntos y juntos entrar en la tierra de Israel. Yo los besé y dije:

—¡Bendito sea el señor que nos ha traído hasta aquí!

Mi mujer respondió:

—¡Conque al fin volvemos a la tierra de Israel!

Yo moví afirmativamente la cabeza y no dije nada. Sentía henchido el corazón y tenía un nudo en la garganta, como le ocurre al que ve realizarse todas sus ilusiones. Pasamos cinco días en el barco. El aire era bueno, el mar estaba en calma y el barco navegaba apaciblemente. Vimos acercarse hacia nosotros la tierra de Israel. ¡Qué lengua ni qué pluma podría describir nuestro gozo! El barco estaba lleno de judíos, viejos y jóvenes, hombres y mujeres. Unos volvían de un congreso, otros, de conferencias. Unos volvían del balneario, otros de la clínica, unos del Este, otros del Oeste, del Norte y del Sur. Unos volvían de un viaje a través

de muchos países, otros de dar la vuelta al mundo. Unos volvían de un viaje de placer, otros de un viaje imprevisto, unos de un viaje sin rumbo y otros volvían tan sólo para renovar el pasaporte y volver a partir. Se hablaba el ruso, el polaco, el rumano, el húngaro, el alemán, el español, el *yiddish* y el inglés, el inglés de los ingleses, el inglés de los americanos y el inglés que se habla en la tierra de Israel. Unos pocos hablaban el hebreo. Unos y otros, tendidos en las hamacas, miraban a los emigrantes que cantaban y bailaban alegremente.

Entre los emigrantes encontré a nuestro amigo Zví, el que trabajaba con

el grupo que se preparaba para cultivar la tierra. Mientras estuvimos en el barco, Zví no dejaba de dar muestras de alegría por haber conseguido poner en práctica su plan y hallarse camino de la tierra de Israel. No cesaba de bailar de alegría, como si bailando pudiera llegar antes al lugar que era la ilusión de su vida. De vez en cuando, se acercaba a mí y hablábamos de nuestros camaradas de la Diáspora, de los muchachos que quedaron trabajando los campos y de las muchachas que trabajaban en el establo. Todavía son pocos, pero su trabajo es ya considerable y hasta los campesinos los elogian. Y si algunas veces los paganos les reducen el salario, el trabajo es ya

suficiente recompensa para el trabajo. Un día, Zví me preguntó si tenía hambre. Extrañado le pregunté qué quería decir, y él, echándose a reír, me respondió:

—De pronto, recordé la Fiesta de Pentecostés, cuando nos robaron la comida y tuvimos que pasar hambre.

De nuestros amigos del pueblo pasamos a hablar de los restantes grupos de trabajadores de Polonia, en los que chicos y chicas aprenden a cultivar la tierra, y hablamos también de Ana, la hija de aquel justo varón, Rabbí Jayim, que en paz descanse. La muchacha se quedó en la Diáspora, esperando que Zví la lleve a Israel.

—¿Y quién te ha dado el permiso de

inmigración? —le pregunté.

—Yo soy mi propio permiso de inmigración —respondió Zví, poniéndose la mano sobre el pecho.

Pensé que querría decir que guardaba el permiso cerca de su corazón y no pregunté más. Pero luego se descubrió que no era así.

Dejemos a Zví y volvamos a mi familia. Mi mujer y yo estábamos también tendidos en las hamacas y hablábamos de todo lo que se nos pasaba por la imaginación y de todo lo que acudía a nuestros labios. Eran tantas cosas y tan variadas que no cabrían en un libro.

Allí sentados, hablamos de los días

pasados en el extranjero y de los días que nos aguardaban en la patria. Son tantas cosas y tan variadas que no cabrían en varios libros.

—Ya me cansaba vivir en el extranjero —dijo mi mujer—. En apariencia, no me faltaba nada, pues nuestros parientes se esforzaban por hacernos agradable la estancia, pero yo echaba de menos a la patria.

—¿Y vosotros? —pregunté a los niños—. ¿Qué echabais de menos, vosotros? —Y, como estaba de buen humor, me puse de parte de aquel rabino que no sabía cómo se decía «taburete» en hebreo y les dije—: Como su mente se ocupa en cosas más elevadas, no

repara en algo tan bajo como un taburete. —Y añadí—: ¿No oísteis los elogios que aquel rabino dedicaba en sus sermones a la tierra de Israel? ¿No le oísteis decir que Israel es la luz de los pueblos?

—¿Qué estás diciendo padre? —me dijo mi hija—. ¡Si comparó a Israel con los griegos!

—¿Qué tiene eso de malo? Los griegos eran un pueblo sabio y comprensivo.

—Pero eran idólatras —dijo mi hija, echándose a reír.

—¿Y qué? —dijo mi hijo—. Se fabricaron unos muñecos y jugaban con ellos. ¿Tú nunca has jugado a las

muñecas?

—Yo juego a las muñecas porque soy una niña; pero ellos eran personas mayores.

—Bendito sea tu entendimiento, hija —dije yo—; ahora cuéntame, ¿qué has hecho durante todo este tiempo? ¿Terminaste ya los «Relatos bíblicos»?

—Padre, tú te burlas de mí. He estudiado la Torá.

Varias personas se pararon junto a nosotros para escuchar lo que decían los niños, y elogiaron su inteligencia.

—Cuando un niño habla con sensatez hay que interrumpirle antes de que diga una tontería —dije.

Mandé callar a los niños y me puse a

hablar con las personas mayores sobre la educación en nuestra generación y la enseñanza de la Biblia. Algunos decían que la explicación de la Biblia de modo profano resultaba pernicioso, y otros, que era saludable. Yo les conté la historia del viejo que entró en la sinagoga y oyó la historia de David y Goliat y la historia de Betsabé. En todo el barco resonaron las risas de mis interlocutores. Pero, al igual que la mayoría de la gente, no sacaron de la historia ninguna enseñanza práctica.

Así pasábamos el tiempo. ¿De qué no charlaríamos durante aquellos días? Hablamos del ancho mundo y de nuestro pequeño país, del verano y del invierno,

del mar y del continente. Finalmente, volví la espalda al grupo y me dediqué a mis hijos. Los examiné de Biblia y les hice preguntas en tono de broma, como, por ejemplo, en qué lugar se arrojó al mar a Jonás.

—Pregunta a los peces —me respondieron—. Ellos te lo dirán.

Queridos hermanos, me gustaría terminar mi relato con un final feliz, tanto más cuanto que hemos arribado ya a la buena tierra. Pero desde que fuimos desterrados no existe el bien sin mal. Cuando avistamos Jaffa, Zví se arrojó al mar porque las autoridades no le habían concedido el visado de entrada en la tierra de Israel. El muchacho confiaba

que las olas lo llevarían a tierra. Y las olas eran buenas e iban pasándose la una a la otra. Pero al final chocó contra las rocas. Y las rocas tienen duro el corazón y le golpearon y le hicieron sangrar. Cuando fue rescatado, las autoridades lo rodearon, lo apresaron y lo llevaron al hospital para que le curasen las heridas antes de enviarlo otra vez al extranjero.

CAPÍTULO LXXIX

Un hallazgo

La desgracia de Zví amargó mi alegría. Después de llevar a mi mujer y a los niños a Jerusalén, fui a visitar a varios altos funcionarios para pedirles indulgencia para Zví. Y así como las rocas contra las que él chocó no se ablandaron, tampoco se ablandó el corazón de los funcionarios. Al advertir que no estaban dispuestos a ayudarme, recurrí a los jefes de la comunidad. Como tampoco éstos quisieron

escucharme, fui a suplicar a las asociaciones benéficas. En vista de que nadie quería hacer nada por mi amigo, dejé el caso en manos de nuestro Padre Celestial.

Entretanto, mi familia y yo vivíamos en un hotel. Los dueños me trataban a ratos como a un cliente y a ratos como a un intruso. Por ejemplo, a las horas de comer daban la preferencia a los clientes extranjeros y a las horas de pagar me cobraban lo mismo que a ellos.

En el extranjero, resulta incómodo vivir en un hotel; en la tierra de Israel,

mucho más. Así que alquilamos una pequeña vivienda y compramos algunos utensilios. Yo traje los pocos libros que los ladrones me habían dejado y mandamos a los niños a la escuela. Me dediqué a poner en orden mis viejos libros, y mi mujer a arreglar la casa. Cuando cada cosa estuvo en su sitio, me sentí contento. Había pasado casi un año fuera de mi casa, como el huésped que va de paso, y ahora estoy en mi casa, entre mis libros y mis cosas, con mi mujer y mis hijos.

La desgracia de Zví atormentaba mi espíritu. Decidí apartarla de él. Conseguí alejar de ella mi vista, pero no mi corazón. Poco a poco, me habitué de

nuevo a mis ocupaciones y me distraje de las desdichas ajenas, pues es propio de la criatura humana sentir más cerca del corazón la uña de su dedo meñique que todo el cuerpo de su prójimo. Finalmente, llegué a olvidarme de Zví por completo y no hubiera vuelto a pensar en él de no haber aparecido su nombre en el periódico, en la lista de los deportados.

Encerrado en mi mundo y disfrutando de la paz de mi casa, fui alejando de mi mente lo vivido en Szybuszcz. Ante mis ojos no aparecía ya el hotel, ni su propietario, ni los huéspedes, ni la vieja sinagoga, ni los que iban allí a rezar, ni los que no iban a

rezar. Y si alguna vez acudían a mi memoria, en seguida los apartaba de ella, pues el que vive en paz en su casa no quiere pensar en la desgracia ajena.

Y así vivía, a la sombra de una dulce paz, en compañía de mi mujer y de mis hijos. Es la dulce paz que sólo puede saborear el hombre cuando está en su hogar. Yo me dedicaba a mis ocupaciones y mi mujer a las suyas. Un día, pasó revista a las maletas y las sacó al sol. Luego cogió mi mochila y se puso a remendarla, pues estaba ya bastante usada y tenía algún agujero. Mientras la arreglaba, me preguntó:

—¿Qué es esto?

Veo en su mano una llave grande que

ha encontrado entre los pliegues de la mochila. Me puse en pie, lleno de asombro y perplejidad. Era la llave de nuestra vieja sinagoga. ¿Cómo podía estar aquí, si yo se la regalé al hijo de Yerujam Freier el día de su entrada en la tribu de Abraham? Evidentemente, Yerujam Freier, que no observaba los Mandamientos, no estaría muy satisfecho de que hubiera nombrado a su hijo guardián de la sinagoga y habría escondido la llave en mi mochila, para que yo me la llevase. Mientras en mi interior me sentía furioso con Yerujam, cogí la llave que me tendía mi mujer y entonces vi que no era la misma que me hiciera el viejo cerrajero. ¿Qué llave

era, entonces? Era la llave que me entregaron los ancianos de la sinagoga el Día de la Expiación, poco antes de la oración final. Mil veces la busqué, desesperado, sin dar con ella y, al fin, tuve que encargarme otra, y ahora que no necesito ya ni ésta ni la otra, la llave reaparece. ¿Cómo se perdió? ¿De dónde sale ahora? Seguramente, un día la guardé en la mochila y se metió en algún pliegue, o quizás el día en que estrené el abrigo la saqué del traje de verano para ponerla en el de invierno y luego la olvidé. ¡Cuántos sinsabores y cuánto trabajo me hubiese ahorrado de haber hallado la llave en el momento oportuno! Pero de nada sirve lamentarse

por lo pasado.

Cuando se hubo calmado un poco la emoción que me produjo el hallazgo, conté a mi esposa toda la historia. Ella no sabía nada de la llave, pues en mis cartas no la mencionaba. Hubiese querido darle una explicación detallada de lo sucedido; pero no llegué a hacerlo. Luego, la llave se perdió y preferí no hablar de ella.

—¿Qué piensas hacer ahora con la llave? —me preguntó mi mujer—. ¡Envíala a Szybuszcz!

—La que ahora tienen es ya demasiado para ellos y tú me pides que les cargue con otra llave.

—¿Y qué vas a hacer con ella?

Entonces acudió a mis labios el apotegma del profeta —sea santificada su memoria—: «Las casas de oración y de enseñanza que están fuera de la tierra de Israel, en el futuro ocuparán en ella un lugar fijo».

Y, para mis adentros, añadí: «Si ocupan un lugar en la tierra de Israel, bueno será guardar la llave».

Guardé la llave en un cajón y la llave del cajón me la colgué al cuello. ¿Por qué no me colgué la llave de la vieja sinagoga? Porque mi cuello no podría soportar su peso. Y es que los antiguos artesanos hacían las llaves grandes y pesadas, a la medida de nuestro corazón.

La llave ha quedado guardada donde yo la puse y yo he vuelto a mi trabajo. A veces, acude a mi mente aquello de que: «Las casas de oración y de enseñanza...». Abro la ventana y miro al exterior, con la esperanza de verlas venir a ocupar su lugar en la tierra de Israel. Pero la tierra está desierta y callada y no se oyen los pasos de las casas de oración y de enseñanza. La llave sigue en el cajón, esperando que llegue el día. Pero ella, la llave, es de hierro y de cobre y puede esperar. Yo, en cambio, que soy de carne y hueso, no podré esperar mucho.

CAPÍTULO LXXX

Fin de la narración

Dejemos ahora la llave y volvamos al dueño de la llave. Me quedo en casa y hago mi trabajo. La gente viene a verme, para preguntarme lo que vieron mis ojos por esos mundos. Yo les pregunto a ellos qué ha sucedido aquí durante mi ausencia. Durante la conversación, el Altísimo, alabado sea, hace surgir a Szybuscz de nuevo ante mi vista. Cierro los ojos un momento y me parece que vuelvo a deambular entre sus ruinas. A

veces extendiendo la mano y siento el deseo de hablar con alguno de sus habitantes.

Al cabo de varios días, dejé mis cosas y me fui a Ramat-Raquel, a hacer una visita a Rabbí Shelomó Bach. Lo encontré en el huerto, escarbando. Tenía la nuca tostada por el sol y sus movimientos eran pausados, como los de la gente que trabaja la tierra. Le saludé y me saludó. Cuando me reconoció, soltó el apero, se acercó a mí y se sentó a mi lado.

Le di noticias de su hijo Daniel, de la esposa de Daniel, Sara Perle, de Rafael y de Erela y de la gente de nuestra vieja sinagoga que emigraron, unos a América y otros a otros países.

Le hablé también de otros habitantes de Szybuscz, de aquéllos por los que me preguntó y de aquéllos por los que no me preguntó. De este modo, se habló de Szybuscz en Jerusalén.

Le pregunté por qué trabajaba en el huerto y me dijo:

—Cuando llegué a Ramat-Raquel y vi que todos trabajaban en la construcción del país, pensé: «Todos hacen algo y yo no hago nada». Les pedí que me nombraran maestro de los niños y recitador de nuestra comunidad. Pero los mayores no quieren un recitador fijo, pues todos ellos conocen las oraciones, y los niños tienen ya sus maestros y no necesitan a este viejo. Cuando vi que no

podía ser útil, el mundo se me vino abajo. Traté de hallar consuelo en la lectura de la Torá y en el estudio de la Mishná. Cuando llegué al capítulo que habla de los Mandamientos que se refieren a las cosas de la tierra, comprendí que mis conocimientos no tenían raíces. Había leído las mismas cosas en el extranjero y no hallé dificultad en ellas; pero en la tierra de Israel el hombre ve las cosas de modo diferente y los viejos conceptos ya no le satisfacen. Un día, me dije: «Voy a ver qué árbol es ese del que hablan los profetas y cómo es el campo que se describe en la Mishná». Al salir, oí hablar a los muchachos y comprendí

claramente toda la Mishná. No es que hablaran de la Mishná, sino que hablaban, a su manera, de árboles y de plantas. Entonces pensé: «Conviene que la sabiduría se ventile al aire libre». Desde aquel día, cuando alguna frase de la Mishná me ofrecía dificultades, me iba a hablar con alguno de los muchachos. Si él no me daba la solución, recurría al jardinero y éste nunca me fallaba. Si no me lo explicaba a nuestro modo, me lo explicaba al suyo y yo lo entendía. Yo tengo una máxima que es: «Mejor ver que meditar». ¿Qué más puedo decir? Tenían razón los sabios al decir: «No existe más Doctrina que la de la tierra de Israel». Tengo

setenta años y no comprendí la verdad esencial de la Doctrina hasta que no vine a la tierra de Israel.

Rabbí Shelomó, después de una pausa, añadió:

—El estudio engendra la acción. Cuando iba a hablar con el hortelano, no me quedaba ocioso. Si él regaba las plantas, yo le llenaba las regaderas; si arrancaba cizaña, yo le ayudaba. Así aprendí a regar, a arrancar las malas hierbas, a cultivar la vid, a arar, sembrar y plantar. Nuestros camaradas, al ver mi interés, me asignaron un trozo de huerta para que cultivara verduras; y si el Señor, alabado sea, lo permite, comeré de lo que yo cultive.

Rabbí Shelomó me dijo después:

—Los jóvenes están contentos de mí y creen que si trabajo es para congraciarme con ellos. Mientras hago mi tarea no presto atención a sus palabras; si ahora las recuerdo es porque he dejado el trabajo.

No me separé de él sin haber visto su huerto. Luego, me llevó al jardín de infancia y me enseñó a Amnón, el hijo de su hijo. Quiera Dios que llegue a ser como su padre y como el padre de su padre.

Otro día volví a Ramat-Raquel, para visitar a Rabbí Shelomó. Estaba erguido, en medio de su huerto, y los pájaros volaban alrededor de su cabeza

y picoteaban en los árboles:

—¿Desde cuándo les está permitido a los pájaros picotear en los árboles sin que el hortelano los espante?

—Muchas son las alegrías que me proporciona la tierra; los pájaros son la mayor de todas. Ellos nos anuncian que nuestra Redención está próxima. En el *Midrash* leemos: «Durante cincuenta y dos años, no se vio un solo pájaro en la tierra de Israel»; ahora que han vuelto, podemos estar seguros de que Israel vuelve a sus nidos.

De las aves del cielo, Rabbí Shelomó pasó a hablarme de las aves de corral.

Cogiéndome de la mano, me condujo

al corral y me enseñó unos ejemplares que de tan rollizos les colgaban las alas. Los niños les echaban grano para que comieran. Él se sacó un puñado de grano del bolsillo y se lo puso en la mano a su nieto Amnón para que se lo echase a las aves.

—Tal vez piense que criamos pollos y gallinas por su carne. Pues bien, la mayoría de nuestros jóvenes no comen carne.

Lo cual suponía un elogio para ellos.

A los pocos días, Rabbí Shelomó vino a casa para decirme que la hija de su hijo, Hannak (es decir, Janna, es decir, Anyella, es decir, Erela), se había prometido a un tal doctor Jacob Milch.

Felicité a Rabbí Shelomó y bebimos a la salud de la pareja. Le hice el elogio de Kuba.

Estoy seguro de que no tardarán en venir a la tierra de Israel. Será una suerte para Rabbí Shelomó tener familia aquí. Unas veces vendrán ellos a verle y otras veces irá él, sobre todo las fiestas, en que todo el mundo siente el deseo de estar con la familia.

Estuvimos hablando hasta el atardecer. Llegó la hora de la oración. Rabbí Shelomó se puso en pie y me preguntó:

—¿Dónde está el Este?

Por la ventana, le señalé la plaza del Templo. Él suspiró, se lavó las manos y

oró. Cuando terminó le dije:

—¿Por qué no reza aquí, en lugar de hacerlo en Ramat-Raquel?

—También sin mí estaría completo el grupo de diez.

Fue así cómo salimos a hablar de los ancianos que viven con él, de cómo discuten entre sí por cosas insignificantes, ya que cada uno de ellos está convencido de que únicamente en su ciudad se predica la Torá y toda costumbre que no fuera conocida en su ciudad no es para ellos costumbre judía.

—¿No le gustaría volver a casa? — pregunté a Rabbí Shelomó.

—¿A qué casa?

—A Szybuscz.

Se me quedó mirando, como si no me hubiese oído.

—Si se da prisa, quizá llegue a tiempo de ver la boda de Erela —le dije—. Y si quiere quedarse allí y estudiar, le daré la llave de la vieja sinagoga. —Me levanté, abrí el cajón, le enseñé la llave y le conté toda su historia—. Aquí tiene la llave —insistí—. Cójala y vuélvase a Szybuscz.

Rabbí Shelomó sonrió:

—Con la ayuda de Dios, me quedaré aquí a esperar la llegada del Mesías.

Entonces, me dirigí a la llave y le dije:

—¡Tendrás que quedarte conmigo!

La llave no me contestó. En primer

lugar, porque es un objeto sin vida y no puede hablar, y, en segundo lugar, porque... sí, por lo que dijeron los de la vieja sinagoga cuando me la entregaron.

Al cabo de un rato, el anciano se despidió de mí y se fue. Yo le acompañé. Al llegar a un cruce de caminos, nos separamos; él se fue a su casa y yo volví a la mía. Me volví a mirarle y vi volar los pájaros encima de su cabeza. Los pájaros del cielo que han vuelto a la tierra de Israel acompañan al anciano que volvió a su nido.

Entré en casa y guardé la llave en el cajón, cerré éste y me colgué al cuello la llave que lo cerraba. Sé muy bien que nadie pretende robarme la llave de

nuestra sinagoga; pero me digo: «Mañana nuestra vieja sinagoga se trasladará a la tierra de Israel; será mejor que tenga la llave a mano».

Aquí termina la narración del hombre al que se refiere este libro; pues ahora se encuentra ya de regreso en su patria y ha dejado de ser el viajero.

Pero digamos algo más sobre Yerujam y Raquel. Yerujam y Raquel viven en paz y su hijo crece y les proporciona una gran alegría, y también a sus abuelos y hasta a su tía Babsche, que tiene que conformarse con querer al hijo de su hermana. Kuba y Erela se

preparan para emigrar a la tierra de Israel, y Schützling me pide que le mande un permiso de inmigración para su hijo. Genendel quiere un puñado de la tierra de Israel, a fin de prepararse el camino para después de su muerte. Lo que Genendel pretende hacer por su cuerpo, Leibtshe Bodenhaus lo ha hecho ya por su alma: ha enviado un ejemplar de su libro a nuestra Biblioteca Nacional, para asegurarse un recuerdo en la tierra de Israel.

¿Qué más podemos decir que no hayamos dicho ya? Daniel Bach se pasea por la ciudad o se sienta junto a su hijo Rafael que está siempre en la cama y ve el mundo en sus sueños. Cuando no

tienen nada que comer, cifran todas sus esperanzas en los niños que Sara Perle ayudará a venir al mundo; un día, ellos se construirán casas y comprarán madera y leña para el fuego.

¿Qué más podemos contar? Todos los días recibo cartas de Szybuscz. Sipporá ya está bien y puede usar los pies. Pero ¿de qué le sirven los pies al que no puede hacer nada con ellos? Cuando vivía su padre, ella iba a verle una y otra vez; ahora que está muerto, ella no tiene dónde ir y se queda en casa, con su hermana, y las dos lloran por Zví, que ha sido deportado de Israel y, en medio de su llanto, confían en la Divina Misericordia.

Todo Szybuszcz confía en la Divina Misericordia, cada cual a su modo; pues falta lo más indispensable y nadie gana lo suficiente para comer, y si uno gana un florín viene la autoridad y le quita la mitad con impuestos y la otra mitad con más impuestos. Sin embargo, Antush y Zvirn se hacen más ricos cada día, pero dudo mucho que esto pueda ser consuelo para nadie.

Hay en Szybuszcz otras personas a las que hemos tratado y de las que nada hemos dicho aún, como Rubén y Simón, Leví y Judá; como el sastre y su esposa, como el viejo que hizo una llave para nuestra vieja sinagoga, como los miembros de Gordonía y tantos otros

vecinos de Szybuscz; pero existe una norma para el pueblo de Israel según la cual todo aquel que no se traslada a la patria es olvidado; pero el recuerdo de los que logran llegar a ella se conserva para siempre, pues está escrito (Isaías, 4:3): «Todo aquel que ha sido marcado para la vida... en Jerusalén».

Veamos ahora lo que aquél a quien le es otorgado vivir en Jerusalén encuentra allí y lo que hace en la patria. ¿O acaso hay que decir que, ya que ocupa su lugar en ella y puesto que no es más que un grano de su tierra, no merece la pena ocuparse de él cuando todo el país se abre ante nuestros ojos?

Aquí concluye el relato del viajero sobre su paso por Szybuszcz.

GLOSARIO

[*] *Agudá Yisrael*. Organización antisionista integrada por judíos ortodoxos. <<

[*] *Afiqoman*. Postre leudado que se toma al final de la cena pascual. <<

[*] *Aarón David Gordon* (1856-1922). Gran sionista y organizador. Su filosofía del trabajo, como principal medio para lograr los objetivos perseguidos, quedó sintetizada por sus seguidores en la máxima *Dat ha-'abadá*, «la religión del trabajo». <<

[*] *Janok Aleshek*. Conocido cabalista del siglo XVI que vivió en la comunidad de Safed, Palestina, famosa por su escuela dedicada al estudio de la Cábala. Fue discípulo del judío español José Caro. <<

[*] *Al-Fasí* (muerto en 1103). Originario de África del Norte, vivió en España la mayor parte de su vida. Su *Halakot*, que es código talmúdico, es su obra más importante. <<

[*] *APC*. Sigla correspondiente a la «Anglo Palestine Company». <<

[*] **Askenazí.** (De *Ashkenaz*, «Alemania»). Se aplica a los judíos que han nacido en la Europa central u oriental o a sus descendientes. Los sefardíes, o sefardita, los han considerado inferiores a ellos por cultura y herencia. Lo cierto es que, si bien en la época medieval la cultura de los sefardíes fue superior a la de los askenazíes, podríamos decir que la balanza se ha invertido en la época moderna, al menos en el terreno de la literatura universal. <<

[*] ***Baal Shem Tob***, «El Señor del Buen Nombre», llamado en realidad

Israel Eliécer, vivió de 1700 a 1760 y es considerado como el fundador del jasidismo en el siglo XVIII en unión de *Maggid*. De él se han transmitido numerosas leyendas. <<

[*] ***Baba Batra*** («Última puerta»). Nombre de uno de los tratados del Talmud, incluido en el Orden Cuarto (*Nezikin*, «Perjuicios»). En él se trata de los bienes inmuebles y de las herencias. <<

[*] ***Cábala***. Es el sistema místico que trata de llegar al sentido oculto del texto bíblico por medio de, a veces, ingeniosos raciocinios. Los dos libros

más importantes de esta doctrina son el *Zóhar* y el *Séfer Yesirá*. <<

[*] ***Circuncisión***. Aparece estatuida en Génesis 17, 9-14. Se ha de practicar a los ocho días del nacimiento y por medio de ella el circuncidado pasa a formar parte del pacto que une a Dios con el Pueblo de Israel. El cuchillo de la circuncisión corta, pues, toda impureza anterior que impedía llegar a ese pacto. Incircunciso, es, por tanto, todo aquél no admitido a la Alianza, el infiel. <<

[*] ***Dayán***. Juez o miembro de un tribunal religioso. Actúa también como ayudante del rabino. <<

[*] ***Diáspora.*** (*Galut*, en hebreo). Es la dispersión que sufrieron los judíos después de la destrucción del segundo Templo por Tito, en el año 70. De ahí que tenga también el significado de región de destierro. <<

[*] ***Edom.*** Sinónimo de Esaú, enemigo tradicional del pueblo de Israel. <<

[*] ***Eleazar Kalir.*** Vivió en el siglo VII y fue el más grande de los *paytanim* o poetas autores de las oraciones litúrgicas llamadas *piyutim*. <<

[*] ***Esau***. Fue primogénito de Isaac y hermano de Jacob. Sus descendientes, los edomitas, fueron enemigos de Israel.

<<

[*] ***Etrog***. «Cidro». Se bendice, junto con el mirto, el sauce y la hoja de palma, en la Fiesta de los Tabernáculos.

<<

[*] ***Fiesta de los Tabernáculos***. (*Sucot*, en hebreo). Es una festividad judía, que se celebra a lo largo de 7 días en Israel (del 15 al 22 de *Tishrí*, en septiembre-octubre) y 8 días en la diáspora judía (hasta el 23 de ese mes).

Es una festividad de origen bíblico que rememora las vicisitudes del pueblo judío durante su deambular por el desierto, y la precariedad de sus condiciones materiales simbolizada por el precepto de morar en una cabaña provisoria o *sucá*, tras la salida de la esclavitud en Egipto. <<

[*] **Gesenius** (1786-1842). Fue uno de los grandes filólogos del hebreo en el siglo XIX. Su gramática ha pasado a ser la tradicional para el estudio de esa lengua, al igual que su diccionario hebreo-alemán. <<

[*] **Gog** (Monarca de Magog). En

Ezequiel 38 y 39 se predice su castigo. En la literatura rabínica se interpretan como dos personajes. <<

[*] **Guemará.** Es el comentario que se hizo tomando como base la *Mishná*. De ambas surgiría el *Talmud*. <<

[*] **Guenizá.** Es una especie de pequeño compartimiento anexo a las sinagogas y cuya misión consiste en recibir todos los libros viejos para que el tiempo los vaya destruyendo en ella. Su existencia se debe al respeto que el judío siente por todo libro que pueda contener escrito el nombre de Dios y que, por lo tanto, una vez viejo, no debe

romperse, tirarse y ni siquiera quemarse. En los lugares de clima benigno las guenizás han conservado en perfecto estado el material en ellas depositado y han sido fuente riquísima de noticias históricas, literarias, filológicas, etcétera. La mejor de todas, en este aspecto, es la que el siglo pasado se descubrió en El Cairo, a la que posiblemente se refiere Agnon en el texto. <<

[*] *Habdala*. Oración y ceremonia que se hace a la salida del Sábado y de las fiestas. <<

[*] *Haggada*. «Narración». Es la

parte de la literatura rabínica que incluye historias, narraciones, anécdotas, etcétera, como opuesta a la *Halaká*, que es la parte del *Talmud* que trata de temas legales. El número de *haggadot*, incluidas o no en el Talmud, es considerable. <<

[*] ***Herzl, Teodoro*** (1860-1904). Gran impulsor del sionismo que, en 1948, culminaría con la creación del Estado de Israel. En su obra *El Estado judío*, expone su concepción del sionismo. <<

[*] ***Horra***. Danza judía. Se baila en corro, de modo semejante a como se

hace en la sardana de Cataluña. <<

[*] **Jasidím.** Rabinos místicos, especialmente de Polonia y Galitzia. <<

[*] **Jasidismo** (*jasidut*) surgió en el siglo XVIII como defensor de la ortodoxia más pura en contra de las ideas «ilustradas» y racionalistas de la *Haskalá*. Su fundador fue Baal Shem Tob (1700-1760). Ya en la época bíblica hubo un movimiento similar, opuesto, en aquel entonces, al helenismo. <<

[*] **Jéder.** Escuela privada judía. <<

[*] **Keritot.** «Separaciones». Nombre

de uno de los tratados del Talmud, incluido en el Orden Quinto (*Kodashim*, «Santidades»). En él se trata de los pecados que se castigan con la pena de separación (Génesis 17, 14; Éxodo 12, 15, etcétera). <<

[*] *Ketubim*. Nombre que da la Biblia hebrea a los Libros Hagiográficos de la era cristiana. <<

[*] *Lag be-Omer*. «33 de Omer». Es una fiesta que se conmemora la fecha en que murió Simón bar Yohay, presunto autor del *Zóhar*. <<

[*] *Lectura*. «Los llamados a la

lectura... no eran dignos». En la sinagoga se invita a alguno de los presentes a leer la sección de la semana. Dado que los rollos están sin vocales, el que lee, si quiere hacerlo bien y dar la entonación requerida (lo cual es absolutamente necesario), ha de conocer perfectamente los textos. <<

[*] ***Ma'arib***. Oración de la noche. <<

[*] ***Maestro (o Señor) del Buen Nombre*** (véase *Baal Shem Tob*). <<

[*] ***Maimónides***. R. Moshé ben Maimón (*Rambam*), 1135-1204, nació en Córdoba y luego marchó a Oriente.

Su saber fue enciclopédico; la obra monumental suya fue la *Mishná Torá* («Repetición de la Torá»), también llamada *Yad ha-Jazaqá* o «Mano fuerte», que es un código de derecho talmúdico. La obra más conocida en ambiente no judío es la *Dilayat al-hayirin* o «Guía de los perplejos», obra de exégesis bíblica. <<

[*] *Makpelá*. Fue la tumba que Abraham compró para enterrar en ella a Sara y a sus descendientes. <<

[*] *Mezuzá*. «Jamba». Es un pequeño pergamino en el que se inscriben ciertos pasajes de la Biblia (Deuteronomio, 6,

4-9; 11, 13-21) y se oculta entre las jambas de la puerta, con lo cual se cumple con lo estatuido en Deuteronomio, 6, 9; 11, 20. <<

[*] **Midrash.** «Investigación».

Designa a la vez un método (por el cual se relacionan tradiciones consuetudinarias con la Ley expresa en la Biblia) y un tipo de literatura. Los *midrashim* son comentarios de tipo haggádico o halákico a los diversos libros de la Biblia. <<

[*] **Minjá.** Oración de la tarde. <<

[*] **Minyán.** Indica el grupo de diez

personas que se requiere para el rezo en comunidad. De ahí que indique también por extensión, grupo reducido de personas. <<

[*] **Mishná.** Voz derivada del verbo *shand*, «repetir». Es el conjunto de leyes tradicionales, basadas en la *Torá*. En el primer tercio del siglo III, R. Yehudá ben Simón Gamaliel *ha-Nasí* llevó finalmente a cabo su codificación. Forma la base sobre la que más tarde se desarrollaría el *Talmud*. <<

[*] **Misrají.** Organización sionista de judíos ortodoxos. <<

[*] *Muro de las Lamentaciones.*

Situado cerca de la Mezquita de Omar, tal vez parte de él perteneció al antiguo palacio de Herodes. Los judíos han acudido siempre a él para lamentar la caída de Israel. <<

[*] *Musaf.* Es la última sección que

se añade a la oración matutina de los sábados. Tiene el valor simbólico de los sacrificios que se ofrecían en el Templo de Jerusalén. <<

[*] *Nordau.* El doctor Max Nordau

(1849-1923) fue el más egregio discípulo de Herzl. Fundó el

movimiento que lleva su nombre. Poseyó grandes dotes de orador y, a la muerte de Herzl, presidió los congresos sionistas desde el séptimo al décimo. <<

[*] *Órdenes del Talmud* (o de la Mishná) son los seis grandes apartados que lo integran: 1. *Zeraim* («Semillas»); 2. *Moed* («Fiestas»); 3. *Nashim* («Mujeres»); 4. *Nezikin* («Perjuicios»); 5. *Kodashim* («Santidades»); 6. *Taharot* («Cosas puras»). <<

[*] *Parashá*. Es cada una de las 52 secciones en que está dividida la Torá, que se leen los sábados en la sinagoga. Cada una de ellas recibe el nombre de

las primeras palabras con que empieza.

<<

[*] ***Pentecostés***. (En hebreo, *Savuot*, *sabuot*). Se celebra los días 6 y 7 del mes de Siván. Tuvo un sentido agrícola (fin de la recolección) y religioso, ya que, según la tradición, Moisés recibió las Tablas de la Ley en el Sinaí el día 6 de Siván. <<

[*] ***Pésaj***. Nombre hebreo de la Pascua. Se celebra durante ocho días a partir del 15 de Nisán. Conmemora la liberación del pueblo judío del yugo de los egipcios gracias a Moisés. Durante los ocho días que dura, entre otros

preceptos el judío no puede comer pan leudado. La noche de la Pascua se denomina noche del *Séder*. <<

[*] ***Qaddish***. Plegaria escrita en arameo. Se recita en los funerales y al final de las oraciones de la mañana y de la noche. En el caso de los funerales, la rezan los hijos varones del difunto durante el primer año después de la muerte, y, posteriormente, en los aniversarios. <<

[*] ***Qibbus*** (plural, *qibbusim*), llamado también *kibuts*. Es una granja comunal, semejante a la *moshab* y *moshabá*, organizada según principios

más o menos socializados. Tuvieron una gran importancia en los comienzos del Estado de Israel y todavía hoy ofrecen una estructura comunitaria excelente. <<

[*] ***Rav Hay Gaón*** (muerto en 1038). Hijo y sucesor de Serirá Gaón, se le puede considerar como el último de los gaones o grandes rabinos de las comunidades de Babilonia. <<

[*] ***Rosh ha-Shaná***. Es el primer día del año lunar judío. Coincide con el otoño. <<

[*] ***Sábado***. (En hebreo, *Shabbat*). Fiesta semanal judía. Se inicia cuando la

primera estrella surge en el cielo en la noche del viernes y termina veinticuatro horas más tarde. Durante el sábado, el judío no puede viajar ni realizar ningún tipo de trabajo, y ha de dedicarse completamente al descanso. <<

[*] ***Sabbation***. Es un río mítico que, según unas tradiciones, corre durante seis días por semana y detiene su curso el séptimo y, según otras, solamente corre el día séptimo. Su localización está en relación con la de las Diez Tribus perdidas, que estarían rodeadas por él. Su existencia comenzó a darse como cierta en la Edad Media. <<

[*] **Saddiquím** (*saddiquím*, en hebreo; *Saddiq*, en singular). «Justos». Defendían exclusivamente la Ley escrita y no admitían la tradición. El *Saddiq* es título que los *jasidím* otorgaban a sus rabinos. <<

[*] **Séder**. (Véase *Pésaj*). <<

[*] **Shajarit**. Es la oración de la mañana, y la más importante del día. <<

[*] **Shabbat**. Nombre de un tratado talmúdico, englobado en el Orden Segundo (*Moed*, «Fiestas»), en el que se estudian diversos aspectos del sábado.

<<

[*] ***Shalom***. «Paz». Fórmula que se utiliza para el saludo, en hebreo. Se responde con la misma palabra. <<

[*] ***Shofar***. Especie de trompeta hecha con el cuerno de un carnero. Los judíos la tocan en ciertas festividades y ocasiones. <<

[*] ***Sprinze***. El pasaje hace referencia a la costumbre judía de no imponer el nombre de un familiar a no ser que haya muerto ya. <<

[*] ***Tajnún***. Los *tajnunín* son

súplicas individuales que se rezan al final de las tres oraciones cotidianas. Originariamente se formaron a base de Esdras, 9, 6; Nehemías, 1, 5, y Daniel, 9, 3. Posteriormente se utilizaron los Salmos 145-150. <<

[*] ***Tal.lit.*** Es el manto que se pone el judío durante la oración. <<

[*] ***Talmud-Torá.*** Casa de estudio (o de enseñanza). También llamada a veces Casa de la Torá. Es la escuela en donde los judíos se iniciaban en el estudio de la Ley, como escalón anterior a la *yeshivá*. A veces servía, aparte de sus fines docentes, como albergue para

viajeros carentes de recursos y como casa de oración. <<

[*] *Tefil.lin.* «Filacterias». Su uso aparece estatuido en el Deuteronomio, 6, 8. Son dos correas de cuero que guardan un pequeño pergamino en el que se han escrito algunos pasajes bíblicos. Al orar, una de ellas se enrolla en la cabeza, en torno a la frente, y la otra, en el brazo izquierdo y en el dedo corazón. <<

[*] *Tierra de Israel.* Es el nombre que se aplicó a Palestina desde los tiempos más antiguos de la Biblia, desde el momento en que Dios se la promete a

los patriarcas. <<

[*] **Tis'á be-Ab.** «Nueve del mes de *Ab*». Es día de luto entre los judíos por conmemorarse la rendición de Jerusalén a las tropas romanas. <<

[*] **Torá.** Nombre que se da en hebreo al *Pentateuco* de la Biblia cristiana. El nombre significa «Ley», ya que es la ley por antonomasia, por la que ha de regirse la vida del judío creyente. <<

[*] **Tosseftá.** («Apéndice»). Es un compendio de material haggádico ordenado según la Mishná. <<

[*] *Urim y Tummim*. Objetos que se colocaban en el pectoral del sacerdote (posiblemente dos piedras preciosas) y que servían para comunicar el juicio divino (Éxodo 28-30). <<

[*] *Yehudá Leib Gordon* (1829-1892). Fue un gran defensor de la *Haskalá* racionalista en contra del movimiento jasidista. Su actividad como escritor fue muy fecunda y destaca sobre todo como poeta; sus poemas se basan en la Mishná, en el Talmud y tocan el judaísmo en general. Ejerció gran influencia en la literatura hebrea posterior. <<

[*] ***Yeshivá*** (plural, *yeshivot*). Es la academia rabínica en la que los muchachos judíos adquieren la etapa superior de su educación religiosa, basada, principalmente, en el estudio de la Biblia, la *Mishná* y el *Talmud*. <<

[*] ***Yiddish***. Lengua hablada por los judíos del este de Europa. Cuando, en la Edad Media, estos judíos emigraron de Alemania, conservaron su lengua, que con influencias de los países eslavos, así como del hebreo y el arameo, ha dado lugar al moderno *yiddish*. <<

[*] ***Yom Kippur***. Día del Perdón. Es

la fiesta que se celebra diez días después del *Rosh ha-Shaná* o Año Nuevo. En ella, el judío expía todos los pecados cometidos durante el año. Es fiesta tan importante que en el judaísmo recibe el nombre de *Yomá*, es decir, «el día» por antonomasia, y en la *Mishná* hay un tratado con tal nombre. Aparece estatuida en Levítico, capítulo 16. <<

[*] **Zóhar**. «Esplendor». Importante obra del cabalismo. Data del siglo XIII y durante mucho tiempo se atribuyó a Simón bar Yohay, diez siglos anterior. <<



SAMUEL JOSEPH TCHATCHKES, más conocido por el pseudónimo SHMUEL YOSEF AGNON; Buczac, 1888 - Rehovoth, 1970. Escritor israelí, considerado uno de los padres de la moderna literatura hebrea. Su familia se mantenía fiel a las tradiciones sionistas, y Agnon aprendió literatura hebraica de

su padre, y literatura alemana de su madre; desde niño aprendió a escribir en hebreo y en *yiddish*. Desde 1904 empezó a publicar poesía y prosa en diferentes revistas.

En 1908 vivió en Jaffa y en Jerusalén, y en 1913 se trasladó a Alemania, donde pasó casi diez años, trabajando como profesor y como periodista en un diario judeoalemán. Si bien no sintonizó con los escritores judíos reconocidos en Alemania, sí fue aceptado por la juventud sionista, que encontró en él a un innovador de la literatura judía. Publicó traducidas al alemán varias de sus obras, y profundizó en el estudio de

la literatura alemana y francesa.

En 1924 abandonó definitivamente Alemania ante la creciente influencia del nazismo, y se instaló definitivamente en Jerusalén. Fue premiado en numerosas ocasiones: recibió el Premio Bialik (1934 y 1950), el Premio Ussishkin (1940) y el Premio de Israel (1954). En 1966 le fue otorgado el Premio Nobel de Literatura, que compartió con la escritora Nelly L. Sachs.

Sus escritos, desconcertantes por su complejidad, merecieron no obstante una amplia acogida tanto por parte de la crítica como por parte del gran público, y en la actualidad se le considera como

una de las figuras más significativas de la literatura hebrea moderna. El tema constante de su novelística es la diáspora judía de Europa Oriental, y en sus narraciones el enfoque humorístico se superpone a un hondo sentido religioso.

En sus primeras novelas describe su ciudad natal: *Y lo torcido se enderezará*, 1912 y *La dote nupcial*, 1931, mientras que en *En el fondo del mar*, de 1935 (también publicada bajo el título *En el corazón de los mares*), relata el viaje realizado por un grupo de místicos judíos a Jerusalén. Su obra más representativa es *Huésped para una*

noche, de 1940. Otras obras del autor también dignas de mención son *Ayer y anteayer*, *Juramento de fidelidad*, *En el umbral* (1923), *Éstos y aquéllos* (1942), *Cercano y visible* (1951), *El fuego y los árboles* (1962) y *El perro Balk* (1971).

Autor sumamente prolífico, S. J. Agnon incursionó en la narrativa y el ensayo, además de haber realizado diversas recopilaciones de relatos y leyendas populares del folclore judío. La voz con la que abordó sus trabajos literarios es de una gran riqueza y diversidad, ya que entre éstos es posible encontrar desde relatos escritos en un estilo realista hasta novelas de ambiente onírico.

Tomando como referencia fuentes bíblicas y sermones rabínicos creó memorables parábolas, y sus juegos e invenciones lingüísticas son de una gran originalidad.

NOTAS

[1] Todas las palabras que figuran con asterisco en el texto remiten al *glosario* que se incluye al final de la obra. En él se explican los términos hebraicos o aquellos otros que, a nuestro criterio, tienen una importancia especial o aclaran en algún sentido el párrafo a que se refieren. <<

[2] Emperatriz. <<

[3] Aggeo, 2, 22. <<